



Theotônio Dos Santos

Construir soberanía.

ANTOLOGÍA ESENCIAL · VOL. I

*Una interpretación económica
de y para América Latina*

Theotônio Dos Santos

Construir soberanía. Una
interpretación económica
de y para América Latina.
Volumen I

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Dos Santos, Theotônio

Construir soberanía : una interpretación económica de y para América Latina / Theotônio Dos Santos ; prólogo de Mónica Bruckmann. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF - (Antologías)

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-749-9

1. Análisis Económico. 2. Teorías Económicas. I. Bruckmann, Mónica, prólog. II. Título.

CDD 330.80

Otros descriptores asignados por CLACSO

Economía / Política / Teoría de la Dependencia / Globalización /

Producción / Estado / Soberanía / Desarrollo / Pensamiento Crítico /

América Latina

Edición: Paula D'Amico

Diseño y diagramación: María Clara Diez

Arte de tapa: Gabriela Corrales - Estudio Namora

Theotônio Dos Santos

Construir soberanía. Una
interpretación económica
de y para América Latina.
Volumen I

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Edición al cuidado de *Mónica Bruckmann*
y *Francisco López Segrera*

Estudio preliminar de *Mónica Bruckmann*

 CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN obra completa 978-987-722-748-2

ISBN 978-987-722-749-9

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Estudio preliminar 09

Por Mónica Bruckmann

PRIMERA PARTE · CUESTIONES DE MÉTODO

La radicalidad del materialismo dialéctico y el rol de las fuerzas productivas 47

Concepto de clases sociales 111

La revolución científico-técnica y la acumulación de capital 143

SEGUNDA PARTE · LA DIMENSIÓN TECNOLÓGICA DE LA CRISIS INTERNACIONAL

La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo 347

La dimensión tecnológica de la crisis internacional 411

La crisis internacional y la estructura del poder mundial 429

TERCERA PARTE · LA CRISIS INTERNACIONAL Y LA ESTRUCTURA DEL PODER MUNDIAL

Prólogos a *Economía mundial* 471

Del terror a la esperanza 587

Sobre los colaboradores 797

Estudio preliminar

Por Mónica Bruckmann

Espero que não sofras mais
Terras e mares
Suaves montanhas
Doces paisagens
cobertas de sangue

Formosos cenários de lutas infernais
Imenso caldeirão
onde fervem as paixões
de tantos e tantos povos
por séculos e séculos enfrentados
na franja de impérios colosais
Massa concentrada de emoções
Ódio e amor em estranho contubérnio.
Homem/mulher
Armas/morte
Sangue/terra
Pátria/luta.

Dura sobrevivência
Pátria - luta – mundo

imensos ideais aqui ficam cultivados
à busca da paz duradoura
para toda a humanidade
não pode garantir a paz
para o próprio povo
ferido de morte
na suas próprias entranhas

Quisera estabelecer a tolerância
das raças, dos povos,
religiões, línguas e pátrias
sonho de uma só nação unificada
pela resistência aos opressores

Aqui se formou a vitoriosa
ambição do não alinhamento
que derrubou impérios colossais
altiva cabeça erguida contra os
poderosos

Eis que a construção de paz
se rue sob as armas do terror

Feridas profundas
ódios ancestrais
que os poderosos souberam açular
Braças revolvidas pelas ambições
Pelos desejos de expansão
detidos pela indomável
e generosa coragem
dos que lutaram por seus sonhos
Auto-governo
Auto-nomia
Auto-gestão
dos povos e dos indivíduos

livres e solidários
 Aqueles que conheci em
 colóquios intermináveis.
 (Dos Santos, 2002)¹

Esta antología reúne una selección de textos de la obra científica de Theotônio dos Santos, publicada entre 1962 y 2016. No fueron incluidos los textos literarios, entre los cuales puedo destacar el libro de poemas *Construção* (1957) y *Oferendas: Um poema-oração para Yemanjá e para a humanidade intera* (inédito), así como la ópera en homenaje al Che Guevara titulada “Che, ópera pop latinoamericana”. Tampoco se incorporaron en esta publicación los artículos de crítica literaria publicados en periódicos y revistas en la época juvenil, y algunos escritos de lo que sería su libro de memorias, que no llegó a concluir y que llevaría como título *Eu topo!*, cuya traducción más aproximada al español es: *¡Estoy dispuesto!* El autor dejó una vasta producción periodística que se inicia precozmente a los 15 años (1951/52) cuando funda el semanario *A Voz Juvenil* y que mantuvo a lo largo de la vida como columnista de varios periódicos en Brasil y América Latina, entre los que destacan los suplementos culturales *Diário de Minas* y *Folha de Minas*, o medios de gran circulación como *Jornal do Brasil*, *El Universal* y *Reforma*, de México.

Es poco conocido el hecho de que Theotônio inicia su vida intelectual como poeta y ensayista literario a través de una participación intensa en el ambiente cultural de Belo Horizonte (Minas Gerais), durante los años

1. Espero que no sufras más / Tierras y mares / Suaves montañas / Dulces paisajes / cubiertas de sangre / Hermosos escenarios de luchas infernales / Inmensa caldera / donde hierven las pasiones / de tantos y tantos pueblos / siglos y siglos enfrentados / en la franja de imperios colosales / Masa concentrada de emociones / Odio y amor en extraña convivencia / Hombre/mujer / Armas/muerte / Sangre/tierra / Patria/lucha / Dura sobrevivencia / Patria - lucha - mundo / Inmensos ideales que aquí quedan cultivados / En la búsqueda de paz duradera / para toda la humanidad / que no pueden garantizar la paz / para el propio pueblo / herido de muerte / en sus propias entrañas / Quisiera establecer la tolerancia / De las razas, de los pueblos, / Religiones, lenguas y patrias / sueño de una sola nación unificada / por la resistencia a los opresores / Aquí se formó una victoriosa / ambición de no alineamiento / que derrumbó imperios colosales / altiva cabeza erguida contra los / poderosos / Y así la construcción de paz / se corroe bajo las armas del terror / Heridas profundas / odios ancestrales / que los poderosos supieron azucar / brasas revueltas por ambiciones / por los deseos de expansión / detenidos por el indomable / y generoso coraje / de los que lucharon por sus sueños / Auto-gobierno / Auto-nomía / Auto-gestión. (Dos Santos, 2002; Traducción M. Bruckmann)

50. Con 19 años formó parte de un movimiento cultural conocido como “Generación Complemento”, que debía su nombre a la revista literaria *Complemento* que fundó junto a otros jóvenes intelectuales de Minas Gerais. De este movimiento participaron literatos, pintores, críticos de arte y bailarines entre los cuales se destacaron Klaus y Ángel Viana, que contribuyeron a la creación de una nueva estética en la danza moderna brasileña, el escritor Silviano Santiago, el crítico de arte Frederico Morais, la pintora Vilma Martins, el productor musical Ezequiel Neves, entre otros jóvenes de espíritu inquieto y contestatario.

La generación *complemento* se convirtió en un movimiento cultural de proyección nacional, que propuso una crítica vehemente a los patrones estéticos dominantes y abordó un debate filosófico y ético desde una perspectiva humanista que revelaba una gran admiración por el existencialismo filosófico. De alguna manera, se convirtió también en un núcleo de formación de intelectuales que tuvieron gran impacto en la producción cultural brasileña.

El primer libro de Theotonio, publicado en 1957 a los 21 años, es un poemario titulado *A construção*, que tuvo una gran acogida por la crítica literaria y abrió un debate importante en torno a su estilo y contenido. El poemario ya evidenciaba una preocupación social y una visión política, como vemos en este trecho a continuación:

Os operários vieram do nada
Seus seios de pedra, suas mãos incrustadas
No fundo das cores.
Os operários,
Os primeiros e últimos caminhantes
Da poesia construída entre os galhos.
Líquidos como as aves,
Líquidos.

Antes se contorciam
Em busca da dor,
Até que tudo se transformou
Na primeira pedra.

O gelo, as distancias.
 O branco revoar dos ódios.
 Os operários vieram do nada
 E nada encontraram.
 (Dos Santos, 1957)

A partir de la incursión en la vida cultural de Belo Horizonte y su participación en el debate sobre una nueva propuesta estética, política y filosófica Theotônio va a iniciar su vida intelectual, asumiéndose como intelectual orgánico, actitud que mantuvo a lo largo de la vida. Cuatro décadas después, a los 65 años, escribirá en su diario:

Aos 65 anos vivo um momento dramático. Hora de decisões. De um tardio amadurecimento. Não posso dizer que minha vida seja um barco oscilante sobre as ondas da história. Lutei muito para faze-la, influencia-la, direciona-la.

Tomei o lado certo na história: o dos trabalhadores, produtores do futuro, como sociedade, economia e cultura. Mas a luta de classes é uma guerra secular com muitas derrotas e poucas vitórias.

Assim foi com a revolução burguesa. Desde o século XV a burguesia vislumbrava a possibilidade de uma nova sociedade, uma nova economia, uma nova cultura, uma nova civilização. (Dos Santos, 2002, 9 de mayo)

En 1958 inicia su formación como científico social en la facultad de Sociología, política y administración de la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG). Podríamos decir que Brasil perdió un poeta, pero ganó un científico social que se dedicó al estudio de la formación económica y social brasileña y del proceso latinoamericano en el contexto de las reconfiguraciones del sistema mundial y del capitalismo contemporáneo.

La obra de Theotônio dos Santos expresa la densidad del pensamiento social latinoamericano y representa uno de los referentes teóricos más rigurosos y creativos del pensamiento marxista contemporáneo. Como diría el economista chileno-mexicano José Valenzuela Feijóo: el pensamiento de Theotônio es tan vasto y creativo, que a veces parece superar la infinita realidad.

El autor forma parte de una corriente de pensamiento latinoamericana que se apropió del marxismo como una matriz teórica universal para analizar la realidad local y producir nuevo conocimiento y nueva teoría. Como proponen algunos autores al referirse al intelectual boliviano René Zavaleta, se trata de una nacionalización del marxismo, es decir, de un proceso de apropiación del marxismo como matriz teórico-metodológica universal que se convierte en una forma de ver el mundo y, al mismo tiempo, de analizar las realidades históricas concretas, produciendo nuevo conocimiento y nueva teoría. Esta nueva teoría, ciertamente, tiene la capacidad de aportar a la matriz teórica más general, enriqueciéndola y contribuyendo a profundizar su capacidad y densidad analítica. La teoría de la dependencia, y particularmente su vertiente marxista, significó esta posibilidad de construir nueva teoría y un nuevo enfoque del capitalismo contemporáneo desde América Latina y, al mismo tiempo, desde el análisis del proceso histórico de la región integrado a la dinámica de acumulación en los centros de la economía mundial.

Existen ya muchos estudios importantes sobre la Teoría Marxista de la Dependencia (TMD) que buscan hacer un balance de la trayectoria intelectual y la obra teórica de los primeros formuladores de esta corriente de pensamiento: Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra y Theotônio Dos Santos. Esta creciente producción es resultado de una agenda de investigación cada vez más sistemática de nuevas generaciones de investigadores que han multiplicado los espacios de reflexión sobre el tema en toda la región. No pretendo en este estudio preliminar realizar un análisis sistemático de la producción científica de Theotônio dos Santos, sino ofrecer algunas claves de interpretación sobre las varias dimensiones de su obra. Más que un estudio acabado presentaré un testimonio de quien compartió con él una agenda intelectual, académica y política a lo largo de casi 20 años.

Desde esta perspectiva, presento su obra a partir de cuatro momentos analíticos y de elaboración teórica, que no necesariamente acompañan un orden cronológico, pero, ciertamente, se van acumulando y adensando: 1. La apropiación del marxismo; 2. La dinámica de la dependencia; 3. Revolución científico-técnica y economía mundial; 4. Sistema mundial y proceso civilizatorio.

1. La apropiación del marxismo

Entre 1960 y 1964 Theotônio inicia de manera sistemática sus estudios sobre el marxismo. En su memorial intelectual, preparado para un concurso de profesor titular en 1994, hace un balance detallado de estos estudios, que inicia con los principales escritos filosóficos de Marx y Engels y continúa con una lectura atenta de los textos políticos, antes de debruarse sobre el conjunto de la obra económica, desde “Salario, precio y ganancia” hasta *El Capital*, que fue objeto de tres años de lectura individual y dos grupos de estudio: el primero en la Universidad de Brasilia, cuando realizaba su maestría a inicios de la década de 1960 y el segundo en Chile, durante el periodo de exilio, con la participación de un amplio grupo de jóvenes intelectuales latinoamericanos, como Aníbal Quijano, Fernando Henrique Cardoso (con quien tendría debates y discrepancias profundas, años más tarde), Francisco Weffort, Pedro Paz, Vania Bambirra, entre otros. Hacia fines de la década de 1960, Chile se convirtió en un centro de confluencia de intelectuales de izquierda, que venían de diversas experiencias políticas en la región y dio origen a un gran movimiento de estudios de *El Capital* y del pensamiento marxista clásico y contemporáneo.

Sin embargo, los estudios de Theotônio se situaban en un debate más amplio del marxismo como corriente histórica, teórica y filosófica buscando establecer un diálogo en el campo de las ciencias sociales, la historia y la política, e incorporando el estudio del movimiento obrero y de las revoluciones sociales modernas. Empezó una lectura sistemática de los marxistas clásicos: Kautsky, Rosa Luxemburgo, Plejanov, Lenin, Trotsky, Bujarin, Preobrazhensky, sin dejar de lado a los pensadores de la llamada corriente “revisionista”, como Berstein, Hilferding o Adler. Se aproxima al pensamiento de Gramsci en los años 50, a partir de sus trabajos sobre los consejos obreros de la segunda década del siglo XX y de la recuperación que hicieron la escuela italiana y argentina del autor en la década de 1960, como pensador de lo nacional-popular. No obstante, siempre fue crítico del redescubrimiento posterior que se hizo de Gramsci, que lo colocaba como referencia de un “revisionismo filosófico del marxismo”.

Theotônio tenía una gran disciplina al organizar sus estudios teóricos y filosóficos, que detallaba en minuciosos planes de trabajo registrados en cuadernos y fichas de lectura que lo acompañaron a lo largo de varios exilios. De tal manera que, al finalizar su formación universitaria, había conseguido acumular un bagaje importante de conocimiento del pensamiento marxista mundial y el pensamiento social brasileño.

Su formación marxista estuvo acompañada de un estudio profundo de la realidad brasileña, cuya literatura conocía ampliamente Leyó completamente la obra de Caio Prado Junior, Celso Furtado, Roberto Simonsen y Nelson Sodré, de quien fue alumno durante sus estudios de maestría.

En su memorial intelectual de 1994, declara:

Ao terminar meus estudos de gradua o e mestrado, j  podia me considerar realmente um marxista, no sentido de que minha forma o teórica em Marx e Engels era quase completa e em geral me identificava com a sua *démarche* teórica.

Los primeros trabajos que Theotônio publica forman parte de ese proceso de aproximación y apropiación del marxismo, lo que constituye, desde nuestro punto de vista, un primer núcleo de análisis y formulación teórica en la obra del autor. En 1962, con 26 años, publica el libro *Quienes son los enemigos del pueblo*, que tuvo como base su tesis de maestría sobre las clases sociales en Brasil, en la que analizaba las clases sociales desde una perspectiva histórica y particularmente, las clases dominantes. Este libro presenta los primeros estudios de una línea analítica que profundizará a lo largo de su producción científica, que es el imperialismo como fenómeno mundial y el antimperialismo como respuesta política en un espacio de articulación y dominación global. El impacto de estos dos fenómenos: imperialismo y antiimperialismo, en la política latinoamericana y particularmente en la política brasileña, se fortalecen con el análisis del latifundio, del sector financiero, de los monopolios y de la gran industria en Brasil.

Los estudios sobre el desarrollo surgen en la agenda internacional durante los años de 1950, con la consolidación de la hegemonía de

Estados Unidos en la economía mundial y como consecuencia de este proceso que coloca el desarrollo en este país como un modelo global a ser seguido, a través de la idea de modernización. En sus primeros estudios, Theotônio ya plantea los límites y las contradicciones de este modelo, por su carácter excluyente y concentrador:

Durante los últimos siete años se defendió la idea, defendida particularmente por el expresidente Juscelino Kubitschek, de que la situación brasileña solo se resolvería a través del desarrollo económico que realmente llegara a todo el pueblo. La práctica mostró, sin embargo, que a pesar de los aspectos positivos, el desarrollo que se consiguió en Brasil no fue, definitivamente, para todos.

Nadie puede ser contrario al desarrollo, mucho menos el trabajador. El pueblo debe apoyar el desarrollo, pero debe luchar para orientarlo a su favor. Esto significa que el pueblo es contrario al desarrollo capitalista, al desarrollo “a cualquier precio”, es decir, el desarrollo que causa hambre y miseria a las mayorías. El desarrollo que lleva siempre a las viejas posturas de “ajustar el cinturón” de los trabajadores y abrir el de los grandes capitalistas. ¿Cuáles son los efectos negativos de ese desarrollo? (Dos Santos, 1962: 19-20)

Estos análisis van a conducir a una conclusión política fuerte: ¿en ese contexto histórico, cuáles son las fuerzas progresistas brasileñas y quienes son los enemigos del Pueblo?

Posteriormente publicó el *Concepto de clases sociales*, que fue la continuación de sus investigaciones durante la maestría y producto de un seminario sobre el mismo tema desarrollado en Chile, entre 1966-67. El libro fue publicado en 1973, cuando ya era director del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), en Chile.

En este estudio, Theotônio profundiza su comprensión del marxismo revelando un análisis muy sofisticado y un esfuerzo por reconstruir, desde el concepto de lucha de clases, los elementos que condicionan la conciencia de clase a partir de una visión dialéctica entre ser social y conciencia social, menos como determinantes en una relación mecánica y más como producto de las contradicciones del desarrollo de las

fuerzas productivas, en un debate muy fuerte con lo que era la visión del marxismo oficial de influencia estalinista y desde una interpretación teórica y conceptual de la propia obra de Marx. Veamos esta afirmación en las palabras del autor:

La lucha de clases está relacionada directamente con la superación de una determinada formación social (modo de producción, más modo político y cultural). De esta manera, solo se puede comprender el concepto en el contexto de las contradicciones y leyes de desarrollo interno de un determinado modo de producción y de una determinada formación social. En este nivel del análisis se integra el concepto de conciencia de clase. (...) Una de las conquistas básicas de la ciencia social marxista se define en la frase del prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: “Y del mismo modo de que no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción”. Se trata de mostrar las formas de conciencia antagónicas posibles que corresponden a determinados modos de producción. (Dos Santos, 1973: 28)

Estos primeros trabajos ya muestran lo que será una característica de la obra del autor: una vocación analítica vigorosa y una visión política que se desprende de la primera. Estas dos dimensiones, intelectual y política, marcaron y articularon su obra desde los primeros escritos hasta el último libro, *Desarrollo y Civilización*, publicado por la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en 2016.

2. La teoría de la dependencia

En 1962 Theotônio es invitado por Darcy Ribeiro a la Universidad de Brasilia, cuando estaba siendo creada en la nueva capital de Brasil. Es un proyecto

muy interesante porque representaba una ruptura de ciertos paradigmas de la universidad brasileña. Darcy convocó jóvenes recién graduados de varias universidades del país para continuar sus estudios de posgrado y, al mismo tiempo, desempeñar tareas de docencia e investigación en la Universidad de Brasilia. Así consigue un grupo de jóvenes brillantes, becarios dedicados a tiempo completo a la vida académica y desempeñando el doble papel de estudiantes de posgrado y profesores universitarios.

Es tal vez en este momento que se forma el primer núcleo de la teoría de la dependencia, particularmente de la vertiente marxista o neo-marxista² que será conocida posteriormente como la teoría marxista de la dependencia (TMD). Nos referimos al encuentro intelectual entre Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra y Theotônio, además de André Gunder Frank, economista alemán formado en la Escuela de Chicago y luego uno de los críticos más mordaces de los *Chicago boys*. Gunder Frank fue, por algunos meses, profesor visitante de la UNB por invitación de su rector Darcy Ribeiro.

Eran debates acalorados e intensos entre el profesor alemán y los jóvenes investigadores que luego se constituirán en los formuladores de la teoría de la marxista de la dependencia. Este proceso será abruptamente interrumpido por el golpe de 1964 en Brasil. Theotônio solo conseguirá salir de Brasil en 1966, después de dos años de clandestinidad en San Pablo. Llega como exiliado a Chile con su compañera de formulaciones teóricas y esposa en esa época, Vania Bambirra y la primera hija de la pareja, Nadia, con dos años. Chile vivía un proceso de efervescencia política y gran avance de las fuerzas populares que llevaron a Salvador Allende y la Unidad Popular al gobierno, en 1970.

En 1967 se crea un equipo de investigación sobre dependencia económica de América Latina, cuyos seminarios abordaron una amplia problemática dentro del nuevo enfoque de la dependencia, en pleno proceso de gestación. Del CESO formaron parte Orlando Caputo, Roberto

2. En el libro *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas* (1973/2003) Theotônio toma la clasificación elaborada por André Gunder Frank de las diferentes corrientes de la teoría de la dependencia, a partir de los autores más citados en el debate y de sus respectivos orígenes teóricos. Así, se delinear tres corrientes: reformistas no marxistas, marxistas y neo-marxistas. En los dos últimos grupos (marxistas y neo-marxistas) aparecen relacionados autores como Paul Baran, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Theotônio dos Santos, Vania Bambirra, Aníbal Quijano, Franz Hinkelammert, Emmanuel Wallerstein, Samir Amin y Warren.

Pizarro, Tomás Vasconi, Marta Harnecker, Marco Aurélio García, Emir Sader, Pio García, Clarisa Hardy, Alejandro Scherman, Cristina Hurtado, Cristóbal Kay, Álvaro Briones, Guillermo Labarca, Laureano Ladrón de Guevara, Manuel Lajo, entre otros. Además de Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra y André Gunder Frank.

Este primer núcleo de la teoría de la dependencia va a desarrollar un diálogo muy intenso con gran parte de la intelectualidad de izquierda latinoamericana que circulaba por Chile en estos años, como el sociólogo peruano Aníbal Quijano, quién será uno de los formuladores de la teoría de la colonialidad en América Latina y un interlocutor y formulador de la dependencia.

Estos análisis se desarrollan al calor del momento político y del potencial transformador del gobierno de Salvador Allende e influenciaron fuertemente el programa de la Unidad Popular. La teoría de la dependencia siguió un camino crítico a las formulaciones de las teorías del desarrollo económico que proponían un proceso lineal de transformación de las economías subdesarrolladas en economías desarrolladas, a partir de una cierta idea de modernización. El enfoque novedoso de la teoría de la dependencia consistió en mostrar que el camino del desarrollo económico en Europa, Estados Unidos o Japón no era viable para las economías latinoamericanas, pues el subdesarrollo en estos países, al igual que en los países poscoloniales de África y Asia, no era resultado de la conservación de economías precapitalistas, sino de la forma en que estas economías se habían integrado a la economía mundial.

La teoría de la dependencia buscó comprender el capitalismo dependiente como proceso orgánico a la formación de una economía capitalista mundial, mostrando que los cambios en la formación de una nueva dependencia en América Latina estaban articulados a los cambios en el centro del sistema, especialmente en Estados Unidos.

En su libro *Teoría de la dependencia, balance y perspectivas*, Theotônio recoge cuatro puntos propuestos por los economistas suecos Magnus Blomström y Björn Hettne como resumen de las ideas centrales de la teoría de la dependencia: 1. El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados; 2. El desarrollo y el

subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal; 3. El subdesarrollo no puede ser considerado como primera condición para un proceso evolucionista; 4. La dependencia no es solo un fenómeno externo, sino que se manifiesta también bajo diferentes formas en la estructura interna, social, ideológica y política.

Los análisis de la dependencia muestran que el subdesarrollo no es un fenómeno aislado ni endógeno, sino parte de un proceso orgánico a la dinámica de acumulación de los países industrializados y de los centros de la economía mundial. Es decir, desarrollo y subdesarrollo son dos aspectos diferentes de un proceso único universal: el capitalismo contemporáneo. Desarrollo y subdesarrollo son dos caras de la misma moneda ya que los centros más dinámicos de la economía mundial necesitan de una periferia subdesarrollada, exportadora de materias primas o productos con el menor valor agregado posible para viabilizar su modelo de acumulación.

Esta es una de las críticas más fuertes que la teoría de la dependencia formula a las teorías del desarrollo que surgen en la segunda mitad del siglo XX y que tenían en la CEPAL su principal centro de formulación teórica. Muestra que el pensamiento de Raúl Prebisch y los demás pensadores de CEPAL, entre los años de 1950 y 1960, estaba inscrito en el paradigma de la modernización, al proponer como objetivo la superación de los obstáculos nacionales e internacionales que inviabilizaban el desarrollo económico y que impedían la transición hacia una economía capitalista y a la posibilidad de beneficiarse de los “frutos del progreso tecnológico”.

De hecho, la teoría de la dependencia impactó en el análisis de los fenómenos estudiados por la teoría del desarrollo, integrando nuevas problemáticas como la estructura de clase, el fenómeno de la marginalidad y los nuevos movimientos sociales. Nuevos elementos fueron incluidos en la agenda de estudios del pensamiento latinoamericano: el concepto de centro-periferia, la categoría de dependencia, el colonialismo interno y la marginalidad como relación social y, al mismo tiempo, como consecuencia de la acumulación de capital en las sociedades dependientes.

Los conceptos de centro-periferia y de división internacional del trabajo serán centrales para estudiar la dinámica de acumulación del capitalismo que, para desarrollar las fuerzas productivas y fortalecer los

procesos de industrialización en los centros económicos necesitaban de una periferia subdesarrollada, exportadora de materias primas. Es interesante observar que esta inserción dependiente y subordinada de América Latina en la economía mundial, que se inicia con la colonización europea, se mantiene después de la era colonial a partir de la reelaboración de mecanismos de la estructura de dominación colonial en un momento histórico poscolonial. Esta será una problemática profundizada por la teoría de la colonialidad y, principalmente, por la obra de Aníbal Quijano.

En sus estudios sobre democracia y socialismo, Theotônio muestra los límites del desarrollo capitalista dependiente. Afirma que el desarrollo capitalista en una situación de dependencia tenía una dinámica muy diferente a la que se había desarrollado en los países centrales, evidenciando una contradicción entre la acumulación capitalista dependiente y el proceso democrático. La acumulación en los países dependientes exigía tres elementos: una alta tasa de explotación de la fuerza de trabajo, una fuerte concentración económica y altos niveles de centralización del capital como mecanismo para compensar la exportación de la mayor parte del excedente económico hacia las economías centrales.

Esta lógica excluyente y marginalizadora necesitaba de un régimen político capaz de contener la reacción de los sectores sociales que afectaba y se revelaba incompatible con el crecimiento económico inclusivo y con una democratización política, bloqueando las expectativas de las burguesías nacionales y del proletariado emergente producto del desarrollo industrial. A partir de este análisis Theotônio va a plantear el dilema entre fascismo y socialismo en los procesos políticos de América Latina. Fascismo que se confirmó con los golpes de Estado en Bolivia, Chile, Uruguay, Argentina y Brasil, y mostró las contradicciones intrínsecas del modelo económico que promovía, de profundo contenido antinacional.

Estas formulaciones y análisis se producen en el Centro de Estudios Socioeconómico (CESO) cuyos investigadores llegaron a ocupar cargos importantes en el gobierno de Salvador Allende. Entre ellos se destaca Orlando Caputo, que fue presidente de la Comisión Nacional del Cobre y uno de los directores de la empresa estatal del cobre, CODELCO. Se trata de un momento de enorme riqueza teórica

y política, justamente por la articulación de ambas dimensiones: un enfoque que va adquiriendo creciente densidad teórica como matriz analítica de un proceso histórico concreto, el proceso chileno, y una coyuntura regional que va a inspirar y será la referencia permanente de esta construcción teórica.

En esos años Ruy Mauro Marini, que militaba en el Movimiento de Izquierda revolucionaria - MIR, escribe su libro clásico: *Dialéctica de la Dependencia*. Tal era la dinámica política del proceso chileno que para poder escribir este libro, Marini tuvo que confinarse por algunas semanas, sin paradero conocido, causando gran preocupación entre los amigos y compañeros de militancia. Grande fue la sorpresa cuando reapareció con uno de los libros más relevantes del pensamiento social latinoamericano bajo el brazo. Una de las características de esta escuela de pensamiento es, precisamente, su vínculo profundo con los procesos políticos concretos. La articulación entre teoría y praxis adquiere una importancia central en la obra de esta generación.

3. Revolución Científico Técnica y economía mundial

Con el golpe de Estado de 1973 en Chile, el primer núcleo de la teoría de la dependencia se desarticula en una diáspora mundial. Después de casi seis meses de asilo en la Embajada de Panamá en Santiago, Theotônio fue uno de los últimos en conseguir el salvoconducto que le permitió viajar hacia la ciudad de México, donde fue rápidamente acogido como profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En el Instituto de Investigaciones Económicas, del cual fue director años más tarde, se reúnen también Vania Bambirra y Ruy Mauro Marini, lo que permitió continuar una fecunda colaboración intelectual que se expresó en una vasta producción teórica individual y colectiva. Por su tradición de política externa independiente en relación con Estados Unidos, México acogió a gran parte de los exiliados de las dictaduras militares en América Latina, convirtiéndose en un espacio privilegiado de circulación e intercambio de la intelectualidad de izquierda en la región, como lo fuera Chile en su momento.

Es en este período que se desarrolla con más fuerza el tercer núcleo de preocupaciones teóricas en la obra de Theotônio, a través de un estudio sistemático de la Revolución Científico Técnica (RCT), como un aspecto central que va a marcar el desarrollo de las fuerzas productivas a nivel global. En el Instituto de Investigaciones Económicas va a coordinar un grupo de estudios con alumnos de posgrado y jóvenes investigadores, entre los que desatacaba Leonel Corona, con quien estableció una estrecha colaboración, desarrollando un conjunto de actividades académicas como el Seminario de Ciencia y Tecnología de la División Superior de Economía de la UNAM, que se mantiene hasta el momento actual. Sus estudios sobre RCT se profundizarán en Japón, a inicios de los años de 1990, a partir de una invitación que recibe de la Universidad de Kioto para permanecer como profesor e investigador durante dos años en esta institución.

Los estudios de Theotônio analizan la RCT como un concepto que busca articular las transformaciones del desarrollo del capitalismo de manera integrada, a partir del papel radicalmente distinto que tiene el conocimiento científico en las actividades económicas. El capitalismo, como modo de producción, está fuertemente asociado a la transformación tecnológica, que se convierte en el elemento central del proceso productivo y la dinámica de acumulación. La revolución científico-técnica (RCT), que se introduce durante la Segunda Guerra Mundial, produjo una ruptura radical con el paradigma tecnológico de la Revolución Industrial del siglo XIX y la producción manufacturera.

El autor muestra que la ciencia deja de cumplir un papel secundario en la producción, para convertirse en el factor determinante en varias ramas de la industria que surgen después de la Segunda Guerra Mundial y que se van expandiendo al conjunto de la economía. La etapa de la RCT se caracteriza por una transformación profunda de las fuerzas productivas que se expresa en la automatización o robotización de la producción que sustituye el trabajo humano por las máquinas; el uso de la electrónica como instrumento de transformación de los medios de producción y la posibilidad de producir fuentes de energía más poderosas, como la energía nuclear, que abren nuevas perspectivas energéticas a nivel global.

En esta nueva etapa la producción está cada vez más determinada por la invención e innovación y la planificación, exigiendo nuevos procedimientos de administración de las relaciones sociales. En consecuencia, se expanden las actividades de investigación y desarrollo en las empresas, como principal instrumento de competitividad. Al mismo tiempo, se amplían fuertemente las estructuras universitarias y de investigación para la producción de conocimiento y formación de científicos. El conocimiento pasa así a ocupar un lugar central de la economía y de la vida social, política y cultural.

El autor muestra que el desarrollo del capitalismo durante la segunda posguerra mundial estuvo fuertemente apoyado en la ampliación de la tasa de plusvalía a partir de dos elementos: la reducción salarial y la elevación de la tasa media de lucro que amplió las condiciones de sobreexplotación de la mano de obra gracias a una fuerte intervención del Estado. El aumento de la participación estatal en la propiedad de sectores económicos de baja rentabilidad que transfieren su producción al sector privado a muy bajo costo favoreció los monopolios. Esta situación permitió una nueva onda de innovaciones apoyada en la aplicación de transformaciones tecnológicas acumuladas en el periodo de crisis y de guerra, lo que condujo a un aumento importante de la productividad en el período de posguerra.

Este proceso generó también una devaluación fuerte de los complejos industriales instalados antes de la guerra. La innovación crea nuevas estructuras industriales que absorben el avance tecnológico anterior acumulado y, al mismo tiempo, destruyen los complejos industriales que dependen de los ciclos tecnológicos anteriores y que entran rápidamente en obsolescencia, como lo mostró Joseph Schumpeter en sus análisis sobre la “destrucción creadora”. La automatización o robotización de la producción se desarrolla en la década de 1980 con el uso masivo de robots en Japón, posteriormente en Estados Unidos y, a partir de 1990, en las economías emergentes, particularmente en China.

Los análisis de la RCT conducen a Dos Santos a un estudio más profundo del capitalismo de Estado asociado a la concentración tecnológica que produce y, al mismo tiempo, como consecuencia de la concentración de la producción que tiende a asumir una forma espacial de grandes

unidades de producción, en algunos periodos, y de pequeñas unidades integradas en amplios complejos industriales, en otros. Estos estudios muestran que la tendencia del capital es desconcentrar sus unidades productivas a través de *holdings* y otras formas empresariales, y, al mismo tiempo, aumentar la concentración tecnológica, ya que las unidades productivas son interdependientes y forman parte de una misma unidad productiva. Esta complejidad creciente del sistema productivo y el aumento de la interdependencia entre unidades de producción y ramas de la economía promueve una concentración económica y empresarial aún mayor y, como consecuencia, también una mayor concentración del capital.

Esa centralización gigantesca del capital produce conglomerados de corporaciones multinacionales que necesitan de una creciente intervención del Estado para operar globalmente, garantizando una flexibilización financiera sin restricciones. Dos Santos muestra que el fortalecimiento del capitalismo de Estado es una consecuencia del crecimiento de la intervención del Estado en el proceso económico, contraponiendo la práctica económica al discurso doctrinario del libre mercado. Estas son las razones que ofrece el autor:

1. El proceso de concentración de la producción lleva a una composición orgánica del capital creciente, lo que produce una caída sistemática de la tasa de ganancia en los sectores de mayor concentración económica. En este contexto, para mantener una elevada tasa media de ganancia, el capital privado busca transferir progresivamente al Estado las actividades económicas menos lucrativas y servicios que los asalariados consumen, como salud, educación o habitación.
2. La expansión de las unidades de producción, que generan mayor concentración y centralización. Este fenómeno necesita de una creciente intervención del Estado para administrar el intercambio, la circulación y el propio proceso productivo, que violan sistemáticamente las leyes de mercado a través de precios regulados, subsidios estatales o tasas de interés artificiales. Los monopolios quiebran el funcionamiento normal del mercado, exigiendo la intervención del Estado para regular la economía.

3. La internacionalización de la producción, que se intensifica con la RCT, genera altos costos que dependen cada vez más del Estado. Estos gastos se concentran, en las primeras fases del capitalismo de Estado, principalmente en gasto militar, gastos diplomáticos y organización del aparato burocrático colonial y de “cooperación”.

Este núcleo teórico condujo a una profundización de sus estudios sobre la economía mundial y del neoliberalismo como doctrina y como práctica económica. Sus análisis van a alcanzar un altísimo nivel de formulación teórica en su libro *Del terror a la esperanza, auge y decadencia del neoliberalismo* que tendrá continuidad y se ampliará en *Desarrollo y civilización*, donde ofrece una síntesis importante.

El neoliberalismo es un movimiento ideológico reaccionario (propio de las fases de recesión económica global de los ciclos de Kondratiev, como veremos posteriormente) que pretende detener las transformaciones socioeconómicas derivadas de las fases de crecimiento y avances globales, identificados por Kondratiev, propias del funcionamiento del capitalismo contemporáneo. Este movimiento de presión social e incorporación de reformas políticas está condicionado por varios factores:

1. La tendencia a la caída de la tasa de ganancia, originada por la importancia creciente de los gastos en maquinaria y materias primas (capital constante) que acompaña las innovaciones económicas (aumento de la composición orgánica del capital) y causada también por el aumento de la capacidad del trabajo asalariado para obtener mejores condiciones de remuneración, como consecuencia del pleno empleo generados en períodos de auge económico. Esta tendencia lleva al capital a buscar (neutralizar) las contra tendencias que pueden conducir a formas de “socialización de la propiedad privada”, que llevan a expandir el monopolio y el capitalismo de Estado. Instrumentos privilegiados para neutralizar, en parte, la caída de la tasa de ganancia, a través de varios mecanismos de transferencia de valor.
2. La implantación de la Revolución Científico Técnica en la década de 1940, estimulada por las ventajas ofrecidas por la aplicación de las innovaciones tecnológicas en la competencia capitalista. Ésta, sin embargo,

es productora de una lógica propia, que provoca un impacto radical sobre las innovaciones tecnológicas y el funcionamiento del capitalismo, en el sentido de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de mercancías, disminuyendo drásticamente las posibilidades de la ley del valor y de las relaciones mercantiles puras con el avance del capitalismo monopólico de Estado. (Dos Santos, 2016)

La dimensión contradictoria del neoliberalismo, según Theotônio, radica en la capacidad que este tiene de detener las transformaciones económicas que se desprenden de la propia dinámica del capitalismo, a partir de un conjunto de reformas políticas que fortalecen el capitalismo monopólico de Estado. En varios trabajos sobre el tema el autor mostrará las contradicciones entre la doctrina neoliberal, que predica la disminución del papel del Estado en la economía y su práctica económica y política real, que fortalece la intervención del Estado para beneficiar la concentración del capital, los oligopolios y monopolios.

Estos análisis ofrecen un instrumental teórico poderoso para comprender la dinámica de la economía mundial del siglo XXI. Inclusive la emergencia China en el sistema mundial y las nuevas condiciones de la disputa científico-tecnológica, a partir de centralidad de la plusvalía relativa en el proceso de modernización de las fuerzas productivas que permiten el aumento de la productividad del trabajo de una manera tan colosal como la que estamos observando en Asia y particularmente en China. Hasta hace algunos años era relativamente común escuchar en los debates académicos argumentos que atribuían el gran crecimiento económico e industrial del modelo chino a la existencia de mano de obra esclava en ese país. Hoy en día nadie más se atreve a defender esta tesis.

La disputa por la innovación científica y tecnológica se presenta como una de las más implacables y va a marcar las nuevas tendencias del capitalismo contemporáneo en un contexto geopolítico de crecientes tensiones y de reorganización de intereses estratégicos, de territorios y de capacidades locales de producción científica a nivel planetario.

De hecho, uno de los principales temas de estudio de Theotônio desde la década de 1980 fue entender en profundidad el proceso

asiático: inicialmente Japón y luego China como grandes centros de la economía mundial, con una expresión fuerte en el sector financiero, que convierte a Shanghái en el centro financiero de Asia, con creciente capacidad de disputar con los grandes centros globales.

4. Sistema mundial y proceso civilizatorio

Un cuarto momento teórico en la obra de Theotônio es el estudio del desarrollo y del proceso civilizatorio como dimensiones que van a articular procesos históricos más generales. Tal vez la expresión más acabada de sus estudios sobre esta problemática se encuentra en su último libro, *Desarrollo y civilización: Homenaje a Celso Furtado*, que es resultado de más de quince años de trabajo. En este libro, el autor articula, en un nivel de análisis más general, las múltiples determinaciones formuladas en sus estudios anteriores, que va a iluminar los procesos concretos a partir de una visión histórica de larga duración. Se trata de la obra de un intelectual maduro que piensa los procesos civilizatorios desde la perspectiva del tiempo milenario, retomando las formulaciones teóricas de la Escuela de los Annales y, particularmente, los aportes de Fernand Braudel:

Para situar correctamente la relación entre la teoría de la dependencia y la teoría del sistema mundial, debemos destacar, en primer lugar, el trabajo de Fernand Braudel, quien se proyectará, en las décadas de 1960 y 1970, como uno de los principales teóricos del sistema económico mundial, con su libro *Civilización material: economía y capitalismo*. Esta tradición puede verse como independiente del marxismo, a veces incluso como una crítica del mismo, pero construida, en gran medida, en el debate con este, en la relación dialéctica con el mismo y con sus diferentes formas: crítica del sectarismo en general, que involucra críticas al estalinismo, críticas de trotskistas, luxemburguistas, maoístas, titoistas, etc., que no lograron ofrecer una alternativa global a la altura de la fuerza de sus propuestas teóricas e históricas. (Dos Santos, 2016: 115)

Braudel propone un análisis histórico en tres niveles, que implican duraciones diferentes: en la superficie, una historia episódica o de los acontecimiento, que se inscribe en el tiempo de corta duración. Es el tiempo breve que mide la vida de los individuos y la vida cotidiana, y puede ser la duración temporal más engañosa al mostrar los procesos históricos en sentido contrario a sus tendencias más generales. Con una profundidad media, el tiempo de la coyuntura, que tiene un ritmo más amplio y más lento. En un tercer nivel, el tiempo de la estructura, que determina siglos enteros.

El tiempo de la coyuntura surge a partir de la historia económica, que requería de un análisis que trascendiera la visión del tiempo del acontecimiento para pensar la economía como ciclos e inter-ciclo de diferentes duraciones, entre 50 y 70 años. Esto va a permitir analizar fenómenos más complejos, que necesitan de una cierta duración para desarrollarse plenamente. Por ejemplo, los ciclos hegemónicos formulados por Giovanni Arrighi, o los ciclos de la economía mundial, que tuvieron una de sus elaboraciones más importantes en la obra del economista ruso Nicolai Kondratiev.

El enfoque de los ciclos largos de la economía de Kondratiev, propone que la economía mundial se comporta en ciclos de 50 a 70 años de duración. Cada ciclo presenta una primera fase (A) donde predomina el crecimiento económico y recesiones económicas moderadas, seguida de una fase (B) caracterizada por una recesión económica con presencia de algunos periodos de moderado crecimiento. Ambas fases tienen una duración de 25 a 35 años. Es interesante destacar que es en la fase (B) de crisis económica que se van a producir las innovaciones tecnológicas más importantes, como necesidad inminente para superar la crisis y abrir nuevos ciclos de expansión económica, que abre paso a la fase (A) de un nuevo ciclo. Theotônio incorpora y profundiza el enfoque de Kondratiev en sus estudios sobre la economía mundial.

La tercera dimensión temporal que Braudel propone, el tiempo de la estructura, con una duración más larga, secular, va a permitir entender los procesos aparentemente invisibles pero que están presentes y que emergen a partir de una determinada correlación de fuerzas sociales o políticas. La idea de la larga duración en la comprensión de fenómenos estructurales conduce a una historia múltiple, en la que las

civilizaciones cumplen un papel central. Theotônio recoge y reelabora este enfoque para analizar el proceso civilizatorio como proceso histórico de larguísima duración, del tiempo milenario, formulando así elementos fundamentales para entender los cambios en el sistema mundial y la geopolítica contemporánea. En sus análisis sobre la emergencia de China en la economía mundial, el autor identifica la reconstitución de un proceso civilizatorio de más de tres mil años de continuidad histórica, de acumulación política y desarrollo tecnológico, ya que fue el centro más dinámico de la economía mundial mucho antes del surgimiento del capitalismo y que reemerge a fines del siglo pasado como nuevo centro económico y potencia mundial.

El autor dialoga con las tesis de André Gunder Frank, que analiza el sistema mundial a través de un horizonte temporal milenario. La tesis principal de Frank es que el sistema mundial tiene una historia de, al menos, 5 mil años y que el ascenso y la posición predominante de Europa y occidente en este sistema mundial es solo un acontecimiento reciente.

El economista alemán establece un debate extremadamente interesante con Immanuel Wallerstein y los demás formuladores de la teoría del sistema-mundo. La principal crítica radicaba en la evaluación de que el sistema mundial en sí mismo se constituye mucho antes del advenimiento del capitalismo, y que tendría una duración de por lo menos 5 mil años y no 500 años como defienden los teóricos del sistema-mundo. Esta tesis de Frank se basa en tres puntos principales: 1. El sistema de acumulación del capital es una especie de fuerza motora de la historia del sistema mundial y no una diferencia específica del sistema mundial moderno, que emerge con el capitalismo. 2. Al mismo tiempo, la alternancia de liderazgos hegemónicos y rivalidad por la hegemonía del sistema mundial no es un proceso exclusivo del sistema mundial desde 1492, sino que marca la historia del mundo desde mucho antes. 3. Los ciclos económicos largos de la economía mundial, con fases ascendentes (A) y descendentes (B), son una característica importante del moderno sistema mundial, cuyo proceso de acumulación cambia con la posición centro-periferia. Sin embargo, estos ciclos largos, se pueden observar mucho antes de 1492.

En 2003, la Cátedra y Red de la UNESCO y de la Universidad de Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable, que

Theotônio presidía desde su creación en 1997, organizó en Río de Janeiro un gran seminario para discutir el proceso de globalización y hegemonía mundial. En este cónclave participaron los referentes más importantes del pensamiento crítico mundial. Fueron más de 80 intelectuales alrededor de una mesa redonda debatiendo a lo largo cinco días, frente a un nutrido auditorio de jóvenes estudiantes, investigadores y académicos. Una de las primeras mesas de debate discutía el tema de globalización y sistema mundial, con la participación de Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi, Samir Amin, André Gunder Frank y Theotônio. André había perdido la conexión en Nueva York, y tuvo que pasar una madrugada en el aeropuerto hasta el próximo vuelo a Río de Janeiro, ya con un cáncer avanzado en aquel momento. Aterrizó en Río poco antes del inicio de la mesa donde debía participar y pidió, desde el aeropuerto, que lo mantuvieran en la programación original. Para sorpresa de sus colegas, y de todo el público presente, llegó a la sala de reuniones con su maleta en mano y tomó inmediatamente su lugar. Escuchó atentamente todas las presentaciones y, llegado su turno, inició su intervención con el estilo polémico que lo caracterizaba. Hizo una crítica contundente, principalmente a Wallerstein y Arrighi que defendían la idea de que el sistema-mundo surge en el siglo XV con la emergencia del capitalismo y sus formas de acumulación, y que se va consolidando con gran éxito hasta convertirse en el modo de producción dominante y articulador de la civilización occidental.

Para Frank esa visión, a pesar de crítica, no conseguía liberarse de una influencia eurocéntrica, al negar la existencia de sistemas mundiales anteriores al capitalismo y a la emergencia de occidente como centro del sistema mundial. Después de una dura crítica formulada a los amigos y sustentada con vehemencia, Frank reconoció que Giovanni Arrighi, al escribir *Adam Smith en Pekín*, “se había reivindicado de su postura eurocéntrica” pues estaba aceptando la existencia del sistema mundial antes del capitalismo.

Este seminario fue el último en el que confluyeron los principales formuladores de la teoría del sistema mundial. Fue un encuentro histórico. Tanto por el contenido, que mostró el vigor del pensamiento crítico mundial y su capacidad para entender las tendencias de la coyuntura

que luego se verificarían en los procesos concretos, como también por el debate abierto y sincero que caracteriza un pensamiento en permanente reelaboración y resignificación. Estas discusiones mostraron la potencia del debate de ideas y la polémica como instrumentos de construcción de conocimiento y están recogidas en un libro de cuatro volúmenes publicado en Brasil bajo el título de *Os impasses da globalização* (Dos Santos *et al.*, 2003-2005).

Este marco interpretativo, que Theotônio va a compartir y contribuir a formular, permite entender cómo China, en poco más de 30 años, deja de ser una economía campesina para convertirse en la mayor economía del mundo, como lo muestra el ranking de las mayores economías del mundo en 2014, cuando China desplaza a Estados Unidos y se coloca en primer lugar en tamaño del PIB en dólar ajustado a su poder de compra local (PPP). Es poco útil analizar la emergencia de China como un fenómeno reciente. Tal vez la forma más apropiada sea entenderla como la reemergencia de un proceso civilizatorio milenarior, que ya fue un imperio-mundo y el centro de la economía mundial durante casi siete siglos (s. XI a XVII), donde se producía la manufactura más elaborada que se exportaba hacia Europa para abastecer el consumo suntuoso de las monarquías y la aristocracia. Durante este periodo China tuvo un superávit comercial muy grande, convirtiéndose en receptora de prácticamente todo el oro y la plata del sistema mundial euroasiático, al que se suma el continente americano a partir de la colonización europea, principalmente como exportadora de minerales preciosos. En este período, en que China era el centro del sistema mundial, Europa ocupaba un lugar periférico, sin condiciones económicas ni políticas de asumir un liderazgo hasta inicios del siglo XVIII, cuando surgen las primeras revoluciones industriales y el Estado moderno europeo como modelo político.

Este enfoque muestra la articulación entre desarrollo y proceso civilizatorio. De ahí que la forma más pertinente de entender el fenómeno chino contemporáneo sea verificar que se trata de la rearticulación de un conjunto de capacidades económicas, políticas y tecnológicas que forman parte de un legado histórico de más de 3 mil años y casi 700 años de centralidad económica. Es decir, de un proceso civilizatorio de

larguísima duración que se reconfigura entre finales del siglo XX e inicios de siglo XXI, lo que explicaría la velocidad de las transformaciones de la economía china y de sus capacidades de conducir con creciente centralidad el sistema mundial.

La dialéctica de duraciones del tiempo histórico y la dimensión del tiempo milenario, o tiempo de la civilización, aparecen como elementos fuertes en la reapropiación que hace la obra de Theotônio para entender los procesos contemporáneos en pleno desarrollo. Mucho antes que sus manifestaciones más explícitas, el autor prevé el fortalecimiento de las economías emergentes en el panorama mundial, y el surgimiento de los BRICS como espacio de articulación de estas nuevas fuerzas. En 2004, en un seminario que organizó en Río de Janeiro, propuso la creación de una red de colaboración académica entre Brasil, Rusia, India, China y África del Sur (BRICAS), coordinada por la Cátedra y Red UNESCO sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable-REGGEN, que él dirigía. Esta iniciativa contó con la participación de un conjunto de instituciones académicas y de investigación de los cinco países, entre las que destacaban la Academia China de Ciencias Sociales, la Universidad de Delhi, el Centro de Estudios de los Países en Desarrollo de la India, la Academia Rusa de Ciencias, el Congreso Sudafricano y, en Brasil, la Universidad Federal de Río de Janeiro, la Universidad Cândido Mendes y la Universidad Federal Fluminense, cuyo rector propuso crear la sede de esta red en su campus de Niterói. Varios académicos se sumaron a la coordinación de esta iniciativa: Gao Xian, profesor senior de la academia China de Ciencias Sociales; Xie Shou-guan y Huan Ping, de la misma institución; Manoranjan Mohanty, director del Centro de Investigación de los Países en Desarrollo; Deepak Nayyar, vicerrector de la Universidad de Delhi, Valdimir Davydov de la Academia Rusa de Ciencias, entre muchos otros académicos a los que este proyecto fue movilizándolo. Hoy en día, en que la aproximación con Asia se ha intensificado, esta iniciativa no sería novedosa. Sin embargo, cuando fue propuesta, representaba un proyecto pionero en América Latina, un esfuerzo por potenciar la cooperación académica, científica y tecnológica entre los países del Sur y, particularmente, entre las instituciones académicas de las potencias emergentes.

En sus análisis, Theotônio muestra que el fortalecimiento del mercado interno chino, que tiende a crecer acompañado de una valorización

permanente del Yuan, continuará presionando, a través de su creciente demanda, la oferta mundial. No solo de materias primas, lo que impacta directamente a América Latina, sino también sobre sectores industriales y de servicios, que afecta a EUA, Europa, Japón, Corea del Sur, Rusia y gran parte de Asia. La demanda china articula un gran polo de desarrollo apoyada en la expansión y universalización de patrones tecnológicos que integran las innovaciones tecnológicas de la década de 1980: robotización e inteligencia artificial, nuevos materiales y biotecnología. Estos análisis, recogidos en su último libro *Desarrollo y civilización*, son anteriores al lanzamiento del proyecto chino de la Nueva Ruta de la Seda, en setiembre de 2013. Sin embargo, ya capturaban las tendencias del proceso asiático y, particularmente, la centralidad de China en la reconfiguración del continente euroasiático y de la economía mundial en las próximas décadas.

Estas investigaciones lo conducían a un nuevo proyecto teórico, que sería un estudio detallado del capitalismo de Estado en el mundo contemporáneo, a partir de la experiencia china. Proyecto que no llegó a realizar, y que seguramente quedará como una agenda de investigación para las nuevas generaciones.

Regresando al análisis, podemos afirmar que China ya no está promoviendo incipientemente la transferencia tecnológica o integrando las innovaciones tecnológicas de la década de 1980, sino disputando tecnología de punta en sectores estratégicos, que incluyen la nanotecnología, producción de nuevos materiales para nuevos ciclos tecnológicos e industriales, energías renovables, e inclusive grandes avances tecnológicos en el parque industrial militar. China tuvo un aumento importante en su participación en el gasto militar mundial. Pasó de 2% del gasto mundial en 2010 a 13% en 2019. Mientras que Estados Unidos cae del 50% a 35% en el mismo periodo, según el SIPRI. Es decir, en este momento China representa el segundo gasto militar mundial y está desarrollando una significativa colaboración tecnológica con Rusia, que ya fue una potencia militar durante el periodo de la Guerra Fría.

Esto marca un nuevo momento en que China está disputando la centralidad tecnológica inclusive en el parque industrial militar, desafiando

una vez más a Estados Unidos, en un mundo donde todos los indicadores muestran un desplazamiento del dinamismo económico desde Occidente hacia Oriente y desde el Norte hacia el Sur.

Los estudios de Theotônio sobre desarrollo y proceso civilizatorio permiten comprender mejor la nueva geopolítica mundial, que no se restringe a disputas comerciales, económicas, científicas o tecnológicas, sino que tienen que ver, principalmente, con una fuerte disputa de visones de mundo. En última instancia, la reemergencia de China en el sistema mundial refleja la emergencia de una visión asiática del mundo.

¿Cuál es el papel de América Latina? ¿Cuál es el papel de la región que se inserta de manera dependiente y subordinada en el sistema mundial desde finales del siglo XV cuando se inicia el periodo colonial en el continente? Situación que se reelabora a lo largo de los últimos cinco siglos, inclusive después de las guerras de independencia de las colonias españolas. Es en este punto que la obra de Theotônio va a recuperar la profundidad del proceso civilizatorio americano a través de la civilización Caral, que surge en la costa norte del Perú, en la región de Supe. Descubierta hace más de 20 años por la arqueóloga Ruth Shady, la civilización Caral, con 5 mil años de antigüedad, convirtió el proceso civilizatorio americano en uno de los más antiguos del planeta, solo después de Egipto y Mesopotamia.

Esta sociedad altamente desarrollada constituye el antecedente más antiguo del proceso civilizatorio americano y tal vez el primer momento de integración del continente a partir del intenso intercambio comercial, cultural y lingüístico (fue el periodo de formación de las lenguas madres del continente) que se extiende desde la costa norte del Perú hacia la región andina, amazónica e inclusive América Central, según algunas hipótesis más recientes.

Desarrolló una importante producción agrícola a partir de conocimientos en ingeniería agraria que permitieron la construcción de un sofisticado sistema de riego, reservorios de agua y manejo genético de semillas para mejorar la calidad de los cultivos. Fue un gran productor de algodón y desarrolló una amplia red comercial de tejidos de algodón y redes de pesca. Además, fue una civilización capaz de desenvolver importantes innovaciones tecnológicas, como un sistema de construcción antisísmica que posibilitó que sus pirámides, tan antiguas como las de Egipto, permanecieran intactas a pesar de localizarse en una región altamente sísmica.

Estos son elementos que Theotônio va a estudiar y visitar en un esfuerzo teórico que buscaba una comprensión más profunda de los procesos de integración que emergieron a inicios del siglo XXI y que constituyen proyectos históricos de larga duración. Va a formular la idea de una civilización planetaria, como un nuevo marco histórico del siglo XXI, capaz de abrir camino hacia una nueva convivencia humana universal. El redescubrimiento del mundo no europeo, que se realizó en Asia, África y América Latina, coloca el desafío de una reelaboración histórica de gran envergadura, capaz de superar la visión eurocéntrica y recoger los aportes de los diferentes procesos civilizatorios de la humanidad.

La perspectiva teórico-metodológica: teoría y praxis

Desde el punto de vista teórico metodológico, la obra de Theotônio es una expresión de un movimiento intelectual más amplio en América Latina. El pensamiento crítico latinoamericano va a contribuir de diferentes maneras a la comprensión de los procesos históricos concretos de la región, pero también al desarrollo y profundización de matrices teóricas más generales y a la comprensión del sistema mundial como momento histórico totalizador, dialéctico y complejo. Desde luego, no se trata de simples transposiciones conceptuales, sino de procesos de apropiación y reelaboración de marcos teóricos más generales para entender procesos históricos concretos. La obra del sociólogo brasileño Guerreiro Ramos, autor de *La reducción sociológica*, muestra este movimiento de apropiación de matrices teóricas generales para entender la realidad social brasileña. Apropiación que significa, necesariamente, una reelaboración teórica y conceptual. La “reducción sociológica” para Guerreiro Ramos, representa un proceso de “nacionalización” de matrices teóricas más generales, nacionalización de la sociología europea y de Estados Unidos para colocarlas en capacidad de comprender la realidad brasileña.

Theotônio fue, desde muy joven, un estudioso de Guerreiro Ramos. En agosto de 1958, con 22 años, publicó un artículo titulado “Perspectivas de la reducción sociológica” analizando el libro clásico de este autor, *La*

reducción sociológica, destacándola como una obra fundamental para entender las ciencias sociales en Brasil.

Para Guerreiro Ramos, la sociedad brasileña condiciona el pensamiento brasileño y este pensamiento solo se torna crítico cuando asume metódicamente la conciencia de esta sociedad y de su proceso histórico. Este concepto es fundamental y por eso él coloca entre las leyes de la reducción sociológica la ley de las fases, y es a través del proceso histórico que podemos percibir que para poseer una teoría de la sociedad brasileña es necesario, al mismo tiempo, una teoría del mundo donde está inserta esta sociedad (...). (Dos Santos, 1958)

Por otro lado, la idea de proceso civilizatorio como núcleo analítico va a encontrar en el concepto de “eurocentrismo” un instrumento poderoso para explicar procesos de dominación política, económica y cultural. Los sistemas de dominación colonial se apoyaron en estructuras sociales y productivas desarrolladas por los pueblos indígenas de la región andina y de América Central, exactamente donde se concentraron las grandes civilizaciones del continente americano. El proceso colonizador y las estructuras de dominación impuestas por éste invisibilizaron los grandes avances de los pueblos originarios.

Esa densa obra intelectual se desarrolló en un dialogo intenso con el pensamiento crítico mundial, con cuya intelectualidad convivió desde muy joven, dado que colaboró con centros académicos y de investigación en todo el mundo, participó de debates, conferencias, seminarios, redes académicas, y también como profesor visitante durante periodos más largos.

Ciertamente Theotônio no fue un intelectual de laboratorio, sino todo lo contrario. Se trata de la obra de un intelectual orgánico que tuvo la capacidad de articular una densa y amplia producción científica con los procesos de transformación social y política y a las necesidades de la dinámica de lucha de clases, colocándose al servicio de los procesos de transformación social. Su trabajo intelectual estuvo acompañado de una intensa militancia política. En 1961 funda la Organización Revolucionaria Marxista Política Operaria (POLOP) que integraba a militantes de la

Juventud Laborista de Minas Gerais, la Juventud Socialista de Río de Janeiro, San Pablo y Bahía, y algunos otros grupos políticos como la Liga Socialista de San Pablo. Esta organización expresaba una crítica radical al estalinismo y a la visión soviética del marxismo, recuperando las experiencias políticas que marcaron la década de 1950, como el movimiento de países del Tercer Mundo y la Revolución cubana que impactó profundamente a la izquierda latinoamericana. En 1964 asume la dirección nacional de esta organización, cuando ocurre el golpe militar en Brasil que lo condena a 15 años de prisión por el delito de “mentor intelectual de la penetración subversiva en el campo”.

En 1966, después de dos años de clandestinidad en San Pablo, llega exiliado a Chile donde permaneció 8 años en intensa colaboración con las luchas políticas que llevaron al gobierno a la Unidad Popular. El golpe de Estado contra Salvador Allende en 1973 lo obliga a un segundo exilio en México, al colocarlo en los primeros lugares de las listas negras de la dictadura que lo buscaba “vivo o muerto”. En 1979 funda el Partido Democrático Trabalhista (PDT), del cual será dirigente nacional, junto a Leonel Brizola y algunos de los más destacados pensadores sociales brasileños, como Darcy Ribeiro, Luiz Alberto Moniz Bandeira, Paul Singer y Vania Bambirra. En 1982 participa como candidato por el PDT a Gobernador del estado de Minas Gerais y en 1986 como candidato a Diputado Federal por el mismo estado. Pierde ambas elecciones. En 1999 acepta la invitación de Anthony Garotinho, Gobernador del estado de Río de Janeiro, al cargo de Secretario de Relaciones Internacionales, función que mantiene durante cuatro años. La militancia y actividad política van a acompañar su intensa producción académica.

En los casi veinte años de convivencia lo vi dividirse entre las actividades académicas, la orientación a sus alumnos, la participación en espacios políticos y de militancia, la colaboración con artículos de opinión en columnas quincenales en varios periódicos latinoamericanos, los infinitos viajes alrededor del mundo para participar de seminarios, conferencias, mesas redondas y una multiplicidad de reuniones científicas y académicas. Siempre me llamó la atención la energía, que a veces parecía inagotable, desplegada en cada una y todas estas actividades, el entusiasmo con el que abrazaba cada nuevo proyecto y la generosidad con la que se

dedicaba a sus alumnos y colaboradores. Lo veía escribir a cualquier hora del día o de la madrugada, en su propia sala de trabajo en casa, en las cabinas de avión, en los pasadizos de los aeropuertos o en los “business centers” de los hoteles en cualquier ciudad del mundo. Siempre se llevó muy mal con los computadores portátiles, a pesar de vanagloriarse de haber sido uno de los primeros usuarios de *laptop* de su generación.

La militancia y participación en los procesos políticos concretos y su labor proficua como intelectual y pensador son dos dimensiones inseparables en su obra. Dimensiones que se articulan y retroalimentan de manera profunda, dejando un legado de teoría y praxis a las nuevas generaciones.

Sobre la organización de esta obra

No fue una tarea fácil realizar esta selección. En primer lugar, debido a la amplitud de la obra científica, con 34 libros publicados en varias ediciones traducidas a 18 idiomas y más de un centenar de artículos científicos y capítulos de libros. Para que esta antología fuera representativa de la obra fue necesario superar ampliamente la extensión promedio de CLACSO para esta colección, que hoy se entrega en dos volúmenes y casi 2 mil páginas. Además, como lo señala Francisco López Segrera en la introducción al segundo volumen de esta antología se hizo necesario identificar la versión más completa de cada libro seleccionado, que con cada edición sufría actualizaciones y, eventualmente, se enriquecía con nuevos análisis.

La segunda dificultad se presentó en pleno trabajo de selección y preparación, cuando Theotônio, que participó activamente en el proceso junto a los organizadores, descubrió una enfermedad muy grave que le quitó la vida algunos meses después, en febrero de 2018. La fase final de selección tuvo que realizarse entre largas jornadas hospitalarias y el poco tiempo y energías que dejaba disponible el complejo tratamiento médico que mantuvo por varios meses, lo que impidió avanzar conforme se había planeado inicialmente.

En la selección de textos, se dio preferencia a los temas teóricos de fondo en relación con los análisis empíricos referidos a períodos o casos

concretos, reduciendo estos últimos a lo estrictamente necesario para mostrar la dinámica histórica concreta de los análisis teóricos más generales. A pesar de que se trató de evitar desmembrar algunos libros claves que fueron escritos de manera muy orgánica, el lector encontrará en esta publicación partes o capítulos del conjunto de libros que componen la obra completa. Para dar mayor articulación y fluidez a la antología, se prefirió retirar algunos libros cuyo contenido temático está parcialmente recogido en la selección, dando prioridad a los temas más generales y un menor énfasis a los análisis más específicos de coyuntura.

Los textos seleccionados en cada una de las cuatro partes que componen la antología no obedecen a un orden cronológico, sino a una organización temática.

La Primera parte: Cuestiones de método reúne los escritos teóricos y metodológicos más generales en torno a algunos conceptos claves como clase social, fuerzas productivas y relaciones de producción, el concepto de Revolución Científico Técnica y su impacto en el proceso de valorización y acumulación de capital.

La Segunda parte: La dimensión tecnológica de la crisis internacional recoge los principales trabajos sobre economía mundial, crisis internacional y sus efectos en el Tercer Mundo y en el orden económico y estructura de poder mundial. También reúne los trabajos sobre dependencia tecnológica y las condiciones para una estrategia científico-tecnológica de la región.

En la Tercera parte: La crisis internacional y la estructura del poder mundial el lector encontrará trabajos más recientes sobre el proceso de integración latinoamericana, así como un amplio estudio sobre el neoliberalismo y sus contradicciones como doctrina y como proyecto económico y político, que el autor profundiza en el libro *Del terror a la esperanza, auge y decadencia del neoliberalismo*.

La Cuarta parte: Desarrollo, democracia y socialismo concentra principalmente los análisis sobre dependencia, democracia y socialismo, tanto desde un enfoque teórico-metodológico como desde el análisis de la praxis política de los procesos históricos concretos. Algunos libros clásicos de la obra del autor, como *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* o *Democracia y socialismo en el*

capitalismo dependiente están recogidos en esta sección. Se incluyó también parte del libro *Bendita crisis* que ofrece un análisis detallado de la experiencia chilena durante el gobierno de Salvador Allende a partir de un conjunto de artículos escritos entre 1971 y 1973, al calor de la lucha política en Chile. Para completar este panorama de análisis político, se incluyeron también algunos capítulos del libro *El camino brasileño hacia el socialismo* que profundiza el estudio del proceso brasileño y propone un programa político de transición al socialismo.

La Quinta parte: Sistema mundial, imperialismo y dependencia reúne los trabajos sobre el debate conceptual en torno a la dependencia, el imperialismo contemporáneo y sus contradicciones económicas y políticas desarrollados en los libros *Imperialismo y dependencia* y *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*. Esta sección ofrece también las reflexiones sobre el encuentro teórico entre la teoría de la dependencia y la teoría del sistema mundial, así como sobre el proceso civilizatorio, abordado en su último libro *Desarrollo y civilización. Un homenaje a Celso Furtado*.

Como el lector podrá observar, esta antología, a pesar de ser extensa, recoge apenas lo indispensable de la producción científica del autor. Quien pretenda profundizar en su estudio puede encontrar un vigoroso acervo analítico en las *Obras reunidas de Theotônio Dos Santos*, publicadas por el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México-UNAM en 2015, bajo la coordinación de Carmen del Valle y Javier Jasso. Este acervo está disponible en el repositorio de la página web de esta universidad.³

Estamos convencidos de que esta antología constituye un aporte de gran valor para los estudiosos y académicos, pero también para quienes están en la lucha política cotidiana. Representa la recuperación de un legado vigoroso del pensamiento crítico latinoamericano que, por su originalidad, profundidad y osadía, se convierten en un instrumento de análisis para comprender la dinámica de capitalismo contemporáneo y los desafíos de América Latina en el horizonte histórico del siglo XXI.

3. En el momento en que escribimos este texto, el enlace de acceso a las obras reunidas es <http://ru.iiec.unam.mx/id/eprint/4086>

Finalmente, quisiera expresar mi profundo agradecimiento al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales por el compromiso con este proyecto y por el enorme trabajo desplegado para hacer posible la publicación de esta obra. Agradezco particularmente a Pablo Gentili, que propuso la idea durante la XXV Asamblea general de CLACSO en 2015; a Karina Batthyány, que le dio continuidad; a Nicolás Arata y Lucas Sablich que desde el área editorial acompañaron con enorme entusiasmo y dedicación cada detalle de la edición, a Estevão Musa que colaboró con la preparación de los materiales para este prólogo y a Iván Bambirra por la lectura crítica de los textos. Un agradecimiento especial a Francisco López Segrera por haber compartido conmigo esta jornada y el desafío de organizar esta antología.

Río de Janeiro, noviembre de 2020

Primera parte

Cuestiones de método

La radicalidad del materialismo dialéctico y el rol de las fuerzas productivas¹

El estudio de la relación mutua entre fuerzas productivas y relaciones de producción depende esencialmente de una comprensión correcta de la concepción materialista radical en que se fundamenta el pensamiento de Marx y Engels.

Para ellos, la materia, el mundo material, preceden histórica y lógicamente el conocimiento, la razón, el espíritu y la cultura que no son más que manifestaciones superiores de la misma.

Esta precedencia se plantea de dos maneras distintas pero complementarias:

- a) El mundo material existe independientemente del conocimiento y sólo a partir de esta constatación se puede hablar del acto del conocimiento, que sólo adquiere sentido en la medida en que se acepta la objetividad del mundo exterior.
- b) El mundo material es el presupuesto de la existencia misma del sujeto cognocente. Sólo hay pensamiento si existen las condiciones materiales que permiten a los individuos concretos pensantes vivir y reproducir su vida. Y la primera condición para esto es la capacidad que tiene el individuo o la sociedad concreta en que vive para alimentarlo, vestirlo, darle abrigo, sin hablar en los sofisticados instrumentos materiales

1. Extraído de Dos Santos, T. (1985). *Fuerzas productivas y relaciones de producción*.

(lápiz, bolígrafos, papel, madera, libro, computadora, etcétera) que el sujeto necesita para alcanzar el desarrollo pleno de su pensamiento.

Marx y Engels van más lejos aún. No basta aceptar este presupuesto general: es necesario aceptar también que los propios actos de conocer y pensar son actividades materiales concretas, que hacen parte de las actividades más globales de las sociedades concretas. El conocimiento, el pensamiento les permite producir y reproducir sus condiciones de existencia. El acto de conocer, que la filosofía trató fundamentalmente como la relación de un sujeto cognoscente puro con el mundo exterior en general, se determina como una actividad, una forma del trabajo humano. Se deshace el sujeto abstracto y se afirma el sujeto concreto, determinado por las condiciones materiales de su existencia individual y social.

Fue en *La ideología alemana* y en las *Tesis* sobre Feuerbach que Marx y Engels hicieron el esfuerzo más concentrado de definir, de la manera más coherente posible, esta concepción y sus implicaciones no sólo para la teoría del conocimiento y de la cultura sino también para la comprensión de la relación entre el hombre y la naturaleza.

Marx y Engels pretenden fundamentar su concepción del hombre y de la naturaleza en premisas empíricas:

Las premisas de que partimos no tienen nada arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica.

¿Qué premisas son estas? En primer lugar, Marx y Engels definen su concepto del sujeto cognoscente. Él es un individuo natural, históricamente determinado, que cumple un rol concreto en las relaciones sociales a las cuales está sometido, y el acto de conocimiento depende no tanto de una actividad intelectual pura sino de su actividad concreta como productor. Es esta actividad que pone los hombres concretos, algunos directa y otros

indirectamente, en un proceso de intercambio productivo con la naturaleza y con los otros hombres generando la posibilidad de crear ideas sobre la realidad que les es exterior y sobre su propia condición de sujetos cognocentes.

En *La ideología alemana* se explicita claramente esta primera premisa de la manera siguiente: “La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza”.

Esta existencia corpórea no es un hecho “natural” sino “social”. La naturaleza corpórea del hombre evoluciona conjuntamente con sus propias condiciones de vida, es decir, con el dominio que la humanidad va adquiriendo sobre sí mismo y sobre el mundo que le es exterior, como se observa en el texto que presentamos abajo: “Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida, paso este que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material”.

Más aún: esta naturaleza humana es totalmente dependiente de las condiciones materiales de la producción y se transforma en la medida que esas condiciones se cambian:

El modo como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solamente mientras es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de vida de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo cómo producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción (Marx y Engels, 1968).

Así, se elaboran modos de producción históricamente distintos que crean su propia representación ideológica, sus propias instituciones que tienen

que ser analizadas empíricamente para poder descubrir teóricamente las bases materiales de las ideas y representaciones que el hombre hace de sí mismo. Sólo esta actividad científica puede fundamentar un conocimiento real de la historia y de su desarrollo. Está así planteado, en el fundamento mismo de la dialéctica materialista, la teoría de la ideología no sólo como una forma de comprender las representaciones ideológicas de la sociedad, tema a que nos referiremos posteriormente, sino como una premisa necesaria para romper y hacer trizas del concepto filosófico (idealista o materialista mecánico) de sujeto abstracto cognoscente.

Por esto, la concepción marxista de la relación entre materia y espíritu, naturaleza y hombre, objeto y sujeto no se confunde con en el punto de vista materialista tradicional y representa un vuelco radical de la filosofía; un rompimiento definitivo con todo pensamiento anterior; una superación definitiva y dinámica (en el sentido en que apunta no hacia un sistema filosófico cerrado, sino hacia una tarea constante de conocimiento) con el punto de vista metafísico que había predominado hasta entonces en el pensamiento filosófico. Y es por esto que la primera tesis sobre Feuerbach establece, con una fuerza especialmente revolucionaria, la radicalidad del proyecto teórico de Marx y Engels:

La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa (*Gegenstand*), la realidad, lo sensible, bajo la forma del objeto (*Objekt*) o de la contemplación (*Anschauung*), no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo. De ahí que el lado activo fuese desarrollado de un modo abstracto, en contraposición al materialismo, por el idealismo, el cual, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach aspira a objetos sensibles, realmente distintos de los objetos conceptuales, pero no concibe la actividad humana misma como una actividad objetiva (*Gegenständliche*). Por eso, en la esencia del cristianismo, sólo se considera como auténticamente humano el comportamiento teórico, y en cambio la práctica sólo se capta y se plasma bajo su sucia forma judía de manifestarse. De ahí que Feuerbach no comprenda la importancia de la actividad revolucionaria, de la actividad crítico-práctica.

La postura materialista dialéctica rompe así con el concepto de *verdad* que se definía como la adecuación del sujeto (el que conoce) con el objeto, vistos ambos estáticamente. Por este camino, la filosofía se ha enredado en una polémica interminable pues sus términos mismos estaban equivocados. Después de Kant, sobre todo, se llevó hasta el final las disyuntivas metafísicas abstractas que resultan de estas categorías que crearon lo que podríamos llamar un criticismo trascendental que no partía de ningún compromiso con el ser. Y se hizo necesario fundar una metafísica en base a un agnosticismo radical respecto a la existencia de la verdad y del propio mundo exterior. Hegel había restituido a la filosofía su confianza en la verdad al transformar la conciencia en un ente histórico y a la realidad en su expresión. Pero este idealismo radical, aunque dialéctico, había llevado a Hegel a un mundo de verdades absolutas encerradas sobre sí mismas y negaba así radicalmente su propio punto de arranque histórico y lógico.

Al afirmar radicalmente su concepción como un materialismo dialéctico radical que permitía situar la verdad en la historia, como producto de un ente histórico, social y naturalmente determinado, Marx y Engels rompen radicalmente con el concepto metafísico de verdad, tal como se refleja en la segunda *Tesis* sobre Feuerbach:

El problema de si se puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealidad del pensamiento —aislado de la práctica— es un problema puramente escolástico.

Este radicalismo histórico, materialista y dialéctico, asegura a Marx y Engels una coherencia absoluta en su razonamiento y en los efectos políticos (activos, concretos) de sus planteamientos. No es en la lucha en contra de las ideas que subyugan los hombres que estos encontrarán su liberación, tal como proponían los filósofos neo hegelianos. Solamente la lucha política concreta —que opera sobre una sociedad en constante mutación de sus bases productivas y de las relaciones sociales en que

se apoya— permitirá cambiar esa sociedad por otra superior. Pero este no es el resultado de simples ideales humanos —tal como concebían los socialistas utópicos, que reflejaban las limitaciones de las fases iniciales de la contestación obrera— sino que es un producto de las propias contradicciones internas del modo de producción capitalista. Estas contradicciones crean las condiciones objetivas para su propia superación histórica, al mismo tiempo en que ellas crean los sujetos de estas transformaciones.

Y estas contradicciones tienen su origen en la forma o modo por el cual se articulan en esta sociedad dos fenómenos complementarios: la apropiación humana de la naturaleza (el proceso de producción de valores de uso según una determinada forma de articulación de las fuerzas productivas propias del modo de producción capitalista) y las relaciones de producción que los hombres establecen entre sí para asegurar, desarrollar y extender este proceso de apropiación.

El próximo paso de nuestra reflexión es, pues, el estudio de la manera como se presenta para Marx y Engels la relación básica entre el hombre y la naturaleza.

II. Hombre y naturaleza

En los textos que venimos estudiando, Marx y Engels entregan también su concepción más elaborada sobre la relación entre el hombre y la naturaleza.

Nuestros autores rompen definitivamente con una concepción mecanicista de esta relación al declarar, en una versión suprimida del texto original, pero de grandes implicaciones teóricas:

Reconocemos solamente una ciencia, la ciencia de la historia. La historia, considerada desde dos puntos de vista, puede dividirse en la historia de la naturaleza y la historia de los hombres. Ambos aspectos, con todo, no son separables: mientras existan hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionarán recíprocamente. (Marx y Engels, 1968: 676)

De esta manera, podemos ver como Marx y Engels afirman radicalmente la unidad dialéctica entre hombre y naturaleza que se expresa en la relación doble que se desarrolla en la historia, en la cual la naturaleza crea al hombre como un ente natural capaz no sólo de modificarla según sus objetivos inmediatos sino también de someter su actividad de transformación de la naturaleza a un plan previamente establecido en su cabeza y en la sociedad, tal como lo vemos en *El capital* de Marx:

Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero, hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero; es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, realiza en ella su fin, fin que él sabe que sigue como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad.

En este sentido el hombre realiza una humanización de la naturaleza al someterla a sus propios fines. Esto se puede observar con mayor riqueza en el debate de Marx y Engels en contra de la concepción idealista de la relación hombre-naturaleza:

Por lo demás, en esta concepción de las cosas tal y como realmente son y han acaecido, todo profundo problema filosófico se reduce a un hecho empírico puro y simple. Así, por ejemplo, el importante problema de las relaciones entre el hombre y la naturaleza (o, incluso, como dice Bruno —pág. 110—, las “antítesis de naturaleza e historia”, como si se tratase de dos “cosas” distintas y el hombre no tuviera siempre ante sí una naturaleza histórica y una historia natural), del que han brotado todas las “obras inescrutamente altas” sobre la “sustancia” y la “autoconciencia”, desaparece por sí

mismo ante la convicción de que la famosísima “unidad del hombre con la naturaleza” ha consistido siempre en la industria, siendo de uno u otro modo según el mayor o menor desarrollo de la industria en cada época, lo mismo que la “lucha” del hombre con la naturaleza, hasta el desarrollo de sus fuerzas productivas sobre la base correspondiente. La industria y el comercio, la producción y el intercambio de las necesidades de la vida se condicionan por su parte y se hallan, a su vez, condicionadas en cuanto al modo de funcionar por la distribución, por la organización de las diversas clases sociales; y así se explica por qué Feuerbach, en Manchester por ejemplo, sólo encuentra fábricas y máquinas, donde hace unos cien años no había más que ruedas de hilar y telares movidos a mano, o que la Campagna di Roma, donde en la época de Augusto no habría encontrado más que viñedos y villas de capitalistas romanos, sólo haya hoy pastizales y pantanos. Feuerbach habla de la concepción de la ciencia de la naturaleza, cita misterios que sólo se revelan a los ojos del físico y del químico, ¿pero qué sería de la ciencia natural, a no ser por la industria y el comercio? Incluso esta ciencia natural “pura” adquiere tanto su fin como su material solamente gracias al comercio y a la industria, gracias a la actividad sensible de los hombres. Y hasta tal punto es esta actividad, este continuo laborar y crear sensibles, esta producción, la base de todo el mundo sensible tal y como ahora existe, que si se interrumpiera aunque sólo fuese durante un año, Feuerbach no sólo se encontraría con enormes cambios en el mundo natural, sino que pronto echaría de menos todo el mundo humano y su propia capacidad de concepción y hasta su propia existencia. Es cierto que queda en pie, en ello, la prioridad de la naturaleza exterior y que todo esto no es aplicable al hombre originario, creado *generatio aequivoca*, pero esta diferencia sólo tiene sentido siempre y cuando se considere al hombre como algo distinto de la naturaleza. Por lo demás, esta naturaleza anterior a la historia humana no es la naturaleza en que vive Feuerbach, sino una naturaleza que, fuera tal vez de unas cuantas islas coralíferas australianas de reciente formación, no existe ya hoy en parte alguna, ni existe tampoco, por tanto, para Feuerbach.

Pero, al mismo tiempo en que el hombre ha cambiado la naturaleza a través del trabajo, de su acción objetiva sobre ella, el hombre se ha transformado a sí mismo, se ha naturalizado al adecuar su propio organismo, su cerebro, sus brazos, sus manos a las necesidades de la producción y al someterse a una disciplina que tiene su origen en su conocimiento creciente de la naturaleza exterior y de su propia naturaleza. En la definición del trabajo que hace Marx en *El capital* se destaca claramente este fenómeno (que Serge Moscovici desarrolla brillantemente al superar una historia natural del hombre por una historia humana de la naturaleza):

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que este realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso, el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina.

El hombre se separa de los otros animales precisamente en el momento en que empieza a producir y reproducir sus condiciones de vida, en que desarrolla las potencias no sólo de su propio organismo sino también de los instrumentos que él crea para ampliar la potencia de sus manos y sus brazos. Ese dominio progresivo sobre los medios del trabajo va liberando al hombre de las limitaciones que le imponía la naturaleza exterior con la cual se sentía orgánicamente identificado y va elaborando un nuevo modo de relación con ella al irse apropiando de sus características menos aparentes para someterla a su voluntad que se va clasificando en fines, objetivos y necesidades cada vez más definidas. Karl Kautsky ya señalaba con bastante nitidez este proceso histórico:

Con la producción de los medios de producción da comienzo el paso del hombre-animal al hombre, mediante el cual este se desprende del resto del mundo animal para fundar su reino, un reino con un tipo particular de desarrollo, completamente desconocido para el resto de la naturaleza y sin nada que se le pueda parangonar en ella. Mientras el animal produce con los órganos de que lo dotó la naturaleza o utiliza solamente instrumentos que la naturaleza le da, no puede ir más allá de los medios que la naturaleza pone a su disposición. Su desarrollo sólo tiene lugar de manera que su organismo se desarrolla, y sus órganos se transforman, incluido el cerebro: proceso lento e inconsciente, realizado por la lucha por la existencia, que en modo alguno puede acelerar el animal con su actividad consciente. (Marx, 1966)

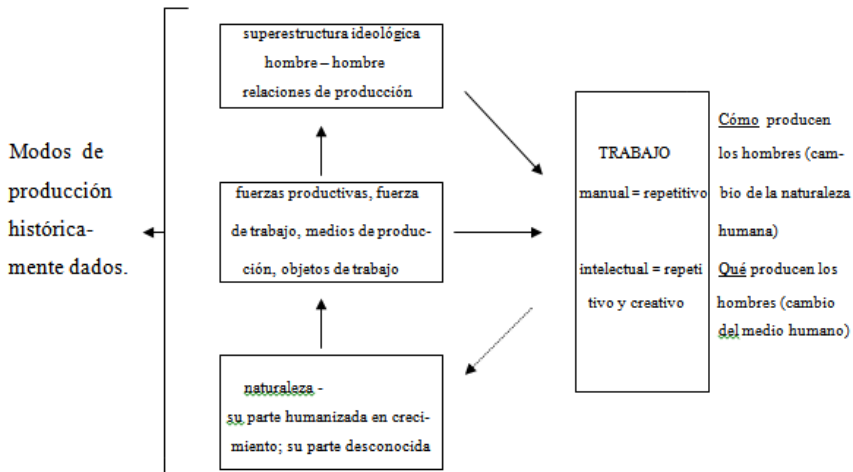
Es en este sentido que el proceso de desarrollo histórico del hombre puede y de hecho asume un carácter acumulativo. Cada nueva generación se encuentra con las condiciones materiales dejadas por las generaciones anteriores, y con un conjunto de procedimientos para utilizar estas condiciones materiales. La dialéctica entre herencia y transformación gradual o revolucionaria de esas condiciones ya se anuncia en el hecho mismo de este proceso acumulativo, pero sus leyes son muy complejas. Antes de pasar a esta estructura que Marx describió sobre todo en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* es importante entender como Marx y Engels describían en 1846 la dialéctica de la historia. Esta se presenta como una sucesión de generaciones y una recuperación de herencias. Si bien que estas herencias vinculan nuestros valores a los que criaron nuestros antepasados, de ninguna forma esto nos permite concebir la historia como la realización de un plan pre-determinado, sino como un acto de libertad humana. Libertad que se expresa exactamente en este proceso de apropiación acumulativa de la naturaleza por los hombres que van recreando la naturaleza a través de formas sucesivas (acumulativas, evolutivas) de su desarrollo. De esta manera, la humanidad se va recreándose a sí misma teniendo como base estas nuevas etapas de su dominio sobre la naturaleza y va produciendo y reproduciendo las relaciones sociales, las instituciones, las ideas que permiten su desarrollo. Nos dicen Marx y Engels en *La ideología alemana*:

La historia no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas productivas transmitidas por cuantas la han precedido; es decir, que, por una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que, por otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa, lo que podría tergiversarse especulativamente, diciendo que la historia posterior es la finalidad de la que la precede, como si dijésemos, por ejemplo, que el descubrimiento de América tuvo como finalidad ayudar a que se expandiera la Revolución Francesa, interpretación mediante la cual la historia adquiere sus fines propios e independientes y se convierte en una “persona junto a otras personas” (junto a la “autoconciencia”, la “crítica”, el “único”, etcétera), mientras que lo que designamos con las palabras “determinación”, “fin”, “germen”, “idea”, de la historia anterior no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, de la influencia activa que la anterior ejerce sobre esta. (Marx y Engels, 1968)

Llegamos así a una primera aproximación de la relación entre hombre y naturaleza en la cual el hombre va cambiando sus propias relaciones humanas a medida que cambia la naturaleza según el trabajo.

Pero estos planteamientos generales necesitan un estudio más detallado para hacer más específico este movimiento general de la historia que no puede, como vimos, concebirse como el resultado de un proyecto extra histórico, como una realización material de un orden o un fin o una idea que la precede, so pena de introducir el idealismo por la puerta de atrás.

Esquema 1. Primera aproximación a la relación hombre-naturaleza y hombre-hombre a través del trabajo



- = Relación de determinación (el hombre como ente natural según las condiciones históricas determinadas de apropiación de la naturaleza).
- = Relación de condicionamiento (el hombre es un ente productor, que somete la naturaleza a sus fines históricamente dados. Pero estos fines dependen de los modos de producción y de vida existentes).

III. Fuerzas productivas y relaciones de producción

Vemos, por tanto, que una visión correcta de la historia tiene que integrar los dos procesos simultáneos: la apropiación de la naturaleza por el hombre y las relaciones que los hombres establecen entre sí para producir los recursos históricamente necesarios para su supervivencia y su vida.

Pero el hombre no se enfrenta a la naturaleza solamente con sus órganos naturales. Él se ha distinguido de los otros animales precisamente debido a su capacidad de crear instrumentos de producción que, con la ayuda de su cerebro más desarrollado, le permitieron aumentar muchas veces su poder de transformación de la naturaleza para someterla a sus propios fines humanos.

La gran descubierta de Marx ha sido precisamente la de encontrar esta base material del desarrollo del hombre, tanto como ser “natural” cuanto como ser “cultural”. La cultura humana se transformó en una nueva etapa de la naturaleza misma, hoy totalmente transformada por el trabajo humano.

Es por esto que el materialismo histórico empieza con una premisa absolutamente necesaria para comprender el sentido del proceso histórico: la de que el desarrollo de las fuerzas productivas es la base material en la cual descansan las relaciones de producción y todo el edificio supra estructural de las formaciones sociales concretas.

En el prólogo a la *Crítica de la economía política*, después de explicar el camino que lo llevó del estudio del cerebro y del Estado, a la comprensión de la sociedad civil como su fundamento y, a continuación, de la estructura económica como la anatomía de la sociedad civil, Marx afirma: “en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un *grado* determinado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales” (véase la edición de la Editorial Nacional, México, 1974: 7, *italicas propias*).

Queremos llamar la atención en este texto sobre dos aspectos:

- › En primer lugar, Marx afirma que las relaciones que establecen los hombres entre sí para producir sus propios medios de existencia no son casuales o fortuitas, ni son el resultado de su deseo, sino que son el producto de una determinación. Con esto, Marx afirma que las relaciones de producción históricamente dadas no pueden ser definidas como una idea, sino que son un fenómeno real, concreto que nace de las determinaciones a que están sujetos los hombres concretos.
- › En segundo lugar, Marx establece una relación de correspondencia entre las relaciones de producción y el *grado* de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de que dispone la sociedad. Esta correspondencia tiene un doble sentido, como lo veremos a continuación, pues no solamente no es posible la existencia de ciertas relaciones de producción si no existe una base material que le corresponda, sino que, por otro lado, las fuerzas productivas desarrolladas por una sociedad pueden ya

ser demasiado anchas para determinadas relaciones de producción. De esta manera, las fuerzas productivas exigen (determinan) ciertas relaciones de producción, así como las relaciones de producción ejercen una influencia (un condicionamiento) sobre las fuerzas productivas cuyo pleno desarrollo sólo puede producirse cuando se rompen las trabas impuestas por las relaciones de producción ya superadas donde surgieron de manera incipiente y se impulsa su desarrollo a partir de las relaciones de producción nuevas o superiores.

Esta base material en que se apoya la sociedad (fuerzas productivas y relaciones de producción) es la fuente de su representación cultural, institucional, organizativa, la cual forma la “superestructura” espiritual, cultural, moral, intelectual de esta sociedad. Así lo define Marx en el mismo texto:

El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales *determinadas* de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que *determina* su conciencia. (*op. cit.:* 7)

La relación de determinación aparece pues bien definida. La apropiación humana de la naturaleza a través del trabajo es la que crea las experiencias sensibles, las actividades teleológicas, la producción material, de las cuales arranca el pensamiento y que son la materia prima de su actuación. Y Marx muestra como este proceso de apropiación material es, al mismo tiempo, un proceso social: un proceso inmediatamente social. Y es la estructura económica (que vincula las fuerzas productivas y las relaciones de producción en una unidad sistémica, necesaria, con un determinado grado de correspondencia) la que sirve de fundamento al desarrollo de la superestructura social que la refleja, la justifica y la mantiene en funcionamiento.

Pero es necesario señalar aquí dos elementos:

- 1) El hecho de que exista una relación dialéctica de determinación (de precedencia lógica, causal, histórica y material) de la base material sobre la institucional, la política y la cultural, esto no significa que estas sean totalmente o mismo fundamentalmente pasivas. Afirmar esto nos llevaría a eliminar totalmente la dialéctica de esas relaciones, condenarlas al estancamiento y producir un determinismo mecánico (pre-dialéctico) que Marx y Engels rechazaban definitivamente. Precisamente porque estas superestructuras están determinadas por la base material económica esta pasa a depender de aquellas. La superestructura actúa sobre la base material y no sólo la modifica, sino que es *una condición necesaria* de su existencia, en la medida en que la complementa y la hace funcionar.
- 2) Esta necesaria relación de correspondencia entre los elementos señalados (fuerzas productivas y relaciones de producción que forman la estructura económica) y de esta estructura con la superestructura no debe ser vista por lo tanto como una correspondencia permanente, constante y estática. Por el contrario, exactamente porque hay una relación de determinación, de causalidad histórica y lógica entre ellos y, al mismo tiempo, porque esta causalidad exige de la realidad causada una interacción que permita la existencia y el funcionamiento de las fuerzas causantes, se produce una relación de *no correspondencia* entre estas fuerzas concretas en la historia.

Esta no correspondencia nace de tres razones:

- 1) Porque hay que suponer un proceso *genético* en el cual las fuerzas productivas plantean la necesidad de determinadas relaciones de producción y la estructura económica demanda, exige el desarrollo de determinadas formas superestructurales que todavía no existen.
- 2) Porque hay que suponer períodos o fases en las cuales la correspondencia sí se establece, provocando una situación de relativo equilibrio de estos elementos estructurales de las formaciones sociales concretas (situación próxima de los clasicismos), hay que suponer también que esta

correspondencia está constantemente amenazada: por las dinámicas distintas de estos tres elementos; por las sobrevivencias de formas materiales y culturales de las formaciones sociales anteriores; por la precariedad de toda etapa de dominio del hombre sobre una naturaleza que no se reduce a los instrumentos que él dispone para dominarla y que, por lo tanto, está amenazando constantemente la sobrevivencia de las fuerzas productivas existentes.

De esa manera, en cada una de esas etapas clásicas, el aparente equilibrio y la correspondencia entre las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura jurídico-política-ideológica no son más que formas ilusorias de estabilidad. En contra de ellas, se rebelan las fuerzas materiales concretas y la fuerza del espíritu humano que no se acomoda a ninguna situación como definitiva. No hay por lo tanto una situación perfecta que satisfaga las necesidades humanas, en la cual se apoyaría esta estabilidad siempre relativa.

- 3) La propia precariedad de las formas concretas de dominio de la naturaleza por la humanidad, las contradicciones de clase inherentes a cada forma concreta de producción posterior al comunismo primitivo y sólo posiblemente superable por un mundo post capitalista, plantean la necesidad de producir formas cada vez más desarrolladas de dominio de la naturaleza, la cual se muestra siempre inaprehensible para el hombre.

Además, el desarrollo de estas nuevas formaciones sociales es facilitado por los avances ideológicos y materiales de los períodos de equilibrio y correspondencia relativa. Estos avances rebasan las condiciones materiales existentes y llevan adelante la imaginación humana estimulando un gran progreso de las fuerzas productivas y generando nuevos desequilibrios y bosquejos de nuevas relaciones sociales, las cuales generan situaciones de no correspondencia (románticas, revolucionarias, reformistas).

En la medida en que el desarrollo de esas fuerzas productivas crea un agente social capaz de expresar las nuevas necesidades humanas que nacen de las condiciones anteriores, se plantea una necesidad y una posibilidad histórica de resolver estas nuevas contradicciones.

De esta forma, la ley de la correspondencia necesaria entre fuerzas productivas y relaciones de producción y de estas con la superestructura sólo se materializa en un estado de correspondencia efectiva, si bien que relativa, en ciertos períodos históricos determinados.

Pero la ley opera en los tres períodos señalados: en el primero, al obligar a las relaciones de producción y a la superestructura a establecer una correspondencia, aún en proceso de constituirse, con las fuerzas productivas ya en desarrollo; en la segunda, al producir un equilibrio relativo entre fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura que sólo se desequilibra porque esta correspondencia no resuelve los problemas del dominio del hombre sobre la naturaleza, ni tampoco los antagonistas de clase inherentes a las varias formaciones históricas concretas; en la tercera, al exigir una resolución a través de un modo de producción nuevo. Se crea por lo tanto una nueva situación de no correspondencia generada por el avance de las fuerzas productivas en el período de equilibrio relativo que conduce a nuevas fases revolucionarias o reformistas en búsqueda de una formación social superior.

Es así que podemos entender el texto de Marx en el prólogo ya señalado, al poner en movimiento las categorías que presentara al principio como una estructura aparentemente estable, Marx continúa su discurso: “Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces” (Marx, 1987: 7).

Y se produce en consecuencia una no correspondencia desde el punto de vista de las nuevas fuerzas productivas que se han generado: “De formas evolutivas de las fuerzas productoras que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas” (Marx, 1857: 7).

Esta situación ya no corresponde ni a los cambios evolutivos de la primera etapa (período de reformas que permiten el pleno desarrollo de las fuerzas productivas) ni a las cristalizaciones aparentemente estables de la etapa clásica que hemos señalado. Ahora, la formación social sobrevive a costa de duras luchas en su contra, de avances revolucionarios y bloqueos contrarrevolucionarios. Es a esto que se refiere Marx, cuando prosigue su texto introduciendo la noción de una *era* revolucionaria:

“Entonces se abre una *era* de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura” (Marx, 1857).

Pero, no hay una ley que defina exactamente la rapidez con la cual las clases revolucionarias lograrán crear una base política y cultural capaz de generar el nuevo orden social. Seguramente, cada formación social define las posibilidades históricas de su superación. Pero el científico deberá determinar claramente esta situación objetiva para entender el significado de los momentos revolucionarios que se plantean en esta era de revolución social:

Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven. (Marx, 1857: 7-8)

Y, a continuación, Marx repite la definición metodológica que permite fundamentar el materialismo histórico como ciencia:

Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época de trastorno por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productoras sociales y las relaciones de producción. (Marx, 1857: 8)

Pero Marx advierte, a continuación, contra todo voluntarismo que pretenda resolver estas contradicciones materiales sea a través de su conocimiento teórico, sea a través de la decisión revolucionaria. El proceso revolucionario sigue caminos tortuosos plagados de derrotas y victorias parciales de las clases revolucionarias. Las clases dominantes inauguran así un nuevo período de contrarrevolución y de reformas en la propia

estructura de dominación y en su relación con las fuerzas productivas. Una formación social en decadencia tiene aún enormes reservas que le permite introducir nuevos avances en las fuerzas productivas y mantener así, en un proceso de lucha continua, plagado de enormes conflictos y catástrofes sociales, su dominación y la sobrevivencia del modo de producción en el cual se apoya esta dominación. Es por esto que Marx advierte:

Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido encontradas en el seno mismo de la vieja sociedad. (Marx, 1857: 18)

Aquí se reafirma el determinismo económico de Marx, pero se perfila claramente su carácter dialéctico. No se trata de que se pueda constituir una sociedad superior a partir de la idea, de una propuesta subjetiva de una nueva forma de convivencia social. Se trata de que existan concretamente, en el seno de la sociedad en crisis, las bases de la sociedad nueva, lo que llevó a Engels a usar la imagen del parto para definir el proceso revolucionario. Pero el embarazo tiene leyes, y así también la historia. No se puede arrancar de la sociedad en crisis un ser superior antes que él haya madurado lo suficiente. Por lo tanto, la cuestión de la posibilidad de la revolución depende de un análisis concreto de situaciones históricas concretas.

Pero, el simple hecho de que exista una situación revolucionaria genera la posibilidad y la necesidad de que exista la voluntad revolucionaria cuya efectividad histórica, esta sí, dependerá de otros factores que no son directamente económicos. Dependerá de factores subjetivos, de organización, de desarrollo ideológico, de capacidad de sus liderazgos, etcétera.

El determinismo que incita a la revolución no es capaz de resolverla por sí mismo, sino que depende de otros niveles de determinación, entre los cuales cuenta sobre todo la creatividad humana, es decir, de líderes e instituciones (partidos, frentes, movimientos) capaces de apropiarse

práctica y teóricamente de su propia realidad. Pero esta creatividad sólo se realiza sobre la base de una situación material que permite su acción. Por esto Marx encierra este momento de su discurso teórico-categorial al sostener a continuación:

Por esto [porque la nueva sociedad tiene que haber ya madurado en la vieja sociedad] la humanidad no se propone nunca más que los problemas que ella puede resolver, pues, mirando de más cerca se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir. (Marx, 1857: 8)

El análisis científico se desplaza, pues, hacia el campo del estudio de las situaciones históricas concretas y las categorías más abstractas no nos permiten resolver *a priori* el problema de las leyes concretas que llevan al cambio revolucionario de una formación social a otra. La ley de la correspondencia entre fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura sólo tiene sentido como guía para el análisis de las situaciones históricas concretas.

IV. Fuerzas productivas y relaciones de producción en el capitalismo

Los elementos teóricos que analizamos hasta el momento demuestran que no se puede imaginar un desarrollo “neutral” de las fuerzas productivas. Como vimos, ese desarrollo se realiza en una vinculación inmediata con ciertas y determinadas relaciones de producción que tanto son determinadas por las fuerzas de producción como también actúan sobre ellas. Un determinado desarrollo de las fuerzas productivas sólo es compatible con un determinado modo de producción. Esto no significa, sin embargo, que un modo de producción nuevo no pueda surgir apoyándose en las estructuras materiales creadas por el modo de producción que lo antecede. De hecho, en las formaciones sociales históricas concretas es así como se produce la transición de un modo de producción al otro.

Es de gran importancia, para el entendimiento de este problema el análisis de Marx sobre la subsunción *formal* y la subsunción *real* en el surgimiento histórico del capitalismo.

Al analizar el desarrollo de la concentración y cooperación entre los trabajadores en el proceso de producción en algunas ramas como la minería y la construcción vial existentes ya en las formas de producción pre capitalistas, Marx señala como “el capital no crea la acumulación y concentración de los obreros, sino que las adopta”. “La forma más simple y la más independiente de la división del trabajo es aquella en que el capital ocupa a diversos tejedores e hilanderos manuales autónomos y dispersos en sus viviendas. (Esta forma subsiste aún al lado de la industria). Consiguientemente el propio modo de producción todavía no está determinado por el capital, sino que este lo encuentra como previamente existente”. Los trabajadores se concentran como trabajadores individuales unidos por el capital. “Por tanto su asociación a través del capital no es más que formal y se refiere sólo al producto del trabajo, no al trabajo mismo” (Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política borrador 1857-1858*, vol. 2, Siglo XXI Editora, México, 1972: 87 y 88).

Solamente con la manufactura, el capital empieza a modificar las condiciones de producción al concentrar los trabajadores en un local de trabajo bajo su control y vigilancia. A partir de ahí puede imponerles una división del trabajo que todavía se apoya, sin embargo, en la destreza individual de los trabajadores. Solamente la gran industria crea las modificaciones para la *subsunción real* del trabajo en el capital y permite que se instaure completamente el modo de producción capitalista.

Sobre esta base (la subsunción formal), empero, se alza un modo de producción no sólo tecnológicamente específico que metamorfosea la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo de producción capitalista. Tan sólo cuando este entra en escena se opera la subsunción real del trabajo en el capital. (Karl Marx, *El capital*, Libro 1, capítulo VI (Inédito) Siglo XXI, México, p. 72)

En conclusión

Para que se generalice la relación capitalista, están presupuestos un nivel histórico y una forma de la producción social. Es menester que se hayan desarrollado, en el marco de un modo de producción precedente, medios de circulación y de producción, así como necesidades, que acucien a superar las antiguas relaciones de producción y a transformarlas en la relación capitalista asalariada. Necesitan, empero, estar tan desarrolladas como para que se opere la subsunción real del trabajo en el capital. Fundándose en esta relación modificada se desarrolla de manera “espontánea” un modo de producción específicamente transformado que por un lado genera nuevas fuerzas productivas materiales, y por otro no se desarrolla si no es sobre la base de estas, con lo cual crea de hecho nuevas condiciones reales para su existencia.

Con las fábricas modernas y con el sistema de fábricas se inicia así una revolución económica total que, por una parte, produce por vez primera las condiciones reales para la hegemonía del capital sobre el trabajo, las perfecciona y les da una forma adecuada. Por la otra parte, genera en las fuerzas productivas del trabajo, en las condiciones de producción y en las relaciones de circulación desarrolladas por ella, las condiciones materiales de un nuevo modo de producción que eliminará la forma antagónica del modo capitalista de producción y crea, al mismo tiempo, la base material de un proceso de la vida social conformado de manera nueva y, con ello, de una formación social nueva de transición (el socialismo) y un modo de producción nuevo (el comunismo).

Es esta una concepción esencialmente diferente de la sostenida por los economistas burgueses, enredados en los límites de las relaciones capitalistas de producción, quienes ven, sin duda, cómo se producen ciertos fenómenos dentro de las relaciones capitalistas, pero no cómo se producen estas relaciones mismas, ni cómo, al mismo tiempo, se producen en ellas las condiciones materiales de su superación. De esta manera, los economistas burgueses suprimen el análisis de las condiciones históricas que dieron origen al capitalismo como forma posible y necesaria del desarrollo económico y de la producción de la riqueza social. En consecuencia, suprimen al mismo tiempo la necesidad teórica de su

superación. Para ellos, la economía capitalista es “la economía” que si no existió plenamente siempre esto se debe a ciertas instituciones que lo impidieron.

Marx y Engels nos muestran, por el contrario, no solamente cómo se produce el capital en la sociedad capitalista, sino cómo él mismo se creó en un largo proceso histórico y cómo, cuando surge como proceso productivo, se va haciendo diferente de cuando se inició. Por una parte, el capital le da forma al modo de producción; por la otra, a partir de cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas materiales él se va transformando en la medida en que se constituye como la base y la condición —la premisa— de su propio desenvolvimiento. Es así como, en su análisis del modo de producción capitalista puro, prevé el surgimiento y desarrollo necesario de los monopolios, las sociedades anónimas, el capitalismo de Estado, el imperialismo, etcétera temas que la ciencia oficial hasta hoy no logra comprender y mucho menos ecuacionar teóricamente.

El brillante análisis que se encuentra en el capítulo VI —inédito— del *Capital* nos muestra como la correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción se desarrolla en un proceso dialéctico en el cual la lucha por dominar la naturaleza y la lucha por dominar otros hombres se complementan en una misma historia, pero, a partir de situaciones distintas y a través de una relación compleja.

Las tendencias generales que sigue históricamente la tecnología en el cuadro de un modo de producción responden a dos determinantes fundamentales:

El dominio del hombre sobre la naturaleza y el dominio del hombre sobre el hombre para alcanzar este resultado. El primer aspecto se refiere al desarrollo de las fuerzas productivas, y el segundo a las relaciones de producción.

No se puede imaginar históricamente un desarrollo “neutral” de las fuerzas productivas que no esté intrínsecamente ligado a las relaciones de producción existentes. Pero es imposible también imaginar unas relaciones de producción que no estén ligadas intrínsecamente a un determinado desarrollo de las fuerzas productivas. La dialéctica revolucionaria entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones

de producción sólo es posible porque son dos realidades relativamente autónomas, pero intrínsecamente ligadas entre sí por el modo de producción y las formaciones sociales.

Si el desarrollo de las fuerzas productivas fuese neutral y completamente independiente de las relaciones de producción, como insinúa un cierto determinismo tecnológico, no sería posible que estas últimas se trasformasen en obstáculos al avance de las fuerzas productivas pues este seguiría su lógica interna de manera independiente. Las relaciones de producción se convierten en un obstáculo histórico al desarrollo tecnológico precisamente porque lo condicionan y hasta lo determinan.

Por otro lado, si las relaciones de producción determinasen de manera absoluta las fuerzas productivas y estas no tuviesen una autonomía relativa, condicionada por razones técnicas que escapan al dominio de las relaciones sociales, no habría una dialéctica revolucionaria entre las dos y el desarrollo de las fuerzas productivas no sería un acicate a la revolución y a la transformación radical de las relaciones de producción.

La tesis pretendidamente revolucionaria —pero de hecho funcionalista— que subordina de manera absoluta el desarrollo de las fuerzas productivas a las relaciones de producción conduce necesariamente al subjetivismo y al voluntarismo izquierdista, mientras la acentuación de la autonomía de la tecnología conduce al reformismo y al conformismo político.

El vínculo entre el determinismo tecnológico y el reformismo político se establece porque ambos disminuyen el papel de las transformaciones socio-políticas y de las relaciones de producción como factor condicionante del desarrollo tecnológico. En consecuencia, la revolución socialista se presenta como un proceso histórico de adaptación evolutiva de la sociedad a los cambios efectuados en el régimen productivo. La vinculación entre el determinismo social y el voluntarismo político se evidencia porque ambos desvinculan la lucha de clases del proceso de apropiación de la naturaleza y olvidan así los condicionamientos que este impone al proceso social.

En consecuencia, para un enfoque voluntarista la revolución aparece como un resultado directo de la lucha de clases. Ella sería consecuencia particularmente de la conciencia y voluntad de la clase revolucionaria, o del sujeto revolucionario (el partido, el liderazgo, etc.) sin ninguna limitación

económica que impida o mediatice tal conciencia y obligue a repliegues y ajustes tácticos y estratégicos. La dialéctica —como lo señala Lenin— es la negación de la visión unilateral del proceso histórico, sólo hay dialéctica cuando este es visto en todas sus determinaciones, en la complejidad del universo concreto. Por esto, ambas visiones son erradas y desvían el pensamiento y la práctica de su camino correcto y posiblemente exitoso.

Apéndice

Sobre el problema fuerzas productivas y relaciones de producción en el debate contemporáneo

Nunca está de más releer, como lo hicimos en el capítulo anterior, el texto clásico de Marx del Prólogo a la *Contribución* que ha dado origen a un debate exasperado en el marxismo. Algunos autores consideran este texto una expresión de determinismo económico y tecnológico; Véase la ofensiva de la corriente de pensamiento que se autodenominó “maoísta” y que, inspirada en ciertos aspectos de la llamada “revolución cultural” que se desarrolló en China, tuvo por objetivo negar la autonomía relativa del desarrollo de las fuerzas productivas. Podemos encontrar esta tendencia en los libros de A. D. Magaline (1975), Manuel Janco y Daniel Furjot (1972), Benjamín Coriat (1976) y Harry Braverman (1976).

La condensada síntesis teórica realizada en el presente ensayo corresponde rigurosamente al pensamiento marxista sobre las relaciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y permite articular los trabajos incompletos de Marx en una visión coherente y sistemática del proceso histórico.

Esta no es la visión que se presenta en la polémica iniciada por el pensamiento “maoísta” europeo y norteamericano que se definió en contra de la autonomía relativa del desarrollo de las fuerzas productivas. Para los “maoístas” las fuerzas productivas son siempre una expresión del modo de producción existente. Y particularmente de la lucha de clases. No hay lugar en este planteamiento para las leyes específicas del proceso de apropiación de la naturaleza, ni para las contradicciones que genera con las relaciones de producción.

A. D. Magaline, por ejemplo, se dedica, en el libro citado, a “resolver” las ambigüedades que su visión funcionalista-estructuralista del método científico encuentra en la obra de Marx y plantea claramente la tesis: “Las fuerzas productivas están determinadas en su naturaleza y en su tipo de desarrollo por las relaciones de producción dominantes y por la lucha de clases que estas relaciones condicionan” (1975: 52). En consecuencia, no hay una autonomía relativa de las fuerzas productivas como lo sugieren los textos “precientíficos” de Marx. La lucha por la apropiación de la naturaleza y las determinaciones que ella produce sobre el desarrollo de los medios de producción, la división del trabajo, las formas de propiedad, etcétera, no tienen ningún papel en la revolución. Esta es un producto puro de la lucha de las clases sociales. ¿Y por qué luchan esas clases?

El resultado de esta visión idealista de la lucha de clases es un sociologismo que transforma la lucha de clases no en un enfrentamiento entre representantes de modos de producción distintos, que luchan por el control del poder político en escala nacional, para hacer avanzar el dominio del hombre sobre la naturaleza en una escala planetaria, sino en un enfrentamiento entre los pobres y los ricos, entre los explotados y los explotadores.

La clase revolucionaria, el proletariado, en vez de aparecer como un representante del futuro aparece como un grupo social que reafirma su pobreza y que pretende incluso comprobar la superioridad de una tecnología de la pobreza sobre la gigantesca liberación de las capacidades productivas que realiza el capitalismo moderno. Las desastrosas consecuencias políticas de esta postura reaccionaria travestida de ultraizquierdismo son hoy día conocidas al llevar a China a un peligroso retroceso tecnológico, económico, ideológico y político interno y a un aislamiento internacional del cual pretendió salir con una alianza (por la primera vez planteada por un país socialista) con la derecha antisoviética mundial.

Una vez más en la historia, el ultrismo (y no el radicalismo, dígame de paso) izquierdista se identifica con su esencia pequeño-burguesa esencialmente reaccionaria y se transforma en derechismo militante. Los anarquistas rusos pasaron de las aventuras “radicalizadoras” de la revolución rusa al terrorismo y a las rebeliones como la de Cronstadt, en

alianza con los mencheviques y la derecha rusa y, por fin, al más ciego antisovietismo. Varias fracciones trotskistas norteamericanas que partían de una crítica pretendidamente de izquierda a la sociedad soviética (atacando la brillante crítica a la burocracia soviética de Trotsky que se vio obligado a enfrentarse a sus antiguos discípulos y sus desviaciones del marxismo) terminaron convirtiéndose en epígonos de la Guerra Fría. El idealismo no ha sido nunca un buen consejero ni para la comprensión de la historia, ni para la lucha política.

La fuerte llamada a la objetividad y al reconocimiento del determinismo económico del prólogo a la *Contribución*, si bien puede dar el origen a desviaciones reformistas como hemos señalado, por lo menos obliga a poner los pies en la tierra y evita otras aventuras a veces aún más peligrosas que los fracasos históricos del reformismo. Esta fue, por señal, la respuesta dada por la sociedad china en contra de los efectos peligrosos de la revolución cultural, al abandonar completamente la comprensión marxista del rol del desarrollo de las fuerzas productivas en la dinámica revolucionaria.

Más modernamente, el movimiento ambientalista generó también tendencias conservadoras en el análisis de la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales. En vez de situar la lucha en contra de la destrucción ambiental, promovida por el capitalismo, en el contexto de un avance del conocimiento e de las relaciones entre la humanidad y la naturaleza, se lanza en contra del aumento de la capacidad productiva de la humanidad, como si ella fuera la causa de la crisis ecológica global que vivimos en nuestros días. La redescubierta de unas relaciones fraternales y complementarias entre la humanidad y la naturaleza, de un respecto a las exigencias ambientales de la naturaleza, a los sistemas ecológicos sólo será posible con relaciones de producción superiores que permitan a la humanidad avanzar en el conocimiento del universo en sus dimensiones macro y micro. El avance del conocimiento y las exigencias crecientes de la humanidad para apropiarse cada vez más de las fuerzas naturales se chocan con una sociedad dividida en clases sociales. Las consecuencias negativas en el plano natural y social de la conservación de la propiedad privada de los medios de producción y de un mercado que en vez de auto regularse —como pretende la teoría

económica oficial— genera el caos social y la libertad de acción para el monopolio, el aumento de la concentración de poder e ingreso, de un lado, y la pobreza y la exclusión social del otro. Mientras tanto la tesis del “estado mínimo” sirve de pantalla a un aumento de la protección del Estado a estas tendencias contra-revolucionarias que amenazan dramáticamente a toda la humanidad.

No podemos, por lo tanto, dejarnos seducir por enfoques que en vez de hacernos avanzar buscan disminuir nuestra capacidad de detener los factores negativos que advienen de nuestra incapacidad de destruir un estado social, económico, político, ideológico, cultural que no puede absorber el enorme potencial de avance de las fuerzas productivas que conquistó la humanidad. Continuemos, por lo tanto, en nuestro análisis de las interacciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

V. Los elementos componentes de las fuerzas productivas

Marx y Engels jamás se dedicaron a realizar una lista de los elementos que componen las fuerzas productivas. Sin embargo, está claro que para ellos estos elementos formaban ciertas estructuras históricas y no deberían ser analizadas aisladamente sino en su articulación interna que correspondía a determinados grados de desarrollo. Además de esta visión evolutiva, es evidente también que en cada una de estas formas de producción predominan distintos aspectos de las fuerzas productivas que cumplen un papel ordenador de las mismas, según determinados principios.

Para analizar los elementos internos de las fuerzas productivas, tenemos que distinguir 4 grandes categorías analíticas que están presentes en el desarrollo del proceso del trabajo: a) La fuerza de trabajo que es el sujeto activo del proceso de producción; b) el objeto del trabajo sobre el cual actúa esta fuerza de trabajo para obtener un bien útil; c) los medios de producción que utiliza esta fuerza de trabajo para transformar el objeto de trabajo; d) los elementos auxiliares, tales como la energía, los locales de trabajo, las materias primas auxiliares, etcétera.

Pasemos a analizar cada uno de estos elementos.

A) La fuerza de trabajo

Ya vimos que el proceso de trabajo se caracteriza por la producción de un resultado útil definido por el propio hombre y que sirve a sus propios fines o necesidades. De esta manera es inherente al concepto de fuerzas productivas la capacidad humana de proponer en su propia cabeza la obtención de un resultado dado. Esto significa la existencia de un plan de producción, aunque en estado embrionario.

Sin embargo, desde la destrucción de la comunidad primitiva y la aparición de una organización social del trabajo, que se basa en una división social del trabajo que pasa a condicionar el acto individual del trabajador, se produce una separación entre el trabajo intelectual y el manual, que fundamenta las primeras formas de la división de clases.

La función de planear, de definir el objetivo del trabajo, escapa progresivamente del control del trabajador directo y se incorpora al propietario de los medios de producción, que la puede ejercer directamente o a través de una incipiente intelectualidad, compuesta de sacerdotes, arquitectos, astrónomos y burócratas.

Para que pudiese existir esta separación entre el trabajo manual y el intelectual fue necesario que se hubiera desarrollado las fuerzas productivas en el seno de la propia sociedad comunitaria para producirse un excedente económico suficiente que permitiese la existencia de un sector no dedicado directamente al trabajo productivo.

Al mismo tiempo, la aparición de una casta de nobles y guerreros permitió a la sociedad crear las condiciones más estables para la producción y la reproducción dentro de los principios productivos del período. Nobles, guerreros, sacerdotes, arquitectos y astrónomos se impusieron para organizar el trabajo de manera más intensiva, concentrada y cooperativa. Ellos buscaron prever el comportamiento de las condiciones climáticas, escoger las tierras adecuadas para la plantación, establecer sistemas de regadío, explorar los metales, organizar el intercambio de productos y crear los medios de producción de nuevos conocimientos, y sobretodo crear métodos de educación que permitiesen reproducir los conocimientos anteriormente

alcanzados, etcétera. La ejecución sistemática de estas actividades permitió avanzar muchas veces las fuerzas productivas de estas sociedades.

Sin embargo, el bajo desarrollo de los otros elementos de las fuerzas productivas hacía de la fuerza de trabajo una parte esencial de la misma, confundida por el propietario de los medios de producción como un medio más entre otros (la tierra, los animales, las herramientas, etcétera).

En este sentido, el desarrollo de las fuerzas productivas ha impulsado las relaciones de producción esclavistas y, posteriormente, las serviles. A través de estos sistemas de relaciones sociales que fundaron diversas formaciones sociales—muchas veces muy diferentes entre sí—lograron impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas en general, alcanzando niveles cada vez más altos de productividad y—consecuentemente—de generación de excedentes.

Podemos distinguir, entonces, varios elementos del proceso del trabajo y, al mismo tiempo, constatar que el desarrollo de estos elementos está profundamente asociado al *grado* de desarrollo de las fuerzas productivas que, dado su poder de dominación de la naturaleza, pone en evidencia uno u otro aspecto.

La separación entre trabajo intelectual y manual era una manifestación básica de la división del trabajo, la cual se expresaba aún en la diferenciación entre la caza, el pastoreo, la agricultura y la economía doméstica que se van independizando como actividades humanas en la medida en que avanza el dominio del hombre sobre la naturaleza, hasta que, al interior del propio sistema esclavista, el crecimiento del excedente permite el desarrollo de la artesanía, de la minería, de los servicios administrativos, de la función militar y sacerdotal, del comercio y de la propia actividad cultural como actividades más o menos separadas ejercidas por los nobles, los plebeyos y posteriormente hasta por los esclavos de la casa no dedicados a la producción.

No nos interesa aquí entrar en detalles sobre la evolución histórica de la división del trabajo, pero es importante señalar que ella desarrollaba, de un lado, la destreza de los productores y, de otro, el poder del trabajo asociado que permitió crear las grandes obras arquitectónicas y las construcciones de la antigüedad clásica. Al mismo tiempo, ella elevaba

a niveles absolutamente superiores, la organización del trabajo con el desarrollo de la concentración de la fuerza de trabajo en ciertos sectores, como la construcción civil, las minas, la guerra; y con el surgimiento de los gérmenes de la cooperación entre los trabajadores según una estructura jerárquica cada vez más definida. Y, por otro lado, el desarrollo de la misma organización del trabajo profundizaba, ampliaba y complejizaba la división del trabajo y aumentaba, en un primer momento, la capacidad productiva de la sociedad en su conjunto.

No es nuestra intención demostrar en detalle como este enorme desarrollo de las fuerzas productivas de la antigüedad clásica entró en contradicción con las relaciones de producción esclavistas. Pero, sería importante señalar que la decadencia histórica del Imperio Romano tiene que ver con las enormes masas de esclavos que se desplazaron de la actividad productiva e incluso de actividades no directamente productivas a la plebe romana, generando enormes masas de parásitos sociales. Ya no era solamente la nobleza que entregaba incluso el desarrollo intelectual de su sociedad a los esclavos y se retiraba al gozo irrestricto de los enormes excedentes de bienes y de esclavos. Para entonces, incluso la plebe romana ya podía vivir sin trabajar apoyándose en la gigantesca explotación de las colonias romanas y de los esclavos traídos de todo el mundo mediterráneo y europeo.

Los enormes excedentes generados por el desarrollo de la forma de producción esclavista se convertían así en la base de la disolución del modo de producción esclavista. Engels nos describe de manera muy viva el secular movimiento histórico de cuestionamiento del esclavismo por las masas de esclavos de los más diversos orígenes y el rol unificador de estas masas que representó el cristianismo primitivo. Él comparaba incluso este rol con el representado por el moderno movimiento comunista.

Estos ejemplos nos revelan por tanto que la organización del trabajo es una parte fundamental de la evolución de la fuerza de trabajo, la cual representa, a su vez, el elemento dinámico de las fuerzas productivas.

Asociado al crecimiento del excedente, a la división del trabajo, a la concentración y cooperación en ciertas ramas, está el crecimiento de la población misma. Como lo ha demostrado Gordon Childe,

hay una relación directa entre las revoluciones agrícola e industrial y verdaderas explosiones poblacionales. La concentración regional y posteriormente urbana de la población aumentada por los procesos demográficos naturales y las emigraciones espontáneas o forzadas (comercio y captura de esclavos) son, por un lado, un resultado de las revoluciones productivas y, por otro lado, un factor condicionante de las mismas.

De esta manera, podemos observar como los factores humanos que componen las fuerzas productivas se complementan: la división del trabajo, la organización del trabajo (concentración y cooperación de las unidades productivas, desarrollo de la disciplina productiva y de las jerarquías de mando y control), el avance del conocimiento de la naturaleza y la concentración y crecimiento de la población forman un conjunto de elementos interdependientes cuya estructuración tiene que ver no sólo con las formas productivas materiales sino también con las relaciones de producción. Estos elementos estructuran las relaciones de producción según modos de producción determinados, históricamente constituidos.

B) El objeto del trabajo

Si analizamos el otro componente del proceso de trabajo que es el objeto del trabajo, vamos a notar la misma interrelación entre los varios elementos que lo componen.

En las fases más primitivas de su desarrollo, el objeto del trabajo principal al que recurría el hombre eran los elementos naturales en su forma inmediata. La extracción de frutas y hierbas, la pesca y la caza recogían directamente de la naturaleza los elementos de supervivencia del hombre sometiéndolos a formas de elaboración muy escasas. El cultivo agrícola y el pastoreo permitieron al hombre ya un cierto grado de fijación en la tierra y de elaboración superior de sus objetos de trabajo. Con la construcción de canales, silos, medios de transporte, etcétera, estas actividades ya pasaron a un nivel superior de planificación y permitieron el desarrollo de la vida urbana, de la artesanía, la minería, la administración estatal, el comercio, las artes y la literatura, etcétera.

Los objetos de trabajo se transformaron en materias primas y la concepción misma de la naturaleza cambió de una concepción organicista de la misma, en la cual el hombre era una parte casi no diferenciada de la naturaleza con la cual buscaba convivir armónicamente, hacia una visión de la naturaleza como sustancia de la transformación operada por el hombre que le daba forma, utilidad, valor de uso. El concepto de materia prima nace como el producto de una forma de producción superior, más elaborada y capaz de producir un excedente económico muchas veces superior.

La comprensión de la naturaleza como una materia prima a ser transformada por el trabajo humano perduró por toda la antigüedad y la edad media, y llegó incluso hasta el renacimiento post medieval, influenciando incluso los primeros pasos por la constitución de la ciencia moderna.

Sólo en los tiempos actuales —y particularmente a partir del siglo XIX— es que la producción química irá modificar esencialmente esta noción de sustancia y forma, de materia prima e industria (creación humana). Sólo entonces la humanidad logró modificar la composición de las materias primas a través de su cambio molecular realizado por procesos químicos. Estaban dados los pasos iniciales para la revolución científico tecnológica contemporánea que pretende someter totalmente la acción humana sobre la naturaleza a los principios científicos del conocimiento humano.

La naturaleza inmediata, la tierra, el suelo, el río, las materias primas o los recursos naturales son algunas de las formas que va asumiendo la naturaleza como objeto del trabajo, transformado, a través del proceso productivo, en bienes útiles; sea para su uso directo, sea para el intercambio en un mercado que se expande conjuntamente con la división social del trabajo. En nuestros días los objetos de trabajo son producidos por el hombre y no se identifican con formas o seres naturales.

C) Los medios de producción

Pero falta analizar el elemento más importante de las fuerzas productivas modernas que son los medios de producción. Solamente a través de ellos puede el hombre transformar radicalmente su capacidad de apropiación de la naturaleza.

Los instrumentos de producción son la manifestación más elaborada de los medios de producción y ellos evolucionaron enormemente desde el hombre primitivo a nuestros días. Desde las formas ocasionales de uso de las piedras y la madera, hasta la aplicación del bronce y del hierro a la creación de herramientas cada vez más sofisticadas para arar la tierra y posteriormente para la artesanía el hombre fue generando un enorme acervo de instrumentos de trabajo en constante evolución.

Esta evolución no ha sido siempre bien analizada por la historia económica, y fue Karl Marx en *El capital* quien retiró las consecuencias estructurales y teóricas de la evolución de los medios de trabajo, al mirar la historia de la tecnología desde el punto de vista de la industria moderna que se basa en la revolución radical de los instrumentos de trabajo, al convertir la herramienta, antes manejada directamente por el hombre, en un órgano final de un mecanismo autónomo de producción que es la máquina (creación de la máquina-herramienta, que se desarrolla después en la máquina y en el sistema de máquinas y que en nuestros días pasa para la forma de grandes usinas y grandes complejos productivos para recaer bajo el control de la computación que planea y ordena la producción según un proceso de alimentación, recepción y procesamiento de información que le permite dirigir la producción automatizada y ejecutado por el contemporáneo robot).

D) Los elementos auxiliares

La evolución industrial destacó también la importancia de la energía como elemento complementario de los instrumentos del trabajo. En las sociedades primitivas la fuente más importante de energía era la animal, en la cual se incluía abundantemente la propia energía humana. La utilización de los vientos en los barcos de vela y en los molinos de viento de la baja edad media ya habían cambiado en parte este panorama, pero será solamente con la energía del vapor y posteriormente con la utilización de las caídas de agua, con el desarrollo de la electricidad, con el petróleo, con el carbón y el gas y, en los últimos tiempos, con la energía atómica y nuclear (así como con las nuevas formas aún experimentales de la biomasa, de la energía solar, del hidrógeno, etcétera) que el hombre pasó a disponer

de fuentes energéticas más o menos permanentes, con potenciales muchas veces superiores a las necesidades originales de la industria. El desarrollo de nuevas fuentes de energía abría camino a revoluciones rápidas y radicales en los instrumentos de trabajo y en la organización del trabajo aumentando en seguida la demanda energética a ritmos superiores a los avances de los medios de trabajo, ya de por sí muy acelerados.

Las instalaciones, la comunicación, las materias primas auxiliares forman otras partes importantes de los medios de producción, pero cumplían un rol auxiliar y menos importante hasta que los cambios en la construcción civil, en los sistemas de transporte y comunicación, etcétera han ejercido un rol definitivo en la articulación de las varias formas y etapas de la producción un enorme desarrollo de los sistemas productivos en general.

Apéndice

Las fuerzas productivas y la revolución científico-técnica

No es aquí el lugar para destacar en detalle los importantes cambios que se han operado dentro del sistema productivo moderno en lo que respecta al rol relativo de cada uno de estos elementos, particularmente con el desarrollo de la revolución científico-técnica a partir de la segunda Guerra Mundial. El trabajo de Leonel Corona² sobre las revoluciones del proceso de trabajo en el modo de producción capitalista destaca cinco aspectos de este proceso: a) la revolución herramental; b) la revolución mecánica; c) la revolución energética; d) la revolución informática; e) la revolución científica.

Al mismo tiempo, integra estas revoluciones según la organización de la producción, la fuerza de trabajo, los medios de trabajo (maquinaria, energía e información) y el objeto de trabajo. El estudio de este trabajo y otras investigaciones contemporáneas agregan básicamente un elemento nuevo al esquema categorial de Marx: el rol de la información que hasta la revolución científico-técnica había estado

2. "Revolución del proceso de trabajo en el modo de producción capitalista", Revista *Investigación Económica*, julio-sept, 1978, no 145, México. Vea se un desarrollo de estas ideas en el libro posterior de Leonel Corona Treviño, *Teorías económicas de la innovación tecnológica*, Instituto Politécnico Nacional, México, 2002.

subsumida dentro del proceso de producción como un elemento casi inadvertido y que, hoy día, con el desarrollo de la computación electrónica asume un rol esencial en la organización del sistema productivo. Y este rol creciente de la información tiene que ver particularmente con el fenómeno (ya advertido por Marx en los *Elementos*, en *El capital* y otros textos) del rol creciente de la ciencia como fuerza productiva. El desarrollo de la ciencia y de su aplicación al proceso productivo fue el hecho que permitió separar los múltiples momentos de la división técnica del trabajo realizado por las máquinas, en vastos complejos productivos. En consecuencia, la información como condición esencial de la dirección y control sobre la producción se destacó como actividad independiente, cumplida preferentemente por los computadores electrónicos.

Conclusión

En esta exposición sobre las fuerzas productivas nos cuidamos de garantizar la atención del lector para un conjunto de aspectos que a continuación sintetizamos:

En primer lugar, buscamos mostrar que al definir el concepto de fuerzas productivas no se trata de un conjunto de elementos aislados, sino que los varios elementos que las componen forman un todo coherente organizado según formas de producción específicas. Los estudios contemporáneos sobre la innovación tecnológica, de inspiración schumpeteriana, lograron identificar padrones tecnológicos y paradigmas tecnológicos que mostraron con más detalles la visión general que Marx había desarrollado hace más de cien años sobre la relación estrecha entre los sistemas tecnológicos y los sistemas productivos.

En segundo lugar, buscamos indicar que estas formas de producción que corresponden a *grados* determinados del desarrollo de las fuerzas productivas se presentan ligadas a ciertas relaciones de producción, cuyas características dependen exactamente de este grado de desarrollo de las fuerzas productivas, de los excedentes que generan, y que al mismo tiempo esas relaciones de producción actúan sobre el

funcionamiento y desarrollo de esas fuerzas productivas. Este tema lo abordaremos más en detalle en el próximo capítulo al examinar la evolución histórica de las relaciones de producción.

En tercer lugar, hemos visto como el propio desarrollo de las fuerzas productivas va destacando, dentro de ellas, elementos que habían estado oscurecidos en otras etapas de su desarrollo y que se hacen presentes precisamente por el mayor potencial y complejidad de las propias fuerzas productivas.

Al mismo tiempo, van perdiendo su importancia otros elementos. En general, la evolución histórica de las fuerzas productivas se da en la dirección de una sustitución de la actividad humana directamente productiva por la utilización y desarrollo creciente de los medios de producción; con un cambio concomitante del rol de la fuerza de trabajo de elemento material hacia un elemento intelectual del proceso de producción, apoyada en el rol creciente de la ciencia y su aplicación en este proceso. Con la revolución científico-técnica contemporánea, la comunicación, el planeamiento, la orientación de la actividad productiva y su articulación con las necesidades o deseos de los consumidores se van destacando cada vez más hasta convertirse en los elementos cruciales de las fuerzas productivas en la actualidad.

VI. Elementos constitutivos y evolución de las relaciones de producción

Pero nuestra investigación se quedaría trunca si nos limitásemos a profundizar los elementos que componen las fuerzas productivas. Hay que pasar enseguida a un análisis más detallado de los elementos constitutivos de las relaciones de producción y su evolución histórica.

A cada etapa histórica de desarrollo de las fuerzas productivas corresponden determinadas relaciones de producción. Como vimos el acto de producir no es nunca un acto aislado como suponían las “robinsonadas” de los economistas. Las primeras formas de producción se dieron al interior de comunidades de tipo familiar, la horda y después la tribu, que es ya una compleja estructura de parentesco. La acción del individuo se diferenciaba poco, excepto por las diferencias naturales y accidentales entre

ellos. Las diferencias de sexo y edad sirvieron de base para las primeras formas de división del trabajo, que se fueron haciendo permanentes con la reproducción sistemática de la sociedad y de las relaciones implícitas en esta forma de producción extractiva, basada en la utilización de la piedra.

Las formas de propiedad privada sólo pudieron surgir cuando la producción generó un excedente suficientemente grande para justificar la explotación del hombre por el hombre y la organización de una estructura de poder separada de la sociedad y encargada de defender un sistema de relaciones donde se concilian intereses contradictorios. Los gérmenes de la lucha de clases y con ella del Estado sólo surgen entonces, dando inicio a una nueva etapa de las sociedades humanas.

En este momento ya se pueden distinguir los tres grandes elementos que componen las relaciones de producción y las integran en una estructura determinada:

- › Primeramente, distinguimos unas *relaciones de trabajo* que ubican de forma diferente grupos sociales enteros dentro del proceso de producción. Apoyados en la *división del trabajo* en sus distintas etapas, se van configurando unas colectividades de individuos que cumplen una función similar en el proceso productivo. Pero no se puede confundir esas relaciones de trabajo y mucho menos la división del trabajo con la estructura de clases sociales propiamente dichas. Para definir las clases tenemos que considerar los otros dos elementos de las relaciones de producción.
- › Debemos distinguir, en segundo lugar, las *relaciones de propiedad* que van desarrollándose en *formas de propiedad* cada vez más complejas de acuerdo con el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de trabajo y que se convierten, al mismo tiempo, en una condición necesaria de la producción y reproducción de toda estructura productiva. El paso de la propiedad comunal hacia las formas aún primitivas de propiedad privada es, de un lado, solamente posible a partir de un determinado grado de riqueza social, con la aparición del excedente. Pero, por otro lado, estas formas de propiedad van a ser el medio social que va a elevar el desarrollo de las fuerzas productivas hacia etapas superiores, aumentando mucho el excedente económico mediante la intensificación de las formas de explotación de la fuerza de trabajo.

- › En tercer lugar, es necesario distinguir en las relaciones de producción las *relaciones de cambio o intercambio o de distribución* de la producción. Esas se desarrollan a partir de un avance de las fuerzas productivas que permite la propiedad individual y las relaciones de trabajo cada vez más diferenciadas. El comercio es hijo de la división del trabajo y crea las condiciones para la producción familiar, individual y corporativa.

Las relaciones de producción deben pues ser vistas como un conjunto articulado donde predominan algunos de los elementos señalados, según la combinación entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y las condiciones históricas particulares en que se desarrollan. Cada una de esas articulaciones forman un modo de producción material sobre el cual se articulan a su vez los elementos de una superestructura institucional jurídico-política y un conjunto de ideas que permiten hacer funcionar y reproducirse esta estructura material.

Para proseguir con el enfoque analítico que preside estas notas, veamos más en detalle cómo evolucionan cada uno de los elementos de las relaciones de producción que hemos destacado de la compleja red de relaciones articuladas que forman el todo social en su devenir histórico.

A) Las relaciones de trabajo

Las relaciones de trabajo van emergiendo históricamente de las condiciones fortuitas del comunismo primitivo para asumir formas históricas que permanecen (sin dejar de sufrir importantes cambios internos) durante un largo período histórico. La primera forma de relación de trabajo basada en la explotación del trabajo ajeno es la esclavitud que surge primero como la subyugación de las tribus derrotadas por las tribus vencedoras, pero que posteriormente ya en la Grecia antigua da origen a un comercio esclavo organizado que se apoya en las expediciones explícitamente dedicados a la obtención (por pillaje o comercio) de grandes grupos de esclavos.

Los cambios internos de las relaciones de esclavitud van penetrando la propia división del trabajo social, lo que comprueba la afirmación de que no podemos confundir esta base de la producción con la estructura

de clases de la sociedad. Los esclavos en Roma no sólo se dedican a las tareas de producción agraria y minera, sino que se convierten hasta en auxiliares o maestros de los artesanos y, más aún, se desplazan hacia actividades de servicio que van desde el servicio doméstico a las más complicadas tareas de tipo intelectual y artístico. Esta penetración de las relaciones esclavistas en todas las esferas de la división del trabajo son ya un producto de la decadencia del esclavismo como modo de producción y está asociada a profundas señales de decadencia histórica del Imperio Romano, que afectan las formas de propiedad, las relaciones de cambio y particularmente de superestructura institucional, jurídica, política e ideológica.

Las relaciones de trabajo del tipo serviles surgen de la decadencia del esclavismo e implican una superación inicial de la noción del hombre como un instrumento de producción. El siervo se vincula a la tierra y el señor no puede venderlo como una fuerza de trabajo móvil como hacía con el esclavo. Las relaciones de trabajo se hacen más sólidas y permanentes permitiendo reorganizar la producción en una base más sólida y permanente. El comercio esclavista, con sus excesos de los últimos siglos, había destruido comunidades enteras y roto sus bases orgánicas de supervivencia ecológica y demográfica.

Las nuevas relaciones de trabajo, desarrolladas con la servidumbre, habían permitido una reordenación de la relación comunitaria y el proceso de trabajo familiar, con una fijación mayor al suelo y una base de acumulación de riqueza más permanente. Así, a pesar del aparente retroceso histórico que significaban las relaciones serviles y la rebaja de la riqueza concentrada en las manos de los nobles y de las ciudades medievales, muchos siglos después se pudo constatar que este retroceso a los rigores de la producción agraria y artesanal había generado las bases de la creación de gigantescos excedentes económicos, que explotaron en las magníficas construcciones góticas de la baja edad media, el primer paso para el segundo momento revolucionario, que arrancó con el Renacimiento europeo. Las relaciones de trabajo serviles aparecían, así, como una forma progresiva frente a las relaciones esclavistas.

Posteriormente, la propia disgregación del servilismo va creando las condiciones de aparición del propietario privado moderno, el burgués

medieval que dará origen a la clase revolucionaria de los siglos XVIII y XIX. Por otro lado, las nuevas condiciones de trabajo que enfrenta el burgués lo lleva a contratar sus trabajadores como trabajadores libres, propietarios de su fuerza de trabajo. La naturaleza móvil e inestable del comercio medieval no estimulaba una política de fijación de la mano de obra sea como servil, sea como un servilismo corporativo. La manufactura (y después la gran industria) destruyeron posteriormente las posibilidades de supervivencia de las relaciones de trabajo de tipo serviles e inauguraron la etapa del salario o venta de la fuerza de trabajo libre en el mercado de trabajo, generado y desarrollado por el capital. Pero solamente la gran industria y particularmente su generalización hacia todas las ramas de la producción y posteriormente la penetración y subyugación de las otras esferas de la división social del trabajo como la agricultura y los servicios, permitieron el pleno desarrollo del trabajo asalariado.

Del trabajo asalariado, basado en la concentración y cooperación de los obreros organizados en grandes unidades productivas que dieron origen al obrero colectivo, brotan las condiciones para la asociación libre de los trabajadores, que sólo será posible en un régimen de producción comunista. Tal como se supone, con una fuerte evidencia teórica, así serán las relaciones de trabajo que servirán de base a este nuevo modo de producción, que sólo podrá implantarse y generalizarse cuando se creen las condiciones materiales para su implantación. Por el momento, en las formas de transición socialista, persisten las relaciones de trabajo basadas en el salario, a pesar de que una gran parte de la remuneración de la fuerza de trabajo asume formas indirectas o sociales que se fundamentan en el derecho social, tales como la vivienda, la educación, la salud, la alimentación básica, que se hacen casi gratuitas o atribuidas según la necesidad. Mediante estas nuevas relaciones de trabajo, se van creando las condiciones para nuevas relaciones de producción que tienden a convertirse en objetivos programáticos de fuerzas sociales y políticas cuya acción abre camino para los cambios sociales estructurales que dan origen a nuevas formaciones sociales y, finalmente, a nuevos modos de producción.

B) Las formas de propiedad

Se ve en estos ejemplos como se mezclan y complementan las relaciones de trabajo con las formas de propiedad y las formas de distribución y relaciones de cambio. Prosigamos, sin embargo, nuestra tarea analítica estudiando la evolución histórica de las formas de propiedad.

La primera delimitación de la propiedad sólo se produce con la fijación de la tribu al suelo. Entonces, surgen las primeras delimitaciones aún imprecisas de las fronteras de la tribu. Se crean también las bases de un intercambio incipiente entre las tribus, además de las formas de pillaje de bienes y de esclavos estimuladas por la guerra.

Si no hemos analizado las relaciones de trabajo en las comunidades de tipo asiático debido a las dificultades que encierra el tema, no podemos dejar de llamar la atención para esta línea de evolución de la propiedad tribal hacia la propiedad comunal combinada con la propiedad estatal que se sobrepone a la comunal al interligarlas entre sí (particularmente a través de los canales de irrigación).

En la sociedad de tipo servil, el estamento noble no asume un derecho de propiedad del inmueble, pues están restringidos sus derechos de alienación del feudo. Este pertenece al señor y a su descendencia en la medida en que ellos pertenecen al feudo. El derecho de propiedad en este caso, implica una obligación de fijación a la tierra que define muy particularmente esta forma de propiedad que, en muchos sentidos, parecía un retroceso frente al derecho civil romano que reconocía mucho más explícitamente la propiedad privada individual con límites solamente de tipo familiar.

La saña de ganancia de la burguesía comercial y financiera impulsó los primeros intentos europeos en contra de estas formas limitadas de propiedad privada. Por su propia naturaleza móvil, los capitales comerciales y financieros no podían aceptar las limitaciones feudales y corporativas al derecho de propiedad privada. Pero fue solamente después de enormes luchas revolucionarias cuando la burguesía impuso en el siglo XIX la propiedad privada como una institución de derecho civil, la que permitió el pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalistas, entonces solamente en gestación y embrionarias.

La generalización de la propiedad privada significa también el derecho del trabajador de vender libremente su fuerza de trabajo a cualquier patrón o de convertirse en patrón cuando se hace propietario de medios de producción. Este rompimiento con los límites estamentales a la propiedad destruyó no sólo la nobleza como clase, sino que disolvió también la comunidad rural pre capitalista. La expropiación de estas comunidades permitió la formación del trabajador libre, el proletario moderno, propietario de su fuerza de trabajo que puede vender en el mercado de trabajo.

Esta separación tajante entre la propiedad privada de los medios de producción, cada vez más concentrados debido a los cambios en las fuerzas productivas modernas, y la propiedad libre de la fuerza de trabajo crea la condición social para la organización clasista de la fuerza de trabajo bajo las formas colectivas que anuncian las sociedades nuevas de tipo socialista que destruirán la propiedad privada de los medios de producción y abrirán paso para la asociación libre de los trabajadores.

Este análisis, aunque somero, de la evolución de las relaciones de trabajo y de las formas de propiedad nos permite entender la necesidad de investigar el rol de las relaciones de distribución y de intercambio en la definición de las relaciones de producción y en su evolución histórica.

C) Relaciones de distribución y cambio

Las relaciones entre los productores sólo se transforman en un intercambio permanente cuando la división social del trabajo permite el desarrollo de los propietarios privados separados entre sí. Sólo entonces, la producción para el cambio tiene sentido y, sólo entonces, se puede hablar de una producción mercantil que tiene por objeto solamente el cambio. Las primeras formas de intercambio que se dan entre las tribus no tienen un carácter permanente sino esporádico y dentro de la tribu la distribución de los bienes se hace según patrones rituales y no de intercambio entre productores privados que no existen como tales.

La evolución del intercambio esporádico inter tribal hacia la producción mercantil simple se hace en todo un período histórico en el cual, según vimos, el intercambio de los hombres (mercado de esclavos)

cumplirá un papel destacado. En este período se desarrollan también las primeras formas del dinero como instrumento de cambio, y ya en sus etapas más avanzadas este cumple su función de atesoramiento y surgen las primeras formas del crédito.

El desarrollo de la forma mercantil pasa por varios períodos, y se encuentra subyugado a normas y valores que vienen de las relaciones de producción esclavista y del desarrollo de las fuerzas productivas hasta entonces alcanzado. Los mercados son aún esporádicos y los vendedores no disponen de una medida clara del valor de los productos que intercambian porque desconocen en detalle las condiciones de trabajo de los demás productores independientes. Son los mercaderes los que vinculan estos productores independientes y el capital comercial se desarrolla como una potencia unificadora de los productores privados explotando su aislamiento cultural, social y geográfico para obtener gruesas ganancias. Pero al mismo tiempo creando, a largo plazo, las condiciones de superación de este aislamiento

El comercio se hace cada vez más amplio uniendo el Mediterráneo, el Medio Oriente y hasta el Lejano Oriente a través de vastos sistemas de comunicación que se instalaron en un proceso milenario de guerras, formación de imperios y su sucesión histórica, formación de corrientes de comercio local, regional e interregional hasta asumir una forma intercontinental. La “ruta de la seda” ha sido la expresión más completa de este proceso. Ella fue dominada en parte por la China, por los hindúes, los persas, los ejércitos macedonios y griegos, por los Romanos y finalmente por el islam. Pero fue solamente con la navegabilidad interoceánica dominada por los españoles y portugueses en los siglos XV y XVI que se creó el moderno comercio mundial que generó las bases para el desarrollo del capitalismo y la imposición histórica de la dominación de la burguesía.

La formación del moderno comercio mundial se apoyó en una estructura de relaciones mercantiles y financieras que ya se había desarrollado enormemente por los árabes, los judíos y los venecianos. La letra de cambio, la contabilidad, los mercados regionales, la consolidación del oro como medida universal de valor, y muchos otros instrumentos del intercambio permanente y organizado. También sirvieron de base para

la consolidación de un sistema de comercio mundial, cada vez más general, sea en lo que se refiere a su extensión geográfica, sea en lo que se refiere a su extensión socioeconómica, es decir, cada vez más amplios sectores de la economía se inscriben en la producción mercantil, con características cada vez más definitivamente capitalistas.

Lo interesante de este período, es el renacimiento del mercado de esclavos con un carácter intercontinental y destinado en su forma masiva a la producción mercantil moderna, en las colonias. Vemos, así, cómo el desarrollo del intercambio favorece el desarrollo de las fuerzas productivas en los nuevos centros económicos que cumplen un rol cada vez más planetario y, al mismo tiempo, estimula relaciones de trabajo que rompan el inmovilismo del sistema servil: el esclavo moderno y el asalariado son los hijos de esta etapa de transición. En el futuro, el desarrollo de las fuerzas productivas liquidará el primero e impondrá el pleno desarrollo de las relaciones mercantiles. La venta de fuerza de trabajo en un mercado de productores desposeídos de medios de producción y propietarios de su fuerza de trabajo eleva las relaciones mercantiles a su etapa máxima y permite al capital, hijo dilecto del intercambio comercial, imponerse sobre la producción. Sólo entonces se puede decir que asume su forma definitiva el modo de producción capitalista.

Los varios ejemplos que analizamos, aunque someramente, muestran la diferenciación entre los elementos que componen las fuerzas productivas y las relaciones de producción y nos permite concluir que la articulación de estos elementos forma, lógica e históricamente, modos de producción material determinados, que encierran contradicciones entre las distintas formas productivas, el grado del desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones de producción y sus propios elementos internos. Asimismo, este análisis nos permitió indicar cómo en la historia concreta ellos se presentan en grados distintos de desarrollo que se interactúan impulsando y bloqueando al mismo tiempo el desarrollo global del modo de producción puro.

Pero, aún más importante, en estos modos de producción material se integran, en una sola estructura, intereses sociales contradictorios, expresos más directamente en la posición contradictoria que ocupan estos grandes agregados de individuos en el proceso de producción. Las

contradicciones inherentes entre estas grandes masas de seres humanos configuran intereses concretos y los conducen a un enfrentamiento permanente, que se hace cada vez más fuerte y definitivo creando las clases sociales para sí, dominantes en un modo de producción determinado, es decir el moderno capitalismo.

Estas clases dominantes van perdiendo su control sobre el sistema de producción al cual ya no pueden dominar y van surgiendo, al lado de las nuevas fuerzas productivas que rompen los límites sociales del pasado, los individuos concretos que articulan los intereses también concretos de las clases revolucionarias, las que, además de rebelarse en contra del estado de cosas existente, generan los gérmenes de nuevas relaciones de producción más adecuadas a la nueva etapa del desarrollo de las fuerzas productivas.

Es necesario señalar, sin embargo, que las relaciones de producción se van modificando internamente y pasando a nuevas estructuras que articulan, de manera más adecuada al desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones de trabajo, las formas de propiedad y las relaciones de intercambio. Antes, por lo tanto, de que un modo de producción dado aparezca, hay una gran posibilidad de reestructuración de las relaciones de producción existentes dentro de los mismos principios fundamentales. Así, los modos de producción ven suceder en su interior distintas formaciones sociales y estructuras de fuerzas productivas y relaciones de producción que, sin cambiar la esencia de clase del modo de producción, rearticulan sus distintas partes en nuevas y dinámicas formas de combinación.

Pero el cambio de las fuerzas productivas en que se basan los distintos modos de producción, altera no sólo sus estructuras sino también el resultado posible de la lucha de clases que se desarrolla en su interior y que genera las bases de los modos de producción superiores conformando un sistema evolutivo histórico que no se reduce evidentemente a leyes naturales de evolución, sino a leyes socioeconómicas que dependen en gran medida de la creatividad humana.

Marx buscó sistematizar el método necesario para integrar todos estos elementos complejos en un análisis histórico y teórico que intentó resumir en el párrafo siguiente:

Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagonica del proceso de producción social, no en el sentido del antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productoras que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana. (Marx, 1857: 8)

VII. Fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura

Las premisas materialistas dialécticas en que se apoya el esfuerzo de Marx y Engels, por construir un enfoque científico del devenir social no pueden quedarse a un nivel de simple enunciación. Es preciso demostrar, en el análisis de los modos de producción concretos, como se articulan necesariamente las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura jurídica-institucional e ideológica de las formaciones sociales.

La relación entre estas “esferas” de lo social ha sido objeto de amplias discusiones en la literatura marxista y en los críticos de Marx. La crítica principal se refiere al pretendido “mecanicismo” que encerraría la afirmación de un orden de determinación entre estos tres momentos de la totalidad social. Muchos autores creen que han alcanzado el máximo rigor dialéctico cuando sustituyen la determinación por una especie de interacción entre estos elementos y, otros también, creen que llegan al auge de lo científico cuando establecen un relativismo que permite delimitar para cada formación social la predominancia de algunas de las esferas.

Estas grandes “revoluciones” metodológicas se quedan sin embargo a las puertas de la ciencia sin lograr penetrar en su mundo. La relación de determinación entre un orden de fenómenos y otros a él subyugados no elimina de ninguna forma la interrelación entre ellos, ni mucho menos la posible dominancia o condicionamiento de lo determinado sobre lo determinante.

En la dialéctica hay una necesaria interacción mutua entre los fenómenos de una totalidad. Las fuerzas determinantes de una relación solamente ponen la necesidad de un cierto comportamiento de las fuerzas por ellas condicionadas. Pero, para que la realidad concreta opere, es necesario que la *acción* de las fuerzas determinadas acabe de concretar la totalidad social concreta. Las fuerzas determinantes sólo se retiran a través de las fuerzas por ella determinadas.

Más aún: exactamente porque lo determinante necesita lo determinado para concretarse, es la acción de lo determinado la que condiciona la acción de lo determinante. En este sentido, al contrario de lo que piensan ciertos autores que no lograron captar la esencia de la dialéctica, las fuerzas dominantes en las formaciones sociales concretas tienden a ser aquellas que están determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas. Además, la propia tendencia a la dominación en un modo de producción o en una sociedad concreta de lo económico, lo social, lo político y lo ideológico depende exactamente del desarrollo de las fuerzas productivas y su articulación con estos elementos.

Por determinación se entiende la procedencia lógica e histórica de un fenómeno cuya existencia y funcionamiento son *necesarios* para la existencia de los fenómenos por él determinados. No se trata de una relación de causalidad. La *necesidad* es una categoría absoluta. Cuando algo es necesario no se puede ni pensar la realidad sin considerarlo.

La existencia del modo de producción material es *necesaria* para la existencia de la superestructura simplemente porque la materia es necesaria para la existencia del espíritu. Es posible pensar la materia sin el espíritu tal como se presenta en nuestra experiencia sensible. Pero sólo es posible pensar el espíritu sin materia como un acto metafísico, una suposición que no hace parte de nuestra experiencia sensible. La hipótesis idealista que afirma la precedencia del verbo sobre la materia no es absurda racionalmente, pero tiene implicaciones que obligan a la teoría hacia una temática irresoluble en el plano intelectual y racional, tal como lo habían demostrado en el siglo XVIII las antinomias de Kant, al realizar la crítica de la metafísica.

Marx, como vimos, pone el conocimiento en la cabeza y en la experiencia sensible de los hombres concretos, tal como lo habían hecho

otros autores materialistas. Lo que Marx agrega a este materialismo es la noción de que esta experiencia sensible no se realiza directamente por un acto puro de conocimiento sino en un intercambio práctico del ser cognoscitivo con la naturaleza, a través de un proceso histórico y social. Y esta práctica sensible se realiza a través del proceso del trabajo, que no es un acto de individuos aislados, sino un proceso social. Un proceso social que se realiza a través de la subyugación de las fuerzas naturales por los hombres para obtener sus propios fines. Subyugación que se realiza a través de medios de producción que los propios hombres han creado, actuando sobre un objeto de trabajo y a través de una organización de los productores en un espacio y tiempo histórico concreto. Hombres que actúan sobre la naturaleza cumpliendo distintos roles en el proceso de producción. Roles que se cristalizan a través de las formas de propiedad que permiten reproducir esta estructura productiva y de las formas de distribución e intercambio que garantizan su funcionamiento. Funcionamiento que depende de la existencia de instituciones definidas, de un derecho y de un sistema de ideas y sentimientos que sólo pueden existir para responder a estas necesidades *puestas* por la producción social, ya que los hombres tienen *primero* que comer, habitar, reproducirse biológicamente, etcétera, para después ordenar estas actividades materiales básicas según principios explícitos socialmente e ideas más o menos verdaderas sobre la realidad que los circunda.

Por lo tanto, la precedencia lógica e histórica de la producción material sobre la superestructura es una premisa *necesaria* para fundar una ciencia de la sociedad, y escapar de una metafísica de la social. Esta premisa se complementa con el conocimiento científico de que el hombre como único ser pensante, capaz de generar una cultura que se sobrepone a sus condicionamientos naturales, no existió en la tierra durante un largo período. Conocimiento que se hizo aún más sólido cuando se pudo comprobar la existencia de estados de la materia en proceso de estructuración de galaxias, estrellas y planetas que no permiten la existencia de seres pensantes. La afirmación de que la materia precede el conocimiento de ella y la acción del hombre sobre ella, encuentra así una fuerte evidencia científica. Todo lo que exceda este límite con el objetivo

de *explicar* metafísicamente la existencia de la materia como realidad independiente del hombre, sale fuera del plano científico, a pesar de que pueda ser compatible con la explicación científica de la realidad.

Por esto no es posible pensar y explicar el ordenamiento social sino a partir de la capacidad productiva del hombre, condición necesaria para todas sus otras actividades. ¿Pero esto significa reducir estas otras actividades a entes *derivados* pasivamente de la base material de la sociedad? Claro que no. Por el contrario, en la medida en que la satisfacción de las necesidades básicas y el dominio del hombre sobre la naturaleza se amplía, su capacidad productiva *depende* cada vez más del desarrollo de las relaciones de producción, de las instituciones, de los conocimientos, de los medios espirituales que expresen este dominio creciente. Pero lo que es claro es que tal *dominación* de los elementos más espirituales del ser humano sobre los materiales sólo es posible en la medida en que la capacidad productiva del hombre permite liberarlo *materialmente* de las necesidades materiales que antes consumían gran parte de su existencia. Aún más: está claro que estas tareas de producción material no están distribuidas equitativamente, sino que la sociedad las asigna a un cierto número de individuos cuya existencia social, posibilidad de desarrollo de sus potencialidades como ser humano, etcétera, están profundamente limitadas por su rol específico en las relaciones de producción. Está claro también que la sociedad justifica esta situación, la enaltece y tiene un sistema de sanciones para los individuos que se rebelen en contra de ella. Por lo tanto, las ideas que la sociedad elabora sobre sí misma y sus instituciones sólo se *explican* a través de la comprensión de estas condiciones materiales de producción y las relaciones de producción que le son complementarias.

La lógica sólo se hace dialéctica si se complementa lo teóricamente necesario a través de un análisis concreto de cómo se establecen en la historia la articulación concreta de estos elementos que se ordenan según principios que se tienen que explicar por la propia lógica del proceso de dominio de la naturaleza externa y humana por el propio hombre y por las condiciones concretas en que este proceso se da. Condiciones estas que suponen la acción de un sinnúmero de factores que no se desprenden necesariamente de esta lógica y que sólo pueden ser aprehendidos

a través del análisis concreto de las situaciones históricas concretas. La lógica antes descrita no puede por lo tanto sustituir el análisis empírico de los procesos concretos y sólo puede realizarse a través de la mediación de la riqueza de lo concreto.

En este sentido, la noción dialéctica de *determinación* no se reduce a una causalidad entre fenómenos externos los unos a los otros, sino por un completo proceso de realización de las determinaciones a través de la acción necesaria de los fenómenos determinados. Acción que es *necesaria* a la realización de la determinación.

Esta digresión teórico-metodológica nos muestra que la relación entre fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura está en el centro mismo de la concepción “filosófica” del marxismo. Ella tiene profundas implicaciones sobre la teoría del conocimiento y sobre la metodología. Sin estas reflexiones básicas se hace muy difícil comprender la teoría marxista de la ideología y de la superestructura.

Vemos así que la superestructura, de una manera más rigurosa, integra tres órdenes de fenómenos:

- a) Una estructura de *instituciones* jurídicas, organizativas (educación, organizaciones de producción, estado, etcétera) y políticas, que expresan las relaciones de producción y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzados por las formaciones sociales. De un lado, ciertos aspectos esenciales de esta estructura institucional jurídico-política son determinados por la base material antes señalada, diversificándose según los intereses sociales concretos de las clases y grupos sociales. De otro lado, ciertos aspectos relativos a la forma y al movimiento real de estas estructuras jurídico-políticas dependen de factores históricos más concretos y de la propia capacidad de las sociedades humanas de conocerse a sí mismas, identificar sus intereses globales y particulares y generar alternativas concretas de comportamiento. Este autoconocimiento aumenta concomitantemente con el desarrollo de las fuerzas productivas.
- b) Un sistema de ideas sobre la naturaleza, el trabajo, el ser humano y las culturas, que conforman una visión del mundo que afecta a toda la sociedad pero que se fracciona entre las varias clases sociales cuyos

intereses radicalmente antagónicos o contradictorios redefinen esa visión del mundo en función de sus propios intereses. También este sistema de ideas refleja en parte las determinaciones esenciales de las formas de producción material, de los intereses de clase antagónicos y de la propia estructura institucional jurídico-política. Pero de otro lado, en cada formación social concreta refleja condicionamientos más específicos que facilitan o bloquean su capacidad creadora y su eficacia en la transformación de la producción material y en la reproducción ampliada del modo de producción dominante.

- c) Un sistema de valores, sentimientos, modelos de comportamiento, aspectos psicológicos que se compatibilizan más o menos rigurosamente con la base material y las relaciones de producción, las instituciones y las ideas dominantes de las distintas formaciones sociales concretas en que se inscriben. La determinación en este campo es más mediatizada porque, de un lado, hay muchos elementos históricos concretos que actúan sobre este sistema. Y, de otro lado, aquí opera con mucha más fuerza la actividad individual y las diferencias entre individuos, grupos y clases. Sin embargo, es necesario resaltar que esto permite suponer la existencia de tales sistemas independientes de las determinaciones que emanan de la base material ya señalada, ni de las diferencias de clase. Por el contrario, lo que pasa en este caso es una mayor riqueza de forma y una mayor diferenciación de los sistemas en función de la diversidad de situaciones sociales y materiales en que actúan los individuos y que se reflejan en su sensibilidad.

No se puede perder de vista el hecho de que las formas superestructurales y básicamente su contenido esencial reflejan las determinaciones fundamentales de la base material —productiva y social— en que se apoyan y en que actúan, fundamentalmente para permitir su conservación y reproducción. Por esto las superestructuras tienden a ser más bien conservadoras, y sólo se debilitan y se transforman a través de un largo proceso histórico de maduración de las condiciones revolucionarias, que van siendo asimiladas por las clases revolucionarias en un proceso de autoconciencia, de conversión de clase-en-sí en clase-para-sí. A través de este proceso ellas se hacen capaces de identificar estructuradamente

sus intereses particulares y de articularlos con la concepción de una nueva formación social y un nuevo modo de producción, capaz de realizar sus intereses de manera más adecuada.

Es por esto que Marx y Engels han insistido en varias oportunidades sobre la necesidad de comprender la relación entre la lucha de clases y las formaciones ideológicas. En la ideología alemana afirman:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes [...] los individuos que forman la clase dominante [...] dominan también [...] como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y distribución de las ideas de su tiempo, y que sus ideas sean, por ello, las ideas dominantes de la época. Por ejemplo, en una época y en un país en que disputan el poder, la corona, la aristocracia y la burguesía, en que, por tanto, se halla dividida la dominación, se impone como idea dominante la doctrina de la división de poderes, proclamada como “ley eterna”. (Marx y Engels, 1968)

Esta afirmación no elimina el hecho de que se produzca una división de trabajo entre intelectuales y pragmáticos dentro de la clase dominante, ni que existan ciertas contradicciones entre estos sectores. A continuación, nuestros autores aclaran muy bien estos aspectos:

La división del trabajo [...] se manifiesta también en el seno de la clase dominante como división del trabajo físico e intelectual, de manera que una parte de esta clase se revela como la que da sus pensadores [...] mientras que los demás adoptan ante estas ideas

e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva, ya que son en realidad los miembros activos de esta clase y disponen de poco tiempo para formarse ilusiones e ideas acerca de sí mismos. Puede, incluso, ocurrir que, en el seno de esa clase, el desdoblamiento a que nos referimos llegue a desarrollarse en forma de cierta hostilidad [...] pero esta hostilidad desaparece por sí misma tan pronto como surge cualquier colisión práctica susceptible de poner en peligro a la misma, ocasión en que desaparece, asimismo, la apariencia de que las ideas dominantes no son las de la clase dominante, sino que están dotadas de un poder propio distinto de esta clase. (Marx y Engels, 1968)

Pero ¿cómo es posible, entonces, transformar esta sociedad si la acción práctica de los hombres está condicionada por sus ideas y las ideas de la clase dominante penetran todas las conciencias? Marx y Engels afirman: “la existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria” (Marx y Engels, 1968).

Tenemos, así, una solución materialista del problema aparentemente insoluble. Hay que mirar hacia abajo, hacia las contradicciones que se presentan al interior mismo de la estructura socioeconómica para entender el surgimiento y desarrollo de las ideas revolucionarias en contra del orden existente. Y esto porque las clases revolucionarias no solamente defienden sus intereses particulares dentro de la sociedad existente, sino que proyectan sus intereses hacia la concepción de formaciones sociales nuevas que los reflejan, así como los intereses de otros sectores sociales y clases con ella identificados.

Marx y Engels afirman en el libro citado:

La clase revolucionaria aparece de antemano, ya por el sólo hecho de contraponerse a una clase, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, frente a la clase única, a la clase dominante. Y puede hacerlo así, por en los comienzos su interés se armoniza realmente todavía más con el interés común de todas las demás clases no dominantes y, bajo la opresión de las relaciones existentes, no ha podido desarrollarse aún como el interés

específico de una clase especial. Su triunfo aprovecha también, por tanto, a individuos de las demás clases que no llegan a dominar, pero sólo en la medida en que estos individuos se hallen ahora en condiciones de elevarse hasta la clase dominante. Cuando la burguesía francesa derrocó el poder de la aristocracia, hizo posible con ello que muchos proletarios se elevaran por encima del proletariado, pero sólo los que pudieron llegar a convertirse en burgueses. Por eso, cada nueva clase instaura su dominación siempre sobre una base más extensa que la dominante con anterioridad a ellas, lo que, a su vez, hace que, más tarde, se ahonde y agudice todavía más la contradicción de la clase poseedora contra la ahora dotada de riqueza. Y ambos factores hacen que la lucha que ha de librarse contra esta nueva clase dominante tiende, a su vez, a una negación más resuelta, más radical de los estados sociales anteriores que la que pudieron expresar todas las clases que anteriormente habían aspirado al poder. (Marx y Engels, 1968)

Cerramos así el ciclo que iniciamos estas reflexiones. El ser humano ha hecho y rehecho su propia historia, pero solamente según las condiciones materiales que ha encontrado. El hombre se ha naturalizado al dominar cada vez más la naturaleza y al proponerse fines cada vez más objetivos que derivan de un mayor conocimiento del mundo exterior y de su propia realidad social. La naturaleza se hizo más humana al ser sometida a los fines humanos.

Al someter la naturaleza a sus fines, el hombre puede apartarse cada vez más de las actividades directamente productivas y aumentar muchas veces el poder creador de su pensamiento y, por lo tanto, su dominio sobre sí mismo y la naturaleza.

El desarrollo de las fuerzas productivas es, dialécticamente, la base material que hace posible este dominio creciente de las necesidades espirituales en las sociedades humanas. Las relaciones de producción se encuentran aún en prehistoria de la humanidad. Ellas impiden que estas potencialidades asuman toda su plenitud, que el desarrollo del conocimiento y del espíritu humano sea la fuerza motriz de la historia en vez de servir a los intereses de la explotación y la dominación; ellas impiden

también que el hombre supere las barreras locales y nacionales para actuar bajo una dimensión planetaria; ellas impiden en fin que todos los hombres puedan desarrollarse como seres libres capaces de organizar la sociedad a favor del pleno desarrollo del individuo como ser social.

Cualquier enfoque realista de la sociedad moderna tiene que partir de estas situaciones contradictorias, para entender las falsas alternativas que ofrece la clase dominante frente al avance continuo del conocimiento y de su aplicación productiva.

Fuerza inmediata de explotación y dominación y fuerza histórica de liberación, el avance de las fuerzas productivas choca con la clase dominante y le provoca sentimientos ambiguos que se reflejan en las ideas dominantes de nuestra sociedad. La misma ambigüedad se nota en las clases dominadas. Pero le cabe a ellas y a sus intelectuales hacer desgarrar de esta realidad contradictoria las fuerzas del futuro.

VIII. Conclusión: cómo estudiar las fuerzas productivas en la sociedad contemporánea

Las páginas anteriores nos permiten sacar algunas conclusiones metodológicas generales que deben servir de guía al estudio de las fuerzas productivas en las formaciones sociales concretas.

En primer lugar, el análisis de las fuerzas productivas no puede realizarse sólo desde un punto de vista sociológico y aún mismo económico. Estas representan antes todo un fenómeno de tipo material. Un proceso concreto, históricamente dado, de apropiación de la naturaleza por hombres concretos, con medios de producción concretos y transformando según cierto grado de su desarrollo los objetos de trabajo en bienes útiles. Para estudiar las fuerzas productivas en el Capitalismo, Marx recurrió al estudio de la tecnología de su tiempo y su tendencia de evolución tal cual las habían entendido tecnólogos como Babbage y Ure.

Al mismo tiempo, se dedicó al estudio del desarrollo científico del período y su aplicación a la producción, poniendo especial énfasis a la nueva concepción de la naturaleza que emergía de las descubiertas científicas y que Engels resumió en *La dialéctica de la naturaleza*. De esta forma, Marx

siguió al pie de la letra su planteamiento en el prólogo a la *Contribución*, cuando afirmaba que era necesario distinguir los trastornos materiales, las condiciones económicas, de las formas jurídicas, políticas, filosóficas, religiosas y artísticas, y afirmaba que estos trastornos materiales “se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales”.

Es pues incomprensible cómo autores que se juzgan marxistas creen ser posible estudiar una formación social sin este punto de partida elemental para el materialismo dialéctico. La economía política marxista comienza cuando identifica la base material en que reposa el desarrollo de las fuerzas productivas, define claramente su etapa y de ahí reconoce las condiciones reales sobre las cuales se están desarrollando las relaciones sociales y la superestructura. Este procedimiento sigue Kautsky al analizar la cultura de las tres hojas como base de la organización feudal en el campo (en *La cuestión agraria*) y es el mismo que sigue Lenin al analizar la concentración y el monopolio como base de la fase imperialista del capitalismo (en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*).

Ya se llenaron muchas hojas de papel de idealismo anti, para y protomarxista que pretende acusar tales procedimientos metodológicos de “mecanicistas”, “deterministas”, “economicistas”, etcétera. Pero el papel todo acepta: ¡La realidad no! Nadie ha gobernado una nación sin partir de esta base material. Y si la cuestión del determinismo económico separó históricamente a Lenin y Kautsky fue no respecto a su validez, sino a su interpretación.

Kautsky, como miles de “marxistas” contemporáneos, afirmaba que la Rusia Soviética no podría sostenerse porque carecía de desarrollo de las fuerzas productivas. Lenin le respondía: ¿y dónde está escrito que el poder soviético no podría crear él mismo la base material del socialismo?

Kautsky desconocía que los cambios del socialismo no están escritos en ninguna parte y que la inventiva humana debe ejercerse con audacia en las situaciones históricas concretas. La determinación material estaba satisfecha al transformar el capitalismo en una economía internacional: el imperialismo —que permitió la creación de los brotes del capitalismo en Rusia y la destrucción de la cohesión del feudalismo y de la autocracia zarista—. Las contradicciones nacidas de esta situación permitieron al incipiente proletariado urbano ruso, ponerse al frente de la gigantesca masa campesina de esta nación continental para destruir

el feudalismo, completar la revolución democrático-burguesa, vencer la reacción militar de las fuerzas contrarrevolucionarias y sus aliados reformistas y anarquistas que contaban con el apoyo de la reacción internacional, los liberales y los reformistas. Y de las gigantescas destrucciones materiales y humanas de la primera guerra, de la guerra civil y posteriormente de la Segunda Guerra Mundial pudo este país levantar una base material que rebasa en nuestros días algunos de los más avanzados países capitalistas, que jamás sufrieron ninguna destrucción masiva de sus fuerzas productivas en la época contemporánea.

Parecería haber aquí una contradicción para los que piensan según la lógica formal. Si las fuerzas productivas son el punto de partida necesario para entender una formación social, ¿por qué no estaba correcto Kautsky y sí Lenin? ¿por qué la historia desmintió el pesimismo “determinista” kautskyano y no el optimismo “voluntarista” leniniano?

Simplemente porque las fuerzas productivas se desarrollan más rápidamente en la etapa de la socialización de la producción, cuando se rompen las barreras de la propiedad privada de los medios de producción, del mercado y la ganancia como fundamento de la producción y se las sustituye por la propiedad social y la planificación.

No faltan hoy día y desde el primer momento de la revolución rusa (pues los teóricos actuales del no socialismo de los países socialistas no avanzaron un sólo paso sobre las interpretaciones de Kautsky, Hilferding, Adler, Mondolfo, etcétera) los que cuestionan el carácter “socialista” de esta experiencia y un conjunto de nuevas experiencias que se produjeron después de la Segunda Guerra Mundial en países dependientes y coloniales, que siguieron el camino del socialismo.

Pero todas estas interpretaciones se basan sea en una noción idealista de lo que debe ser el socialismo, sea en aspectos políticos de las experiencias señaladas o en confusas interpretaciones sobre el dominio de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas, cuyo sociologismo idealista ya hemos criticado.

Marx y Engels, Lenin y los marxistas revolucionarios jamás se dedicaron a describir un socialismo ideal, separado de las condiciones concretas y materiales en que históricamente se produzcan. Si la Unión Soviética pudo mantener y hasta profundizar históricamente la

propiedad social de los medios de producción (única característica esencial para la definición del socialismo en Marx y Engels, pues las formas políticas que él asumiría según lo analizaron estos autores, dependían de ciertas condiciones sociales que no se daban en la Unión Soviética, atrasada tecnológicamente, aislada y agredida internacionalmente) fue porque Lenin tenía razón: no había nada en la teoría científica del socialismo que impidiese que el poder nacido de la revolución soviética desarrollase por su cuenta la base material para el socialismo, en una fase histórica que —como él mismo lo había mostrado— el capitalismo había creado esas bases materiales en escala internacional a través de la concentración económica en que se fundaba el imperialismo. “Poder soviético más electrificación” era la consigna que permitía el avance revolucionario del pueblo ruso del feudalismo y de un capitalismo incipiente al socialismo, gustase o no a un Kautsky, un Plejanov, un Martov y otros tantos brillantes teóricos marxistas que se asustaron de las terribles responsabilidades del poder y prefirieron mantener sus “manos limpias” pero incapaces de cambiar materialmente el mundo. Y para seguir tal camino tuvieron que volver al idealismo y recurrir a Kant para fundamentar filosóficamente su retroceso político.

No hay pues por donde perderse: “Todos los misterios que inducen la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica”, ya decía la octava tesis sobre Feuerbach.

Y esta práctica humana, como lo ilustramos abundantemente en este trabajo, parte de la capacidad productiva del hombre en una fase históricamente dada, le guste esto o no a los que viven fuera de las realidades de la producción material, consumiendo los excedentes generados por los trabajadores directos.

Las fuerzas productivas no se presentan como una sucesión arbitraria de instrumentos de producción, conocimientos y prácticas productivas. Ellas se desarrollan según estructuras históricamente posibles, que se suceden según la capacidad de las distintas generaciones de partir del desarrollo realizado por las generaciones anteriores y avanzar en el dominio de la naturaleza. Esa capacidad no depende solamente de su voluntad, pues el hombre crea sus condiciones de vida a partir de las

condiciones materiales que encuentra. Y entre estas condiciones materiales se encuentran los antagonismos de clase y las limitaciones históricas que, a partir de un dado momento, encuentran las clases dominantes para continuar el desarrollo de las fuerzas productivas e imponer su dominación. Por otro lado, en estas situaciones, las clases revolucionarias que pueden generar las bases de modos de producción superiores pasan a ser el factor decisivo para la resolución de las contradicciones existentes y para superar la forma de producción existente elevando a un nuevo grado el desarrollo de las fuerzas productivas.

Este nuevo grado depende de elementos estructurales que se van cambiando históricamente ayudados por la capacidad teórica y organizativa de las nuevas clases dominantes. En esos momentos el factor subjetivo llega a su auge en la historia y el idealismo tiende a fructificar al poner en evidencia este rol de la subjetividad en la práctica social. Sin embargo, el materialismo dialéctico explica este rol creciente de la subjetividad sin tener que romper con sus premisas materialistas. Son las propias condiciones materiales de existencia que ponen la necesidad de la subjetividad y del revolucionamiento de la superestructura para permitir la resolución de los problemas nacidos de las potencialidades abiertas por los cambios en las relaciones de producción. La determinación de las fuerzas productivas sólo puede resolverse, hacerse realidad, si encuentra una respuesta en las relaciones de producción nuevas, en la revolución político-institucional y en la ideología. En estas circunstancias, los elementos superestructurales pasan a ser el factor dominante para hacer avanzar la práctica productiva a etapas superiores.

Y esto explica, por lo tanto, porque las formas de producción tienden a conformar una estructura productiva que corresponde a una estructura de relaciones de producción y una superestructura determinada. Y sólo con esta visión histórica coherente se puede entender el concepto de modo de producción, como una articulación históricamente posible y necesaria de estos elementos materiales, sociales y superestructurales. Pero todo el rigor metodológico estaría perdido si no se entiende el sentido histórico de esta necesidad. Esta articulación es necesaria para que se complete la viabilidad histórica de este modo de producción. No es necesaria en un sentido metafísico de que necesariamente los hombres

llegarán a un nuevo modo de producción superior. Si aceptásemos este concepto metafísico de necesidad desaparecería toda dialéctica, todo rol de la subjetividad y la historia ya estaría hecha de antemano según unos fines racionales que la anteceden.

La lógica tiene que cumplirse en la historia y por esto la teoría puede prever y hasta crear la realidad, en un cierto sentido que da razón al idealismo. En este sentido estricto “todo racional es real” como lo quería Hegel. Pero solamente en este sentido estricto, pues esta lógica, esta razón, no surge de la cabeza del hombre sino de las potencias concretas que se encuentran en su proceso concreto de lucha con la naturaleza para someterla a sus propios fines. Es este proceso concreto que los enfrenta también entre sí en la dura lucha por la existencia que pasa por la explotación, la opresión y la dominación de unos hombres sobre otros según condiciones históricas concretas y definidas.

La metodología adecuada para estudiar las fuerzas productivas en las formaciones sociales tiene pues que encontrar las relaciones estructurales que articulan el productor, sus medios de producción y sus objetos de trabajo entre sí y, al mismo tiempo, tiene que encontrar las relaciones de producción que se articulan necesariamente con estas fuerzas productivas y, al mismo tiempo, las formas superestructurales que le son correspondientes. Pero después de este procedimiento teórico que permite describir un modo de producción históricamente necesario hay que estudiar en la práctica el grado efectivo de estas articulaciones, su etapa específica y las razones históricas que llevan a la no correspondencia entre estos elementos en la práctica concreta para entender las tendencias reales que se desprenden del análisis concreto de las situaciones concretas.

Una formación social articula varios modos de producción en etapas distintas de desarrollo, de dominación de unos sobre otros, de contradicciones entre ellos o de compromisos (que no eliminan las contradicciones) entre esos elementos contradictorios (valga la redundancia). De ahí que el análisis de las formaciones sociales concretas tenga que precisar muy claramente el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, su relación de correspondencia o no correspondencia con las relaciones de producción y las consecuencias que estas tienen para el funcionamiento

de las contradicciones sociales (etapas de compromiso, equilibrio, reformas, revolución, etcétera) y para las formas superestructurales (hegemonías ideológicas, legitimidad o no legitimidad de las clases dominantes, formas románticas o clásicas de sensibilidad y pensamiento, etcétera).

No se trata, por lo tanto, de negar la autonomía relativa de los varios momentos dialécticos que forman la totalidad social. Trátase de mostrar que esos momentos son determinados por las contradicciones del desarrollo de las capacidades productivas del hombre en su relación con la naturaleza; de las contradicciones de los hombres entre sí que tienen su origen en la manera como resuelven su relación productiva con el medio natural; y de las expresiones ideológicas de estas contradicciones así como las formas concretas en que se encuentran “resueltas” provisoriamente en formas de equilibrio relativo, que se dan históricamente, o están en fases de confrontación agudas que se expresan en períodos revolucionarios o contrarrevolucionarios o en violentos cataclismos sociales, como las guerras, las decadencias sociales sin perspectivas revolucionarias, etcétera

Hemos destacado hasta el momento dos principios metodológicos que creemos haber justificado:

- a) El principio de la precedencia del análisis de las fuerzas productivas como procesos materiales de desarrollo del dominio del hombre sobre la naturaleza.
- b) El principio de la articulación estructurada de las fuerzas productivas y de la tendencia en estructurar a partir de ellas las relaciones de producción y las superestructuras.

En cierto modo estos principios ya implicaban un tercero que hemos indicado:

- c) El principio de que esas articulaciones y sus grados de correspondencia deben ser analizados concretamente en situaciones concretas pues no hay ninguna ley que garantice que una necesidad dialéctica se haga real. Sólo el análisis concreto de las situaciones concretas puede determinar el movimiento histórico real que no sigue ningún plan preestablecido.

Esto nos obligó a explicitar el sentido de la *necesidad* en la dialéctica que, sin comprensión, la teoría se pierde en la metafísica y en el misticismo.

De lo anteriormente establecido nace necesariamente un nuevo principio metodológico:

- d) El principio de que, en tal concepción, solamente la acción libre del hombre a través de la práctica productiva, social, intelectual, política, administrativa, etcétera (que no deja de ser libre porque tiene que atenerse a las leyes concretas de funcionamiento de la naturaleza, de la producción y de la lucha social e ideológica en un momento históricamente determinado) puede dar un sentido final a una metodología que encuentra su fin en el análisis concreto de la situación concreta.

Las relaciones entre las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura tal como las analizamos en las formaciones sociales contemporáneas, sólo se explicitan totalmente cuando se plasman en un programa de acción para hacer avanzar el dominio del hombre sobre sí mismo y sobre la naturaleza. Dominio que nunca llega a un fin pues no es posible fijar en un momento dado la naturaleza humana como algo acabado, ni es posible imaginar una naturaleza exterior al hombre que sea totalmente dominada por él.

Llegamos así al epígrafe de este ensayo: “La historia entera no es más que una transformación continua de la naturaleza humana”.

Bibliografía

Raverman, H. (1976). *Capitalismo monopolista y trabajo*. México: Nuestro Tiempo.

Coriat, B. (1976). *Science, technique et capital*. París: Seuil.

Janco, M.; Furjot, D. (1972). *Informatique et capitalisme*. París: Maspero.

Magaline, A. D. (1975). *Lutte de classes et dévalorisation du capital - Contribution a la critique du révisionnisme*. París: Maspero.

Marx, K. (1966). *El capital*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. México: Siglo XXI. Vol. II, pp. 87-88.

Marx, K. (1972[1857]). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Marx, K. y Engels, F. (1968). *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.

Concepto de clases sociales¹

I. Orígenes históricos del concepto

El concepto de clase social no fue una creación del marxismo. Desde la antigüedad griega, por ejemplo (y aún se pueden encontrar documentos egipcios donde se plantea la existencia de clases en la sociedad), Aristóteles divide la sociedad en esclavos y hombres libres. Además, en la *Política* divide los ciudadanos en pobres, clase media y ricos. En este mismo libro, Aristóteles establece relaciones entre formas de gobierno y predominio de ciertas clases sociales. También entre los patriarcas de la Iglesia, según Ossowsky (1969), era bastante nítida la conciencia de una sociedad esclavista que se presentaba junto a la idea de la igualdad social. Los actos de los Apóstoles y el Nuevo Testamento están llenos de referencias a las clases sociales, siempre observadas desde el punto de vista de la relación pobres y ricos o de las relaciones esclavistas.

Santo Tomás dividía la sociedad en órdenes sociales bastante rígidos, que reflejaban la cristalización de la jerarquía feudal en la alta edad media. Lo mismo, ciertamente, se podría constatar al estudiar la tradición cultural del Oriente y del Mundo Árabe.

1. Extraído de Dos Santos, T. (1973). *Concepto de clases sociales*.

En vísperas de la Revolución Francesa, la percepción de la existencia de clases sociales era bastante aguda. La representación de los tres órdenes sociales se tornó un elemento bastante claro de la conciencia social. En Babeuf, vamos a encontrar una representación muy clara de la lucha de clases como factor determinante de la lucha política. Su interpretación de la Revolución Francesa, de las constituciones por ella promulgadas y su visión de la sociedad futura, estuvieron profundamente marcadas por la noción de la lucha de clases.

La economía burguesa con Adam Smith elaboró una clara visión de las clases fundamentales de la sociedad burguesa basada en su función económica. Las clases agraria, industrial y asalariada hallaban su origen en las fuentes básicas de la renta: la tierra, el capital y el trabajo.

Saint-Simon veía la sociedad dividida en dos clases: la clase industrial y la clase ociosa. Y Proudhon llegó claramente a la idea de la propiedad como origen de la división de la sociedad en clases. Idea que también existía de modo más impreciso en Rousseau.

Como se puede notar, en el siglo XIX el concepto de clase se identifica con el funcionamiento mismo de la sociedad. Lo que va a hacer Karl Marx es exactamente dar al concepto de clase no sólo una dimensión científica sino también atribuirle el papel de base de explicación de la sociedad y de su historia.

Sin embargo, a pesar de la importancia fundamental del concepto de clases sociales en la obra de Marx, no va a recibir el tratamiento sistemático y riguroso que ha dado a otros conceptos. Su obra maestra, *El capital*, quedó interrumpida exactamente en el capítulo en que empezaba a tratar de las clases sociales. Además, en muchas obras anteriores Marx emplea este concepto, a veces sin mucho rigor, lo que originó una serie de confusiones sobre su verdadero sentido. Por fin, hay que imaginarse que Marx, como todo pensador, desarrolló este concepto en el transcurso de sus investigaciones, lo que implica que lo fuera sistematizando progresivamente.

Todos estos hechos dieron origen a gran número de confusiones acerca de este concepto, confusiones que, en general, están vinculadas a la interpretación del propio pensamiento marxista. Seleccionamos dos

críticas que se fundamentan en el carácter contradictorio que el concepto de clase revestía en Marx. Creemos que la tarea de aclarar estas aparentes contradicciones es fundamental para poder llegar a un concepto científico de las clases sociales.

II. Críticas al rigor conceptual de Marx

1. *Georges Gurvitch*

La primera crítica detenida de las contradicciones del concepto de clases de Marx la encontramos en Georges Gurvitch (1973). Gurvitch parte de la distinción entre filosofía de la historia y sociología. Para él, sólo en la medida en que se establece esta diferencia se logra constituir la ciencia social. Según él, Marx no logró determinar claramente tal diferencia. Hay en su visión de la sociedad la tensión entre el científico y el filósofo social, lo que la conduce a una escatología. Particularmente, su concepto del papel histórico del proletariado estaría marcado por esta visión escatológica de un fin de la historia: el comunismo. El proletariado se transforma así en un ente metafísico que lleva una “misión histórica” que la filosofía social le atribuye.

Una segunda crítica se refiere a la diversidad de los conceptos de clase que se presentan en la obra de Marx. En primer lugar, Marx no logra, según Gurvitch, establecer nunca con claridad si la conciencia de clase es o no un elemento necesario a la definición de una clase social. Algunas veces, la presencia de la conciencia de clase aparece como un elemento decisivo para la existencia de la clase social; otras veces aparece la clase social sin manifestación de esta conciencia. En segundo lugar, cree que Marx no logró definir con claridad en qué la clase social se distingue de los otros agrupamientos como las castas, estamentos, etcétera. De ahí la imposibilidad de Marx de responder claramente a la pregunta: ¿Las clases han existido siempre?

Pues sí, por una parte, habla de clases en toda la historia humana letrada, por otra plantea ciertas características de las clases sociales que las distinguen como un agrupamiento exclusivo de la sociedad industrial

moderna. Una tercera crítica se refiere a la cantidad de clases que Marx distingue en sus obras. Plantea que Marx distingue numerosas clases en la sociedad moderna, sin lograr definir las relaciones que mantienen entre sí las diversas clases y cuáles son sus relaciones con los otros agrupamientos sociales modernos. Según él, Marx no logró nunca definir con claridad el papel de ciertos agrupamientos como la pequeña burguesía, la burocracia, etcétera.

La cuarta crítica se dirige al concepto de ideología. Pregunta Gurvitch: ¿Al final, según Marx, las ideologías son ilusiones de la conciencia o son mistificaciones conscientes? ¿La ideología corresponde a una toma de posición, a la conciencia de clase o se trata de una justificación doctrinal del comportamiento real de las clases? ¿En qué se distingue la ideología de lo que Gurvitch llama las “obras objetivas” de la conciencia (religión, moral, derecho, etcétera.)? ¿Serán estas “obras objetivas” ideológicas también? Por fin, parece que para Marx las ciencias humanas (excepto la economía política), el conocimiento filosófico, la religión, etcétera., son también ideologías.

La conclusión de Gurvitch es que Marx no tiene un concepto muy riguroso de clases sociales y que hay una tensión en su obra entre la sociología y la filosofía social que le impide llegar a un concepto correcto. Esto, sin embargo, para él no negaría la importancia del descubrimiento del concepto de clase por Marx. Sostiene que es necesario, sin embargo, precisar este concepto liberándolo de las contradicciones de Marx.

No es nuestro objetivo en este momento estudiar las soluciones que ofrece Gurvitch para estos problemas. Lo que pretendemos al exponer los resultados de nuestra investigación teórica del concepto de clases sociales en Marx, es exactamente mostrar la falsedad de estos planteamientos de Gurvitch, que aparecen bajo otras formas en varios autores. Junto con mostrar que las confusiones no son más que frutos de la incomprensión de Gurvitch del universo teórico de Marx, haremos la crítica de sus críticas, así como de las “soluciones” falsas de los falsos problemas que plantea. Antes de iniciar este trabajo debemos discutir a Stanislaw Ossowsky que complementa el cuadro de las críticas al rigor mismo del concepto de clases en Marx.

2. Stanislaw Ossowsky

El sociólogo polaco Stanislaw Ossowsky, es el autor de un sugestivo estudio sobre la estructura en la conciencia social (1969). En este estudio toma tres tipos de enfoques de las clases sociales en Karl Marx.

- a. *Esquema dicotómico.* El esquema dicotómico es aquel que presenta las relaciones de clase como una oposición aguda entre clase dominante y dominada. Este esquema sería privilegiado por Marx en el *Manifiesto comunista*, al destacar las relaciones entre explotados y explotadores en toda la historia y entre trabajadores y no trabajadores. Tal enfoque correspondería, según él, a los intereses de Marx como político que destaca los aspectos más violentos de la lucha de clases. En *El capital*, según Ossowsky, al seguir las motivaciones del economista, Marx enfatizó la relación dicotómica entre asalariados y capitalistas, entendidos como no propietarios. Algunas veces, sobre todo en los capítulos finales de *El capital*, Marx habría tomado el principio de la división funcional de la renta para dividir las clases entre asalariados, capitalistas y rentistas de la tierra. En este sentido, Marx se habría fundamentado en el esquema tricotómico de Adam Smith, basado en la función productiva. Otras veces, Marx habría usado el esquema tricotómico con objetivos de análisis sociopolíticos, al diferenciar capitalistas, asalariados y pequeña burguesía (entendida esta como los no asalariados o como trabajadores que utilizan sus propios medios de producción).
- b. Actuando como sociólogo, según Ossowsky, Marx utilizó en otras ocasiones el *esquema de gradación*, diferenciando las clases por su posición más alta o más baja dentro de una escala. Por ejemplo, distinguió algunas veces una pequeña burguesía como un sector medio por el monto de su propiedad. Otras veces diferenció otros sectores medios o clases intermedias o jerarquizó las clases en relación a la gradación de sus posesiones de medios de producción.
- c. Por fin, según el sociólogo polaco, trabajando como economista o sociólogo, Marx diferenció las clases según un *esquema funcional* de acuerdo a la propiedad de fuentes de ingreso. Así presentó, por ejemplo, la lucha entre sectores de clase o entre clases dominantes de sistemas sociales distintos. Ejemplos serían la lucha entre aristocracia financiera y

burguesía industrial, más pequeña burguesía (*Luchas de clases en Francia e Ideología alemana*), la lucha de la burguesía contra la nobleza (*18 brumario de Luis Bonaparte*). También Engels recurriría a este esquema funcional en su estudio de la población rural en *Guerras campesinas en Alemania*. También el concepto de “lumpenproletariat” como un estrato social estaría basado en su función socioeconómica, o mejor aún en la ausencia de esas funciones.

En resumen, según el sociólogo polaco, Marx construyó diferentes imágenes de la sociedad conforme a los fines de su análisis. Como analista político, destacó los aspectos de la explotación, como analista sociológico o económico, estableció divisiones más complejas para encontrar correlaciones entre una estructura de clases bastante diferenciada, la superestructura y otros fenómenos. Ossowsky distingue básicamente dos enfoques posibles sobre la lucha de clases en la historia: las luchas entre opresores y oprimidos (*Manifiesto*) y/o la lucha entre clases de intereses diversos (Engels, en la “Introducción” a *Lucha de clases en Francia*).

Ossowsky no niega la legitimidad de adoptar estos esquemas distintos, pero los considera como superpuestos e irreducibles a una unidad de análisis. Da como causa de las contradicciones de Marx, no una falta de rigor científico en su trabajo, sino una diferenciación de enfoque según los intereses que presiden el análisis en cada caso. Cabe sin embargo hacer una pregunta: ¿Se trata de esquemas superpuestos de análisis o de diferentes planos de un mismo proceso analítico sintetizante? A esta pregunta buscaremos responder al tratar sistemáticamente el concepto de clases en Marx.

¿Hay de hecho en la obra de Marx esta diversidad de enfoques y de conceptualización de que hablan Gurvitch y Ossowsky? A primera vista parece que sí. Sin embargo, esta diversidad no tiene la forma caótica o superpuesta que presentan los autores. Al diferenciarlos y aislarlos de su contexto general de análisis, matan lo más profundo del método marxista: la dialéctica. Analizar a Marx desde el punto de vista del pensamiento analítico, como hacen estos y la mayoría de los críticos de Marx, es matar y secar su pensamiento. Y a un Marx así destruido y deformado se puede criticar fácilmente. Sin embargo, su pensamiento gana toda la fuerza cuando se presenta erguido de pie y vertebrado por la dialéctica materialista.

III. Cómo captar el concepto de Marx

Para lograr restaurar la unidad del concepto de clases en Marx hay que hacer un camino inverso en sus obras. Hay que empezar por *El capital* para situar debidamente el contexto en que aparece el concepto en el pensamiento de Marx. Y desde este punto de partida caminar hacia las obras anteriores donde el concepto aparece a un nivel concreto. Marx trató el concepto de clases en el último capítulo que había escrito para su libro. La ubicación del concepto en la obra nos muestra el nivel de abstracción en que Marx lo trataba. Sólo va a tratar el concepto de clases después de haber analizado el proceso de la producción del capital en el primer volumen, el proceso de circulación del capital en el segundo, y al final del estudio del proceso de producción capitalista en su conjunto. Particularmente, va a tratarlo en la sección sobre la renta y sus fuentes. Esta ubicación nos muestra que el concepto de clases surge teóricamente para Marx al nivel de la concreción del análisis de un determinado modo de producción. Es el eslabón que lo constituye de forma socialmente específica. Tomemos el texto:

Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna basada en el régimen capitalista de producción. (Marx, 1966)

Así, el concepto de clases aparece aquí como la personificación de las categorías económicas centrales de un determinado régimen de producción. Pero ningún régimen de producción ha existido históricamente de una manera pura, sino mezclado a otros regímenes de producción y a otros elementos socioeconómicos de este mismo régimen que no fueron descritos en el análisis teórico. De ahí que Marx agregue a continuación:

Es en Inglaterra, indiscutiblemente donde más desarrollada se halla y en forma más clásica la sociedad moderna, en su estructuración económica. Sin embargo, *ni aquí se presenta en toda su pureza*

esta división de la sociedad en clases. También en la sociedad inglesa existen *fases intermedias y de transición* que oscurecen en todas partes [...] las líneas divisorias. (Marx, 1966)

Al hacer esta afirmación, Marx plantea el problema que la estructura de clases como aparece en la sociedad, empíricamente es mucho más compleja que las relaciones esenciales entre las clases de la sociedad. Sin embargo, el estudio teórico de esas clases es un elemento fundamental para comprender las tendencias de desarrollo de esta sociedad concreta. Por esto afirma que, desde el punto de vista de la investigación teórica de las clases básicas de la sociedad, el problema de la estructura empírica de clases es indiferente. Pues trátase de determinar las tendencias que se van desarrollando con el sistema capitalista de producción.

Esto, sin embargo, es indiferente para nuestra investigación. Ya hemos visto que es tendencia y ley de desarrollo del régimen capitalista de producción el establecer un divorcio cada vez más profundo entre los medios de producción y el trabajo y el ir concentrando los medios de producción desperdigados en grupos cada vez mayores; es decir, el convertir el trabajo en trabajo asalariado y los medios de producción en capital. Y a esta tendencia corresponde, de otra parte, el divorcio de la propiedad territorial para formar una potencia aparte frente al capital y al trabajo. (Marx, 1966)

En último análisis, la determinación de las clases sociales básicas de la sociedad no es tarea de la observación empírica sino de una investigación teórica del modo de producción que la constituye. Veamos como lo plantea Marx:

El problema que inmediatamente se plantea es este: ¿qué es una clase? La contestación a esta pregunta se desprende en seguida de la que demos a esta otra: ¿qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y a los terratenientes en factores de las tres grandes clases sociales? (Marx, 1966)

Es decir, la cuestión de que existan tales y tales clases se resuelve en el análisis del modo de producción mismo. Como había hecho en el capítulo sobre la apariencia de la competencia, Marx continúa su análisis al criticar la apariencia de que las clases tienen su origen en las distintas formas de renta. En este punto termina el manuscrito dejando en el aire el plan que debería seguir en su análisis.

A pesar de que Marx no terminó su manuscrito sobre las clases sociales, podemos sacar algunas conclusiones metodológicas sobre su modo de enfocar el problema.

En primer lugar, pretendía tratar el concepto de clase en varios niveles de análisis dependientes entre sí. Esto plantea la cuestión de los niveles de abstracción en que se debe estudiar el problema. La rigurosa diferenciación e interdependencia entre los niveles de abstracción es uno de los principales aspectos del método dialéctico, que lo diferencia profundamente del método analítico formal. Al diferenciar los niveles de abstracción, Marx tiene por objetivo desarrollar la investigación teórica que estudia ciertas condiciones determinadas que no existen bajo esta forma pura en la realidad empírica, pero cuya determinación es necesaria a un enfoque explicativo de esta realidad. En seguida el método busca reintegrar progresivamente los otros aspectos de la realidad y aproximarse a lo concreto. A este momento de análisis se llama proceso de concreción progresiva.

En segundo lugar, el punto de partida del análisis de Marx es el estudio de un modo de producción determinado. Las clases sociales aparecen en el momento como “personificación”, contenido volitivo, personal, activo de ciertas relaciones descritas, abstractamente. Esto no quiere decir que a un nivel más concreto no sea posible describir las clases sociales como agrupamientos sociales susceptibles de ser estudiados sociológicamente. Sin embargo, este estudio empírico de las clases sólo tiene sentido teórico definido cuando se halla situado dentro del marco de un análisis abstracto. Es decir, sólo es posible alcanzar un nivel explicativo de análisis cuando se inserta el nivel descriptivo empírico en un cuadro teórico abstracto. Se vuelve así al problema de los niveles de abstracción de forma más precisa, es decir, definiendo claramente el

punto de partida teórico del análisis.² Después de estos planteamientos, la tarea que sigue es estudiar el concepto de clase según sus diversos niveles de abstracción.

IV. Los niveles del concepto de clases (I)

Primer nivel: el modo de producción

El primer nivel en que hay que situar el concepto de clases es el análisis del modo de producción. El concepto de clases aparece como resultado del análisis de las fuerzas productivas (nivel tecnológico de los medios de producción y organización de la fuerza de trabajo) y de las relaciones de producción (relaciones que los hombres establecen entre sí en el proceso de la producción social). Estas fuerzas productivas y estas relaciones de producción asumen ciertos *modos* posibles de relación en la historia. Estos modos posibles de relación son esencialmente contradictorios cuando las relaciones de producción se constituyen en base a la propiedad privada. Ese carácter contradictorio define las leyes generales del funcionamiento y desarrollo de los modos de producción clasistas.

De esta forma, el análisis del modo de producción supone una cierta dinámica propia de este modo de producción cuyos componentes son antagonicos. Las clases sociales son una expresión fundamental de esas relaciones antagonicas. En consecuencia, el concepto de clases sociales se constituye teóricamente dentro del concepto de lucha de clases. La lucha de clases es pues el concepto clave para comprender las clases sociales. Por este motivo, el concepto de clases exige un análisis esencialmente dialéctico.

La lucha de clases está relacionada directamente con la superación de una determinada formación social (modo de producción más modo

2. Por punto de partida teórico no se entiende el punto de partida del estudio de una sociedad. Se puede empezar a estudiar una sociedad a un nivel totalmente empírico o impresionista, pero el estudio sólo adquirirá el status científico cuando logre definir las relaciones esenciales de esta sociedad. A partir de este punto el estudio asume la forma de una teoría y por lo tanto es científico.

político y cultural). De esta manera, sólo se puede comprender el concepto en el contexto de las contradicciones y leyes de desarrollo interno de un determinado modo de producción y de una determinada formación social. En este nivel del análisis se integra el concepto de conciencia de clase. El concepto de conciencia de clase en el marxismo no corresponde a la idea vulgar empírica de la conciencia que tienen los individuos de su condición de clase. Una de las conquistas básicas de la ciencia social marxista se define en la frase del prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*: “Y del mismo modo de que no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción”. Trátase de mostrar las formas de conciencia antagónicas posibles que corresponden a determinados modos de producción. No se trata de lo que los hombres piensan en un determinado momento. Trátase de describir teóricamente las formas posibles de conciencia. La conciencia empírica o psicológica de los hombres puede estar más o menos próxima a ellas.

Hay un conjunto de textos marxistas que corroboran esta interpretación. Desde el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, citado, hasta la tipología en el *Socialismo utópico y científico* de Engels. También se presenta en los textos sobre la acumulación de capital y varios otros textos de *El capital*. Trátase de estudiar las clases y la conciencia de clase a un nivel altamente abstracto y al mismo tiempo con referencia a una formación histórica concreta. La conciencia de clase no puede estudiarse independientemente de las formas históricas concretas de producción. Estas formas concretas son estudiadas en su pureza esencial, es decir, sometidas a condiciones casi de laboratorio. Condiciones creadas por la abstracción, que aísla de los fenómenos todos los aspectos secundarios, específicos de formas particulares, para subrayar todo lo que es principal, específico del modo de producción que se pretende estudiar.

La clave del concepto de clases y de conciencia de clase a este nivel teórico está en el prólogo a la primera edición de *El capital*: “En esta obra,

las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto *personificación de categorías económicas*, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase” (Marx, 1966).

La maestría con que Marx liga las relaciones económicas a las relaciones culturales en *El capital* y en otras obras, viene exactamente de su concepción de la economía. Para Marx, la economía política no estudia relaciones entre cosas ni entre hombres y cosas. La economía política estudia relaciones entre hombres que *aparecen* en la conciencia de los hombres como relaciones entre cosas. Ejemplo: el cambio de mercancías es aparentemente un cambio entre cosas, pero sólo es objeto de la economía política marxista en cuanto es un cambio entre productos del trabajo humano, es decir, una forma de relación entre los hombres. De esta manera, las categorías económicas del marxismo, al contrario de las categorías empíricas de la ciencia social vulgar, rebasan la apariencia fetichizada de los fenómenos sociales para ir a su esencia: las relaciones entre los hombres, estudiadas bajo la forma de relaciones específicas, de modos determinados de relación entre ellos. En estos modos de relación se inscriben las clases sociales como la personificación en grandes grupos humanos de estas relaciones que los individuos en general desconocen, o perciben bajo formas accidentales, inconexas, caóticas, no determinadas, no científicas.

¿Esta visión del marxismo no lo reduciría a una especie de idealismo empírico en que se substituye la observación de la realidad por categorías teóricas que *crean* la realidad? ¿Una visión de este tipo, por otro lado, no lo cambiaría en una teoría formal que sirve de instrumento a la observación empírica, es decir, una especie de tipo ideal? Ni una cosa, ni la otra.

En primer lugar, estas categorías del análisis marxista no nacen de las condiciones posibles de la percepción de la realidad social (idealismo trascendental), sino de la expresión teórica de la práctica social.

El proceso que permite llegar a las categorías básicas explicativas de la realidad social es el de la abstracción de las relaciones concretas que viven los hombres en la realidad histórica.

En segundo lugar, no se trata de categorías operacionales instituidas por premisas más o menos arbitrarias o libres (tipo ideal), sino de categorías “esenciales”, es decir, categorías que son constituidas por la realidad misma y que derivan de ella.

En tercer lugar, no son de modo alguno categorías formales, pues no representan relaciones posibles establecidas abstractamente, sino, al contrario, relaciones reales que dan las condiciones posibles de abstracción. Es decir, son abstracciones de modos reales de producción y no categorías universales aplicables a realidades no históricamente determinadas. Es la realidad histórica misma quien *constituye* las posibilidades de las categorías teóricas.

Sin embargo, la realidad social no se agota en los modos de su movimiento. Mucho más que esto, la realidad tiene un movimiento concreto que entra en contradicción con los modos posibles de este movimiento, pues la realidad concreta incluye otros elementos mucho más complejos que la abstracción de las condiciones de su movimiento.

V. Los niveles del concepto de clases (II)

Segundo nivel: la estructura social

Una sociedad concreta, históricamente dada, no puede corresponder de forma directa a categorías abstractas. Como decimos, el marxismo no usa la abstracción de una manera formal. Cuando elabora el concepto abstractamente, lo niega en seguida, al mostrar las limitaciones de este nivel del concepto. De ahí la necesidad de pasar a niveles más concretos de abstracción. En una sociedad concreta:

- › El desarrollo del modo de producción y de sus contradicciones plantea situaciones sociales históricamente específicas (por ejemplo: el modo capitalista de producción pasa al fin del siglo XIX a una forma imperialista y esta forma asume hoy un carácter integrado mundialmente, etcétera.).

- › El desarrollo del modo de producción desarrolla nuevas formas específicas de relación entre sus componentes y crea nuevos componentes (ejemplo: el desarrollo del sindicato limita las relaciones asalariadas, el surgimiento de nuevos sectores sociales como la llamada “aristocracia obrera” o las “nuevas clases medias” cambia la distribución de la plusvalía en el sistema y afecta las formas de realización de la plusvalía, etcétera.).
- › A un nivel todavía más concreto, en una sociedad coexisten formas sociales distintas en antagonismo con la formación dominante y limitándola, pero formando situaciones de equilibrio delimitadas históricamente (por ejemplo: la lucha entre clases dominantes y dominadas de modos de producción antagónicos —capitalismo vs. feudalismo—; el surgimiento de clases intermedias en vías de desaparición, o clases en formación; el caso de la contradicción campo-ciudad, etcétera.).

A este nivel, el análisis tiene que concretarse mediante la descripción todavía teórica de los modos de relación posibles en una determinada sociedad, es decir, en una estructura social dada.³ La diferencia del nivel anterior es que ahora el análisis tiene que referirse a un universo histórico y geográficamente situado, en el cual se distingue el nivel de desarrollo de una determinada formación social y sus relaciones con otras formaciones sociales. Hay que trabajar sobre datos empíricos de carácter histórico, demográfico, sociológico, etcétera., a fin de componer el cuadro de las relaciones básicas y de su dinámica. En este nivel, la conciencia de clase debe ser tratada bajo la forma de intereses sociales definidos teóricamente. Es decir, por conciencia de clase se entenderá las formas posibles de *conciencia en las condiciones específicas de una estructura social dada*. El análisis será mucho más concreto y matizado, pero todavía no se relaciona con lo que las personas o grupos sociales empíricamente piensan.

3. Sin entrar en la discusión sobre el concepto de estructura formal o descriptiva, que dejamos para otra oportunidad, preferimos usar el concepto de estructura como expresión de relaciones existentes (condicionantes y no “posibles” de una sociedad dada).

Tercer nivel: situación social

A este nivel, el análisis se aproxima a la descripción de una sociedad concreta. Sin embargo, esta descripción no será puramente empírica sino científica porque conoce a las determinaciones que explican a esta realidad inmediata o “aparente”. Disponiendo de un instrumento teórico del tipo descrito no confundiremos la estructura de las clases con la estratificación social, como lo hacen varios sociólogos, ni las élites dirigentes con la clase dominante, ni la psicología de las clases con su conciencia de clase, etcétera.

Vemos así que, al diferenciar internamente la estructura, encontramos una serie de fenómenos que están correlacionados y son dependientes de la estructura de clases. Uno de esos fenómenos es la estratificación social, que introduce un elemento de jerarquización de los individuos de la sociedad no solamente por su posición de clase sino también por diferencias de ingreso, profesionales, culturales, políticas, etcétera. Vemos que, en este momento, el enfoque puede separarse de las categorías sociales puras para buscar clasificar los individuos dentro de estas categorías de formas a veces particulares y no previsible teóricamente. Los individuos dejan de ser la personificación de categorías sociales para ser personas y pueden ellos mismos constituir categorías por el conjunto de aspectos sociales que se entrecruzan en su persona; no es necesario llevar este paso del análisis a una concreción empírica tan grande. Se puede analizar todavía las relaciones de las estructuras de clase con estos sistemas de estratificación en general.

Otro elemento que se agrega a este nivel es la proyección de sistemas de estratificación de formaciones sociales distintas en un nuevo sistema de estratificación (como, por ejemplo, la proyección de la estratificación señorial rural en la estratificación racional urbana en los países latinoamericanos), lo que forma una realidad concreta mucho más compleja. Problema este muy común en la psicología de las clases de transición o recién constituidas.

En este nivel, trabajamos con valores socialmente dados donde la estructura de clase se enfrenta a determinaciones muy distintas, producto de la especificidad de una situación social dada. En este nivel no podemos

estudiar la conciencia de clase (es decir, las condiciones y modos posibles de expresar los intereses de las clases) sino a nivel de lo que Lukács ha llamado la psicología de clases. Por psicología de clases se entienden las formas de pensar y sentir de las clases sociales situadas históricamente. A este nivel surgen relevantes problemas de contradicciones entre los intereses de *clase* de una clase y sus intereses inmediatos; las contradicciones entre sus intereses de clase y sus orígenes históricos; entre su mentalidad condicionada por la estructura existente, los valores de la estratificación social, relaciones de tipo racial, etcétera., y los intereses de clase que condicionan las posibilidades de su actuación de clase.

La riqueza analítica del método dialéctico surge aquí con toda su fuerza. Contra la realidad lineal y plana del empirismo se opone una multiplicación de planos de contradicciones, de posibilidades de análisis del comportamiento humano. Y surge también la condición dramática de la realidad social, las contradicciones entre los individuos y su realidad objetiva y psicológica. Surgen los elementos trágicos, grotescos o cómicos de la existencia humana. La ciencia se encuentra así con la política real, la literatura, el arte y la existencia cotidiana de los hombres. Se hace vida. Esta es la fuerza concreta del marxismo, aún no completamente desarrollada: su capacidad de ligar el más absoluto rigor teórico abstracto a las más cotidianas realidades del hombre.

Cuarto nivel: la coyuntura

Por fin, el análisis se torna todavía más rico y más diferenciado cuando introducimos el efecto de ciertas coyunturas específicas en el estudio del fenómeno. La estructura de clases va a sufrir profundos cambios conforme sea la coyuntura en que se desarrollan sus contradicciones.

En los momentos de ascenso del ciclo capitalista, por ejemplo, el comportamiento y la psicología de las clases se presenta de forma completamente distinta que en las situaciones de crisis o revolucionarias. En las situaciones de crisis la psicología y la conciencia de clases tienden a confundirse en una sola realidad. Es decir, se presenta con más claridad a los hombres reales sus condiciones de existencia. Otra es la situación en los momentos de ascenso o de equilibrio cuando la

psicología y la conciencia de clase tienden a separarse y las formas inmediatas de los fenómenos tienden a oscurecer sus modos reales de existencia.

La ciencia empirista, por su supervalorización del *dato* sobre las determinaciones, sustituye la totalidad por los aspectos o formas de su manifestación. Por esto tiende a confundir la dinámica de la realidad con la dinámica aparente de ciertos períodos históricos. En los años de 1890-1900 en que el capitalismo se mostraba ascendente y sin crisis surgió la teoría de Bernstein para negar la necesidad de la crisis capitalista, teoría que la guerra de 1914 y la crisis del 29 negaron rotundamente. En nuestros días, estas tendencias a negar la crisis capitalista se consolidan otra vez debido al desarrollo capitalista más o menos sostenido en los últimos años. Las formas de consumo de masa tienden a oscurecer las relaciones de clase en la sociedad: los empiristas sustituyen la sociedad de masas por la sociedad de clases, etcétera.

Algunas conclusiones

Podemos llegar a algunas formulaciones de conjunto en este momento. Las diferentes clases sociales que ha descubierto Marx y los aparentemente distintos enfoques del fenómeno de clases no corresponden a una superposición de enfoques distintos sino a un sistema relacionado de planos de abstracción que van desde lo más concreto a lo más abstracto y desde lo más abstracto a lo más concreto. Cuanto más nos aproximamos a lo concreto más las leyes generales se van redefiniendo en relaciones cada vez más complejas.

Representar lo concreto sin estas determinaciones no es todavía labor científica sino de observación sistemática. La ciencia empieza cuando la descripción se hace determinación, se hace “concreto-determinado” o, al contrario “universal-concreto”. Ciertas coyunturas determinadas tienden a acentuar las contradicciones entre la apariencia de los fenómenos y sus modos de ser, es decir, su “esencia”; otras coyunturas, sin embargo, particularmente las revolucionarias, hacen “aparecer” los aspectos esenciales de la realidad en la experiencia inmediata.

La ciencia social empirista absolutiza lo inmediato, pues no puede mostrar sus relaciones con los modos de ser o las condiciones que lo determinan y por lo tanto no es ciencia. Es codificación de métodos de observación (aspectos positivos) e ideologización de relaciones existentes (aspectos negativos).

VI. La conciencia de clase (I)

Dada la importancia de la conciencia de clase en la definición de este concepto, creemos necesario destinar un ítem especial a su estudio.

Es conocida la distinción que hizo Marx entre clase en sí y clase para sí. Sin embargo, esta distinción de sabor hegeliano puede ser causa de muchas confusiones. La separación analítica entre las clases como relaciones objetivas al nivel de las relaciones de producción y la conciencia de esas relaciones, tiene que ser explicada con el máximo de rigor.

Una clase se define primeramente por las relaciones o modos de relaciones que condicionan las posibilidades de acción recíprocas entre los hombres, dado un determinado modo de producción. En este sentido, el concepto de conciencia de clase es un concepto puro, es decir, abstracto, teórico, no referenciable directamente a una o algunas conciencias empíricas. A este nivel, como vimos, podemos definir la conciencia de una clase como la representación consciente posible de sus intereses en un modo de producción dado. Los individuos que componen o “personifican” estas categorías abstractas, es decir, que realizan en la práctica estas relaciones no disponen en general de los medios teóricos para representarlas en su conciencia. Las representan de un modo caótico, asistemático y fragmentario, mezclado con las ideas dominantes en su sociedad o en la que fueron educados. La sistematización de estas impresiones de un sistema de relaciones reales en la cabeza de los individuos forma la *psicología de la clase*. En la medida en que esta psicología de clase no expresa la realidad de estas relaciones en un sector significativo de los individuos que componen una clase, se puede conceputar a estos agregados humanos como una clase *en sí*.

Serán, sin embargo, una *clase para sí* en una situación social en que tome conciencia de estas relaciones bajo la forma de una ideología

política que defina claramente las condiciones reales de su existencia y la contradicción entre ellas y sus intereses como clase social, así como le proponga los medios de superar esta situación. En este momento pasa a constituirse una clase *para sí*, es decir, una clase capaz de elaborar un proyecto de existencia social adecuado a sus intereses de clase.

Este modo de plantear el problema elimina algunas confusiones bastante difundidas sobre el concepto de conciencia de clase y de ideología. La primera confusión es la que identifica la conciencia con la psicología de clase. Entiéndese muchas veces por conciencia de clase el pensamiento que tienen determinados agrupamientos sociales históricamente dados. La superposición de la psicología con la conciencia elimina la posibilidad de entender la dinámica contradictoria de estos dos elementos y confunde lo inmediatamente dado con la realidad misma.

Otra confusión es la identificación de la ideología con un falseamiento de lo real, o mera justificación o “racionalización” de ciertos intereses. El concepto de ideología tomado en su forma pura inicial no supone necesariamente ningún falseamiento de lo real ni ninguna racionalización. Ideología es en un primer momento de análisis, la expresión consciente de intereses reales de clase y su operacionalización en formas de acción concretas para lograr estos intereses.

Sin embargo, en un segundo momento, y sólo en un segundo momento, pues puede que sea o no necesario, se agrega el elemento falsedad. Pues no todas las ideologías son falsas, ni ninguna ideología es falsa, en cuanto es la representación de los intereses que expresa. Por el contrario, en este sentido sólo hay ideologías cuando hay representación *verdadera* de los intereses.

¿Cómo puede ocurrir que la representación *verdadera* de los intereses de una clase sea al mismo tiempo *falsa*? Es que los intereses de todas las clases dominantes incluyen la necesidad de falsear las verdaderas relaciones de clases.

Tiene que ser parte de la ideología burguesa la representación de la sociedad burguesa como conjunto básico de individuos, que *pueden* diferenciarse en agregados, pero que constituyen siempre la unidad de análisis porque esta forma de representación expresa exactamente el interés esencial de la burguesía de ocultar el carácter de clase de su

sociedad y postular su sociedad como ofreciendo oportunidades iguales a todos los individuos. Es interés de clase de la burguesía representarse a sí misma no como clase dominante sino, a lo sumo, como individuos dominantes

La ideología burguesa tiene que estar fundada pues en esta falsedad. Sin embargo, con relación a la representación de sus intereses fundamentales de clase, es verdadera. De ahí el rico carácter de mistificación que implican estos tipos de conciencia de clase. De ahí la imposibilidad de constituir una verdadera ciencia (explicación de lo real, conocimiento de lo real y no de su apariencia inmediata) burguesa, de ahí por qué la ciencia burguesa estará siempre prisionera de su ideología y será por lo tanto ideológica.

En la medida en que la ciencia empieza a explicar lo real (por la necesidad de conocer que todas las clases dominantes tienen, a pesar de su necesidad de *no* conocer verdaderamente) entra en contradicción con la ideología de la clase dominante. De ahí la necesidad ideológica de falsear lo real que se expresa en la necesidad de la teoría burguesa de ser pragmática y empirista, de absolutizar las relaciones inmediatas (es decir burguesas) entre los hombres y de los hombres con la naturaleza.

Confundir de esta forma ideología con falsedad es eliminar la posibilidad de demostrar el carácter de clase y determinado de esta falsedad. Lo mismo ocurre con la ideología del proletariado. Ella es por su naturaleza “verdadera”, en el sentido de que puede y necesita representar sus intereses de clase como intereses de clase. Esta posibilidad se transforma en una necesidad teórica de deslindar el carácter de la sociedad burguesa y el carácter transitorio de la sociedad proletaria. La ideología sólo será proletaria si se apoya en una visión científica (no ideológica) de la realidad. Se elimina así la contradicción entre la ciencia y la ideología. Ambas pasan a ser momentos de una misma unidad de interés.

Puede parecer a los empiristas excesivamente “metafísico” este planteamiento del problema, pues el empirismo llama metafísica toda investigación teórica. Sin embargo, metafísica es la posición contraria que aísla las condiciones del pensamiento científico de la realidad histórico-social y se muestra incapaz de resolver los problemas planteados por este aislamiento. Es decir, se vuelven incapaces de explicar las causas que permiten el desarrollo de la ciencia bajo formas contradictorias de

pensamiento plenamente identificables con el desarrollo de la lucha de clases. Sobre todo, no pueden explicar cómo ha conocido el hombre y cómo conoce todavía bajo condiciones ideológicas de pensamiento.

Otro aspecto de la relación entre ideología y verdad se torna muy evidente en la relación entre clases ascendentes y clases decadentes. En su momento de ascenso político y económico, la burguesía estuvo impulsada por una profunda necesidad de conocer teóricamente y de racionalismo. La economía política clásica, por ejemplo, tiene un evidente estatuto teórico especulativo mil veces superior al pragmatismo de la ciencia económica contemporánea, expresada por la célebre frase de Keynes: “a largo plazo estaremos todos muertos”. La ciencia económica latinoamericana de fines de los años cuarenta y de los años cincuenta hizo incursiones en el campo teórico especulativo, muy limitada es verdad, pero que expresaban la necesidad de constituir una ciencia capaz de superar las limitaciones que sentía el naciente capitalismo industrial latinoamericano frente a las condiciones del subdesarrollo. El vuelo fue tan breve como cortas las alas de esta burguesía y su posibilidad de desarrollo.

Otra es la situación de la burguesía en el poder, cuando los problemas de orden cualitativo que exigen la superación de los datos inmediatos y la investigación teórica, son sustituidos por las necesidades de desarrollar el orden social existente. Entonces, el pensamiento burgués tiende a tornarse cada vez más antiespeculativo, antirracional, antiteórico. El pragmatismo o la barbarie intelectual sustituyen al razonamiento abstracto, la observación empírica o el juego formal de otro lado sustituyen al *conocimiento* científico o al razonamiento abstracto. Los campos del conocimiento se aíslan en islas intelectuales, no por la extensión del conocimiento de lo particular como se pretende, sino por la actitud teórica pragmatista que corresponde a una realidad social y económica basada en la atomización del hombre, imposibilitado por las relaciones de clase y sociales a reencontrarse con su sociedad.

Se establece así una relación estrecha entre la verdad científica y las condiciones de la lucha de clases. La realidad social de la explotación y de la sociedad basada en el antagonismo de clases es una limitación real a la verdad científica y transforma la ciencia en ideología. En la sociedad burguesa no es la ideología que se funda en la ciencia, es la ciencia que se

funda en la ideología. Por esto, a no ser que pudiera renunciar a sus propios trucos y dejar de ser por lo tanto burgués, el pensamiento burgués no puede esclarecer la relación entre ciencia e ideología.

VII. La conciencia de clase (II)

Fueron necesarios estos planteamientos iniciales para que lográramos retomar los conceptos de conciencia de clase, ideología y psicología de clase en forma correcta y científica. Podemos redefinirlos ahora libres de las confusiones que normalmente oscurecen su comprensión.

Por conciencia de clase se entiende la expresión sistemática de los intereses de las clases sociales; por ideología la operacionalización de estos intereses en metas, y medios definidos para lograrlos; por psicología de clases se entiende el modo de pensar y sentir de determinados agregados humanos en una situación o momento dado.

La conciencia de clase se determina al nivel del análisis de los intereses de clase dentro de una formación social dada, independiente de la existencia de individuos que perciban o no esos intereses. La ideología se determina por un esfuerzo teórico para expresar las formas de desarrollo posible de esos intereses y las metas y medios que puede generar. La psicología de clase, por otro lado, se determina al nivel del estudio empírico de los individuos o de ciertas manifestaciones colectivas siempre referenciando su dinámica a la determinación de la conciencia de clase y de la ideología y a los conflictos existentes entre su psicología y su conciencia de clase.

El análisis busca definir los elementos que condicionan y permiten surgir u oscurecer la conciencia de clase en los agregados humanos reales. Estos elementos estarán compuestos de:

1. Un análisis de las relaciones objetivas puras (abstractas) al nivel del modo de producción a que pertenece la clase.
2. El nivel de desarrollo de este modo de producción en una estructura o una situación histórica dada en combinación con otros modos de producción, su relación con situaciones históricas (sociales, políticas, ideológicas, etcétera.) determinadas.

3. El estado empíricamente observable de esta conciencia.

Estos tres niveles deben combinarse en un análisis dialéctico que supone la posibilidad de relacionar estos niveles a una coyuntura determinada y sus tendencias de desarrollo.

Un problema especial puede surgir con el estudio de las clases transitorias, o que no llegan a cristalizarse como clases, pues sus condiciones de existencia en la sociedad están en constante transformación hacia nuevas formas de relación. La conciencia de estas clases no puede por definición cristalizarse en un conjunto sólido de intereses y están sometidas a la presión constante de los intereses de otras clases (por ejemplo, la pequeña burguesía en el régimen capitalista). Esto no le quita su especificidad como clase de transición, pero torna muy complejo el análisis de su conciencia y psicología de clase.

Una nota debe ser destinada al planteamiento del carácter antagónico de la conciencia de clases. Si las clases sociales se definen por sus intereses antagónicos unas frente a las otras, también la conciencia de clase se definirá por este carácter antagónico. Este antagonismo no se expresa simplemente en intereses opuestos dentro del modo de producción existente. Para que estas clases logren realmente poseer una conciencia de clase tienen que oponer entre sí regímenes sociales distintos. El antagonismo se expresa en una relación de superación, destrucción o dominación de una clase por otra. Esto asegura el rol de la lucha de clases en la historia, como su móvil no sólo dentro de los regímenes, sino de la superación de un régimen por otro.

Esta comprensión del carácter de la conciencia de clase revela también el rol del intelectual en la lucha de clases, en general, oscurecido por ciertas concepciones equivocadas. Como la conciencia de clase es al mismo tiempo un elemento condicionado por la praxis humana (es decir, un resultado consciente de esta praxis) y un elemento condicionante de ella (es decir, es la conciencia que permite al hombre dominar su praxis y someterla a sus fines) el intelectual ocupa un papel clave en su desarrollo. Pues es solamente una actividad intelectual sistemática la que permite extraer las consecuencias de la praxis y sistematizarla de tal forma que la conciencia se transforme en efectiva conciencia de los individuos de la clase.

Los que están sumergidos en la práctica y no pueden concientizarla (lo que exige un *trabajo teórico*⁴ específico) no tienen pues una conciencia de clase. La conciencia de clase y la ideología la desarrollan precisamente los intelectuales. Por esto Lenin insistía en el ¿*Qué hacer?* que el proletariado abandonado a su propia condición no podía llegar a una conciencia de clase, sino a lo sumo a una conciencia sindicalista (necesidad de unión y de lucha por vender bien su mercancía, la fuerza de trabajo, en la sociedad capitalista). Por esto mostraba la dificultad de que los trabajadores comprendan las relaciones generales del sistema y la necesidad consecuente de educarlos en el socialismo, que es su conciencia de clase. Por esto por fin decía: sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria. Sería imposible comprender el papel relevante de la teoría en el marxismo clásico si no se comprende el concepto de conciencia, ideología y psicología de clase.

El intelectual tomado no como individuo aislado en una torre de marfil, sino como militante intelectual de una clase, es por lo tanto un elemento clave en la explicitación y desarrollo de la conciencia de clase. La actividad intelectual retoma su papel siempre privilegiado en el marxismo, separándolo de las concepciones pragmáticas empiristas que se rotulan como tal.

Sin embargo, se puede preguntar todavía: ¿Existía conciencia de clase en las sociedades precapitalistas? En estas sociedades los individuos se concebían no como clases sino como castas, órdenes, estamentos, etcétera. ¿Cómo se puede hablar de una conciencia de clase en tal situación? Hemos planteado teóricamente el problema de la relación entre la estructura de clase y la estratificación social. Hemos visto que la primera explica la segunda, a pesar de que la dinámica real de la sociedad incorpora la relación dialéctica entre las dos. El capitalismo ha liberado la conciencia de clase de estas formas mistificadas de relación entre los hombres, al instituir la economía como criterio básico de diferenciación entre ellos. Hemos visto, sin embargo, la imposibilidad de la conciencia burguesa de concebir las relaciones de clase con fundamento de la historia humana y su necesidad de oscurecer estas

4. El concepto de la actividad teórica como trabajo nos conduce al concepto de *praxis* teórica de Althusser.

relaciones. Hemos visto también la necesidad de la conciencia de clase proletaria de revelar estas relaciones como base de su teoría de la realidad social.

De todo esto podemos concluir: la conciencia de clase se vuelve cada vez más liberada de las formas *mistificadas* de relación entre los hombres (formas acompañadas de justificaciones mágicas, místicas, religiosas, filosóficas, etcétera.), es decir, de formas no clasistas de relación entre ellos, cuando más la sociedad se aproxima a la destrucción de las relaciones de clase. Esto explica por qué el concepto de clases sólo ha surgido en la sociedad capitalista y más específicamente en la conciencia de clase proletaria. Es la purificación histórica de las relaciones entre los hombres como relaciones de clase lo que explica la posibilidad histórica de una conciencia de clases no mistificada, es decir, que se concibe a sí misma como una conciencia de clase.

Puede parecer a muchos, educados en una ciencia no teórica, que plantear el problema de la conciencia de clase de esta forma significa introducir elementos metafísicos y no científicos en el análisis. Sin embargo, lo metafísico es exactamente lo contrario. Es decir, la imposibilidad de estudiar el problema a este nivel teórico impide explicar el surgimiento del concepto de clases y de conciencia de clase, las relaciones entre el conocimiento, la praxis, la conciencia y la psicología de las clases.

Y al sumergirse este pensamiento en el modo de las apariencias sin poder explicarlas se enreda teóricamente en fenómenos inexplicables y en la imposibilidad de una ciencia social. Es decir, en una imposibilidad de *explicar* las relaciones que se presentan con formas contradictorias y mistificadas en la práctica no consciente de los hombres. La ciencia, en vez de ser un elemento de concientización de los hombres se vuelve su contrario: es el medio de absolutizar la situación de mistificación que está basada en la relación de explotación entre los hombres contra su voluntad y sus protestas. Los científicos “puros”, “no ideológicos” y “no comprometidos” revelan así el profundo compromiso de clase que hace de su “ciencia” una ideología.

Liberar la ciencia de la ideología es pues liberar la ciencia de ciertos compromisos de clase, no con las clases en general, sino con las clases que no pueden permitir el conocimiento científico: las clases explotadoras.

VIII. Intento de conceptualización

Después de estos pasos preliminares podemos intentar una conceptualización de las clases sociales.

Por clases sociales se entenderá agregados básicos de individuos en una sociedad, que se oponen entre sí por el papel que desempeñan en el proceso productivo, desde el punto de vista de las relaciones que establecen entre sí en la organización del trabajo y en cuanto a la propiedad. Se pueden descomponer, pues, los elementos del concepto de clases, a su nivel general y abstracto en: 1) agregados de individuos; 2) básicos en la sociedad; 3) opuestos entre sí; 4) en relación a su función en el proceso productivo en cuanto a:

- a) Las relaciones de trabajo.
- b) La propiedad.

Estas relaciones del ítem 4 se diferencian históricamente de acuerdo a los modos determinados que revisten estas relaciones de trabajo y la propiedad. A su vez, estos modos de producción dan origen a distintas formaciones socioeconómicas (modo de producción, más clases y más superestructuras).

Así podemos pasar a un segundo momento del concepto, es decir, su desdoblamiento.

Esta unidad de interés de estos agregados básicos frente a los agregados opuestos (de la misma formación social o sobrevivientes de formaciones distintas o base de otras futuras) y al conjunto de la sociedad los hace *tender* a una comunidad de:

1. *Conciencia de clase*, es decir a una unidad de concepción del mundo y la sociedad según sus intereses generales de clase lo que da origen a una ideología.
2. *Situación social*, es decir de modos de comportamiento, actitudes, valores, intereses inmediatos, distribución de los ingresos, concepción de la sociedad y del mundo, sentimientos y pasiones, acción e interés político, frente a los partidos y al Estado, etcétera.

Esta *tendencia* a adecuarse a sus intereses finales (objetivamente determinables e independientes de su conocimiento o no de ellos) se cumple históricamente en grado mayor o menor en función de los diversos componentes históricos (sociales, económicos, políticos, culturales, coyunturales) que integran una situación social. Estos componentes están formados de la complejidad de relaciones en una sociedad dada, entre las varias formaciones sociales que luchan dentro de ella y se combinan para formar una estructura provisoria de relaciones contradictorias.

Otro componente de la realidad concreta no planteado en la abstracción del modo de producción social son los niveles entre sus aspectos económicos, sociales, políticos y culturales. Por fin, las coyunturas específicas en que se presenta este desarrollo (revoluciones, crisis, períodos de equilibrio, etcétera.), modifican profundamente el grado de contradicción, equilibrio y correlación entre las diversas clases y grupos que componen una estructura social concreta.

Podemos resumir, después de este trabajo de conceptualización, nuestras respuestas a las objeciones propuestas por los varios autores que, según creemos, parten básicamente de una incomprensión del carácter dialéctico (diferencias en niveles, relación entre concreto y abstracto, papel de las contradicciones) del concepto marxista. Objeciones que sólo pueden sustentarse cuando se apoyan en textos aislados de su contexto o en interpretaciones viciosas de algunos “marxistas”.

1. No se trata de una filosofía de la historia ni de una “escatología” en tensión con una sociología. El concepto de lucha de clases y su necesaria proyección en nuevas formas de producción es una exigencia de un análisis dinámico de las clases y es fundamental para explicar su dinámica actual. Las clases no luchan “dentro” de un sistema, sino que esa lucha tiende a asumir el carácter de lucha “por” sistemas distintos.
2. No se trata de distintos conceptos de clase ni de visiones superpuestas desde el punto de vista del economista, del político o del sociólogo, sino una visión dialéctica en que el concepto se “rehace” de acuerdo al nivel de abstracción en que se ubica el análisis.

3. No se trata de una indefinición en cuanto al número de las clases, sino que el número de las clases sociales varía según el nivel de análisis y según las estructuras sociales históricamente dadas.
4. No se trata de un concepto de ideología confuso en que aparecen en realidad varios conceptos contrapuestos o distintos, trátase del carácter dialéctico de la ideología, que supone: a) de un lado, una representación *verdadera* de los intereses de clase y b) de otro, la exigencia de introducir entre los intereses de ciertas clases la necesidad de oscurecer y mistificar su condición de dominadora, lo que no permite que su conciencia de clase refleje en forma real, sino mistificada, sus intereses. Pero esto no permite suponer una relación necesaria entre ideología y mistificación en todas las clases sociales.
5. No se trata de atribuir al proletariado ni a ninguna clase social una “misión histórica” desde un punto de vista metafísico o religioso. Cuando se habla de “misión” se hace referencia a las potencialidades históricas de una clase cuyos intereses materiales objetivamente determinables conducen a determinados resultados históricos desde que puedan imponerse históricamente sus intereses. El concepto de “misión” es usado en el sentido de la *Miseria de la Filosofía* cuando Marx se refería a la burguesía: “el requisito de la liberación de la clase obrera es la abolición de todas las clases de la misma manera que la liberación del “Tiers état” trajo la de todos los Estados (“Estados” medievales”).
6. Esto explica también la cuestión de la aparición de las clases como tales en la sociedad capitalista, lo que se aclara con el texto de Engels: “la revolución abolió los Estados y sus privilegios. La sociedad burguesa sólo reconoce ahora las clases”. Por esto, por la necesidad de organizar la sociedad capitalista en base a las relaciones directamente económicas entre el “trabajador libre” (asalariado) y los propietarios de los medios de producción, el concepto de clases asumió su forma consciente y directa en la sociedad, rompiendo las formas mistificadas de estados, estratos, castas, etcétera., en que se manifestó en las formaciones sociales precapitalistas.
7. Por fin, estaría la disyuntiva de Ossowsky en cuanto a que la relación entre las clases debe ser comprendida en base a intereses opuestos o a relaciones entre explotados y explotadores. Disyuntiva falsa, pues la

relación entre explotados y explotadores crea intereses opuestos y sólo a partir de la sistematización teórica de esas relaciones y esos intereses podremos lograr constituir un análisis de las clases.

IX. Cómo investigar las clases

Podemos ahora plantear los pasos que creemos debe seguir un estudio científico de las clases sociales. El hecho de que ordenemos este estudio en una serie de pasos de investigación que al mismo tiempo tengan una cierta autonomía e interdependencia no quiere decir que no se pueda empezar el análisis a un nivel intermedio o al mismo nivel final. Sin embargo, lo que pretendemos es que sólo se puede lograr un efectivo conocimiento científico (es decir, condicional, explicativo y por fin, causal) cuando se logra situar una determinada sociedad o grupo de sociedades o la sociedad internacional dentro de este modelo general del análisis. Esto no quiere decir que sólo exista ciencia social cuando se logre llegar a este conocimiento agotador. Se lo plantea más como un ideal científico que como una tarea inmediata.

1. Análisis del proceso productivo

El punto de partida de un análisis de clase sería pues el análisis del proceso productivo, en el cual se puede distinguir:

- a) El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, tomado no solamente como un nivel de conocimiento tecnológico sino más bien en función de la aplicación de la tecnología al proceso productivo y del desarrollo de la división social y empresarial del trabajo. Todos estos temas son desarrollados hoy día por la sociología del trabajo y también por la antropología entre los pueblos primitivos, por la historia de la tecnología, etcétera. Trátase de profundizar cada vez más los métodos de observación en este campo de modo que se amplíe la visión científica de este nivel.
- b) El nivel de las relaciones de producción, que depende del anterior, pero

que es al mismo tiempo su condicionante, pues las fuerzas productivas son desarrolladas por la sociedad, concretas y determinadas. A este nivel cabe analizar los componentes generales de la división social del trabajo según la función de estos agregados (trabajadores manuales, no manuales, de producción, de circulación, de comercialización, etcétera.) y de las relaciones de propiedad (propietarios de los medios de producción, de la fuerza de trabajo, etcétera.). Aquí entramos directamente en el análisis de clase, buscando caracterizarlas al nivel general de un determinado modo de producción o al nivel concreto de una estructura socioeconómica determinada.

- c) Al complementar este análisis podemos diferenciar en la estructura social las clases básicas de la sociedad, las clases intermedias, en formación, o decadentes, los diversos sectores de clase, relacionándolos entre sí en un modo de producción o en una estructura social.

2. Análisis de los intereses sociales

Al disponer de los elementos de las relaciones internas de estos agregados (relaciones de explotación, de dependencia, de función, etcétera) como fuerzas materiales, podemos empezar el análisis de los intereses que les corresponde en el modo de producción o en la estructura social.

Al diferenciar los intereses, los ponemos en relación unos con otros como opuestos e interdependientes, pues sólo de esta forma podemos alcanzar la efectiva comprensión de su significado. Por otro lado, sólo podemos comprender estos intereses desde un punto de vista dinámico en que el conflicto y las contradicciones entre ellos provocan una dinámica de la sociedad, una lucha de clases.

Es necesario diversificar el análisis en los subintereses de los varios sectores de clase, de las élites políticas o económicas y de los varios subgrupos que participan de una estructura social. A este nivel debemos introducir elementos más concretos de la estructura social como la estructura de poder, la distribución del ingreso, la estructura demográfica, las jerarquías de estratos sociales y las formas de estratificación, las instituciones, etcétera.

Al disponer de este cuadro general podemos comprender a una estructura social desde un punto de vista dialéctico en que la estructura aparece como un resultado y un condicionante de las relaciones entre intereses sociales en contradicción.

3. Conciencia y psicología de clases

A partir de la identificación de esta dinámica de intereses contradictorios en movimiento podemos identificar las tendencias que mueven a la formación de la conciencia de clase y las que constituyen la psicología de las clases. Y no sólo de las clases sino también de los sectores de clase y subgrupos y estratos sociales que diversifican la estructura de clase y la limitan.

A este nivel tenemos que combinar el análisis económico-social abstracto con la observación más directa. Para identificar las manifestaciones ideológicas, habría que perfeccionar las técnicas de análisis de texto cualitativas y cuantitativas sometiendo el análisis del texto al modelo de intereses previamente identificados de forma que analice las relaciones entre las manifestaciones ideológicas, las tendencias ideológicas básicas y su dinámica.

Otro tipo de trabajo poco desarrollado son los estudios de movimientos políticos, de opinión pública, huelgas, “*meetings*”, congresos, etcétera., que nos permitirían captar estos intereses en su movimiento complejo. Así también las encuestas con grupos y clases sociales (siempre dominando una buena técnica de análisis de actitudes y opiniones que no identifique afirmaciones prejuiciadas con actitudes reales) son otro elemento fundamental para identificar la psicología de las clases.

4. Integración del análisis

Así el análisis se desarrolla en varios planos posibles. El plano del modo de producción, el más abstracto; el plano de la estructura social económica concreta, que supone la combinación de varios modos de producción y sus variaciones internas, y de la superestructura cultural e

ideológica; por fin, el plano coyuntural que, como hemos señalado varias veces, conduce a la diversificación del comportamiento de las clases y grupos según las diversas situaciones coyunturales. El análisis de clase debe combinar todos estos planos para lograr su verdadera concreción científica.

El plantear la posibilidad de un análisis estructural y “modal”⁵ plantea el problema del papel de la conciencia en el desarrollo de la historia que se resume prácticamente en el problema de la previsión y del planeamiento. Si logramos no sólo prever el movimiento posible de determinados modos de producción y estructuras sociales, sino también el desarrollo posible de coyunturas determinadas podremos actuar sobre el momento socioeconómico y político de manera consciente y a través de los instrumentos apropiados. La ciencia social encuentra así su realización más perfecta. El análisis de la lucha de clases desarrollado en este conjunto de niveles y debidamente integrado sería el elemento clave para esta unión entre la teoría y la práctica.

Es interesante notar que este ideal científico se opone profundamente a una ciencia positivista que busca leyes generales válidas en sí mismas. Nuestro análisis de clase nos conduce exactamente a lo particular y busca leyes específicas y no generales. No es posible pues separar el análisis de clase de ciertas condiciones metodológicas que necesariamente supone.

Bibliografía

Gurvitch, G. (1973). *El concepto de clases sociales desde Marx a nuestros días*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Marx, K. (1966). *El capital*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ossowsky, S. (1969). *Estructura de clases y conciencia social*. Barcelona: Península.

5. Usamos “modal” al referirnos a los modos posibles de relaciones dentro de un modo de producción.

La revolución científico-técnica y la acumulación de capital¹

I. Invención, innovación, difusión y crecimiento económico

1. Invención, innovación y difusión como fuentes del cambio tecnológico y del crecimiento económico

En nuestro libro *Revolução científico técnica e capitalismo contemporâneo* hemos visto cómo la evolución de la tecnología al interior del modo de producción capitalista conduce a una separación creciente entre el trabajador y los medios de producción. Estos se automatizan y pasan a ser dirigidos por la computadora. La ciencia sustituye al conocimiento empírico en la producción y esta se convierte progresivamente en una rama del quehacer científico. En consecuencia, la empresa capitalista lucha por integrar la producción del conocimiento científico en su interior y por convertirla en una fracción del capital. Los resultados de la actividad del conocimiento son progresivamente monopolizados y se transforman en instrumento de la lucha inter-empresarial. La investigación fundamental y aplicada y, principalmente, el desarrollo final de los productos, pasan a conformar un momento esencial del ciclo del capital; la intervención del Estado se hace entonces necesaria para asegurar este vasto proceso de producción y aplicación del conocimiento científico. La empresa capitalista, subsidiada por el Estado, se dedica

1. Extraído de Dos Santos, T. (1987). *La revolución científico-tecnica. Tendencias y perspectivas*.

fundamentalmente al desarrollo final de los productos y a la investigación aplicada; los centros de investigación estatales se concentran en investigaciones aplicadas de interés social y militar y las universidades se especializan en la investigación fundamental y aplicada de mayor alcance a largo plazo.

Los centros de investigación independientes y los inventores individuales aún existen, pero van siendo sustituidos por formas superiores de investigación, los que concentran cada vez más en las instituciones especializadas (centros, institutos, laboratorios, etcétera) los recursos necesarios para la producción del conocimiento científico y tecnológico.

Este desarrollo del conocimiento no busca solamente perfeccionar la base tecnológica existente sino también persigue la creación de nuevos procesos y productos y su incorporación a la producción. Esto da origen a nuevas industrias, ramas y sectores económicos. Los cambios tecnológicos o la aplicación del conocimiento a la producción (innovación y difusión) provocan profundos efectos en la economía y en la sociedad. Es necesario pues, estudiar más en detalle las diferentes etapas del proceso de producción de conocimiento y su relación con el cambio tecnológico y de este con el crecimiento económico. Hasta la revolución científico-técnica, estas etapas se presentaban desconectadas entre sí, desarrollándose de manera anárquica y separadas en el tiempo. Como consecuencia de la RCT, se unifican los distintos momentos señalados bajo una planificación creciente que elimina lo accidental y aproxima en el tiempo, bajo un movimiento calculado, la Y y D y las tres etapas principales del cambio tecnológico que son la invención, la innovación y la difusión. En el libro señalado analizamos la I y D como parte de la inversión. En este capítulo analizaremos de manera más precisa la invención, la innovación y la difusión, como fuentes del crecimiento económico para lo cual debemos entender su relación con el funcionamiento del capital monopolístico, eje de la acumulación capitalista contemporánea.

La invención de un nuevo producto o proceso se da en el momento en que se crea un bien de consumo final o una técnica de producción que no eran obvios para el nivel de conocimiento existente hasta entonces. La invención de un nuevo producto o proceso no garantiza, sin embargo, su conversión en una realidad económica, ya sea por su irrelevancia

en el plano de la utilidad o por falta de interés económico en aplicarla. El interés económico en aplicar una invención depende de la relación entre su costo de producción, las inversiones anteriores a las que sustituye y el nuevo mercado que deberá atender. Si la reducción en los costos de producción es muy alta, ella podrá compensar la pérdida en inversiones anteriores y la empresa que introduce la invención podrá establecer un precio comercial derivado del monopolio tecnológico, superior al valor del producto, obteniendo en consecuencia, una ganancia extraordinaria suficiente para compensar las pérdidas ocasionadas por la sustitución de las viejas instalaciones. En este caso opera un factor decisivo. Como el monopolio está basado, en gran medida, en la dificultad para que nuevas firmas puedan entrar en el sector o rama, se produce un límite económico para la no introducción de un nuevo producto o proceso, límite que es una función del costo y la inversión requeridos para tal efecto. Si estas dos variables son muy bajas, otra empresa podrá penetrar en el sector con el nuevo producto o proceso y romper el monopolio u oligopolio establecido.

Los sectores económicos que presentan constantes innovaciones tecnológicas, plantean permanentemente riesgos para las posiciones de control monopólico. Por eso, la empresa monopólica tiene que asegurarse el control de la etapa de la invención, como ya hemos señalado y garantizar así su capacidad de respuesta a cualquier intento de competencia de nuevas empresas que busque introducir nuevos productos o procesos en la rama.

El carácter revolucionario de las invenciones está subordinado a la capacidad que tenga la empresa para retardar su introducción; esta capacidad depende sobre todo de la facilidad de que pueda disponer otra empresa para adoptar la nueva tecnología y competir con aquella que pretende retardar su introducción. El sistema de patentes puede garantizar el monopolio de una invención sin utilizarla por un cierto tiempo. Este recurso fue utilizado ampliamente en las décadas de 1920 y 1930, provocando una fuerte reacción del movimiento antitrust norteamericano. Estudios recientes² muestran que el carácter más complejo de la

2. Ver el estudio de Jacob Schmookler (1966). Este estudio constata la baja relación entre gastos de I y D de

tecnología de postguerra, y su dependencia de la ciencia, disminuye el valor de las patentes como instrumento para retardar la aplicación de los procesos y productos recién inventados. Las grandes empresas han preferido ocultar la invención no registrando la patente hasta la fase en que la invención se encuentra lista para entrar en el mercado después de probarla y aumentar le “*know how*” necesario para utilizarla. En muchos casos no se llega a recurrir a la patente pues la brecha tecnológica, entre la empresa innovadora y sus posibles concurrentes, es suficiente para asegurar las ventajas económicas derivadas de la introducción del nuevo producto o proceso.

Asimismo, hay que señalar el creciente papel del financiamiento estatal que asegura a la empresa contratista el monopolio sobre la invención subvencionada por el Estado. En este caso, el Estado asegura el financiamiento de la Y y D y el consumo del producto resultante. Tal comportamiento del Estado se manifiesta sobre todo en los sectores militar y espacial y resuelve una de los más graves problemas de las empresas al dedicarse a las actividades destinadas a la invención. Esta siempre supone un riesgo, pues nunca se puede asegurar completamente si se obtendrán o no los resultados deseados para descubrir un nuevo producto o proceso; ni se pueden calcular completamente sus potencialidades económicas antes de conocer sus características.

las grandes empresas y el número de patentes que realizan sobre todo comparando con empresas menores. Para Schmoockler tal fenómeno se explicaría por las restricciones jurídicas que se establecieron para las patentes desde el “*New Deal*”. Pero ensaya también otras explicaciones:

- a) Las grandes firmas ocupan posiciones de mercado más protegidas y poseen los recursos financieros necesarios para disuadir a los imitadores y están más habilitadas que las pequeñas, para probar las invenciones en el mercado y abandonar las no lucrativas sin tener que registrarlas anteriormente”.
- b) “Asimismo quizá las invenciones de las grandes firmas son en general productos de larga escala de producción, que requieren más gastos de invención” (1966: 34).
- c) “Cuando las invenciones eran realizadas primitivamente por independientes. La patente protegía al inventor mientras el encontraba un comprador para su invención o establecía una posición de mercado para sí mismo para producir o usar la invención” (1966: 36). Los laboratorios de empresa no necesitan crear esta protección.
- d) “Cuando las invenciones eran basadas más en el empirismo que en la ciencia, ellas podían ser fácilmente desarrolladas de forma paralela” (1966: 37).
- e) La patente permite ganar tiempo mientras se desarrolla el “*know how*” correspondiente a la utilización del producto o proceso. Lo esencial es pues desarrollar las ventajas concretas del conocimiento inicial y su aplicación, lo que es más importante que garantizar una exclusividad jurídica difícil de mantener en la práctica comercial.

Es por ello que las empresas se dedican preferentemente al desarrollo final de productos o procesos, cuyas características principales fueron definidas en las etapas de investigación básica y aplicada. Como anotamos en trabajos anteriores, estas fases, las más riesgosas, del proceso de conocimiento quedan en mano del Estado o de las universidades, o bien son financiadas con el dinero público, aún cuando se realizan en el sector privado.

A falta de financiamiento estatal, las empresas se concentran fundamentalmente en las actividades de menor riesgo que están ligadas al desarrollo de productos o procesos.

En el campo de la invención es necesario distinguir aquellas invenciones que afectan una amplia gama de ramas y sectores económicos y cuyos efectos económicos son radicalmente innovadores. A estas las llamamos invenciones primarias.

De una invención primaria se derivan, en general, varias invenciones secundarias que complementan a las primarias, bien porque perfeccionen su utilidad o su valor comercial, o bien porque apliquen a nuevas industrias, ramas o sectores, los principios nuevos que traen consigo las invenciones primarias.

Se puede hablar también de invenciones terciarias que son simples perfeccionamientos de productos o procesos existentes.³

Es evidente que las invenciones primarias son producto de situaciones excepcionales y altamente riesgosas por su novedad. En una situación normal, las firmas individuales prefieren dedicarse a mejorar la aplicación de principios ya descubiertos, es decir, a buscar invenciones secundarias o terciarias, que implican riesgos mucho menores.

3. La idea de invenciones primarias, secundarias y terciarias fue derivada, con importantes cambios, de las investigaciones de A. P. Usher (1971). En este artículo, que se hizo clásico en la literatura económica sobre tecnología, Usher demuestra que la invención primaria es seguida de varias invenciones secundarias, a nivel de ingeniería. En sus palabras: "Las invenciones importantes que aún no son conducidas a un estado de uso comercial general pueden ser clasificadas como invenciones primarias. Las invenciones que abren un nuevo uso práctico deben ser más propiamente consideradas secundarias, independientemente de su importancia. Aquellas que extienden los principios conocidos hacia nuevos campos de uso también deben ser así clasificadas. Las mejoras en algún instrumento que no extienden claramente el campo de uso pueden ser clasificadas como invenciones terciarias" (1971: 54). Por la propia cita se pueden verificar las diferencias entre el concepto de Usher y el que proponemos.

Es también preferible para las empresas dedicarse menos a inventar nuevos productos y más a su desarrollo técnico para fines de comercialización, Esto explica por qué las empresas han preferido muchas veces comprar las invenciones realizadas por individuos o centros de investigación y aplicarse a los estudios que permitan darles una forma comercial. Ello ha permitido la conservación del inventor individual o de los equipos privados de investigación y ha dado origen en los últimos años a formas de subcontratación en las que las firman contratos con el Estado para avanzar en ciertos campos tecnológicos, transmitiendo, posteriormente, tales tareas a los centros más especializados, capaces de dedicar más tiempo y recursos a estas actividades riesgosas.

Por último, las grandes empresas pueden comprar las invenciones realizadas por empresas menores cuando identifican en ellas potencialidades de remuneración importante.

Sin embargo, las posibilidades de nuevas invenciones, derivadas de la actividad sistemática de investigación básica y aplicada de las empresas competidoras, obligan cada vez más a cada una de las empresas a mantener un cierto nivel mínimo de investigación básica y aplicada que les permita no retrasarse frente a la competencia potencial de sus adversarias.

La imposibilidad de controlar completamente el proceso de conocimiento científico universal no permite establecer un acuerdo monopolístico o de cartel que impida totalmente el surgimiento de invenciones significativas, las cuales pudieran ser adoptadas por las empresas competidoras que están en la misma rama o en otras. De esta manera, una buena parte de los gastos de Investigación y Desarrollo tienen un carácter defensivo y supone gastos paralelos de varias empresas. La posible unión de estos gastos dispersos y anárquicos en un sólo plan de trabajo podría arrojar resultados más contundentes y resolver problemas tecnológicos que no pueden ser enfrentados por separado.

Es natural pues que, aún bajo formas monopolísticas y oligopólicas, el capitalismo suponga una anarquía y desperdicio en la utilización de los recursos de producción científica y tecnológica de la sociedad. La intervención del Estado y el carácter concentrado y monopolístico de sus contratos de financiamiento aparecen como la única forma de establecer la

“racionalidad” en la asignación de recursos para la I y D, particularmente en aquellos campos que exigen mayor volumen de recursos y presentan mayores riesgos.

Los economistas neoclásicos han constatado que las retribuciones que producen los gastos en I y D son bastante altas para las empresas que realizan estos gastos, pero son aún más altas las retribuciones sociales o derivadas (Ishaq Nadiri, 1977: 9).⁴

Esta diferencia, entre la remuneración directa obtenida por las empresas provenientes de sus gastos en I y D y las remuneraciones indirectas recibidas por la sociedad, aparece como una de las razones fundamentales que explica la tendencia de las empresas a subinvertir en I y D. George C. Bads resume así este mecanismo económico: “Existen indicadores de que las firmas privadas tienden de manera sistemática a subinvertir en I y D principalmente por su inhabilidad para capturar plenamente los beneficios generados por ella” (Ishaq Nadiri, 1977: D-I).

Nestor E. Terleckyj agrega otro aspecto:

Además del riesgo, la inversión privada en I y D industrial es aparentemente muy baja, desde el punto de vista de la conveniencia social y en relación a la contribución que podría realizar para el crecimiento económico, porque muchas de las retribuciones sociales benefician a otros que nos son los innovadores, siendo estos últimos los que cargan con los gastos de la innovación. A pesar de que tales retribuciones son socialmente beneficiosas, no crean incentivos para invertir en I y D. (Ishaq Nadiri, 1977: C-11)

4. “Muchos de los estudios recientes confirman los resultados encontrados anteriormente en el sentido de altas tasas de retorno por la I y D. Diferentes estudios que utilizan diferentes conjuntos de datos y metodologías distintas, indican una tasa de retorno para la I y D de cerca del 25 al 30%, lo que es más que el doble de la tasa de retorno del capital físico. Los resultados obtenidos por Terleckyj indican una tasa de retorno directo del 30% e indirecto del 80% para compañías que reciben financiamiento para la I y D en la industria, en el período 1948-1966. Griliches calculó estas tasas para el conjunto de la economía en 20% en el período 1958-1963. Mansfield y sus asociados estimaron las tasas de retorno privada y social para 17 industrias, encontrando una tasa media privada del 25% y social del 56%, lo que sugiere un beneficio expandido o externo de cerca del 30% (Ishaq Nadiri, 1977: B-17). Los papeles reunidos en este volumen buscan actualizar los resultados analizados en el coloquio de 1971 sobre el mismo tema, publicados por el GPO (1972).

Es claro que, como defensores empedernidos de la empresa privada, estos autores concluyen que el gobierno debe financiar la I y D del sector privado: El paso de la invención de un nuevo producto o proceso a su utilización comercial es lo que se llama innovación. Este paso no es un movimiento automático y está condicionado por factores económicos muy precisos que varían, sin embargo, según las condiciones de los negocios, mismas que pueden facilitar o no el proceso de innovación. El riesgo que significa el gasto en I y D para poder lograr o no una invención era el aspecto más relevante que condicionaba la inversión en esta actividad. En el caso de la innovación supone pues una percepción más precisa de los empresarios acerca de su capacidad para producir mayores beneficios que compensen los gastos de desarrollo final de nuevos producto o proceso y los costos de su introducción en la economía. Por esta razón hay una importante demora en el tiempo entre la invención y la innovación.⁵

Hay que señalar también la diferencia que existe entre la introducción en la producción de un nuevo producto y de un nuevo proceso. En el primer caso, no siempre se necesita cambiar las maquinarias e instalaciones.

El costo de esta introducción puede ser relativamente bajo. Cuando se trata de un nuevo proceso se afecta, en general, al aparato productivo. Se hace pues más fácil innovar incorporando nuevos productos que nuevos procesos. Sin embargo, es evidente que el segundo tipo de

5. John M. Blair (1972) expone 35 ejemplos de invenciones importantes, realizadas casi unánime mente por inventores individuales, que demoraron varios años para convertirse en innovación (excepto en un caso de un año, las demás esperaron un lapso de 3 a 79 años para ser incorporadas a la producción). Charles Kennedy y A. P. Thirlwall (1972) afirman: "Los estudios de casos de una gran variedad de industrias muestran una brecha media de 14 años entre invención e innovación". Y concluyen su balance de los estudios empíricos con la afirmación: "Todos los estudios confirman que la difusión es un proceso lento y que la expectativa de compensaciones es el determinante principal de la innovación, la cual corresponde con lo que el análisis económico predice para una economía de mercado". Edwin Mansfield, especialista en el tema, indica la diferencia encontrada por J. Enos entre invención e innovación en los sectores mecánico (más corta en el tiempo), químico y farmacéutico (ramas de mayor intervalo después de la anterior) siendo el electrónico el que presenta el más largo intervalo. Los intervalos medios varían de 4 a 16 años. Mansfield es incisivo en destacar la importancia de las ganancias esperadas: "Si las compensaciones esperadas de la introducción de una innovación no exceden a las que se pueden obtener de otras inversiones en una cantidad suficientemente grande para compensar los riesgos extraordinarios, la innovación será rechazada" (1968: 165).

innovaciones tienen efectos más profundos sobre el crecimiento económico y las condiciones de la producción, sobre todo porque busca, en general, una mayor productividad del trabajo. Los estudios empíricos sobre las que afecta el proceso productivo.

Los estudios sobre las innovaciones tienen que tomar también en consideración la verdadera novedad de lo que aparece bajo este rubro. Sabemos que hay un gran número de falsas “innovaciones”, que son en realidad cambios superficiales en la presentación de los productos antiguos que provocan el desuso de los modelos anteriores obligando psicológicamente, con el auxilio de la publicidad masiva, al abandono del modelo antiguo y a la compra del nuevo. Las empresas se dedican también a la diferenciación de productos tratando de dar un carácter “exclusivo” a su marca a través de varios recursos de presentación, envase, etcétera. La creación de esas falsas “innovaciones”, estudiada en varias investigaciones, absorbe la mayor parte de los gastos de desarrollo y sofoca iniciativas realmente innovadoras.⁶ Nadiri afirma:

Es claro, a partir de estos estudios (Terleckyj y Griliches, Mansfield, Evans) y a pesar de sus diferencias, que los efectos en cascada de los gastos de I y D son al menos tan importantes que sus efectos directos, así como las relaciones de insumo-consumo entre industrias, determinan la rapidez y la magnitud de los efectos indirectos. La implicación de estos resultados es que la política debe basarse no solamente en los efectos directos de la I y D en una industria determinada sino en los efectos directos de la I y D en una industria determinada, sino que debe tomar en consideración los efectos secundarios que funcionan a través de la estructura industrial de insumo-consumo”. Y en seguida, la siempre esperada conclusión: “Los fuertes efectos indirectos supuestamente refuerzan la tesis

6. Un caso extremo de estos gastos improductivos es el de las industrias automovilísticas. Ralph Nader se ha dedicado especialmente a demostrar los altos costos de los gastos dedicados a la diferenciación del producto y su publicidad en esa industria. En un testimonio frente a la Comisión Selecta sobre los Pequeños Negocios, del Congreso Norteamericano, el afirmó: “El costo directo e indirecto de un automóvil de precio mediano no excede de los US\$ 300, mientras que los costos anuales en cambios de estilo le cuestan al consumidor no menos de US\$ 700 del precio total de su carro nuevo “. Los coches nuevos costaban entonces alrededor de los US\$ 3.000.

para que se dé un apoyo público en la expansión de las inversiones en la I y D privada basada en la contribución para el crecimiento económico global. (1977: B-7)

Como vimos, en una economía capitalista monopólica este criterio óptimo no puede ser establecido, pues la decisión de adoptar la nueva tecnología se hace a nivel microeconómico. Además, el comportamiento de la empresa no tiende espontáneamente hacia esta optimización debido, en primer lugar, a la tendencia de no introducir ciertas tecnologías por razones ligadas a la tasa de ganancia y, en segundo, a la tendencia a generar “falsas innovaciones” produciendo un desperdicio de los factores productivos existentes.

Por último, hay que señalar el papel especial y decisivo que representa el consumo militar en la introducción de innovaciones. El principio que orienta la introducción de un producto militar en el consumo no es directamente económico. En la etapa nuclear contemporánea se trata de la capacidad de “destrucción asegurada” del producto militar, combinada con otros aspectos estratégicos. Pero en una economía en la que el Estado está condicionado por los intereses del monopolio, él debe garantizarles a las empresas, a las cuales compra sus productos, una retribución compensación o ganancia suficientemente alta para asegurar su interés en dedicarse al sector militar. De esta manera, el consumo militar asegura un flujo continuo de innovación tecnológica, sólo limitado por la capacidad fiscal del Estado e impulsado por la confrontación internacional con el socialismo. Pero es necesario señalar que la invención o innovación militar se encuentra condicionada profundamente por los intereses de las empresas —que limitan el horizonte de la investigación y desarrollo— encauzándola hacia aquellas más rentables que no son necesariamente las empresas más eficaces militarmente.

Por otra parte, el desperdicio de recursos productivos es grande precisamente por esta orientación militarista que predomina en el proceso de innovaciones. En este caso, debido a la existencia de una demanda asegurada el Estado, la empresa busca acortar el tiempo entre la invención y la innovación. Teóricamente habría que suponer un ritmo más

rápido de introducción de innovaciones en el sector militar que en la economía civil, lo que provoca efectos negativos en la tasa de crecimiento económico, en la productividad y en la calidad de vida.⁷

En resumen, la introducción de las invenciones o innovaciones en la economía responden básicamente a la motivación de la ganancia extraordinaria que puede obtener el innovador. Sin embargo, esta sólo es económicamente compensadora cuando supera con creces las pérdidas sufridas por el capital instalado que debes ser desplazado. Para calcular esa ganancia hay que tomar en consideración no sólo los costos sino también el mercado. Vimos también que cuanto más elevado es el costo de introducir la innovación, más difícil es la entrada de un competidor y más fácil es para la empresa que tiene la invención retardar su introducción en la economía. Así cuanto más monopolizada esté la economía tanto mayor será su capacidad de retardar la introducción de innovaciones significativas, sobre todo de aquéllas ligadas a nuevos procesos de producción. En consecuencia, hay una desviación del esfuerzo innovador hacia la introducción de productos en vez de procesos, hacia innovaciones secundarias en vez de primarias, hacia el desarrollo de productos en vez de investigación básica aplicada y hacia falsas “innovaciones” destinadas a envejecer moral y socialmente los productos existentes para, con ello, elevar el consumo de los “nuevos” productos y hacerlos diferentes y exclusivos con fines de publicidad y mercadeo.

Como resultado de tales tendencias las innovaciones se hacen más dinámicas en las ramas en las que hay un gran número de invenciones secundarias por realizarse o un bajo precio de introducción y, en aquéllas

7. Los estudios econométricos recientes sobre el retorno de los gastos en I y D han demostrado un retorno muy bajo de los financiamientos del gobierno al sector militar. “Los resultados (de la investigación de Griliches) sugieren que las I y D apoyadas por el gobierno, altamente concentradas, llevan a un descenso en la tasa media de crecimiento de la productividad. De manera similar, en un estudio distinto que usa datos de las firmas, Griliches reporta un fuerte efecto depresivo en las tasas de retorno de las I y D financiadas por el Estado. Las dos industrias que son las mayores receptoras de fondos federales para investigación, equipo eléctrico y aeronaves y cohetes, tienen las más bajas tasas de retorno de la inversión en I y D, 23% y 5%; mientras en química y metales las tasas eran de cerca del 90% y 25%, respectivamente”. Esto concuerda con los estudios de Terleckyj que demuestran que “la investigación financiada por el gobierno (excepto en la agricultura) no tiene efecto directo en la productividad de las industrias que la realiza”, ni tiene importantes efectos indirectos; pero entra en choque con el estudio del *Chase Econometric* que constata un retorno del 38% para los gastos de la NASA (Ishaq Nadiri, 1977: B-8-9).

protegidas por el Estado, particularmente en el sector militar en el cual hay un consumo asegurado, así como un financiamiento de los costos de introducción de la nueva tecnología. Habría así una clara desviación del proceso de cambio tecnológico hacia el sector militar en detrimento del consumo de interés social. Habría al mismo tiempo, una tendencia a bajar la tasa de cambio tecnológico fundamental y, consecuentemente, el ritmo de crecimiento de la tasa de productividad media del trabajo, como ocurrió después de 1966.⁸

La etapa siguiente a la introducción de una innovación es su difusión hacia el conjunto del sistema productivo. La difusión del producto o proceso es el movimiento por el cual una innovación es adoptada por nuevas empresas de la rama o industria respectiva. El proceso de difusión tecnológica está condicionado fundamentalmente por el factor lucratividad que es también el determinante esencial de la innovación. Además, el primer productor o innovador corre un riesgo al inaugurar un campo nuevo de consumo. Este riesgo disminuye, sin embargo, en la medida en

8. Esta constatación es hoy día casi unánime en los especialistas norteamericanos: "Hay buena razón para creer, como Peter Drucker y otros lo han planteado, que los Estados Unidos y sus socios económicos han expresado muchas de las oportunidades de innovación en las industrias en que se apoyó el poder norteamericano, las inversiones extranjeras y el inmenso crecimiento de las últimas décadas, tales como los ingenios de combustión interna, las fibras artificiales, la electrónica y el acero. Las curvas de crecimiento de estas industrias, como el algodón, el carbón y el hierro en el siglo pasado, parecen haber declinado. Ellas parecen ya no ser los estímulos principales de la innovación y de la expansión industrial futura, por lo menos en los países desarrollados" (Gilpin, 1975: 13). "Los fondos públicos para I y D crecieron paso a paso en casi todos los países, pero en algunos están mostrando ahora señales de disminuir su ritmo o hasta decrecer" (OECD, 1971: 11). "La disminución del ritmo de crecimiento de los gastos en I y D en este país en los años recientes puede ser en parte la causa de la baja del crecimiento de la productividad de los años 70" (GPO, 1979: 132). "Las instituciones de investigación se están debilitando financieramente, mientras hay exceso de oferta de personal técnico altamente entrenado que podría ser usado para hacer avanzar la tecnología norteamericana" (Joint Economic Committee, 1978: 6). "Parece también probable que la relativa declinación de las inversiones en I y D y la disminución de los "stocks" relativos de I y D tienden a disminuir el avance en productividad, pues la I y D es la fuente del avance científico y tecnológico" (Kendrick, 1976: 9). "La distribución de los gastos en I y D ha venido cambiando de la investigación básica hacia el desarrollo, es decir, hacia la mejoría de los antiguos productos y procesos y su desarrollo. Estos cambios de composición, acompañados por la declinación relativa del total de la I y D señalado anteriormente (I y D no es más una industria en crecimiento. De 1953 a 1961, los gastos en I y D en términos reales crecieron en una media anual de 13,9% para el gobierno y 7,7% para las fuentes no gubernamentales: de 1961 a 1967, estas tasas de crecimiento eran decididamente menores, 5,6% para los fondos del gobierno y 7,4% para la I y D privada; pero de 1967 a 1975, las tasas de crecimiento de los gastos del gobierno y privados en I y D bajaron al 3% y al 1,8% respectivamente), debe afectar el crecimiento a largo plazo en la economía de los Estados Unidos" (Ishaq Nadiri, 1977: B-19).

que aumenta el conocimiento de las empresas sobre las tendencias de la demanda, a través de la investigación de mercado, así como su dominio sobre el consumidor, a través de las técnicas modernas de mercadeo y de publicidad. Empero, es aún muy común que las grandes empresas esperen los resultados de las innovaciones introducidas por las empresas medias o pequeñas antes de iniciar la producción de un nuevo producto o la utilización de un nuevo proceso. Según investigaciones de Mansfield (1973:199)⁹ una vez introducido el producto o proceso, toma aproximadamente 8 años para que la mitad de la industria comience a utilizar esta innovación e incluso la empresa innovadora toma varios años para hacer la sustitución total (difusión intra-empresa) del antiguo producto o proceso.

La velocidad de difusión es una función de: a) la cantidad de empresas que no utilizan la innovación en un momento dado pero que la introducirán en el futuro; b) la cantidad de empresas que sí están utilizando la innovación; c) el rendimiento esperado en comparación con el rendimiento posible en otras alternativas de inversión; y d) la inversión total requerida para llevar a cabo dicha innovación en relación a los activos totales de la empresa.

Los estudios empíricos sobre el proceso de difusión de tecnología muestran que aumenta proporcionalmente en el tiempo el número de empresas que utilizan la innovación, produciéndose un efecto de aceleración en la medida en que nuevos capitalistas la adoptan. De esta manera se predice una curva logarítmica en forma de S que lleva a un rápido proceso de difusión después de un período más o menos largo de pequeños avances. Después de esa inclinación hacia arriba, la difusión empieza a disminuir y la curva vuelve a la horizontal. Para explicar esa curva, hay que considerar no solamente los riesgos iniciales y la posible resistencia a la innovación por parte del mercado, sino también los problemas de formación de mano de obra y los de financiamiento para nuevas inversiones, así como la madurez de las inversiones ya existentes.

9. L. Nabseth and G. F. Ray son escépticos respecto a los cálculos de Mansfield (1974). Pero las investigaciones sobre el proceso de difusión confirman en general la forma de la curva en S que plantea Mansfield para describir el proceso de difusión en el tiempo, así como los ritmos o tasas de difusión que él señala (Nabseth, 1973: 256). Ver Zvi Griliches, Paul David, Peter Temin y Edwin Mansfield (Rosenberg, 1971).

Finalmente, hay que tomar en consideración los posibles efectos sociales de desempleo y las posibles resistencias laborales a la adopción de las innovaciones, sobre todo de los procesos tecnológicos que provocan desempleo. En el caso de la invención de nuevos procesos, maquinarias o materias primas es importante resaltar que su difusión no se hace solamente en la industria que produce la innovación, sino también en la industria o rama que la adopta. Se produce así un efecto irradiador inter-industrial que sobrepasa en mucho el efecto en la productividad y en el crecimiento económico que ocurre con el descubrimiento de un nuevo producto. Es claro, sin embargo, que un nuevo producto puede exigir cambios en el sector de máquinas y materias primas y tener efectos económicos muy significativos.

Un fenómeno comprobado —que es poco importante— es la actitud de los gerentes hacia la innovación, la cual puede afectar una u otra empresa administrada en forma conservadora, pero difícilmente al conjunto de las empresas. El papel del empresario innovador, tan fundamental en el esquema de Schumpeter, no es un factor de discriminación significativo en los estudios empíricos sobre la difusión. Ella está condicionada por leyes económicas claramente identificadas con la tasa de beneficio.

Los factores que retardan el movimiento ascendente durante los primeros años de la curva de difusión explican su rápido crecimiento cuando empieza el proceso de imitación. Es precisamente el éxito de la empresa innovadora en superar las dificultades iniciales lo que deberá provocar una alta tasa de imitación al constatarse las ventajas económicas de la innovación. Después de este momento en que fueron removidos los factores que limitaban la generalización del nuevo producto o proceso, se produce una competencia feroz entre las firmas restantes para no quedarse atrás en el proceso de expansión de la nueva tecnología o producto.

Después de cierto período, se va agotando la capacidad expansiva del producto y la tasa de difusión cae, produciéndose una nueva inclinación en la curva.

El análisis de las tendencias de la difusión de tecnologías nos plantea las siguientes cuestiones: ¿Son las firmas más innovadoras las que tienen mayor éxito comercial? ¿No tendería a desaparecer la ventaja

relativa, obtenida con la introducción vanguardista del producto, al producirse después de un cierto tiempo una avalancha de imitaciones?

Los estudios empíricos sobre la relación entre innovación y éxito comercial nos indican que las ventajas del innovador tienden a prevalecer, pero no siempre los éxitos comerciales dependen de una alta tasa de innovación. Por esta razón, varía significativamente la correlación empírica entre innovación tecnológica y éxito comercial. En los estudios ya señalados, Edwin Mansfield encuentra una correlación entre innovación y éxito comercial del 17% en los ferrocarriles, del 27% en los aparatos domésticos y del 44% en la innovación de computadoras. Estos datos indican que la correlación entre innovación y éxito comercial es más alta en aquellas ramas que presentan una tasa importante de cambios tecnológicos. En estas ramas, la firma necesita estar en la vanguardia tecnológica para mantener su poder competitivo. En aquellas ramas de menor ritmo de cambio tecnológico, las firmas que tienen posiciones dominantes en el mercado pueden escoger el camino de la imitación e incorporar solamente las innovaciones exitosas realizadas por las firmas competidoras.

El fenómeno de la difusión de tecnología nos conduce al problema de la transferencia internacional de tecnología que se ilustra más claramente en la tesis del ciclo del producto, planteada por Raymond Vernon (1966: 190-207).¹⁰ La firma innovadora puede utilizar su ventaja relativa de introducir una nueva tecnología tanto en su mercado nacional como en los mercados del exterior. Muchas veces ella puede preferir la estrategia de difundir la tecnología nueva en el exterior antes de completar el ciclo de difusión interna. La empresa podrá así conquistar nuevos mercados con ventajas económicas evidentes y podrá incluso volver a competir en su mercado de origen con los productos importados de sus filiales en el exterior, donde pueden producirse con menor costo (mano de obra o materias primas u otros factores más baratos). Es por ello que la difusión internacional de la tecnología tiende cada vez más a transformarse en un fenómeno inherente a la gran empresa capitalista,

10. Una utilización de la tesis del ciclo del producto para una visión crítica de las multinacionales, se encuentra en Norman Clark (1975).

acentuando el proceso de internacionalización del capital y acelerando la expansión de las corporaciones multinacionales, como lo estudiaremos más a detalle en trabajos posteriores. Es pues necesario asociar los cambios en la tecnología (en los procesos de invención, innovación y difusión) resultantes de la revolución científico-técnica con las tendencias del movimiento de capitales a escala internacional, con el comercio internacional y con los nuevos comportamientos empresariales, cambios que llevan a una nueva estructura empresarial y a nuevos fenómenos en la economía internacional.

Dentro de este mismo contexto, es necesario señalar el papel de aquellos países que, por su posición subordinada en la economía capitalista internacional, se ven imposibilitados para crear nuevas tecnologías. Ellos tienen que restringir sus aspiraciones tecnológicas solamente a la difusión de tecnologías ya adoptadas en otras partes. Ese proceso de difusión se asocia como vimos a la expansión de las grandes corporaciones en el exterior. De esta manera, la capacidad de iniciativa tecnológica de los sistemas económicos capitalistas dependientes se limita a la creación de estímulos para atraer a las empresas multinacionales y la tecnología que ellas poseen incorporada en la instalación de máquinas e importación de materias primas y complementada por los servicios técnicos y *"know how"* que esas empresas codifican en instrucciones secretas. En consecuencia, el precio de la tecnología importada no se limita al pago de bienes que incorporan la tecnología (máquinas y materias primas), ni a los servicios a ellas asociados (mantención, ingeniería de funcionamiento, sistemas de operación, etcétera), ni tampoco a los pagos por el derecho de uso de la tecnología (regalías por patentes y marcas), sino también al pago del derecho de explotación directa de la mano de obra local por la vía de la inversión directa y el traslado de capitales (que se refleja en las posteriores remesas de ganancia). El traslado de capitales que acompaña la transferencia de las máquinas, materias primas y *"know how"* es un elemento abstracto; es la transferencia de una relación económica, de un derecho del capital internacional de acompañar un movimiento real de bienes y servicios con una relación de propiedad que permite explotar la fuerza de trabajo local en el país que recibe inversión directa. El estudio de ese fenómeno que acompaña al proceso de

difusión de la tecnología, y que es el resultado del monopolio formal y real del conocimiento científico y tecnológico, será objeto de un futuro libro sobre la transferencia de tecnología y la dependencia tecnológica.¹¹

2. Cambio tecnológico, productividad del trabajo y crecimiento económico

En el apartado anterior buscamos demostrar el carácter contradictorio de las relaciones del capitalismo monopolístico con el desarrollo científico-tecnológico y con el cambio tecnológico. De un lado vimos, en trabajos anteriores, como el capitalismo monopolístico aumenta la capacidad del hombre para desarrollar el conocimiento científico al concentrar los recursos y medios de la producción del conocimiento, al hacer depender la sobrevivencia del capital individual del desarrollo de la tecnología y al obligar al Estado a intervenir masivamente en la creación de las condiciones humanas y materiales de la producción del conocimiento. En el apartado anterior del presente capítulo vimos cómo el comportamiento monopolístico del capitalismo tiende, por otro lado, a utilizar de manera insuficiente, anárquica y desperdiciadora la capacidad científica de la humanidad, mostrándose incapaz de incorporar en toda su plenitud aquellos avances que logra realizar en el plano del conocimiento científico-técnico. Asimismo, el capitalismo monopolístico tiende a orientar la I y D en una dirección que choca con los intereses de las mayorías sociales y, por último, limita la utilización de la revolución científico-técnica para el crecimiento de la economía en su conjunto. Vimos en qué medida el carácter monopolístico de la economía permite al agente económico fundamental del capitalismo, que es la empresa, disminuir la tasa de crecimiento posible de la economía al negarse a: 1) destinar recursos económicos para investigar aquellos problemas básicos que exigen gastos poco compensadores para la empresa; 2) introducir las innovaciones que desvalorizan al capital instalado y que no producen tasas de ganancia suficientemente elevadas para compensar tales cambios tecnológicos; 3) difundir nacional e internacionalmente los productos y procesos nuevos que entren en conflicto con los intereses de la expansión corporativa y

11. Un adelanto sobre el tema se encuentra en Dos Santos (1979: 1361-1370).

las expectativas de ganancias. Pero hemos visto también que tres factores contrarrestan esas tendencias estancadoras del monopolio:

1. El Estado tiende a intervenir en el proceso de I y D asegurando condiciones financieras tales que disminuyen y hasta eliminan los riesgos de la inversión en I y D al absorber parte o casi la totalidad de sus costos por la vía del financiamiento. Se mantienen así una alta tasa de cambio tecnológico en aquellos sectores subvencionados por el Estado, desviando masivamente la actividad de I y D hacia el campo militar y los campos afines. Tal orientación ayuda a concentrar enormemente la actividad de I y D en pocas ramas básicas que producen un crecimiento económico deformado, desproporcional y anárquico.
2. El surgimiento de invenciones que suponen bajos gastos de introducción y que debido a ello pueden ser introducidas por firmas competidoras de la misma rama o de otras, obligan a que se realicen innovaciones pues amenazan el dominio oligopólico o monopolístico del sector, rama o industria. Tal situación prevalece sobre todo en las ramas de reciente aparición o de renovada transformación tecnológica, donde las oportunidades de innovaciones económicamente significativas atraen al esfuerzo de I y D y obligan a las empresas a una política de innovación y difusión rápidas para no perder el control del mercado, siempre amenazado por la alta tasa de invención de esas ramas.
3. La competencia internacional intercapitalista y con el campo socialista rompe en parte las situaciones monopolísticas por la vía del comercio mundial y en el segundo caso, amenaza destruir la capacidad estratégica de las formaciones sociales capitalistas a escala internacional. En consecuencia, de la competencia intercapitalista y entre las formaciones sociales radicalmente excluyentes, se hace necesario también difundir ciertos adelantos tecnológicos hacia los países dependientes en la búsqueda de mantener el control económico y político sobre estas regiones.

Los factores que determinan al capitalismo en su etapa monopolística y que actúan reduciendo (en relación a las potencialidades existentes) las tasas de cambio tecnológico en el conjunto de la economía, deberían

llevar a una baja de la tasa de crecimiento global de la economía. Sin embargo, los efectos de la dinámica del cambio tecnológico resultante de la nueva etapa del avance científico, obliga al gran capital a estimular la producción de invenciones en nuevas áreas del conocimiento, invenciones que destruyen barreras anticompetitivas en ciertas ramas dinámicas. Asimismo, la competencia internacional y la creciente intervención del Estado en la I y D, pueden ser suficientemente fuertes para asegurar la utilización productiva del potencial creador de la RCT y, en consecuencia, provocar una tasa de crecimiento económico más alta que la de etapas anteriores del desarrollo económico capitalista. Tal tendencia deberá de hecho prevalecer en aquellas etapas del ciclo económico en las que se produce un auge de los negocios. Pero debido al carácter anárquico del capitalismo, se crean al mismo tiempo tremendas desproporciones y desigualdades entre ramas y sectores económicos, a nivel regional, nacional e internacional, que producen agudas crisis de desproporción en la economía internacional, violentos desplazamientos regionales, nacionales y locales y agudas contradicciones intersectoriales, interburguesas e interimperialistas.

Por ello, la relación entre cambio tecnológico y crecimiento económico debe ser objeto de un análisis específico que estudie el conjunto de los problemas señalados y las tendencias empíricas del crecimiento económico.

Para realizar este análisis, hay que tomar en consideración, en primer lugar, la relación entre el cambio tecnológico y el aumento de la productividad del trabajo. La productividad del trabajo es, como hemos señalado en la primera sección, la expresión condensada del desarrollo tecnológico. Como vimos, el aumento de la productividad o el cambio tecnológico no es un objetivo que sea en sí mismo capaz de mover al capitalista.

El introduce aquel cambio tecnológico que favorece al aumento de su tasa de ganancia. Pero hemos visto el aspecto revolucionario del capitalismo, en lo que se refiere al cambio tecnológico, resulta precisamente de la coincidencia que existe, en general, entre su afán de aumentar la tasa de ganancia y su necesidad de aumentar la productividad del trabajo e intensificar la concentración, la división del trabajo y la cooperación

del obrero colectivo. La lucha del capitalista individual por aumentar su tasa de ganancia lo lleva a aumentar la productividad porque esta le permite obtener una plusvalía extraordinaria. Este comportamiento tiene un efecto fundamental en la economía y en la sociedad al aumentar los bienes producidos, el excedente económico y el tiempo libre de la sociedad en su conjunto. Es este efecto progresista de la economía capitalista lo que le permite ganar apoyo social de importantes capas de la población y legitimar ideológicamente el régimen de explotación del trabajo por el capital.

En la época contemporánea, el surgimiento de países socialistas aumenta la necesidad de la política económica de reconocer este contenido social de la productividad del trabajo. Los dos sistemas compiten abiertamente por demostrar sus habilidades en elevar la capacidad del hombre para acrecentar la riqueza social utilizando el menor tiempo posible de trabajo.

De esta manera, en la discusión acerca de los datos ligados al aumento de la productividad está inmerso un fuerte contenido ideológico. Como la productividad del trabajo es el factor más importante para medir el crecimiento económico —es decir la riqueza de una sociedad—, el estudio referente a la capacidad del modo de producción capitalista, en su etapa monopólica, de continuar el crecimiento económico con tasas significativamente elevadas, pasa necesariamente por un debate sobre las tasas de aumento de la productividad.

La teoría burguesa confunde enormemente el análisis de la productividad al definir tres factores básicos de producción, la tierra, el capital y el trabajo, cada uno de los cuales tiene su propia tasa de productividad y sus ventas respectivas. El capital sólo aparece como un factor de producción en la medida en que representa los medios de producción frente al trabajo. Pero es obvio que el trabajo es también parte del capital en la medida en que la fuerza de trabajo es comprada por el capital a través de un salario. Es también evidente que la rentabilidad del capital no proviene de las máquinas, instalaciones y materias primas que él representa frente al trabajador, sino de la acción que ejerce el trabajo sobre estos elementos. Se produce así una gran confusión teórica que no permite apreciar correctamente la relación necesaria e intrínseca que existe entre los verdaderos

factores de producción. La confusión es aún mayor cuando se considera un elemento neutral como la tierra en la categoría de un factor de producción activo que también da origen a una renta. La tierra sólo da origen a una renta cuando es apropiada por un terrateniente y es un sin sentido hablar de su productividad, sin tomar en cuenta el trabajo que requiere para explotarla y la tecnología utilizada para esa explotación.

Los factores de la producción son medios materiales absolutamente independientes de las relaciones de propiedad. La producción es un acto material que se puede realizar bajo las más distintas relaciones de propiedad y de producción. La confusión entre estos factores materiales y las relaciones de propiedad propias de un modo de producción determinado (el capitalista) lleva a la absoluta imposibilidad de entender históricamente la cuestión del aumento de la capacidad productiva del hombre, su productividad y el desarrollo de las fuerzas productivas que condiciona esa capacidad.

Marx distingue varios factores de la producción:

1. La naturaleza, en tanto riqueza del suelo, y del subsuelo, su localización, el acceso a él, etcétera, actúa evidentemente como un factor de la producción, al permitir una mayor o menor productividad del trabajo de extraer riquezas, plantar o cosechar, etcétera.
- 2.. Los instrumentos de trabajo son el factor decisivo en la capacidad de transformar la naturaleza. Pero ellos no actúan por sí mismos, son producidos por el trabajo humano intelectual (científico o empírico) y material (industria de maquinarias o artesanías o manufacturas). Asimismo, los instrumentos son movidos y utilizados por el trabajador aún en situaciones de extrema automatización.
3. Los materiales sobre los cuales operan estos instrumentos de producción sólo tienen sentido en la medida en que fueron producidos por el hombre y puestos en contacto por él con los instrumentos para ser transformados.
4. Los locales en que se organiza el proceso productivo son también construidos o por lo menos escogidos, definidos y delimitados por el trabajo humano.
5. El trabajo humano es pues el factor articulador de los otros factores de la producción. Sólo se puede hablar en sentido estricto de la productividad del trabajo.

Los factores que afectan esa productividad son:

- a) El desarrollo científico y tecnológico que permite aumentar la eficacia de la naturaleza, de los instrumentos, de los materiales y los locales de trabajo que son puestos en funcionamiento para obtener un producto deseado por la sociedad (o los sectores y clases que la componen).
- b) El desarrollo científico y tecnológico que perfecciona al mismo tiempo la habilidad del hombre para utilizar estos medios de producción según sus fines. La caza y la pesca desarrollaron la habilidad del pescador y del cazador; el pastoreo, la del pastor; la agricultura, la del campesino; la manufactura, la del artesano; la manufactura moderna, la del ingeniero combinada con el artesano; la industria, la del ingeniero y del científico natural combinadas con la habilidad del obrero; la revolución científico-técnica, la del científico combinada con el ingeniero, el técnico y el obrero. A cada período de la producción ha correspondido por lo tanto una organización de la naturaleza y de los medios de producción, de la especialidad y habilidad humana y del conocimiento.¹²
- c) A cada uno de estos momentos ha correspondido un determinado desarrollo de la organización del trabajo de la división del trabajo, de la cooperación entre los trabajadores y de la concentración de ellos.

Entonces la productividad no puede ser una medida relativa a cada uno de los factores de producción, por más que ella pueda estar determinada —en menor o mayor grado— por tal o cual factor. La productividad es un resultado del dominio del hombre sobre la naturaleza y sólo puede reflejarse en la medida del tiempo de trabajo socialmente necesario para obtener un determinado monto de riqueza material o espiritual. Sólo se puede hablar pues científicamente de aquella que los científicos burgueses llaman la productividad del trabajo.

En consecuencia, no hay otra forma de medir el dominio del hombre sobre la naturaleza más que a través de la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir los bienes útiles o, en otros

12. El libro de Serge Moscovici *Essai sur l'histoire humaine de la nature* ya revela en su título el esfuerzo de encontrar esta relación necesaria entre la transformación de la naturaleza por el hombre y su propia transformación como ser natural (1968).

términos, el aumento de la capacidad del hombre de crear más riquezas en un tiempo cada vez menor de trabajo. Deberemos analizar en el próximo capítulo las relaciones que existen entre la productividad del trabajo, la creación de riqueza, la creación del excedente económico, el aumento de las actividades no directamente productivas y la propia capacidad inventiva del hombre. La teoría del valor opera sobre esta base objetiva. Las contradicciones del desarrollo capitalista están profundamente asociadas a las contradicciones que se establecen entre el desarrollo de las fuerzas productivas, expresado por el aumento de la productividad del trabajo y la mantención de relaciones de producción que sólo de manera indirecta favorecen este desarrollo y que, en cierto momento, empiezan a contenerlo históricamente.

El estudio de la productividad del trabajo en el capitalismo monopolístico contemporáneo es pues, el próximo lógico necesario en nuestra encuesta teórica. Dicho estudio tiene como fin descubrir la capacidad que posee este sistema de poner en uso la potencialidad enorme de desarrollo de las fuerzas productivas que le entrega la revolución científica-técnica, la RCT en su forma actual es a su vez un producto de la alta capacidad generada por el sistema, en sus etapas anteriores, que crea un excedente económico lo suficientemente elevado como para cubrir los altos costos de la ciencia contemporánea.

Los planteamientos que hemos asentado nos indican los caminos a seguir. Hay que estudiar en primer lugar los datos empíricos sobre las tendencias históricas de la productividad del trabajo; después hay que establecer las explicaciones concretas del comportamiento de la productividad del trabajo buscando determinar, particularmente, el papel que cabe al cambio tecnológico en tal comportamiento. A partir de estas bases, nos será posible analizar el rol del cambio tecnológico en el crecimiento global del producto nacional y terminaremos este capítulo con una reflexión y algunos elementos empíricos sobre el papel que juegan los gastos en I y D en las tasas de cambio tecnológico y de crecimiento económico.

Pasemos pues al estudio del comportamiento de la productividad del trabajo, particularmente en Estados Unidos, país líder del campo capitalista internacional.

3. Cambio tecnológico y crecimiento económico

Los estudios sobre el rol de progreso técnico en el crecimiento económico parten de la función de producción según la cual el producto global es una función del capital y del trabajo. Si partimos de la aceptación de esta función de producción simple, toda la cuestión empírica se reduce a medir cuánto del crecimiento de la producción se debe al aumento del capital (es decir, a los medios de producción en un lenguaje científico y no ideológico) y cuánto se debe al aumento del trabajo. La diferencia entre el aumento de estos dos factores y el crecimiento del producto se explicaría por factores cualitativos ligados al cambio tecnológico.

Hay que señalar, sin embargo, que el planteamiento mismo del problema es equivocado, además de ideológico. El interés por encontrar la parte del aumento de la producción que se debe al capital o al trabajo se supone desde luego una separación tajante entre los dos factores. Pero si analizamos el proceso concreto de producción, vemos que el capital y el trabajo son dos elementos de una misma relación entre los propietarios de los medios de producción y los de la fuerza de trabajo. Una relación económica no crea en sí riqueza y no pueden medirse pues sus “aportes” al producto. Lo que crea la riqueza es el proceso material de apropiación de la naturaleza por el trabajo humano. De esta manera, solamente el trabajo humano crea la riqueza, es decir los valores de uso consumidos por una sociedad. La naturaleza es un ente pasivo del cual se apropia este trabajo para transformarla en bienes útiles. Las máquinas, los instrumentos y las materias primas son también un producto del trabajo humano, antes creados por el hombre para cumplir las funciones productivas que ellos establecen. El hecho de que estos medios de producción sean propiedad de alguien o de cualquier institución no lo hace más o menos productivos en sí mismos.

Pero, preguntará el ideólogo burgués ¿y la función gerencial del capitalista que pone frente a frente los medios de producción y el trabajador y permite así la existencia material de la producción? Aún más: ¿no es el capitalista el que organiza a los trabajadores y los hace trabajar? ¿no es el “genio” del capitalista, su capacidad como empresario, lo que le permite entender las demandas del mercado y organizar la producción para atenderla? ¿Todo esto no es un factor de la producción que tiene su costo

y que recibe en consecuencia una recompensa, un ingreso, bajo la forma del beneficio (y algunos hasta dirían también, que la función de aplicar los recursos ahorrados por la sociedad b también su recompensa bajo la forma de la renta, el interés, etcétera)?

Las funciones de organizar la producción de integrar los medios de la producción y el trabajo y la mayor o menor capacidad por ligar la oferta a la demanda, etcétera. No son un resultado de la propiedad privada de los medios de producción. El trabajo gerencial es una forma de trabajo como cualquier otra y la prueba de esto es que el capitalismo ha separado cada vez mas esta función del capital al contratar trabajadores gerentes para realizarla. No importa que se le de sueldos más elevados y participación en las ganancias obtenidas. Esta forma de remuneración es una consecuencia de la lealtad que necesita tener el capitalista de parte de esta fuerza de trabajo a la cual tiene que privilegiar en el proceso productivo.

Pero queda un problema real; el trabajo no se ejerce sobre el vacío. Se realiza a partir de un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas, lo que supone un cierto desarrollo del conocimiento de la naturaleza, de la capacidad de producción ya instalada, de los conocimientos ya existentes por parte de los trabajadores, de la organización y de la división del trabajo. Así es: la noción de trabajo incluye necesariamente un objeto sobre el cual este opera, instrumentos para actuar sobre este objeto y una organización determinada de los trabajadores. La capacidad de apropiación de la naturaleza por el trabajo no es pues independiente de las condiciones sociales históricas concretas en que se da en consecuencia, cuando analizamos un proceso histórico concreto de creación de riquezas (crecimiento económico) podemos distinguir cuánto de él se debe a una mejoría en los medios de producción (maquinarias y materias primas) y cuánto se debe a una mejoría de la organización del trabajo y al mismo tiempo, es posible plantear la cuestión: ¿cuánto de esta mejoría en la capacidad de producción de los medios de producción o de la organización del trabajo se debe al desarrollo del conocimiento científico y por lo tanto asume un carácter irreversible y acumulativo y cuánto se debe a mejorías en la capacidad de los trabajadores por sus mejores conocimientos generales o de las máquinas o de las materias primas o en fin, de una mayor destreza adquirida por la experiencia?

Este es el problema real que se encuentra en el fondo de los enfoques ideológicos de los economistas neo-clásicos sobre la relación entre progreso técnico y crecimiento económico. Con estos esclarecimientos iniciales podemos examinar algunos de sus estudios empíricos y buscar los aportes reales de conocimiento que ellos encierran.

Para el pensamiento económico burgués en su versión neo-clásica, keynesiana o neo-keynesiana, la base de medición del progreso técnico es pues la función de producción en su forma simple: $P=f(K,L)$, o en sus versiones más complejas de las cuales hablaremos más adelante. Dentro de este planteamiento, la parte del crecimiento económico que se debe al progreso técnico tiene que ser equivalente a aquella parte del aumento del producto que no se debe al aumento de estos dos factores, expresados en la introducción de nuevas máquinas y en el pago de salarios o en el número de trabajadores en términos de horas trabajadas. De esta manera el cálculo de la importancia del progreso técnico se puede obtener de manera residual estableciendo la diferencia entre el aumento del producto y el de las máquinas y el número de horas trabajadas.

Los cálculos más simples basados en esta metodología entregan resultados muy favorables a la importancia del progreso técnico. Ellos señalan que entre 80 y 90 % del crecimiento del producto se debe al progreso técnico (Mansfield, 1968: 10-43).¹³ Según los cálculos de Griliches y Jorgensen¹⁴ este porcentaje se reduce a 47,6%. ¿Qué es lo que explica esa diferencia tan grande?

Los primeros cálculos basados en la función de producción Cobb Douglas¹⁵ partían de la noción del crecimiento económico no incorpo-

13. Estudios de Fabrican-Abramovitz indicaban un porcentaje entre 80 a 90% (Fabrican, 1954; Abramovitz, 1956). Los estudios de Solow indicaban un porcentaje de 90% correspondiente al progreso técnico. Este autor supuso la neutralidad del progreso técnico según la función Cobb-Douglas y calculó en forma residual el progreso técnico, estimando primero la contribución de la intensidad de capital (1963).

14. Esta reducción se basa en errores de medición en la productividad de los factores. Jorgensen y Griliches han eliminado estos errores de los datos para insumos y productos en la industria privada de Estados Unidos (1945-1965). Según ellos, el aumento de la productividad explica sólo el 3,3% del aumento de la producción, comparado con el 47,6% antes de corregir los datos (Jorgensen & Griliches, 1967). Denison dice que estos datos de Griliches y Jorgensen se deben a un ajuste no garantizable de las series de capital. Según él, muy poco de la diferencia entre los resultados de Jorgensen y Griliches, y las estimaciones tradicionales se debe a quitar "errores" en las series de insumos (Denison, 1969).

15. Tinbergen utiliza la función Cobb-Douglas para medir el progreso técnico estableciendo una ten-

rado, entendiendo como factores materiales del crecimiento solamente el aumento de maquinarias y materias primas y de horas de trabajo, atribuyendo a todas las demás causales del aumento de la producción el nombre de progreso técnico. Este procedimiento excluye de las causas materiales de la producción la renovación de las maquinarias ya existentes que traen incorporados los cambios tecnológicos, dadas las mejoras técnicas que se produce en cada nueva generación o cosecha (“*vintage*”) de máquinas. De esta manera, si se mide la inversión en su conjunto, y no solamente la parte excedente integrada a la tasa normal de inversiones, la parte referente al progreso técnico en general disminuye inmediatamente en 20 o 30%. Este cálculo es más realista pues nos aproxima a las condiciones materiales del proceso de acumulación.

Además de lo anterior, hay que tomar en consideración otro problema teórico-conceptual implícito en tales mediciones. La función de producción supone una relación determinada entre la participación del capital y del trabajo que se expresa en un coeficiente de participación de ambos.

Se da, en general, un alto coeficiente de participación al trabajo (cercano al 75% del costo total de los factores). En consecuencia, como los cálculos se hacen manteniendo constante este coeficiente y estableciendo matemáticamente las desviaciones, se encuentra siempre un resultado en el cual el peso de las inversiones es poco significativo.

Este enfoque neo-clásico con sus rígidos y arbitrarios supuestos limita siempre los resultados empíricos alcanzados.¹⁶ Tales problemas se proyectan también en los intentos, como el de Denison (citado en Osádchaia, 1976: 126), de medir positivamente los varios factores que

dencia exponencial: $Q = AKT^{1-\epsilon}$ (ert) o lo que es lo mismo (vía diferenciación logarítmica) $q = \alpha k + (1-\alpha)t + r$, obteniendo un 1,1% anual para Estados Unidos entre 1870-1914 (Tinbergen, 1942). Valavanis utiliza por primera vez este método y reporta un resultado de 0,75% para la tasa de incremento acumulativa anual para el producto de Estados Unidos, en el período 1867-1948 (1955). Schmookler usa el método de la proporcionalidad de factores (*factor Shares*) para Estados Unidos en 1869-1928, dando una tasa de aumento de la productividad total de 1,09% por año (1952). Kendrick reporta 1,7% anual para Estados Unidos, en 1899-1953 (1956). El estudio de Gaathon para Israel en 1950-59 es el único estudio que, utilizando las técnicas anteriores, reporta que el aumento del capital por hombre tiene mayor importancia (1961).

16. Entre estos supuestos se encuentran: rendimientos constantes, libre movilidad de factores, competencia perfecta, progreso técnico exógeno, etcétera. Una crítica bastante completa de la teoría del crecimiento económico en lo neoclásicos se encuentra en Osádchaia (1975).

componen el residuo de la parte del aumento de la producción que no se debe al aumento del capital y del trabajo. Denison buscó definir estos factores y encontró que un alto porcentaje del crecimiento del producto depende de la educación y formación técnica de la mano de obra (23%), disminuyendo considerablemente el papel de los cambios tecnológicos, mismos que pasan a ser determinados de una manera más precisa que en los primeros cálculos como el “avance del conocimiento”. Dentro de estos cálculos, el progreso técnico o avance del conocimiento habría contribución en un 20% al crecimiento económico entre 1929 y 1957 y en un 23% entre 1950 y 1962. Denison y Solow han utilizado otros factores aún más difíciles de medir, en sus esfuerzos por encontrar la medición positiva de los factores del crecimiento económico, como son el espíritu de iniciativa, los incentivos del trabajo, el capital estatal, los efectos de la expansión de la producción, los efectos de los cambios de estructura de la producción, etcétera.¹⁷

A pesar de las dificultades que suponen tales intentos de medición sobre todo debido a los falsos supuestos en que se basan, el problema que intentan solucionar es de vital importancia para el estudio del crecimiento económico. La cuestión tiene implicaciones no sólo teóricas para entender los factores que actúan sobre el crecimiento del producto sino también para la elaboración de las políticas económicas y la planeación.

Se trata de determinar qué papel tiene el desarrollo del conocimiento científico sobre la mayor eficacia del aparato productivo y sobre su transformación, en lo que respecta a la relación entre el trabajo muerto (medios de producción) y el trabajo vivo, es decir, las composiciones técnicas y orgánicas del capital. Si se pueden determinar matemáticamente tales efectos, se podrán planear con más precisión los gastos en investigación científica y saber cuánto se deberá reservar a la inversión en los medios de producción y en la fuerza de trabajo. Asimismo, en la medida que el cambio tecnológico exige un proceso de educación y reeducación constante de la fuerza de trabajo que lo pondrá en marcha, tales cálculos

17. “A todos los factores tomados en conjunto, Denison atribuye el 12% del incremento total del Ingreso Nacional. La parte restante de dicho incremento, obtenido por el aumento de la productividad, la atribuye al progreso de los conocimientos. Denison incluye en este concepto los conocimientos tecnológicos y los relativos a la gestión” (Osádchaia, 1976: 160).

nos permitirán fijar también las inversiones en la formación de la fuerza de trabajo. Por último, hay que tomar en consideración los efectos de tales cambios en las técnicas de gestión y en los distintos servicios técnicos y de otro tipo que acompañan al proceso de cambio tecnológico y que tienen también un costo en términos de investigación de tecnologías blandas (o *software*) y en educación de cuadros correspondientes a estas necesidades, sin olvidar las necesidades de difusión social de esas técnicas y de ajustes del aparato estatal y administrativo en general. La complejidad que adquiere el proceso de cambio tecnológico y el rol cada vez más relevante que ocupa en el proceso de acumulación exige, pues, un mayor desarrollo de las categorías de análisis económico y de sus instrumentos conceptuales y de medición estadística.

En este esfuerzo de medición y de precisión conceptual se revelan las limitaciones de una ciencia económica que tiene que aumentar su capacidad de intervención en el proceso real de la economía por la vía del empirismo, ya que no puede revisar las bases teóricas en que se apoya. Al mismo tiempo, en estos estudios se plantea el problema —explícitamente o no, pero siempre presente— de la lucha entre el sistema capitalista y el socialista, al tener ambos sistemas métodos distintos para intervenir sobre la realidad. Las contradicciones estructurales del capitalismo hacen cada vez más manifiesta su incapacidad de utilizar el enorme potencial generado por la revolución científico-técnica. En el plano que estamos analizando, tal incapacidad se manifiesta en la dificultad de mantener un alto ritmo de crecimiento de la productividad, por lo menos en la misma proporción que posibilita el cambio tecnológico en marcha. Los análisis empíricos sobre el papel del cambio tecnológico y de los demás factores intensivos o cualitativos en el aumento del producto nacional no pueden ocultar su preocupación básica por asegurar las condiciones que permitan mantener una tasa de crecimiento y de pleno empleo, los dos problemas estructurales centrales para la sobrevivencia interna e internacional del capitalismo.¹⁸

18. La crisis económica que se manifestó en la recesión de 1974-75 provocó una ola de estudios sobre tecnología y crecimiento económico en los Estados Unidos. Entre otros, se iniciaron los siguientes estudios y audiencias en el *Joint Economic Committee* del Congreso Norteamericano: *Technology and Economic Growth* (1975); *Economic Growth and total Capital Formation* (Kendrick, 1976); *Technology, Economic Growth*,

Cualesquiera que sean los matices y diferencias, que los distintos métodos de cálculo producen y las dudas sobre su exactitud y sobre sus supuestos, ellos reflejan una realidad básica para los fines de nuestro trabajo.

Los factores cualitativos o intensivos juegan un papel cada vez más importante en el crecimiento económico. Tanto el desarrollo científico-tecnológico como los cambios educacionales y sus efectos en la estructura de la mano de obra, así como los nuevos métodos de gestión y organización del trabajo que implica la RCT, son hechos fundamentales que deben estar en el centro de los estudios sobre las leyes de desarrollo del capitalismo contemporáneo, del socialismo y de la sociedad del futuro.

Si apreciamos el fenómeno históricamente nos daremos cuenta que la tendencia general señalada existe. Los colaboradores de Radovan Richta, cuyo libro ha sido un punto de referencia básica en la primera parte de nuestro trabajo,¹⁹ han buscado integrar algunos de los intentos de medición de la proporción relativa que representan los factores extensivos (capital y trabajo) y los intensivos (progreso técnico) en el crecimiento de la renta nacional. Según sus cálculos, las fuentes extensivas del capital cedieron lugar progresivamente a las intensivas en Estados Unidos entre 1839-1949 y la década del 1950, elevándose estas últimas de una proporción negativa o cercana al 1.0% entre 1839 y 1869 hasta una base aproximada al 30% entre 1869 y 1919; seguidamente, las fuentes

and International Competitiveness (Gilpin, 1975); *Foundations for a National Policy to Preserve Private Enterprise in the 1980's* (Doyle, 1977); *Long Range Economic Growth* (1975); *National Economic Planning, Balanced Growth and Full Employment* (1975, partes 1 y 2); *U. S. Economic Growth from 1976 to 1986: Prospects, Problems and Patterns*. Se trata de 41 investigaciones realizadas para el Joint Economic Committee y presentadas en 12 volúmenes bajo los siguientes títulos: "Productivity" (1976); "The Factors and Processes Shaping Long-Run Economic Goals" (1976); "Capital" (1976); "Resources and Energy" (1976); "The Steady State Economy" (1976); "Forecasts of Long-Run Economic Growth" (1976); "The Limits to Growth" (1976); "Capital Formation, An alternative View" (1976); "Technological Change" (1976); "The Quality of Economic Growth" (1976); "Human Capital" (1977); "Economic Growth in the International Context" (1977) (volúmenes 1 al 12, respectivamente). Ver, también, *U.S. Long-Term Economic Growth Prospects: Entering a New Era, a Staff Study* (1978). Se trata de un resumen de los trabajos anteriores, según la opinión de la Asesoría del Comité Económico Conjunto. Ver *Priorities and Efficiency in Federal Research and Development*, un compendio de trabajos para el Subcomité sobre Prioridades y Economía en el gobierno del Joint Economic Committee.

19. Ver Radovan Richta (1973: 347, cuadro 1/9). Véase, también, nuestro libro *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo* (1985).

intensivas representaron un porcentaje entre 40 y 50% desde 1919 a 1953, y por último, se elevaron al 68% entre 1953 y 1957. Según sus cálculos los factores intensivos fueron superiores al 50% en el crecimiento económico de los países capitalistas más importantes, excepto Japón, en la década de 1919 a 1959. Por otro lado, en la URSS. Los factores intensivos aumentaron de un 68,19% al 74,42% entre 1951-63 y 1959-63. Es necesario señalar que entre los factores intensivos se incluyen 3 elementos: la calidad del capital (de los medios de producción), la calidad del trabajo y el efecto del sistema de organización y gestión.

Desgraciadamente, Richta no entrega mayores detalles sobre su sistema de medición, pero sus resultados concuerdan con las medidas de las funciones de producción reseñadas anteriormente y aquellas realizadas en los últimos años.

Edward F. Denison ha perfeccionado su intento de medir los componentes del crecimiento económico y lo ha aplicado a los períodos de 1948-64 y 1964-69 en los Estados Unidos (1974).²⁰ Según sus datos, la producción por unidad de insumo (su medida de productividad) por año, aumentó a 2,68% entre 1948-64 y a 2,15% entre 1964-69. Este aumento de productividad se debería en 1,44 y 1,43, a los avances del conocimiento, lo que significa que más del 50% del aumento de la productividad estaría explicado por el conocimiento científico incorporado en los avances técnicos de las máquinas, de la organización del trabajo y de los métodos de gestión. Los otros factores explicativos serían las mejoras en la asignación de recursos (0,37 y 0,42 en 1948-64 y 1964-69), las economías de escala (0,51 y 0,68 en los mismos períodos) y la calidad del trabajo (0,54 y 0,36 en esos años). Debemos aceptar como principal fuente de este importante factor del aumento de la productividad, que Denison llama el avance del conocimiento, el esfuerzo en Investigación y Desarrollo.

En conclusión, podríamos aceptar como cierta la existencia de una tendencia histórica a hacer depender cada vez más el crecimiento

20. Estos resultados se encuentran citados por otro especialista de la econometría del crecimiento, John W. Kendrick (1987: 19). Kendrick considera que "tal vez el esfuerzo más acucioso y comprensivo para desmembrar el desarrollo económico en general, y el crecimiento de la productividad en particular, entre distintas fuerzas causales es el de Edward F. Denison" (1987: 8).

económico del progreso de la ciencia y de la investigación y Desarrollo, lo que se manifiesta en cambios significativos de la tasa de crecimiento posible de la economía. Esta tendencia supone una revolución constante en el proceso educativo, en la estructura de la mano de obrera y en la gestión y organización del trabajo en varios sentidos:

- a) Aumentó la parte de la educación formal en la formación de la fuerza de trabajo.
- b) Aumentó la parte de la fuerza de trabajo global dedicada a tareas de producción de conocimiento y de servicios ligados a la producción y distribución de bienes, en detrimento de la fuerza de trabajo ligada a la producción directa.
- c) Aumentó la parte de la inversión global dedicada a esas actividades y sus efectos sobre el crecimiento económico.

Finalmente, tales cambios en la estructura del proceso de crecimiento económico se realizan al exterior de las empresas y escapan al ciclo de reproducción interno del capital y, dado su carácter social, aumentan la necesidad de participación del Estado en la economía y entran en choque con las limitaciones del sistema productivo basado en la propiedad privada de los medios de producción. El capitalismo se hace lento y retardado en su capacidad de responder a las exigencias de la revolución científico-técnico: a) al poseer una capacidad limitada de administrarla y planearla en su conjunto, debido a las restricciones que impone a la planeación pública de la I y D, como hemos visto en trabajos anteriores; b) al dificultar los mecanismos que permiten materializar los avances científicos en innovaciones y en la difusión de los nuevos procesos y productos, como lo expusimos en la primera parte de este capítulo; y c) al reflejarse tales barreras en las tasas de crecimiento del producto y de la productividad del trabajo, como vimos en las discusiones sobre la productividad del trabajo. En el presente capítulo. Los estudios sobre el papel del progreso técnico en las tasas de crecimiento no pudieron llegar a una medida precisa, dados los problemas estadísticos que suponen. Sin embargo, los datos indican una tendencia creciente en el sentido de que los aspectos cualitativos ya señalados, prevalezcan sobre la

inversión bruta en capital y mano de obra. La complejidad creciente que esto representa nos hace volver a los planteamientos anteriores: de la capacidad del sistema de gerenciar y estimular la RCT y de su potencialidad de aplicar a la producción sus resultados, dependerá su capacidad de hacer crecer la economía a la altura de las posibilidades entregadas por esta revolución. Y hemos ya referido las limitaciones que se reflejan en el ritmo relativamente bajo de aumento del producto y de la productividad y en la imposibilidad de ofrecer el pleno empleo a los trabajadores.

II. RCT concentración tecnológica

En el capítulo anterior analizamos las relaciones entre la invención, la innovación y la difusión del camino tecnológico y la acumulación del capital, así como la influencia de estos momentos del cambio tecnológico sobre el crecimiento económico. El estudio de esos fenómenos en el capitalismo contemporáneo nos mostró la creciente contradicción que existe entre la necesidad del capital de monopolizar la producción del conocimiento y su capacidad de regular la introducción de nuevos productos y procesos en la actividad económica. Los factores que llevan al aumento gigantesco de los gastos de I y D, a la adopción de nuevos productos o procesos (innovación) y a su difusión, no tienen que ver directamente con la finalidad útil de esos o con su capacidad de atender a las necesidades humanas. Las invenciones, las innovaciones y la difusión de tecnologías tampoco siguen un plan concebido de desarrollo de las capacidades humanas para dominar la naturaleza y ajustarla a los fines humanos. La ley que regula el cambio tecnológico es la de la tasa máxima de ganancia. La empresa individual tiene que asegurarse el dominio y la propiedad sobre la producción del conocimiento para no ser sobrepasada por la competencia de los otros grandes capitalistas, estén estos dentro o fuera de la rama o industria. Se produce así una explosión de gastos anárquicos en I y D.

Al apropiarse de la producción del conocimiento y de sus resultados, la gran empresa contemporánea busca regular, sobre todo, la introducción de esos resultados en el proceso productivo (innovación).

Esta regulación será tanto más eficiente cuanto mayor sea el grado de monopolización que la empresa tiene sobre el mercado. Según ese grado, ella podrá introducir con mayor autonomía de decisión la innovación y/o difundirla. Esta autonomía de decisión le permitirá regular los cambios con un criterio que desvalore lo mínimo posible las máquinas e instalaciones que se encuentran en operación con la vieja tecnología. La empresa buscará retardar al máximo posible la innovación y la difusión hasta asegurar la obsolescencia física de sus máquinas e instalaciones anteriores y no desvalorizar así los desembolsos de capital que había realizado para efectuar esas instalaciones. La posibilidad de esta regulación depende sin embargo de su confianza en que otra firma de adentro o de afuera de su industria o rama no pueda adelantarse en la introducción del nuevo producto o proceso y sacarle tajadas importantes del mercado.

En consecuencia, la mayor tasa de cambio tecnológico (con sus efectos sobre la productividad y el crecimiento económico estudiados en el capítulo anterior) es una función de la proporción de capital constatare (sobre todo fijo) en relación al trabajo vivo existente en la economía y del grado de monopolización del mercado, así como de la importancia del ahorro de capital que supone la invención al ser introducida.

1. Concentración y socialización de la producción

Al contrario de otras corrientes de la economía, Marx ha integrado la evolución de la tecnología en las leyes de desarrollo del capitalismo. El modo de producción capitalista sólo puede surgir a partir de un determinado desarrollo de las fuerzas productivas definido por la manufactura, la cooperación y la división del trabajo. Sólo en este grado de desarrollo de las fuerzas productivas se puede empezar a producir una división entre la propiedad de los medios de producción y la de la fuerza de trabajo como dos fuerzas independientes. Sin embargo, es solamente con la gran industria que se completa este proceso de cooperación y división del trabajo, al surgir la máquina y posteriormente el sistema de máquinas que convierten en un hecho material la división social entre la propiedad de los medios de producción y la de la fuerza de trabajo.

Además, esta lógica de evolución de las fuerzas productivas dentro del capitalismo consolida el dominio de la potencia social. De los medios de producción, representados por el capital, sobre las individualidades aisladas de los trabajadores, convertidos en parte de un ente productivo de carácter social que no dominan —el obrero colectivo—. Este ente es totalmente dependiente de las máquinas junto a las cuales funciona como un simple auxiliar. Es en este sentido que el dominio formal que el capital ejercía sobre la fuerza de trabajo en la manufactura se convierte en un dominio real en la gran industria.

Pero el desarrollo del obrero colectivo es, al mismo tiempo, la negación del capital al plantear el carácter social de la producción se desarrolla no sólo al interior de cada unidad productiva, a través de la división técnica del trabajo, sino que se extiende al sistema productivo en su conjunto, a través de la división social del trabajo entre las plantas, entre estas y el sector de distribución y circulación que se independiza de la producción directa, entre los dos sectores anteriores y el sistema financiero que se automatiza también; y, por fin, la división del trabajo en escala social genera también una estructura de servicios que se convierte en una esfera autónoma de la organización económica. Pero cada una de estas esferas sólo puede autonomizarse porque es parte de este sistema global de producción que tiene por base la especialización creciente de las distintas partes del trabajador colectivo.

Así, el análisis de Marx del desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo muestra una expansión creciente del carácter social de la producción que se expresa en:

- a) Un aumento cuantitativo de la estructura productiva en su conjunto que lleva a de una concentración creciente de los medios de producción en unidades productivas cada vez más amplias y complejas.
- b) Un cambio cualitativo de la estructura productiva que lleva a la división de estas unidades productivas en varias plantas que están combinadas entre sí dentro de una división del trabajo cada vez más amplia que tiende a abarcar las unidades económicas regionales, nacionales e internacionales.

El desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, al profundizar la diferenciación entre los medios de producción y la fuerza de trabajo y al buscar la subyugación creciente de la segunda a la primera, eleva, pues, la concentración de la producción a niveles desconocidos en los modos de producción anteriores. En este sentido, Marx afirma en los Grundrisse:

En el capital la asociación de los obreros no está impuesta por medio de la violencia física directa, el trabajo forzado, servil o esclavo; esta impuesta porque las condiciones de producción son propiedad ajena y existen ellas mismas como asociación objetiva que es lo mismo que acumulación y concentración de las condiciones de producción. (1972: 92-93)

De esta forma, el capital cambió profundamente la base material de la sociedad al crear y ampliar constantemente al trabajador colectivo y al someter el desarrollo de las fuerzas productivas a la dinámica de la división social del trabajo y al impulsar, en consecuencia, la ciencia y su aplicación a la producción para enfrentar su complejidad creciente. Entonces la propia dinámica del capital es la dinámica de la socialización de la producción y, por tanto, de la concentración creciente de las fuerzas productivas. Como lo plantea Marx:

cuando se habla únicamente del capital la concentración coincide con la acumulación o con el concepto del capital. Vale decir que aún no constituye una determinación especial. Ciertamente, no obstante, el capital se enfrenta desde un comienzo en calidad de uno o de unidad a los obreros en cuanto a pluralidad. De esta suerte y frente al trabajo aparece como la concentración de los obreros, como una unidad externa a estos. En este sentido la concentración está comprendida en el concepto del capital; la concentración, con un objetivo, de muchas capacidades de trabajo vivas; una concentración que originariamente en modo alguno necesita haberse efectuado ya en el proceso mismo de producción, haberlo impregnado. (1972: 92)

Como vimos, en la manufactura esta concentración es obtenida por la fuerza y no como un resultado espontáneo del proceso productivo como lo será en la gran industria.

Vemos así que la lógica de la acumulación capitalista al favorecer la diferenciación creciente entre la propiedad de los medios de producción y la de la fuerza de trabajo y el dominio del capital sobre el trabajo trae en su propio interior la dinámica de la concentración creciente del proceso productivo. Vimos aún que esta concentración en un primer momento, se define como una relación entre el capital y el trabajo. El dominio del capital sobre el trabajo se apoya en su carácter de expresión de la concentración frente a los obreros individuales dispersos, vendedores de su fuerza de trabajo.

Pero hay que señalar dos aspectos inherentes a esta primera expresión de la concentración:

- a) Los obreros tienden a desarrollar su capacidad colectiva de contratación de su fuerza de trabajo a través de los sindicatos. El resultado es que el capital tiene que elevar a niveles cada vez más altos la concentración y socialización de la producción para suplantar la organización sindical del trabajo, que se desarrolla con todo hacia contextos económicos cada vez más amplios; del plano de la firma se extiende hacia el sindicato por rama, después hacia federaciones sindicales que abarcan conjuntos de ramas, industriales o sectores, hasta llegar al nivel nacional con la creación de las centrales obreras. Y hoy con la internacionalización del capital, el trabajo empieza a buscar su expresión orgánica (puesto que en términos de solidaridad lo había logrado ya desde la Primera Internacional) a nivel internacional.
- b) El desarrollo del carácter colectivo de la producción se vuelve en contra del capital al hacer cada vez más mezquina la base social de la propiedad privada de los medios de producción. En este sentido, dialécticamente, la concentración de las fuerzas productivas realizada por el capital es, al mismo tiempo. La fuente de su existencia y de su poder frente al trabajo y, por otro lado, la contradicción más fuerte con su propia sobrevivencia como capital, al concentrar las fuerzas productivas a niveles que trascienden los límites de la propiedad privada de los medios de producción.

La respuesta que el capital puede dar a esta contradicción es solamente a través de la concentración del capital mismo, en una lucha violenta entre los mismos capitalistas para imponerse unos sobre los otros.

Veamos pues cómo opera, al nivel de la competencia, la concentración de los capitales individuales para responder a las exigencias del proceso de acumulación capitalista. Ellos tienen por objetivo central, como señalábamos, aumentar la fuerza relativa de los medios de producción sobre el trabajo. Esto opera al nivel microeconómico, del capitalista individual o de la firma, en una lucha constante por reducir los costos de producción ahorrando la mano de obra (buscando alcanzar un tiempo de producción inferior a la media técnica existente) y los gastos en medios de producción (aumentando la eficiencia de las máquinas, disminuyendo el desgaste de las materias primas, ahorrando en los costos de instalación, etcétera).

Los cambios en tecnología existente sólo son lucrativos cuando llevan a una baja de los costos de producción o de circulación de las mercancías. Esta rebaja de costos significará necesariamente que una cantidad igual de trabajo moverá más materias primas y casi siempre significa que las inversiones en máquinas e instalaciones sean cada vez mayores que los gastos en salarios. En consecuencia, tiende a producirse una mayor concentración de las unidades productivas y de los gastos en trabajo muerto (capital constante: instalaciones, maquinarias, materias primas) en relación al trabajo vivo (salarios). A este fenómeno lo llamamos, siguiendo la lógica del pensamiento económico de Marx en *El capital*, concentración tecnológica. Se trata, pues, de una concentración de los volúmenes de capital constante:

- a) En relación a los volúmenes de capital variable (fenómeno que se expresa en la composición orgánica del capital).
- b) En relación a la masa de capitales necesarios para iniciar las operaciones de una planta (aumento de la escala de producción).

Esos dos aspectos tienen una importancia fundamental para entender la dinámica del modo de producción capitalista en general, y en particular en su etapa contemporánea marcada por la revolución

científico-técnica que acelera a ritmos radicalmente más intensos el proceso del cambio tecnológico y consecuentemente la concentración tecnológica.

De lo expuesto, vemos que, cuanto más avanza el cambio tecnológico, más necesario se hace a los capitalistas continuar su lucha por abaratar los costos en instalaciones, maquinarias y materias primas, lo que lleva a nuevos cambios tecnológicos importantes en las ramas dedicadas a la producción de bienes de producción. Se trata de contrarrestar la tendencia a una composición orgánica creciente del capital, que afecta negativamente la tasa de ganancia media, al aumentar desproporcionalmente los volúmenes de capital constante que tienen que desembolsarse al inicio de cada ciclo productivo. Pero aún cuando se logra rebajar significativamente los costos de maquinarias y materias primas, facilitando las nuevas inversiones en la rama o en la industria, se sigue dando una concentración de los medios materiales que mueve la fuerza de trabajo pues la empresa no adquirirá máquinas más baratas si no son al mismo tiempo más productivas, es decir, si no utilizan menos trabajo humano por unidad de producción.

Además, es necesario señalar que la disminución del valor de las instalaciones, máquinas y materias primas supone casi siempre un aumento de la productividad en las ramas de la sección I, productora de bienes de producción, Habrá entonces una tendencia a aumentar la masa de capital constante movida por la fuerza de trabajo de estas ramas y por ende una concentración de ellas.

De esta manera, el avance del progreso técnico en el modo de producción capitalista conduce:

- a) A una concentración inevitable de la producción material, es decir, de la masa física de bienes materiales (instalaciones, máquinas, materias primas) que mueve la fuerza de trabajo y que se expresa en el aumento de la productividad física del trabajo (a esto se le llama, en términos marxistas, aumento de la composición técnica del capital).
- b) A un movimiento correspondiente en el plano de la valorización, es decir, a un aumento de la masa de trabajo muerto que mueve el trabajo vivo; esta tendencia predomina en el conjunto de la economía, aún cuando jueguen factores contrarrestantes que puedan obstaculizarla,

debido al progreso técnico que ocurre en las ramas productoras de bienes de producción (sección primera) (lo que se denomina aumento de la composición orgánica del capital).

La etapa monopólica del capitalismo, precisamente porque no puede instalar el monopolio total, no puede impedir el avance del progreso técnico y de la concentración. La lógica de la acumulación capitalista rompe constantemente los límites que el monopolio impone a la introducción de nuevas tecnologías:

- a) El capitalista "A" buscará siempre estimular la introducción de cambios tecnológicos en las ramas que lo abastecen y podrá desplazarse hacia ellas si el capitalista "B" se resiste a introducir esos cambios.
- b) Ese mismo capitalista "A" será obligado a introducir cambios tecnológicos en su empresa para no dejar una brecha abierta a sus posibles o virtuales competidores. Además, la introducción de un producto o proceso, que aumente la productividad media de su empresa, le permitirá obtener una ganancia extra en relación a sus competidores.

Como lo hemos visto, a través de la rebaja del precio de producción del producto, la que supone una mayor productividad del trabajo, el capitalista que introduce una innovación adquiere una ganancia extraordinaria o renta diferencial al vender su producto por un precio de producción que está localizado entre el nuevo precio de producción y el de los demás capitalistas.²¹ Vimos que esta ventaja relativa disminuye o desaparece al difundirse la innovación al conjunto de la rama, pero vimos también que hay un plazo relativamente largo para que tal difusión (8 años aproximadamente) se haya generalizado.

Es posible mantener por un tiempo significativo un precio de monopolio superior al precio del producto determinado por la baja de valor que supone el aumento de la productividad, cuando la adopción de la nueva tecnología es controlada por un número pequeño de empresas coligadas entre sí.

21. En J. M. Chevalier (1979: 91-125), se encuentra un intento de formalización de la cuestión de la renta diferencial de origen tecnológico.

La lógica de la acumulación capitalista lleva pues a un movimiento contradictorio entre los límites monopolistas al progreso técnico y los factores objetivos globales que obligan a la empresa a absorber el progreso técnico, lo que a su vez conduce a una concentración creciente de los medios de producción, en un proceso anárquico y contradictorio.

Esta concentración es el resultado lógico de una mayor capacidad del trabajo humano para transformar masas cada vez más gigantescas de materias primas, lo que se debe a una mayor socialización de la producción. La transformación de esas gigantescas masas de medios naturales exige medios de producción cada vez mayores y más diferenciadas y voluminosas, separadas entre sí a través de unidades productivas individuales (plantas, usinas etcétera) que se transforman en industrias especializadas o en nuevas ramas de la producción separadas entre sí en el tiempo y en el espacio; por ende, la división del trabajo en unidades de producción autónomas, diversificadas y especializadas exige, para unificar sus partes, el establecimiento de un plan técnico general de producción que abarque un conjunto de industrias y sectores y que permita dar un sentido global a los distintos momentos aislados del proceso productivo. La actividad productiva se convierte cada vez más en un amplio y complejo proceso social que exige el conocimiento de las fuentes de materia prima, de los medios técnicos y de los mercados. Esto exige también un conocimiento científico creciente de la naturaleza y de las relaciones intersectoriales.²² De este conocimiento se derivan vastas metas de producción tanto más variables cuanto mayor es el conocimiento de las necesidades que se quieren atender y de los medios para satisfacerlas.

En el capitalismo, el concepto de las necesidades humanas está mediado por el poder solvente del comprador, En el capitalismo

22. “El pleno desarrollo del capital, pues, tan sólo tiene lugar —o el capital tan sólo ha puesto el modo de producción a él adecuado— cuando el medio de trabajo está determinado no sólo formalmente como capital *fixe*, sino superado en su forma inmediata y el capital *fixe* se presenta frente al trabajo, dentro del proceso de producción, en calidad de máquina; el proceso entero de producción, empero, no aparece como subsumido bajo la habilidad directa del obrero, sino como aplicación tecnológica de la ciencia. Darle a la producción un carácter científico es, por ende, la tendencia del capital, y se reduce el trabajo al nuevo momento de ese proceso” (Marx, 1972: 221).

contemporáneo estas necesidades son manipuladas por los productores para buscar ajustarlas a sus cálculos de producción que se regulan por el objetivo de obtener la más alta tasa de ganancia.

De cualquier manera, aún cuando el conocimiento de la realidad sólo contemple al consumidor como un individuo solvente, las vastas dimensiones y la complejidad del proceso productivo obligan a fijar metas definidas para la producción de bienes y de servicios. El resultado es la concentración del proceso de decisión que integra distintas ramas, industrias y grupos de industrias.

Esta concentración de la producción y del proceso de decisión no tiene que reflejarse necesariamente en un crecimiento del tamaño de las unidades productivas, pues estas pasan a reflejar momentos ínfimos del proceso productivo global. La división técnica del trabajo se amplía, al mismo tiempo, al interior de las empresas y entre las empresas. La interdependencia entre las plantas industriales que producen distintos componentes especializados de un determinado bien es creciente, y se hace cada vez más difícil ajustar sus objetivos parciales al objetivo global que es el producto final, sin una fuerte intervención de un centro de decisión consciente que determine las metas productivas de las unidades aisladas destruyendo en consecuencia su autonomía. La moderna empresa monopolista con su red de subcontratación²³ y de pequeñas y medianas firmas abastecedoras cumple este papel en las economías capitalistas; el órgano central de planificación y los ministerios lo cumplen en las economías socialistas.

Podríamos decir pues que el proceso productivo se concentra en grandes unidades de decisión que pueden abarcar muchas unidades productivas aisladas o plantas industriales. Las plantas industriales pueden no aumentar inmediatamente su tamaño aún cuando se produzca una concentración del ciclo productivo en su conjunto, pues esta concentración

23. Subcontratación internacional es “toda aportación de artículos que son pedidos con anticipación y donde el comprador se encarga del mercadeo” (Sharpston, 1972), excluye las ventas por subsidiarias de las firmas multinacionales, pero incluye las ventas hechas a estas subsidiarias realizadas por las firmas locales. Así, este autor pone más énfasis en la estructura empresarial, tal como hemos hecho en este capítulo al señalar la subcontratación como uno de los momentos de la sumisión de la pequeña y mediana a la gran empresa. En este sentido, se trata claramente de un momento del proceso de concentración de la decisión económica.

al nivel global puede traducirse en el aumento del número de plantas, que son unidades productivas sólo aparentemente autónomas. De hecho, esas plantas son parte de unidades productivas mucho más amplias que corresponden a un elevadísimo grado de concentración del proceso productivo. La integración de estas plantas, sólo aparentemente autónomas, a un centro de decisión único (que puede incluso integrarlas al programa de producción y hasta de mando de un computador electrónico) que determina sus metas particulares de producción, puede hacerse sin romper necesariamente ciertas características físicas de la planta tradicional. Sin embargo, su función en el sistema productivo global ha cambiado significativamente rompiendo su autonomía de decisión y su capacidad de determinar sus objetivos.

Esta exigencia de una creciente concentración del proceso productivo tiende a aumentar significativamente el tamaño de las unidades de decisión de la economía capitalista, que son las empresas, en una proporción superior a la concentración de las unidades productivas que son las plantas. La facilidad de comunicación entre las distintas unidades productivas; la universalización y movilidad de las fuentes de energía; la conveniencia del capitalista de estar más próximo de los mercados compradores; su preocupación constante en evitar la concentración de los trabajadores; todos estos factores han llevado a la formación de empresas de multiplantas: vastos complejos empresariales que bajo una dirección centralizada administran varias unidades productivas dispersas dentro de un país o en varios países.²⁴

Es difícil establecer empíricamente cuánto de esta multiplicación de las plantas bajo la dirección de una misma empresa se debe a razones técnicas y por lo tanto es una consecuencia de la concentración tecnológica producida por el desarrollo de las fuerzas productivas y cuánto de ella es ocasionada por decisiones financieras o por razones socioeconómicas, ya que esto exigiría un estudio de cada empresa y de su proceso de crecimiento y expansión.

24. Sobre la economía de las multiplantas, el trabajo de mayor amplitud que se ha hecho es el de F. M. Scherer, Alan Beckenstein, Erich Kaufer y R. D. Murfhy (1975).

Pero antes de profundizar en estos aspectos más específicos de la relación entre la concentración tecnológica y la concentración económica es necesario precisar un poco más las formas generales que asume el proceso de concentración en el modo de producción capitalista.

2. Formas de concentración

De los análisis anteriores sobre las características globales de la concentración, como expresión de la socialización creciente de la producción en el modo de producción capitalista, se concluye lo siguiente:

La concentración se expresa primeramente en la relación entre los medios de producción cada vez más concentrados frente al trabajador individual; es la afirmación de la potencia social del capital frente a la fuerza de trabajo solamente organizada por el propio capital bajo la forma del obrero colectivo.

La manifestación económica de esta concentración es la composición orgánica creciente del capital, el dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo.

Esta tendencia es, al mismo tiempo, la base de la dominación del capital sobre el trabajo y, por otro lado, es la responsable por el desarrollo del carácter colectivo de la producción que entra en contradicción con la base social estrecha representada por la propiedad privada de los medios de producción.

Esta contradicción se desarrolla, a través de un proceso de superación constante, en el cual el capital tiene que adoptar formas de asociación cada vez más amplias (sociedades anónimas, trusts y cárteles, conglomerados, corporaciones multinacionales, capitalismo monopolista de Estado) y luchar en contra de la organización autónoma cada vez más colectiva de la fuerza de trabajo en sindicatos, federaciones sindicales, confederaciones nacionales, sindicatos multinacionales, partidos políticos de clase, actuación sobre el Estado, etcétera.

En consecuencia, de la contradicción a este nivel de las fuerzas productivas, se amplía al mismo tiempo la parte del capital que tiene que ser inmovilizada para hacer funcionar la producción. Como resultado

de este hecho, se limita la tasa de ganancia media, pues el trabajo vivo del cual el capital puede retirar la plusvalía (origen de la ganancia) es una parte cada vez menor del conjunto del capital.

Una segunda consecuencia de la concentración de las fuerzas productivas es el aumento creciente de la escala de producción.

Hay una vasta literatura sobre las ventajas que aporta el aumento de la escala de producción.²⁵ Es necesario, sin embargo, sistematizar estas ventajas en vez de enumerarlas analíticamente, como lo hacen los economistas neo-clásicos.

En primer lugar, una escala más grande de producción disminuye los costos de capital fijo en relación al monto de materias primas transformadas y de fuerza de trabajo pagada (es decir, de capital circulante). En otros términos, la escala ampliada disminuye los costos de capital fijo en relación al capital total y tiende, en consecuencia, a disminuir la composición orgánica del capital, neutralizando en parte los efectos negativos sobre la tasa media de ganancia.

En segundo lugar, el aumento de la escala de producción está asociada a una rebaja de los gastos de administración (gerencia, servicios contables, de control, etcétera), de almacenaje, de empaque, de comercialización y de transporte.

En tercer lugar, la escala de producción ampliada permite también que se economice en los gastos de Investigación y Desarrollo y en los servicios técnicos asociados a las distintas etapas de producción y circulación.

25. Hay una rama de la economía neoclásica dedicada a la organización industrial que se preocupa especialmente con los problemas de concentración, oligopolio y monopolio y que tiene como uno de sus principales maestros a Joe S. Bain, cuyo libro *Industrial Organization* (1968), resume sus puntos de vista sobre el tema. Pero, el tema más específico de las economías de escala tiene un origen más lejano. Alfred Marshall y su mujer escribieron su *Economics of Industry* (1879) considerado un precursor de la economía industrial, y enseguida Pigou, Stigler, Fabricant, Mason, Scherer, Bain, Blair y muchos otros dieron continuidad a estos estudios. La preocupación de los canadienses con los problemas de escala y localización industrial debido a las características específicas de su país, llevó a la Comisión Real de Investigación sobre la Agrupación de Sociedades del gobierno canadiense a desarrollar ampliamente el tema de las economías de escala, no sólo en su *Informe general* (1978), sino también en las investigaciones particulares que contrataron para servir de antecedentes a la comisión, tales como el de Mc. Fetridge (*Notes on the Economies of Large Firm Size*), y el de Donald Lecraw (*Economies of Scale in Manufacturing: A Survey*) (estudios N° 20 y 29, respectivamente).

Y, por último, el crecimiento de la escala es un imperativo del propio desarrollo de la ciencia y la tecnología que inaugura campos nuevos de actividad que sólo pueden existir en una dimensión superior de la concentración humana. Ciertos grados de civilización y de cultura sólo pueden existir en una escala planetaria —y hoy día extra planetaria— a un nivel de concentración de la población mundial, con un cierto grado de comunicación, de urbanización, etcétera. Por otro lado, el propio desarrollo de la ciencia supone un determinado grado de avance de las fuerzas productivas, no sólo para producir un excedente capaz de financiar las masas crecientes de científicos y técnicos que no están directamente dedicados a la producción, sino también para producir los instrumentos científicos, laboratorios, prototipos, etcétera, en escalas cada vez más vastas en las cuales se apoya el desarrollo científico. También en la rama de la ciencia aumenta la proporción de los gastos en capital y materias primas en relación al trabajo vivo.

En resumen: la primera forma de la concentración es el desarrollo mismo del proceso productivo que se hace en escalas cada vez más vastas, en procesos cada vez más complejos y en una proporción creciente de los medios de producción (instalaciones, máquinas, materias primas) en relación a la cantidad de trabajo que se necesita para hacer funcionar esos medios de producción.

Tales cambios se reflejan al nivel del capital una ampliación de los gastos en capital constante en relación al capital variable (aumento de la composición orgánica del capital) y de la concentración de los gastos en capital fijo y circulante que se necesita para instalar una unidad productiva o un complejo integrado de unidades productivas que cooperan entre sí para dar origen a un producto final, es decir en una ampliación de las escalas de producción.

Esto nos conduce a otros niveles más descriptivos de las formas de la concentración, que nos permitan identificar las unidades socio-económicas en que este fenómeno se expresa. Desde este punto de vista podemos distinguir los siguientes tipos de concentración:

- a) El nivel de las unidades productivas, es decir, las plantas industriales (que asumen hoy día no sólo la forma de la fábrica tradicional, sino

también de las usinas, las refinerías, los laboratorios químicos, etcétera), las unidades de transporte (Ferrocarriles, autos, aviones, barcos, etcétera), las unidades de comercialización (tiendas, abarrotes, supermercados, etcétera). Hasta el siglo XIX había una cierta identidad entre la empresa (unidad comercial o firma), la unidad productiva (la fábrica), y la unidad de capital (el capitalista individual o su grupo familiar); desde las últimas décadas del siglo XIX hasta el presente, esta situación ha cambiado sustancialmente. No solamente el aumento de la escala de las unidades productivas exigió la asociación de muchos capitalistas para juntar el capital necesario a la instalación y funcionamiento de una planta industrial dando origen a las sociedades anónimas, sino que la complejidad creciente de la producción la hizo dividirse en varias industrias, ramas y sectores interdependientes entre sí. La producción de la materia prima se separó en una rama (por ejemplo, el hierro), la primera fase de modificación industrial de esa materia prima en otra (por ejemplo, la acería), la industrialización de esta materia prima se transformó en varias otras (por ejemplo: automóviles, máquinas, barcos, etcétera, hechos con acero). Al mismo tiempo, se separaron en sectores autónomos las actividades de transporte de esos productos, la comercialización de los mismos y los servicios que están asociados a su realización y al funcionamiento de las personas y organizaciones necesarias a todo el proceso.

- b) En consecuencia de esta complicación del proceso productivo los productores individuales a nivel de una planta pasaron a depender enormemente de otros productores individuales dueños de otras plantas, minas, transportadoras, etcétera. Esta dependencia estimuló la ampliación de las áreas de actuación de las empresas que pasaron a invertir en las ramas vecinas que le garantizaran el control de sus fuentes de abastecimiento hacia atrás, o de sus mercados, hacia adelante.

Esto da origen al proceso de concentración vertical de la empresa que se diversifica hacia actividades complementarias hacia atrás o hacia delante de su actividad original. Este tipo de concentración tiene origen fundamentalmente en las exigencias de facilitar la integración entre ramas y sectores con el objetivo de aumentar la capacidad de planificación

de la empresa sobre un proceso productivo cada vez más complejo, más sectorializado y socializado. Entran también en este proceso consideraciones de control del mercado y búsqueda de apropiación, por parte del capitalista industrial, de la ganancia comercial que se elimina cuando los intercambios entre estas ramas o sectores complementarios se hace al interior de una misma empresa.

Pero la concentración arriba descrita supone ya que una misma unidad económica (financiera, administrativa, contable, etcétera.) posee, dirige y controla distintas unidades productivas. Ya pasamos pues hacia un nivel de concentración económica, donde la unidad que se concentra no es la unidad productiva (fábrica, usina, etcétera) sino que se trata de una concentración del centro de decisión económica, es decir de la firma o empresa.

Esta concentración económica puede darse no solamente con el objetivo de integrar ramas y sectores distintos, sino que puede operarse por razones de mercado, dentro de una misma rama, industria o sector. Se trata de la expansión de una empresa al interior del mercado correspondiente a su producto básico. A esta forma de expansión al interior de la misma industria, rama o sector se le llama concentración horizontal.

Tanto la concentración vertical como la horizontal se pueden dar por dos vías:

1. Por la acumulación interna de la empresa que aprovecha las economías externas asociadas a sus propias instalaciones, experiencia técnica, etcétera. Para ampliar sus actividades.
2. Por la compra o absorción o asociación de empresas ya existentes en la misma rama o complementarias que se consolidan en una sola unidad empresarial.

La literatura económica siempre ha puesto mucho énfasis en el hecho de que la concentración por la vía de la acumulación interna genera un aumento de la capacidad productiva de la economía, mientras que la asociación con unidades productivas o empresariales ya existentes es un fenómeno puramente financiero y, por lo tanto, especulativo o parasitario. Sin embargo, muchos autores han buscado demostrar las

economías externas que genera la concentración, aún por la vía de la asociación financiera, que consistirían en la disminución de costos de administración, comercialización, publicidad, etcétera, al mismo tiempo que permitirían una racionalización de la actividad económica al desarrollarse en una escala más amplia, con mayor conocimiento del mercado, etcétera.²⁶

De hecho, estos enfoques parcializados no hacen más que reflejar de manera confusa una tendencia general del desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo: la socialización y concentración creciente del proceso de producción en su sentido más general (la producción social que incluye las condiciones de realización y de la reproducción de la misma).

Por esto el fenómeno de la concentración aparece más concretamente bajo la forma de la importancia proporcional de las unidades de producción en una industria determinada, de las empresas por ramas o sectores, o de las empresas más importantes en relación a las de menor poder. Desde el punto de vista de las formaciones sociales capitalistas concretas, el fenómeno de la concentración es sobre todo un fenómeno de poder (Rothschild, 1971).

Poder de los dueños de las plantas grandes en relación a las chicas; poder de las empresas grandes sobre las menores; poder de las grandes empresas sobre la economía, sobre los mercados donde operan, sobre sus abastecedores o sus clientes, sobre los consumidores, etcétera. Poder, competencia, monopolio, son pues las temáticas derivadas del análisis de la concentración. Pero desde un punto de vista inmediato son estos problemas de poder los que motivan el análisis empírico de la concentración, invirtiendo el orden lógico-teórico que desarrollamos aquí.

26. La cuestión de la concentración de empresas por la vía de la compra o asociación ha ocupado siempre la literatura económica norteamericana, entre otras cosas porque la misma legislación anti-trust busca restringir tales comportamientos considerados negativos. Es por esto que las audiencias de la Subcomisión *Anti-trust* de la Comisión del Poder Judicial del Senado Norteamericano dedicó varios volúmenes de las audiencias sobre Concentración Económica al tema de las "fusiones" y en particular a esa deformación patológica de la asociación de empresas que son los "conglomerados".

Y solamente cuando seguimos este orden lógico e histórico es que comprendemos la base falsa en que los teóricos burgueses de la concentración industrial —la llamada economía industrial—²⁷ sitúan el problema de la concentración. Esta no es una deformación accidental del mercado perfecto capitalista, sino que es el resultado de su estructura básica.

La concentración de la producción es una potencia social, es una fuerza productiva desarrollada por la sociedad en su conjunto que es apropiada por los capitalistas para aumentar sus ganancias empresariales y extender su poder en la economía, o por lo menos, para sobrevivir frente a los otros capitalistas. La concentración empresarial responde pues a las exigencias del desarrollo de la capacidad productiva de la humanidad desde el punto de vista de un sistema de producción determinado: la propiedad privada de los medios de producción que se enfrenta a la propiedad privada de la fuerza de trabajo.

De esta manera hay una relación lógica, racional y concreta entre el modo capitalista de producción, la socialización y concentración creciente de las fuerzas productivas, la concentración del poder económico, la monopolización de los mercados y la centralización de los capitales a través de los sistemas financieros y los grupos económicos, la creciente intervención del capitalista colectivo que es el Estado y la internacionalización creciente de los capitales y de la vida económica en general.

Dentro de esta visión global, el proceso empírico que observamos en las economías capitalistas maduras hacia una concentración que parte del nivel productivo y se desplaza hacia el nivel de la decisión económica (administrativa, financiera, etcétera), que son las empresas, no es nada absurdo. La concentración a nivel de las empresas tiende a ser superior a la concentración a nivel de las plantas y da origen a lo que los economistas industriales llaman las empresas de multiplantas cuya lógica buscan explicar a través de un análisis empírico de los factores que conducen a la economía empresarial de las multiplantas, con resultados muy ricos empíricamente pero muy pobres como capacidad explicativa del fenómeno, como lo veremos en el próximo apartado al estudiar los

27. Un balance crítico reciente sobre la economía industrial se encuentra en J. M. Chevalier (1979).

planteamientos de John M. Blair sobre el tema. Si vemos la lógica del proceso de concentración en su conjunto, la economía de las empresas de multiplantas se nos aparece como una necesidad del desarrollo capitalista y, al mismo tiempo, como una fuente de anarquía de producción inherente al modo de producción capitalista en las etapas superiores de su desarrollo.

Veamos, pues, cómo busca resolver el autor señalado estas cuestiones, desde el punto de vista de la defensa del rol de la competencia y de la pequeña empresa, para proseguir en nuestro examen de las consecuencias de la revolución científico-técnica sobre la concentración tecnológica y de esta sobre la concentración económica y sobre las leyes de funcionamiento del capitalismo contemporáneo.

3. Concentración tecnológica y concentración de la producción

John M. Blair, economista jefe del subcomité *Anti-trust* y Monopolio del Senado Norteamericano, realizó un balance detallado de las investigaciones y datos empíricos existentes en Estados Unidos sobre la correlación entre tecnología y concentración a nivel de plantas y de las corporaciones o empresas (1972). Este estudio nos da una base relativamente firme para analizar empíricamente el efecto del avance de la tecnología sobre la concentración económica.

La diferencia entre la concentración a nivel de la planta y de la empresa nos permite hacer una primera aproximación al tema. Blair supone acriticamente que la concentración a nivel de las unidades productivas está determinada fundamentalmente por razones tecnológicas, mientras la concentración empresarial en forma de multiplantas refleja un fenómeno financiero y de poder económico y no las exigencias de la tecnología. En los planteamientos globales sobre la tendencia a la concentración en el capitalismo, vimos los límites de esa suposición y los complejos factores que conducen a la división del trabajo entre las unidades productivas o plantas en una formación social capitalista. Tomemos pues con cierta reserva la argumentación del autor, pero utilicemos al máximo el resumen y elaboración que hace de los estudios empíricos sobre el tema.

Según Blair, los cambios tecnológicos realizados hasta la primera mitad del siglo XX acentuaban la concentración de las plantas industriales a través de las economías de escala, las que según P. Sargent Florence se apoyaban en tres principios básicos: las transacciones al por mayor, las reservas masivas y el principio de los múltiples.²⁸

Las transacciones en gran escala permiten un crecimiento de los gastos monetarios, físicos y administrativos proporcionalmente inferior al crecimiento del volumen de la producción. El principio de las reservas en masa se refiere a la probabilidad de un menor número de errores en los cálculos de abasto, cuanto mayor sea el número de los ítems utilizados.

En tal situación se necesita guardar menos productos en depósito y disminuyen los gastos de conservación de las reservas de productos. El principio de los múltiples se basa en la ley de que cuanto mayor sea el número de personas ocupadas, mayores la posibilidad de dividir el trabajo y de contar en consecuencia con mejores especialistas.

A pesar de aceptar estos principios generales, Blair plantea su tesis sobre las nuevas tendencias de la tecnología que contraría esos principios. Según él, a partir de la Segunda Guerra Mundial se introdujeron nuevas tecnologías que redujeron el tamaño requerido de las plantas, así como la cantidad de capital necesario para lograr la eficiencia óptima. Al mismo tiempo, Blair presenta una vasta argumentación sobre las deseconomías de escala, las que harían cada vez más ineficientes y antisociales los monstruos empresariales modernos. Su argumentación es extremadamente radical. El pretende demostrar, con una vasta documentación estadística, todas las tesis de que el grado de concentración empresarial existente se explica por las necesidades de la tecnología; por el contrario, señala que la tecnología contemporánea estaría favoreciendo a las pequeñas unidades productivas. En segundo lugar, pretende demostrar que las estructuras industriales llamadas racionales de la moderna economía gerencial son de hecho burocráticas e ineficientes, repetitivas y

28. Para F. M. Sxherer, que distingue claramente entre economías de escala al nivel de producto, de usina o fábrica o de grupo de fábricas el aumento del volumen hace bajar los precios de producción por tres razones. "En término de volumen de producción, las economías de escala son la resultante de tres variables: el volumen total de producción realizada, el ritmo de producción por unidad de tiempo y la duración de la serie de producción que se anticipa" (reporte de la Commission Board).

caras. En tercer lugar, pretende desmentir, con los datos, que las empresas mayores son más lucrativas al afirmar que sus fuentes de ganancias elevadas no vienen de su actividad como empresa, sino de sus especulaciones financieras como las compras de empresas y fusiones.

Por fin insiste en demostrar con los datos, que las invenciones e innovaciones más importantes se desarrollan fuera de las empresas monopolistas, las que son al contrario de lo pretendido por ciertos autores, un obstáculo a la invención y a la innovación debido a la protección que ejercen sobre la vieja tecnología, su indiferencia al avance tecnológico, su subestimación de la demanda, su negligencia hacia los inventores, su mala dirección de la investigación. Todos estos defectos reflejarán una incompatibilidad estructural entre la magnitud, con sus defectos burocráticos, y la creatividad.

Como vemos, Blair imputa todos los defectos a la forma de organización en sí misma, cuando muchos de los problemas señalados por él derivan del modo de producción capitalista que por su naturaleza explotadora y autoritaria destruye toda iniciativa de los asalariados y concentra las decisiones en la capa gerencial, que representa la unidad de dirección fundamental que emana del derecho absoluto de la propiedad privada. Para él (y la pequeña burguesía antimonopolista que él representa), la gran empresa capitalista o socialista moderna es un monstruo burocrático que elimina de la vida económica el poder de la libre competencia, única capaz de estimular la iniciativa y la creatividad. El pensamiento conservador de Max Weber ya entregó en su obra *Economía y Sociedad* un esquema teórico perfectamente coherente en el plano lógico para defender la tesis de que la racionalización, organización y burocratización son las tendencias dominantes de la sociedad contemporánea.

Un fuerte idealismo y voluntarismo basado en el deseo de alcanzar ciertos resultados inmediatos, se rebela en contra de la tendencia histórica a eliminar de la competencia a las pequeñas empresas y a sustituir los principios de la libre competencia por nuevos criterios de decisión oligopólica. Para los liberales radicales como Blair, estas tendencias monopólicas favorecen al gran capital a corto plazo, pero a largo plazo, plantean el camino del ¡comunismo! En su mente antimonopólica el “comunismo del Estado totalitario” se da las manos con el “comunismo de

las grandes empresas”; ambos requieren eliminar la iniciativa privada y someterla a sus gigantes burocráticos. De esta manera cuando Marx, Engels y Lenin reconocen que las sociedades anónimas y el capitalismo de Estado son la antesala del socialismo, ellos estarían previendo, según Blair, esta coincidencia histórica de intereses entre los socialistas y los grandes empresarios.

Para Blair y los antimonopolistas, las grandes estructuras piramidales de organización son pues el origen de todos los males, ellas se oponen, en su inflexibilidad, a la creación y a la inventiva, a la libertad, a la iniciativa del individuo, en resumen: a la democracia. Son esas fuerzas las que conducen a la concentración de la economía pues las tendencias de desarrollo de la tecnología desaconsejan esta concentración. Veamos los argumentos y datos que nos ofrece Blair, y quizá podremos deshacer este nudo que el pensamiento pequeño burgués pone en la teoría de los monopolios y que sólo se puede deshacer correctamente con la dialéctica materialista.

Los datos en que se apoya Blair, su argumentación a favor de una nueva tendencia de la tecnología para favorecer a las empresas de menor tamaño y de menores inversiones de capital, se refieren a los Estados Unidos y fueron recogidos por la Oficina de Estadística (Bureau of the Census).

El primer grupo de datos se refiere a la tendencia a la concentración de las plantas según el número de trabajadores. Para comprobar su tesis de que las exigencias de la tecnología no conducen a un aumento del número de grandes plantas, empieza por utilizar los datos de esa oficina que se refieren al número de trabajadores por planta.

Si tomamos como indicador el número de empleados por planta de más de 1.000 trabajadores, los datos revelan lo siguiente:

En 1914, las plantas de más de 1.000 trabajadores ocupaban el 18% del conjunto de la mano de obra industrial empleada. En 1919, esta proporción sube al 26,5% pero en los años de 1923, 1929 y 1939 baja a 23,3%, 22,3% y 24,4% respectivamente. En los años de 1929 y 1939, las plantas de más de 1.000 empleados llegaron a disminuir en números absolutos en relación a 1919 (respectivamente disminuyen en 25 y en 126 plantas) Blair concluye irónicamente; “Es un hecho poco conocido que durante el

largo período entre 1914 y 1937, cuando las grandes plantas capturaban la imaginación de los observadores en todas partes, el tamaño medio de las plantas estaba entonces decreciendo en un número significativo de industrias”.

Pero tomemos los datos disponibles sobre las plantas de 2.500 o más empleados, los que se proyectan hasta los años sesenta; ellas representaron el 10,9% de los empleados industriales en 1919; el 10,5% en 1939; el 17,3% en 1947; y el 21,8% en 1963. La violenta concentración de trabajadores en grandes plantas industriales que revela este dato no desanima el voluntarismo de Blair. El pasa a analizar los datos más en detalle y constata que ellos resultan del crecimiento anormal de las cinco ramas industriales ligadas a la defensa (que detallaremos adelante) y a la industria de construcción de vehículos a motor. Si se restan los datos referentes a esas seis industrias del número total de las plantas de 2.500 o más empleados, estas disminuyeron de 398 en 1947 a 345 en 1963, y su participación en el total de empleados bajó en los mismos años del 13% y el 12,2%. Para Blair no se podría pues hablar estadísticamente de la concentración como un fenómeno generalizado, sino localizado, pues la participación de las grandes plantas en el conjunto de los asalariados industriales cayó en 78 de 133 grupos industriales. Para él:

los decrecimientos sustanciales en la concentración por plantas no se confinan a pocos sectores de la economía, sino que se dispersan a través de una diversidad de grupos industriales. La declinación de la importancia de las grandes plantas parecería apoyarse no en la naturaleza única de industrias particulares, sino de una característica penetradora de la tecnología moderna.

El argumento de Blair no es convincente. Las cinco industrias militares a que hace referencia son pertrechos de guerra, aviación, máquinas para la aviación, equipos para la aviación y equipos para radio, televisión y comunicaciones. Según hemos visto en los capítulos anteriores esos sectores concentran la mayor parte de los gastos en Investigación y Desarrollo y hay que asociarlos directamente con el desarrollo actual de

la tecnología. Sin embargo, no debemos dejar de anotar el argumento de Blair que nos muestra que hay tendencias contradictorias de la tecnología, las cuales llevan a que en algunas ramas importantes disminuyan los gastos de capital y del número de trabajadores mínimos necesarios para operar una unidad productiva.

Él estudia particularmente las ramas que utilizan los materiales sintéticos que han sustituido materias primas de difícil transformación y manejo por productos químicos moldeables. Los ejemplos que entrega sobre los materiales plásticos, las fibras de vidrio, los compuestos de alta “*performance*”, el concreto presurizado, sobre la energía (baterías de cobalto o zinc, cámaras de combustible, motores rotativos en base a turbinas o pistón) y la electrónica (eliminación de funciones en la fábrica por las computadoras, minicomputadoras, terminales y micro-computadoras) son en general significativos de una nueva tendencia a disminuir la inversión en capital constante por unidad productiva, fenómeno que aparece para Blair como una “segunda revolución industrial que, entre sus otros efectos, contiene en sí misma las semillas de destrucción de las estructuras industriales concentradas”.

La argumentación de Blair, pese a apoyarse en importantes hechos tecnológicos, es esencialmente falsa. Los cambios revolucionarios que él apunta no son, en primer lugar, los dominantes ya que, como vimos, la tendencia a la concentración es la que predomina a nivel global y en las ramas que absorben mayores gastos en Investigación y Desarrollo. En segundo lugar, él sólo destacó un aspecto del fenómeno, pues si de un lado el desarrollo de los materiales sintéticos permitió una gran diversidad en la etapa de su utilización final, por otro lado, en la fase de preparación de esos materiales se produjo una enorme concentración como en el caso de la explotación del petróleo y otras materias primas y de su refinación básica. De estos sectores altamente concentrados depende la desconcentración posterior en la fase de transformación final de los materiales creados. Al mismo tiempo es necesario considerar que si es verdad que el plano de la energía se tiende a la elaboración de fórmulas más baratas y más simples (las que en su mayor parte continúan en la etapa de proyectos debido a la oposición de los monopolios, particularmente

los del sector automovilístico y del petróleo, como bien lo destaca Blair) que permiten la utilización de energías de alta potencia o de menores costos, no se puede despreciar la creciente concentración de la producción de energía en el plano nacional o internacional. Y si el desarrollo de la electrónica permite generalizar el uso de pequeñas computadoras y terminales que podrán ser utilizadas por las pequeñas empresas, nadie puede despreciar tampoco el papel que la computación y la cibernética desempeñan en el sentido de integrar y planificar la producción de estas pequeñas unidades en unidades de administración mayores, así como de permitir crear unidades productivas más amplias. Ni se puede ignorar la alta concentración económica que presenta la industria de computación que se encuentra bajo la hegemonía de la IBM.

Por otro lado, Blair no toma en consideración la tendencia de la economía monopolista que posibilita que las pequeñas empresas introduzcan las innovaciones tecnológicas, para apropiarse de ellas en seguida, cuando sus resultados se revelan económicamente positivos. Es pues natural que en los sectores donde no exista una fuerte protección estatal y puedan suceder aún importantes fracasos tecnológicos, se desarrollen tendencias que permitan la proliferación de las empresas pequeñas, hasta que un nuevo proceso de concentración las elimine.

Es importante señalar aún que la estructura de producción existente se resiste a integrar los cambios tecnológicos que implican mayores escalas de producción por razones de financiamiento y de tipo institucionales. John H. Landon muestra, por ejemplo, cómo se da este fenómeno en la industria de energía eléctrica en Estados Unidos, donde aumenta el número de plantas electrónicas de escalas anti-económicas debido a las dificultades que impone la ley antitrust a las fusiones de empresas dentro de la rama de energía eléctrica, protegiendo al mismo tiempo la sobrevivencia de compañías municipales y cooperativas a través de monopolios garantizados por el Estado.

Por fin, cabe señalar que las unidades productivas modernas, como consecuencia de la tendencia a la automatización, tienden a disminuir el número de trabajadores por unidad de producción o planta, pero, al mismo tiempo, tienden a aumentar la productividad por trabajador y

a integrar —como lo hemos visto—, cada unidad productiva en procesos productivos complejos que integran varias plantas, industrias o ramas en los niveles nacional e internacional. La concentración es, pues, la tendencia dominante desde el punto de vista de la producción en su conjunto aún cuando las unidades productivas de ciertas industrias o ramas puedan disminuir en su dimensión, gastos de capital o número de trabajadores productivos por plantas. Nada de esto favorece la pequeña unidad empresarial, por el contrario, tales tendencias aumentan su subordinación a los centros de decisión y gestión para los cuales ella trabaja como subordinada —abastecedora o subcontratista—. En los sistemas de producción socialistas se producen las mismas tendencias a la integración de las unidades productivas menores y sólo aparentemente independientes en circuitos productivos más amplios, a los que de hecho pertenecen técnicamente.

La tendencia real es, al contrario de lo que piensa Blair, a romper los límites tradicionales de la gestión empresarial para sustituirlos por la gestión nacional por ramas enteras. El monopolio y los grupos económicos intentan responder a esas demandas objetivas de la concentración provocada por la tecnología, dentro de los límites de la propiedad privada de los medios de producción. Pero su capacidad es cada vez más limitada para atender a las exigencias de la socialización creciente de la producción y tienen que recurrir a la intervención del capitalista colectivo, el Estado, para establecer metas generales y programas de producción que integren, según las metas nacionales, estas unidades administrativas anárquicas que son las empresas monopólicas.

4. Concentración tecnológica y composición orgánica del capital

Antes de analizar más en detalle las relaciones entre la dimensión de las empresas y la eficiencia económica, medida por la tasa de productividad, debemos estudiar algunos datos globales sobre los efectos de la concentración sobre la inversión en capital.

Los datos del Departamento de Comercio de Estados Unidos que reproducimos en el Cuadro VII-1 muestran la tendencia a aumentar las

inversiones globales de capital en relación a los gastos en capital variable. Esta relación expresa un aumento de la composición orgánica del capital que es igual a:

$$\frac{V}{C + V}$$

Según esos datos, encontramos en el total de la industria manufacturera de Estados Unidos que era necesario una inversión de 23.100 dólares por trabajador de la producción en 1964. Y solamente ocho años después, en 1972, se necesitaba una inversión de 43.200 dólares por trabajador de la producción. Aún tomando en cuenta la inflación y fenómenos cíclicos que pudiesen deformar los resultados estadísticos, el crecimiento del volumen de capital requerido fue suficientemente elevado y la tendencia suficientemente constante en los distintos años como para garantizar la fuerza histórica del fenómeno que se refleja en esas estadísticas. Además, los datos sobre la inversión realizada en relación al conjunto de los empleados, revela una tendencia similar y tasas de crecimiento casi idénticas, al subir de 17.100 dólares por empleado a 31.600 dólares entre 1964 y 1972 (véase Cuadro VII-I ya señalado).

Los datos revelan también la gran desigualdad en la composición orgánica del capital en las distintas industrias, lo que guarda relación con su grado de productividad y también con el grado de concentración que presentan en general. La industria de petróleo suponía en 1972 una inversión de 313.200 dólares por obrero; la de tabaco, 108.300 dólares; la de vehículos de motor, 78.300 dólares; la química 88.600 dólares. De otro lado, industrias tradicionales como textiles, vestidos, muebles y cuero presentaban inversiones mucho más bajas por obrero: 18.500; 12.200; 11.600 y 13.500 dólares, respectivamente.

Si miramos estas mismas series en la perspectiva de las tasas de crecimiento relativo de la masa de inversiones realizadas por trabajador, vemos una tasa media de crecimiento bastante elevada (superior a 138% en 8 años) que revela una tendencia penetradora a la concentración, la inversión socialmente necesaria por trabajador (ver cuadro VII-2).

Podemos ampliar nuestro análisis estadístico al considerar las principales industrias que cambiaron hacia mayores tamaños de planta en Estados Unidos, entre 1947 y 1951, según estudios del subcomité sobre Antitrust y Monopolios del Comité del Judicial del Senado Norteamericano.

Estos datos revelan sobre todo ramas de gran avance tecnológico y también de gran concentración económica, como se puede ver en los cuadros VII-3 y VII-4. Los productos farmacéuticos, la refinación de petróleo, acerías y hornos, aeronaves, motores para avión, instrumentos científicos (una rama que se desarrolló con el “boom” de la I y D) y equipos fotográficos son, en general, ramas de gran ritmo de cambio tecnológico.

Por otro lado, los estudios de Blair están basados en datos de Estados Unidos. Sin embargo, según podemos ver de las estimaciones hechas por F. M. Scherer y otros (cuadro VII-5), las dimensiones de las plantas norteamericanas más importantes según el número de trabajadores no siempre son los casos más concentrados en relación a Gran Bretaña, Suecia y Alemania. En realidad, este último país, que como se sabe tiene tasas de productividad más altas que Estados Unidos, presenta dimensiones de plantas superiores en por lo menos siete industrias, y Gran Bretaña en por lo menos seis industrias.

En seguida, presentamos también tres cuadros tomados de J. M. Chevalier (cuadros VII-6; 7 y 8) que indican no sólo el aumento de las dimensiones de las plantas medias de varios sectores, sino también la tendencia a la baja de costos y, aún más importante, el claro aumento de los costos por unidad con una simple baja del 25% en el tamaño de las plantas.

El cuadro VII-9 confirma la tendencia a una composición orgánica del capital más alta, o a un costo más bajo de los salarios en el valor agregado total.

A pesar del carácter poco sistemático de los datos que hemos analizado, ellos indican claramente que las ramas más dinámicas tienden en general a mayores tasas de concentración, excepto aquellas que señala Blair y que corresponden en general a fases finales de producción de bienes creados por nuevas tecnologías que sustituyen las materias primas tradicionales

por materias primas sintéticas. Pero, como vimos, esa tendencia no excluye la socialización de la producción bien sea por la mayor concentración en las ramas que producen esas materias primas (como la petroquímica y la química en general), o por la dependencia de las pequeñas unidades productivas hacia las grandes que las abastecen o que compran de ellas para obtener el producto final más complejo. Después de presentar estos datos globales podemos estudiar más en detalle las relaciones entre la gran empresa y la eficiencia tecnológica, con el objetivo de sacar algunas conclusiones más firmes sobre el tema que nos ocupa.

5. Gran empresa y eficiencia tecnológica

Para analizar la correlación entre gran empresa y eficiencia tecnológica, tomaremos un estudio hecho por Betty Bock y Jack Farkas, para el Nacional Industrial Conference Board, con el título “Concentration and Productivity”.

Dicha investigación está basada en el análisis de 365 compañías según el Censo de 1963, lo que es muy importante, pues muchos estudios sobre concentración se apoyan, en general, en datos sobre las unidades productivas compuestas de plantas industriales y no en las empresas industriales, que como vimos reúnen, en la mayoría de los casos, muchas de esas plantas.

La productividad del trabajo, que es en gran parte expresión del proceso de automatización, así como de la intensidad del trabajo, fue medida en el estudio en referencia, según el volumen físico de los bienes vendidos y según el valor agregado por trabajador. Por el primer criterio, se estudia la productividad del trabajo según el volumen físico de bienes producidos, medida muy importante para saber la capacidad productiva de cada obrero; por el segundo criterio, se toma el valor de estas mercancías en el mercado, su precio, como otro factor que permite corregir los defectos técnicos que la primera medición puede presentar por la dificultad de comparar volúmenes de producción de bienes muy diversos.

Tal medida tiene sin embargo sus límites pues puede reflejar una baja de la productividad debida a la baja de los precios de los productos, aún cuando ocurra un aumento del volumen producido.

En las conclusiones a que llegaron los autores, se demuestra una estrecha correlación entre el aumento de la productividad del trabajo y la concentración empresarial. Según ellos,

a pesar de los límites de los datos obtenidos, el estudio demuestra que, en promedio, las mayores compañías tienen una tasa de productividad más alta que las demás, dentro de la misma rama industrial; independientemente del número de compañías que exista en esta rama y del factor que se tome como la medida de productividad. (Bock y Farcas, 1969)

El estudio demostró también que las industrias de más alta productividad tienden a tener mayores tasas de concentración y aquéllas con menor productividad tienden a tener tasas más bajas de concentración, independientemente de cómo se midan la productividad y la concentración.

Por otro lado, las mismas tendencias se confirman cuando se analiza la estructura interna de los factores de la producción. En este caso se puede determinar que, en promedio, en todas las industrias de alta productividad y alta concentración, el costo de las materias primas y otros componentes del capital constante es mucho más alto proporcionalmente al pago de salarios. Al mismo tiempo, en las industrias de baja productividad y de baja concentración, una pequeña parte del valor total de las ventas se debe al pago de salarios.

Utilizando la terminología marxista, el estudio constató que las empresas mayores tienen una composición orgánica del capital mucho más alto que las empresas pequeñas, lo que no hace más que confirmar las tendencias de la acumulación del capital que encontró Marx.

Para medir la extensión de la desigualdad de la productividad entre el grande y el pequeño capital, analicemos algunos datos más en detalle. El valor de los productos vendidos por las 35 mayores industrias dividido entre el conjunto de sus trabajadores era entonces de 65,20 dólares por trabajador, y en las 35 industrias menores era de 11.392 dólares. Según estos datos, se presentaba una productividad 6 veces más alta en las empresas grandes en relación a las menores. Por más distorsiones que

puedan introducir en estos datos las ventajas de precios que tienen las grandes compañías, no se podría anular esa diferencia de productividad.

En lo que respecta a la composición orgánica del capital, los datos demuestran que en las 35 grandes industrias el costo de las materias primas eran del orden del 64% del valor de los bienes vendidos en tanto que, en las 35 industrias menores, ese costo representaba solamente el 43%. Los pagos de salarios representaban el 9% del costo de las grandes industrias y el 34% en las pequeñas y el valor neto agregado (las ganancias brutas) el 25% en las grandes y el 21% en las pequeñas.

Algunas ramas industriales, como las de alimentación y las industrias químicas y aliadas (muchos sectores no fueron encuestados por esto no están consignados aquí como posiblemente sería el caso de la electrónica), mostraron mayor concentración y mayor productividad, mientras que las industrias de más baja productividad y concentración fueron las de confecciones de tejidos, telas y cuero, las industrias textiles, de productos lácteos y de maderas.

Estos datos muy generales nos demuestran que el aumento de la productividad conduce, al mismo tiempo, al aumento de la concentración. La correlación encontrada no es simplemente ocasional, sino que es un producto histórico, cuya lógica nosotros ya hemos desarrollado al principio de este capítulo.

Los datos analizados son muy expresivos de la tendencia que sigue la evolución de las fuerzas productivas en el capitalismo, las que tienden a concentrarse y socializarse crecientemente en función de la competencia y del avance de la tecnología.

Ellos demuestran que el cambio tecnológico y su máxima expresión que es la automatización, cuyo avance tiende a acelerarse, deberá acentuar y llevar a extremos muy agudos la tendencia a:

1. Concentrar la producción en algunas empresas;
2. Que estas pocas empresas presenten en el futuro, tasas de productividad más altas;
3. Acentuar la desigualdad entre distintas ramas industriales, en función de la introducción de nuevas técnicas en algunas ramas más dinámicas y el retraso en otras;

4. Que las ganancias brutas y los excedentes disponibles para nuevas inversiones se concentran también en las empresas mayores y de mayor productividad;
5. Que el porcentaje de los salarios en el conjunto del valor agregado de los productos disminuya mientras aumenta el de la ganancia. Esto tiene dos consecuencias importantes:

- El capitalista aumenta enormemente la explotación relativa del trabajador (o tasa de explotación), produciéndose una división extremadamente desigual del valor real agregado entre salario y ganancia.

Según la investigación que hemos resumido, en las grandes empresas los trabajadores reciben el 9% (en bruto) del valor agregado, mientras los capitalistas reciben el 25%. En consecuencia, la tasa de explotación es de más de 2 veces y media (o de 25%). En las empresas menores, de más baja productividad, los trabajadores reciben el 34% del valor del producto y el capitalista el 21%. La tasa de explotación es de menos de 2/3 (o del 70%). De esta manera, en la sociedad capitalista, el aumento de la productividad del trabajo está asociado a un aumento del dominio del capital sobre el trabajo y de la tasa de explotación de la mano de obra. No nos cabe analizar aquí, cuánto de esta ganancia bruta se paga en impuestos al Estado, permitiendo una mayor socialización del excedente económico generado por los trabajadores. De cualquier manera, los datos sobre las fuentes del presupuesto nacional muestran que los ingresos del Estado recaen fundamentalmente sobre los impuestos indirectos (compra y venta) y los impuestos sobre la renta que gravan fundamentalmente a los salarios.

- El capitalista continúa controlando el Estado burgués y utilizando los excedentes que este obtiene para servir a sus intereses inmediatos y a la conservación del orden social que sustenta la explotación. A pesar de que, en algunos países, debido a la correlación de fuerzas políticas, la intervención del Estado puede dar mayor capacidad de control de los trabajadores sobre estos excedentes, la situación general aquí estudiada no cambia cualitativamente. Debemos estudiar más en detalle la relación entre el desarrollo tecnológico y el excedente económico en los próximos capítulos, para esclarecer las tendencias de la acumulación del capital en la etapa de la revolución científico-técnica.

- Los capitales que se encuentran en sectores de alta productividad pueden asegurar a los trabajadores de su empresa un salario más alto sin disminuir de manera significativa su tasa de ganancia. El aumento de la productividad puede, teóricamente (y lo confirman los datos anotados), permitir esta situación, como lo veremos posteriormente;
6. Al aumentar de manera tan significativa la productividad del trabajo y la concentración económica, pasa a disminuir el número de trabajadores o las horas de trabajo necesaria para producir un determinado volumen de bienes. Este último aspecto merece también un análisis más profundo que intentaremos en el capítulo sobre tecnología y valor.

III. Cambio tecnológico y excedente económico

En el capítulo anterior, vimos como el desarrollo de la tecnología en el modo de producción capitalista conduce a una concentración creciente de la producción o, en otros términos, a una socialización del proceso productivo. La producción familiar o corporativa de la Edad Media fue sustituida primeramente por las manufacturas, en seguida surgieron la fábrica moderna y las usinas industriales a fines del siglo XIX. Con la revolución científico-técnica de post Segunda Guerra Mundial, se rompe la unidad productiva formada por las fábricas y usinas y el proceso de producción avanza hacia la organización de enormes complejos industriales compuestos de varias unidades de producción articuladas con un sistema productivo global. Estas unidades producen partes, materias primas industrializadas o bien son ensambladoras y sólo aparentemente se asemejan a las plantas usinas del pasado que integraban en su interior un ciclo productivo completo. La socialización de la producción se proyecta del plano local al nacional y por fin al internacional, rompiendo continuamente los límites impuestos por cada fase de desarrollo del proceso productivo, que se convierte en un sistema internacional.

La socialización de la producción no es un objetivo consciente del desarrollo capitalista. La concentración económica, la monopolización, la centralización de capitales y su internacionalización, así como la creciente intervención del Estado, son el resultado inevitable de la tendencia a

la concentración que va conformando el espacio socioeconómico del capitalista contemporáneo. El capital tiene que socializarse (concentrarse, centralizarse, internacionalizarse, planificar su desarrollo, llamar a la acción al capitalista colectivo que es el Estado) pero responder a las exigencias de las fuerzas productivas liberadas por él mismo.

1. Concepto de excedente económico

La socialización casi universal de la producción pone en el orden del día la cuestión del excedente económico. Las sociedades capitalistas al apoderarse de la fuerza de la producción colectiva, son capaces de producir no solamente los bienes y servicios necesarios a la sobrevivencia inmediata de los productores directos, sino también una gran diversidad de bienes que atienden a las necesidades de una enorme población no directamente productiva o improductiva.

La importancia del excedente económico generado por las sociedades modernas nos obliga a estudiarlo más detenidamente en los planos conceptual e histórico, siguiendo una línea temática lanzada por Paul Baran en la década del cincuenta.²⁹

Por excedente económico entendemos aquella parte del producto social que no es necesaria a la reproducción inmediata de la población, en una formación social dada.³⁰ Pero el concepto de necesaria, supone una aclaración. ¿Qué necesite el hombre para reproducirse?

29. Paul Baran plantea el tema del excedente (1953) en la compilación de sus textos publicada por su amigo Paul Sweezy (1971: 233). Después retomó el tema, sobre todo en el capítulo 2 de su clásico libro *La economía política del crecimiento* (1975: 73). Junto con Paul Sweezy, retomó el tema en *El capital monopolístico* (1968). Posteriormente, el tema fue retomado por Charles Bettelheim en el capítulo VI de su libro *Planificación y concepto*, y su utilización se encuentra también en la publicación de Paul Baran (1968).

30. Esta definición se separa de la de Baran que define de inmediato tres tipos de excedente: real (la diferencia entre la producción real generada por la sociedad y su consumo efectivo corriente); potencial (la diferencia entre la producción que podría obtenerse en un ambiente técnico y natural dado con la ayuda de los recursos productivos utilizables, y lo que pudiera considerarse como consumo esencial); planificado (la diferencia entre el producto "óptimo" que puede obtener la realidad en una ambiente natural y técnico históricamente dado y en condiciones de una utilización planeada óptima de los recursos productivos disponibles, y el volumen "óptimo" de consumo que se elige). Bettelheim intenta precisar el concepto y distingue los conceptos de excedente económico corriente, disponible para el desarrollo y el utilizado en el desarrollo. Como se ve, estas nociones son más bien instrumentales que teóricas, tanto que antes de preocuparse con la noción de excedente en sí, empiezan a plantear sus formas en función del tipo de problema que se quiere

La respuesta a esta pregunta no puede ser abstracta y ahistórica. Para reproducirse el hombre tiene que reproducir todas sus condiciones de existencia como productor y consumidor. Esto significa que las necesidades humanas no pueden ser vistas desde el punto de vista del consumidor.³¹

Este consumidor puro es una abstracción de las sociedades de clase que crearon un grupo de individuos que pueden consumir sin producir. Y como esos individuos son los que, en general, se dedicaron al estudio de la sociedad, es natural que esta ilusión del consumidor puro apareciera en sus cabezas como el fundamento mismo de la economía.

La producción es un acto social, aún cuando sea realizada por individuos.³² Y ella supone no sólo el productor, el hombre con su grado de conocimiento y destreza históricamente dado, sino también los medios de producción.

Se plantea así la unidad dialéctica entre la producción y el consumo. Este es al mismo tiempo consumo individual (satisfacción de las necesidades humanas de su reproducción biológica) y consumo productivo (reproducción de los seres productivos, de la fuerza de trabajo y de sus medios de trabajo).

Por lo tanto, el concepto de la parte del producto social necesario a la reproducción de los productores debe incluir:

- a) La producción de los medios de sobrevivencia biológica de la parte de la población dedicada directamente a la producción.
- b) La producción de los medios de sobrevivencia cultural o históricamente necesarios a la sobrevivencia de esta población.
- c) La producción de los medios de producción necesarios a la conservación de la capacidad productiva de esta población.

enfocar (las dificultades de utilización del excedente en el capitalismo monopolista, en el caso de Baran, las necesidades de planificación en los países subdesarrollados, según Bettelheim).

31. Véanse las notas de Marx sobre la relación entre producción y consumo en la introducción a la *Crítica de la economía política en elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (1971: 10-95). Véanse también las críticas de Paul Baran a la noción de soberanía del consumidor (1972: 35).

32. “El objeto a considerar es en primer término la producción material. Individuos que producen en sociedad, o sea la producción de los individuos socialmente determinada: este es naturalmente el punto de partida. El cazador o el pescador solos y aislados, con los que comienzan Smith y Ricardo, pertenecen a las imaginaciones desprovistas de fantasía que produjeron las robinsonadas dieciochescas” (Marx, 1972: 3).

- d) La producción de los medios de sobrevivencia y de los medios de producción de la parte de la población no directamente productiva, pero necesaria a la mantención de las condiciones de vida y de producción antes señaladas.

Lo que rebasa esa parte del producto social necesaria a su reproducción sería el excedente económico.

Tendríamos así un concepto abstracto y puro de producción necesaria y producción excedente.

¿Pero cómo se consumirá este excedente? Esto depende de las características concretas de la sociedad existente: depende de si este excedente es apropiado por la colectividad misma, por partes de la misma como las familias o los clanes, o por una parte de la población que es propietaria de los medios de producción (capitalistas) o por un agente colectivo como es el Estado (capitalismo de Estado y socialismo).

Dependiendo de quién se apropie del excedente puede haber un consumo social o privado no productivo del excedente o un consumo productivo del mismo, que puede ser también apropiado social o privadamente. La primera forma de consumo mantendrá la capacidad productiva de la sociedad existente y la segunda expandirá esta capacidad.

La diferencia del modo de producción capitalista en relación a los modos de producción anteriores reside exactamente en el estímulo constante al consumo productivo del excedente, a la lucha por la expansión indefinida del excedente y de su utilización productiva. Gran parte del esfuerzo teórico de los economistas clásicos fue en el sentido de demostrar esta superioridad histórica del capitalismo sobre los comportamientos estériles o improductivos de los señores feudales.³³

33. "La noción de excedente aparece al mismo tiempo que el pensamiento económico sistemático. Es uno de los sentidos profundos de la preocupación de los mercantilistas por una balanza comercial positiva. Es también una de las significaciones del pensamiento fisiocrático relativo a la productividad del trabajo agrícola. Se sabe que lo que caracteriza esta productividad es que, según los fisiócratas, el trabajo agrícola suministra un excedente que los sectores restantes no proporcionan. Es con los grandes clásicos, Smith y Ricardo, con los que la preocupación por el crecimiento del excedente y por su aprovechamiento productivo aparece con más claridad. Los ataques de Smith contra lo que él considera un despilfarro del excedente por parte del Estado feudal o monárquico son bien conocidos [...] Ricardo expresa preocupaciones análogas, pero en forma aún más explícita. Cree necesario para el progreso económico que la producción crezca al máximo y que, de este máximo de producción, la mayor parte posible forme el excedente que se apropia el empresario, quien

Al mismo tiempo, la necesidad de expandir indefinidamente la riqueza bajo la forma de ganancia, llevaba también al capital a una lucha sin cesar por transformar las condiciones de producción, el carácter mismo del trabajo, y a ampliar indefinidamente el excedente económico según las necesidades de la acumulación capitalista.

De la coincidencia entre el proceso de acumulación capitalista, la expansión del excedente económico y la riqueza social, se deriva la confusión tan difundida entre los conceptos de excedente económico y de plusvalía.³⁴

La plusvalía es un concepto específico de una sociedad donde las relaciones mercantiles son generalizadas y donde hay una separación entre la propiedad privada de la fuerza de trabajo y la propiedad privada de los medios de producción. Sólo en estas condiciones específicas se puede hablar de una plusvalía para distinguir aquella parte del tiempo de trabajo incorporado en las mercancías que no está incluida en la remuneración del trabajador directamente productivo.

Esta plusvalía se materializa en una determinada cantidad de bienes que no son necesarios a la reproducción de los trabajadores que los producen, pero de ninguna manera puede confundirse la plusvalía con estos mismos bienes. Ni tampoco se pueden confundir esos bienes en sí con el excedente económico.

La plusvalía es un concepto que expresa una relación social dada en ciertas relaciones de producción específicas. El excedente económico es un concepto que expresa la relación general entre la reproducción simple y la reproducción ampliada posible o real de las distintas sociedades.

Por esta razón, aún cuando los dos conceptos puedan parecer idénticos se refieren a fenómenos distintos.

lo reinvertirá. Esta es la razón por la que Ricardo desea que el salario sea lo más bajo posible y también, que sean lo más bajas posibles las rentas de los hacendados" (Bettelheim, 1968: 108-109).

34. Sweezy se refiere a un simple cambio de terminología entre plusvalía y excedente económico (economía surplus), Bettelheim cita a un pretendido concepto de excedente económico en Marx que estaría constituido por "la fracción del producto social neto apropiado por las clases no trabajadoras" y el producto necesario corresponde al trabajo necesario o capital variable.

El excedente económico está expresado en bienes materiales, es una relación entre producción y consumo, entre necesidades y producto social.

La plusvalía está expresada en una explotación del tiempo de trabajo del trabajador directo por el propietario de los medios de producción, la forma como ella se materializa es en bienes materiales o en servicios (pues esta relación de explotación se extiende de la producción material a las actividades de servicios, etcétera), pero ella no se confunde con la cantidad de bienes en que se materializa.

El uso indiscriminado de los dos conceptos como alternativos entre sí, provoca grandes confusiones en el análisis del funcionamiento del capitalismo y, sobre todo, la absorción de la noción de plusvalía en la de excedente hace desaparecer las contradicciones de clase, como ya se destacó en las críticas al libro *El capital monopolico* de Baran y Sweezy (1972: 77-81).

Ambos conceptos deben ser claramente diferenciados para poder estudiar las formas concretas que tiende a asumir el excedente económico en los distintos modos de producción y en su desarrollo histórico, a través de las formaciones socioeconómicas concretas en que se expresen.

Pero tenemos que dar un nuevo paso conceptual para entender la formación del excedente económico en el modo de producción capitalista y, más particularmente, la relación entre el cambio tecnológico, la RCT y la formación, apropiación, utilización y ampliación del excedente económico en el capitalismo contemporáneo.

Este paso es el estudio de las relaciones entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo excedente, fuente y origen del excedente.

2. Trabajo necesario y trabajo excedente

La producción de bienes útiles se hace a través de la aplicación sistemática del cerebro, los órganos y la energía humana según un objetivo para obtener un bien útil, un valor de uso, es el trabajo humano. Es él quien permite la creación de la riqueza, según las condiciones históricas en que se dé.

El trabajo concreto, como productor de bienes o valores de uso existe en toda sociedad. Pero, solamente en algunas formaciones

sociales, el hombre pudo producir no directamente para su consumo inmediato, sino para intercambiar con otros hombres, es decir, para el mercado.

Con la creación del intercambio como actividad sistemática o permanente empieza a desarrollarse la producción mercantil, la producción directa de mercancías y no solamente de valores de uso. Las mercancías se producen para ser cambiadas. Y sólo pueden ser cambiadas porque encierran un elemento común a todos los bienes útiles que es el trabajo humano.

Pero no se trata de los trabajos humanos particulares y concretos, sino del trabajo humano en general, medido en un tiempo de trabajo abstracto que es igual al uso del cerebro, de las manos y capacidades humanas en general, en un período determinado, según las características de la producción en un momento dado del desarrollo de las fuerzas productivas.

Para que existan esta noción tan genérica que es el tiempo de trabajo abstracto y, más aún para que la sociedad pueda medir y calcular cuánto tiempo se necesita para producir determinados bienes que son diferentes de otros bienes útiles (pero que se hacen equivalentes entre sí por el tiempo de trabajo abstracto en ellos encerrado), es necesario que la sociedad haya desarrollado y a una amplia gama de trabajos concretos diferenciados y transformados en una actividad permanente de sectores importantes de la población.

Pero es necesario algo más: que cada productor, o grupo de productores, sea el propietario privado de sus productos útiles que se intercambian entre sí.

Llegamos así a la noción de propietarios privados o independientes de sus productos que son también diferentes entre sí, resultado de trabajos concretos diferentes. Es decir, estamos en una sociedad donde la división del trabajo social se hace entre productores independientes propietarios de bienes que ellos crean.

En esta sociedad se produjo pues una distinción entre el valor de uso que encierran todos los bienes que se intercambian, para responder a necesidades reales o imaginarias de los hombres —y el valor de cambio, que se apoya en el valor que encierran estos productos, es decir, el

tiempo de trabajo socialmente necesario para crearlos— es lo que hace posible que ellos se intercambien unos por los otros según ciertas cantidades concretas.

Este valor de cambio se apoya en el valor en general que encierra cada bien útil en particular: el tiempo de trabajo que los productores necesitarían para producirlo según las condiciones técnicas propias de esta sociedad. El valor borra las diferencias específicas entre los productos y los trabajos concretos de los distintos profesionales que los produjeron. Se crea, así, una medida universal, común a todas las obras humanas — el valor, la medida en tiempo de trabajo socialmente necesario—.

Pero el valor no borra sino idealmente, como fruto de una relación de intercambio, la realidad de los trabajos concretos que él encierra. Y así también el valor de cambio que encierran las mercancías no borra sino idealmente el valor de uso concreto que encierran. Esta es una contradicción básica y fundamental inherente a los modos de producción basados en la relación mercantil y, particularmente intrínseca al modo de producción capitalista que es el resultado histórico de la generalización de las relaciones mercantiles a las relaciones de producción entre la propiedad privada de la fuerza de trabajo y propiedad privada de los medios de producción, como dos entes sociales distintos que se enfrentan en el proceso de producción.

Muchos pensadores se dejan llevar por la apariencia del sistema mercantil, como si él hubiera resuelto esa contradicción que le es inherente. Y piensan poder analizar las relaciones de producción en sí mismas, independientes de las condiciones materiales concretas en que se dan. Piensan que es verdadera y no ilusoria la separación que el modo de producción capitalista realiza entre el valor de cambio y el valor de uso, y conciben esta separación de una manera tan radical que hacen desaparecer de sus análisis del capitalismo el valor de uso, los trabajos concretos, las condiciones concretas de producción. Esta ilusión parece verdadera porque las condiciones concretas de la producción no son tomadas en consideración para determinar el trabajo abstracto, el valor y el valor de cambio, los cuales, por definición ignoran las formas concretas de trabajo para definir el trabajo abstracto como fundamento del valor.

Pero, si las formas concretas de producción son indiferentes para la conceptualización del desarrollo puro del modo de producción capitalista, no lo son en la práctica concreta de las sociedades capitalistas. Sólo en tanto abstracción teórica y en tanto práctica comercial y financiera, es que esta anulación del carácter útil de los productos y del carácter concreto de la producción puede y tiene que darse. Y el hecho de que esa abstracción se dé y sea necesaria a la comprensión y al funcionamiento de las relaciones mercantiles es la base del fetiche de la mercancía, del carácter enajenado de la producción en base al valor de cambio, a la producción mercantil.

Pero, toda mercancía es en primer lugar un bien útil y tiene en consecuencia un valor de uso para sus compradores. Sin esta base material concreta no se puede pensar la producción mercantil. Y es por ello que esta supone un desarrollo determinado de la división social del trabajo, es decir, la existencia de productores independientes de bienes útiles diferentes, que corresponden a diferentes trabajos útiles o especialidades, según un grado de desarrollo determinado de las fuerzas productivas.

En consecuencia, de la división del trabajo entre los productores independientes, se materializa la diferencia entre el trabajo necesario y el trabajo excedente en una cierta cantidad de productos. Un productor independiente puede producir no sólo lo necesario para su sobrevivencia (lo que no podrá obtener como productor independiente más que por la venta en el mercado de sus mercancías para comprar las que él consume), sino que podrá producir algo más de lo que consume, lo cual puede transformar en dinero al vender sus mercancías y podrá atesorar para su futuro consumo personal o para nuevas inversiones. La separación histórica entre el trabajo necesario y el trabajo excedente está asociada a la producción mercantil pero no se reduce al fenómeno mercantil. Se trata de una relación del hombre con la naturaleza como productor y consumidor, que sólo tiene sentido la luz de ciertas relaciones sociales.

En un grado superior de desarrollo del intercambio mercantil, la separación entre el productor y el propietario de los medios de producción dio un contenido distinto a la diferencia entre el trabajo necesario y el trabajo excedente. El primero se manifestará en una remuneración para la sobrevivencia del trabajador que le permitirá adquirir los bienes necesarios a

su reproducción, y el segundo en un producto que es propiedad del comprador de la fuerza de trabajo, el cual el capitalista tiene que realizar o vender para retirar de esta venta sus gastos adelantados y un equivalente de su plusvalía. La noción de trabajo necesario pasa así, a corresponder a aquella cantidad de trabajo que la sociedad tiene que invertir para conservar el funcionamiento fisiológico de sus miembros y el funcionamiento de las instituciones, costumbres y exigencias morales y espirituales que ella acepta, y tiende a confundirse con los salarios pagados a los trabajadores en general. El excedente pasa a ser la base de la acumulación, pero no pertenece a la sociedad en general sino a los propietarios de los medios de producción, y tiende a confundirse con la plusvalía.

La diferencia entre el trabajo necesario y el trabajo excedente es un fenómeno natural, intrínseco al funcionamiento de toda sociedad capaz de producir más de lo que consume. Esta diferencia existió en las sociedades basadas en relaciones sociales esclavistas, serviles y asalariadas y deberá persistir en las sociedades comunistas.

Sin embargo, el trabajo excedente cumple diferentes funciones en estos distintos modos de producción. En las sociedades esclavistas y serviles el excedente del trabajo directamente productivo servía en general para sostener una vasta población dedicada al servicio de la nobleza y del poder central. La acumulación era en general un objetivo secundario. En el capitalismo, la acumulación es un objetivo explícito y fundamental del crecimiento del tiempo de trabajo excedente que es la fuente de la plusvalía (sea por la vía de la disminución del tiempo de trabajo necesario, sea por la ampliación de la jornada de trabajo que aumenta el tiempo de trabajo excedente).

En el comunismo, la disminución del tiempo de trabajo necesario es un objetivo en sí mismo —es decir, el comunismo tiene por objetivo la creación creciente de tiempo socialmente libre para el autodesarrollo del hombre—.

Como se ve, el tiempo de trabajo necesario y el trabajo excedente tanto pueden materializarse en ciertos bienes como también pueden alterarse con la disminución de la jornada de trabajo y la ampliación del tiempo libre. Por esto es tan peligroso identificar de inmediato tiempo de trabajo necesario, tiempo de trabajo excedente y consumo y excedente.

Por otro lado, estaría la forma de apropiación del trabajo excedente. Ella puede darse a través de la apropiación del trabajador mismo (propiedad del esclavo), y por lo tanto, todo el producto de su trabajo pertenece a su dueño que se encarga, en cambio, de la mantención y sobrevivencia del esclavo, como parte de sus medios de producción. Pero puede darse también a través de la apropiación directa del excedente material en forma de bienes (pago de la parte del señor feudal en una proporción fija de la cosecha) o de tiempo de trabajo gratuito para el señor (la “*corvée*” u obligación del campesino siervo de trabajar las tierras del señor en ciertos períodos del año).

En el capitalismo, la apropiación del excedente asume la forma de apropiación de la fuerza de trabajo del obrero por un período dado (la jornada de trabajo) dentro del cual el resultado de su actividad productiva pertenece al propietario de los medios de producción. El capitalista no es dueño del trabajador (como en el caso del esclavo), ni puede someter a sus trabajadores a una subordinación permanente, que sobrepasa sin duda el local de trabajo, y apoderarse de su tiempo libre en períodos determinados y de una parte de lo que él produce con sus propios medios de producción (servilismo). El capitalista sólo arrienda la fuerza de trabajo del obrero para que utilice los medios de producción que él, capitalista pone en el proceso de trabajo al adquirir bienes creados por otros trabajadores.

Por esto el capitalista tiene que cuidarse de utilizar de la manera más productiva posible a su trabajador y explotarlo lo máximo posible durante el período en que su fuerza de trabajo le pertenece. De la eficacia con que lo haga, dentro de la jornada de trabajo. Dependerá la parte de esta jornada que quedará para el capitalista: la cantidad de trabajo excedente se expresa sí en valor, incorporado en las mercancías producidas por el obrero.

El capitalista luchará también siempre por prolongar al máximo la jornada de trabajo para aumentar la parte de esta jornada que excede lo que él paga al trabajador.

Cuando el capitalista logra ampliar su plusvalía a través de la extensión de la jornada de trabajo tenemos un caso de plusvalía absoluta, la extensión de la plusvalía se hace por la vía de la extensión absoluta del tiempo en que el trabajador utiliza su fuerza de trabajo para el capitalista.

Cuando el capitalista logra ampliar su plusvalía disminuyendo la relación entre la parte de la jornada de trabajo que se destina a reproducir la fuerza de trabajo y la que corresponde al trabajo excedente tenemos un aumento de la plusvalía relativa.

La plusvalía relativa se puede obtener bien por un aumento de la intensidad del trabajo,³⁵ bien por un cambio en las condiciones técnicas de producción, o bien por ambos al mismo tiempo desde el momento en que los cambios técnicos de producción permiten aumentar la intensidad del trabajo. Así mismo, el desarrollo de la maquinaria permite desvalorizar la fuerza de trabajo al disminuir su calificación y reducir, por lo tanto, su costo de reproducción —el tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducirla—.

El desarrollo de las fuerzas productivas determina el tipo de relación que el hombre establece con la naturaleza en cada momento histórico, su grado de dominio sobre ella, su concepción de la misma y su potencialidad de acumular más conocimientos y aumentar en consecuencia su acción sobre ella. La naturaleza será pues modificada según esa relación compleja que la humanidad establece consigo misma y con su entorno cambiante. En consecuencia, la modificación de la naturaleza por el hombre es al mismo tiempo la modificación del hombre.³⁶

35. En los últimos años se ha transformado en moda la tesis de que la intensidad mayor del trabajo es parte de la plusvalía absoluta, a pesar de que Marx la incluye claramente en la sección dedicada a la plusvalía relativa y afirma: “cuando analizamos la plusvalía absoluta, nos preocupábamos de la magnitud extensiva del trabajo, dando por supuesto su grado de intensidad. Aquí, vemos cómo la magnitud extensiva se trueca en intensiva o en magnitud de grado” (Marx, 1973: 337). La confusión quizá venga del hecho que la intensificación del trabajo aumenta la masa de valor incorporada a las mercancías dentro de la misma jornada de trabajo. En este sentido, la intensificación del trabajo funciona de manera distinta que el aumento tecnológico de la capacidad productiva del trabajo que disminuye la masa de valores incorporada en cada mercancía. De hecho, ambos factores operan en conjunto pero de manera contradictoria: el desarrollo de las fuerzas productivas permite producir más bienes en un mismo tiempo con un mismo desgaste de la fuerza de trabajo y la intensidad del trabajo que puede aumentar precisamente debido a la mayor velocidad de las máquinas y la más eficiente organización de la producción industrial permite aumentar la cantidad de trabajo al interior de una jornada de trabajo aumentando la masa de valores que existe dentro de cada jornada de trabajo. Los dos recursos que operan en conjunto con el objetivo común de aumentar la tasa de plusvalía disminuyendo el tiempo de trabajo necesario en relación al trabajo excedente, dentro de una misma jornada de trabajo. La confusión entre plusvalía absoluta e intensidad del trabajo se encuentra, entre otros, en la obra de Michel Aglietta (1979). Véase en particular si intento de incluir la tasa de rendimiento de la fuerza de trabajo social en el origen del plusvalor absoluto (1979: 33-34), entre muchas otras confusiones conceptuales de su trabajo, como la de confundir productividad del trabajo con composición orgánica del capital, etcétera.

36. Serge Moscovici ha intentado establecer la posibilidad de una historia humana de la naturaleza que

Pero la diferencia entre el trabajo necesario y el trabajo excedente depende en segundo lugar de las relaciones sociales: de la manera como la diferenciación de la sociedad en clases y estamentos asigna la distribución de los bienes y delimita la escala de necesidades. En la sociedad esclavista las necesidades de los esclavos se delimitan según su relación con el señor, el cual establecía los patrones de consumo considerados necesarios para su sobrevivencia. En la sociedad feudal, las necesidades básicas se establecían según un cierto grado de capacidad productiva de las unidades familiares y comunitarias sobre las cuales se cobrará una renta además de la exigencia de un tiempo de trabajo del siervo dedicado al señor. En la sociedad capitalista la definición del tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo se purifica socialmente y, al mismo tiempo, queda en la dependencia de un mercado de trabajo regulado por un ejército industrial de reserva. En la sociedad socialista, el tiempo de trabajo necesario queda regulado por la participación en el proceso productivo de los individuos o grupos de productores y es medido por el tiempo de trabajo simple y complejo y por la escasez relativa de trabajadores especializados (un cierto mercado de trabajo regulado por el plan).

En la etapa comunista se supone la existencia de una tal abundancia de bienes y una cantidad mínima del tiempo de trabajo necesario, que permitiría separar las exigencias de la producción de las formas de distribución. La cuestión fundamental estaría pues en la utilización del tiempo libre, obtenido a través de la disminución de la jornada de trabajo, y su organización colectiva para el desarrollo máximo de los individuos.³⁷

vea al hombre, su conocimiento, su arte, su trabajo como una parte de la naturaleza, capaz, al mismo tiempo, de crear estados nuevos de la naturaleza entendida no como algo externo al hombre sino como una unidad de la cual él hace parte. A pesar de ciertas desviaciones idealistas en parte de su trabajo, él cumple en buena medida su cometido y nos plantea que: “La evolución —si es que hay una y será necesario demostrarlo— es algo que parte de una estructura dada de lo real para transformarla, reemplazarla y no aquello que se dirige, inspirado por un programa preestablecido, hacia una estructura que sería la única acorde con la humanidad. Nuestro vínculo, en un momento dado, con los elementos, es al mismo tiempo nuestro estado de naturaleza, que corresponde a la inteligencia, a las necesidades y al potencial de producción de esta época. A partir de las condiciones que le son propias pueden desarrollarse otros elementos, otras reglas de descubrimiento, en otro entorno que representa al mismo tiempo en otro estado tan natural cuanto aquél de donde emergió” (1977: 45).

37. Victor Afanasiev pone la cuestión en los siguientes términos: “El objetivo de la sociedad comunista es el bienestar completo del hombre. Para realizar este noble objetivo, es indispensable reducir al máximo el tiempo de trabajo del hombre y darle un máximo de tiempo libre” (1976). La incapacidad de ciertos au-

Estas notas sobre la diferencia entre el tiempo de trabajo necesario y el excedente, según los distintos modos de producción nos muestran pues la necesidad de vincular el análisis de este fenómeno con las formas sociales en que se inscribe. Es aquí donde se hace necesario emprender un análisis específico del problema en las formaciones sociales que se rigen por el modo de producción capitalista, ya que el objeto de nuestra investigación es la relación entre un cierto estudio de desarrollo de las fuerzas productivas (la RCT) y las relaciones de producción capitalistas.

Las leyes de la acumulación capitalista, que hemos dibujado en los capítulos iniciales de este libro, llevan necesariamente a una búsqueda de disminución del tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo (plusvalía relativa) lo que se logra sea por la rebaja del valor (aumento de la productividad en las ramas que venden los productos necesarios a esta reproducción), sea por la vía de aumentar la productividad del trabajo en una empresa o grupo de empresas dentro de una rama de tal manera a alcanzar una productividad más alta que el resto de la rama y obtener así una plusvalía extraordinaria fundada en su monopolio tecnológico. En consecuencia, la disminución del tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo no significa una disminución del tiempo de trabajo de los productores (la jornada de trabajo) sino una ampliación del tiempo de trabajo excedente.

Los resultados de este tiempo de trabajo excedente serán divididos entre los demás sectores de la sociedad: el capital, los trabajadores no directamente productivos y el Estado fundamentalmente. Como consecuencia de estas tendencias, deberá aumentar la riqueza de la sociedad en su conjunto, los bienes materiales que ella consume y, por ende, los sectores dedicados a los servicios, sean ellos complementarios a la producción —los que podemos llamar indirectamente productivos—,

tores, como Aglietta, cuyos errores teóricos hemos señalado en la cita anterior, de comprender la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas, el proceso de explotación y la posibilidad de una sociedad sin clases basada en la amplificación del trabajo libre, es lo que los lleva a subestimar la importancia del desarrollo técnico-científico para afirmar con una pedantería antididáctica: “El análisis del proceso de trabajo deberá, asimismo, disipar otra ilusión, la del carácter liberador de la técnica, o de la ‘revolución científico-técnica’, como se denomina en la actualidad” (1979: 89). Y para el colmo, confunde la técnica con la RCT, así como llama la automatización de neofordismo siguiendo las huellas equivocadas de Pailloix, en sus análisis sobre el ciclo del capital y el proceso de trabajo.

sean ellos servicios personales o sociales que propiamente podríamos considerar no productivos. La sumisión de los servicios al capital los va a inscribir en la misma lógica del trabajo directamente productivo y por lo tanto en la ley de la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducir la fuerza de trabajo de los productores de servicios.

Conforme a esta ley de la acumulación capitalista debemos concluir que con el avance de las fuerzas productivas en el capitalismo:

- a) Tiende a disminuir en general la cantidad de trabajo dedicada a reproducir la fuerza de trabajo en la sociedad capitalista, en la medida en que se desarrolla la acumulación de capital por la vía del aumento de la productividad.
- b) Tiende a aumentar al mismo tiempo la cantidad de trabajo dedicada a la producción de plusvalía, sea para la producción de bienes y servicios consumidos por los capitalistas y los sectores sociales no directamente productivos e improductivos, sea para la acumulación de capital i inversión productiva.
- c) Tiende a cambiarse, por lo tanto, la organización de la fuerza de trabajo y la distribución del tiempo de trabajo, así como la composición de los sectores sociales que conforman la sociedad. Este cambio tiende a aumentar los sectores indirectamente productivos y no productivos en relación a los productivos, como lo veremos en un trabajo posterior.
- d) Tiende a aumentar la riqueza material existente en la sociedad y en consecuencia el excedente de bienes disponibles para el consumo de los sectores no directamente productivos y para la acumulación del capital.
- e) Esto nos obliga a analizar más en detalle este mismo fenómeno bajo otro ángulo: el de la riqueza material o la producción de valores de uso o el de la producción y formación del excedente económico en el capitalismo contemporáneo en el cual la productividad del trabajo-fuente del crecimiento del trabajo excedente-aumenta rápidamente y tiene potencialmente grandes posibilidades de acelerarse a ritmos cada vez más rápidos. Esta posibilidad sólo no se hace totalmente real, como vimos en el primer capítulo debido a las limitaciones del modo de apropiación

de las relaciones sociales capitalistas que persisten como obstáculos al pleno desarrollo de las fuerzas productivas que contiene ya en su seno la sociedad capitalista contemporánea.

3. Productividad del trabajo y excedente económico

El aumento de la productividad del trabajo, como expresión económica del crecimiento de las fuerzas productivas, está pues en la base de las transformaciones en la economía capitalista. Vimos en el apartado anterior sus consecuencias para la relación entre el tiempo de trabajo necesario y el excedente. Ahora nos interesa señalar que este aumento en la productividad (admitiéndose el supuesto de que se sigue trabajando el mismo número de jornadas de trabajo de igual duración) se manifiesta también en un aumento del producto global y, por lo tanto, de la riqueza social.

Este aumento del producto global permite en primer lugar un aumento de la riqueza de los capitalistas y de sus gastos en servicios personales que tanto pueden ser atendidos por trabajadores independientes, como pueden serlo por otros capitalistas que organizan empresas para realizar tales servicios.

En este último caso, se va a reproducir en estas empresas la diferencia entre el tiempo de trabajo necesario y el excedente.

En segundo lugar, el aumento del producto global permitirá también que una parte de esta plusvalía sea destinada por el capitalista a los servicios indirectamente productivos en la mayor parte de las veces realizados por trabajadores al interior de las firmas. En este caso tendremos que entender como indirectamente productivos todos los servicios que utiliza la empresa para aumentar su eficiencia productiva y también de circulación (pues esta permite completar el ciclo de producción en el mercado y darle un sentido económico). Tendremos que incorporar entre estos servicios la investigación y el desarrollo, la administración, el transporte, la publicidad y el mercadeo. Y debemos entender también que hay una tendencia a aumentar el tiempo del trabajo socialmente necesario dedicado a tales servicios, en la medida en que la sociedad se hace más compleja y en que aumentan las necesidades del capital para alcanzar la realización de sus

mercancías. En consecuencia, tiende a aumentar la masa de trabajadores dedicados a los servicios, tanto los personales cuanto los indirectamente productivos. Esta tendencia sólo puede ser contrarrestada en parte por el desarrollo de la productividad de los servicios, que disminuye la masa de trabajo, así como de trabajadores a ellos dedicados.

En tercer lugar, el aumento del excedente permite la existencia creciente de un aparato estatal que cobra del capitalista y de los trabajadores un impuesto para pagar los servicios que él centraliza. De estos, una parte será dedicada a la reproducción del capital y otra a la de la fuerza de trabajo. Educación, salud, servicios públicos, defensa, asistencia social, se desarrollarán según principios de organización colectiva del trabajo en sectores antes dominados por productores independientes o pequeñas empresas. El Estado se dedicará también a otras de infraestructura y hasta a sectores económicos productivos que presentan bajas tasas de ganancia y no interesan a los capitalistas.

En este caso, el Estado reproducirá el esquema de la empresa capitalista y se dedicará a la producción directa de plusvalía. La empresa pública es parte de la producción de valor, a pesar de sus tendencias a un comportamiento distinto de la empresa privada (en la medida en que no busca solamente la ganancia y que en la mayoría de los casos debe sacrificar sus ganancias a favor de sus clientes privados: las empresas capitalistas, que disminuyen sus costos debido a los servicios y bienes que les entrega el Estado a precios más baratos, y a veces hasta subsidiados, es decir, por abajo del valor).

La capacidad del sistema capitalista de excluir la empresa estatal de la formación global de la plusvalía, y por lo tanto del sistema de precios de producción de la perecuación de la tasa media de ganancia, no puede ser absoluta. Cuanto mayor es la parte de la producción que realizan estas empresas, más difícil se hace excluirlas del sistema global de la formación del valor y se hace difícil impedir su capacidad de convertirse en una fuerza competitiva con el sistema de empresas privada y afectar en consecuencia, todas o parte de las variables que afectan la formación de los precios de producción y de los precios en general. Por esto, el sistema capitalista tiene que establecer una relación cíclica con el capitalismo de Estado, ampliándolo o disminuyéndola según las circunstancias de la acumulación.

Por fin, una parte del excedente deberá ser destinado a nuevas inversiones. Si admitimos que este, es gran medida, estará en manos privadas, tales reinversiones deberán hacerse para valorizar el capital existente. Pero el volumen del excedente existente (que depende, como vimos, de la productividad del trabajo) determinará la aparte disponible para la reinversión. Al mismo tiempo este volumen condicionará la acción de las distintas fuerzas sociales por apropiarse de él; por otro lado, el equilibrio alcanzado por distintas fuerzas sociales condicionará también el uso posible del excedente, cuanto mayores son los gastos de reproducción de la fuerza de trabajo de los sectores no directamente productivos y de los improductivos, así como el consumo de la burguesía, menor será la parte del excedente que se podrá destinar a nuevas inversiones.

Vimos que el desarrollo de las fuerzas productivas no sólo permite el desarrollo de una gran masa de trabajadores no productivos, sino que pasa a exigir mayores gastos de I y D, administración, secretaría, transporte, comunicaciones, educación de la mano de obra, etcétera. Asimismo, en el modo de producción capitalista, el desarrollo de las fuerzas productivas implica no sólo un aumento del consumo conspicuo de los capitalistas y de las capas privilegiadas por el sistema, sino que también aumenta exageradamente los costos ligados a la realización de las mercancías (publicidad, mercadeo, etcétera.). Por tanto, hay una tendencia a utilizar una parte creciente del excedente que producen los trabajadores productivos en gastos necesarios al funcionamiento específico del modo de producción capitalista.

Si nosotros agregamos a lo ya señalado ciertos costos como el militar (que tanto alcanza la fuerza de trabajo convocada a las filas militares, como gastos “productivos” en la producción de armas) podemos ver el alto costo de mantención del régimen de producción capitalista en la etapa actual. La necesidad social de estos gastos permite entender porque tiende a disminuir la parte del excedente que el capitalismo maduro puede destinar a nuevas inversiones. Pero esta tendencia se contrarresta debido al aumento del excedente en bienes físicos generado por el aumento de la productividad del trabajo y en consecuencia de la diferencia creciente entre el tiempo de

trabajo necesario, equivalente a las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, y la masa de bienes producidos por el trabajador en su jornada total de trabajo.

Como se aprecia en el cuadro III-1; hay una relación entre el fenómeno productivo visto desde el ángulo del proceso de trabajo y de los gastos de producción de un lado; y visto desde el ángulo de los bienes producidos y del consumo, de otro lado.

Podemos subdividir, muy en general estos dos aspectos de un mismo fenómeno global tal como se muestra en la Tabla 3.1.

Tabla 3.1. Elementos básicos en que se divide la plusvalía

Proceso productivo capitalista	Producto y consumo
0.1 La primera gran división desde este punto de vista es entre	1.1 La primera gran división desde este punto de vista es entre:
0.1.1 Trabajo necesario y	1.1.1 Bienes de consumo esenciales consumidos por los trabajadores directamente y productivos
0.1.2 Plusvalía (trabajo excedente)	1.1.2 Excedente económico total
0.2 Dentro de la plusvalía hay que descontar los otros gastos de producción y circulación que son necesarios a la producción y realización de las mercancías dentro de las leyes del modo de producción concreto. Se distinguen:	1.2 Dentro del excedente económico hay que distinguir los varios sectores a los cuales se destina. Entre ellos hay que señalar, en primer lugar, el consumo de los trabajadores no directamente productivos vinculados a la producción y circulación. Se distinguen pues:
0.2.A Los gastos de producción no directamente productivos (I y D, gerencia, etc.) Y	El consumo de los trabajadores no directamente productivos ligados a la producción (gerentes, científicos, técnicos, etc.). En bienes de consumo esenciales y también de lujo y
0.2.B Los gastos de circulación (transporte, publicidad, mercadeo, etc.)	El consumo de los trabajadores no directamente productivos ligados a la circulación (transportistas, publicistas, vendedores, etc.). Compuesto básicamente de bienes de consumo esenciales.
0.3 Enseguida hay que descontar la parte de la plusvalía que va al bolsillo de los capitalistas para su consumo personal y que se divide en:	1.3 El consumo de los capitalistas depende de la parte de sus ingresos destinada al consumo personal y se divide artificialmente en:
0.3.C Ingresos por ganancia y beneficios	
0.3.D Ingresos por rédigos (Intereses, renta de la tierra, etc.)	
0.4 Otra parte de la plusvalía es detenida al:	

o.4.E Pago de impuestos hacia el Estado. (Hay que señalar sin embargo que el Estado recibe también impuestos sobre los ingresos de los trabajadores antes señalados y sobre los ingresos en ganancia, beneficios y rentas de los capitalistas, pero esto complicaría enormemente la presentación gráfica del problema que estamos estudiando)

o.5 Por fin, la parte sobrante de la plusvalía deberá convertirse en:

o.5.F Nuevas inversiones

o.5.g Gastos de reposición de los medios de producción

1.3.C Bienes de consumo de lujo de los capitalistas ligados a la producción (industriales, agricultores, mineros, etc.). Y

1.3.D Bienes de consumo de lujo de los rentistas (banqueros, prestamistas, terratenientes, etc.)

1.4 El excedente producido tiene que corporificarse también en:

1.4.E Bienes que consume el Estado (en general de consumo, pero también bienes de producción). El estado no sólo paga su burocracia que pasa a consumir bienes de consumo sino que también hace inversiones en obras públicas no rentables. Hay que señalar que la empresa pública propiamente dicha se encuentra en el modelo gráfico presentado en la misma situación que la empresa privada.

1.5 La parte del excedente que se dedica a nuevas inversiones se traduce en:

1.5.F Bienes de producción y bienes de consumo (para los nuevos asalariados).

1.5.G Bienes de producción necesarios para reponer aquellos gastados en procesos anteriores.

Con esta Tabla de elementos básicos en que se divide la plusvalía y el excedente económico podemos intentar un análisis más claro de los efectos que tiene sobre ambos el aumento de la productividad del trabajo que, según vimos, es un resultado necesario de la acumulación capitalista, a largo plazo.

Conforme a lo examinado en este capítulo, el aumento de la productividad del trabajo tiende a afectar los elementos señalados en la siguiente dirección:

1) El progreso técnico tiende a disminuir la parte de la jornada total de trabajo que se destina a la reproducción de la fuerza de trabajo dando origen a un aumento de la proporción del trabajo acrecentado que se transforma en plusvalía en relación al pago de la fuerza de trabajo (plusvalía relativa). Desde el punto de vista de la acumulación del capital, tal fenómeno se manifiesta como un aumento de la tasa de explotación y, por lo tanto, de la tasa de plusvalía. Desde el punto de vista de la economía en su conjunto, el mismo fenómeno se manifiesta en una nueva

relación global entre el trabajo necesario y la plusvalía total disponible para: pagar otras actividades complementarias de la producción y de la circulación y también las rentas de los capitalistas (ganancias, réditos, etcétera.), el funcionamiento superestructural del Estado (pues cuando el Estado funciona como empresa productora es también productor de plusvalía redistribuida hacia otros sectores de la economía por la vía de los precios) y la inversión.

Desde el punto de vista del resultado de la producción, estos cambios tecnológicos tienen que ver con la relación entre los bienes de consumo producidos para reproducir la fuerza de trabajo dedicada a la producción directa de los bienes consumidos por toda la sociedad (producto material bruto) y el excedente económico total que consumen los sectores no directamente productivos. Esto obliga al proceso productivo global a ajustarse a las demandas de bienes, materiales que tienen los distintos sectores de la estructura económica- social. En consecuencia, el excedente de bienes físicos no consumidos por los trabajadores directamente productivos se distribuye entre los agentes de la producción y de la reproducción de la formación social capitalista concreta antes señalados.

2) El aumento de la productividad está asociado a cambios en la tecnología y en la organización del trabajo que exige el aumento de los gastos complementarios a la producción, como los gastos de I y D, de gerencia y administración, de planeamiento de la producción, etcétera. Estos gastos aumentan en una proporción aún más elevada debido a las exigencias del modo de producción capitalista, el cual en la medida que se desarrolla aumenta sus contradicciones internas y en consecuencia, los gastos no directamente productivos (anarquía en la producción de conocimientos, exigencias de Investigación y Desarrollo para la diferenciación de productos y marcas en búsqueda de posiciones monopólicas en el mercado, investigación para aumentar el desgaste de los productos para que sean renovados más frecuentemente, aumento de los gastos gerenciales para asegurar el control de la mano de obra en general descontenta con la disciplina dictatorial de la fábricas y con sus sueldos, etcétera.). Esta práctica de lucha en contra de los trabajadores obliga también al capital a pagar sueldos más elevados a los sectores que ayudan en

la producción de conocimientos y en el control del proceso de trabajo lo que eleva la parte de la plusvalía que se destina a estos gastos.

Todo esto refleja, en el plano de los productos y del consumo material, en el aumento de la parte de la producción que se destina a esos sectores.

3) Lo que es válido para los gastos con los sectores no directamente productores también lo es para los gastos de circulación. En primer lugar, esos tienden a aumentar como consecuencia del mayor desarrollo de los sistemas de transporte y comunicación que permite colocar los productos en mercados lejanos, como consecuencia también de los gastos en publicidad, presentación de los productos y comercialización en general que están asociados a las exigencias de la lucha por el control de los mercados, la que tiene como uno de sus principales gastos los de publicidad.

En consecuencia, no sólo una parte creciente del tiempo de trabajo excedente o no remunerado del sector productivo tiene que ser complementaria con el trabajo de los sectores indirectamente productivos. Estos obtienen en general, sueldos más elevados porque sus funciones exigen alta fidelidad a los patrones, por lo menos en los escalones más elevados de la jerarquía de los responsables de publicidad, ventas, etcétera.

Es necesario señalar que los trabajadores dedicado a completar la producción y realizar la circulación están entregando un tiempo de trabajo, o una utilización por un período a de su fuerza de trabajo, al proceso final de la producción y afectan al mismo tiempo al consumo en la sociedad. Pero hay que señalar que ellos están prestando servicios que sólo pueden existir en la medida en que exista un trabajo excedente en la producción, el cual no pertenece al trabajador directamente productivo. Estos servicios no agregan un valor nuevo al producto, sino que se descuentan de la parte del valor (tiempo de trabajo socialmente necesario para producir determinados bienes materiales) creado en la esfera productiva y que no es remunerado. El Hecho de que puedan existir empresas dedicadas exclusivamente a los servicios de la producción y de la circulación no altera este hecho. Estas empresas están transfiriendo parte del plusvalor de los capitalistas de los sectores productivos hacia sí, al ofrecerles un servicio que necesitan para llevar adelante la producción o para realizar sus mercancías. Lo pueden hacer con mayor productividad debido a su especialización, pero no pueden crear valores. Y os

capitalistas de los sectores de servicios pueden apropiarse del tiempo de trabajo de sus trabajadores porque la forma capitalista de producción se proyecta hacia toda la economía. En este caso el capitalista del sector servicio está ofreciendo al capitalista del sector productivo un servicio que puede o deberá ser medido como un tiempo de trabajo socialmente necesario para realizarlo.

Lo que pasa es que el capitalista del sector servicios deberá pagar a su fuerza de trabajo un costo que es inferior al tiempo de trabajo socialmente necesario para realizar este servicio. Esta proyección del valor hacia actividades del sector servicios no acrecenta valor a los productos, sino que solamente retira parte del plusvalor de las manos de los capitalistas de los sectores productivos. Si no hubiera un tiempo de trabajo no remunerado, si la productividad del sector productivo no fuese muchas veces más alta que el consumo de la fuerza de trabajo expresado en salarios, este sector de servicios no podría existir. De esta manera, el desarrollo de 0.1.A y 0.1.B depende del desarrollo de las fuerzas productivas en general; de la relación entre trabajo necesario y excedente en particular, que se expresa en la disponibilidad de bienes de consumo en 1.1.A y 1.1.B.

El fenómeno se hace aún más claro cuando lo vemos bajo la óptica del producto y del consumo. Queda claro que si los productores directos no pueden crear una riqueza muchas veces superior a sus necesidades básicas de consumo no existirían en la sociedad los bienes que consumen los sectores dedicados a los servicios que no pueden crear ellos mismos sus medios materiales de reproducción. Queda claro pues que la división del trabajo sólo puede crecer y ampliarse en la medida que crece la fuerza productora de la sociedad y más concretamente la productividad del trabajo, es decir, la producción de bienes materiales por arriba de las necesidades de reproducción de la fuerza de trabajo directamente productiva.

Es también claro que el fenómeno es acumulativo. Es decir, en la medida en que la riqueza social permite a un número mayor de personas dedicarse al trabajo indirectamente productivo estas personas pueden hacer avanzar el desarrollo tecnológico a través del avance científico y tecnológico y de una más eficaz organización de la producción.

Queda claro también que el capitalista productivo buscará aumentar al máximo posible la productividad de los servicios en general para disminuir sus costos de producción y circulación, aumentando así la parte de la plusvalía de la que se puede apropiar. El progreso tecnológico es cada vez más importante en el área de la circulación por los efectos que tiene sobre la rotación del capital, fenómeno que no hemos tratado aquí porque complicaría demasiado nuestro análisis.

Es necesario señalar, por fin, que muchas actividades de servicio dependen de la producción de bienes de producción (edificios, ferrocarriles, autos, máquinas de escribir, computadoras, etcétera) que afectan la estructura de la producción y del consumo en un sentido que no está en nuestro cuadro porque lo haría muy complejo. Pero es necesario señalar que los sectores no directamente productivos y de la circulación no son ajenos no sólo al proceso productivo que complementan, sino que también tienen sus efectos sobre el producto y el consumo material, no sólo como consumidores finales, sino también como consumidores productivos en el sentido amplio (consumo de medios necesarios para el proceso de trabajo sea el de bienes o sea de servicios).

4) No debemos despreciar además el hecho de que el consumo de los capitalistas depende de la productividad no sólo del sector productivo que crea plusvalía sino también de los sectores indirectamente productivos y de la circulación que reciben una parte de la plusvalía a cambio de sus servicios. Para aumentar la parte de la plusvalía a cambio de sus servicios. Para aumentar la parte de la plusvalía que el capitalista puede consumir hay que aumentar asimismo la parte no remunerada de la producción directa y disminuir el valor (el tiempo de trabajo socialmente necesario), necesario para realizar los servicios ya señalados. Podemos aceptar por lo tanto que un aumento general de la productividad puede ampliar la parte de la plusvalía que es consumida por los capitalistas.

Pero hay que anotar que esto depende de otros factores no señalado aún. Pues, aunque aumente en términos absolutos la parte de la ganancia consumida, este aumento puede no expresarse en términos relativos, en la medida en que aumentan en mayor proporción las dimensiones de

las nuevas inversiones y lo cobros de réditos como intereses, etcétera, así como los impuestos del Estado. Se trata de las leyes de distribución interna de la plusvalía total generada.

5) El aumento del excedente está ligado al aumento de la productividad, este al desarrollo de las fuerzas productivas y este último lleva a un aumento de la concentración tecnológica y económica como vimos en los capítulos anteriores. El aumento de la concentración tecnológica y económica exige la concentración y centralización de los capitales que se realiza, en general, por el sistema bancario y financiero el cual pasa a constituirse en un servicio fundamental al capital productivo. Por ellos es que los pagos de intereses y los movimientos especulativos con acciones, con los sistemas de seguro, etcétera, se transforman en un elemento estructural del capitalismo contemporáneo. La renta del suelo también tiende a aumentar por la escasez de nuevas áreas de tierras cultivables, minas y recursos renovables, y por la concentración de los centros urbanos. En consecuencia, los ingresos por renta y la especulación inmobiliaria tiende a aumentar en las formaciones sociales capitalistas contemporáneas, Asimismo hay que considerar el aumento de los gastos en la instalación de bancos y otras agencias financieras, aunque exista un gran esfuerzo por aumentar la productividad del trabajo en estos sectores. Es de preverse, sin embargo, que aumentan los gastos financieros, así como el volumen de dinero real o ficticio y otros recursos que pasan por este sistema y la cantidad de créditos que demanda el proceso directamente productivo y la circulación.

6) Por fin, queda la cuestión del pago al Estado con su creciente importancia en el capitalismo contemporáneo. En primer lugar, hay que aceptar que los aumentos en el nivel de concentración de la producción y de la circulación y la mayor centralización del capital obligan a acrecentar la cantidad de horas de trabajo y de recursos que se destinan a la planificación global del sistema productivo, así como los gastos en educación, salud, etcétera. Hay que señalar también que las tareas de control social aumentan particularmente con la profundización de las contradicciones sociales que genera una formación social cada vez más atrapada entre los intereses de clases opuestos entre sí. En consecuencia, aumentan los gastos para garantizar la sobrevivencia del sistema,

sea por la vía de la legitimación (gastos de conservación social e ideológica del sistema) así como los gastos de represión (ejército, policía, etcétera). Estos gastos los hace en general el Estado, que tiene que cobrar impuestos crecientes para realizar los complejos objetivos que le asigna la formación social en su conjunto y las clases dominantes en particular. El Estado puede recurrir aún a la deuda pública y a la emisión de dinero, pero estos recursos tienen que ser recuperados en una nueva fase de la producción, a través de la acumulación. Si esta no se da, la crisis fiscal se hace patente.

En resumen, podemos destacar que el aumento de la plusvalía y del excedente total disponible está relacionado con ciertos cambios en el funcionamiento de las formaciones sociales, que conduce a un crecimiento de los gastos en servicios, en rentas y del Estado en particular. Este conjunto de gastos tiende a disminuir el porcentaje del trabajo realizado que se puede ahorrar para destinarlo a nuevas inversiones, así como la parte del excedente que puede cumplir tal fin. Es necesario señalar también que las nuevas inversiones no se destinan necesariamente al sector productivo. Ellas pueden destinarse a la expansión de los servicios. Además, hay que considerar siempre que toda nueva inversión implica la compra de fuerza de trabajo. En consecuencia, una parte del monto total de las nuevas inversiones se utiliza para la compra de bienes de producción (para el sector productivo o de servicios), y otra parte, para el pago de la mano de obra. Del análisis que realizamos de las formas que cobra el excedente económico, por un lado, y de las formas que cobra la plusvalía por el otro, es posible constatar la importancia del problema en el que nos metimos. Al incorporar tecnologías cada vez más productivas y concentradas, las formaciones sociales capitalistas producen dos efectos paralelos y contradictorios.

Por un lado, la mayor productividad aumenta la parte del producto que no necesita utilizarse para reproducir la fuerza de trabajo directamente productiva. Pero, al mismo tiempo, dadas las mismas exigencias materiales y socioeconómicas de esta tecnología, se deben aumentar los gastos (así como el consumo) con actividades de carácter indirectamente productivo, como las de Investigación y Desarrollo, educación,

transporte, almacenamiento, etc. De este modo, una parte del excedente generado por el aumento de la productividad es necesariamente absorbido por las mismas condiciones socioeconómicas que permiten el aumento de la productividad.

Por otro lado, el modo capitalista de producción supone necesariamente que los crecientes excedentes materiales generados por el aumento de la productividad cobren la forma de plusvalía. Esto tiene tres explicaciones diferentes:

- a) El capital se apropia del desarrollo de actividades indirectamente productivas y lo transforma en un nuevo instrumento para su apreciación. Es la transformación del sector servicios en una actividad capitalista y la búsqueda de una mayor productividad para este sector con el objetivo de aumentar su tasa de ganancia.
- b) Las necesidades de la acumulación capitalista acentúan el desarrollo de las actividades que favorecen la realización de las mercancías con el desarrollo de la publicidad del “marketing”, de los gastos de comercialización y financieros en general. Se produce una deformación del uso del excedente, específicamente capitalista, con el superdesarrollo de las actividades no productivas orientadas a la resolución de problemas específicos de la reproducción del capital.
- c) Las contradicciones emanadas de las relaciones de producción capitalistas no son resueltas sino profundizadas por esta etapa superior de la producción capitalista. Ellas conducen a una lucha cada vez más política y superestructural y no directamente económica del capital por apropiarse del excedente creciente generado por el aumento de las fuerzas productivas, lucha que conduce a la concentración empresarial, al monopolio, a la centralización financiera, a la intervención estatal y a las formas anárquicas de internacionalización del capital y de la producción. Las desigualdades sociales y de poder generadas por esta concentración acentúan las dificultades de las formaciones capitalistas modernas para absorber la mano de obra, eliminar la miseria y las contradicciones entre los intereses nacionales. Por el contrario, excepto en períodos de expansión espasmódicos de la producción, las contradicciones señaladas tienden a aumentar. En consecuencia, las

formaciones capitalistas modernas amplían enormemente sus gastos volcados, de un lado, a amortiguar tales contradicciones (ayuda económica a los pobres o sistemas de bienestar, sistemas de servicio social y de relaciones humanas en el trabajo, concesiones a capas de trabajadores como la aristocracia obrera, ayuda económica internacional, etcétera) y, de otro lado, amplían los gastos para reprimir las manifestaciones de descontento y rebelión a nivel social e internacional. Lo que lleva a los gastos crecientes con las policías, los militares, los sistemas de control social en los planos jurídicos, de propaganda, de justificación ideológica, de diversionismo cultural, etcétera.

La consecuencia económica de estas medidas es pues el crecimiento excesivo de los gastos no productivos, que sigue la lógica histórica de los modos de producción decadentes. El Egipto de las pirámides, la Roma de los “*circus*”. La Edad Media de las catedrales, fueron ejemplos históricos de la utilización no productiva de los excedentes económicos y del trabajo humano para sostener ideológica y materialmente relaciones de producción ya cuestionadas por el avance de las fuerzas productivas.

Es necesario señalar, en particular, el rol de los gastos militares en este contexto que es agravado por la expansión de relaciones sociales y fuerzas productivas nuevas en otros espacios económicos nacionales. Esto transforma la defensa del modo de producción decadente en un problema nacional para las formaciones sociales que viven este proceso. Ello las obliga a concentrar enormemente sus esfuerzos en las tareas militares y, al mismo tiempo, retarda el desarrollo de las nuevas formaciones sociales superiores al obligarlas a un esfuerzo similar en el campo militar con los objetivos de garantizar su sobrevivencia y de apoyar la expansión de las relaciones de producción nuevas. Se puede tener una idea general de la forma diferente de apropiación del trabajo excedente en el socialismo en el cuadro III-2 en el apéndice, donde no se incluyen sin embargo, los efectos señalados de los gastos militares.

Este conjunto de contradicciones son una necesidad intrínseca de los modos de producción cuando entran en una etapa decadente y expresan,

en consecuencia, una ley histórica del desarrollo de las formaciones sociales en la etapa en que el modo de producción en que se apoyan entra en esa fase decadente.

Esta ley se expresa, desde el punto de vista económico en una tendencia a la disminución relativa de las inversiones productivas en el capitalismo maduro.

Esta tendencia se acentúa todavía más cuando consideramos que la acumulación capitalista en sí misma tiende a disminuir la proporción de trabajo vivo en relación al trabajo muerto, como resultado natural del aumento de la productividad que tiende a aumentar la composición orgánica del capital y a disminuir, relativamente, la cantidad de trabajo vivo de la que el capitalista puede apropiarse. Esto genera una tendencia secular a bajar la tasa de ganancia media, contra la que el capital lucha desesperadamente, a través de los conocidos medios del precio del monopolio, la desvalorización y la depreciación del capital instalado, la absorción por el Estado de las ramas decadentes, y otros comportamientos que entran en conflicto en el largo plazo con el pleno funcionamiento de las fuerzas expansivas de acumulación capitalista, afectando negativamente las inversiones, en general, y las productivas en particular.

Aún así, es preciso analizar más en detalle la relación entre el aumento de la productividad como expresión de la aceleración del cambio tecnológico, la formación, la apropiación y la distribución del excedente y de la plusvalía (como fenómenos paralelos pero de naturaleza distinta), y la inversión en el capitalismo contemporáneo.

Una vez examinado esto, podremos pasar al estudio de la reproducción de la RCT y del valor.

4. Productividad, excedente e inversión - tendencias

Para analizar la formación del excedente tenemos por lo tanto que considerar un gran número de conceptos que normalmente no son considerados en los estudios sobre el tema.

- a) En primer lugar debemos considerar el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas expresado en un cierto nivel de productividad del trabajo

- que determina la cantidad de trabajo incorporado a la producción en un momento dado (FP).
- b) En seguida hay que tomar en consideración la jornada de trabajo que determina la cantidad de horas que los trabajadores destinan a la producción según un grado de productividad dado (JT).
 - c) En tercer lugar hay que considerar el número de trabajadores existentes que nos dará, multiplicados por el número de horas de la jornada de trabajo media, el número total de horas de trabajo efectuadas (NT).

Estas tres variables son las que condicionan el comportamiento de las demás y podrían ser consideradas las variables independientes para determinar la tendencia de desarrollo de las fuerzas productivas. Ellas afectan inmediatamente el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en las mercancías (TSN), que será igual a la cantidad de valores incorporados en los bienes y servicios producidos por una sociedad concreta o valor social global (VSG) si toda la producción se hace según la tecnología óptima.

Pero hay que señalar al mismo tiempo otro conjunto de variables que se refieren a la distribución interna en que se materializan estas fuerzas productivas, utilizadas en unas jornadas de trabajo definidas por un número de trabajadores determinado y unas horas de trabajo contabilizadas. En este sentido debemos distinguir:

- d) Un tiempo de trabajo necesario (t_n) para reproducir la fuerza de trabajo desgastada en este proceso, el cual se materializa en una canasta de bienes (CB) que adquiere esta fuerza de trabajo para reproducirse.
- e) Un tiempo de trabajo excedente (t_e) que corresponde a la parte de la jornada de trabajo (JT) que no es dedicada a la reproducción de la fuerza de trabajo (t_n). Esto significa que la relación entre trabajo necesario y trabajo excedente depende de la variable jornada de trabajo. Será su extensión la que determinará la cantidad de trabajo excedente y por lo tanto la tasa de explotación (TEX) que es igual a trabajo excedente/trabajo necesario, en una jornada de trabajo dada.

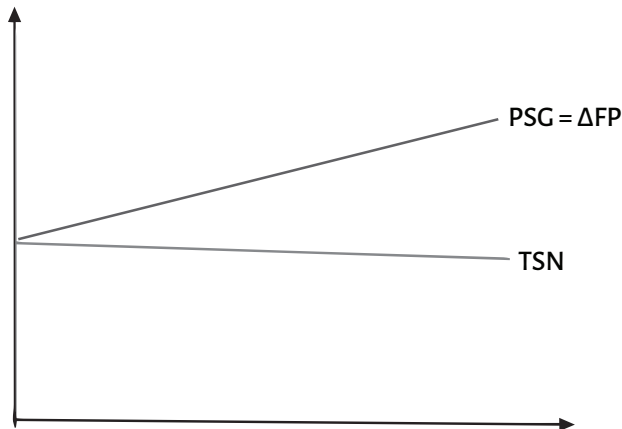
Para analizar el conjunto de fenómenos señalados hay que agregar aún un conjunto de variables expresadas en bienes, es decir, en la expresión material de todas las variables anteriores. Debemos distinguir entonces:

- f) El producto social global (PSG) en que se materializa la producción de las horas de trabajo socialmente necesario (TSN).
- g) La división de este producto entre la materialización del trabajo necesario en una canasta de bienes salario (BS), y el excedente económico global (EEG).

Veamos ahora cómo funciona este conjunto de variables en una situación histórica de aumento constante de la productividad.

Supongamos una situación en que la productividad crece y se mantienen constantes la jornada de trabajo y el número de obreros. Tendremos en este caso una curva contradictoria entre el crecimiento del Producto Social Global (PSG) y el tiempo de trabajo socialmente necesario (TSN) para producirlo.

Gráfica III-1



En este caso el PSG aumenta en la misma proporción que aumenta la productividad del trabajo mientras se mantiene estable el TSN para

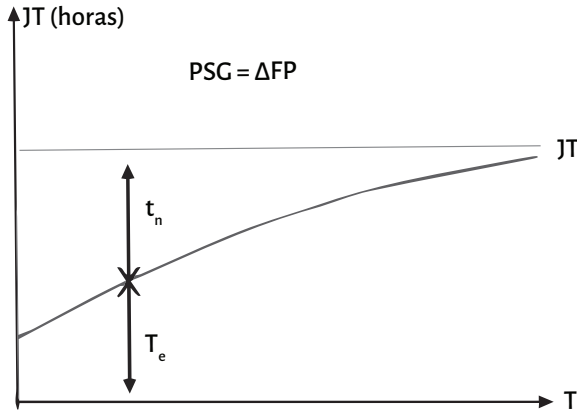
producirlo, pues suponemos que hay un mismo número de obreros y una misma jornada de trabajo de ellos. Pero en este caso se plantea un problema ¿quién consumirá el producto creciente, si tomamos un mismo número de obreros trabajando un mismo tiempo o jornada de trabajo y no suponemos variaciones en la tasa de explotación? En este caso, si no varía la tasa de explotación hay que aceptar que los bienes que consumen los obreros bajaron de valor y al mismo tiempo aumentó la canasta de bienes de los obreros elevándose la retribución física de la fuerza de trabajo.

Esta hipótesis es totalmente arbitraria pues sabemos que:

- a) La tasa de explotación tiende a aumentar en la medida en que aumenta la productividad pues la remuneración de la fuerza de trabajo tiende a ser constante o a elevarse en un ritmo inferior al aumento de la productividad.
- b) De cualquier manera, la disminución del valor de los bienes que forman la canasta de bienes salarios y desvalorización de la fuerza de trabajo que está asociada al aumento de la tecnología disminuye la parte de la jornada de trabajo que se destina a la reproducción de la fuerza de trabajo.

Para hacer una aproximación más realista al fenómeno histórico, tenemos que analizar por lo tanto la influencia del desarrollo de las fuerzas productivas en la tasa de explotación y para esto debemos suponer que varía el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo excedente de la manera en que se muestra en la gráfica III-2.

Gráfica III-2



Veamos pues que si la jornada de trabajo permanece constante la disminución del tiempo de trabajo necesario eleva la parte de trabajo excedente que forma la plusvalía y por lo tanto la tasa de explotación (T_e/T_n). Vemos, sin embargo, que hay un límite físico para la elevación de la tasa de explotación que se expresa en la concavidad de la curva de T_n . Esto se puede ver en el ejemplo numérico que se presenta en el Cuadro III-1, el cual muestra muy bien los límites crecientes que opone el desarrollo de la tecnología a la valorización del capital a partir de un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas.

Cuadro III-1

	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
	ΔFP	TSN	Tasa de crecimiento del T_n	T_e	Tasa de crecimiento del T_e	Tasa de explotación T_{ex}	Tasa de crecimiento de la T_{ex}
0	-	8.00	-	2.00	-	0.25	-
1	100%	4.00	50%	6.00	200.00%	1.5	500.00%
2	100%	2.00	50%	8.00	33.00%	4	166.00%
4	100%	1.00	50%	9.00	12.50%	9	125.00%
8	100%	0.50	50%	9.50	5.50%	19	111.00%
16	100%	0.25	50%	9.75	2.63%	39	105.00%

Pues, a pesar de que aumenta la tasa de explotación con la disminución de t_n (columna 6) la tasa de crecimiento de la tasa de explotación (columna 7) va disminuyendo al enfrentarse con la barrera de la jornada de trabajo estable que limita el crecimiento del tiempo de trabajo excedente (T_e), como se ve en las columnas 4 y 5. Esto se aprecia también en el conjunto de gráficas III-1, 2, y 3 que se presenta en el apéndice de este capítulo.

Pero si aceptamos que una reacción tan violenta del tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo debe provocar una creciente lucha social por disminuir la jornada de trabajo, debemos disminuir la posibilidad de crecimiento tan espectacular del tiempo de trabajo excedente y encontraremos un límite más claro al crecimiento de la tasa de explotación, como se ve en las gráficas III-4 y 5 en el apéndice.

Por esto, el capital no puede abandonar nunca la lucha por la plusvalía absoluta. Pero si aceptamos con Marx en *El capital* que hay una contradicción entre el alargamiento de la jornada de trabajo y la intensidad del trabajo, es decir, entre el aumento extensivo absoluto y el intensivo o relativo de la jornada de trabajo, vemos que los capitalistas pueden compensar en parte la baja de la jornada absoluta de trabajo con una mayor intensidad del trabajo. Sin embargo, las condiciones de la automatización que aumentan enormemente la intensidad del trabajo disminuyen las posibilidades de ampliar indefinidamente la intensificación del trabajo y su relevancia en la cantidad de valor incorporada a la jornada de trabajo.

La vinculación del tiempo excedente con la jornada de trabajo nos muestra pues los límites teóricos de la explotación capitalista en la medida en que avanza el desarrollo de las fuerzas productivas y la importancia de la lucha de la clase obrera por la reducción de la jornada de trabajo y por el aumento del tiempo libre.

Esta visión más completa de la formación del excedente en el proceso de trabajo (jornada de trabajo) nos revela también las limitaciones de un enfoque del capitalismo contemporáneo apoyado solamente en la tendencia al crecimiento del excedente económico y las dificultades generadas por su apropiación capitalista en el sentido de realizar nuevas formas de consumo productivo del mismo. Este enfoque puesto de moda por Baran y Sweezy en su importante libro *El capitalismo monopolístico*

abandona los problemas cruciales de la formación del excedente en el proceso de trabajo fuente de las contradicciones básicas del capitalismo contemporáneo.

Si ligamos ahora el conjunto de elementos que señalamos al iniciar este capítulo, veremos que el crecimiento del excedente económico (EE) es una función de varios factores: a) el desarrollo de la productividad o crecimiento de las fuerzas productivas ("FP); b) el número de horas trabajadas (HT) que es al mismo tiempo una función de la jornada de trabajo (JT) y del número de trabajadores (NT); c) de la tasa de explotación (TEx) que es una función del tiempo de trabajo y el tiempo de trabajo excedente:

$$EE = f [FP, HT (JT \cdot NT), TEx (te/tn)]$$

Esta función se expresa a su vez en un producto nacional (PN) que es un conjunto de bienes producidos por la sociedad en un ciclo de producción dado. Estos bienes se reparten por su lado en una canasta de bienes (CB) para reproducir la fuerza de trabajo y un excedente total (ET) que se divide ente: el consumo de los trabajadores no directamente productivos ligados a la producción (TNDPp) y los ligados a la circulación (TNDPc); el consumo de los capitalistas (CC) que se subdivide entre los varios tipos de capitalistas; el consumo de los trabajadores del Estado y de sus gastos de funcionamiento (CE); y el consumo de bienes de inversión nuevos (BI) subdivididos en medios de producción BImp) y fuerza de trabajo (BIft).

Donde la parte del excedente disponible para nuevas inversiones (EEI) se deduce de las demás partes no productivas (EENP) del excedente económico total. Donde:

$$EEI = EET - EENP (TNDP, CC, CE)$$

De esta manera, el desarrollo de las fuerzas productivas, la tasa de explotación, la jornada de trabajo y el número de obreros son las variables que sostienen el excedente económico en su conjunto. Este a su vez es la base del funcionamiento de los demás sectores de la economía y de las nuevas inversiones posibles.

La posibilidad de una mayor o menor concesión de los capitalistas a los obreros y del aumento de su nivel de vida depende de este conjunto de variables y las subdivisiones que hemos señalado en este capítulo.

No está demás llamar la atención, por tanto, hacia la importancia del desarrollo de las fuerzas productivas para la lógica del desarrollo capitalista, no como una variable exógena sino como un resultado del propio proceso de acumulación capitalista. Pero un resultado que le plantea nuevas etapas de contradicciones y que establece un límite histórico para su sobrevivencia.

5. Productividad, excedente e inversión; visión de conjunto

En términos materiales, el desarrollo de las fuerzas productivas significa un aumento de la capacidad humana de producir una mayor cantidad de bienes en un menor tiempo de trabajo. Es decir, en crear un excedente creciente de bienes en relación al tiempo de trabajo que se destina a la reproducción de la fuerza de trabajo que produce estos bienes. En términos materiales, esto significa que la sociedad dispone más o menos libremente (dependiendo del conjunto de relaciones sociales) de una mayor cantidad de bienes que podrán ser destinados a:

- a) Ampliar la cantidad de bienes que consume la propia fuerza de trabajo. En tal caso, el desarrollo de las fuerzas productivas no aumentará el excedente disponible, sino que lo incorporará al fondo de consumo de la sociedad. Este nuevo consumo podrá ser de tipo individual o colectivo.
- b) Ampliar el número de personas dedicadas a tareas no directamente productivas que consumirán el excedente de bienes generado por la mayor productividad del trabajo productivo. Las tareas no directamente productivas pueden estar asociadas a actividades que revierten sobre un nuevo aumento de la productividad del trabajo lo que llamaríamos trabajo indirectamente productivo³⁸ como lo son, de un lado, la gestión,

38. “El trabajo directamente productivo corresponde a la actividad de producción que crea la plusvalía. El trabajo indirectamente productivo corresponde a la actividad de circulación que realiza la plusvalía” (Berthoud, 1974). Esta definición no incluye el trabajo complementario a la producción (gestión, I y D, limpieza y conservación) cuya importancia es creciente en el proceso de producción contemporáneo. Sin embargo, el libro de Berthoud es uno de los intentos más bien logrados de estudio del tema.

la investigación y Desarrollo, las actividades de limpieza y conservación, los servicios administrativos de la empresa y de otro lado, las actividades de circulación y comercialización de los productos. Todo lo cual hace parte de los costos de producción de los productos.

Asimismo, las actividades no directamente productivas pueden ser de otra naturaleza: se trata de servicios prestados a las personas independientemente de su papel de productoras. En este caso estarían el aparato del Estado, las tareas educacionales, de diversión y cultura, de salud, de represión, etcétera. Que tienen que ver con la reproducción de la fuerza de trabajo y de la colectividad en su conjunto y que no producen bienes materiales sino bienes-servicios.

Esas actividades no hacen parte de los costos de producción y son tanto más extensas cuanto más disponga la sociedad de un excedente de bienes materiales que permite alimentar, vestir y abrigar aquellos que no se dedican a actividades directa o indirectamente productivas.

Es evidente pues que el aumento de la productividad del trabajo directamente productivo es la clave para entender la posibilidad de que exista una mayor masa de trabajadores no directamente productivos en la sociedad. El aumento de las actividades no directamente productivas eleva a niveles superiores la diferencia entre los servicios y actividades humanas necesarias a la reproducción de la fuerza de trabajo y aquellos dedicados al desarrollo espiritual de la humanidad. El aumento de la productividad global de la sociedad aumento el número de personas que puede dedicarse a lo segundo que está asociada al desarrollo del tiempo libre de que dispone la sociedad. Pero este depende directamente de la extensión de la jornada de trabajo y ella, como vimos, es una variable esencial para la tasa de explotación.

- c) Pero el aumento del excedente de bienes disponibles se puede dedicar también a nuevas inversiones que amplíen la capacidad productiva de la sociedad. Estas nuevas inversiones podrán realizarse según los principios productivos anteriores o según formas más avanzadas de productividad del trabajo. En el primer caso, el crecimiento de la producción será proporcional a los índices anteriores; en el segundo, habrá un crecimiento superior al monto de recursos materiales destinados a la inversión nueva. Este es el rol especial que juega el desarrollo de

las fuerzas productivas en la combinación de los factores que influyen sobre el crecimiento económico.

- d) De esta manera, la mayor productividad de las nuevas inversiones aumenta la capacidad de reproducción acumulada del excedente invertido.
- e) El aumento de la productividad del trabajo podrá ser destinado también no a aumentar la cantidad de bienes producidos sino a disminuir el tiempo de trabajo que la sociedad invierte en su producción a través de la disminución de la jornada de trabajo, es decir, el tiempo que cada trabajador dedica a las actividades directamente productivas. Esto significa aumentar el tiempo disponible para el ocio de la sociedad. El aumento del ocio implica sin embargo un nuevo tipo de actividades que puede exigir otras inversiones con servicios indirectamente productivos o de carácter espiritual.

Las variables anteriores se alteran cuando se considera el aumento de la población activa y su composición etaria y por sectores económicos. El comportamiento de la población aumenta disminuye el excedente disponible para los fines señalados anteriormente.

Es claro también que esas tendencias (a, b, c y d) se pueden dar al mismo tiempo, dependiendo del crecimiento de la productividad y del excedente disponible, así como de la base de riqueza material de la cual se parte.

De lo que hemos visto, queda claro el hecho de que el aumento de las fuerzas productivas de la sociedad en su conjunto, que se expresa en el aumento de la productividad del trabajo y de la renta per cápita y nacional (dependiendo del comportamiento de la población y de la tasa de crecimiento de la productividad) es la condición necesaria del aumento de la riqueza social. Pero, no es una condición suficiente para el aumento del nivel de vida de la sociedad. Por el contrario, en las condiciones del modo de producción capitalista, basado en la propiedad privada de los medios de producción y en las relaciones de producción asalariadas las tendencias antes señaladas pueden y tienden a convertirse en su opuesto, es decir en fuente de miseria y empobrecimiento de grandes masas de la población.

Es así que:

1. La posibilidad de que la fuerza de trabajo directamente productiva se apropie, directa o indirectamente de la mayor parte del excedente generado por la mayor productividad del trabajo depende fundamentalmente de su capacidad de negociación salarial o social que está afectada por varios factores: la organización sindical de la clase obrera, la existencia de un ejército industrial de reserva más o menos extenso y por lo tanto de la mayor o menor competencia entre los trabajadores que buscan empleo, su conciencia y la información de que disponen los trabajadores sobre el monto del excedente generado, su capacidad de movilizar a las demás fuerzas sociales en su favor, de influenciar la política económica y el Estado. Existen aún ciertos intereses del conjunto de las sociedades concretas que plantean prioridades nacionales inmersas en un contexto geopolítico mundial y la lucha entre los diversos sectores de la sociedad por influenciar la apropiación y utilización del excedente económico en su favor.

Es necesario señalar antes de todo que, en el modo de producción asalariado, el excedente pertenece en primer lugar al propietario de los medios de producción. El salario no se fija en función de la capacidad productiva del trabajador sino en función del valor de la reproducción de la fuerza de trabajo. Para aumentar su capacidad de apropiarse del excedente generado, el trabajador tiene que luchar, dentro del sistema capitalista, por una redistribución del excedente apropiado por el capital. Esto se puede hacer sea a través del aumento de su salario, sea por procesos de negociación colectiva (que afectan las condiciones de trabajo, los beneficios sociales, etcétera.), sea por el aumento de los impuestos que transfieren la plusvalía del capitalista hacia el Estado. Pero cuando la plusvalía es transferida hacia el Estado el trabajo organizado tiene que luchar en seguida para que el Estado use el excedente en sus manos a favor de trabajo pues este lo puede revertir y casi siempre lo revierte otra vez a favor del capital o de otras capas sociales. La lucha por la redistribución del excedente se transfiere así en una buena medida hacia la lucha por el control del Estado y de la política económica.

2. La parte del excedente que ser destinada a emplear nuevos trabajadores no directamente productivos dependerá también del capital, pues

en la medida en que las relaciones capitalistas se desarrollan, todas las formas de trabajo son posibles de ser apropiadas por el capital y convertidas en trabajo asalariado. Es así que todas las formas de trabajo pueden convertirse en fuente de plusvalía, en trabajo “productivo” desde el punto de vista del capital.

En consecuencia, el capital orientará el desarrollo de esas actividades no directamente productivas o no productivas de la manera más favorable a su propia valorización como capital:

- › En primer lugar, desarrollará aquellas actividades indirectamente productivas que permitan disminuir los costos de producción en la empresa, (como la I y D, la mayor eficiencia administrativa, etcétera) en el transporte y comercialización de las mercancías, etcétera.
- › En segundo lugar, apoyará aquellas actividades indirectamente productivas que permitan disminuir el tiempo de rotación del capital.
- › En tercer lugar, impulsará aquellas que favorezcan la realización de las mercancías (diferenciación de productos, mejor presentación de los productos, publicidad, técnicas de mercado, etcétera).
- › En cuarto lugar, el capital buscará apropiarse directamente de las actividades de servicios en general, creando empresas de servicios administrativos, de comunicación de espectáculos, de salud, de educación, siempre que sean actividades rentables, pues el aumento del costo de producción de esas actividades ha hecho al capital abandonar muchas de ellas traspasándolas al Estado.

El estado se ocupa de una parte creciente de los servicios prestados a la sociedad disminuyendo los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, de los gastos de infraestructura y hasta de algunos bienes y servicios de uso social generalizado.³⁹ Por otro lado, las funciones de

39. La intervención del Estado en la producción de bienes y servicios cumple un rol creciente en el capitalismo contemporáneo. Como vimos, él subsidia directamente aquellos servicios, como la I y D, que el capital encuentra muy costosos y riesgosos. Por otro lado, él se encarga de las actividades de baja tasa de ganancia que no interesan al capital privado. Y subsidia así al sector privado a través del sistema de precios. Estos precios pueden ser hasta inferiores al valor de la producción. Si admitimos que el Estado paga salarios que corresponden al tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo y no tiene por objetivo alcanzar una ganancia, el precio final de su producto no incluirá el equivalente al tiempo de

legitimación del orden social existente, de reglamentación social, de represión, de reproducción de la fuerza de trabajo, de su formación profesional y hasta de su educación global, pasan a adquirir una dimensión cada vez más amplia aumentando los gastos de cada clase y cada grupo social tienen que realizar por imponer su visión del mundo a las demás clases. Las ideas dominantes en una sociedad son las de su clase dominante, pero cuando la reproducción de la superestructura ideológica se convierte en un fenómeno tan complejo, la clase dominante no puede confiar en su reproducción espontánea. Se hace necesario un esfuerzo planificado del Estado para garantizar la reproducción e imposición de la ideología dominante. La espontaneidad del desarrollo social se choca con las ideas burguesas y exige una concepción dialéctica del mundo para mantener el proceso de apropiación de la naturaleza y de la sociedad.

Crecen así las actividades de justificación y legitimación del orden existente, sean las directamente represivas (aumento de los gastos militares, policiacos, judiciales, etcétera.), sean las de legitimación más global que movilizan a un creciente número de intelectuales, tecnócratas y burócratas en general.

El crecimiento del sector de servicios en el capitalismo contemporáneo no es pues una consecuencia directa y mecánica del desarrollo de las fuerzas productivas. Este sector se comportará de manera diferente dependiendo del modo de producción en que se da y en particular de la estructura social, de la conciencia y organización de las clases, del aparato institucional, de las condiciones históricas particulares, de las correlaciones de fuerza concretas.

3. Cuánto del excedente generado se dedicará a nuevas inversiones o menos productivas dependerá también de los factores antes señalados. Pues tanto mayor sea el peso de los trabajadores directamente

trabajo excedente o plusvalía, la cual se transferirá a los sectores usuarios aumentando sus ingresos, si son individuos consumidores, o sus ganancias si son capitalistas. De esta forma, la plusvalía distribuida en la sociedad bajo la forma de excedentes no apropiados por el Estado, puede aumentar sensiblemente la tasa de ganancia del sector privado. Lo mismo pasa con los servicios ofrecidos por el Estado cuyo precio es inferior al tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducirlos. Muchos de esos servicios sirven a la reproducción de la fuerza de trabajo y disminuyen en consecuencia su costo.

productivos o de los intelectuales, tecnócratas, burócratas, etcétera, tanto mayor será la parte que obtengan de este excedente. También contará el comportamiento de la burguesía en lo que respecta a sus hábitos de consumo, ostentación, lujo o de inversión y capacidad gerencial. Por fin, la acción de estas fuerzas sobre el Estado y de este sobre ellas determinará también la mayor o menor canalización del excedente hacia nuevas inversiones. Es evidente también que el comportamiento de los distintos sectores depende del volumen del excedente, el cual determinará la mayor o menor viabilidad de las distintas presiones por el aumento del consumo o de la inversión y los sectores a que se dirijan.

Es indudable que el aumento de la productividad permite ampliar el excedente disponible y corresponde a una mayor posibilidad de emplear una parte sustancial del mismo en nuevas inversiones sin afectar gravemente el nivel de consumo de la sociedad. Es también claro que un mayor excedente disponible permitirá aumentar los gastos en I y D y en consecuencia aumentar la productividad de cada nueva inversión ampliando así de manera acumulativa la capacidad productiva de la sociedad.

De esta manera, el modo de producción capitalista en la etapa de la revolución científico-técnica aumento su capacidad de atender a ciertas reivindicaciones sociales y, al mismo tiempo, de ampliar su capacidad productiva. Esta situación está sin embargo comprometida por las tendencias antes señaladas de ampliar desmesuradamente los gastos de defensa, legitimación y represión del sistema socioeconómico, que se hacen cada vez más contradictorias con el carácter creciente colectivo, social concentrado y cooperativo de la actividad productiva. Obligado a aplicar crecientemente las formas más socializadas, centralizadas y concentradas del capital, así como la intervención del Estado como representante colectivo del capital, el capitalismo en su etapa contemporánea aumento los aparatos burocráticos en proporciones que aplastan la eficiencia del sistema, la inmovilizan e irracionalizan y disminuyen en consecuencia su capacidad de estimular las fuerzas innovadoras de la sociedad.

De esta forma, el modo de producción capitalista en la etapa de la revolución científico-técnica se va transformando en un gigante desproporcionado, pesado, hinchado, que eleva sus contradicciones internas a nuevos niveles cada vez más explosivos.

4. Este carácter contradictorio del capitalismo contemporáneo se hace particularmente evidente en lo que respecta a su incapacidad de disminuir la jornada de trabajo en una proporción relativa al aumento de la productividad social. El único impedimento para que esto se dé es el propio capital y su proceso de valorización. Este se apoya en el tiempo de trabajo no remunerado y consecuentemente en aquella parte de la jornada de trabajo que el trabajador no dedica a su propia reproducción como fuerza de trabajo. El capital necesita pues de ampliar la jornada de trabajo en una lucha constante por ampliar la plusvalía absoluta. Así, cuando disminuyen los costos de la fuerza de trabajo y por lo tanto del tiempo de la jornada de trabajo destinado a su reproducción, el capital en su sed de valorización no se contenta con el plusvalor que aumenta con este mecanismo que Marx llamó la plusvalía relativa. En todos los momentos está buscando aumentar la jornada de trabajo sea directamente, sea por las trampas más diversas (como disminuir el tiempo de descanso en la empresa, contar el horario de trabajo después que empiezan las máquinas a funcionar, estimular las horas extras como forma disfrazada de pago de salarios, etcétera).

El resultado de estos procedimientos es una disminución cada vez más importante de la mano de obra empleada. El fenómeno del desempleo llamado estructural o tecnológico es la consecuencia inevitable de esta dinámica.

Disminuye el tiempo de trabajo que la sociedad necesita para producir los bienes que consume en las condiciones socialmente dadas (debido a una repartición de la fuerza de trabajo y del ingreso determinada por la formación socioeconómica existente), pero no disminuye la jornada de trabajo de manera tal que se distribuya sobre toda la sociedad el peso de la actividad productiva. El comportamiento del capital y sus necesidades de acumulación reproducen las diferenciaciones sociales heredadas del pasado e impiden la disminución de la diferencia entre el trabajo manual e intelectual que permite el desarrollo de las fuerzas productivas ya alcanzado por la sociedad en su conjunto.

Es necesario considerar también que el desempleo cumple una función económica fundamental en el modo de producción capitalista. Al existir una mano de obra desempleada o un ejército industrial de reserva

aumento la competitividad entre los trabajadores y baja la capacidad de reivindicación salarial de los obreros, su combatividad y su capacidad organizativa.

De esta manera, el aumento de la productividad del trabajo y el desarrollo de las fuerzas productivas se convierte en un factor de miseria para aquellas capas de la población (desempleadas, subempleadas y marginalizadas) y afecta la capacidad reivindicativa de los trabajadores integrados en la producción, disminuyendo su capacidad de obtener mejores niveles de vida.

Esta dinámica contradictoria del desarrollo del capitalismo se puede sintetizar en el aumento de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes; entre el carácter cada vez más social de esas fuerzas productivas desarrolladas por el capital y el carácter privado de la apropiación capitalista que cada vez se hace más estrecho para contener en su seno esas fuerzas productivas y llevar adelante su desarrollo. Las bendiciones que significa el aumento del dominio del hombre sobre la naturaleza se vuelcan así en contra de la humanidad misma.

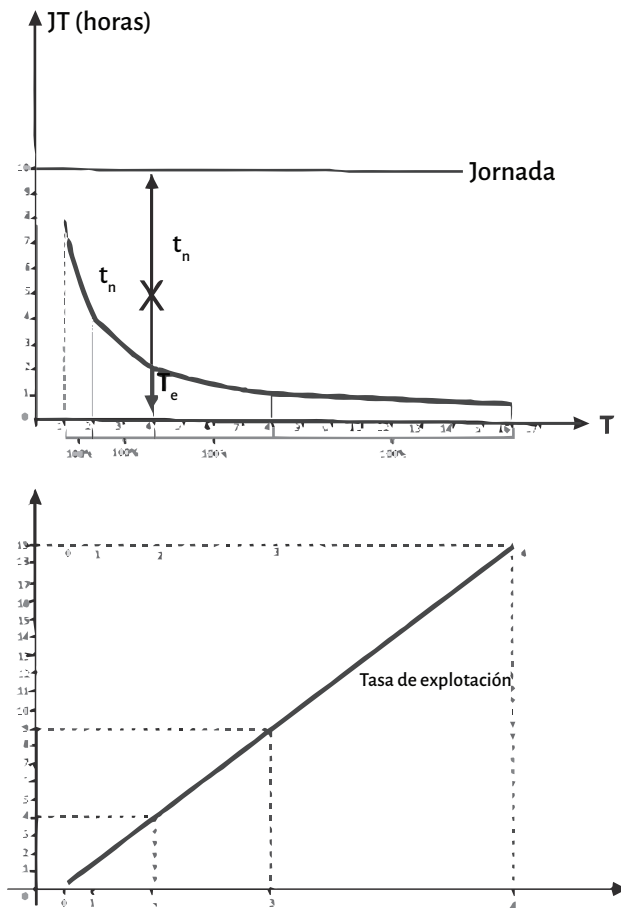
El aumento del excedente económico se transforma en fuente de ganancias privadas, en ampliación del aparato burocrático y represivo, en irracionalidad social creciente. La disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario en fuente de desempleo, miseria y marginalidad social afectando la salud misma del organismo social, estimulando la violencia, la frustración, la criminalidad, la irresponsabilidad social.

Para completar nuestro examen de las contradicciones entre la revolución científico-técnica y el capitalismo en su fase contemporánea, se hace necesario avanzar en el estudio del proceso de reproducción y en seguida en el proceso de valorización en su conjunto. Solamente después de estos avances, que realizaremos en los dos capítulos siguientes, podremos dedicarnos posteriormente en trabajos futuros a un examen más detallado de las relaciones ente la RCT el proceso de trabajo, la estructura del empleo, el desempleo, la jornada de trabajo y el tiempo libre, con el cual completaremos la temática iniciada en nuestro libro *Revolución científico- técnica y capitalismo contemporáneo* y continuada en el presente trabajo sobre *La Revolución Científico-Técnica y la*

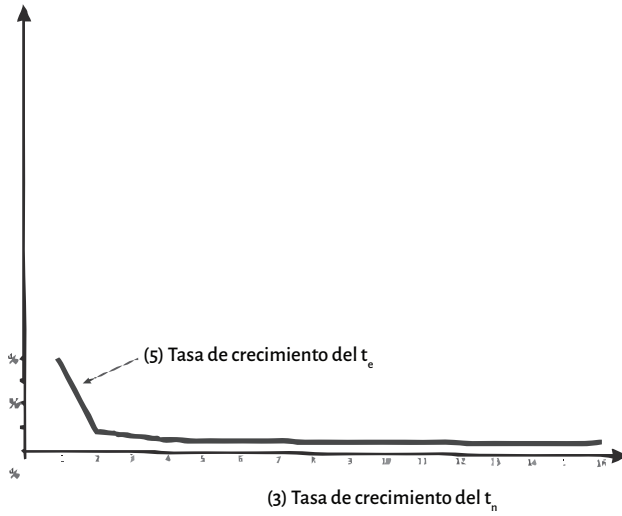
Acumulación de Capital.

El análisis de este cuadro de relaciones básicas entre la estructura socioeconómica capitalista y el desarrollo actual de las fuerzas productivas exigirá, sin embargo, un paso posterior al proyectarlas hacia el nivel internacional en un nuevo entorno empírico y teórico para analizar los efectos de la revolución científico-técnica sobre la transferencia de tecnología y la dependencia tecnológica.

Gráfica III-3



Gráfica III-4



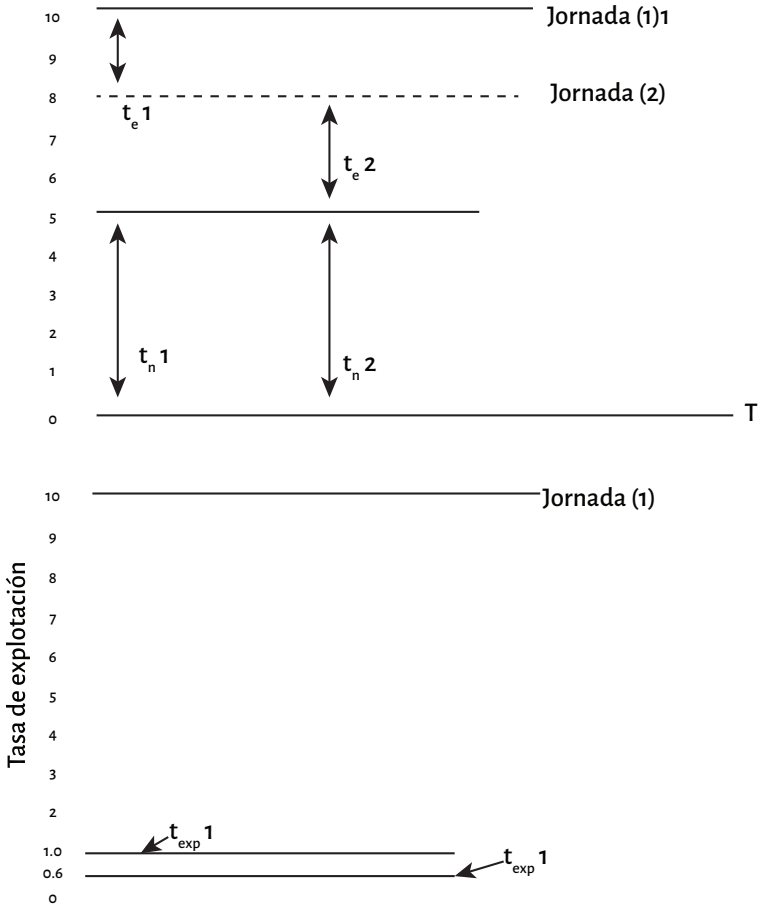
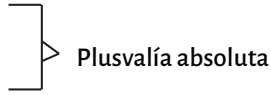
Gráfica III-5



Gráfica III-6

Condiciones:

- 1) Jornadas variable
- 2) Todo lo demás constante



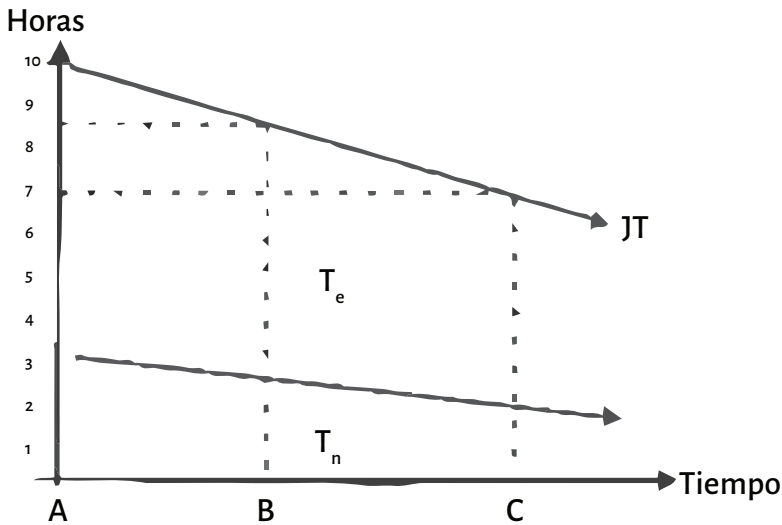
Gráfica III-7

A= $T_n=3$; $T_e=7$, donde $7/3=23.3\%$

B= $T_n=2.5$; $T_e=6.0$, donde $5.9/2.6=22.7\%$

C= $T_n=2.2$; $T_e=4.8$, donde $4.8/2.2=21.8\%$

Donde la tasa de explotación cae permanentemente de C a B y de ahí a C, por efecto de una rebaja mayor de la jornada de trabajo que del tiempo necesario.



IV. RCT y reproducción del capital

1. Apropiación del excedente, inversión y reproducción

En el capítulo anterior, vimos cómo el progreso científico tecnológico genera un aumento de la productividad que se refleja en el capitalismo como un excedente económico creciente, y no como una liberación del trabajo por medio de la disminución de la jornada laboral y del uso productivo del ocio. Vimos también cómo el capital lucha sin

descanso por apoderarse de este excedente por medio de los mecanismos del monopolio tecnológico que extiende en el tiempo las ventajas de la plusvalía extraordinaria; del sistema de precios monopólicos que permite tasas de ganancia más altas, de los modos de extensión de la jornada laboral que permite aumentar la tasa de explotación; del aumento de la intensidad del trabajo que también permite aumentar las tasas de explotación por el mecanismo de plusvalía relativa o por la disminución del valor de la fuerza de trabajo y, por último, por la baja del valor del capital constante.

Todos estos mecanismos intentan garantizar para el capital la máxima apropiación del excedente, en particular para el capital monopólico. Ese excedente apropiado se convierte mayormente en un conjunto de bienes productivos que permiten iniciar nuevos ciclos de producción ampliada. Del punto de vista del proceso de valorización, se trata de una acumulación de capital; del punto de vista contable, se trata de aumentar lo más posible la tasa de inversión en el conjunto de la economía.

Paul Baran y Paul Swezy han concentrado su esfuerzo teórico en demostrar las dificultades que tiene el capitalismo para absorber productivamente el excedente económico creciente generado por el avance tecnológico.⁴⁰ Pero este tema nos desvía del análisis de las condiciones concretas de la reproducción social capitalista para llevarnos al plano de la crítica de esta reproducción, desde el punto de vista de una sociedad superior que utilice más racionalmente su excedente, dadas las mismas condiciones técnicas de producción.

El tema que nos interesa en este ítem es el de la apropiación del excedente, la inversión y su efecto sobre la reproducción. Se trata de determinar hasta qué punto la apropiación capitalista, y más particularmente monopolista, del excedente económico se refleja en una mayor o menor capacidad del capitalismo contemporáneo para estimular el desarrollo de las fuerzas productivas a través de nuevas inversiones. Y, en segundo lugar, aún cuando suponemos la capacidad de realizar nuevas inversiones, en qué medida estas tienden a realizarse dentro de los marcos tecnológicos anteriores o tienden a absorber

40. Este es el tema central del libro de Paul Sweezy y Paul Baran (1966).

cambios tecnológicos importantes aumentando significativamente la productividad de la fuerza de trabajo e impulsando, por lo tanto, los mecanismos de liberación del trabajo e impulsando, por lo tanto, los mecanismos de liberación del trabajo que, consciente o inconscientemente, se hace posible en el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo por mayor que sea la resistencia del capital a permitir esta liberación.

Como vimos, la innovación y difusión de una tecnología superior se hacen compulsivas en condiciones de libre competencia. El descubrimiento de un nuevo método de producción o de un nuevo producto, puede ser aplicado por los competidores. Hay así una razón necesaria que lleva la adopción de las nuevas tecnologías que incluso lleva a una búsqueda más o menos frenética de las mismas. En condiciones de oligopolio, no deja de existir el interés por dominar el conocimiento tecnológico, pues la propiedad de las nuevas marcas y patentes impide la entrada de nuevos competidores. Sin embargo, se producen condiciones muy diferentes cuando se trata de la aplicación del resultado del conocimiento, pues, teóricamente, el monopolio puede retardar la adopción de la tecnología hasta el momento en que esta le sea económicamente más rentable. Se produce así una separación entre la ley que regula la producción de conocimiento y la que regula la innovación y la difusión tecnológicas.

El desarrollo tecnológico contemporáneo se cristaliza, desde el punto de vista productivo, en la automatización. El avance de la capacidad técnica para introducir nuevos procesos de automatización ha crecido, particularmente después de los años sesenta, sobre todo debido a la competencia militar.

Esto se explica porque la competencia entre las potencias capitalistas y las socialistas y las luchas interimperialistas no permiten la no aplicación del conocimiento adquirido en un campo donde se define la vida o la muerte. Asimismo, la acción estatal es más amplia y libre en este campo, haciéndose posible una mayor programación de la investigación y su aplicación. Por fin, el papel vital que viene asumiendo el consumo militar en la demanda nacional da amplias bases económicas y estímulo a la investigación militar.

En declaraciones al Congreso Norteamericano, John Diebold señaló:

Durante la II guerra mundial la teoría y el uso de la retropropulsión fueron estudiados con gran detalle por cierto número de científicos tanto en este país como en Inglaterra. La introducción de aparatos que se movían a gran velocidad, muy pronto hizo que las técnicas tradicionales de guerra antiaérea se tornaran anticuadas. Como resultado de ello, gran parte de los hombres de ciencia de este país se dedicaron a la creación de aparatos y sistemas autorreguladores para controlar nuestro equipo militar. A partir de estos trabajos (subrayado mío) se desarrolló la tecnología de la automatización como la estudiamos hoy. (1955: 9)⁴¹

En base a este tipo de datos Fritz Sternberg, en un libro en que abandona sus concepciones marxistas, puede afirmar que:

Lo que hay que tener presente sobre todo es que hoy día, por primera vez en la historia moderna, los jefes militares han tomado del brazo a los científicos y se han puesto a caminar juntos; y que la fuente principal de la revolución técnica se encuentra hoy día en la esfera militar. La revolución militar de nuestros tiempos es ahora un factor dinámico en el desarrollo general. En cierto número de campos ha dado impulsos ya a la segunda revolución industrial y probablemente así lo seguirá haciendo en el futuro". (Sternberg, 1961: 258)

Esto ha pasado no sólo en la física atómica (a pesar de que la teoría fue hecha independiente de los objetivos militares) que creó las bombas atómicas y dio origen a utilizaciones pacíficas posteriores de la energía nuclear, sino también en la investigación espacial y otros campos importantes que aún se encuentran en su fase inicial de aprovechamiento

41. Este texto es citado por Fritz Sternberg (1961), para apoyar sus tesis sobre la precedencia de la revolución militar sobre la económica en la post-guerra de 1945. Esta también es la afirmación de James Martin y Adrian R. D. Norman: "En una gran medida, el trabajo pionero para sistemas de combinación de telecomunicaciones y computadoras fue hecho para fines militares" (1970).

civil. Para Fritz Sternberg este rol de vanguardia tecnológica se explica en buena medida porque los experimentos militares no están motivados por el lucro y en este campo se puede y se necesita sustituir lo antiguo por lo nuevo de cualquier forma. En cambio, en el sector privado la situación es distinta. Según el mismo autor:

Cuando una gran empresa decide adoptar la automatización, aunque sólo sea parcialmente creciente, que trata del tema de la automatización se señala una y otra vez que, hablando en términos puramente técnicos, ya es posible introducir la automatización en una escala más amplia que hasta ahora, pero que el gasto que esto supone es muy elevado y los patrones no están dispuestos a echar al montón de chatarra las fábricas que ya tienen.

Por esta razón encontramos una enorme brecha entre el conocimiento ya producido y su aplicación útil.

En un libro de 1970 sobre el avance actual de la automatización y sus proyecciones en los próximos 15 años (Martin & Norman, 1970), dos autores norteamericanos estudiaron los campos en que ya era posible en aquel entonces automatizar las actividades de una empresa y que sólo no se utilizaban globalmente por razones económicas. Ellos abarcaban todos los sectores de la actividad de una corporación:

En primer lugar, las actividades de dirección y control se pueden establecer a través de una sala de control central (similar a las de los estados mayores militares hoy existentes) conectada a pequeñas salas de control por fábrica y varias terminales. A través de estas salas de control, la gerencia podría obtener información al instante del funcionamiento de las varias actividades de las filiales, sustituyendo el archivo artesanal de las secretarías por un banco de datos. (Martin & Norman, 1970)

En seguida, las tareas de Investigación y Desarrollo también se ven ampliadas por la computación (“*record-keeper*”, “*processing-experimental data*”, “*calculation*”, “*simulation*”) y así también el diseño industrial.

Pero es enorme también la aplicación posible de la computación al campo de mercadotecnia (*marketing*) para ofrecer presupuestos de los variados productos existentes o por ser fabricados, así como catálogos automáticos con proyecciones, etcétera. El propio empaquetado puede hoy día ser completamente automatizado y la misma actividad de entrega puede ser planeada por computadoras. Las propias compras de las compañías pueden ser planeadas por estas máquinas.

El campo más interesante, donde se hace más importante la utilización de la automatización, es el propio proceso productivo que tiende a ser cada vez más controlado por la computación (*process control, direct digital control, numerically controlled machine tools, production control*). Hay que agregar aún el cálculo de costos, el control de calidad, las finanzas e incluso la gerencia de personal que pueden utilizar ampliamente la computación.

Como hemos visto, las principales limitaciones para la utilización de estos avances son de carácter socio-económico y no tecnológico. De un lado, la restringe el costo de la sustitución de instalaciones y maquinarias ya existentes, de otro, la necesidad de unidades productivas, financieras y administrativas cada vez más amplias, así como un desarrollo más planificado del conocimiento científico para obtener resultados plenos y resolver los problemas técnicos pendientes. Por fin, se encuentran las limitaciones de mercado, determinadas por las relaciones de producción capitalista y la consecuente distribución regresiva del ingreso.

Debemos hacer algunas consideraciones sobre la relación entre la existencia de la planificación y la posibilidad de aplicar una tecnología tan integrada y concentrada. El Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. de 1960 estableció que, entre 1961 y 1980, la ciencia debía transformarse en una fuerza material en la sociedad soviética. Esto llevó a establecer como meta que:

en 20 años, la automatización de la producción deberá ser alcanzada en una escala masiva con énfasis crecientes en tiendas y fábricas completamente automatizadas. En muchos casos, la realización de la mecanización completa y la automatización del proceso de producción tendrán lugar simultáneamente, en especial en la creación de nuevos tipos de bienes de producción tecnológica. (Kurako, 1966)

Para alcanzar esta meta fue necesario no sólo la investigación científica planificada y la compra de tecnología ya existente en otras partes, sino también perfeccionar la ubicación planificada de la producción y la población.

En este sentido se imaginó la creación de distritos semi-especializados formados por territorios base⁴² de carácter agrario-industrial, con todas las instalaciones correspondientes. Estas tareas gigantescas de planificación urbana y regional muestran las exigencias socio-económicas que plantea el proceso de automatización⁴³ y que superan de lejos el ámbito de las empresas para alcanzar una dimensión global y revolucionaria.

En el capítulo I hemos examinado en detalle las tendencias de la productividad en los países capitalistas y socialistas. Vimos que, a pesar de un aumento de la productividad en el período posterior a la II Guerra Mundial, en consecuencia del auge económico y de la adopción de nuevas tecnologías, ese aumento no alcanzó el mismo nivel de los países socialistas. Asimismo, pasado el auge de la postguerra, la productividad empezó a declinar significativamente en los principales países capitalistas. Esos hechos son una demostración clara de las limitaciones que impone un sistema de producción y relaciones sociales decadentes al pleno desarrollo de las fuerzas productivas desaprovechando la fuerza de trabajo, la capacidad intelectual del ser humano y hasta las unidades productivas ya instaladas. Con la crisis, este desaprovechamiento se convierte en liquidación y destrucción de fuerzas productivas existentes

42. Los llamados territorios base son ciudades con sus adyacencias. En 1963 había cerca de 1685 territorios primarios que formaban cerca de 35 distritos en la U.R.S.S. En la post-Kruschevita se han moderado en parte las pretensiones de tales planes y se ha dado mayor énfasis a la integración por rama que a la territorial.

43. "Nuestra principal inferencia será que en la esfera de la actividad humana es importante sustituir simplemente con elementos mecanizados y automatizados a los correspondientes no-mecanizados y no-automatizados. Los avances técnicos industriales en los sistemas de acción existentes en funcionamiento siempre generan cambios fundamentales y reestructuraciones de ellos y crean en su torno nuevas actividades que asimilan el trabajo de los adelantos técnicos y, asimismo, generan nuevas formas de actividad asociadas con la explotación de esos adelantos técnicos y los problemas de asistencia para su funcionamiento. En este sentido, la mecanización y la automatización, aún en niveles restringidos y locales, llevara a cambios y reestructuraciones de conjunto de las actividades. Ellas reestructuran la división del trabajo y producen nuevas profesiones en cooperación y nuevas instituciones" (Shchedrovitsky, 1975).

a través de la pérdida de “*stocks*” de productos, la quiebra de empresas, la subutilización de las capacidades instaladas, el aumento del desempleo y del subempleo, etcétera.

La crisis actual del capitalismo, iniciada en 1966, tiene carácter general, estructural, de largo plazo e internacional, con pequeños y frustrados períodos de recuperación. Ella afecta no sólo los países capitalistas individualmente sino también la correlación de fuerzas mundial que se expresa básicamente en tres hechos fundamentales:

- a) Los países socialistas avanzan en el desarrollo de la ciencia y la tecnología y en la productividad mientras los países capitalistas bajan sus gastos en I y D y sus tasas de productividad, como ya lo vimos en capítulos anteriores. En tales circunstancias el poder de los países socialistas aumenta en la escena internacional y decae el de los países capitalistas.
- b) Entre los países capitalistas, la potencia hegemónica, los Estados Unidos, asume los gastos improductivos más caros del sistema (Investigación básica, I y D militar, además de gastos de ocupación militar, ayuda económica, etcétera.) y recibe dividendos decrecientes debido a la difusión de las nuevas tecnologías y a la capacidad adaptativa de los demás países. Esos se convierten en potencias cada vez más poderosas frente a Estados Unidos y se abre un período de confrontaciones más o menos abiertas con un poder creciente en lo económico y lo tecnológico de Alemania y Japón.
- c) El auge económico y el pleno empleo, acompañados de una dispendiosa economía de guerra en Vietnam, aumentan enormemente la demanda de materias primas y productos agrícolas del Tercer Mundo y la dependencia de Estados Unidos, Europa y Japón de productos primarios, particularmente la energía fósil. La reacción del Tercer Mundo, principal exportador de esos productos, es la de un nacionalismo creciente, una ola de nacionalizaciones y el intento de mayor control del comercio de materias primas, combustibles y productos agrícolas, cuyo caso más exitoso es el de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

Esos tres factores tecnológicos, económicos, sociales y políticos se articulan para restringir la hegemonía norteamericana en el plano

internacional, disminuyen su capacidad de recuperación, deprimen los índices de productividad y reducen en consecuencia la eficacia de las economías capitalistas en general pero, en particular, de la norteamericana.⁴⁴

Las consecuencias de esta situación son muy graves para la economía norteamericana. No solamente los datos revelan una asimilación muy baja del desarrollo tecnológico, como las tasas de crecimiento económico alcanzadas se chocan directamente con las metas buscadas. Esto revela que hay importantes barreras estructurales al aumento de la productividad. Para los Estados Unidos, esta es una cuestión vital no sólo para la competencia con otras economías capitalistas que, como Japón, han crecido en la postguerra a tasas mucho más elevadas de productividad, sino para enfrentarse sobre todo al crecimiento del producto nacional bruto de la Unión Soviética, el cual podría alcanzar al de Estados Unidos antes del fin del siglo.

Al mismo tiempo hay fuertes presiones sociales por la elevación constante del nivel de vida de todo el pueblo (pero sobre todo de un tercio de población pobre), por la disminución de la jornada de trabajo y por mejorías de condiciones de trabajo. Todas estas reivindicaciones sólo pueden ser atendidas con una combinación entre aumento de la productividad y de la producción.

¿Cuáles serían pues las limitaciones estructurales que impiden que la economía capitalista pueda absorber el gran desarrollo de la tecnología actualmente en curso?

Ellas se desprenden en gran parte del análisis que hicimos en la segunda parte de este libro:

1. La posibilidad que tiene el monopolio de aplazar, hasta el momento que le sea conveniente, la introducción de las innovaciones que puedan llevar a una obsolescencia prematura de su capital instalado. En este sentido son muy decisivos los ejemplos presentados por John M. Blair en

44. Sobre el carácter de la crisis general del capitalismo desde fines de la década del sesenta y la tendencia a un período largo de estagnación relativa con depresiones profundas y pequeñas fases de recuperación, véase mi libro *Imperialismo y dependencia* (1978).

las audiencias sobre concentración económica.⁴⁵ Los casos más importantes a citar son las industrias de acero y automovilística en Estados Unidos, cuyo control monopólico las llevó a un serio retraso tecnológico y a una creciente pérdida de mercado en los años 1970.

2. Las dificultades de resolver los problemas derivados de los efectos sociales de la automatización tales como el desempleo, la extinción de profesionales y oficios, etcétera, y la oposición de los sindicatos a su aplicación, obligan a las empresas a atenuar en parte esos efectos sociales de la automatización en el capitalismo, realizando la reeducación de los desplazados y aprovechándolos en otros departamentos de la empresa. Tales medidas, muchas veces previstas en los acuerdos colectivos de trabajo, aumentan el costo de la introducción de las innovaciones y desestimulan a los capitalistas en aplicarlas.
3. Los límites de organización, centralización financiera, acumulación de capital y planificación del capitalismo restringen enormemente la capacidad de las grandes empresas, y hasta poderosos grupos financieros, de afrontar los enormes gastos de I y D y las inmensas inversiones cuyo riesgo es directamente proporcional a los enormes gastos que exigen. La plena automatización supone la integración de ramas enteras, la regionalización planificada de la producción, etcétera, lo que supone a su vez un grado de centralización de capitales y una integración de las decisiones que sólo el Estado puede realizar o patrocinar.
4. Los límites de mercado que supone la actual distribución del ingreso y los problemas de realización que implica, restringen el estímulo a nuevas inversiones excepto cuando el Estado puede asumir la demanda de las mismas.

45. En su libro, John M. Blair (1972) hace un impresionante resumen de las relaciones entre los monopolios y los principales inventos donde determina que: a) estos no proceden en general de las grandes compañías; b) estas no han demostrado indiferencia en relación a tecnologías revolucionarias y han retardado su aplicación; c) en varios casos comprobados han saboreado líneas de investigación que no les importaban a pesar del interés humano que representaban (ver capítulos 9 y 10 del libro citado). Sin embargo, es necesario considerar que los estudios que presenta y los casos que resume van en general hasta los años cincuenta. A partir de la post-guerra, las corporaciones se han vinculado más estrechamente a la investigación. Sin embargo, la investigación en las corporaciones no tiene en general un carácter fundamental y se ligan antes de todo a lo que se llama desarrollo o investigación aplicada. Muchas veces, estos “desarrollos” se ligan al campo del “marketing” o de la presentación del producto para aumentar su venta, antes que para mejorar sus calidades de uso o la productividad, como hemos visto en los capítulos anteriores.

5. El propio estilo del consumo actual, por su carácter esencialmente individualista, restringe el uso posible de la automatización, la cual es más racional y económica cuando es adoptada en soluciones de tipo colectivo. Un ejemplo interesante es el transporte de masas en el cual la automatización puede permitir la utilización de sistemas de transporte continuos con estaciones de autos más chicos que se integran al sistema. Este desarrollo de un sistema de transporte de masas automatizado y muy flexible representa una amenaza a los intereses de la industria automovilística, núcleo de la actual estructura industrial norteamericana. Al contrario, hay un fuerte esfuerzo de programación de las empresas de computación en el momento actual para adaptar el uso de las computadoras a los hábitos de consumo individualista, particularmente con el desarrollo de la microcomputación.
6. Las limitaciones técnicas que persisten son aún importantes pero tienen una relación directa con causas socioeconómicas. La ausencia de ciertos desarrollos técnicos está ligada a las opciones y jerarquías de intereses de la clase dominante. Por esta razón no se aplica sistemáticamente el esfuerzo científico en la dirección que permitiría resolver los problemas planteados. La propia “planificación” científica es limitada por la ausencia de una economía planificada global y los conceptos especializados y demasiado analíticos que se maneja en las ciencias occidentales bajo la hegemonía tendrían que ser integrados en una nueva concepción global.⁴⁶ En este sentido, han sido muy significativas las medidas recientes de creación de órganos de coordinación científica ligados al ejecutivo norteamericano. Sus funciones son sin embargo muy limitadas.
7. La generalización de la automatización se liga directamente al problema del valor. Una economía extensamente automatizada produce a escalas tan altas de productividad que disminuye significativamente el tiempo de trabajo incorporado en los productos y por lo tanto la tasa de explotación posible, así como la relación entre la ganancia y el capital aplicado. La economía de mercado y el uso del valor como base del

46. Richta y Bernal insisten en la relación entre los cambios tecnológicos contemporáneos y la propia estructura del conocimiento científico que exige una nueva síntesis creadora.

cambio, no es compatible con una producción completamente automatizada. Recurramos a las palabras de Marx, para exponer de manera general este problema. En los *Grundrisse*, Marx afirma:

En la medida en que el capital no aumenta el tiempo absoluto de trabajo, sino que disminuye el tiempo necesario y relativo de trabajo mediante el incremento de la fuerza productiva, reduce los costos de producción de sí mismo; en la medida en que esté presupuesto como determinada suma de mercancías, disminuye su valor de cambio. Una parte del capital existente se desvaloriza constantemente merced a la disminución de los costos de producción a los cuales puede aquél reproducirse; no por la reducción del trabajo en él objetivado, sino del trabajo vivo que ahora es necesario para objetivarse en este producto determinado. Nos toca analizar aquí esta desvalorización constante del capital existente, porque la misma presupone que el capital está ya desarrollado. (Marx, 1857-1858: 354).

Pero esto es exactamente lo que nos interesa; el capitalismo desarrollado. Debemos pues tomar muy en cuenta estas observaciones y la nota siguiente de Marx: “Figura aquí sólo para tomar nota, para indicar cómo lo posterior está comprendido ya en el concepto general del capital. La estudiaremos en la teoría de la concentración y competencia de los capitales”.

8. Por fin, el volumen de producción que se hace posible realizar en base a la automatización, cuestiona las actuales reservas energéticas y de materias primas de la tierra. Esto plantea varios problemas que exigen una solución planificada en escala mundial. Plantea en primer lugar la cuestión del consumo superfluo hoy existente y obliga a pensar formas más colectivas y racionales de utilización de las energías y de los bienes naturales por lo tanto cuestiona profundamente la sociedad de consumo superfluo y desperdicio y su pretendida opulencia.⁴⁷

47. Las tesis sobre la sociedad opulenta estuvieron de moda en las décadas de los cincuenta y sesenta, pero en los setenta vuelven los temas relacionados con la escasez (Galbraith, 1960), en contradicción con el Informe del Club de Roma que se puso muy en moda últimamente al plantear la meta de crecimiento cero. Ambas son visiones optimistas o cataclísmicas extremadas.

Se plantean en consecuencia los problemas de destrucción del ambiente, la necesidad de una utilización más racional de las materias primas, la del aprovechamiento sistemático de nuevas fuentes de energía como la atómica, la solar, etcétera.⁴⁸

En resumen, las necesidades económicas, sociales, políticas y culturales planteadas por la aplicación extensiva de la automatización, cuestionan profundamente los estrechos límites de la estructura social actual basada en la empresa privada, por más que esta se haya “socializado” para adaptarse a las condiciones nuevas. Por más concentrada, centralizada, conglomerada e internacionalizada que se haga, ella se basa aún en corporaciones privadas o en grupos económicos privados y en mundos autónomos e incommunicados entre sí en un globo terráqueo que exige la planificación en escala mundial como forma de supervivencia masiva.

Se profundiza así, en todos los campos, el abismo entre las potencialidades inherentes al desarrollo de la revolución científico-técnica y los límites del modo de producción capitalista.

Podemos concluir pues, que el aumento de los excedentes en manos del capital monopólico no conduce naturalmente a un aumento de la incorporación de nuevos procesos productivos que aprovechen masivamente las capacidades tecnológicas generadas por la revolución científico-técnica. Esto se debe a las limitaciones que encuentra un modo de producción basado en la propiedad privada de los medios de producción para canalizar el proceso de inversiones según las exigencias del cambio tecnológico potencial ya alcanzado por la RCT; para adaptarse a las

48. “Hasta los años recientes los recursos naturales eran un elemento virtualmente olvidado en la teoría económica convencional sobre la producción y el crecimiento. La economía se concentraba casi exclusivamente en el análisis del trabajo y del capital. Excepto para engatusar algunos intereses especiales, los políticos también nos preocupaban con el tema pues los recursos necesarios para el crecimiento industrial parecían estar disponibles en cantidades prodigiosas y a costos relativamente modestos. Hoy, sin embargo, muchos observadores creen que estas tendencias de largo plazo fueron invertidas, a pesar de que hay divergencias sobre las razones de tales cambios. En los años recientes, el costo marginal de nuevos abastecimientos de las formas presentes de energía parece estar muy por arriba del costo medio (con la única posible excepción del petróleo del Oriente Medio). El costo de los combustibles alternativos, tales como el gas sintético, el óleo (*shale*), es aún más alto. Lo mismo parece ser verdad respecto a otros importantes minerales” (*U.S. Long-Term Economic Growth Prospects: Entering a Next Era*, 1978: 71). En general, el informe citado tiene una visión optimista sobre la disponibilidad de recursos a corto plazo, apoyándose en los trabajos de un gran número de especialistas.

formas nuevas de consumo que exigen tales cambios; para enfrentar los efectos socio-económicos que implica a nivel del empleo, de la producción y del proceso mismo de valorización.

Pero debemos analizar tales problemas más en detalle. Los excedentes generados tienen que encontrar una forma de aplicarse dentro de las condiciones socio-económicas existentes y no se puede impedir totalmente la incorporación de los cambios científicos y tecnológicos generados por una enorme máquina de producción de conocimientos e informaciones que pone en movimiento el sistema científico-técnico contemporáneo.

En consecuencia, después de señalar sus límites debemos analizar cuáles son los principales factores que impulsan a la adopción de nuevas tecnologías que amplían la capacidad productiva del sistema capitalista, haciéndolo reproducirse en una escala cada vez mayor. Sólo después de este análisis podremos estudiar los efectos de los cambios tecnológicos sobre las distintas secciones de la producción y sobre la reproducción capitalista en su conjunto.

2. Monopolización, competencia e inversión

Vimos que el proceso de monopolización creciente de la economía tiene un carácter ambiguo. Por un lado, él corresponde a una respuesta lógica y necesaria del modo de producción capitalista a las nuevas necesidades generadas por los cambios tecnológicos y al carácter cada vez más concentrado de la producción capitalista; por otro lado, el monopolio es, al mismo tiempo, un factor de limitación de la introducción de las innovaciones tecnológicas en la medida en que puede limitar la acción estimulante de la competencia a favor de la innovación. Vimos también que la economía capitalista, aún en su etapa monopólica, no puede paralizar totalmente la incorporación de nuevas tecnologías en el proceso concreto-histórico de inversión. Cabría aquí sistematizar los factores que permiten romper continuamente los límites que impone el monopolio a la innovación y hacen posible que, dentro del capitalismo en su etapa monopolista, sea posible incluso realizar grandes saltos tecnológicos, aunque de manera discontinua, anárquica, violenta y de un alto costo

social, pero económicamente eficaz en el sentido de garantizar la reproducción ampliada de las economías capitalistas históricamente dadas.

Los factores que conducen por lo tanto a incorporar nuevos cambios tecnológicos en condiciones monopólicas son:

a) La presión de las empresas usuarias de máquinas y materias primas para disminuir los costos del capital constante de manera a reducir sus costos de producción y elevar su tasa de ganancia. Esta presión puede llevar incluso a las propias empresas usuarias a desarrollar nuevos procesos productivos y nuevas máquinas y en consecuencia pasar a competir con las empresas situadas en el campo de la producción de bienes de capital y de materias primas. Estudios sobre la influencia de los usuarios de instrumentos científicos y de sus fabricantes sobre el trabajo de innovación científica han revelado que, en aproximadamente 80% de los casos estudiado, fueron los usuarios los responsables por las innovaciones (Von Hippel: 1977: 60). Una investigación similar de 55 innovaciones de procesos usados en los semiconductores y en el subensamblaje de electrónicos reveló que 67% de ellos fueron inventados por los usuarios. Estos determinaban la necesidad del nuevo producto o proceso, inventaban la solución, construían el prototipo y usaban el prototipo en la producción comercial antes que el fabricante de máquinas se involucrase en la adopción de las innovaciones estudiadas.

De esta manera, la lucha por rebajar los costos de producción por la vía de avances tecnológicos que generen nuevos procesos siempre existirá mientras los propios productores estén interesados en rebajar los costos de su capital constante. Así mismo es casi imposible evitar la generalización de esos procesos en la medida en que las fábricas de máquinas e instrumentos son las más interesadas en ampliar sus clientes, no solamente para aumentar sus ventas y ganancias sino también para reducir los costos de producción y hacer viable la imposición de su producto en el mercado.

Lo mismo pasa en el sector de las materias primas donde los usuarios ejercen también una constante presión hacia una rebaja de precios.

b) Otro factor importante que presiona hacia el cambio tecnológico es la competencia internacional, la cual no puede ser superada totalmente debido a la sobrevivencia de los mercados y capitales nacionales y de los

cuadros estatales, jurídicos, de política económica, etcétera, en que opera el capital en cada país, aún cuando este capital tenga una gran movilidad internacional. La existencia de situaciones monopólicas al nivel nacional puede conducir a un retraso tecnológico grave como pasó en la industria automovilística y del acero norteamericanas.⁴⁹ El resultado de tales conductas empresariales es hacer altamente ventajosa la competencia de los nuevos productores de otros países que gozan de ventajas tecnológicas al instalar industrias más modernas, como es el caso de Japón en las ramas antes indicadas. Los límites a la entrada en una rama al nivel nacional no son suficientes para impedir el desarrollo de industrias competitivas en el exterior. Esto se da no sólo con la competencia de países cuyo mercado interno es suficiente para desarrollar una producción propia y en seguida exportarla; sino que, con el alto grado de internacionalización del capital hoy día, se generan las condiciones para que el capital de un país determinado vaya al exterior para crear industrias exclusivamente exportadoras, con el objetivo de competir con una industria nacional tecnológicamente estancada.

c) El otro factor de cambio tecnológico externo a los estímulos del sector monopolizado es la intervención del Estado. Esto se da no sólo por las exigencias de la evolución de la sociedad en su conjunto que demanda nuevas soluciones técnicas (caso del desarrollo de zonas urbanas, inversiones de infraestructura, salud, etcétera.), sino que operan otros factores ligados al rol represivo del Estado como lo son las exigencias de la competencia militar y de la represión (industria militar, aparatos policíacos), y al mismo tiempo actúa también la necesidad de disminuir los costos del servicio público lo que atiende a una demanda de varios sectores sociales. El Estado asume también los costos de Investigación y Desarrollo disminuyendo los riesgos para la empresa innovadora. En algunos sectores de punta, el Estado subvenciona y garantiza la existencia

49. "Mientras ninguna acería integrada fue construida en los Estados Unidos desde 1964, plantas modernas y de alta productividad han sido edificadas en Japón. En una semana de 40 horas un obrero siderúrgico japonés produce 4,8 toneladas de metal, el obrero norteamericano 4.6 toneladas y un alemán occidental 3,8 toneladas" (*Times*, 17 de marzo de 1980: 39). "Bajo la presión de las importaciones y los requisitos federales sobre combustibles, los fabricantes estadounidenses están procediendo a proyectar y construir una nueva generación de automóviles de pasajeros más pequeños, más ligeros y con un costo de operación más económico que nunca" (*Perspectivas económicas*, 1977).

de empresas de alto contenido tecnológico, por las razones de carácter militar antes señaladas. Se mantiene así un alto desarrollo tecnológico en las industrias de punta mediante la subvención estatal muchas veces en detrimento de sectores de mayor prioridad social, debido a que la intervención del Estado se hace según criterios y prioridades dados por las clases dominantes.

Es así como el capitalismo monopólico mantiene una alta tasa de cambio tecnológico en ciertas ramas y sectores que presentan una elevada tasa media de incorporación de nuevas tecnologías y de aumento de la productividad. Se acentúa en consecuencia el carácter desigual y combinado y anárquico del desarrollo capitalista a nivel nacional y sobre todo internacional.⁵⁰

El cambio tecnológico sigue las directrices impuestas por la lógica de la acumulación capitalista y el excedente creciente generado por la aplicación de los nuevos avances tecnológicos sirve a los fines de funcionamiento del propio sistema. Como vimos ya en el capítulo anterior, este excedente es apropiado fundamentalmente por el capital monopólico y por el Estado y redistribuido en parte para la expansión de vastas capas medias de servicios cada vez más ligados a la revolución científico-técnica.⁵¹

El aumento de estos sectores intermedios actúa sobre la reproducción capitalista absorbiendo una parte importante del excedente económico y de la mano de obra liberada por el desarrollo tecnológico.

50. El libro de Wladimir Andreef (1976) entrega una amplia fundamentación teórica y empírica para demostrar la diferenciación de las tasas de ganancia al nivel internacional y por ramas.

51. Tipología de los trabajadores en el complejo de información y conocimiento: Mercados para información; Productores de conocimiento; Científicos y trabajadores técnicos; Servicios privados de información; Distribuidores de conocimiento; Educadores; Diseminadores de información pública; Trabajadores en comunicaciones; Información en los mercados; Investigadores de mercado y especialistas en coordinación; Recolectores de información; Especialistas en investigación y coordinación; Trabajadores en planeamiento y control; Procesadores de Información; Sobre bases no electrónicas; Sobre bases electrónicas. Infraestructura de la Información; Trabajadores en máquinas e instrumentos de información; Operadores de máquinas no electrónicas; Operadores de máquinas electrónicas; Trabajadores de Telecomunicación (U.S. Long-Term Economic Growth Prospects, 1978: 18). El estipendio de estos trabajadores en información y conocimiento representaba el 53,5% del total de las compensaciones de los empleados en Estados Unidos en 1967.

Al mismo tiempo estas actividades pasan a ser necesarias a la producción y funcionamiento del sistema, como resultado de la complejidad e integración creciente y el aumento de las tareas de gestión que le corresponde al desarrollo tecnológico en las condiciones de la anarquía capitalista.

El consumismo exacerbado por la publicidad y las técnicas de mercadeo; el hedonismo cultural alentado por las empresas de diversiones y espectáculos; el “escapismo” como forma de control ideológico, combinado con el apoliticismo, el anarquismo, el individualismo libertario exacerbado; todos estos fenómenos culturales generan una violencia cultural y social que se combina con la formación ideológica liberal de fondo que justifica y estimula la competencia individualista como base ética del sujeto social. Los mecanismos de control que dispone el liberalismo son rotos cuando él se combina con la exacerbación del consumo y del placer inmediato ligado a una creciente defensa de la irresponsabilidad social.

Estas mezclas ideológicas son típicas de civilizaciones decadentes y expresan en el fondo la incapacidad de una forma de relaciones sociales para encauzar las potencias productivas liberadas por ella misma. La principal potencia liberada por el desarrollo científico y técnico es siempre la propia fuerza de trabajo que, si no puede ser integrada en formas de trabajo superiores, se convierte en parásitos sociales (nobles o burgueses decadentes, plebe romana sustituida por los esclavos, sub y lumpen proletariado “liberado” por el desarrollo del capitalismo en la agricultura europea, publicistas del capitalismo contemporáneo, aprovechadores del sistema de bienestar en Estados Unidos, etcétera.). Lo que debería ser la base de una civilización superior (el aumento de la productividad y por lo tanto del tiempo libre) se convierte en la fuente de la degradación social y de la decadencia cultural. Y muchos sectores de la sociedad, anhelando el equilibrio y el orden anterior se vuelcan románticamente en contra de la ciencia y la tecnología que les aparecen como la fuente de la decadencia, el desequilibrio, la degradación social.

La integración y concentración creciente de la tecnología obliga también a aumentar la centralización de las decisiones, cada vez más complejas, en detrimento de la participación de los intereses opuestos

y contradictorios que son excluidos de los centros de decisión. Estos aumentan su área de acción al incorporar la integración internacional de empresas, ramas y sectores bajo una misma autoridad. Se hace cada vez más complejo el compatibilizar, equilibrar y articular proporcionalmente los intereses internacionales de estos centros de decisión, y los nacionales, regionales y locales. Sobre todo en la medida en que reflejan relaciones sociales entre fuerzas contradictorias: Los intereses de la ampliación de la masa y la tasa de plusvalía y los de la remuneración de la fuerza de trabajo; los intereses del capital monopólico y los de los sobrevivientes de las empresas competitivas; los intereses de los capitales monopólicos nacionales y los de otras naciones así como los ya altamente internacionalizados, la lucha por el control del Estado y su uso a favor de los intereses en choque. Estos y muchos otros intereses en choque no crean un balance de contrapesas, como lo pretendía Galbraith, sino un sistema de equilibrios precarios y resultantes inesperados con fuertes efectos psicológico-culturales marcados por la violencia y la frustración.

Anarquía, desproporcionalidad, desperdicio, formas brutales de restablecimiento del equilibrio como lo son las crisis económicas, son las características reales del funcionamiento del capitalismo monopólico, a pesar de los tiempos aparentemente tranquilos generados por la recuperación y el auge económico de la postguerra. Estos tiempos de paz y esperanza para algunos ocultan las dificultades y problemas de los muchos, los aplazan y subyugan generando una buena conciencia generalizada.

Después vienen las crisis y se perciben otra vez las contradicciones del mecanismo económico capitalista, las dificultades de la producción y de la reproducción ampliada y hasta simple, de las economías capitalistas en el plano nacional y en el internacional.

Los constantes cambios tecnológicos son el factor perturbador del equilibrio del sistema que afecta la composición y distribución de las secciones y ramas de la producción, la composición orgánica del capital y los ciclos del capital y de la producción. El estudio de estos tres aspectos en relación a la revolución científico-técnica completará nuestra visión del proceso global de las transformaciones del capitalismo contemporáneo.

3. La RCT y la distribución sectorial, sus efectos sobre la reproducción

La producción capitalista, como todo sistema de producción, genera sus propias formas de distribución a través de las cuales el producto social se consume y se reproduce. El consumo se divide fundamentalmente en consumo final y consumo productivo. El consumo final retira del mercado los bienes que la producción pone en circulación; el consumo productivo introduce estos bienes en un nuevo ciclo de producción. Un mismo tipo de bienes puede cumplir estas dos funciones dependiendo de la manera como se inscribe en el consumo social.

Esto significa que la producción social global tiene que dividirse entre los varios sectores que componen la producción; las maquinarias, las materias primas y los medios auxiliares, forman un conjunto de bienes producidos en cada proceso anterior que sólo son consumidos en cada nuevo proceso de producción o aún en un conjunto de ellos (como es el caso de las máquinas, de las construcciones, etcétera.); al mismo tiempo cada nuevo proceso de producción consume una cierta cantidad de fuerza de trabajo que para mantenerse tiene que consumir determinados bienes necesarios a su reproducción y a la de su familia; por fin, el capitalista se apropia (en nombre de su rol integrador del proceso productivo y de su propiedad de los medios de producción y del uso de la fuerza de trabajo rentada por el trabajador durante la jornada de trabajo) del excedente que le queda después de realizado el producto de cada proceso de trabajo. La producción social se divide así entre estos tres sectores: el capital constante, el capital variable y la plusvalía. A su vez, debemos destacar que hay una parte de la producción que se hace según principios no capitalistas tales como la empresa familiar artesanal o campesina y los inmensos sectores de trabajadores independientes, artesanos, comerciantes o profesionales, que no se incluyen en este modelo abstracto de una sociedad capitalista pura. Pero aún en el caso de una economía totalmente capitalista, hay que considerar que el Estado se apropia de parte de la plusvalía y los trabajadores asalariados de los sectores de servicio venden su trabajo a capitalistas que a su vez venden estos servicios a las empresas, individuos o grupos de individuos que componen las figuras productivas

que señalamos anteriormente. La producción y la reproducción reales asumen pues formas mucho más complejas que la economía capitalista pura que Marx analizó en *El capital*. Y al analizar el capitalismo contemporáneo no como un modo de producción puro, sino como una etapa específica de su evolución debemos tomar en consideración estos aspectos más concretos.

Marx distinguió dos tipos de producto que dan origen a dos secciones básicas de la producción social: la sección I de bienes de producción (máquinas, materias primas, medios auxiliares) y la sección II de bienes de consumo (de asalariados —los bienes salarios o de los capitalistas—, los bienes de lujo).

La reproducción de estos distintos sectores es posible en la medida en que los medios de producción producidos en el sector I son consumidos por su propio capital constante y por el capital constante del sector II. Para que pueda mantener una proporción entre estos sectores es necesario pues que la producción de bienes de consumo de la sección II sea igual al consumo de la fuerza de trabajo (capital variable) y la plusvalía de su propio sector más el capital variable y la plusvalía de la sección I, que debe corresponder al valor del capital constante de la sección II. De esta forma se garantiza un intercambio equilibrado entre las partes que componen el producto global del sector capitalista puro. El problema se hace un poco más complejo cuando se plantea la necesidad de invertir del capitalista, lo que implica que parte de la plusvalía de las dos secciones se invertirá en nuevos capitales constante y variable y generará una nueva plusvalía. El problema se resuelve con una nueva distribución equilibrada ente las partes componentes de esta nueva fracción del capital.

A pesar de los grandes debates que provocó la teoría de la reproducción en Marx ella ocupa un rol solamente teórico-abstracto en su reflexión. Se trata de mostrar las condiciones generales (proporciones) que tiene que cumplir el proceso de producción para permitir que se realice la reproducción de sus productos entre los agentes básicos de la producción.

Pero en su estudio del problema de la producción, Marx dejó de lado cuestiones más concretas que, a pesar de no afectar su planteamiento

teórico general, si tienen gran relevancia en el funcionamiento concreto del capitalismo tales como:

- a) Para que estas proporciones puedan darse es necesario que se cumplan ciertos coeficientes tecnológicos (composición orgánica del capital o relación entre P/C) y ciertas tasas de explotación (o relación entre P/V así como una determinada tasa de inversión de los capitalistas, sin los cuales la reproducción no puede darse. Rosa Luxemburgo llamó la atención sobre estos aspectos, pero no entendió el plano teórico-abstracto en que se situó Marx y quiso negar, erróneamente, la corrección teórica-formal de sus esquemas de reproducción. Sin embargo, como Marx lo sabía y planteaba, es muy difícil que en la realidad se puedan conjugar esos coeficientes de una manera equilibrada que permita al capitalismo funcionar sobre la base de un equilibrio básico, sin desperdicio y anarquía.

Sin embargo, hay que suponer una cierta capacidad del sistema de realizar los reajustes ex-post en el sentido de compensar esos desequilibrios inevitables a través de quiebras y caídas, cambios bruscos de las variables financieras y monetarias (precios, tasas de interés, etcétera.) y crisis económicas agudas. De ahí que Marx haya concebido el capitalismo como un sistema de producción cíclico en su proceso continuo de acumulación y crisis.

- b) Hay que suponer también que estas proporciones sufren ciertas modificaciones en función de la actuación de los sectores pre-capitalistas y no-capitalistas. Esos sectores no solamente son absorbidos por los ingresos de $c+v+p$, sino que ellos producen riquezas cuyo intercambio con los sectores capitalistas es muy desigual y complejo. Veamos tres aspectos sobre los cuales se ha puesto mucho énfasis en los últimos años:

- › La producción campesina y artesanal se vende debajo de su valor en general y ayuda la acumulación capitalista disminuyendo el precio del capital constante y de variable y aumentando la tasa de ganancia;
- › La economía doméstica hecha por la mujer y los hijos disminuye el costo de reproducción de la fuerza de trabajo pues este es un trabajo

- gratuito que el capitalista no tiene que pagar a su obrero como costo de su fuerza de trabajo;
- › El crecimiento de los servicios modernos tienen efectos radicales sobre: la depreciación de la fuerza de trabajo al aumentar la oferta de obreros calificados y educados; el valor de su reproducción al asumir el Estado o los fondos privados el pago de servicios de salud, vivienda, etcétera más concentrados, y productivos y por ende más baratos; la desvalorización del capital constante al concentrar inversiones en la I y D de procesos basados en maquinarias y materiales más baratos; el valor de la fuerza de trabajo al apoyar intensamente la modernización agrícola, el aumento de la productividad y por lo tanto la rebaja del valor de estos productos-salario básicos; el costo de transporte y venta al desarrollar las técnicas de transporte comunicación y venta, agilizando la realización final de los productos y la recuperación del capital, aumentando, en fin, la circulación del dinero a través de un sistema de créditos cada vez más ágil, que facilita la renovación rápida del ciclo del capital.

Todos estos fenómenos afectan el esquema puro de la reproducción, tal como lo señaló muchas veces el propio Marx, y muestran el peligro de fundar en ellos una teoría de las crisis y de los ciclos económicos, tal como es el gusto de ciertos “marxistas” o “para-marxistas”.

Los esquemas de reproducción nos hacen resaltar las dificultades de un equilibrio capitalista y nos entregan ciertos parámetros para analizar los obstáculos concretos a la realización de tal equilibrio y las líneas históricas de evolución de la riqueza social capitalista y su distribución.

La proporcionalidad y el equilibrio difícilmente se pueden alcanzar en la producción capitalista pues esta no es regulada por principios de interés social cristalizados en decisiones centralizadas. Es la competencia quien regula el intercambio aún en las economías monopólicas. Esto porque existe, como hemos señalado varias veces, una competencia monopólica entre distintas ramas de producción, entre capitales y productores de distintas naciones, entre capitalistas y trabajadores, entre grandes y pequeños propietarios, etcétera.

La economía monopólica levanta sobre esa competencia espontánea derivada de las leyes de la economía una serie de factores institucionales que afecta, deforman y sobredeterminan la competencia estableciendo nuevos elementos reguladores del comportamiento de la economía. Los más importantes de esos límites o marcos institucionales son aquellos impuestos por el Estado bajo la forma de la política económica y los distintos mecanismos modernos de intervención que él dispone.⁵²

El segundo límite institucional es la organización sindical de los trabajadores que controla y regula no sólo los salarios, los gastos en seguridad social y del trabajo, las condiciones de trabajo, sino la oferta de fuerza de trabajo y la jornada de trabajo. Se imponen así importantes límites a la libre operación del capital.⁵³

Todos esos elementos y otros más determinados por las exigencias sociales de reproducción de la fuerza de trabajo, de su formación y capacitación, de las capas medias que presionan también el Estado, etcétera, afectan de una forma o de otra el comportamiento concreto de la economía y la posible distribución de los sectores productivos.

Es necesario remarcar también la relación que existe entre la distribución por sectores y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas. La riqueza de que dispone la sociedad y el monto del excedente afectan la distribución del excedente no sólo entre el capital y el trabajo sino también entre los sectores no directamente productivos y entre las distintas ramas y sectores y entre el monopolio, el sector competitivo y el Estado.

Entonces podríamos señalar algunas de las consecuencias principales de los cambios tecnológicos en la estructura de los sectores de producción dentro de una formación social capitalista monopólica, con grandes excedentes, una modalidad de distribución determinada por el

52. El debate sobre la función reguladora del Estado es interminable en el capitalismo y sería ocioso reproducirlo aquí. Sin embargo, no debe dejar de señalarse que es la cuestión de la regulación la que se encuentra en el centro de la polémica entre keynesianos y monetaristas, las dos corrientes básicas que buscan orientar la política económica del capitalismo contemporáneo.

53. “Los países democráticos, con libertad de organización, acumulan gradualmente organizaciones poderosas de interés común con poder monopólico o político, y esas organizaciones (aunque tengan efectos favorables también) son capaces de disminuir la tasa de crecimiento económico” (Olson, 1976: 25). George de Menil intentó formalizar en una ecuación complementaria a la curva de Philips el poder de negociación de los sindicatos y sus efectos en los salarios en su libro (1971).

peso de los sectores monopólicos y tecnológicamente avanzados, la disponibilidad de capital y otras variables de poder económico concentrado y centralizado.

En primer lugar, hay que señalar una tendencia a la desproporcionalidad y diferenciación de la sección I, productora de bienes de producción. Esta sección tiende a crecer desproporcionadamente debido a los enormes excedentes disponibles en manos de los capitales monopolistas, lo que genera una oferta de este sector superior a la capacidad de consumo final. El resultado es una tendencia concreta a la subutilización permanente y creciente de la capacidad instalada.⁵⁴ Esta subutilización es contrarrestada, sin embargo, por la destrucción moral del capital fijo existente debido a la obsolescencia

54. Los índices de utilización de la capacidad instalada de las manufacturas en Estados Unidos revelan una tendencia permanente a la subutilización incluso en períodos de auge y una tendencia a disminuir la utilización de la capacidad instalada después de 1970:

Año	Relación producción/capacidad (%)
1950	83
1955	87
1960	80
1965	90
1970	79
1975	74

Fuente: *Statistical Abstract of U.S.* (1978: 807, cuadro 1405). En cuanto a la distribución por el tamaño de las empresas hay una tendencia a aumentar la subutilización en las empresas menores. Mientras las empresas de 100 millones o más de activos presentan una utilización de la capacidad instalada de 89% en 1965, 83% en 1970 y 85% en 1977; las empresas de 10 a 99,9 millones de activos presentaban en los mismos años una utilización de la capacidad de 85%, 79% y 80% mientras las empresas de menos de 10 millones presentaban los siguientes porcentajes: 80%, 73%, 78%. En cuanto a los sectores y ramas no se nota una tendencia clara a favor de mayor o menor utilización de la capacidad instalada presentándose variaciones poco definidas. En todo caso, los bienes durables tienen en general un margen de subutilización ligeramente mayor que las industrias de bienes durables. Pero, mientras las varias ramas de no durables presentan márgenes similares de subutilización son notables las diferencias dentro de las de bienes durables. Por ejemplo, en el año crítico de 1974, mientras la producción de aviones y similares presentaba una utilización de la capacidad instalada del 71%, la industria de máquinas (excepto eléctricas) mantenía su alto porcentaje de utilización en el 88% (*Statistical Abstract*, 1978: 806, cuadro 1404). Sería interesante señalar que el *Dow-Jones business Almanac*, a pesar de remitir a las mismas fuentes del *Statistical Abstracts* (Federal Reserve y Department of Commerce) nos entrega datos más bajos de utilización de la capacidad instalada. Por ejemplo, en 1970 presenta una utilización del 78,3% para todas las manufacturas y en 1975 presenta el 68,7%.

tecnológica cada vez más rápido de la capacidad instalada, lo que produce una desvalorización del capital fijo aún en su período de vida útil. Ernest Mandel (1975) ha dado una importancia muy grande a esta disminución de la vida tecnológicamente útil del capital fijo para explicar el acortamiento de las oscilaciones del ciclo capitalista. Esta tendencia, debido al avance científico y tecnológico en ciertos sectores de punta, funciona como una especie de factor contrarrestante de la creciente composición orgánica del capital, al desvalorizar masivamente el capital constante ya invertido. En una situación ascendente del ciclo económico, las empresas pueden contrarrestar en parte los efectos negativos que implican estos cambios tecnológicos continuos aumentando los recursos que destinan a la renovación del capital fijo (las reservas para pagar el desgaste de las máquinas). Sin embargo, esa política empresarial significa de hecho un aumento del capital constante, pues al disminuir el tiempo de desgaste de las máquinas se hace aumentar el monto anual del dinero que se destina a la renovación del capital fijo. Otra fórmula para contrarrestar los efectos negativos del acortamiento de los plazos de reposición del capital fijo es la posibilidad de utilizar las máquinas tecnológicamente superadas en inversiones en el exterior, en economías menos desarrolladas donde esa tecnología cumple aún el papel de vanguardia. Ese método fue utilizado muy ampliamente en la post-guerra y ha sido un factor poco destacado en los estudios del movimiento internacional de capitales, el cual explica, sin embargo, la capacidad de incorporación de nuevas tecnologías en los países desarrollados sin aumentar significativamente los costos del capital constante. No es posible pues ocultar su importante responsabilidad en estimular el dinamismo capitalista en este período.

Hay que señalar también que el avance tecnológico generado por la revolución científico-técnica aumenta la diferenciación interna dentro del sector I. En primer lugar, el descubrimiento de nuevos productos químicos de tratamiento de las materias primas (quimización) llevó a un alto grado de industrialización de las mismas, aumentando así los gastos de capital fijo en la producción de materias primas. El caso más importante fue el desarrollo de la petroquímica

que pasó a absorber grandes cantidades de inversiones no sólo en la producción de estanques y laboratorios de transformación del petróleo sino también en la construcción de enormes petroleros, oleoductos y gaseoductos y otras inversiones básicas para el transporte del petróleo y de los gases que pasaron a tener un papel creciente en la producción. De esta manera, surge toda una rama nueva de la producción con enormes economías externas tanto en la fase inicial de producción como también en la fase final (industria de plásticos y otros materiales sintéticos), que sustituye industrias tradicionales (como el algodón y la lana), o que simplemente generan nuevos productos hasta entonces desconocidos. Eso pasó también con la electrónica y la industria atómica, empieza a pasar con los laser y con el desarrollo de la microbiología.

Se diferenció también la sección I en la industria de maquinarias que se dividió entre un sector de máquinas de hacer máquinas y la producción de máquinas propiamente. Esa rama pudo desarrollarse e independizarse en la medida en que se amplió enormemente el consumo de máquinas de origen electrónico con fuerte grado de automatización. Al mismo tiempo, la producción de máquinas deja de ser una actividad artesanal en función de una demanda diversificada, adaptada a cada empresa, para dar origen a las fábricas “llave en mano” en que todo proceso productivo sigue normas estandarizadas que permiten la producción en serie de plantas y usinas. En el campo de la construcción se desarrollan los pre-fabricados, apoyados en módulos flexibles aplicables a los más diversos tipos de moradas, casas comerciales y manufacturas.

No se puede dejar de señalar la importancia creciente de la industria destinada a producir el capital fijo utilizado por los centros de investigación científica. La producción de instrumentos científicos, laboratorios, medios de investigación como los computadores, destinados a la Investigación y Desarrollo ha generado un campo nuevo en la diferenciación del sector I. De las inversiones destinadas a la investigación, una parte importante se dedica a la base material de los laboratorios (instalaciones, instrumentos, materiales, etcétera.), así como al sistema de comunicación dedicado exclusivamente a la información sobre

ciencia y tecnología, el cual debe servir no sólo para entregar conocimientos científicos a los investigadores, sino también a la producción y a la educación.⁵⁵

En resumen, la revolución científico-técnica produjo cambios sustanciales en la parte de medios de producción de la sección I de la economía: a) elevó su proporción en el total de la producción, b) disminuyó el período tecnológicamente justificado de renovación de las máquinas; c) diversificó la sección I al aumentar el número de sectores, ramas e industrias de la misma; d) diferenció y mecanizó un sector productor de máquinas de hacer máquinas; e) generó un sector dedicado a la producción de medios materiales para la I y D para la comunicación de sus resultados.

Al mismo tiempo, se transformaron radicalmente los materiales destinados a la manufactura. De un lado, se produjeron importantes sustituciones de materiales sintéticos, más livianos o más resistentes, en lugar del acero y otros materiales pesados. Así mismo, la petroquímica permitió superar la producción mecánica sustituyéndola por la transformación química de los materiales y de las materias primas ajustándolas al sistema de moldeos y ensamblajes, lo que ha permitido un gran avance de la producción automatizada.⁵⁶

En el campo de la energía hubo un aumento indiscriminado de la utilización de combustibles no renovables, particularmente los fósiles. Esto creó una dependencia estrecha de Europa y Japón hacia los países productores de petróleo. Esta dependencia se extiende a los Estados Unidos, en lo que se refiere al consumo de fuentes de energía nuclear, y se completa con una dependencia creciente de materiales estratégicos.⁵⁷

55. Víctor Afanasiev dedica en su libro una atención especial a la economía del sector científico-técnico para facilitar su utilización óptima en el socialismo (1976). A. Nicolayev se dedica a estudiar el mismo tema en el capitalismo contemporáneo en su libro (1975). D. M. Lemberon preparó una antología de textos sobre *Economics of Information and Knowledge* para los "readings" de Penguin Books (1971).

56. La importancia creciente de los materiales sintéticos se puede ver por su aumento en la composición de insumos de los varios sectores tal como nos muestra Anne P. Carter (1970).

57. La dependencia creciente de Estados Unidos de materiales estratégicos importados ha sido destacada en varios documentos oficiales, artículos y libros en Estados Unidos. En 1973, Estados Unidos importaba 100% de su consumo de caucho natural; 90% de la bauxita; 95% del grupo de metales de platino; 95% del cobalto; 82% del manganeso, etcétera (Resources and Energy, 1976: 42).

Este conjunto de transformaciones está directamente asociado a las condiciones materiales generadas por la RCT. Sin embargo, las condiciones de competencia monopólica en que opera el capitalismo contemporáneo agrega algunas características específicas a las tendencias materiales de la evolución de la sección I.

La orientación militarista que sigue el capitalismo en su fase imperialista determinó un desarrollo especialmente deformado de la sección I particularmente después de la II Guerra Mundial. Esto obligó primero a un enorme crecimiento de la industria de acero y posteriormente, con la revolución científico-técnica, al apareamiento de materias primas de nuevo tipo asociadas a nuevos campos de la tecnología, de la industria de aluminio y de la petroquímica pesada. Asimismo, la industria aeronáutica, de misiles y aeroespacial asumió un papel de vanguardia en la acumulación capitalista contemporánea.⁵⁸

El peso de la industria automovilística y del mercado de bienes de consumo durable para fines privados determinó asimismo una fuerte desviación de la industria de base hacia otros rubros, sobredimensionando la producción de maquinarias de materias primas, la industria electrónica y la petroquímica a ellas asociadas.⁵⁹ La falta de una planificación urbana y sus reflejos en la industria de construcción operó en la misma dirección.⁶⁰

El desarrollo de la computación destinada a fines comerciales, de servicios, e incluso privados, con el apareamiento de los minicomputadores (tendencia que deberá acentuarse en los próximos años con los microcomputadores), ha sobredimensionado la producción de esos aparatos.

La ola de sistemas de comunicaciones modernos y los usos más abusivos de los mismo tuvo por su lado sus efectos en la expansión vertiginosa de la electrónica hacia niveles de sofisticación cada vez más refinados.

Ese sobredimensionamiento de las industrias asociadas al sector I se concentró principalmente en las ramas señaladas deprimiendo la

58. Entre 1939 y 1961, la tasa de crecimiento anual de las principales industrias revela que el mayor crecimiento se encuentra en los productos aeronáuticos y espaciales, maquinarias y materias primas sintéticas.

59. Sobre la importancia de la electrónica hay una vasta literatura. Véase a Anne P. Carter (1970).

60. La construcción ocupó un rol fundamental en la generación de economías externas en Estados Unidos junto con la industria automovilística.

producción de las maquinarias para los sectores considerados tradicionales y los asociados a formas de consumo colectivo. La industria de máquinas asociadas para las ramas textil, cemento, alimentación, ferrocarriles, etcétera, presentó un ritmo mínimo de cambio tecnológico en la postguerra.

Vemos así que el comportamiento de la sección I está condicionado no sólo por las tendencias del desarrollo tecnológico sino también, y en medida muy importante, por la aplicación que se hace de ese desarrollo según las leyes de distribución determinadas por las relaciones de producción dominantes y sus etapas históricas. La orientación del consumo capitalista continúa desafiando las tendencias socializadoras que se verifican en el campo del desarrollo de las fuerzas productivas. En consecuencia, el aumento de la productividad del trabajo generado por el desarrollo tecnológico y los excedentes de productos que ella genera llevan a fortalecer un tipo de consumo individual que se refleja dialécticamente en la producción de bienes de producción, orientándola hacia un crecimiento desproporcionado de las ramas e industrias asociadas a las necesidades establecidas por el sistema económico-social. Eso nos lleva entonces a analizar el comportamiento de la sección II de bienes de consumo, más en detalle.

Cuando analizamos la sección de bienes de consumo, se nos presenta con gran fuerza el desarrollo inaudito de los bienes de consumo durable en la postguerra. Los autos, los refrigeradores, los medios de calefacción, las máquinas de lavar ropa y platos, las cocinas modernas, etcétera, transformaron la habitación de las casas de altos ingresos en enormes depósitos de medios auxiliares de la economía doméstica. Al mismo tiempo, la televisión, la radio, el teléfono, los tocadiscos, etcétera, introdujeron en estas casas el mundo exterior de la noticia y del espectáculo. El inicio de la microcomputación y de las nuevas formas de comunicación anuncian nuevas etapas en el proceso de conversión de la casa en el lugar de una pareja con dos hijos en medio cercada de medios mecánicos y aparatos electrónicos.

Esta evolución de la tecnología moderna es demasiado cara y su individualismo entra en choque con las necesidades de nuestra sociedad. La falta de guarderías, jardines de infancia, tiempo completo en la escuela,

restaurantes en los centros de trabajo, bibliotecas y espectáculos más accesibles implica una utilización creciente del tiempo liberado por la menor jornada de trabajo para transportarse hacia el local de trabajo, el cuidado de los niños, el cuidado de la casa, etcétera. La posibilidad de dedicarse a actividades culturales y al autodesarrollo es muy restringida por estas actividades prioritarias. La solución es pues evitar los hijos, y en consecuencia, el ritmo de crecimiento de la población baja en dirección a cero.

El consumo aumenta sin embargo como fórmula sustitutiva de una mejor organización social. Y no sólo en la rama de bienes durables de carácter individual sino también en los bienes de consumo liviano donde se produjeron importantes cambios en la postguerra. El desarrollo de los plásticos ha disminuido el apego a los bienes estables y la industrialización de los productos agrícolas superó casi totalmente el contacto con los bienes agrícolas en estado natural. El aumento del consumo de carne obligó a un desarrollo gigantesco de los forrajes para animales y reorientó masivamente la producción de cereales.

Los bienes antes considerados de lujo se han desplazado hacia sectores populares, si bien bajo la forma de bienes usados o de la calidad inferior. Una aparente democratización del consumo no pudo dejar de desnudarse cuando se aprecian las diferencias de calidad entre la alimentación popular degradada por masas y sales disfrazadas de productos bien publicitados; entre los licores de clase media alta y los alcoholes son “esencias” de todo tipo de bebida que se destinan a los sectores populares; entre los distintos cortes de carne y entre los que la comen y no la comen; entre las telas hechas a mano o por máquinas manuales y legítimas y los tejidos de nylon, etcétera. Por más que sean los disfraces de democracia de consumo, el hecho es que este nunca fue tan estratificado como ahora. Y aún sería más duro apreciar la existencia de masas de desempleados, subocupados, marginales contumaces, que se ven apartados radicalmente de los niveles humanos de alimentación, vestuario y alojamiento entre otras cosas. La constatación del consumo de carne para perros entre los pobres de Estados Unidos es un símbolo muy directo de estos hechos.

Por último, habría que destacar el modesto crecimiento de las industrias tradicionalmente destinadas al consumo de bienes salarios en relación a los “fashionables” bienes durables, electrónicos, etcétera.

4. Composición orgánica del capital, capital-trabajo y reproducción

Las características del desarrollo tecnológico están determinadas en general por la lucha del capital por reducir sus costos de producción en capital constante y variable. Pero la reducción del capital variable tiene una importancia básica, cualitativamente distinta; ella disminuye la resistencia de la clase trabajadora, su organización y su poder frente al capital. Por otro lado, como vimos, todo aumento de productividad —tenga su origen en la mejoría de una máquina, del proceso de organización del trabajo o en la intensidad del trabajo— tiene como efecto una reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir los bienes.

No debe pues extrañar que, en la medida en que avanza el cambio tecnológico, los datos revelen una disminución del peso de la fuerza de trabajo, medida en hombres o en horas de trabajo, en relación a los demás factores de producción. Los detallados estudios de Anne P. Carter sobre los cambios estructurales en la economía norteamericana (1970) de 1938 a 1961 ilustran muy claramente estas tesis que se deducen del universo teórico de *El capital* de Marx.

La autora analizó las matrices de insumo-producto de Estados Unidos de 1939, 1947, 1958, 1961 y calculó que si se considera la demanda final de 1961 se requeriría para atenderla en los años señalados: 101 millones de hombres-año en 1939, 86 millones en 1947, 63 millones en 1958 y 58 millones en 1961 (Carter, 1970: 40).

De la misma forma, se encontró en el período una baja de las exigencias de capital fijo. Para atender una demanda igual a la de 1961 se requerirían, según la tecnología de 1939, 662.000 millones de dólares de 1947; si se tomase la tecnología de 1947 se necesitarían 17.000 millones si se tomara la de 1958 se usarían 523.000 millones de dólares constantes (Carter, 1970: 41).

Las tendencias son sin embargo diferentes cuando nos atenemos a los insumos intermedios. Ellos se han mantenido estables en el período estudiado. Sin embargo, es importante señalar que hay muchos cambios internos entre los productos intermedios. Hay un aumento de los requerimientos de combustibles y servicios en general, así como del sector

químico. También hay un aumento de las exigencias de ciertos metales, pero otros metales más pesados son reducidos en su utilización.⁶¹

Muchos otros estudios empíricos confirman los análisis econométricos de Anne P. Carter.⁶² Podemos concluir en general que el desarrollo tecnológico de la postguerra hizo bajar significativamente el uso de fuerza de trabajo por producto; disminuyó en menor proporción los requerimientos de capital fijo por producto; bajó aún en menor escala los costos y la utilización de materias primas por producto final, con una clara sustitución de los metales pesados por nuevos materiales sintéticos o más livianos; y aumentó significativamente el gasto en energía, combustibles y en servicios de transporte, comunicación, comercio y administrativos.

Este sería un cuadro realista de las tendencias del desarrollo tecnológico capitalista, particularmente en la postguerra, en lo que se refiere a la composición técnica de la producción y a los componentes del capital. Las gráficas IV-1, 2 y 3 dan una idea general de estas tendencias:

La disminución del tiempo de trabajo incorporado en cada producto en menor proporción que el capital fijo y las materias primas y un aumento de los gastos en materias auxiliares (energía, combustible, etcétera) y en servicios significa que en la composición global del capital disminuye la parte del capital variable en relación al capital constante. Aumentó por consiguiente la composición orgánica del capital en el período, no por un aumento del valor del capital constante sino por una importante rebaja del capital variable directamente productivo. Hay que señalar, sin embargo, que la demanda de servicios incluye un alto porcentaje de trabajo. Esto no altera el sentido de los datos anteriores, pues la tabla de insumo-producto en que se fundamenta incluye los servicios

61. Así lo plantea Anne P. Carter: "Mientras el nivel total de demanda de los productos intermedios se mantiene relativamente estable, la demanda para algunos grupos de industrias se expande y en otros casos se contrae. Así, los insumos para las industrias de servicios, producción de combustibles, transporte, comercio, comunicaciones y otros servicios se han expandido permanentemente, así como las demandas de los sectores químicos. Los insumos de la metalmecánica crecen en la medida en que aumenta la complejidad de estos productos de la metalmecánica. Con todo, los insumos materiales tienden a declinar en la medida en que el tamaño y el peso de muchos equipos decrece, en que el desperdicio de materiales se reduce y en que materiales más baratos sustituyen a los más caros" (Carter, 1970: 37).

62. Véanse, entre otros, F. Molnar (1970); S. Menchikov (1976); W. Leontief (1973); y Wladimir Andreef (1976).

y, en consecuencia, la rebaja del tiempo de trabajo socialmente necesario que hemos señalado, alcanza todos los sectores que forman el ingreso nacional.

Pero lo mismo no ocurre necesariamente desde el punto de vista del ingreso. El aumento de los servicios y de la producción de bienes de alto desarrollo tecnológico eleva la participación de trabajadores de ingresos más altos en el ingreso nacional. Según datos de *Statistical Abstract*, las compensaciones a los empleados aumentaron su participación en la renta nacional del 65,5% en 1950 al 76,1% en 1977. En este período los salarios y sueldos crecieron del 62,2% en 1950 al 65,1% en 1976 los suplementos a los salarios y sueldos aumentaron del 3,3% al 10,9% entre 1950 y 1976 (*Statistical Abstract of the U.S.*, 1978: 444, cuadro 718).

De este aumento, la mayor parte correspondió a los salarios y sueldos de servicios. En 1950, los sueldos y salarios de los productores directos de mercancías representaban el 43% del total de estos ingresos en Estados Unidos; en 1977 habían bajado su participación al 34%. Los salarios y sueldos de los trabajadores en la distribución también bajaron su participación del 27,2% al 24,6%; los del sector de servicios aumentaron del 13,7% al 20,3% y los del gobierno del 15,4% al 20,2%. Estos datos revelan el rol fundamental de los servicios y del gobierno en la generación de ingresos que compensan la baja de los ingresos de los trabajadores directamente productivos, debido al avance tecnológico, particularmente la automatización. Esta compensación impide una crisis de realización violenta, pero aumenta por otro lado el déficit fiscal de un Estado cada vez más pletórico y amplía enormemente los costos de reproducción del sistema con fuerza de trabajo no-productiva. La distribución del ingreso continúa estable cuando en 1950 la quinta parte de las familias norteamericanas que recibían los ingresos más bajos participaba del 4,5% del ingreso nacional, el 25% de ingresos más altos recibía el 42,7% y el 5% más alto recibía el 17,3%. En 1977, estos datos eran de 5,2%, 41,5% y el 15,7% (*Statistical Abstract of the U.S.*, 1978: 447, cuadro 722).

Lo que más importa considerar es que en estas circunstancias, la inversión estatal es la que asegura el ritmo de crecimiento y el empleo en la economía, al que parece no indefinidamente en consecuencia de la inevitable crisis fiscal derivada de este tipo de solución. El Estado no

sólo asegura la realización a través del pago de salarios, sino que es un comprador importante sobre todo de algunos sectores, realiza subsidios básicos para el funcionamiento del sector privado e invierte en infraestructuras que no solamente mantienen en funcionamiento la economía sino también abren camino para nuevos negocios al sector privado.

En resumen, el aumento de la composición orgánica del capital a nivel de las empresas es compensado en parte por el aumento del ingreso de los asalariados en sectores de servicios, técnicos y científicos, comunicación, comercio, etcétera, que incrementan el rol de los salarios y sueldos en el ingreso nacional. Asimismo, el Estado interviene cada vez más en la economía no sólo asegurando el pago de sueldos y salarios, sino también por otros mecanismos importantes.

Desde el punto de vista de la producción sectorial, se expanden los bienes salarios de lujo, particularmente los bienes de consumo durable. Al mismo tiempo, se afirman las ramas productoras de máquinas, y principalmente los nuevos sectores tecnológicos, como los químicos que sustituyen materias primas.

El capital invertido revela cada vez mayor eficacia y la demanda de fuerza de trabajo crece, en general, en un ritmo cada vez más bajo.

5. Resultados en el proceso productivo global: el ciclo

La producción capitalista no es producción de bienes útiles sino de valores. Y son las necesidades del proceso de valorización las que determinan su movimiento básico. Sin embargo, la producción de valores se apoya en la producción de bienes útiles que dan la racionalidad final a cualquier modo de producción. Los hombres no consumen valores, los trabajadores no producen materialmente tiempo de trabajo sino bienes que son un producto de trabajo útil y concreto. Esta contradicción es inherente a un modo de producción basado en la producción mercantil como es el capitalismo. Ella se resuelve siempre de manera provisoria y precaria por el proceso de acumulación que permite hacer coincidir la valorización del capital y los intereses de los individuos que componen la sociedad capitalista. Sin embargo, esa coincidencia es sólo relativa, sólo existe en la medida en que el aumento de la riqueza social, generado

por el aumento de la capacidad productiva de la sociedad, permite atender las necesidades elementales de la gran mayoría de la población. Pero esas necesidades tienen que ajustarse a las condiciones en que se realiza el proceso de producción, De esta forma, las necesidades sociales se definen según las exigencias de las distintas clases sociales que existen dentro de las relaciones de producción asalariadas. Asimismo, esas necesidades son determinadas por el aparato ideológico e institucional que corresponde a esas relaciones de producción, sea porque son un producto de estas, sea porque son necesarias a su sobrevivencia y reproducción.

Por esta razón, la coincidencia entre las necesidades sociales y el crecimiento de la riqueza generado por el proceso de acumulación es siempre limitada y encierra en su seno fuertes contradicciones de intereses y de proyectos de crecimiento económico, distribución de la renta y prioridades de consumo radicalmente distintas y hasta opuestas.

Por otro lado, aún esta coincidencia relativa desaparece cuando entra en crisis la acumulación capitalista y se provocan los fenómenos de recesión y depresión. En estos momentos se produce una violenta contradicción entre el proceso de valorización y la creación de bienes útiles, aún cuando se define dentro de las relaciones de producción capitalista. La economía no es capaz de atender, en esos momentos, aquellas prioridades definidas por las clases sociales, grupos e individuos que componen el capitalismo. Por ellos, las crisis económicas son al mismo tiempo crisis del proceso de dominación política e ideológica y generan profundos fenómenos de contestación del modo de producción en sí mismo.

Pero, el sentido contradictorio de la acumulación capitalista no se restringe, como vimos, a las situaciones históricas de crisis económicas más o menos prolongadas. Al iniciarse las crisis, surgen coyunturas revolucionarias que son o no aprovechadas por las clases revolucionarias según su preparación política e ideológica y su capacidad de aprovechar las circunstancias históricas concretas. Cuando fracasan las soluciones revolucionarias, el capitalismo dispone siempre de la capacidad de recuperarse de las crisis a través de los mismos mecanismos por ellas generados que permiten la elevación a niveles superiores de la concentración de la producción por la vía del cambio tecnológico, de la centralización

de capitales, la monopolización, la estatización y la internacionalización de la economía. Pero esto no hace más que elevar a niveles superiores las contradicciones inherentes al modo de producción e iniciar un nuevo ciclo de acumulación y crisis.

Por esto, cuando analizamos los efectos del cambio tecnológico en el sistema productivo en su conjunto, particularmente en una época histórica determinada, debemos integrar en el análisis los elementos antes señalados: el carácter cíclico de la producción capitalista, la inevitable aceleración del carácter social de la producción y sus expresiones necesarias en nuevos niveles de concentración económica, monopolización, centralización de capitales, estatización e internacionalización de la economía. Pero este análisis debe profundizarse y encontrar las nuevas formas que asumen las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista en estas etapas superiores de su desarrollo: la contradicción se hace cada vez más aguda entre la forma social de la producción antes señalada y la apropiación privada, que sólo puede resolver esa contradicción provisoriamente bajo las formas de socialización del capital antes señaladas (concentración, monopolización, centralización, estatización e internacionalización). Pero toda socialización del capital es contradictoria en sí misma pues tiene que mantener el carácter privado y anárquico de la producción capitalista, así como la explotación de la fuerza de trabajo. De ahí, que cada nuevo ciclo productivo traiga en su interior los gérmenes de una nueva crisis general que exigirá nuevos reajustes del sistema productivo —entendido este como fuerzas productivas y relaciones de producción—.

¿En qué sentido esas consideraciones teóricas generales pueden iluminar el estudio de la particular fase histórica que analizamos: el capitalismo contemporáneo después de la Segunda Guerra Mundial?

En primer lugar, queda claro que las transformaciones estructurales de la producción capitalista en la postguerra fueron determinadas por la crisis anterior del capitalismo entre 1929 y 1945 que permitió una destrucción masiva de los capitales instalados y una rebaja en el precio y posteriormente en el valor de la fuerza de trabajo, de tal forma que se hizo posible la elevación de la tasa media de ganancia, y la centralización de capitales que permitió incorporar en escala gigantesca las

innovaciones tecnológicas generadas en el período anterior (quimización, industria electrónica y particularmente la computación, industria atómica). La incorporación de estos cambios tecnológicos exigió una inversión masiva no sólo en nuevas maquinarias sino también en Investigación y Desarrollo al nivel de la producción.⁶³ El resultado de esos cambios en el proceso de acumulación llevó a nuevos niveles de concentración económica, la monopolización, la centralización del capital y la intervención del Estado, dentro del contexto de una economía mundial reestructurada debido a la victoria de los aliados en la Segunda Guerra y la hegemonía alcanzada por Estados Unidos sobre la economía mundial que permitió una fase nueva de integración económica, financiera, militar y política del capitalismo en escala mundial. Como núcleo de esa nueva fase de expansión, se desarrolló un nuevo tipo de unidad empresarial que fue la corporación multinacional.

Pero este proceso de expansión llevaba en su interior las contradicciones que emergerían al final del ciclo expansivo que se manifestó a partir de 1966,⁶⁴ cuando se inicia una crisis general del capitalismo en escala mundial. En este momento quedan evidentes las limitaciones del nuevo ciclo de producción capitalista iniciado en 1945 y se plantea la necesidad de redefinir radicalmente la estructura de producción, así como las relaciones de producción capitalistas en escala nacional e internacional para dar paso a un nuevo período de acumulación de capital de carácter ascendente.

¿Qué límites presentaba pues el proceso de producción capitalista en la fase de la revolución científico-técnica que venimos estudiando, y en el marco de la integración capitalista mundial bajo la hegemonía norteamericana basada en la expansión del gran capital nucleado en las empresas multinacionales?

63. Un interesante ensayo de analizar los efectos de la I y D sobre la reproducción social en el capitalismo contemporáneo se encuentra en el libro de A. Nikolayev (1975). A pesar de los sugestivos análisis que ofrece, este libro se queda sin embargo en el plano estricto de la I y D y de la actividad empresarial. Nuestros planteamientos pretenden abarcar un campo más vasto, a pesar de menos exhaustivos, alcanzando la reproducción del capital en toda la economía capitalista contemporánea. Sobre el mismo período, véanse también a Ernest Mandel (1975), y Víctor Afanasiev (1976: 402-3).

64. Mi interpretación global de este período y de la crisis general del capitalismo después de 1966 se encuentra en mi libro *Imperialismo y dependencia* (1978). Véase la versión anterior *La crisis norteamericana y América Latina* (1971).

En primer lugar, es necesario precisar los límites del progreso técnico bajo la tutela del gran capital monopólico y multinacional. El gran desarrollo de los centros de investigación científica ligados a las empresas, al Estado y a la Universidad no pudieron articularse de manera racional y económica. Era pues evidente que después de la euforia de los primeros años de gastos indiscriminados y anárquicos en Investigación y Desarrollo se produjera una crisis de los mismos. Esa crisis no se da directamente al nivel de las empresas sino del Estado que fue convertido en el gran financiador de la I y D en este período como vimos en el capítulo V de nuestro libro *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo*.

Dentro de la crisis fiscal resultante de la intervención creciente del Estado para financiar deficitariamente, bajo las más distintas formas, la expansión de los monopolios, ocupaban un lugar especial los gastos en I y D para favorecer las industrias de punta del dinámico capitalismo de la postguerra. Estas industrias fueron, como hemos señalado, la aeronáutica, la electrónica, la atómica y la química. Los enormes beneficios originados en este sector como consecuencia del financiamiento estatal (que cubría no sólo la I y D, sino también parte de la producción así como el consumo final de productos a precios altamente ventajosos) empezaron a desviarse hacia otros sectores de la economía bajo una forma especulativa —sobre todo por la vía de la absorción de empresas—, lo que dio origen a la formación de los conglomerados, es decir, unidades empresariales irracionales y anárquicas desde el punto de vista de la articulación interna de sus actividades económicas pero altamente “racionales” desde el punto de vista de la expansión financiera de unidades empresariales con grandes excedentes de capital. Era obvio, sin embargo, que este crecimiento especulativo chocaría con graves obstáculos debido a su irracionalidad creciente; y era evidente también que se harían cada vez más incontrolables los efectos inflacionarios de estas “inversiones” no productivas, así como la enorme centralización de capitales en las manos de algunas corporaciones, bancos y grupos económicos.

En segundo lugar, desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto, la enorme concentración económica de la producción, de las ganancias y consecuentemente de los ingresos asociada a esta forma

irracional, especulativa e inflacionaria de acumulación, sólo podía acentuar a largo plazo las contradicciones entre el trabajo y el capital y entre el grande, el medio y pequeño capital. Durante la postguerra, la ola de crecimiento económico parecía garantizar el pleno empleo y la expansión permanente del consumo, provocando un gran optimismo social y condiciones favorables para pactos de paz social que parecían definitivos y que anunciaban aparentemente una nueva fase del capitalismo. Claro que nadie se acordaba de las décadas de paz social del “fin del siglo” XIX y comienzos del siglo XX que anunciaban nada más la Primera Guerra Mundial, el período revolucionario de la postguerra, la crisis de 1929, el fascismo y la Segunda Guerra Mundial.

Los desequilibrios internos intrínsecos a la desordenada acumulación capitalista de postguerra sólo empiezan a manifestarse desde 1966. Son desequilibrios internacionales también están solamente en su fase inicial de manifestación. La integración del capitalismo bajo la hegemonía norteamericana no representaba de ninguna manera una solución definitiva a las contradicciones entre los imperialismos. La recuperación rápida de Europa, particularmente de Alemania y de Japón –ambos países destruidos al final de la Segunda Guerra Mundial, introdujo nuevamente la competencia inter-capitalista y desplazó a Estados Unidos de la función hegemónica establecida en la postguerra. El aumento de la competencia inter-capitalista se aliaba a otros factores que debilitaban la hegemonía norteamericana. Los gastos militares que imponía la posición hegemónica de Estados Unidos afectaron fuertemente su balanza de pagos. Asimismo, la hegemonía del dólar y la expansión de las inversiones norteamericanas en Europa, y menos en Japón, dieron origen a nuevos déficits de balanza de pagos y a fuertes presiones especulativas sobre el dólar.

No es aquí el lugar de analizar las tendencias de la economía mundial generadas por la hegemonía norteamericana y el cuestionamiento posterior de la misma que resultó la propia expansión del comercio mundial que generó. No es el lugar también de analizar las crecientes contradicciones que generó esa expansión de capital norteamericano en los países dependientes dentro del capitalismo mundial. No podemos también profundizar aquí la relación entre esta expansión capitalista y

la del campo socialista que la superó en ritmo y permanencia. El crecimiento de los países socialistas y la victoria de nuevas revoluciones restringen de un lado, las áreas de expansión capitalista, abren nuevas perspectivas, por otro lado, al movimiento de liberación nacional en las antiguas zonas coloniales.

Lo importante para nuestro análisis es señalar los efectos de tales procesos sobre el sistema de producción capitalista. Su avance lleva a una internacionalización creciente del proceso de producción que se distribuye en grandes unidades productivas internacionales bajo la hegemonía del gran capital internacional, la expansión de las ondas de innovación hacia el exterior asume un ritmo rápido y plantea el problema de la transferencia de tecnología en escala mundial como una cuestión urgente y de gran relevancia para la comprensión del funcionamiento del capitalismo a nivel internacional y nacional. Pues los espacios económicos nacionales se hacen cada vez más permeables a los movimientos de mercancías, población, dinero y capitales en escala mundial. Este tema será estudiado por nosotros en nuevo libro sobre transferencia de tecnología y capitalismo contemporáneo.

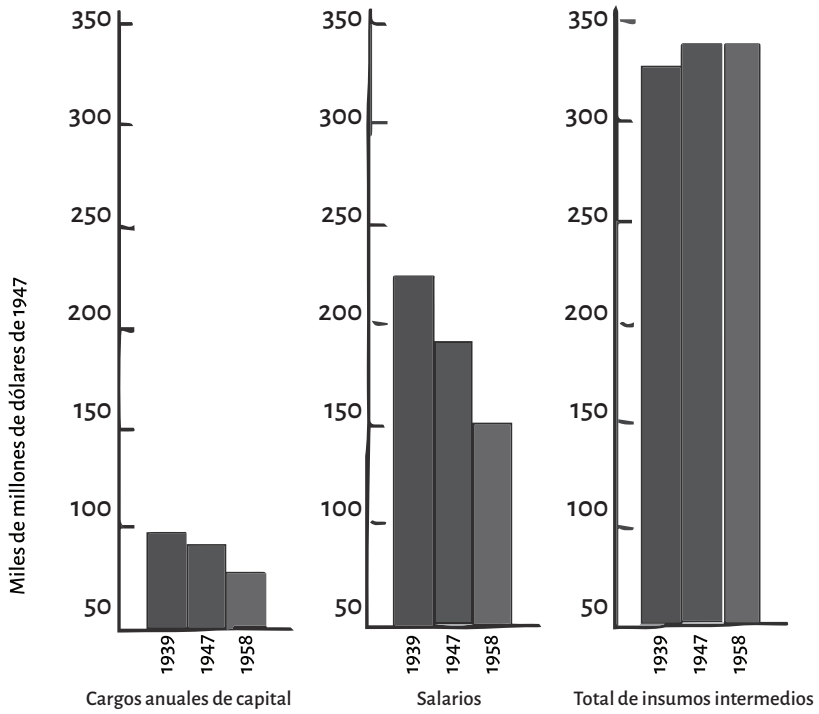
Al lado de los cambios señalados en la estructura productiva al nivel nacional e internacional que llevan a una profundización de las contradicciones entre el carácter social de la producción y privado de la apropiación capitalista, a la intensificación de las contradicciones interimperialistas, entre el imperialismo y los países dependientes y entre la expansión imperialista y el apareamiento, desarrollo y reforzamientos de un campo socialista, se plantean contradicciones más profundas al nivel de las relaciones de producción.

La acentuación del ritmo de acumulación del capital en la postguerra está asociada, como vimos, a cambios tecnológicos revolucionarios que no afectan solamente la estructura de las ramas de producción y la del capital. Ellos afectan de manera profunda y radical el proceso de trabajo que acompaña muy directamente esos cambios en las fuerzas productivas y las relaciones de producción, convirtiéndose así en los aspectos más relevantes y vitales del desarrollo del capitalismo de la postguerra.

La ola de crecimiento originada por la fase expansiva del ciclo de postguerra ocultó los enormes problemas que se generaban en las

condiciones de trabajo, en la estructura de empleo y en las tendencias de la ocupación. La ley general que preside esos cambios es la disminución del tiempo de trabajo necesario para producir los medios de vida fundamentales consumidos por la sociedad (aunque este consumo, como vimos, asume la forma de un enorme desperdicio para algunos y restricciones para otros, determinado por las relaciones de producción capitalistas). La baja del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una riqueza social creciente significa la posibilidad de disminución de la jornada de trabajo (que tiende a darse en condiciones de una sociedad no contradictoria que no logra andar a paso con la etapa actual del desarrollo de las fuerzas productivas) o en el caso de preservar la jornada de trabajo sin condiciones de un crecimiento significativo de la producción, una disminución del número de trabajadores necesarios para las actividades productivas. Las consecuencias de este hecho material básico, acelerado por el avance de la revolución científico-técnica y particularmente por el avance de la automatización, crea el aumento de los trabajadores de servicio y de desempleo potencial y real dentro de la sociedad, Mientras hay una fase de expansión de la producción ese desempleo se disfraza debido a la incorporación de nuevos asalariados para atender los nuevos sectores productivos y de servicios demandados por la riqueza social creciente. Cuando se manifiestan los elementos de la crisis, se ponen en evidencia las enormes masas de desempleados, reales y potenciales, asociadas a la forma capitalista de desarrollo de las fuerzas productivas. Hay que señalar aún la importancia del subempleo en los países capitalistas desarrollados pero, particularmente, en los subdesarrollados, así como la tendencia de expansión de la automatización en el sector de servicios y sus posibles consecuencias al nivel del empleo. El capitalismo aumento en consecuencia sus contradicciones con la clase trabajadora en general y revive el enemigo número uno de los trabajadores: el desempleo. Los teóricos burgueses habían conjurado de la realidad capitalista los dramas del desempleo masivo, al confiar en la mejor vida de los años expansivos del ciclo económico de la postguerra. La realidad, sin embargo, desmintió su optimismo y demanda una interpretación cíclica del capitalismo.

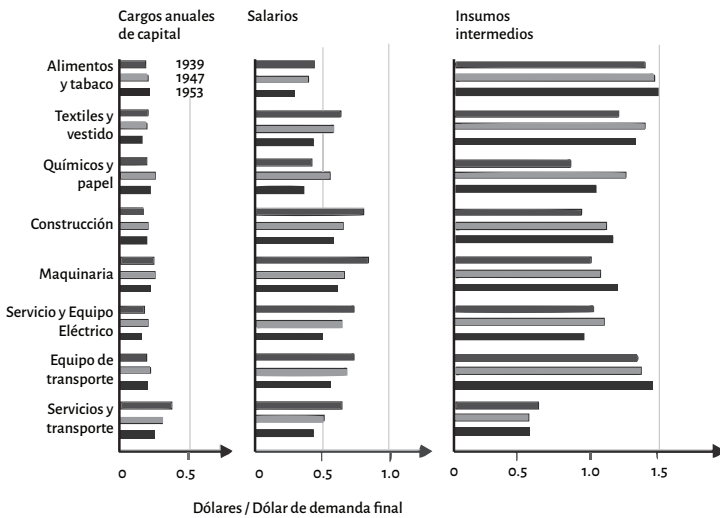
Gráfica IV-1



Valor de Insumos intermedios, salarios y cargos anuales de capital de demanda final de 1961 con tecnologías de 1939, 1947 y 1958.

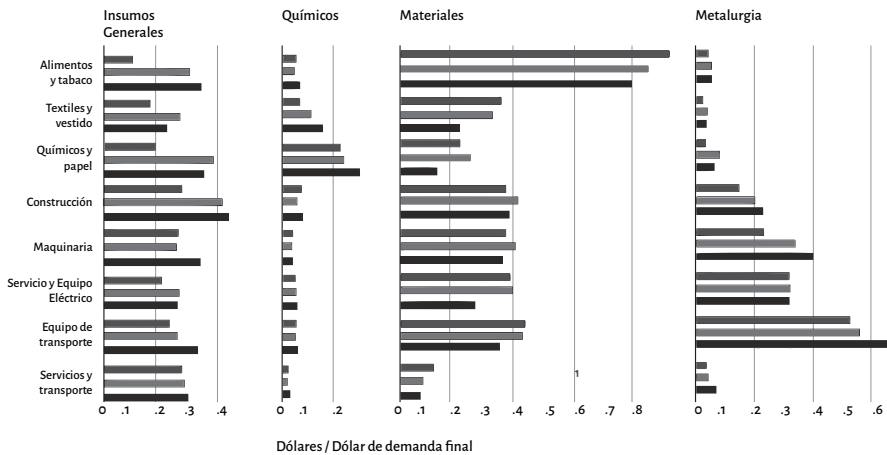
Fuente: Anne P. Carter, *Structural Change in the American Economy*, Harvard University Press, Cambridge Massachusetts, 1970, pp. 43-46.

Gráfica IV-2



Valor de Insumos intermedios, salarios y cargos anuales de capital a ocho subsectores de demanda final de 1961 con tecnologías de 1939, 1947 y 1958.

Gráfica IV-3



Requerimientos intermedios, salarios y cargos anuales de capital a ocho subsectores de demanda final de 1961 con tecnologías de 1939, 1947 y 1958.

V. Cambio tecnológico y proceso de valorización: conclusiones

1. Producción de valores de uso y producción de valores. Su dialéctica

En el transcurso de este libro venimos insistiendo sobre la necesidad de comprender claramente la dialéctica entre la producción de valores de uso y de valor. La contradicción entre estos dos aspectos de la producción mercantil se encuentra en la base del funcionamiento contradictorio del modo de producción capitalista y el desarrollo de las fuerzas productivas se encuentra inmerso en esa contradicción. Este es el momento de sistematizar nuestras observaciones sobre el tema, tratado en el primer capítulo de *El capital* de Marx y en la *Contribución a la crítica de la economía política* y pocas veces integrado sistemáticamente al estudio del proceso de valorización y en particular de su relación con el cambio tecnológico.

El modo de producción capitalista —como todo modo de producción apoyado en las relaciones mercantiles— es un creador de mercancías, es decir, de bienes destinados al intercambio entre productores privados. Al productor privado no le interesa, como vendedor, el carácter útil de su producto sino su intercambiabilidad; él no usa lo que produce sino lo que compra. Lo que le interesa, sobre todo, es asegurar que este intercambio se haga según el tiempo de trabajo que invirtió en producir el bien que lleva al mercado, el cual no puede ser muy superior o inferior al tiempo que gastan los demás productores en producir sus propios bienes. Este hecho sólo queda claro cuando entendemos el mercado no como una relación entre los productores y compradores (tal como lo entiende la teoría marginalista neo-clásica), sino como una relación de intercambio entre productores independientes que, según una cierta división social del trabajo, producen bienes útiles distintos e intercambiables entre sí.

Los economistas políticos clásicos lograron identificar la base del intercambio mercantil que Marx precisó y analizo como en un microscopio, lo que le permitió definir todas las determinaciones esenciales que resultaban de esa relación básica. Un aspecto esencial de la relación mercantil es que el valor de uso no está contenido para nada en ella. Él es

apenas el soporte de las relaciones mercantiles, pues los hombres no se intercambiarían productos que no fuesen consumidos de alguna forma, que no tuviesen un valor de uso para sus compradores finales o consumidores. Pero la utilidad del bien no afecta para nada las relaciones mercantiles, excepto al darles un sentido, al servirles de base.

Es evidente que aquí hay una contradicción. El hecho de que las relaciones mercantiles hagan desaparecer el carácter útil de las mercancías, supriman ese carácter en su movimiento propio, se abstraigan del contenido útil de las mercancías, no elimina de hecho ese valor de uso. Los hombres no podrían crear una sociedad productora de bienes no consumibles. Esto hace más que las relaciones mercantiles entren en contradicción con el contenido final de la producción, creando un modo de producción basado en una falsa supresión del elemento esencial a la existencia de cualquier modo de producción. Esa falsedad es, sin embargo, necesaria para el modo de producción capitalista, es una condición "sine que non" para su existencia como modo de producción. Por este motivo la comprensión del modo de producción capitalista es tan difícil, pues ella sólo puede ser alcanzada cuando se logra entender y definir esta contradicción, que se encuentra en la propia base de funcionamiento. Si el analista acepta las premisas del intercambio capitalista como un hecho natural, confundirá la realidad con un mundo de formas fetichizadas. En este caso, la ciencia económica puede lograr describir correctamente los movimientos de esas formas tal como se presentan en la actividad diaria, pero jamás logrará explicarlas y definir sus determinaciones últimas, que se encuentran en las contradicciones resultantes de esa falsa supresión del fin último de la producción que es la utilidad de los bienes producidos y el valor de uso que estos encierran para sus consumidores.

Las implicaciones de estas constataciones básicas son de los más distintos órdenes e impregnan todo el discurso teórico de Marx sobre el capitalismo y sobre las limitaciones ideológicas de la economía política burguesa. No podemos recorrer, aquí, este largo camino. En este capítulo nos interesa resaltar solamente las consecuencias de este fenómeno para la comprensión del proceso de valorización capitalista en relación a los cambios tecnológicos.

Pues los cambios tecnológicos afectan el carácter útil y concreto del trabajo y de los bienes. Ellos se producen en la vida material y no en el plano mercantil. Ellos son modificaciones de procesos y productos consumidos por el hombre. Y el apareamiento de esos cambios es relativamente independiente de las leyes de la producción capitalista o proceso de valorización. Ellos son un producto de la acumulación de la experiencia productiva del hombre, del desarrollo de la tecnología, de la ingeniería y de la ciencia.

En ese sentido, por lo tanto, los cambios tecnológicos no se someten a la especificidad de las relaciones mercantiles que fundamentan las relaciones de producción capitalista. Ellos son un producto del desarrollo de la civilización y no específicamente de un modo de producción determinado. Por esto, un bien útil hecho en condiciones de producción capitalista o feudal, etcétera, podrá ser usado por individuos, grupos humanos o instituciones de otro modo de producción. Esto no significa defender la neutralidad de la tecnología. El modo de producción capitalista se apoya en un cierto grado del desarrollo de la civilización y, al mismo tiempo impulsa un cierto tipo de avance tecnológico.

Entonces el desarrollo tecnológico realizado bajo el capitalismo no es de ninguna manera neutral. El capitalismo impulsa aquellos cambios que favorecen el aumento de la tasa de ganancia, por la vía de la reducción de los costos de producción y del aumento de la productividad.

Ocurre que estos cambios llevan a una socialización creciente de la producción —efecto no deseado e independiente del capitalista—.

Asimismo, la preferencia por ciertos tipos de productos, particularmente la sofisticación exagerada e inútil, la acentuación de los aspectos de presentación de los productos en detrimento de su calidad, las disminuciones de costos por la vía de la adulteración de los productos y, el sacrificio inútil de los trabajadores, etcétera son comportamientos “tecnológicos” específicos del capitalismo, particularmente en su etapa monopólica. La tecnología desarrollada para este fin es un traste a ser botado en la basura por una sociedad superior.

El carácter concreto del cambio tecnológico es, sin embargo, relativamente externo a las leyes específicas de los distintos modos de producción, y esto en parte explica la dialéctica necesaria —implícita en todos los modos de producción—.

Entre las fuerzas productiva y las relaciones de producción. Las fuerzas productivas son desarrolladas por un determinado modo de producción, pero según ciertas leyes que no se someten a su “racionalidad” y que responden a la lógica del desarrollo de las fuerzas productivas. Un modo de producción no inventa sus fuerzas productivas, sino que las desarrolla según los intereses de las clases sociales que las conforman.

Es necesario comprender bien este planteamiento. Las fuerzas productivas no se desarrollan en el aire, en un espacio exterior a un determinado modo de producción, sino que, al interior del mismo, impulsadas por los intereses materiales que en él se mueven. Ciertas fuerzas productivas sólo pueden desarrollarse en ciertos modos de producción, por otro lado, sólo a partir de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas pueden existir ciertos modos de producción.

Pero de ahí no se puede inferir que el modo de producción críe esas fuerzas productivas. Él puede impulsar su desarrollo, respaldarlo, escoger lo que se usa o no se usa de ese desarrollo, pero no lo puede determinar totalmente, no puede inventar un conocimiento que no se someta a la propia lógica del conocimiento. De ahí que exista un criterio para analizar el carácter progresista o revolucionario de un modo de producción: su capacidad de desarrollar las fuerzas productivas, es decir, el dominio del hombre sobre la naturaleza y su sumisión creciente a sus propios fines humanos.

¿Qué pasa con el desarrollo de las fuerzas productivas en un modo de producción que no se interesa por el valor de uso de las cosas sino en tanto que este sirve de base al valor de cambio, es decir, al intercambio mercantil bajo su forma capitalista, el intercambio mercantil que acrecenta la ganancia en una masa y tasa crecientes?

Es claro que este modo de producción buscará desarrollar sobre todo las fuerzas productivas que permiten alcanzar el máximo de resultados, desde el punto de vista del proceso de valorización del capital. Si consideramos que el modo de producción capitalista, además de fundarse en las relaciones mercantiles, las extiende al intercambio entre los propietarios de los medios de producción y el propietario de la fuerza de trabajo, podremos entender más claramente los mecanismos que orientan el desarrollo global de las fuerzas productivas y el cambio tecnológico en particular en el capitalismo en su conjunto.

1. El modo de producción capitalista tenderá a desarrollar aquellas fuerzas productivas que permiten disminuir el tiempo socialmente necesario para producir las mercancías, pues cada capitalista individual tenderá a bajar sus costos de producción para competir en el mercado con los demás capitalistas. Como vimos en el transcurso de este libro, la hegemonía de las relaciones monopólicas tiende a disminuir este impulso revolucionario del capitalismo competitivo, y hasta podría anularlo si se impusiera un monopolio total en una economía capitalista. Desde el punto de vista del valor, la tendencia al aumento de la productividad conduce a una baja del valor individual de cada mercancía. El límite de esta baja del valor es esencialmente técnico: depende de la capacidad de la ciencia de sustituir, totalmente o no, el trabajo humano por las máquinas o del grado de automatización alcanzable científicamente. Pero este límite histórico es incompatible con un modo de producción mercantil como el capitalista. No puede haber intercambio mercantil en una sociedad en que no cueste ningún trabajo humano producir los bienes por ella consumidos. Las relaciones de intercambio tendrán que definirse en función de ciertas necesidades de los consumidores o, por lo menos, de algún criterio —moral, político, estético, etcétera. pero nunca económico— establecido por la sociedad y no por las relaciones mercantiles en sí mismas.

En este sentido, el modo de producción capitalista se presenta como una potencia revolucionaria de las fuerzas productivas en un sentido que estimula, independiente de su voluntad e interés, el creciente dominio del hombre sobre la naturaleza y sobre su propia naturaleza, liberándose materialmente del peso del trabajo. Pero, en este mismo sentido, el capitalismo se convierte en una traba al pleno desarrollo de las fuerzas productivas, pues su plena concreción se opone a las leyes constitutivas de la producción capitalista. El monopolio aparece exactamente para impedir que se opere un desarrollo “anárquico” de las fuerzas productivas que escape del control del sistema y lleve demasiado lejos el contenido revolucionario de las fuerzas productivas. En este sentido, las relaciones monopólicas, que son un producto necesario de la competencia capitalista, se convierten en una traba—dependiendo del grado en que puede imponerse— al desarrollo de las fuerzas productivas, sin lograr sin embargo paralizarlas.

2. El modo de producción capitalista tenderá a desarrollar aquellas fuerzas productivas que aseguren la mayor tasa de plusvalía posible al capitalista. En este sentido, el capital buscará disminuir al máximo posible el tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo, es decir, buscará aumentar la plusvalía relativa. Pues el aumento de la plusvalía absoluta sólo se puede dar por la vía de la prolongación de la jornada de trabajo, la cual no afecta el desarrollo de las fuerzas productivas sino que es un recurso que el capital utilizará en todas las circunstancias históricas y niveles de desarrollo tecnológico, como fuente de aumento de la plusvalía y de la tasa de explotación del trabajo.

La disminución del tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo sólo se puede lograr por dos vías: a) por la vía de la intensificación del ritmo de trabajo; o b) por la disminución del valor o tiempo de trabajo necesario incorporado a las mercancías que sirven de base a la reproducción de la fuerza de trabajo.

El primer mecanismo no es en sí mismo revolucionario, a pesar de aumentar la productividad media de la economía y, en consecuencia, elevar la riqueza general de la sociedad. Pero lo hace en detrimento de la salud y del bienestar de los trabajadores que componen el sector mayoritario de la sociedad y constituyen la principal fuerza productiva de cualquier formación social.

El segundo mecanismo se revierte al primer aspecto del desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo ya estudiado anteriormente. Se trata de una presión de cada capitalista para hacer avanzar las fuerzas productivas en las ramas productoras de bienes de consumo adquiridos por los trabajadores en general. En esos sectores debe operar, por lo tanto, una disminución del tiempo socialmente necesario para producir los bienes salarios, lo que provoca indirectamente los efectos antes señalados sobre la cantidad, cada vez menor, de valor incorporado a los productos.

3. Desde el punto de vista de la relación entre el desarrollo tecnológico y el monopolio, debemos considerar el conjunto de elementos que operan en el sentido de limitar el avance tecnológico y aquéllos que lo impulsan en una economía concentrada en base a la gran empresa.

Operan como factores estimuladores del cambio tecnológico, todos aquellos que hacen vigente una situación competitiva aún en un mundo económico de monopolios tales como: la competencia del campo socialista que obliga a mantener el desarrollo tecnológico del campo capitalista en general, particularmente en los sectores militar y espacial; la competencia internacional inter-imperialista, que agudiza las cuestiones relacionadas al costo de los productos y a la lucha por iniciar el lanzamiento de innovaciones; el proteccionismo anti-imperialista de los países dependientes, que les permite desarrollar industrias propias que estimulan su desarrollo tecnológico autónomo. Así también operan como factores positivos del cambio tecnológico ligados a los efectos socializadores de la concentración tecnológica: la intervención creciente del Estado y la planificación; la formación de grandes unidades productivas que refuerzan el ejército industrial obrero y su carácter colectivo; la concentración y planificación de la Investigación y Desarrollo que permite avanzar hacia campos superiores del conocimiento humano; la expansión de los sistemas de crédito, comercialización, comunicación, transporte y demás servicios que aumentan la capacidad productiva del hombre en general. También favorecen el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo, aquellos cambios tecnológicos que introducen innovaciones en las maquinarias, sea para disminuir sus costos, sea para aumentar su productividad. Estos últimos cambios no sólo rebajan el costo de las mercancías, sino que, al mismo tiempo, disminuyen la composición orgánica del capital. En este último sentido operan las rebajas de costo de las materias primas: disminuyen el costo industrial y la composición orgánica del capital. En consecuencia, favorecen la elevación de la tasa de ganancia y el auge económico.

Como ya vimos, las rebajas de costos en los bienes salarios tienen un efecto directo sobre la tasa de plusvalía que es el propio fundamento de la tasa de ganancia y de la dinámica capitalista.

Frente a estos fenómenos, el monopolio opera de la siguiente manera: cuando este existe al nivel de la producción, frena los cambios tecnológicos en la oferta de productos; cuando existe como comprador (y es necesario recordar que un productor industrial es un comprador de materias primas y partes de productos) busca incentivar la rebaja de costo

de los productos de sus proveedores, y cada vez más, los monopolios entregan a sus abastecedores los elementos tecnológicos para rebajar sus costos de producción y asegurar una calidad técnica determinada —que podrá ser buena o mala dependiendo de sus intereses comerciales—.

4. Pero no es superfluo enumerar los diferentes comportamientos monopolísticos que limitan radicalmente el avance de las fuerzas productivas en las direcciones ya señaladas: la formación de cárteles de productores que inmovilizan la innovación tecnológica en sectores enteros de la economía; el monopolio del conocimiento tecnológico que impide el acceso de los competidores a etapas tecnológicas más avanzadas; el control de los recursos financieros y medios de producción existentes que pueden llegar a paralizar cualquier avance en nuevas maquinarias que desvaloricen el parque industrial ya montado; la utilización del Estado para respaldar tales prácticas el favorecimiento de prácticas especulativas o de superdesarrollo del aparato militar-represivo para asegurar la supervivencia del modo de producción amenazado por la insurgencia de las clases proletarias, etcétera.

Esto revela el carácter necesariamente contradictorio del modo de producción capitalista en su etapa monopolística, y muestra cómo esas contradicciones se manifiestan al nivel del desarrollo de las fuerzas productivas. Indican aún cómo la contradicción intrínseca de los modos mercantiles de producción, entre el valor de uso y el valor de cambio, se agudiza en la etapa monopolística del modo de producción capitalista. Así, el capital se encuentra cada vez más capacitado para desarrollar las fuerzas productivas, al convertirse en gigantescas unidades económicas y administrativas —los monopolios internacionales— y desarrollar, al mismo tiempo, un extremado poder de destrucción y bloqueo a ese desarrollo, poder que se aplica en la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas despierta fuertes potencias socializadoras que se vuelcan contra la existencia de las relaciones de producción capitalistas.

En este sentido llegamos a una fórmula algebraica contradictoria: $AFP = f(RP)$, pero $RPa = f(FPa)$ siendo a un factor de contención del desarrollo.

De esta manera, el crecimiento de las fuerzas productivas es una función de las relaciones de producción dadas, en este caso de las relaciones de producción capitalistas. Pero cuando estas relaciones se oponen al

pleno desarrollo de las fuerzas productivas, la conservación (a) de las relaciones de producción existentes es una función de una contención (a) de estas mismas fuerzas productivas.

5. El modo de producción capitalista desarrolla aquella tecnología que permite alcanzar la tasa de ganancia más elevada.

La tasa de ganancia depende, en primer lugar, de la tasa de plusvalía y en este aspecto caemos en el caso anterior. Pero la tasa de ganancia depende también del costo del capital constante y se puede dar el caso de que aumente la tasa de plusvalía y disminuya la tasa de ganancia debido al mayor gasto en capital constante. Esa tendencia tiende a prevalecer históricamente pues la evolución tecnológica capitalista se da primeramente en el sentido de aumentar la productividad del trabajo o disminuir la cantidad de trabajo socialmente incorporado en cada mercancía, como vimos en los dos ítems anteriores. En consecuencia, de esta tendencia, el capital destinado al pago de la fuerza de trabajo tiende a representar una fracción cada vez menor del capital dedicado a adquirir los medios de producción (maquinarias y materias primas) que este trabajo mueve. Pero la tendencia a la baja de la tasa de ganancia por el aumento del capital constante en relación a la masa de plusvalía, la tendencia al predominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, tiene un carácter secular. El capitalista sólo sustituye el capital instalado en gran escala llevando a una baja masiva de sus costos de capital fijo, en circunstancias excepcionales, como lo son las crisis económicas de largo plazo, en las cuales hay una rebaja automática del valor del capital instalado y de tal magnitud que justifica una sustitución masiva de la capacidad instalada por otra más avanzada y más económica, lo que vuelve obsoletas a las plantas tecnológicamente superadas. Es pues falsa la afirmación de ciertos autores en el sentido de ver en la lucha por la desvalorización del capital constante el aspecto esencial del desarrollo tecnológico bajo la dominación del modo de producción capitalista. Esa debe ser considerada más bien como una contra tendencia al comportamiento monopólico que se niega a la sustitución de la capacidad instalada, la que opera fundamentalmente en situaciones de crisis y recuperación, después de una desvalorización masiva de los capitales instalados, debido a la falta de mercados y a las quiebras que se producen en condiciones de recesión.

6. La orientación capitalista del desarrollo tecnológico sigue también las líneas indicadas por el mercado creado por su estructura económica y de distribución del ingreso.

El ingreso generado por la economía capitalista se divide entre los productores directos e indirectos (los asalariados en general) y las ganancias del capitalista. En seguida como consecuencia del creciente proceso de socialización de la producción, el Estado concentra una gran parte del ingreso por la vía de los impuestos, e inclusive por el cobro de sus servicios y productos.

Esto está en relación a tres tipos de consumo: el consumo productivo, generado por las empresas que consumen de otras empresas y que determinan sobre todo las actividades de las ramas industriales de base; en seguida existe el consumo colectivo en servicios de uso social como los medios de comunicación, transporte, salud, etcétera. Este tipo de consumo se concentra en el Estado. Hay que señalar, sin embargo, que la existencia de una modalidad muy especial de consumo estatal, a la cual tenemos que reconocerle su carácter “colectivo”, se trata del consumo militar —policial, es decir, de los aparatos de represión interna y seguridad externa que defienden el régimen económico-social vigente y sus expresiones nacionales—. Por fin, hay que considerar el consumo privado que realizan tanto los asalariados productivos como los indirectamente productivos y los improductivos, los pequeños propietarios y los capitalistas propiamente dichos. En este consumo hay que distinguir el consumo popular y el de lujo, con todas sus implicaciones de costo, tanto en términos de bienes como en términos de servicios privados.

La importancia relativa de tal o cual tipo de consumo dependerá del desarrollo de las fuerzas sociales en el campo de la producción y de su participación del ingreso social según su capacidad de lucha. Dentro de las relaciones de producción capitalistas, esa lucha tiende a asumir el carácter de una lucha frontal entre el capital y el trabajo cada vez más organizados en asociaciones y sindicatos de carácter nacional y hasta internacional. De la capacidad reivindicativa y organizativa de los trabajadores dependen, sobre todo, sus niveles de ingreso y en consecuencia de estos niveles se organizará la estructura productiva para atender la composición del mercado que resulta de esa distribución, donde también

entran los pequeños propietarios y los trabajadores independientes con sus respectivos poderes adquisitivos. La lucha entre esos sectores sociales también afectará la cantidad de gastos de interés colectivo o privado que hará el Estado y, por ende, afectará de manera muy determinante la estructura de la producción.

En resumen, podemos señalar que, en su conjunto, la producción capitalista orienta el cambio tecnológico según la ley del valor que implica la rebaja constante del valor unitario de los productos como resultado de la competencia capitalista: según dicha ley, el capital individual lucha por alcanzar una tasa de plusvalía creciente acentuando la búsqueda de una productividad creciente, por la vía de la intensificación del trabajo o del avance tecnológico. Según esta, también se produce la tendencia secular de la disminución de la tasa de ganancia, la cual conduce a una lucha por desvalorizar el capital fijo, sobre todo a través de la disminución de sus costos por el cambio tecnológico que asegura una productividad más alta y un precio más bajo; en consecuencia, finalmente, los criterios de consumo impuestos por la lucha entre los varios sectores sociales que emergen de las relaciones de producción capitalista en sus distintas etapas de desarrollo, pugnan también por una rebaja de los costos de producción, y por lo tanto, del valor incorporado en cada mercancía.

Se entrelazan en consecuencia, las tendencias revolucionarias y contrarrevolucionarias que caracterizan el modo de producción capitalista, en particular desde fines del siglo pasado, cuando este se convirtió en el modo de producción hegemónico a escala mundial. A partir de esta época, el capitalismo entra en una etapa contrarrevolucionaria que sólo le permite avanzar bajo la presión de los trabajadores, de la competencia internacional o de una formación social superior que amenaza su supervivencia como modo de producción.

2. Proceso de valorización y proceso de trabajo

El valor se crea en el proceso de producción entendido como un proceso de trabajo, de utilización de esfuerzo humano, Sin embargo, el carácter de valor es completamente extraño al proceso de trabajo como acto material concreto. Nadie podrá jamás encontrar ni una gota de valor en la

actividad productora ni en los productos que de ella se derivan. El valor es una unidad del proceso de intercambio, es una medida que sirve de medio para el intercambio de mercancías. Pero esta unidad no se genera en el acto de intercambio sino en la actividad productiva; es el tiempo de trabajo que invierten los productores independientes, según una medida socialmente establecida por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Los productores intercambian sus productos de acuerdo al tiempo de trabajo que cada uno invirtió para producir. Cuando el intercambio se separa del valor tenemos una situación de desequilibrio. Si determinado producto se cambia arriba del valor, esto significa que otros productos se están cambiando abajo del valor; en consecuencia, hay un intercambio desigual que puede llevar al segundo productor a abandonar su campo de actividad para buscar otro más compensatorio.

La dualidad intrínseca del proceso de valorización es el origen de la dificultad de aprehender este concepto. Este es un caso definido de una dialéctica inherente al propio concepto. El valor es un fenómeno de la circulación, sólo tiene sentido como medida de intercambio; pero él sólo existe en el proceso productivo que no contiene, en sí mismo, independiente del intercambio, una sola pizca de valor. La producción sólo es creación de valor si está inserta en un proceso de intercambio que se rige por el valor.

De ahí surgen las complejas relaciones entre el proceso de valorización y el proceso de trabajo. Al apoyarse necesariamente en el proceso de trabajo, la valorización es condicionada por sus límites y posibilidades. El trabajo, tal como se presenta para el intercambio, es necesariamente abstracto, es decir, no se puede tomar en consideración su carácter concreto de creador de bienes de uso. Para intercambiar bienes de uso diversos entre sí, es necesario prescindir de sus diferencias concretas. Pero estas diferencias son la causa del intercambio de bienes entre los hombres. Sin embargo, para realizar un intercambio igualitario se debe determinar lo que existe de común entre los bienes, y esto se resume en el hecho de que son productos del trabajo humano. Pero, ¿en qué sentido estos trabajos humanos diferentes son semejantes entre sí? En el uso del cerebro, del cuerpo, la energía humana en un tiempo determinado. Tiempo que varía según el desarrollo de las fuerzas productivas:

la aptitud de cada productor y los medios de que dispone para producir. Este carácter abstracto del trabajo que se resume en la noción de tiempo de trabajo socialmente necesario es la fuente del intercambio mercantil moderno.

Quedó claro que el trabajo abstracto sólo existe como expresión genérica de ciertas características comunes de todo trabajo concreto. Este limita, por lo tanto, el proceso de valorización a pesar de que la noción de valor ignora, necesariamente, todo carácter concreto del trabajo. Esta contradicción está en los orígenes de la limitación histórica del proceso de valorización y del modo de producción capitalista que en él se asienta.

¿Cuáles son los límites impuestos por el proceso de trabajo al proceso de valorización?

a) En primer lugar, el tiempo de producción está inscrito en una unidad finita: la jornada de trabajo. El capitalista, sólo puede explotar al trabajador dentro de un tiempo finito. Aún si imagináramos que el trabajador no necesitase de un tiempo para reponer sus energías, tendríamos que aceptar la existencia de un límite de 24 horas diarias para la jornada de trabajo.

Sin embargo, el propio desarrollo de la intensidad del trabajo obliga a disminuir la jornada de trabajo y a aumentar el tiempo que el trabajador necesita para reponer sus energías físicas y psíquicas. Asimismo, el desarrollo de las fuerzas productivas aumenta las exigencias de preparación intelectual y habilidad del trabajador, aumentando así el tiempo de trabajo necesario para capacitar la mano de obra antes de que esta empiece a producir. El trabajo complejo sustituye, cada vez más, el trabajo simple aumentando no sólo los gastos de reposición de la fuerza de trabajo, sino también su tiempo de duración ya que el trabajo complejo exige más tiempo para su reposición.

La disminución de la jornada media de trabajo es un resultado necesario del desarrollo de las fuerzas productivas (independiente del significativo hecho del aumento de conciencia y organización de los trabajadores, que también actúa en el sentido de disminuir la jornada de trabajo).

Esto significa que poderosas barreras sociales se oponen al proceso de explotación, pues este se realiza dentro de la jornada de trabajo. Las luchas del capital por mantener las extensas jornadas de trabajo entran

en violenta contradicción con las exigencias concretas del proceso de trabajo y con las condiciones generales del desarrollo de la civilización.

b) La productividad del trabajo, fenómeno natural que se realiza dentro del proceso de trabajo, condiciona la cantidad de valor que se incorpora en cada mercancía. El desarrollo de las fuerzas productivas empuja en dirección a la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir las mercancías y, al mismo tiempo, empuja en el sentido de una mayor cantidad de bienes que la sociedad puede producir en un tiempo dado con una cantidad cada vez menor de horas de trabajo.

Tenemos así dos curvas opuestas: la del valor de los productos que decrece en la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario y la producción de bienes o valores de uso que tiende a aumentar entregando una mayor cantidad de bienes al mercado. En la gráfica V-1 podemos ver como este movimiento resulta en una disminución cada vez mayor del valor incorporado en cada producto tendiendo hacia cero —es decir, al no-valor—.

Esta es la contradicción fundamental entre el proceso de valorización y el desarrollo de las fuerzas productivas; esta conduce a la eliminación de la base material del valor (el trabajo socialmente necesario) a través de la automatización creciente de la producción. Al eliminar la base material del valor, se elimina la posibilidad del intercambio mercantil, del proceso de valorización, de la explotación basada en la plusvalía, es decir del modo de producción capitalista.

Esta contradicción establece el límite histórico del capitalismo. Este modo de producción se desarrolla en un sentido histórico contrario a la supervivencia de las relaciones de producción que son su propio fundamento. El desarrollo de las fuerzas productivas, de la forma como este se realiza —por presión de la concurrencia en el seno del capitalismo—, lleva a la supresión histórica de la base material de la explotación, al eliminar, progresivamente, la cantidad de trabajo incorporada en las mercancías. La completa automatización de la producción sería pues, el límite histórico material de la explotación del hombre por el hombre.

El desarrollo concreto del modo de producción capitalista lleva a una intensa y aguda contradicción entre esta tendencia al avance de las fuerzas productivas y las diversas formas que se desarrollan dentro del

capitalismo buscando impedir la plena manifestación de este avance. El monopolio —como vimos— es, entre otros, un intento de contener el impulso revolucionario del cambio tecnológico. Pero, como examinamos, el monopolio nunca es absoluto y no puede paralizar totalmente las fuerzas socializantes que deriva del desarrollo de la capacidad productiva del ser humano.

Es así que, en la dinámica concreta de las sociedades capitalistas modernas, se presentan violentas contradicciones en las cuales el desarrollo de las fuerzas productivas parece llevar, por ejemplo, al desempleo masivo en vez de conducir a la disminución de la jornada de trabajo; al consumismo irracional (donde contrastan la opulencia y el hambre), en vez de llevar a una utilización de una capacidad productiva creciente como medio de satisfacción de las necesidades de la humanidad en conjunto; al control irracional de los medios de producción y de la capacidad de innovación, en vez de conducir a un cambio radical de las condiciones de vida de la humanidad; a la industria bélica y otras formas de valorización artificial del capital, en vez de abrir camino a una era de paz y planeamiento global de la convivencia universal.

Medios de producción y de la fuerza de trabajo, se opone radicalmente a los avances que el propio capitalismo fue capaz de realizar en las fuerzas productivas y se opone, al mismo tiempo, al pleno desarrollo de estas fuerzas productivas.

La contradicción entre el proceso de valorización y su base material, que es el proceso de trabajo, asume en consecuencia una forma social global: el carácter de malestar social, de crisis permanente del sistema social, de las instituciones, de las formas de convivencia, de la cultura, de la creatividad. Asume la forma de una crisis de la civilización que el capital creó.

c) La etapa del desarrollo de las fuerzas productivas (la revolución científico-técnica) alteró sustancialmente todos los condicionamientos del trabajo concreto, como lo veremos en un próximo volumen de nuestra investigación. El proceso de trabajo fue trastocado desde sus bases cuando la ciencia pasó a comandar la actividad productora, sustituyendo radicalmente la destreza y habilidad del trabajador por la acción de sistemas productivos complejos, no más conducidos por

seres humano sino por la acción programada de las calculadoras electrónicas. Pero más radicalmente todavía: la ciencia sustituyó el propio contenido de la producción, cambiando la estructura de los materiales, creando nuevos materiales y nuevos objetos productivos y de consumo que rehacen, de manera radical, el “hábitat” humano. Sólo con el inicio, aún incipiente, de la revolución técnico-científica, en los últimos 30 años, se cambió radicalmente la base rural de la humanidad por una mayoría de población urbana (tendencia que incluso se verifica en los países subdesarrollados); se sustituyeron las materias primas naturales por las sintéticas que hoy día conforman el mundo de los objetos que circunda al hombre; cambiaron los medios de transporte terrestre por los espaciales (el avión se convirtió en medio de transporte normal), y se iniciaron incursiones en la estratósfera; cambiaron los medios de transmisión materiales por medios suprasensibles; se ultrapasó la barrera de la velocidad del sonido. En resumen, en apenas tres décadas trastocó radicalmente el concepto de naturaleza, el hábitat humano y la propia noción de la naturaleza humana. Se cambiaron pues, radicalmente, los tres componentes del proceso de trabajo: el sujeto trabajador (la fuerza de trabajo); los medios de producción (sean los instrumentos de trabajo, sean las materias primas, sean las materias auxiliares); y los productos del trabajo. Se cambió, también el peso relativo del trabajo manual y del intelectual en el proceso productivo, aumentando en grandes proporciones, la fase de planificación, proyección y diseño de la producción.

En tales condiciones, el proceso de trabajo entra en violenta contradicción con las bases irracionales de la cultura burguesa que sirvió de fundamento al modo de producción capitalista. Se exige un triunfo absoluto de la razón dialéctica sobre la analítica o formal, se trastocan los universos científicos divididos en disciplinas formales, se exige la ruptura con la noción de un universo estático, sea en lo material como en lo moral.

Al mismo tiempo, el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista vuelve cada vez más violento el contraste entre las zonas de la concentración de la riqueza en el globo y aquellas donde persisten inmensos bolsones de pobreza y miseria.

La miseria, es hoy día un anacronismo social en relación al avance que alcanzaron las fuerzas productivas contemporáneas. Ella sólo existe porque persisten relaciones sociales anacrónicas. Toda la humanidad busca la solución al problema de la miseria que amenaza la supervivencia de la sociedad humana en su conjunto. Pero la respuesta es una sola: la persistencia de la propiedad privada de los medios de producción, del proceso de trabajo y de la producción en genera.

La humanidad sólo se plantea los problemas que pueden resolver; de esta manera, lo anacrónico se hace cada vez más evidente. La guerra es otro fenómeno que la sociedad ya entiende como un anacronismo. Cada vez más claro que el actual desarrollo de las fuerzas productivas llevó al hombre al límite del poder de autodestrucción de la humanidad. Este poder transforma la guerra global en una irracionalidad absoluta y también, cada vez más claramente, la preparación para ella.

Son otra vez las relaciones sociales anacrónicas, superadas por el desarrollo de las fuerzas productivas contemporáneas, las que mantienen a la humanidad bajo la amenaza de la guerra. El mundo burgués creó las naciones, las conquistas territoriales de carácter nacional, el imperialismo y todos los factores que condujeron primero a las guerras entre naciones y, luego entre bloques de naciones. Esto representó un momento del avance de la humanidad: la superación de los localismos feudales por el poder nacional. Hoy día se ha superado en mucho este marco nacional: la producción y la circulación de los bienes y servicios asume un carácter continental y mundial. Los marcos representados por los mercados nacionales se ven constantemente amenazados. Pero en un mundo donde las relaciones de producción arcaicas impiden el planeamiento del desarrollo a nivel nacional, se hace imposible el planeamiento internacional. El conflicto entre intereses de explotación privada del trabajo y de expropiación de excedentes o plusvalía ajenas y las necesidades actuales de la humanidad por crear un orden internacional justo, impide sistemáticamente, el desarrollo racional de una planificación global, la cual exigiría una redistribución radical y masiva de los recursos productivos y del ingreso en escala mundial. Y, una redistribución tan masiva es absolutamente contradictoria con las leyes de funcionamiento de sociedades basadas en el proceso de valorización, la ganancia, la explotación del hombre por el hombre.

El efecto de la revolución científico-técnica sobre el proceso de trabajo hace que este se rebele radicalmente contra las relaciones de producción capitalistas. Pero, el capital dispone aún de muchos artificios para su supervivencia. Aún existen nuevos horizontes en el proceso contradictorio de conciliación del propio capital. El capital puede dar nuevos saltos en el proceso de socialización de la propiedad privada, que se inició a fines del siglo XIX. La concentración de la empresa, a través de técnicas de administración y comunicación cada vez más modernas, permite un nuevo nivel de gigantismo empresarial y conglomeración de actividades económicas bajo la dirección de un mismo capital. Al mismo tiempo, las formas de asociación de capitales y hasta de centralización de simples ahorros muertos en el proceso de circulación, a través del desarrollo del sistema financiero, permiten un nuevo salto en la centralización de los capitales que pueden ponerse a disposición del gran capital financiero. La intervención del Estado, como agente social del capital, aún dispone de amplios campos por absorber, desprendiéndose de la esfera del capital nuevas actividades con bajas tasas de ganancia. También el proceso de monopolización todavía tiene nuevos espacios donde desarrollarse. Y, por fin, el proceso de la internacionalización de la producción y circulación de bienes, servicios y capitales, puede abrir nuevos sectores económicos donde opere la socialización de la producción en bases aún capitalistas.

Es innecesario señalar que tales “soluciones” son un verdadero “polvorín”. Tales avances mantienen la irracionalidad fundamental que separa la apropiación privada del carácter colectivo de la producción. Como consecuencia de estas “soluciones”, la humanidad elevará en muchas veces su capacidad productiva transformada en un proceso internacional. Quien produce también puede destruir. El potencial destructivo que se condensará al interior de una sociedad todavía basada en la búsqueda irracional de valores crecientes, en la ganancia, y la lucha por los mercados y monopolios, es enorme. Mayor aún será el sentimiento de injusticia e irracionalidad que se desprenderá de una forma de desarrollo que deberá mantener la explotación de muchos por cada vez menos hombres, y hará crecer las masas desposeídas al lado de una riqueza casi inimaginable en nuestros días.

Cuando el hombre este cerca de su plena realización y de su operar el trabajo mecánico diario, disminuyendo radicalmente la jornada de trabajo y los apremios de la producción manual, en este mismo instante histórico, la conservación del capitalismo que se choca con esta liberación radical del trabajo y mantiene la explotación, la desigualdad social e internacional, el desempleo y la marginalidad —se vuelve una carga realmente insoportable para la humanidad—. Y, al mismo tiempo, la mantención de esta carga, aumente el margen de irracionalidad, represión y violencia que necesitarán las clases dominantes actuales para conservar su sistema.

3. Valorización, acumulación y tasa de ganancia

Para entender mejor las consecuencias de los cambios en el proceso de trabajo sobre la producción en su conjunto, dentro de las relaciones capitalistas, es necesario profundizar el estudio de la relación entre el proceso de valorización, las leyes de la acumulación capitalista y la tasa de ganancia. En la medida en que percibimos más claramente estas relaciones, quedarán más claros los mecanismos sociales descritos en el ítem anterior de manera muy general.

El proceso de valorización se resume en la relación entre dinero invertido y más dinero obtenido del ciclo generado por la inversión. Es decir, se reduce la relación $D - D_1$, dinero que se convierte en más dinero. En esta relación aparece, de una forma distinta, la contradicción entre el proceso de valorización y el proceso real de producción. A pesar de que, dentro de las relaciones capitalistas, es completamente posible que el financista invierta dinero y después reciba más dinero sin preocuparse del origen de su aumento, también es verdad que este crecimiento del dinero sólo encuentra explicación en el proceso real de producción. En la producción real del capitalista, las nuevas cantidades de trabajo necesarias para transformar la naturaleza en bienes útiles agregan un nuevo valor al que se invirtió anteriormente, al adquirir los medios para esa producción. Es este nuevo valor que se convierte, por acción del intercambio basado en los valores, en una nueva cantidad de dinero en relación a lo invertido originalmente.

Pero este dinero se encuentra expresado en contenidos concretos que califican el capital invertido en capital constante, que corresponde a la compra de medios de producción ya creados por un proceso de trabajo anterior; en capital variable que representa la inversión en mano de obra o compra de fuerza de trabajo, la cual transforma las materias primas actuando sobre los instrumentos de producción; y, por fin, él se expresará en una ganancia que resultará de la diferencia entre el valor concentrado por la acción de esta fuerza de trabajo y su valor pagado por el capital variable.

¿Qué significa esto? Que el dinero sufre dos transformaciones antes de acrecentarse: primero, se convierte en capital variable y constante; en seguida, como expresión material de este capital constante, se transforma en medios de producción (instalaciones, máquinas, materias primas, materias auxiliares) y fuerza de trabajo (una cantidad determinada de trabajadores con un determinado grado de preparación técnica, etcétera.). Vemos así un movimiento de lo más general a lo más concreto: dinero-capital proceso de trabajo. Estos tres grados de concreción —o de abstracción, conforme el punto de referencia que se tome— representan tres fenómenos distintos presentes en formas históricas específicas:

- › Primeramente, la acumulación de riqueza ya realizada por la sociedad, necesaria para que esta pueda realizar nuevas inversiones, se expresa bajo la forma de propiedad privada de uno o más individuos —es decir, como una cierta cantidad de dinero atesorada o sea no consumida, acumulada—.
- › En seguida, esta acumulación se expresa en una inversión, en una adquisición de recursos reales para la producción; sólo que esta adquisición asume la forma no de una conjunción de factores reales por voluntades productoras asociadas, sino la forma específica de adelanto por parte del propietario privado —el que dispone del dinero para el acto de inversión— de sus tesoros acumulados anteriormente para obtener más riqueza. El propietario se priva de sus riquezas por un cierto período, porque sabe que estas se transformarán en una mayor cantidad de bienes útiles o de riquezas materiales que las que él puede obtener con su riqueza actual. Y con la venta de esos bienes útiles obtendrá más

dinero que el que poseía anteriormente. Este acto de convertir el dinero en capital —en dinero aplicado en la compra de medios de producción— representa la conexión entre el nivel financiero y el productivo.

- › Por último, la inversión sólo tiene sentido si se manifiesta en un proceso concreto de trabajo en la acción material de la fuerza de trabajo sobre los medios de producción que reproducirá y aumentará la riqueza material de la sociedad. Pero, el hecho de que el proceso de producción se haya realizado como una forma material del movimiento del dinero, hace que este proceso pueda medirse en dinero y expresarse en una cantidad dada de dinero, superior a la cantidad de dinero que inició el proceso, siempre que se haya aumentado la cantidad de trabajo incorporada a los bienes que iniciaron la producción. En este sentido, el proceso de producción aparece, en el capitalismo, como un proceso de valorización, de expresión del trabajo en forma de valor, que permite su conversión en dinero y en acumulación.

Pero, veamos con más detalle la relación entre la inversión y su resultado. Acordémonos que la inversión es, de un lado, medios de producción (siempre necesarios, en mayor o menor escala, en cualquier régimen de producción) y, por otro lado, es fuerza de trabajo. Si el dueño del dinero y de los medios de producción es el propio productor, él remunerará su fuerza de trabajo con el resultado de la venta de su mercancía. Nada exige que lo que él recibe con esta venta sea mayor a sus necesidades de supervivencia. Si se tratara de un productor individual, la relación $D - D_1$, significaría: la inversión, más los medios necesarios para su subsistencia y, eventualmente, pero no necesariamente, una cantidad adicional a sus medios de existencia que podrá ser invertida, atesorada o consumida.

Lo anterior no ocurre en una economía capitalista, en la cual el capitalista invierte en medios de producción y en la compra de la fuerza de trabajo ajena que él alquila para producir bajo sus órdenes. Esto significa que es necesario que esta fuerza de trabajo produzca una cantidad de bienes muy superior a la que él y su familia necesitan o utilizan para su reproducción como fuerza de trabajo o consumo final, como grupo humano básico, para que la producción pueda continuar y para que el capitalista pueda recibir más dinero de lo que invirtió. Si lo que el productor

agrega a la producción es igual a lo que él consume, el capitalista no tendrá un D acrecentado después de vender el producto de su trabajo. Para que el dinero del capitalista pueda valorizarse es necesario que el trabajador, bajo sus órdenes, produzca más que lo que recibe como salario por su fuerza de trabajo. Y, para que esto sea posible, sin que la sociedad se auto-aniquile, es necesario que este salario alcance para su reproducción y la de su familia en condiciones sociales dadas.

Esta es una condición indispensable para la existencia del modo de producción capitalista, es decir, es aquí donde está la diferencia radical entre el propietario de los medios de producción y el de la fuerza de trabajo y la compra de la fuerza de trabajo por parte del propietario de los medios de producción, bajo la forma de salario. La sociedad debe haber alcanzado un tal desarrollo de sus fuerzas productivas para que la jornada de trabajo sea superior al tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Esta diferencia entre el trabajo realizado (la jornada) y el trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo pertenece al dueño de los medios de producción y por él será apropiada; es la plusvalía.

Así vemos, cómo el proceso material de producción, entendido no solamente como un acto material de producción sino también como un nivel determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, se convierte en la base necesaria del proceso de valorización. Vimos aún, cómo este proceso de valorización del capital a partir de una capacidad dada de producción, o sea, aquella que permite la renovación constante de las fuerzas productivas, creando mayores volúmenes de riqueza.

Vemos así la estrecha relación, a veces complementaria, a veces contradictoria, entre:

$$a \rightarrow b \rightarrow c \rightarrow d \rightarrow c \rightarrow d' \rightarrow c' \rightarrow b' \rightarrow a'$$

Fórmula del Ciclo del capital como Marx la definió

$$D - M \begin{cases} C \\ \dots P \dots M' - D' \\ V \end{cases}$$

a) Dinero; b) Capital; c) Proceso de valorización; d) Proceso de trabajo; e) Nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Contradictoria porque el verdadero orden de determinación sigue el camino opuesto.

Es el desarrollo de las fuerzas productivas el que determina el proceso de trabajo y el que sirve (es condición necesaria) de base al proceso de valorización del capital que es, a su vez, el soporte del acrecentamiento del dinero.

De esta manera, el proceso en su conjunto asumiría la forma de dinero acumulado que se convierte en capital, que se valoriza a través de un proceso de trabajo determinado según el desarrollo de las fuerzas productivas, el cual produce una cantidad acrecentada de productos que, una vez vendidos, sirve de base al proceso de valorización de una cantidad acrecentada de dinero.

Dinero que se convierte en las mercancías medios de producción y fuerza de trabajo bajo la forma de capital constante y variable que, unidos, dan origen a una interrupción en la circulación bajo la forma del proceso de trabajo o incorporación de trabajo vivo que se manifiesta bajo la forma de una nueva mercancía, donde están incorporados el trabajo muerto (c) y el trabajo vivo (v) y que tiene señal (1) de diferenciación de la M inicial, y que vendida en el mercado genera una cantidad acrecentada de dinero. De donde se concluye que la conversión de D en D_1 cumplió un proceso real de valorización que no es necesariamente conocido por el dueño de D que recibió D_1 .

Esta separación entre las condiciones de la valoración de D y las condiciones reales de producción, es una de las contradicciones del capitalismo que manifiestan la contradicción principal entre el carácter privado de la apropiación capitalista y las condiciones sociales de la producción. Contradicción que está medida por la fórmula: carácter privado, abstracto y relativamente autónomo de la circulación y carácter social, concreto y relativamente autónomo de la producción. La producción social puede y debe existir sin la circulación privada, pero esta, dado cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, ya no puede existir sin aquélla.

Por ello entramos en una contradicción creciente entre las condiciones de la producción y las de la circulación a medida en que avanza el

modo de producción capitalista y, por lo tanto, su base material. Esta, como vimos, tiende a socializarse cada vez más con el avance de la competencia capitalista, que la desarrolla en grandes unidades productivas cada vez más articuladas entre sí en el espacio y en el tiempo.

De esta manera encontramos la relación entre los elementos señalados de una forma más concreta, es decir, como una tendencia de desarrollo de las fuerzas productivas en un estado determinado, expresado en la tendencia a la concentración de la producción, en su consecuente socialización y en la ampliación de sus espacios físicos, desde el ambiente local, al regional, de este al nacional y, finalmente, al internacional y porque no, al nivel del cosmos.

Así como el proceso de trabajo se convierte en proceso de valorización y este se inserta dentro del capital que aparece como una simple manifestación del dinero, en el modo de producción capitalista los procesos de concentración, socialización e internacionalización de la producción sólo pueden cumplirse si, en el plano de la valorización, se da una concentración y centralización del capital correspondiente con la consecuente internacionalización del mismo. Dado el alto grado de concentración capitalista, ella necesita no sólo de las garantías generales que establece el Estado para el funcionamiento del modo de producción en su conjunto, sino que, en la fase actual, la acción del Estado interviene en la propia producción y en el proceso de valorización. El Estado absorbe las actividades decadentes que el capital abandona y se incumbe de toda actividad cuyo riesgo o excesiva inversión en medios de producción la hacen poco lucrativa. El Estado actúa, así como un agente de concentración, centralización e internacionalización del capital, como un representante altamente socializado del conjunto de los intereses del capital privado.

El capital también dispone de otro recurso para responder al proceso de socialización y concentración que tiende a operarse, bajo el capitalismo, en las fuerzas productivas. Se trata del proceso de monopolización, a través del cual el capital asegura su supervivencia sin competencia y, planifica sus inversiones sin temer, exageradamente la acción de sus competidores.

De hecho, siempre existe la amenaza de competencia con la entrada de nuevos capitalistas en el ramo o con la sustitución del producto monopolizado por otros afines que puedan cumplir la misma función

útil que él ejerce. Amenazado o no, frecuentemente el proceso de monopolización es una respuesta provisoria e inestable, pero siempre eficaz, a las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas que tienden, en el capitalismo, como hemos visto en todo el transcurso de este libro, inexorablemente a la concentración tecnológica y económica, a la socialización del proceso de trabajo y a su aumento de escala, hacia la internacionalización de la producción.

De esta manera, llegamos, en suma, a las tendencias fundamentales de la evolución del capitalismo contemporáneo:

La concentración tecnológica y socialización de la producción se resume, en la etapa actual, en la revolución científico-técnica, el grado más elevado de la socialización de la producción que ha alcanzado la humanidad y que se sintetiza en la automatización de la producción, en la quimización, en la aplicación de energías descubiertas científicamente y en una nueva ola de transformaciones bio-físico-químicas que alterarán sustancialmente la base material de la sociedad contemporánea.

La concentración económica se ha manifestado en la organización de la gestión económica y de las unidades productivas según grandes sistemas de decisión unificada, bajo el mando de un sólo y gigantesco capital. La diversificación de las unidades económicas llegó al extremo no sólo de abrigar bajo una misma empresa una cadena de actividades que se diferencian enormemente de las otras, según criterios técnico-productivos, sino que, todavía más, se crearon empresas conglomeradas, o sea empresas que reúnen unidades productivas no encadenadas entre sí, formando un aglomerado inconexo de actividades, reunidas apenas por la existencia de un único mando económico, financiero, fiscal y contable.

Pero la conglomeración que está operando, de hecho, en el plano de la empresa no es propiamente una concentración, sino que es una centralización de capitales dispersos bajo un sólo mando. Es así también que opera la socialización de los capitales privados en las sociedades anónimas y en los más distintos sistemas monetario-financieros (tales como los bancos, las compañías de seguros y otros mecanismos de centralización de capitales y hasta de ahorros no capitalizables en las manos de los dueños del sistema financiero). La centralización de los capitales, y de toda forma de excedentes financieros capitalizados por el ágil sistema

financiero contemporáneo, asegura al capital financiero el dominio sobre la velocidad del dinero, sobre el atesoramiento, sobre los capitales inmovilizados, sobre todo tipo de reserva de que dispone la sociedad. El capital financiero eleva así la socialización del capital privado a niveles muy altos y tanto mayor es su potencial, tanto mayor es el desarrollo de los medios materiales de comunicación y transporte que permiten una simultaneidad de la presencia del sistema financiero con la propia circulación del dinero. Cada momento de la circulación del dinero en que este no es usado por su propietario directo puede convertirse en capital, al transformarse en base financiera de operación de los bancos; de la misma manera como los capitales individuales se convierten en fracciones ideales de los grandes capitales al comprar acciones u otros instrumentos financieros modernos.

Si bien es verdad que este sistema inserta en el cuerpo social enormes masas de actividades parasitarias, apenas necesarias para asegurar la supervivencia de la propiedad privada en un mundo altamente socializado, el hecho es que ellas permiten la sobrevivencia del capitalismo como modo de producción elevando sus contradicciones internas a niveles cada vez más altos.

Ligado a la concentración y a la centralización se encuentra el proceso de monopolización. Proceso que es absolutamente necesario al capital privado para protegerse de los altos riesgos que implican mover capitales tan gigantescos y, al mismo tiempo. Una consecuencia natural de la concentración puesto que elimina la posibilidad de operación de las pequeñas y medias empresas, excepto cuando ellas cumplen funciones complementarias a las grandes unidades monopolizadas.

Para asegurar tal funcionamiento altamente socializado del sistema económico, así como para garantizar la lógica del funcionamiento global del sistema, es pues imprescindible que el capital disponga de un organismo que le sitúe sobre los capitales individuales o bien que esté por encima de su aglomeración. Surge entonces la actuación del capitalismo de Estado en su forma monopolista (también llamada capitalismo monopolista de Estado), como condición "*sine qua non*" para el funcionamiento y sobrevivencia del modo de producción capitalista en su etapa contemporánea.

Concentración tecnológica y socialización de la producción en la etapa de la revolución científico-técnica; concentración económica, en forma cada vez más anárquicas que suponen un gigantesco aumento de la diversificación de actividades y de la conglomeración; monopolización casi universal de los mercados de productos, industrias y ramos enteros por grupos de empresas; centralización de capitales a través de un sistema financiero cada vez más amplio y centralizado; intervención del Estado como agente necesario del proceso de socialización del capital privado: todas estas son tendencias necesarias del capitalismo, que se encontraban en su lógica desde el inicio, pero que encuentran su realización, su manifestación desarrollada en su etapa contemporánea. Todas ellas se manifiestan en su proceso de internacionalización que entra en su etapa más avanzada: la socialización del proceso de trabajo como una actividad integrada internacionalmente.

La internacionalización del capital expresa así, en el plano de la valorización, una nueva etapa del desarrollo de las fuerzas productivas contemporáneas.

Estas tendencias no se explican, sin embargo, si no atendemos a su conexión con la composición orgánica del capital y sus efectos devastadores sobre la tasa de ganancia. Estas conexiones nos permitirán establecer una jerarquización de estos fenómenos y no auxiliarán en la construcción de un sistema unificado de proposiciones teóricas sobre la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas en la etapa contemporánea, a la luz de la teoría del valor.

El proceso de concentración y socialización de la producción se manifiesta, al nivel del funcionamiento del proceso de acumulación, bajo la forma de una alteración definida y determinada de los elementos que componen el capital. Concentración y socialización implican, como lo hemos visto en el transcurso de este libro, una capacidad creciente de la fuerza de trabajo para mover volúmenes cada vez mayores de medios de producción producidos anteriormente. En términos más precisos, según la teoría del valor: una cantidad siempre menos significativa de trabajo vivo transforma una cantidad cada vez mayor de trabajo muerto. La relación entre el trabajo muerto o constante y trabajo vivo o variable se manifiesta en la composición orgánica del capital, es decir C/V .

Pero miremos con cuidado este fenómeno. Él tiene por lo menos tres dimensiones que mal comprendidas provocan una gran confusión:

- a) La dimensión del proceso material del trabajo, o sea de la distribución concreta del tiempo que se destina en la producción a sus diferentes componentes materiales. A medida que avanza la revolución científico-técnica, aumenta el tiempo que el hombre dedica a la preparación del proceso material de trabajo. El hombre invierte cada vez más tiempo en planear y dirigir la producción que en transformar materialmente los elementos, trabajo que se transfiere a las máquinas. Aumenta así el tiempo material que la sociedad destina a la producción de los medios de producción, de las materias primas y del planeamiento y administración de la producción, en relación al tiempo que destina a la producción de los bienes de consumo final. Esto es lo que establece una relación entre tiempo de trabajo socialmente necesario para producir los elementos de la producción final y el tiempo en que esta se realiza. Aún así, las constantes modificaciones del proceso de producción — como consecuencia del rápido avance de la ciencia— obligan a cambiar constantemente los medios de producción existentes, disminuyendo así la duración moral de las máquinas, determinando así una condensación del tiempo de desgaste de las máquinas, lo que aumenta su valor en relación a su tiempo de operación.
- b) Como expresión del valor, este tiempo de trabajo, materialmente determinado por el avance de la civilización, se transforma en una fracción del capital, invertido por la unidad empresarial, para comprar los bienes de producción, es decir, un producto ya inerte en el cual se concretiza un trabajo anterior, el cual sólo se despertará —revivirá— cuando el soplo del trabajo vivo lo transforme nuevamente en productos finales que puedan ser consumidos por los hombre en su actividad cotidiana de producción y reproducción de su propia vida. Esto se expresa, en el proceso de producción de valores, en el aumento del capital constante en relación al variable.
- c) En la dimensión contable-financiera, este proceso se manifiesta en la necesidad de aumentar el capital adelantado por el capitalista en relación a las ganancias que va a obtener, es decir, en una tasa de ganancia

cada vez menor. Si la tasa de ganancia es la relación entre el capital invertido —capital constante y variable— y la plusvalía que se origina del trabajo nuevo acrecentado, no remunerado, y cuya expresión contable queda con el capitalista; si por lo tanto la tasa de ganancia depende al mismo tiempo de la inversión en trabajo muerto más la parte no remunerada de trabajo vivo; si la tasa de ganancia $P/I+V$; es pues una variable dependiente de la composición orgánica (C/V) y de la tasa de plusvalía (P/V) , y C tiende a aumentar y $V+P$ a disminuir, sólo podemos concluir que la tasa de ganancia tiende a bajar como una consecuencia contable de los cambios operados en el proceso de producción y de su expresión en valor, dentro de las tendencias fundamentales de evolución de la tecnología en el capitalismo contemporáneo, particularmente en la fase de la revolución científico-técnica.

La lógica fundamental de estos fenómenos conduce pues a la tendencia secular de la baja de la tasa de ganancia, expresión contable del fenómeno más profundo de la desaparición constante del rol del trabajo manual, e incluso de las actividades humanas de decisión y rectificación de programas de trabajo, como resultado de la automatización progresiva de la producción.

¿Cómo se comporta el capital frente a esta tendencia? Claro que, reaccionando en el sentido de contener sus efectos, ya que no puede impedir totalmente la expansión de la automatización como un resultado contradictorio de sus propias leyes de funcionamiento. En este sentido, las tendencias de la acumulación del capital configuran un conjunto de fenómenos que forman las tendencias de la evolución del propio capitalismo, entendidas como la lucha desesperada del sistema por limitar los efectos de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Lucha que logra solamente victorias parciales pues es una lucha contra las leyes que emergen del funcionamiento del valor, como fundamento inexorable de las relaciones mercantiles sin las cuales el sistema no puede sobrevivir.

Comprender esta dialéctica es esencial para comprender las formas concretas que asume la evolución histórica del capitalismo. Esto se hace más necesario particularmente en nuestro tiempo, en el que la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción alcanzó niveles tan elevados que impiden el pleno

funcionamiento del modo de producción capitalista sometiéndolo a rígidos controles que en vez de atenuar sus efectos desastrosos los incuba y los condensa en terribles olas de rebelión de las fuerzas productoras que trizan todo el sistema: la primera guerra mundial, la crisis de 1929, la segunda guerra mundial y la violenta crisis económico-social-ideológico-política de nuestros días son pruebas fehacientes de lo que afirmamos.

Hemos analizado ya los recursos que el capital posee para contrarrestar los efectos de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, empero los resumiremos en este capítulo final.

Como vimos, el comportamiento monopolístico permite mantener precios artificiales, superiores al valor de las mercancías. Esta situación sólo puede mantenerse, de acuerdo con la ley del valor, en la medida en que otro sector, que no el monopolístico, se vea perjudicado vendiendo sus productos por un precio inferior al valor de su costo de producción. Esto es posible cuando los monopolios logran garantizar la sobrevivencia de empresas medias y pequeñas (de menor productividad) en el mismo ramo, de manera que se forme un costo medio de producción más alto que su propio costo de producción. Así las mercancías serán vendidas a un precio medio más elevado que el costo de producción de las empresas monopolísticas, provocando una ganancia media superior del sector monopolístico. El monopolio también puede contener la tendencia decreciente de la tasa de ganancia impidiendo la introducción de nueva tecnología que eleve considerablemente la composición orgánica del capital.

Estos comportamientos monopolísticos difícilmente se mantienen siempre, pues los precios administrados estimulan la entrada de nuevos competidores atraídos por las tasas de ganancias más elevadas, nulificando entonces las ventajas adquiridas anteriormente a la entrada del competidor. Asimismo, las empresas medias y pequeñas pueden introducir cambios tecnológicos significativos que amenacen la posición hegemónica de las grandes compañías. Por fin, la competencia internacional amenaza permanentemente, una situación monopolística local, aún cuando sea sostenido por la vía de medidas proteccionistas, sobre todo cuando el atraso en la incorporación de los cambios tecnológicos es muy grande. Dos casos típicos de esta amenaza externa son los sectores del

acero y el automotriz en los Estados Unidos. Apoyados en su hegemonía tecnológica y de mercado de la postguerra se inmovilizaron, llegando a verse seriamente amenazados en las décadas del sesenta y principalmente del setenta.

Una segunda vía para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia es la efectiva rebaja de los costos de los elementos básicos del capital: los medios de producción expresados en el capital constante; los bienes salarios expresados en el capital variable. Estas rebajas sólo son eficientes a largo plazo cuando son originadas por un efectivo desarrollo de la tecnología que disminuya técnicamente los costos de producción en ambos sectores.

En el transcurso de este libro analizamos varias veces los factores que favorecen o perjudican ese avance tecnológico.

Por último, sólo se puede reducir el precio de estos elementos del capital, sea, a nivel nacional, por factores eventuales o concurrenciales, sea, a nivel internacional, por las mismas razones. En ambos aspectos cuentan factores políticos y culturales, tales como la intervención del Estado, el dominio de la industria sobre la agricultura, los sectores tecnológicamente avanzados sobre los decadentes. En las relaciones internacionales cuentan, sobre todo, las relaciones de dominación y explotación las ventajas obtenidas en los mercados controlados o aún las diferentes condiciones de productividad o de costo de factores a nivel internacional.

Estos hechos pueden ser más o menos permanentes y pueden influir de manera más o menos definitiva, dependiendo de un conjunto de elementos estructurales o coyunturales, en el interior de las economías y en sus relaciones internacionales; cuestiones estas que por su complejidad y variedad no podemos tratar aquí sin volver demasiado amplio el presente trabajo.

4. Socialización de la producción y socialización de las relaciones de producción

El concepto de relaciones de producción se refiere no sólo a la estructura de clases de un modo de producción o de una formación social dada,

sino que incluye a las formas de producción, a las estructuras de organización y administración, a los tipos de intercambio que la sociedad necesita para asegurar la reproducción de determinadas relaciones de clase que también evolucionan con los cambios internos de las formaciones sociales.

Por esto, podemos observar que los crecientes grados de socialización de la producción, que alteran las fuerzas productivas capitalistas, demandan cambios en todo el sistema de las relaciones de producción. De la manufactura a la gran industria, de esta a las grandes usinas de fin del siglo XIX, de las usinas a las cadenas de montaje de principios del siglo XX, de las cadenas a los complejos productivos actuales semi o completamente automatizados, hay una evolución de las fuerzas productivas que también cambia las formas de producción, la estructura de las empresas, las formas de intercambio, los métodos gerenciales, contables, de organización del Estado, etcétera; y que también afectan las formas de convivencia humana y hasta los delineamientos ideológicos del capitalismo.

De ahí que sostengamos que cada etapa de desarrollo de las fuerzas productivas plantea la necesidad de cambios en las relaciones sociales de producción, sin los cuales el sistema no logra avanzar en su conjunto.

Estas consideraciones nos encaminan hacia un enfoque coherente de la relación entre las nuevas etapas de desarrollo de las fuerzas productoras iniciadas por la revolución científico-técnica y los necesarios cambios en la estructura del capitalismo que se correspondan con los avances ocurridos en la infraestructura. El grado extremadamente elevado de socialización del proceso productivo se puede ver tanto vertical como horizontalmente.

Verticalmente, la producción se hizo extremadamente compleja. Ella se inicia hoy día en las actividades científicas de Investigación y Desarrollo, en los detenidos planes de producción para llegar a un complejo productivo donde varias fases de la producción de un bien final se subdividen en centenas de ramas e industrias interconectadas entre sí, sea por los sistemas de relaciones al interior de las empresas altamente diversificadas, sea por la relación entre distintas empresas ligadas por complejos sistemas de acuerdos comerciales.

Horizontalmente, tales intercambios se extienden no solamente al

interior de todas las unidades productivas nacionales, rompiendo los mercados locales y regionales, sino que se interconectan en grandes sistemas de intercambio continentales e intercontinentales, ligados entre sí por medios instantáneos de comunicación y por rápidos sistemas de transportes.

Los nuevos avances de las fuerzas productivas, que anuncian la segunda etapa de la revolución científico- técnica, que viene delineándose en la década del 80, se suman a los cambios anteriores para exigir un enorme avance de las relaciones de producción capitalistas, avance que, a su vez, contiene las nuevas fuerzas productivas obstaculizando así el paso a una sociedad cualitativamente distinta: la socialista. Debemos referirnos, aunque de forma muy general, a algunos de estos cambios que consideramos esenciales pues representan verdaderos brotes de relaciones sociales superiores dentro de un contexto de relaciones de producción inadecuadas a su funcionamiento. Al contrario de lo que defienden autores social-demócratas, dichos cambios lo que producen no es una evolución pacífica hacia el socialismo, sino violentas contradicciones al interior de la sociedad capitalista. Estas contradicciones tienden a amortiguarse en períodos de crecimiento económico, pero tienden a manifestarse violentamente durante las fases de depresión y crisis prolongadas. ¿Cuáles son estos cambios que, al mismo tiempo, salvan al capitalismo y lo llevan a violentas contradicciones internas? El principio del pleno empleo como meta de las sociedades modernas fue establecido después de la Segunda Guerra Mundial, como una tabla de salvación del capitalismo luego de 25 años de desempleo masivo y violentas rebeliones sociales. Sin embargo, el pleno empleo en el capitalismo es un resultado de la expansión continuada de las fuerzas productivas que se da en los períodos de acumulación ampliada o de “boom” económico. Por esto fue tan fácil lograr situaciones de pleno empleo relativo en la postguerra. No es necesario entrar en detalles aquí sobre ciertos mecanismos artificiales para lograr el pleno empleo tales como la industria de guerra, el reclutamiento militar y otros medios irracionales y antisociales para resolver el problema social que amenazó la tranquilidad del orden burgués, desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Segunda Gran Guerra.

Lo que nos importa es verificar que los mecanismos de pleno empleo se derrumban en el preciso momento en que empieza a decaer la coyuntura expansiva de la postguerra. Desde 1966 hasta el presente, el fantasma del desempleo masivo empieza a delinear y agigantarse al punto de amenazar inclusive a los mecanismos institucionales que contrarrestaban sus efectos en el auge económico, como el seguro de desempleo, las medidas asistenciales de bienestar, etcétera, cuyo costo se eleva con el número relativo y absoluto de sus usuarios afectando los ingresos que pueden obtenerse por las vías tradicionales.

La cuestión de las estructuras de ocupación será objeto de un próximo libro sobre la Revolución Científico-Técnica y el Proceso de Trabajo. Aquí nos interesa señalar la violenta contradicción entre el pleno funcionamiento de la economía de mercado y los éxitos logrados por el movimiento obrero y la conciencia social contemporánea, al imponer las metas de pleno empleo a la programación económica-social del mundo capitalista.

Del mismo tipo son las imposiciones sindicales o estatales de los principios del salario indirecto o social sobre el salario monetario directo. La enorme expansión de la previsión social, los crecientes costos sociales de las empresas, las medidas de intervención estatal en las condiciones de trabajo, vivienda, salud, alimentación, ocio, etcétera, de los trabajadores, significan procesos de socialización que se chocan con el libre funcionamiento del capital. Pero al mismo tiempo son indispensables en el estado actual de desarrollo de las fuerzas productivas, pues no habría salario capaz de pagar estos costos si ellos resultaran de la actividad individual. Así, el capital tiene que aceptar la entrega de la resolución de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo a los mecanismos colectivos, buscando agilizar al máximo el órgano colectivo de la clase capitalista que es el Estado.

La gran contradicción que encierran estas soluciones sólo se manifiesta, sin embargo, en la etapa de la depresión de largo plazo como la que se inició después de la segunda Guerra Mundial, donde el fascismo, el nazismo y otros regímenes de derecha lograron arrasar con las conquistas obreras del final del siglo XIX y principios del XX. Después de 1966 vemos la ofensiva creciente de las políticas de estabilización y de los regímenes conservadores o abiertamente

contrarrevolucionarios en contra del Estado de bienestar que tanto orgullo provocó en los apologistas del capitalismo de las décadas anteriores.

La inevitable explosión de la contradicción entre el sistema de relaciones sociales colectivas y las relaciones de producción privadas en las que se asienta el Estado de bienestar, tiene que detonar cuando falta el oxígeno del auge económico.

Lo mismo se puede decir de la reducción de la jornada de trabajo lograda en el período del auge económico. Estas conquistas acompañaron a gran distancia el avance de la productividad realizado durante el auge económico posterior a la Segunda Guerra Mundial. Después de los impresionantes retrocesos de las décadas del veinte y del treinta —cuando se llegó a violentas formas de intensificación de la jornada de trabajo para aumentar la plusvalía absoluta, formas que incluso llegaron al extremo del trabajo esclavo en los campos de concentración—, se lograron impresionantes avances en las décadas del cincuenta y sesenta llegándose incluso a la jornada de 36 horas semanales en algunos países y a la de 40 horas en la mayoría de los países desarrollados. La solución era falsa, y su falsedad se manifestó con la evolución de la guerra misma.

El capitalismo no puede resolver, de hecho, esta contradicción entre las enormes cantidades de horas de trabajo liberadas por el aumento de la productividad y la base de su sobrevivencia: la explotación de la fuerza de trabajo humana como fuente de la plusvalía y de las relaciones de producción capitalistas. Por ello, los enormes avances de los períodos de auge se chocan con las barreras de la propia producción capitalista y generan estos enormes retrocesos de los períodos depresivos.

Aún así, es necesario señalar el carácter desigual de este proceso que afecta de manera diferente a los países dominantes ya los dependientes dentro del sistema capitalista mundial. Las limitaciones de los períodos de crisis muchas veces aumentaron la autonomía de los países dependientes y la necesidad de la clase dominante local de apoyarse en las clases explotadas. Esto puede producir, y de hecho produjo, importantes avances en la relación de producción dentro de los países dependientes, alcanzando inclusive formas políticas de importante presencia de los sectores populares. En este caso, vemos cómo el desarrollo tardío del

capitalismo tiene que apoyarse en grados más elevados de socialización de las relaciones de producción y del poder que permitan paradójicamente, la sobrevivencia del capitalismo.

Pero, la dialéctica entre la socialización de la producción y la socialización privada de las relaciones de producción no termina aquí. Ella también imprime fuertes cambios en el rol del Estado, supremo representante colectivo del capital, obligado a intervenir progresivamente en el proceso de producción también bajo la forma del planeamiento, de su intervención conductora de la forma privada de producción. Esto se vuelve cada vez más factible pues el Estado ha asumido responsabilidades directas cada vez mayores en la producción. Estas se orientan a asumir las actividades económicas altamente concentradas que implican una altísima composición orgánica del capital. Y consecuentemente una reducida tasa de ganancia; también se destinan a asumir las actividades altamente socializadas que no pueden ser ejercidas por los capitalistas privados, tales como los servicios sociales básicos que deben ser orientados en el sentido de disminuir los costos de operación de las empresas privadas y de la mano de obra en general, lo que sólo se puede hacer con la adopción de precios abajo del costo de producción; asimismo, le cabe al Estado asumir servicios y actividades indispensables al desarrollo moderno de la producción, cuyos costos y riesgos no pueden ser asumidos por el capital privado tales como la investigación básica y, en parte, la aplicada, los costos de formación de la fuerza de trabajo, etcétera. En el capitalismo contemporáneo, el Estado puede y necesita, cada vez más, planificar una vasta área del proceso productivo como respuesta del sistema a la enorme socialización de las fuerzas productivas.

Como vimos, estas respuestas son dialécticas pues amenazan al mismo tiempo que permiten sobrevivir, el pleno funcionamiento de las relaciones de producción capitalistas. Por esto, el capital busca, cíclicamente, “corregir” los excesos de la intervención estatal, cuya dinámica escapa de su control pues sufre las presiones del conjunto de los intereses sociales. Siempre que la crisis apunta, el capital exige la depuración del Estado y la devolución de actividades del sector privado y a los riesgos de la libre iniciativa. Tan luego como apuntan las luces de la recuperación, los capitalistas presionan violentamente al Estado para que este

asuma la vanguardia del proceso de acumulación. Esa dialéctica afecta muy directamente la ideología burguesa y provoca oscilaciones y contradicciones en la misma, que confunden enormemente el panorama de la teoría económica burguesa.

En resumen, la creciente (progresiva) socialización de las fuerzas productivas que hoy día se realiza bajo la égida de la revolución científico-técnica, obliga al capital a buscar su sobrevivencia por la única vía posible en tales circunstancias: la socialización creciente de la propiedad privada y la búsqueda de formas de producción, de poder y convivencia que puedan absorber este alto grado de colectivización que nace de las necesidades inherentes al proceso de producción. El Estado se convierte en el representante supremo del capital y desarrolla un enorme aparato que se arraiga en la producción de las más diversas actividades, en la Investigación y el Desarrollo, en la circulación, en la reproducción de la mano de obra, de la ideología, etcétera, generando aparatos ideológicos de Estado cada vez más complejos, copando la intelectualidad, el arte y la ciencia que el capital ya no puede absorber en los estrechos límites (aunque cada vez más gigantescos -véase las empresas multinacionales) de sus organismos directos. El Estado se convierte así en una parte esencial y cada vez más decisiva de la reproducción del modo de producción capitalista y del propio proceso de acumulación.

5. Revolución científico-técnica y socialismo

A pesar de que la revolución científico-técnica nació en el sistema capitalista, se encuentra profundamente relacionada con la emergente formación socio-económica del mundo contemporáneo: el socialismo. Para muchos autores, como Richta, las fuerzas productivas de la revolución científico-técnica no caben ni en el capitalismo ni en el socialismo. Ellas constituyen la base material de un modo de producción radicalmente nuevo, colectivista, post-clasista, donde el individuo alcanza su máximo desarrollo como ser social: tratase del comunismo. Así como el capitalismo sólo pudo realizarse sobre una base real de apropiación de las fuerzas productivas cuando generó la gran industria, el comunismo

sólo se realizará como un modo de producción totalmente nuevo cuando se produzca el despliegue radical de las fuerzas productivas generadas por la revolución científico-técnica.

Esta afirmación se apoya en una visión pura de la revolución científico-técnica en su pleno desarrollo. En este estadio, ella ya habrá sustituido radicalmente el principio extensivo de la acumulación del capital por las formas intensivas de acumulación, caracterizadas por la primacía de la planificación científica de la producción sobre el acto de producir, que se volverá, gradualmente, una pieza diminuta del gran sistema científico-tecnológico contemporáneo. Ella se caracteriza aún por la plena automatización del acto de producir, de su dirección y de su corrección o reorientación. Esta eliminación radical del trabajo material elimina las bases materiales de las distinciones de clase, limita masivamente la jornada de trabajo, amplía los espacios del estudio y de la planificación, del *lazer* y de la creación, generando las bases materiales de una sociedad sin clases que será el comunismo, régimen de producción radicalmente nuevo sólo anunciado parcialmente en las actuales formaciones socialistas. Aún más importante: la complejidad de la gestión de la economía y de la producción exige la formación de equipos de producción que superan radicalmente la división tradicional del trabajo manual e intelectual. La responsabilidad colectiva que se desarrolla en la sala de comando de los sistemas automatizados, hace desaparecer la propia base de la autoridad personal en la producción, que el capital personificó históricamente con mucho éxito.

De esta forma, no hay ninguna posibilidad de compatibilizar las formas finales de la revolución científico-técnica con la propiedad privada de los medios de producción ni aún con una economía estatal de transición (el socialismo). La revolución científico-técnica pone, platea, exige complementarse con un nuevo modo de producción comunista.

Si el propio socialismo se ve en dificultad para asimilar y hacer avanzar hasta sus últimas consecuencias la embrionaria revolución que se bosqueja en las fuerzas productivas, más difícil se vuelve para el capitalismo poder integrar y absorber tales cambios. Podríamos apuntar seis aspectos claves en este proceso: la necesidad de controlar la producción de ciencia y tecnología, según un plan de desarrollo científico y tecnológico, elimina

la propiedad privada del aspecto central de la forma intensiva de la acumulación; la necesidad de planificar la Investigación y el Desarrollo se completa con la necesidad de planificar su incorporación a la producción (la innovación) lo que supone la total sumisión de la producción al plan; esto implica aún la necesidad de planificar el cambio social concomitante o resultante de lo anterior; la necesidad de superar la complejidad y anarquía actual de la producción por el principio radical de la simplificación y racionalización creciente de la producción; la sustitución masiva de mano de obra exigida por el proceso de automatización obliga a la reducción radical de la jornada de trabajo y de la administración planificada de la utilización del tiempo libre como formación de la subjetividad adecuada al nuevo estadio de las fuerzas productivas; por fin, el plano internacional, las nuevas escalas de producción y las exigencias de planificación del desarrollo científico se chocan radicalmente con la mantención de las violentas desigualdades internacionales, las estructuras del capitalismo dependiente y pre-capitalistas que todavía sobreviven como resultado del desarrollo del imperialismo como fase actual del capitalismo.

Estas contradicciones actúan, desde ahora, como un poderoso factor de los cambios internacionales y nacionales que el capital enfrenta en sus formas más avanzadas. Pero el capital no tiene que responder solamente a los desafíos que nacen de su interior. La existencia del socialismo como régimen de producción alternativo actúa con una fuerza enorme sobre el contenido de sus propias contradicciones internas y obliga al capitalismo a intensificar la socialización de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en su propio interior como forma especial de competencia.

En los países socialistas avanzados existentes en la actualidad, a pesar de su atraso histórico en el desarrollo de las fuerzas productivas, fue posible realizar gigantescos progresos científicos y técnicos en la medida en que ahí se aplicaron los principios de distribución más igualitaria, producción menos diversificada, simplicidad de la estructura económica, pleno empleo, planificación racional de los recursos y uso enriquecedor (extensión masiva de la educación) del tiempo libre creciente. Estos principios implican enormes economías en la utilización de la capacidad científica y tecnológica de la sociedad.

Mientras que en el socialismo el aumento de la productividad implica un aumento de los científicos en proporciones impresionantes; en el capitalismo se agiganta un enorme sector de servicios de todo tipo, cuyas características profundizaremos en nuestro estudio sobre el proceso del trabajo.

Estos principios actúan, como en la emergencia de otros modos de producción en la historia, sobre todo en el sector militar. Así como el surgimiento de la sociedad burguesa le permitió a Napoleón innovar la estrategia militar utilizando las masas de la infantería como arma decisiva en contra de las armas de élite de la nobleza europea así también la planificación masiva de la economía, conjuntamente con la estrategia militar, apoyada en un desarrollo concentrado y económico de la contribución científico-tecnológica, cuestiona hoy día el ejército anárquico del capitalismo y sus estrategias localizadas, separadas de la población en su conjunto y de la economía global.

La competencia militar (carrera armamentista) representa enormes costos para las economías planificadas, pero representan costos multiplicados para las economías monopólicas de Estado, cuyos costos de producción son por lo menos tres veces más altos que los de los países socialistas avanzados, a pesar de su ventaja histórica en materia de productividad media.

Esta competencia queda clara también en los mercados, cuando interesa a los países socialistas competir usando sus enormes economías de escala y su capacidad de precios administrados. Sin embargo, este es un caso excepcional pues los países socialistas no tienen interés de expandirse hacia otros mercados. Además, la calidad de su industria es sumamente pobre para lanzarse en una competencia con la producción sofisticada de los países dominantes.

Esto no impide, sin embargo, que esta competencia empiece a notarse en los países capitalistas dependientes, sobre todo en los ramos de la industria básica donde los países socialistas tienen mayor tradición. Para el capitalismo, el problema no está solamente en la calidad y el precio de los productos. Los países socialistas disponen de mecanismos de intercambio que, a pesar de lentos y engorrosos, terminan por establecer sistemas de colaboración a largo plazo que exigen una respuesta similar del aparato planificador de la contraparte comercial, es decir del

país capitalista. Ello abre enormes perspectivas al capitalismo de Estado de los países dependientes, dándole un apoyo externo, en sectores en los cuales difícilmente encontraría apoyo en el mercado internacional de capitales. Préstamos a largo plazo, intereses bajos, precios estables, intercambio entre productos definidos a largo plazo, etcétera, forman un nuevo arsenal de concesiones socialistas que, a pesar de su volumen aún restringido, crea nuevas prácticas capaces de influenciar a largo plazo la economía internacional.

Por lo menos en ciertas situaciones extremas, los países socialistas, a pesar de los altos costos que esto representa, han resistido como únicos o casi únicos abastecedores de nuevos países bajo el boicot imperialista. Esto revela un creciente potencial de la economía socialista emergente que obliga a un cambio de comportamiento del capitalismo.

El fin de la Guerra Fría y del boicot a los países socialistas por parte de occidente abrió enormes perspectivas de intercambio de bienes y tecnología entre los dos sistemas económicos. Mucho del nuevo intercambio significó importantes avances en la interdependencia, complementación y hasta integración de estas economías, particularmente en Europa. Esto les permitió a los países socialistas avanzados suplir los enormes costos que les significó durante años tener que sustituir, imitar o adaptar tecnologías ya dominadas años atrás por los países capitalistas, que el boicot no les permitía comprar o alquilar. Hoy día están modernizando su industria de consumo sin altos costos y pueden especializar cada vez más a sus científicos e ingenieros en la Investigación y Desarrollo de la ciencia y tecnología de punta a la que han dado prioridad.

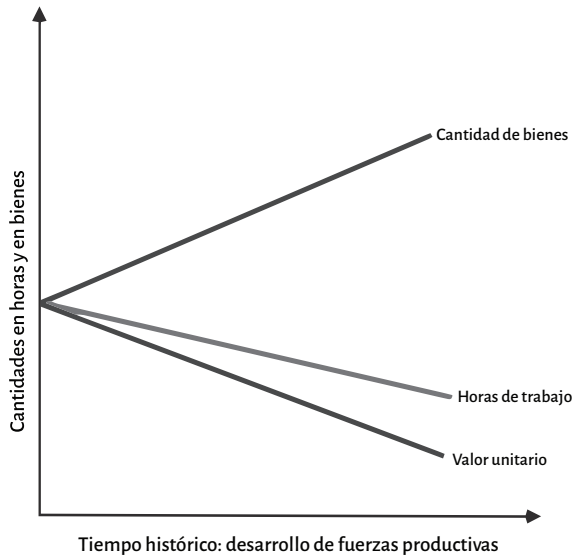
El intercambio es aún perjudicado por el secreto militar, las represalias políticas y los inevitables choques en la política internacional. Las limitaciones a ese intercambio no se dan casi nunca por iniciativa de los países socialistas que necesitan –debido a una enorme brecha histórica en su tecnología saltar etapas en su desarrollo científico y tecnológico utilizando el avance científico internacional.

¿Quién ganará pues, con un intercambio mayor? Es evidente que el campo socialista que todavía lucha para superar el retraso histórico de las naciones, casi siempre predominantemente feudales, en las que el socialismo surgió.

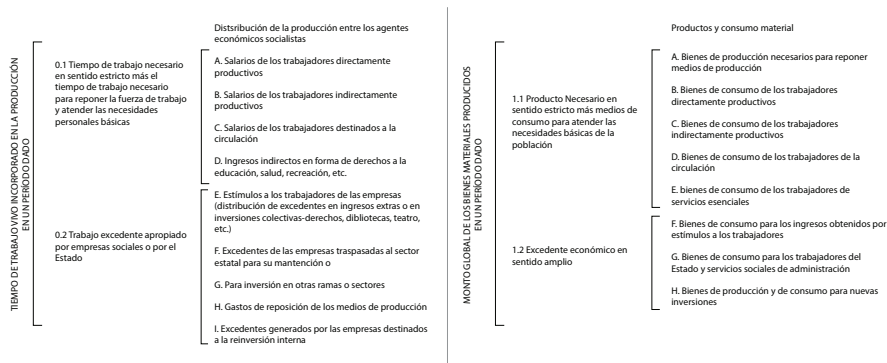
Occidente y oriente tienen que encontrarse en un proceso mutuo de superación de sus limitaciones. El oriente pre-capitalista se convierte en muchas partes, en moderno y avanzado por la vía de la propiedad colectiva. El occidente avanzado comprende cada vez más sus limitaciones y el crepúsculo de su dominación imperialista se desvanece en el polvo de la Historia. La cultura, la ciencia, el arte moderno dejan de ser privilegio de Europa y Estados Unidos. Con sufrimiento y rencor los europeos ven surgir a su lado la enorme potencia euro-asiática cuyo atraso siempre les provocó desprecio y temor al mismo tiempo. Los Estados Unidos también ven su imperio, construido en la postguerra, derruirse poco a poco hasta llegar la revolución a sus vecinos centroamericanos a los que desde el siglo XIX, acostumbrara dominar, saquear, invadir y exigir.

No hay duda, las fuerzas productivas se redistribuyen en escala mundial y no se puede más pensar el capitalismo contemporáneo fuera del contexto de su confrontación tecnológica, económica, política y militar con una nueva sociedad emergente: la del plan y la de la propiedad colectiva.

Gráfica V-1



Diferencias y similitudes entre el trabajo excedente y el excedente económico en el capitalismo



Bibliografía

- Abramovitz, M. (1956). Resource and Output Trends in the United States Since 1870. En *American Economic Association*. Estados Unidos.
- Afanasiev, V. (1976). *Revolution scientifique et technique, gestion, education*. Moscú: Progreso.
- Aglietta, M. (1979). *Regulación y crisis del capitalismo*. México: Siglo XXI.
- Andreef, W. (1976). *Profits et structures du capitalisme mondial*. París: Calmann-Lévy.
- Bain, J. S. (1968). *Industrial organization*. Nueva York: Wiley.
- Baran, P. (1968). Excedente económico e irracionalidad capitalista. En *Cuadernos Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI. N° 3.
- Baran, P. (1971). Progreso económico y excedente económico. En Sweezy, P. *El socialismo: única salida*. México: Nuestro Tiempo.
- Baran, P. (1975). *La economía política del crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baran, P.; Sweezy, P. (1968). *El capital monopólico*. México: Siglo XXI.

Berthoud, A. (1974). *Travail Productif et Productivité du Travail chez Marx*. París: Maspero.

Blair, J. M. (1972). *Economic Concentration; Structure, Behavior and Public Policy*. Michigan: Universidad de Michigan.

Bock, B.; Farcas, J. (1969). *Concentration and Productivity, National Industrial Conference Board*. Nueva York.

Carter, A. P. (1970). *Structural Change in the American Economy*. Cambridge: Harvard University Press.

Chevalier, J. M. (1979). *La economía industrial en cuestión*. Madrid: Blume.

Clark, N. (1975). The Multinational Corporation: The Transfer of Technology and Dependence. En *Development and Change*. Londres. N° 6(1).

Denison, E. F. Some Major Issues in Productivity Analysis: An Examination of Estimates by Jorgensen and Griliches. En *Survey of Current Business*. Estados Unidos: BEA.

Denison, E. F. (1962). *The Sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives before U. S.* Nueva York.

Denison, E. F. (1974). *Accounting for United States Economic Growth, 1929-69*. Washington: The Brookings Institution.

Dos Santos, T. (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.

Dos Santos, T. (1979). La tecnología y la estructuración capitalista opciones para América Latina. En *Comercio Exterior*. México. N° 29(12).

Dos Santos, T. (1985). *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo*. Petropolis: Vozes.

Fabricant, F. (1954). Economic Progress and Economic Change. En *34th Annual report of the National Bureau of Economic Research*. Nueva York.

Galbraith, J. K. (1960). *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel.

Gilpin, R. (1975). *Technology, Economic Growth, and International Competitiveness*. US government.

Ishaq Nadiri, M. (1977). The Contribution of Research and Development to Economic Growth. En *Preliminary Papers for a Colloquium on the Relationships between R & D and Economic Growth/Productivity*. National Science Foundation. p. B-17.

Jorgensen, D. W.; Griliches, Z. (1967). The Explanation of Productivity

Change. En *Review of Economic Studies*. Estados Unidos: Oxford University Press.

Kendrick, J. W. (1976). *Economic Growth and Total Capital Formation*. Estados Unidos: Joint Economic Committee.

Kendrick, J. W. (1987). Productivity, Trends and Prospects. En *US Economic Growth from 1976 a 1986: Prospects, Problems and Patterns*. Estados Unidos.

Kennedy, C.; Thirlwall, A. P. (1972). Survey in Applied Economics: Technical Progress. En *The Economic Journal*. Londres.

Kurako, I. G. (1966). *Science, Technology and Communism, some questions of Development*. Oxford: Pergamon Press.

Lazotkin, E. (1974). *El socialismo y la riqueza*. Moscú: Progreso.

Lemberton, D. M. (1971). *Economics of Information and Knowledge*. Middlesex: Penguin.

Leontief, W. (1973). *Análisis económico input-output*. Madrid: Ariel.

Leontief, W. (1979). Impacto de la tecnología sobre el empleo. En *Perspectivas Económicas*. Washington. N° 28.

Mandel, E. *The Late Capitalism*. Londres: NLR.

Mansfield, E. (1968). *The Economics of Technological Change*. Nueva York: Norton.

Mansfield, E. (1973). Determiants of the Speed of Application of Technology. En Williams, B. R. (ed.).

Martin, J.; Norman, A. R. D. (1970). *The Computerized Society*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

Marx, K. (1971). Crítica de la economía política. En *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (1857- 1858)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Marx, K. (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI.

Menchikov, S. (1976). *Le cycle economique*. Moscú: Progreso.

Menil, G. de (1971). *Bargaining: Monopoly Power versus Union Power*. Estados Unidos: MIT Press.

Molnar, F. (1970). *Economic Growth and Recession in the USA*. Budapest: Akademiai Kiado.

Moscovici, S. (1968). *Essai sur l'histoire humaine de la nature*. París: Flammarion.

Nabseth, L. (1973). *The Diffusion of Innovations in Sweedish Industry*. En Williams, B. R.

Nabseth, L.; Ray, G. F. (1974). *The Diffusion of New Industrial Processes*. Cambridge: Cambridge University Press.

Nicolayev, A. (1975). *Research & Development in Social Reproduction*. Moscú: Progreso.

OECD (1971). *Science, Growth, and Society*. OECD.

Olson, M. (1976). *The Political Economy of Comparative Growth Rates*. En *US Economic Growth from 1976 to 1986*. Estados Unidos. Vol. 2.

Osádchaia, I. (1975). *De Keynes a la síntesis neoclásica: análisis crítico*. Moscú: Progreso.

Richta, R. (1973). *La civilización en la encrucijada*. Madrid: Arthiach.

Rothschild, K. W. (ed.) (1971). *Power in Economics*. Penguin.

Salter, W. E. G. (1966). *Productivity and Technical Change*. Cambridge: Cambridge University Press.

Scherer, F. M.; Beckenstein, A.; Kaufer, E.; Murphy, R. D. (1975). *The Economics of Multiplant Operation: An International Comparison Study*. Cambridge: Harvard University Press.

Schmookler, J. (1966). *Invention and Economic Growth*. Cambridge: Harvard University Press.

Sharpston, M. (1975). *International Subcontracting*. En *Oxford Economic Papers*. Estados Unidos: Oxford University Press.

Solow, R. M. (1963). *Technical Change and the Aggregate Production Functions and the Elasticity of Substitution in American manufacturing Industry*. En *Review of Economics and Statistics*. Estados Unidos: MIT Press.

Sternberg, F. (1961). *La revolución militar e industrial de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Sweezy, P.; Baran, P. (1966). *El capitalismo monopolista*. México: Siglo XXI.

Tinbergen, J. (1942). *Zur Theorie der Langfristigen Wirtschaftsentwicklung*. En *Weltwirtschaftliches Archiv*. Alemania.

Usher, A. P. (1971). *Technical change and capital formation*. En Rosenberg, N. *The Economics of Technological Change*. Middlesex: Penguin Books.

Vernon, R. (1966). *International Investment and International Trade in the Product Cycle*. En *Quarterly journal of Economics*. Oxford: Oxford University Press.

Von Hippel, E. (1977). The Dominant role of the User in semiconductor and Electronic Subassembly Process Innovation. En *IEEE Transactions on Engineering Management*. IRE. Vol. EM-24, N° 2.

Wash, G. P. O. (1978). *Summary of US Economic Growth from 1976 to 1986: Prospects, Problems and Patterns*. Estados Unidos: Joint Economic Committee.

Wash, G. P. O. (1979). *Economic Report of the President*. Estados Unidos.

Watanase, S. (1972). International Sub-contracting, Employment, and Skill Promotion. En *International Labor Review*. Wiley-Blackwell.

Segunda parte

La dimensión tecnológica
de la crisis internacional

La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo¹

Prefacio

Este trabajo de investigación y análisis de la situación económica y política internacional fue iniciado en 1964, en las difíciles condiciones que atravesábamos en aquel momento de la vida brasileña.

Recién en 1967, en Chile, pudimos presentar los primeros resultados de esos estudios, que trataban de develar las razones internacionales del proceso económico y político vivido por Brasil. Ya en el exilio, en la Universidad de Chile encontramos la acogida intelectual y el apoyo que no podíamos tener en nuestro país debido a las condiciones imperantes en la Universidad brasileña. En Chile terminamos de escribir dos libros que influyeron sobre el debate de las ciencias sociales latinoamericanas, ayudando a superar la teoría de la “modernización”, hegemónica hasta entonces, al articular la realidad económico-social de nuestros países con las tendencias de la economía internacional. Bajo el nombre de “teoría de la dependencia”, esta contribución teórica fue objeto de un amplio debate académico en América Latina y en todo el mundo. Esos libros fueron: *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano*, editado por PLA; y *El nuevo carácter de la dependencia*, publicado por los Cuadernos del CESO (Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile). Posteriormente, integramos ambos libros en uno solo, incorporando nuevos elementos. La obra se publicó en Chile, Argentina e Italia, en 1971.

1. Extraído de Dos Santos, T. (1987). *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*.

Entre 1970 y 1975, profundizamos nuestro análisis de la economía norteamericana, de las empresas multinacionales y de las relaciones de dependencia y lo articulamos en tres libros publicados en diversos lugares de América Latina y en artículos y trabajos también editados en varios idiomas y países. Entre 1974 y 1975, ya en nuestro nuevo exilio mexicano, reordenamos esos tres libros y actualizamos nuestros estudios, reuniéndolos en la obra titulada *Imperialismo y dependencia*, publicada en México por la Editorial Era; y en Japón por la editorial Tsube Shobo.

En México, profundizamos el análisis de los elementos científico-técnicos que explicaban las transformaciones cada vez más vigorosas que tenían lugar en la economía y la política internacionales. Ya en Brasil, con el apoyo del Centro Nacional de Pesquisa (CNP), de la Universidad de las Naciones Unidas y de la FESP de Río de Janeiro, redactamos un conjunto de tres libros, vinculados al tema: *Forças produtivas e relações de produção; um ensaio introdutório* (1984); *Revolução científico-técnica e acumulação de capital (s/f)*. Además, el opúsculo sobre *Teorías do capitalismo contemporâneo*, publicado por Editora Vega en 1983, y diversos artículos, trabajos y monografías presentados en cursos, seminarios y congresos en más de treinta países, nos permitieron confrontar nuestros planteos con los públicos más diversos, compuestos de estudiantes, profesores, periodistas, teóricos, investigadores y políticos. Fuimos así formando un acervo de elementos teóricos y de análisis que se vierte parcialmente en este trabajo.

En lo que atañe al caso brasileño, realizamos también varios estudios, publicados en parte en la bibliografía anteriormente citada y en libros como *La evolución histórica de Brasil y la crisis del milagro económico*, publicado en México por Nueva Imagen, y en diversos folletos y artículos editados en varios países.

Destacamos, también, la obra de varios colegas nuestros, como André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra, Aníbal Quijano, Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Sérgio Ramos, Leonel Corona, Álvaro Briones, y tantos otros que desarrollaron muchos de los aspectos a los cuales sólo hacemos una somera referencia en este trabajo.

Quisiera mencionar también los materiales del I Congreso Internacional de Política Económica que organizamos en agosto de 1984, donde profundizamos el análisis de la crisis internacional y sus

alternativas, junto con algunos de los autores citados y otros colegas como Ernest Mandel, Dragoslav Avramovic, Pedro Paz, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi, Enrique Iglesias, Archie W. Singham, Jorge Rovira Mas, Bernard Schmidt, Miroslav Pecujlic, Amilcar Herrera, Alusisio Pimenta, Paulo Hadad, Herbet de Souza, Carlos Lessa, Paul Singer, Paulo Sandrone, Antonio Barros de Castro, Fernando Henrique Cardoso, Saturnino Braga, el ex presidente Luis Echeverría y tantos otros.

Sería imposible enumerar a todos los colegas que de algún modo contribuyeron a la realización de esa obra. Sin embargo, sería injusto no nombrar a mis amigos y maestros Paul Sweez y Harry Magdoff, a cuya obra —junto a la de Paul Baran— tanto debe nuestra reflexión (brasileña, latinoamericana y mundial) sobre el capitalismo contemporáneo. A Paul Sweezy tendremos siempre que agradecerle su invitación, en los años setenta, para participar de la comisión sobre Economía Política del Imperialismo que él organizó para la *American Economic Association* y donde, junto a Harry Magdoff, Víctor Perlo, el inolvidable colega tan prematuramente muerto, Stephen Hymer y R. Woolf, hicimos un balance del imperialismo contemporáneo, que marcó toda una época del pensamiento económico norteamericano.

I. Tesis sobre la crisis económica internacional

Estas tesis pretenden ubicar el reconocido fenómeno de la actual crisis internacional en un contexto teórico global que posibilite un análisis más concreto de sus características y su evolución. No profundizan en el análisis de sus afirmaciones, dado que la mayor parte de ellas ya fue tratada más ampliamente en trabajos anteriores del autor y de colegas de investigación, a los cuales se ha hecho referencia en el prefacio y que son citados nuevamente en el transcurso del presente trabajo.

Hemos puesto especial énfasis en los aspectos vinculados a la economía internacional y a los países del Tercer Mundo, entre los cuales se incluye Brasil, y a los que dedicamos la Tercera Parte de este estudio.

Queremos destacar, también, el esfuerzo de articulación entre economía, sociología y política en la medida en que la comprensión de tema tan complejo exige, por definición, un enfoque interdisciplinario, al menos en el campo de las ciencias sociales.

a) Definición de la crisis actual

1. La actual crisis económica internacional afecta al conjunto de los países capitalistas y reflejan las contradicciones inherentes a este modo de producción, como así también las dificultades estructurales de la acumulación capitalista, después de veinticinco años de crecimiento acelerado, producido después de la Segunda Guerra Mundial.
2. En este sentido, se puede afirmar que se trata de una crisis cíclica de larga duración, que afecta los niveles más profundos del proceso de acumulación y que se prolongará durante un largo período, hasta que se puedan resolver las dificultades que deben ser superadas para dar origen a un nuevo período de acumulación capitalista.
3. Por lo tanto, la crisis debe ser entendida como la rebelión de los mecanismos de acumulación de capital contra los artificios que habían alimentado la expansión económica después de la Segunda Guerra (precios, monopólicos, expansión anárquica y abundante de circulante, del gasto estatal y de las inversiones) y el agotamiento de un grupo de innovaciones significativas cuyos costos básicos de investigación y desarrollo se habían realizado antes de la onda expansiva (energía nuclear, petroquímica, electrónica, industria aeroespacial y sus derivados en la producción y en los servicios).
4. En segundo lugar, la crisis refleja también la saturación de los propios mecanismos generados por el pleno empleo de los factores productivos obtenidos durante el período de crecimiento sostenido: el poder de reivindicación de los asalariados llegó al máximo —como también su organización y combatividad— al mismo tiempo que el auge económico, neutralizando, en consecuencia, las ganancias de la tasa de explotación del trabajo obtenidos durante los veinticinco años de crisis, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda (desempleo masivo, derrotas políticas del movimiento obrero, pérdida de las conquistas adquiridas

durante el auge de 1890-1914, retorno a formas de trabajo casi esclavistas, etc.) y también las ganancias de la productividad del trabajo obtenidos con la incorporación de nuevas tecnologías después de la Segunda Guerra Mundial.

5. Estos mecanismos de saturación habían alcanzado también a los costos de la maquinaria, cuya caída de precios y aumento de la productividad conseguidos al comienzo del auge económico, ya no se presentaban décadas después. Esto fue consecuencia no sólo del agotamiento de las innovaciones de impacto y sin mayores gastos de sustitución, sino también del uso intensivo de la maquinaria existente. Lo mismo sucedió con las materias primas recién descubiertas y con las nuevas fuentes energéticas, ambas afectadas por una productividad decreciente, resultado de la incorporación a la producción de nuevas regiones de menos productividad y de presiones crecientes de la demanda, debidas a la situación de pleno empleo. Lo mismo sucede con la demanda y la producción agrícola y de otros bienes que afectan el costo de la fuerza de trabajo.
6. En consecuencia, el pleno empleo que resulta del auge, apoyado en una base tecnológica dada (aunque en evolución, pero ya limitada en su capacidad innovadora), hace confluír un conjunto de factores económicos, organizativos e institucionales, que limitan crecientemente la posible expansión de la tasa de ganancia. Esta sólo pudo mantenerse elevada por un período más largo debido a la expansión de las inversiones internacionales, a través de un fuerte movimiento de internacionalización del capital, de la producción (vía comercio mundial a nivel intra-firma y de sistemas de subcontratación), del sistema financiero y de la intervención estatal. Después de cierto tiempo, los mecanismos depresivos que ya se anunciaban en el centro del sistema, en 1958 (en los Estados Unidos) comenzaron a manifestarse a nivel internacional. Recién en 1967 encontramos una crisis generalizada del capitalismo y comienza a derrumbarse el sistema financiero internacional basado en el dólar como patrón de intercambio universal.
7. De una forma más abstracta se podría afirmar que la crisis resulta de un aumento de la composición orgánica del capital frente a la creciente incorporación de maquinaria y de materias primas en la

producción, sin nuevas disminuciones de su valor (después de las caídas conseguidas durante la fase inicial del ciclo, cuando se incorporó la nueva base tecnológica, en la cual se apoyó el ciclo ascendente de posguerra) y de una disminución significativa de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, como resultado del aumento del poder negociación de los trabajadores en condiciones más o menos prolongadas de pleno empleo, generadas por el propio auge. La consecuencia de la conjunción de estas dos tendencias fue la disminución de la tasa de ganancia.

8. La crisis se inicia en el centro hegemónico y articulador de la expansión de posguerra (Estados Unidos) y se va expandiendo hacia las zonas de desarrollo complementarias y derivadas (Europa y Japón) y finalmente a los países de desarrollo dependiente (los de industrialización media, en primer lugar, y los de industrialización reciente y no industrializados, después). Este movimiento implica ondas de inversión internacional y auges económicos acumulativos, que mantienen el auge capitalista internacional, en su conjunto, durante un largo período. Pero ello implica también una acumulación de los mecanismos artificiales de manutención del auge, primero en el país hegemónico y posteriormente en los distintos polos internacionales de acumulación. En consecuencia, pasadas las condiciones de pleno empleo e iniciados los comportamientos recesivos, estos mecanismos acumulativos tienden a actuar en la misma dirección: desde el centro hegemónico hacia las áreas periféricas. El siguiente cuadro resume este movimiento:

Polos de acumulación - Fase de auge - Inicio de la fase depresiva A - H

- I. Centro hegemónico Estados Unidos e Inglaterra decadente.
- II. Desarrollo complementario y derivados, Europa y Japón.
- III. Dependientes de desarrollo medio (Brasil, Corea del Sur, India, Irán, Venezuela, Indonesia, Nigeria, México, Chile, Argentina, Uruguay, etc.).
- IV. Dependientes de bajo desarrollo.

Nota:

- A) Primera manifestación de depresión.
- B) Comienzo de fases agudas de depresión

Esto no impide que haya nuevas fases C, D, etc., en las cuales van coincidiendo y articulándose las depresiones en escala mundial. Esto quiere decir que cada nueva depresión tiende a ser más generalizada y posiblemente más intensa al incorporar nuevas regiones con diferentes estructuras económico-sociales.

9. Por otro lado, la crisis representa la liberación de los mecanismos capaces de destruir los obstáculos a la acumulación y abrir paso a una nueva fase de la acumulación capitalista. La crisis destruye enormes masas de capital instalado y disminuye la demanda de maquinarias, provocando así una disminución del precio de las mismas y de las materias primas, estimulando una renovación tecnológica del sector que conduce a la producción de máquinas y materias primas mejores y más baratas. Como resultado de ello, cae el valor del capital constante y disminuye la composición orgánica del capital, permitiendo tasas de ganancia más elevadas, lo que en consecuencia estimula una nueva onda de inversiones basadas en tecnologías superiores.
10. La crisis eleva también el desempleo y destruye la capacidad de resistencia de los trabajadores. Esto tiene un doble resultado: por un lado, se produce una caída de los salarios, y por el otro, una disminución de los gastos estatales con medidas de bienestar. Tales cambios elevan la tasa de explotación y estimulan nuevas inversiones. Aliada a los mecanismos de disminución del capital constante, esta disminución del costo de la fuerza de trabajo constituye un factor de estímulo y una nueva fase de crecimiento económico.
11. Además, la crisis disminuye la demanda de bienes-salarios, debido a la caída del número de trabajadores (desempleo) y de su ingreso medio (salarios). Esta caída estimula las quiebras de las nuevas modificaciones tecnológicas en los sectores productores de bienes-salario. Las

- violentas oleadas de inmigrantes que abandonan los campos en tales circunstancias crean la exigencia de una productividad superior en un sector tradicionalmente estancado.
12. Finalmente, la crisis arruina a muchos especuladores que surgen durante las fases finales del auge económico, alentados por expectativas de crecimiento indefinido de los negocios y estimulados por la superabundancia de medios financieros, que se forman en la medida en que faltan cada vez más oportunidades de inversión. La batalla por la ampliación de las oportunidades de empréstitos estimula el endeudamiento interno e internacional, llevando a situaciones de insolvencia en la medida en que el aparato económico se presenta superdimensionado por la especulación. Las quiebras generalizadas destruyen las masas de capital especulativo y redimensionan el mercado de valores.
 13. La crisis, a pesar de su enorme costo humano, tiene así un papel regenerador del capitalismo, al permitir a los mecanismos de mercado establecer las condiciones favorables de las inversiones, particularmente aquéllas con un nivel tecnológico superior. Ella será tanto más prolongada cuanto mayores hayan sido los obstáculos que se habían acumulado durante el auge económico del funcionamiento de la ley del valor y tanto mayor haya sido su implantación institucional. Tenemos así todos los elementos de un movimiento cíclico en dirección a la depresión, que genera las condiciones para su superación, en niveles superiores de productividad y tecnología.
 14. Cada nuevo ciclo supone, también, una nueva etapa en la socialización de la producción, en la concentración económica, en la centralización del capital, la monopolización, la estatización y la internacionalización de las formaciones socio-económicas capitalistas. En consecuencia, la contradicción entre el carácter cada vez más social de la producción y el carácter privado de la apropiación se acentúa progresivamente. Esta contradicción se “resuelve”, provisionariamente, a través de nuevas fases de socialización del capital, o sea, de su concentración, centralización, estatización, etc. Así, se elevan las contradicciones fundamentales del sistema a un nuevo nivel que dará origen a nuevas crisis más amplias y profundas.

15. En consecuencia, negamos categóricamente la tesis que ve en la crisis actual el fin del capitalismo. Lo que se debe señalar es que, durante su transcurso, se producen diversos desprendimientos importantes dentro del modo de producción capitalista, en los eslabones débiles de la cadena, en los puntos donde se concentran las contradicciones del sistema. Según nuestra hipótesis, estos puntos débiles se encuentran en aquéllas economías más desarrolladas entre las subdesarrolladas y las menos desarrolladas entre las desarrolladas. Las economías más desarrolladas entre las subdesarrolladas acumulan contradicciones debido al rápido crecimiento que realizan, sin romper totalmente sus vínculos con sectores tradicionales que, a su vez, destruyen masivamente las fuerzas productivas arcaicas, pero sin generar una nueva capacidad productiva. De este modo, ni el sector tradicional ni las nuevas actividades modernas son capaces de crear empleos suficientes para absorber a las masas que se liberan de las economías tradicionales. Solamente un cambio de estructura, que imponga los principios de la planificación sobre la espontaneidad del mercado, permitiría resolver tales contradicciones. Las economías desarrolladas que se encuentran en decadencia, por otro lado, se ven amenazadas por mecanismos de estancamiento y pérdida de las conquistas sociales, económicas y políticas que les son caras. En tales circunstancias, la búsqueda de una estructura social superior, que lleve hasta sus últimas consecuencias los procesos de socialización parcialmente iniciados bajo el capitalismo, pasa a poseer un carácter de urgencia, a transformarse en una necesidad, en una premisa para conservar las conquistas obtenidas por los trabajadores.
16. La crisis rompe también la articulación armónica entre las potencias capitalistas que se estableció durante el período de auge con una coincidencia temporaria de intereses entre ellas. Como consecuencia se produjeron violentas luchas interimperialistas entre los países imperialistas y entre estos y los países dependientes o semi-coloniales. Estas luchas se vieron mediatizadas en parte por el miedo a la acción neutralizadora del campo socialista, percibido como el principal enemigo del capitalismo. En nuestros días esta acción socialista se da no sólo en el plano de eventuales e importantes apoyos a movimientos revolucionarios y de liberación nacional —rápidamente convertidos en regímenes

de transición al socialismo—, sino que se presenta también bajo la forma del comercio, la ayuda económica y militar a las economías capitalistas dependientes, que se ven obligadas a aumentar sus vínculos con el campo socialista. El campo socialista pasa a influir drásticamente en las estrategias y decisiones económicas del campo capitalista, en la medida en que se aumenta la integración ente economías capitalistas y socialistas, absolutamente necesaria para ambas. En tales circunstancias se hace cada vez más difícil preservar la unidad política y militar del campo capitalista, y también del socialista. Es indudable que para el capitalismo esto significa un violento desarrollo de sus contradicciones internas, el estímulo del nacionalismo, del regionalismo, del proteccionismo y de otros comportamientos defensivos de las burguesías locales, amenazadas por la expansión de las empresas multinacionales y por los organismos de integración internacional.

b) Los efectos de la crisis en el Tercer Mundo y el nuevo orden económico internacional (NOEI)

1. El aumento de las contradicciones interimperialistas eleva la capacidad de reivindicación de las burguesías locales en los países dependientes. En consecuencia, estos países aumentan su presión en el escenario internacional en la búsqueda de una mejor posición en el orden económico internacional. Internamente, el capitalismo de Estado intensifica su acción de defensa del mercado nacional (nuevas formas de proteccionismo), de generación de infraestructura para nuevas fases de expansión, de destrucción de los sectores de tecnología más atrasados y de baja productividad, de mejor articulación entre la inversión estatal, el gran capital nacional y multinacional y los otros sectores de la economía. El establecimiento de este nuevo equilibrio, basado en un nuevo patrón de acumulación, es más adecuado a la nueva fase de internacionalización, centralización y monopolización del capital.
2. Para restablecer la articulación del mundo capitalista será necesaria una nueva división internacional del trabajo, que permita la internacionalización de la producción de productos finales, la expansión de

las industrias básicas fuera de los centros económicos hegemónicos, la industrialización de materias primas en países dependientes, la exportación de productos industriales con mayor participación de mano de obra de estos países, etc. Esta nueva división internacional del trabajo deberá especializar a las economías dominantes sobre todo en las actividades de punta de la revolución científico-tecnológica: en la investigación y el desarrollo, la planificación y el diseño, la administración, la comunicación, la formación de símbolos culturales, etc. En una etapa del desarrollo de las fuerzas productivas dominada por la ciencia, a la cual se someten tanto la técnica como la producción, es fundamental el desarrollo pleno de tales actividades para concentrar los instrumentos de dominación mundial. Al realizar tales reestructuraciones, el capital creará inmensos mecanismos socializadores de la producción y de su control, que generarán nuevas y violentas formas de contradicción entre una humanidad llena de riquezas y posibilidades y los violentos mecanismos de explotación del trabajo, marginalización de masas humanas, hambre, analfabetismo, etcétera.

3. El avance de estas contradicciones provoca en nuestros días llamados de las clases dominantes, tanto de los países centrales como de los dependientes, en el sentido de buscar un nuevo marco de las relaciones internacionales que saneen o aminoren estos inmensos problemas. La conciencia de esos desafíos penetra también en las organizaciones internacionales, en los bloques de países, en las asociaciones profesionales, en los movimientos por los derechos humanos, en los partidos políticos, etc. La cuestión del nuevo orden internacional (económico, cultural, etc.) se convierte en el centro de articulación de las relaciones internacionales, inmediatamente después de la primera cuestión, que es la paz mundial. Pero ¿hasta qué punto se podrán establecer normas civilizadas de relaciones internacionales cuando la profundidad de la crisis anuncia cada vez más desempleo, marginalidad, hambre, analfabetismo, criminalidad y otros males? Esta creciente inestabilidad social, que deberá persistir por varios años más de crisis no resuelta, no es un marco adecuado para la paz y la concordia, si no un crisol para la mezcla de los ingredientes de las guerras, insurrecciones, golpes, revoluciones y contrarrevoluciones. Por lo tanto, debemos esperar que se mantenga

la aguda crisis social y política en el mundo capitalista de nuestros días con dolorosos procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios.

c) La crisis y los países socialistas

1. En principio corresponde desmentir las tesis que pretenden generalizar a la crisis como fenómeno mundial, afirmando que ella existiría del mismo modo en el campo socialista. En estos países las disminuciones recientes de las tasas de crecimiento, el aumento de las deudas internacionales, las constantes caídas del volumen de las cosechas, la aparición del fenómeno de la inflación y, por otro lado, los conflictos intersocialistas, son presentados por la prensa y por algunos académicos como demostración de que la crisis internacional se extiende a las formaciones sociales con fuerte propiedad estatal, planificación centralizada y dirección política de los partidos comunistas. Sin embargo, sería absurdo confundir ambos fenómenos: en estos países no han surgido masas de desocupados, no se han producido quiebras de empresas, bajas sísmicas de las tasas de crecimiento, inflación de dos dígitos, como en los países capitalistas. Continúan su crecimiento sobre una base más o menos permanente, con disminuciones ocasionales de las tasas crecimiento, que de modo alguno siguen patrones cíclicos, como en los países capitalistas.
2. Esto no quiere decir que los países socialistas no tengan grandes dificultades económicas, explicadas en parte por su inevitable permeabilidad a los efectos de la caída económica del mundo capitalista. Los principales efectos transmitidos directamente de la crisis internacional a los países socialistas son: la inflación, la tendencia a la compra de productos occidentales, los consecuentes déficits en las balanzas de pagos y el endeudamiento creciente. Indirectamente, la crisis afecta al sistema de precios internos de las economías socialistas, particularmente de los productos de gran valor en el comercio mundial, como el petróleo y el oro. Se abren también mayores oportunidades de comercio con Occidente y de acuerdos tecnológicos de cooperación. Los gastos militares determinados por una sociedad mundial antagónica también distorsionan a estas economías y les quitan recursos que deberían ser destinados al consumo

productivo final. Estos gastos tienden a aumentar aún más cuando la crisis se torna aguda, generando nuevos polos de conflicto y aumentando la tensión mundial y los gastos en armamento.

3. Todo esto se hace aún más complejo cuando se considera el rápido cambio que se viene produciendo en las formaciones socio-económicas socialistas, dadas sus altas tasas de crecimiento, de urbanización y de industrialización, sus enormes gastos en educación, ciencia y tecnología, que provocan alteraciones importantes en la correlación de las fuerzas internacionales entre el campo socialista y el capitalista. De allí entonces que, en los próximos años, deberá producirse un nuevo equilibrio de las fuerzas internacionales, con un peso creciente de los países socialistas y de las naciones de desarrollo medio, que mantienen también altas tasas de crecimiento en relación con los Estados Unidos y Europa.
4. En consecuencia, para pensar en la evolución posible de la crisis real y concreta sería necesario agregar estos factores materiales, expresados en el tiempo y en el espacio económico, social, político y cultural concretos, donde se desenvuelve la vida diaria de los pueblos. Para ello, sería necesario estudiar las formaciones sociales concretas, sus estructuras y movimientos coyunturales, y sólo entonces tendríamos un cuadro concreto de posibilidades y probabilidades históricas, que nos permitiría prever la evolución real de la actual crisis internacional. Es indudable que esta tesis no puede llegar a ese nivel concreto. Sólo pretende señalar lineamientos generales ya discutidos con detalle en otras obras del autor: *A crise norteamericana e América Latina* (1971); *Imperialismo e dependencia* (1976); *Como entender Jimmy Carter* (1977).

d) La crisis y la evolución del socialismo en el tercer mundo

1. Aproximadamente la cuarta parte de los países del Tercer Mundo son sociedades que ya son socialistas, o están creando las bases para el proceso de transición socialista.
Este fenómeno, cuyo origen se remonta a los años cincuenta, con la consolidación de las repúblicas populares de Asia, se extiende a América Latina con el triunfo de la revolución cubana y su rápida evolución hacia

el socialismo a partir de la segunda mitad de 1960, y se intensifica en los años setenta con la victoria militar de Vietnam. Laos y Camboya y de los movimientos de liberación de África, que representan un momento culminante de la lucha por la descolonización.

Como ya se señaló anteriormente, los períodos de crisis del capitalismo internacional disminuyen la capacidad ofensiva del sistema y favorecen las victorias de los procesos revolucionarios donde estos ya se habían desarrollado y adquirido una sólida base y apoyo popular.

2. Desde su época, Marx y Engels, a pesar de que confiaron en que el triunfo del socialismo se produciría primero en los países desarrollados de Europa, jamás descartaron la posibilidad de que este triunfara antes en sociedades en las cuales el modo de producción capitalista aún no se había afirmado como dominante. Por cierto, ambos supeditaban la consolidación definitiva de este triunfo a la victoria del proletariado europeo, que generaría economías socialistas poderosas en las cuales podrían apoyarse los nuevos procesos de transición.

Posteriormente sería Lenin quien precisaría, en el II Congreso de la Internacional Comunista, la viabilidad de que estas sociedades prescindieran de un amplio desarrollo del capitalismo para saltar al socialismo con la ayuda del movimiento revolucionario a nivel internacional. El análisis de Lenin se basaba en su profunda comprensión del fenómeno del imperialismo, que, por un lado, generaba en el interior de las potencias imperialistas una aristocracia obrera que tendía a la conciliación con el sistema en sus centros dominantes, y, por el otro, exacerbaba la explotación de los países coloniales dependientes, acentuando las contradicciones internas de los mismos, inviabilizando un desarrollo pleno de sus fuerzas productivas y creando, en consecuencia, las condiciones objetivas para el triunfo de los movimientos de liberación nacional y social.

Hoy, transcurridas varias décadas de la realización de este análisis, podemos comprobar la corrección de sus formulaciones.

3. La evolución del socialismo en los países del Tercer Mundo, a pesar de abrir una enorme perspectiva de bienestar y progreso científico y cultural para las grandes masas, no podría librarse de las múltiples dificultades concentradas en dos frentes principales: el desarrollo económico-social y la tecnología.

En la batalla por el desarrollo económico y cultural, los países socialistas tuvieron que enfrentar una enorme serie de dificultades, porque el desarrollo económico supone cultura, especialmente en nuestra era científica y tecnológica.

Como es sabido, los países del Tercer Mundo sufrieron el sojuzgamiento de sus culturas autóctonas, que fueron arrasadas por los colonizadores. Tuvieron que asimilar culturas extranjeras que les fueron impuestas en reemplazo de sus valores y experiencias propias y, sobre todo, debieron implementar pautas de desarrollo económico elaboradas según el modelo europeo, en principio, y el americano después, que no correspondían a sus necesidades de progreso y civilización, sino que tendían más bien a satisfacer las conveniencias de los centros hegemónicos. Por todo ello, una vez victoriosos los movimientos libertadores, la lucha contra el atraso, que se manifestaba en el hambre, el analfabetismo, las enfermedades endémicas, la precariedad de la asistencia sanitaria y la falta de viviendas mínimamente condicentes con las necesidades del ser humano, entre muchas otras cosas, fue una batalla sin cuartel y continúa siéndolo. El desencadenamiento de un proceso de industrialización en todos esos países, supone un esfuerzo inaudito, si tenemos en cuenta sus economías primario-exportadoras, en la mayor parte de los casos en colapso como consecuencia de las guerras civiles o de las intervenciones extranjeras. La falta de experiencia científico-tecnológica, la escasez de materias primas y maquinarias para impulsar el aumento de la producción, las diversas formas de boicot impuestas por el imperialismo y por las clases dominantes “criollas” y sus especialistas, se convierten en obstáculos demasiado serios para un desarrollo equilibrado y armónico de sus fuerzas productivas.

Basta considerar en este punto un dato importante: si el conjunto de los países del Tercer Mundo dispone solamente de cerca del 12% de los científicos del mundo, es posible calcular que sólo el 3% de estos científicos se encuentran en los países socialistas del Tercer Mundo.

Como agravante de toda esta situación está la imperiosa necesidad de la defensa del proceso revolucionario. No se puede olvidar que todas las revoluciones tuvieron que enfrentarse antes, durante o después de la victoria, la intervención abierta o encubierta del enemigo imperialista, poderoso, inescrupuloso y brutal. Eso las llevó a todas a recurrir al

armamentismo para su defensa, desviando hacia esta prioridad recursos humanos y materiales sumamente importantes para sus pueblos.

4. Por lo tanto, lo que podemos comprobar en la práctica histórica es lo siguiente:

Primero: hasta hoy ninguna revolución pudo triunfar o consolidarse prescindiendo de un enfrentamiento militar con la contrarrevolución apoyada por el imperialismo. Vale la pena insistir en que tal comprobación empírica no significa de modo alguno que existan vías predeterminadas o modelos estandarizados para la victoria de una revolución. Por el contrario, esto jamás fue un principio marxista. Cada revolución descubre su particular manera de llegar al poder en función de la experiencia acumulada por el pueblo y su vanguardia, de las condiciones objetivas y subjetivas que están muy ligadas a la crisis coyuntural de cada país, y también de la situación internacional.

Por eso, a pesar de que cada experiencia victoriosa es un laboratorio fértil de enseñanzas para los demás pueblos, las revoluciones sólo pueden ser bien asimiladas una vez realizadas las reducciones debidas a las especificidades nacionales y sociales de cada país.

Por lo tanto, carecen de sentido político y científico las tentativas de elaboración de “modelos únicos”, pretendidamente válidos para situaciones diferentes. Podemos citar tres ejemplos de fracasos en el establecimiento de modelos revolucionarios:

- a) Los intentos revolucionarios llevados a cabo en países europeos después del triunfo de la revolución rusa, sobre todo en Alemania, en 1919, 1921 y 1923, que se inspiraban mecánicamente en los Soviets de la Rusia bolchevique.
- b) Las tentativas de instalación de “focos” guerrilleros en casi todos los países de América Latina, inspirados en un pretendido modelo creado por la revolución cubana.
- c) La línea eurocomunista, que no se basó en ninguna experiencia victoriosa sino que procura, sin duda, generalizar para varios países europeos una vía más fácil para llegar al poder, plagiada de la “vía italiana al socialismo” de Palmiro Togliatti, que posibilitó el mantenimiento de la fuerza orgánica y política del Partido Comunista Italiano, y que

fue, sin duda, lograda por su dirección y lucha en la resistencia al fascismo y que es exactamente, hija de la abdicación del mismo partido de lanzarse a la conquista del poder en la posguerra.

Debemos entonces destacar que, debido a la diversidad de experiencias prácticas, todas las tentativas de elaboración de modelos revolucionarios han estado y estarán condenadas al fracaso.

Segundo: la experiencia histórica ha demostrado también que todas las revoluciones que se produjeron en los países del Tercer Mundo, sobre todo en las últimas dos décadas, sólo consiguieron consolidarse debido al apoyo político, económico y militar de los países socialistas. En estos países faltaban las condiciones materiales mínimas para el desarrollo amplio del modo de producción capitalista tal como fue analizado por Marx, Engels y Lenin. Fue la existencia de un sistema socialista estructurado ya a nivel internacional la que permitió la entrega de los recursos indispensables que garantizaron, y garantizan, la consolidación de los nuevos poderes revolucionarios, transfiriendo su moderna tecnología a los países del Tercer Mundo bajo formas de ayuda y cooperación. Esto fue posible debido al hecho de que en el interior de esos países ya se había configurado un poder popular que destruyó la propiedad privada de los medios de producción, creando los prerequisites ideológicos y administrativos para un proceso de desenvolvimiento sobre bases socializadas. Podríamos citar como ejemplo el caso de la revolución cubana, que no habría podido mantenerse sin la ayuda de los países socialistas, particularmente de la Unión Soviética, y el caso de las jóvenes repúblicas populares de África, que jamás hubieran alcanzado la victoria en su lucha sin el apoyo de Cuba y de otros países del campo socialista.

El caso de Nicaragua, que dispuso de una ayuda más amplia, no sólo por parte de Cuba, sino también de gobiernos progresistas y de partidos socialdemócratas, no nos permite aún sacar la conclusión de que sean una excepción, puesto que este país todavía no se declaró socialista, aunque avanza rápidamente en esa dirección. Será una demostración del avance del proceso socialista mundial lograr que Nicaragua continúe disponiendo de apoyos tan amplios aun cuando profundice sus reformas sociales.

Tercero: esta constatación plantea la imperiosa necesidad histórica de las asociaciones de cooperación científico-técnicas y de intercambio comercial entre estos países y los socialistas, pues esas son condiciones de sobrevivencia de las revoluciones del Tercer Mundo.

Pese a que las ayudas a los procesos revolucionarios han sido muchas veces bilaterales, la tendencia natural de la evolución de la cooperación económica debe encaminarse, y hay muchos indicios en esta dirección, en el sentido de la integración interestatal y el desenvolvimiento de procesos regionales de integración que tienen su máxima expresión en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Por cierto, esta era ya una intuición que se había configurado en los análisis de los clásicos marxistas sobre una nueva división internacional del trabajo en el mundo socialista.

También las relaciones de cooperación científico-tecnológica y el comercio entre los países socialistas, o en proceso de transición al socialismo, del Tercer Mundo y los países capitalistas son sumamente necesarias. Estas relaciones, cuando se establecen, corresponden a intereses recíprocos, y siempre que se resguarden la independencia y la soberanía nacionales, son beneficiosas para el progreso de los pueblos. Lo son para los países en proceso de transición al socialismo porque estos necesitan diversificar su aparato productivo a través de la importación y la exportación; para los países capitalistas, debido a su permanente necesidad de materias primas y sobre todo de ampliación de nuevos mercados para sus productos, lo que se acentúa gravemente en períodos de crisis como el actual.

Este intercambio se funda en el principio de coexistencia pacífica entre sistemas socio-económicos diferentes, tal como fue formulado por Lenin.

En 1921 Lenin había elaborado el Plan de Concesión al Capital Extranjero, que pretendía poner a disposición de empresas extranjeras la explotación de recursos naturales (minerales, forestales, etc.) a través de convenios cuyos objetivos eran la creación de nuevos empleos, el desarrollo tecnológico y de la infraestructura en su país, que no disponía entonces de las condiciones adecuadas para incrementar sus fuerzas productivas. En su época este primer plan, elaborado por

Lenin, no tuvo prácticamente éxito, debido a las resistencias políticas opuestas por las potencias industriales que confiaban en el fracaso de la primera revolución. Décadas después Yugoslavia implementaría con éxito un plan semejante, lo que fue de decisiva importancia para la consolidación del poder revolucionario. Hoy planes semejantes han sido implementados por varios países socialistas.

A pesar del panorama de dificultades reales que mencionamos, el balance de la evolución del socialismo en el Tercer Mundo es favorable porque se trata de una anticipación del futuro. Estas sociedades se están reconstruyendo sobre nuevas bases, a pesar de coexistir con un mundo capitalista que se encuentra en plena y aguda crisis.

Estas sociedades, a medida que alcanzan una estabilidad en el plano internacional, a implementar un sistema de planificación centralizado, basado fundamentalmente en las empresas estatales, en el desarrollo de las relaciones de producción socialista y en el poder popular, con lo cual pueden obviar las crisis cíclicas y sentar las bases de un proceso de desarrollo equilibrado, continuo y estable.

II. La primera fase del ciclo depresivo 1967-1975

Después de exponer las tesis generales sobre la actual crisis internacional es conveniente examinarla con más detalle y con el apoyo de datos empíricos.

Dentro de este marco, el principal énfasis del análisis estará puesto en la situación concreta, que será estudiada en base a algunos elementos teóricos generales que permitan determinar sus características y prever el sentido de sus tendencias principales.

Toda discusión sobre el problema de la crisis capitalista tiene implicaciones teóricas que no pretendemos desarrollar aquí. Sin embargo, es necesario señalar que existe una corriente de pensamiento cada vez más importante, esencialmente dentro del marxismo pero que abarca también a pensadores no marxistas, que sitúa a la actual crisis del capitalismo dentro de la teoría de las fluctuaciones de larga duración, fundamentada en los trabajos del economista ruso Kondratiev. Este

economista ubicó un conjunto de ciclos en la economía mundial, de unos cincuenta años de duración, en los cuales encontramos períodos alternativos de crecimiento y de descenso de la producción. Kondratiev demostró que este tipo de ciclos se produce históricamente y ubicó tres grandes fluctuaciones en el curso de ciento cincuenta años.

La primera onda larga empieza con un período de crecimiento económico que va desde fines de 1780, o comienzos de 1790, hasta 1810-1817. Desde 1810-1817 hasta 1844-1851, se perfila una fase depresiva. Una segunda onda larga se sitúa entre 1844-1851 y 1870-1875, ascenso; y desde 1870-1875 a 1890-1896, descenso. La tercera onda larga presenta un período de ascenso desde 1890-1896 hasta 1914-1920 y ubica un nuevo período de descenso que se habría iniciado a partir de 1914. A pesar de que Kondratiev escribió en 1923, los hechos confirmaron su tesis al prolongarse la depresión de posguerra hasta 1940-1945, en los Estados Unidos, y 1945-1950 en Europa y Japón. Nuevas cuestiones se plantearon sobre la determinación de estas fluctuaciones de larga duración. De un modo general podemos aceptar que las explicaciones más coherentes sobre los factores determinantes de los períodos de ascenso son las que señalan la combinación de un aumento de la tasa media de plusvalía con importantes innovaciones tecnológicas, que reducen la composición orgánica del capital. Por otro lado, los elementos imponentes de los períodos de receso de las largas fluctuaciones depresivas se concentrarían en la baja persistente de la tasa de ganancia como producto del agotamiento de las ondas tecnológicas innovadoras, en un período de cerca de veinticinco años, y de las presiones de los salarios sobre la plusvalía en el auge económico.

Estas explicaciones no son suficientes, ya que es necesario profundizar el análisis de los mecanismos que llevan al descenso de la tasa de ganancia y examinar, además, las razones de la utilización de ciertas innovaciones tecnológicas durante largos períodos y su aplicación sólo en las fases de ascenso económico. Sin embargo, una exposición más amplia del tema nos desviaría de nuestro objetivo principal en esta primera parte, que es caracterizar en general a la presente crisis. En la segunda parte de este trabajo se discutirán más detalladamente estas cuestiones.

Como ya vimos, consideramos que la presente crisis del capitalismo

empezó en 1967, con un período depresivo de largo plazo, que sucedió a un período de crecimiento económico sostenido entre 1940-1945 y 1966.

En los períodos de ascenso económico no se observan situaciones de crecimiento continuo, sino una tendencia dominante al crecimiento entremezclada con cortos momentos de recesión. En los períodos de depresión también hay cortos momentos de crecimiento, aunque la tendencia recesiva sea predominante. A continuación, daremos algunos datos que atestiguan que el período iniciado en 1967 se caracteriza por un ritmo de crecimiento muy inferior al existente hasta 1966. Luego, mostraremos que las fases de depresión tienden a predominar en la configuración del período. Analizaremos primero los datos que abarcan hasta el fin de la depresión de 1976.

a) La tasa de crecimiento

Según la Tabla 1, se advierte claramente que entre 1967 y 1976 los Estados Unidos tuvieron un crecimiento del 25% (2,5% anual). Este crecimiento fue, por lo tanto, inferior al del período anterior, 1960-1967, que fue del 37%, es decir una media aproximada del 4,6% anual.

Hay países como Japón que, aunque hayan mantenido después de 1962 una tasa de crecimiento mucho más elevada, experimentan una caída en relación a los períodos anteriores. Entre 1960 y 1967, Japón consigue duplicar su PNB mientras que en los diez años posteriores alcanza apenas el 91% de crecimiento, lo que revela una disminución en la tasa de crecimiento del PNB.

En general esta situación se reproduce en los otros países, mientras que el Reino Unido cuenta con la menor tasa de crecimiento.

Tabla 1. Producto Nacional Bruto (1967 = 100)

Años	EUA	Canadá	Japón	CEE ¹	Reino Unido ¹	Francia ¹	RFA	Italia
1960	73,1	68,8	50,1	74,2	82,1	66,7	76,2	68,8
1961	75,0	70,8	57,3	78,1	84,9	70,4	80,4	74,5
1962	79,3	75,6	61,4	81,4	85,9	75,3	83,6	79,0
1963	84,4	79,5	67,8	84,8	89,4	80,1	86,5	83,4
1964	86,8	84,8	76,7	89,9	94,6	85,7	82,2	85,6
1965	91,9	90,5	80,6	93,9	95,5	89,8	87,4	88,3
1966	97,4	96,8	88,5	97,0	97,4	95,2	100,2	93,4
1967	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1968	104,4	105,8	113,4	105,4	103,5	104,9	107,3	100,3
1969	107,1	111,5	125,6	111,7	104,9	112,9	116,2	112,3
1970	106,7	114,3	139,3	117,2	107,3	119,7	122,9	118,0
1971	109,9	121,7	149,6	121,2	110,0	126,6	126,6	119,8
1972	116,2	128,9	163,1	125,8	112,9	134,1	130,8	123,6
1973	122,6	138,1	179,2	132,7	119,6	142,2	137,5	137,0
1974	120,5	142,6	177,2	135,5	119,9	146,0	138,1	136,5
1975	118,2	143,5	180,8	132,0	118,3	142,1	133,4	131,4
1976 ²	125,5	150,4	191,5	137,3	119,4	148,9	140,9	137,3

¹ Producto Bruto Interno

² Estimativa

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977. Superintendent of Documents, U.S. Government. Printing Office, Washington D.C., 1977.

b) La inflación

La etapa recesiva de largo plazo, iniciada en 1967, se caracteriza también por una tendencia contradictoria respecto de la anterior: la elevación de los precios. Si observamos la Tabla 2, podremos constatar que

los precios de los bienes de consumo se elevan en los Estados Unidos en cerca del 9,6% entre 1960 y 1966, y en un 70,5% entre 1967 y 1976.

En todos los países desarrollados se presentan tendencias semejantes en el sentido de la aceleración de la tasa de inflación, que asume mayor gravedad en Japón y en el Reino Unido, donde se llega a los elevados índices de 223,7% y 252,2% en relación con 1967 igual a 100. Es importante destacar que mientras Japón mantuvo una significativa tasa media de crecimiento (a pesar de que fue inferior al período comprendido entre la posguerra y 1966), el Reino Unido presentó una de las más bajas tasas medias de crecimiento durante todo el período de la posguerra y un semi-estancamiento después de 1966. Ello torna aún más grave su alta tasa de inflación.

La presencia de una inflación tan alta en una etapa depresiva, contraría los patrones normales de crecimiento de los ciclos económicos. Sin embargo, es posible explicar este comportamiento. En efecto, él revela sobre todo la resistencia de la estructura monopólica, consolidada en la posguerra, de las formas sindicales de negociación salarial y la fuerte presencia de la intervención estatal, de carácter deficitario, que sometieron al sistema de precios y salarios a presiones alcistas poco flexibles cuya eliminación demostró ser muy trabajosa. Este hecho explica, al mismo tiempo, la dificultad de superar la etapa depresiva: cada nuevo período de crecimiento económico se convierte en una escalada inflacionaria más elevada, que obliga a adoptar medidas de contención de los precios que poseen inevitables efectos depresivos.

Tabla 2. Precios al consumidor (1967 = 100)

Años	EUA	Canadá	Japón	Reino Unido	Francia	RFA	Italia	Suecia
1960	88,7	85,9	67,7	78,9	78,8	82,8	74,1	75,4
1961	89,6	86,7	71,3	81,6	81,4	84,7	75,7	77,0
1962	90,6	87,7	76,1	85,1	85,3	87,3	79,2	80,7
1963	91,7	89,3	81,9	86,8	89,4	89,8	85,1	83,0
1964	92,9	90,9	85,8	89,6	92,5	92,0	90,1	85,8
1965	94,5	93,1	97,5	93,9	94,8	94,9	94,2	90,1
1966	97,2	96,6	96,2	97,6	97,4	98,3	96,4	95,9
1967	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1968	104,2	104,1	105,3	104,7	104,5	101,5	101,4	101,9
1969	109,8	108,8	110,8	110,4	111,3	103,4	104,1	104,7
1970	116,3	112,4	119,3	117,4	117,1	107,0	109,2	112,0
1971	121,3	115,6	126,8	128,5	123,5	112,6	114,4	120,3
1972	125,3	121,1	133,0	137,6	131,1	118,9	121,0	127,5
1973	133,1	130,3	148,5	150,3	140,7	127,1	134,0	136,2
1974	147,7	144,5	183,0	174,3	160,0	136,0	159,7	149,6
1975	161,2	160,1	204,5	216,5	178,9	144,1	186,8	164,3
1976 ¹	170,5	172,6	223,7	252,2	194,8	150,9	218,6	180,7

¹ Estimativa.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977 (idem).

Esta situación demuestra que el sistema capitalista mundial necesita pasar por un período depresivo suficientemente largo y profundo como para quebrar la rigidez de la estructura de precios y, por lo tanto, de la estructura monopólica y de ciertos aspectos de la intervención estatal, especialmente aquéllos que no están directamente vinculados a la elevación de la tasa de ganancia del sector monopólico y que

fueron el resultado de un período de concesiones económicas otorgadas —sin gran perjuicio para los capitalistas— a los asalariados en general y a otros sectores sociales, tales como la pequeña burguesía y los campesinos.

Esta tendencia inflacionaria se manifiesta también como un fenómeno internacional, como se puede constatar en las Tablas 3 y 4; los precios se elevan en todos los países de la OCDE de manera exorbitante. La tasa inflacionaria del comercio internacional es inclusive mucho más alta que la interior en los diferentes países. Por ejemplo, los precios de exportación en los Estados Unidos presentaron entre 1960 y 1967 un crecimiento de 10 puntos (ver Tabla 3). Mientras tanto, los precios internos crecieron 11 y 70 puntos en los períodos ya mencionados.

En la Tabla 4, que se refiere a los precios de las importaciones, se observa que el aumento es de 4 puntos en el primer período, mientras que en el segundo es de 158.

En la Tabla 4, que se refiere a los precios de las importaciones, se observa que el aumento es de 4 puntos en el primer período, mientras que en el segundo es de 158.

Los datos indican la misma tendencia para los principales países capitalistas.

c) El desempleo

Junto a la escalada inflacionaria aparece otro fenómeno importante en la etapa iniciada en 1966. Se observa en esta etapa una tasa de desempleo creciente, según se puede ver en la Tabla 5.

Tabla 3. Precios de exportación* (1967 = 100)

Años	EUA	Canadá	Japón	CEE	Reino Unido	Francia	RFA	Italia
1960	90	98	114	95	88	92	89	102
1961	92	94	108	95	89	91	93	98
1962	91	92	102	95	90	93	95	97
1963	91	92	98	97	92	94	96	98
1964	92	93	97	98	94	97	97	103
1965	95	94	97	99	96	98	99	100
1966	98	98	97	101	100	101	100	99
1967	100	100	100	100	100	100	100	100
1968	101	103	100	98	94	99	100	100
1969	105	105	104	101	97	101	104	104
1970	111	111	110	108	104	105	115	108
1971	114	115	113	114	111	111	123	115
1972	118	121	126	125	121	123	136	126
1973	137	137	155	152	134	153	168	147
1974	174	186	200	184	166	179	199	187
1975	195	198	200	212	191	212	225	211
1976**	205	211	200	205	187	199	225	192

* En dólares americanos.

** Estimativa.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977 (idem).

Tabla 4. Precios de importación* (1967 = 100)

Años	EUA	Canadá	Japón	CEE	Reino Unido	Francia	RFA	Italia
1960	96	96	98	96	96	97	94	95
1961	95	95	95	97	94	95	96	93
1962	92	94	95	95	93	94	95	92
1963	93	97	96	97	96	95	95	95
1964	95	98	97	98	99	97	95	98
1965	97	98	100	99	99	99	98	98
1966	99	100	101	100	100	100	101	99
1967	100	100	100	100	100	100	100	100
1968	101	102	99	98	96	97	98	100
1969	104	105	99	102	101	98	102	101
1970	112	110	104	105	105	102	110	105
1971	117	116	109	112	112	106	114	111
1972	126	121	115	120	120	117	121	122
1973	148	129	146	151	150	142	154	156
1974	223	163	243	209	223	193	199	242
1975	241	181	260	225	240	213	210	256
1976**	258	189	261	222	240	204	214	242

* En dólares americanos.

** Estimativa

Fuente: *International Economic Report of the President*. Tramitted to the Congress, January 1977 (idem).

Estados Unidos, que junto con Canadá es uno de los países capitalistas con mayor tasa de desempleo, presenta una tasa de 5,5% en la recuperación de 1960. 1961 fue uno de los años más difíciles para ese país, con una tasa de desempleo de 6,7%. Debido a la política de estímulo del crecimiento adoptada por Kennedy y Johnson y al auge de la guerra de Vietnam, este índice se redujo a 3,5% en 1969. Pero este dato es ilusorio,

porque el reclutamiento militar absorbió a gran parte de la población desocupada. Con la agudización de la crisis económica, la tasa de desempleo llegó a 8,5% en 1975 y en 1976 (año de recuperación económica) se mantuvo en 7,7%. En 1977 y 1978, la tasa bajó a 7% y 6% como consecuencia de que se alcanzó en este período un cierto crecimiento económico.

Tabla 5. Tasa de desempleo¹ (Porcentaje)

Años	EUA	Canadá	Japón	Reino Unido	Francia	RFA	Italia	Suecia
1960	5,5	7,0	1,7	2,2	2,0	1,1	4,3	N.D.
1961	6,7	7,1	1,5	2,0	1,7	0,6	3,7	1,5
1962	5,5	5,9	1,3	2,8	1,6	0,6	3,2	1,5
1963	5,7	5,5	1,3	3,4	1,4	0,5	2,7	1,7
1964	5,2	4,7	1,2	2,5	1,6	0,4	3,0	1,6
1965	4,5	3,9	1,2	2,2	1,6	0,3	4,0	1,2
1966	3,8	3,4	1,4	2,3	1,9	0,3	4,3	1,6
1967	3,8	3,8	1,3	3,4	2,1	1,3	3,8	2,1
1968	3,6	4,5	1,2	3,3	2,8	1,6	3,9	2,2
1969	3,5	4,4	1,1	3,0	2,6	0,9	3,7	1,9
1970	4,9	5,7	1,2	3,1	2,8	0,8	3,5	1,5
1971	5,9	6,2	1,3	3,9	3,0	0,8	3,5	2,6
1972	5,6	6,2	1,4	4,2	3,0	0,8	4,0	2,7
1973	4,9	5,6	1,3	3,2	2,9	0,8	3,8	2,5
1974	5,6	5,4	1,4	3,2	3,1	1,7	3,2	2,0
1975	8,5	5,9	1,9	4,7	4,3	3,8	3,7	1,6
1976	7,7	7,1	2,0	5,5	4,7	3,6	3,4	1,6
1977	7,0	8,1	2,0	6,2	5,1	3,6	3,4	-
1978	6,0	8,4	2,3	6,1	5,5	3,4	3,6	-

¹ Datos ajustados según los conceptos en uso en Estados Unidos.

² Excluida Irlanda del Norte (no disponible).

Fuente: *International Economic Report of the President*. Trammited to the Congress, January 1977 (idem) (a partir de 1976, se usaron datos del *Economic Report for the President*, Washington 1979).

Con excepción de los casos menos graves —Japón y Suecia, donde las tasas de desempleo también crecen— los demás países presentan índices de desempleo superiores al 3,5% inclusive durante los años de recuperación económica, como el período 1976-1978. El hecho de que la recuperación económica no hay conseguido hacer descender la tasa de desempleo en forma significativa es uno de los problemas más graves del período, pues indica las limitaciones de las políticas de recuperación. Estas políticas fueron accionadas antes de tiempo, es decir antes de períodos depresivos y de estabilización monetaria, que elevarán la tasa media de la ganancia (al hacer descender los salarios y aumentar el desempleo) y permitieran períodos de recuperación más impresionantes en sus resultados inmediatos. No obstante, es necesario señalar que los enormes avances en la tecnología de la automatización no permiten considerar que un nuevo período de acumulación de capital pueda hacer bajar decisivamente las tasas medias de desempleo y alcanzar los índices de después de la Segunda guerra, a menos que los trabajadores consiguieran reducir fuertemente la jornada de trabajo.

d) Política económica y crecimiento económico

Si la recuperación económica no consigue hacer bajar ni la tasa de desempleo ni la inflación, será evidente que persiste un problema estructural. El crecimiento económico estará cuestionado y será necesario disminuir la tasa de crecimiento para que decline la tasa de inflación. Pero, por otro lado, si el índice de crecimiento disminuye, aumenta el índice de desempleo, lo que puede producir mecanismos depresivos muy graves. Este es el principal dilema que la política económica burguesa enfrenta en nuestros días.

Desde 1967, cuando se presentaron las primeras señales de crisis, se trató de evitar períodos de fuerte depresión. Los gobiernos capitalistas intentaron limitar las depresiones adoptando medidas de estímulo a la producción, con el propósito de permitir una rápida recuperación de la economía. Pero bien pronto se vieron obligados a evitar una recuperación muy fuerte, para detener sus consecuencias inflacionarias.

Entre 1967 y 1973 sólo fue posible obtener pequeñas bajas en la producción, para alcanzar luego nuevamente el crecimiento; pero en 1974-1975 fue mucho más difícil controlar la situación, porque la recuperación en los años 1972-1973 había sido más fuerte de lo aconsejable para esa coyuntura.

Así entre 1974 y 1975 se produce una crisis muy grave, con un elevado descenso de la tasa de crecimiento y hasta con una significativa reducción de la producción en la mayoría de los países.

En la Tabla 6 se pueden observar los datos para este período, referidos exclusivamente a los Estados Unidos.

De esta tabla se desprende que la tasa de crecimiento del PNB fue en 1965-66 de 6,5%. A partir de ese año empieza un descenso de la tasa de crecimiento que no llega a ser grave (2,6% en 1966-67).

Entre 1967 y 1968 se produce una recuperación muy artificial debido a la guerra de Vietnam. Pero como consecuencia de la crisis fiscal creada por los gastos militares se produce un nuevo descenso entre 1968 y 1969 a una tasa de crecimiento de apenas el 2,7%. En 1969 encontramos el año dividido en trimestres, observándose una tasa de crecimiento negativa en los dos últimos trimestres. En 1970 continua la depresión. Es a fines de este año cuando aparece un inicio de recuperación, hasta llegar al auge económico de los años 1972 y 1973. A partir del cuarto trimestre de 1973 y hasta el primero de 1975 se produce un nuevo receso, para dar más tarde comienzo a una etapa de recuperación. Pero los datos demuestran que la recesión ya se anunciaba con la baja del crecimiento en los primeros trimestres de 1973 (antes del aumento del precio del petróleo, al cual se atribuyó injustamente la grave recesión de 1974-1975). El ejemplo de los Estados Unidos demuestra claramente que, a pesar de existir períodos de recuperación económica, a partir de 1966 predomina la depresión. Más aún, puede observarse la tendencia de los períodos depresivos a tornarse cada vez más frecuentes y más fuertes en relación con los anteriores.

Tabla 6. Estados Unidos: Tasa de crecimiento del PNB
A precios constantes*

Período	%	Período	%
1965-66	6,5	1973 ₃ 73 ₄	2,4
1966-67	2,6	1973 ₃ 74 ₁	-7,0
1967-68	4,6	1974 ₁ 74 ₂	-1,6
1968-69	2,7	1974 ₂ 74 ₃	-2,9
1969 ₁ 69 ₂	1,9 ²	1974 ₄	-6,8
1969 ₂ 69 ₃	1,9	1975 ₁	-9,9
1969 ₃ 69 ₄	-2,2	1975 ₂	5,6
1969 ₄ 70 ₁	-2,1	1975 ₃	11,4
1970 ₁ 70 ₂	0,5	1975 ₄	3,3
1970 ₂ 70 ₃	2,9	1976 ₁	9,3
1970 ₃ 70 ₄	-4,3	1976 ₂	4,0
1970 ₄ 71 ₁	10,2	1976 ₃	2,7
1971 ₁ 71 ₂	2,9	1976 ₄	2,3
1971 ₂ 71 ₃	2,8	1977 ₁	-7,3
1971 ₃ 71 ₄	6,5	1977 ₂	-5,9
1971 ₄ 72 ₁	6,4	1977 ₃	-5,7
1972-72 ₂	8,4	1977 ₄	-3,2
1972 ₂ 72 ₃	6,0	1978 ₁	-0,1
1972 ₃ 72 ₄	8,3	1978 ₂	8,7
1972 ₄ 73 ₁	9,5	1978 ₃	2,6
1973 ₁ 73 ₂	2,2	1978 ₄	6,1
1973 ₂ 73 ₃	1,6		

Tabla 7. Países industriales seleccionados. Variaciones porcentuales

Años	Estados Unidos	Japón	Alemania	Francia	Reino Unido	Italia	Canadá	España	Países Bajos	Suecia	Suiza
1971	3,4	4,7	3,2	5,4	2,6	1,6	6,8	5,0	4,1	0,9	4,1
1972	5,7	9,0	4,2	5,9	2,0	3,2	6,1	8,1	3,5	2,3	3,2
1973	5,8	8,8	4,5	5,4	7,6	7,0	7,5	7,9	5,9	4,0	3,1
1974	-0,6	-1,2	0,5	3,2	-1,0	4,1	3,6	5,7	3,5	3,2	1,4
1975	-1,2	2,4	-1,6	0,2	-0,9	-3,6	1,2	1,1	-2,0	2,6	-7,3
1976	5,4	5,3	5,5	5,2	3,7	5,9	5,8	3,0	5,6	1,1	-1,4
1977	5,5	5,3	2,8	3,0	1,2	1,9	2,0	3,3	7,8	-1,6	2,4
1978	5,0	5,1	3,5	3,8	3,5	2,7	3,6	1,8	2,1	1,8	0,4
1979	2,8	5,2	4,0	3,3	2,1	4,9	3,2	0,2	2,5	3,8	2,5
1980	-0,3	4,8	1,9	1,0	-2,3	3,9	1,1	1,5	0,8	1,7	4,6
1981	2,5	4,0	-0,3	0,2	-1,0	0,2	3,3	0,2	-0,8	-0,6	1,5
1982	-2,1	3,3	-1,1	2,0	2,2	-0,4	-4,4	1,2	-1,6	0,5	-1,2
1983	3,7	3,0	1,2	0,7	3,4	-1,2	3,3	2,3	1,2	2,1	-0,

Tabla 8. Países de bienes y servicios (PNB) - Variación porcentual
Países en desarrollo seleccionados

Años	Brasil	Argentina	Corea	Israel	India	Hungría	Chile	Arabia Saudita	Venezuela	Ecuador	México
1971	12,0	3,4	9,2	11,1	2,3	6,2	9,0	14,4	3,0	6,3	4,2
1972	11,1	2,2	5,9	12,1	-0,7	6,1	-1,2	15,4	2,7	14,4	8,5
1973	13,6	3,2	14,4	5,0	3,6	6,9	-5,6	19,7	6,3	25,3	8,4
1974	9,7	5,2	7,9	4,3	0,2	5,8	1,0	15,1	6,1	6,4	6,1
1975	5,4	0,0	7,5	3,5	9,8	6,2	-12,9	0,3	6,1	5,6	5,6
1976	9,7	0,0	12,7	1,4	1,2	3,6	3,5	8,6	8,8	9,2	4,2

1977	5,7	5,9	10,8	1,0	8,3	7,6	9,9	15,1	6,7	6,5	3,4
1978	5,0	-3,7	10,1	4,4	6,6	4,5	8,2	5,9	2,1	6,6	8,2
1979	6,4	6,8	7,3	3,7	-5,2	2,7	8,3	6,7	1,3	5,3	9,2
1980	7,2	0,9	-3,0	2,7	6,8	0,2	7,8	10,1	-2,0	4,9	8,3
1981	-1,6	-6,3	6,9	2,8	5,9	2,9	5,7	7,9	-0,3	3,9	7,9
1982	0,9	-4,8	5,5	1,1	2,6	2,8	-14,3	1,7	0,7	1,8	-0,5
1983	-3,2	2,0	9,5	1,8	-	0,9	-	-10,8	-4,8	-3,3	-4,7

Tabla 9. Desempleo. Tasa de desempleo (%)

Años	Estados Unidos	Alemania	Japón	Reino Unido	Francia	Canadá	Italia	España	Holanda	Suecia	Suiza
1972	5,6	1,1	1,4	3,7	2,7	6,3	3,7	3,1	2,2	2,7	-
1973	4,9	1,3	1,1	2,7	2,6	5,6	3,5	2,5	2,3	2,5	-
1974	5,6	2,6	1,4	2,6	2,8	5,3	2,9	2,6	2,8	2,0	-
1975	8,5	4,7	1,9	3,9	4,1	6,9	3,3	4,0	4,0	1,6	0,3
1976	7,7	4,6	2,0	5,3	4,4	7,1	3,7	5,0	4,3	1,6	0,7
1977	7,0	4,5	2,0	5,8	4,7	8,1	7,2	5,7	4,2	1,8	0,4
1978	6,0	4,3	2,2	5,5	5,2	8,4	7,2	7,5	5,0	2,2	0,4
1979	5,8	3,8	2,1	5,1	5,9	7,5	7,7	9,2	5,1	2,1	0,3
1980	7,1	3,8	2,0	6,4	6,3	7,5	7,6	11,5	5,9	2,0	0,2
1981	7,6	5,5	2,2	9,9	7,3	7,6	8,4	14,4	9,1	2,5	0,2
1982	9,7	7,5	2,4	11,5	8,0	11,0	9,1	16,3	12,6	3,2	0,5
1983	9,6	9,1	2,7	12,3	8,0	11,9	9,9	17,5	17,1	3,5	0,8
1984											
Ene.	8,0	10,2	2,9	12,4	8,3	12,4	11,0	20,0	18,5	3,7	1,2
Set.	7,4	8,6	-	12,9	-	-	-	-	17,5	-	1,0

III. La segunda fase del ciclo depresivo: se profundiza la depresión

Después de la recuperación de 1976-1978, que cerró la primera fase del período depresivo iniciado en 1967 y que analizamos en el capítulo anterior, se inicia una nueva coyuntura de la caída económica considerada la más grave del período de posguerra. De hecho, la recuperación de 1976 a 1978 se apoyó básicamente en una política económica de déficit fiscales que no podrían durar mucho tiempo.

Fue así que ya en 1979 comienzan a percibirse signos de una nueva depresión, que alcanzó su auge entre 1980 y 1983.

Tomemos una vez más como ejemplo a los Estados Unidos. Después de volver a un índice de crecimiento anual de la producción de bienes y servicios del 5,4% y 5,5% entre 1976 y 1978, este crecimiento desciende en 1979 en 2,8% y presenta los índices de -0,3%; 2,5%; 2,1% y 3,7% entre 1980/1983. En los países que componen la OCDE, con excepción de Japón, que se mantuvo en índices superiores al 3% (Inglaterra en 1983), todos los demás países estuvieron entre tasas negativas y un máximo de 2,2%. Véase la Tabla 7. Sin embargo, lo característico este período, que confirma las tesis presentadas en el capítulo 1, es la extensión del fenómeno recesivo a los países en desarrollo, particularmente los de reciente afirmación como potencias industriales medias. Es así que Brasil llega a tener una tasa negativa en 1981 (-1,6%) y en 1983 (-3,2%) y un casi estancamiento en 1982 (0,9%). Argentina llega a presentar una caída drástica (0,9%; -6,3%; -4,8%; y 2% entre 1980 y 1983) Chile llega a caer 14,3% en 1982. Arabia Saudita, a pesar del petróleo, cae 10,8% en 1983. En este mismo año Venezuela, Ecuador y México, los tres países latinoamericanos petroleros, ven caer su producto en 4,8%; 3,3%; y 4,7% respectivamente. Se puede hablar entonces de una recesión generalizada, a pesar del caso especial de Corea del Sur, que vio caer su producción en sólo -3% en 1980.

Dentro de este contexto depresivo tan grave, el fenómeno del desempleo llegó a asumir proporciones drásticas, similares a la de la década de 1930. En 1982, había cerca de 28 millones de desocupados de la OCDE. En Estados Unidos la tasa de desempleo, que había caído al 5,8% en 1979, sube a 7,1%; 7,6%; 9,7% y 9,6% entre 1980 y 1983. Alemania

llega al 9,1% en 1983; el Reino Unido al 12,3%; Francia al 8%; Canadá al 11,9%; Italia 9,9%; España 17,8%; Holanda 17,1% y hasta Suecia alcanza al 3,5%, todo en el mismo año de 1983, véase la Tabla 9.

A pesar de estas características depresivas tan fuertes, continuaron manifestándose las presiones inflacionarias, que se reflejan en los precios al consumidor, por lo menos hasta 1982, cuando finalmente la inflación tiende a caer en los países industrializados. No obstante, persiste la tendencia a la elevación de precios en los países industriales medios. Según se puede ver en las Tablas 10 y 11, la caída de la tasa inflacionaria comienza a afirmarse este sería uno de los elementos que permitiría retomar el crecimiento en los países industriales a partir de fines de 1983.

La caída de los precios afectó particularmente a los productos primarios que exportan los países del Tercer Mundo, acentuando sus problemas de balance comercial y comprometiendo aún más sus balanzas de pago.

Según veremos más detalladamente —en el capítulo sobre la economía internacional—, el comercio mundial, el movimiento de capitales y el intercambio de servicios se vieron fuertemente afectados por la crisis y sufrieron transformaciones estructurales que, llevadas, hasta sus últimas consecuencias, acentuaron y acentuarán aún más las contradicciones entre empresas, grupos económicos, naciones y bloques de naciones. Sin embargo, es sólo a través de estos cambios que será posible restablecer una coyuntura favorable en la economía capitalista internacional.

Desde 1983, se viene intentando aplicar una política económica capaz de restablecer las condiciones de un crecimiento interno y externo y se ha obtenido cierto éxito en términos de tasas de crecimiento. Pero según ya hemos señalado, esta política no fue el resultado de un acuerdo entre los gobiernos de los principales países industriales sino una imposición del gobierno norteamericano sobre los demás, acentuando las contradicciones entre esas economías.

La recuperación iniciada en el último trimestre de 1983 se basó en las siguientes medidas:

- a) Un aumento del valor del dólar en el mercado internacional, a través de una política de intereses extremadamente elevados que atrae capital e inversiones hacia los Estados Unidos y aumenta internacionalmente la demanda de dólares.
- b) En consecuencia, una caída de la capacidad competitiva de los productos norteamericanos y un déficit gigantesco de la balanza comercial norteamericana, que en 1984 llegó a los 119.300 millones de dólares.
- c) Una política de aumento del déficit presupuestario norteamericano para asegurar una alta tasa de crecimiento de la demanda y las condiciones de inversión que absorbían las importaciones masivas de capital. El sector privilegiado para generar este crecimiento ha sido el militar, vinculado a la tecnología de punta. El objetivo es acentuar la revolución científico-técnica en los Estados Unidos y su liderazgo en las fases de desarrollo tecnológico, articulado por la tecnología espacial de la llamada "Guerra de las Galaxias". El déficit fiscal norteamericano aumentó en 1984 hasta los 200.000 millones de dólares.
- d) Un aumento del endeudamiento privado de la economía norteamericana a niveles que sobrepasa cualquier patrón de equilibrio financiero.
- e) Un aumento del endeudamiento internacional de los Estados Unidos. A fines de 1983 los bienes financieros norteamericanos en el exterior eran de 900.000 millones de dólares, y su pasivo externo era de 800.000 millones. Para financiar el déficit de la cuenta corriente, que ascendía a 94.500 millones de dólares, fue necesario apoderarse de toda la riqueza líquida norteamericana en el exterior. Los déficits que se sucedieron después de ello no tuvieron ya cobertura, transformando a los Estados Unidos en deudor líquido internacional.

En este contexto, el PNB aumentó en 6,7% en 1984 y debe aumentar un 3% en 1985. Las tasas de desempleo cayeron de 9,6% en 1983 a 7,5% en 1984. Se produjo una euforia económica y financiera sumamente peligrosa e insana. Pocas veces la humanidad asistió a una forma tan agresiva y aventurera de recuperación económica.

Esta recuperación entra en violento choque con las economías europeas y japonesas, que se habían reorientado fuertemente en función de la exportación hacia los Estados Unidos, pero los excedentes comerciales

sirven de base para la fuga de capitales hacia aquel país, provocando un brutal desequilibrio en la economía internacional con la colonización de Europa y de Japón en términos jamás imaginados. La reacción anti-norteamericana no se hizo esperar y es dable prever un creciente antagonismo entre los antiguos aliados.

Esta recuperación acentúa también el desequilibrio interno de la economía, al condicionar drásticamente la demanda nacional en función del déficit público, elevando el capitalismo monopolista de Estado a un nivel sumamente alto. La intervención en el mercado financiero mediante la determinación de la tasa de interés, completa ese cuadro intervencionista de modo de eliminar todo límite al papel regulador del Estado sobre las relaciones mercantiles, fundamento mismo del sistema capitalista.

El desmesurado aumento de los gastos militares —que sirven de punta de lanza de la recuperación económica— no sólo provoca una verdadera revolución de la estructura industrial, sino que pone también en tela de juicio a la estructura del poder económico en los Estados Unidos. Como se verá más adelante, el antagonismo entre los grupos capitalistas emergentes en los sectores de alta tecnología de punta —apoyados financieramente por el gigantesco presupuesto del Pentágono- y las antigua oligarquías financieras e industriales norteamericanas —apoyadas en las estructuras financieras privadas y en el manejo de una parte cada vez menor del presupuesto estatal— se convierte en el fenómeno cada vez más determinante de la lucha de poder dentro de los Estados Unidos, con proyección sobre todo el planeta.

Así, la política provoca una desindustrialización de los Estados Unidos dirigiendo las antiguas estructuras industriales a ubicarse en el exterior (donde existen mejores subsidios estatales y mano de obra más barata) a través de las corporaciones multinacionales. Al mismo tiempo, esta nueva estructura industrial compromete a sectores cada vez mayores de la población norteamericana en las actividades relacionadas con el patrón tecnológico generado por la Revolución Científico-Técnica. Es indudable que se trata de una estrategia de supervivencia que busca adoptar los sistemas institucionales del capitalismo monopolista de Estado al caudaloso avance de las fuerzas productivas, cada vez más sometidas al desarrollo de la ciencia y de la tecnología.

Los efectos son devastadores para grandes sectores de las clases trabajadoras, pero también de las clases dominantes, que no se habían preparado o no pudieron adaptarse a esa readecuación industrial y del sistema productivo en su conjunto.

Los desequilibrios financieros, presupuestarios y cambiarios que se manifiestan en la actual estrategia norteamericana y sus consecuencias destructivas, son las expresiones externas de un fenómeno que se oculta en el meollo de la crisis capitalista internacional. La crisis es una consecuencia de la superación de un patrón tecnológico dado, que necesita ser destruido para dar origen a una nueva fase de acumulación internacional de capitales, basada en un nuevo patrón tecnológico que se manifestará en una nueva división internacional del trabajo. Estos temas serán abordados con mayor profundidad en la Tercera parte de este trabajo.

Sin embargo, no se puede olvidar que este período actual es de transición. Las cartas están jugadas y sin destrucción del aparato productivo e institucional anterior no podrá producirse el nuevo período creativo. En la etapa política actual existen fuerzas alternativas o paralelas al capital, que se expresan a través de partidos políticos obreros; en un pensamiento anticapitalista ya bastante sistematizado; en estados nacionales sumamente poderosos que orientan su vida económica por el principio de la planificación y la propiedad colectiva; en un vasto movimiento de los países dependientes periféricos en pro de un nuevo orden económico internacional; en poderosos movimientos de liberación nacional, anti-imperialistas y socialistas en el llamado Tercer Mundo. En una circunstancia internacional tan compleja, el aumento de las contradicciones internas y externas tendrá que dar origen a nuevas rupturas del sistema capitalista internacional.

Estas rupturas, como ya lo hemos señalado, deberán producirse en los países más desarrollados, que poseen estructuras industriales anteriores más poderosas y que serán destruidas, como es el caso de Inglaterra y de Suecia. O bien en los puntos más atrasados de los países desarrollados, como Italia, España, Portugal y Grecia.

Pero, por otra parte, entre los países capitalistas dependientes se producirá en aquéllos que han alcanzado estructuras industriales más avanzadas, donde este choque entre las conquistas industriales tradicionales

realizadas y la reordenación neocolonial de alto patrón tecnológico llevará a violentos conflictos sociales y políticos. Este es el caso de la India, Brasil, Irán, México y Argentina, entre otros.

Tabla 10. Precios al consumidor. Países industriales seleccionados -
Variación porcentual

Años	Estados Unidos	Japón	Alemania	Francia	Reino Unido	Italia	Canadá	España	Países Bajos	Suecia	Suiza
1970	5,8	7,6	3,6	5,9	6,1	5,0	8,0	5,6	3,8	7,0	3,7
1971	4,3	6,2	5,1	5,5	9,4	4,7	3,0	8,1	7,3	7,5	6,5
1972	3,5	4,5	5,6	6,2	7,3	5,9	4,6	8,6	8,0	5,8	6,7
1973	6,1	11,7	6,9	7,4	9,2	10,9	7,7	11,8	7,9	6,8	8,7
1974	11,0	24,4	6,9	13,6	15,8	19,0	10,8	15,5	9,6	9,9	9,7
1975	9,2	11,8	5,9	1,8	24,3	17,0	10,8	16,9	10,5	9,8	6,8
1976	5,8	9,3	4,4	9,7	16,6	16,8	7,6	15,1	9,0	10,2	1,7
1977	6,5	8,0	3,6	9,3	15,8	17,0	7,9	24,5	6,5	11,5	1,2
1978	7,6	3,8	2,7	9,1	8,3	12,2	9,0	19,7	4,2	9,9	1,1
1979	11,2	3,6	4,2	10,7	13,5	14,7	9,0	15,6	4,2	7,2	3,6
1980	13,5	8,0	5,4	13,7	17,9	21,2	10,3	15,6	6,5	11,8	4,1
1981	10,4	4,9	6,3	13,4	11,9	17,8	12,4	14,6	6,7	12,1	6,5
1982	6,1	2,7	5,3	11,8	8,6	16,5	10,9	14,4	5,9	8,6	5,6
1983	3,2	1,8	3,3	9,6	4,6	14,7	5,8	12,3	2,8	9,0	3,0
1984											
Mayo	4,2	1,4	2,8	7,8	5,1	11,3	4,8	11,0	3,7	8,9	2,9
Junio	4,2	1,9	2,8	7,7	5,1	11,3	4,1	11,4	3,6	8,0	2,8
Julio	4,1	2,6	2,3	7,5	4,5	10,7	4,2	12,6	3,1	7,5	2,8
Agosto	4,2	-	1,7	-	-	-	3,8	12,0	2,8	7,8	2,8
Set.	4,2	-	1,6	-	-	-	-	-	2,8	-	2,7

Tabla 11. Precios al consumidor. Países en desarrollo seleccionados

Años	Brasil	Argentina	Corca	Israel	India	Hungría	Chile	Arabia Saudita	Venezuela	Ecuador	México
1970	22,2	13,7	16,2	6,2	5,1	-	-	0,0	2,5	5,2	4,9
1971	20,3	34,9	13,5	12,0	3,1	-	19,4	4,4	3,1	8,2	5,6
1972	16,4	58,9	11,5	12,7	5,3	-	79,1	4,6	2,8	7,9	4,8
1973	12,8	61,2	3,2	20,0	17,8	3,4	315,9	16,5	4,2	13,2	12,1
1974	27,6	23,3	24,5	39,7	27,7	1,7	505,5	21,4	8,3	23,3	23,5
1975	29,1	182,5	25,2	39,3	5,7	3,8	374,4	34,4	10,1	15,3	15,4
1976	42,0	443,2	15,3	31,5	-7,8	5,0	211,8	31,7	7,6	10,8	15,7
1977	43,7	175,6	10,2	34,6	8,4	4,0	92,0	11,3	7,9	13,1	29,0
1978	38,7	175,3	14,5	50,6	2,6	4,5	40,1	-0,6	7,0	11,5	17,5
1979	52,7	159,6	18,3	78,3	6,3	9,0	33,4	1,8	12,4	10,4	18,1
1980	82,8	100,8	28,7	131,0	11,5	9,1	35,1	3,7	21,5	13,0	26,4
1981	105,6	104,5	21,3	116,8	13,0	4,6	19,7	2,7	16,0	13,0	27,9
1982	98,0	164,8	7,3	120,4	7,9	6,9	9,9	1,1	9,7	16,2	59,0
1983	142,0	343,8	7,4	145,6	11,8	7,3	27,2	1,0	6,3	48,5	101,9
1984											
Mayo	198,7	568,2	2,2	292,7	7,9	9,3	19,5	-2,1	10,8	36,9	67,4
Junio	195,2	580,4	1,7	329,7	7,7	9,1	19,2	-0,1	11,1	30,4	67,1
Julio	190,2	615,5	1,7	354,4	8,2	10,3	18,0	-	11,4	25,2	64,5
Ago.	194,6	-	2,2	393,9	-	-	15,2	-	-	22,6	62,9
Set.	195,7	-	3,2	450,0	-	-	15,8	-	-	-	62,7

IV. La estructura industrial y la crisis

Para comprender las razones de ese comportamiento depresivo generalizado y sus oscilaciones es necesario analizar los elementos estructurales del funcionamiento micro-económico del capitalismo. La tasa de

ganancia, los salarios, la productividad, los precios, son factores clave en el funcionamiento de la inversión capitalista y es necesario profundizar su conocimiento para entender cómo funcionaron en el período 1967-1975 las variables que explican el comportamiento global de la economía.

Al observar el Gráfico 1, vemos cómo las ganancias de las corporaciones cayeron en los Estados Unidos desde 1966.

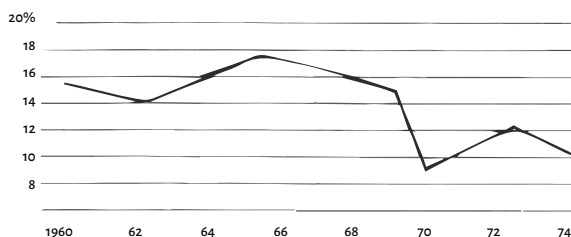
Como resultado del aumento de las contradicciones de clase en este período, la clase obrera consigue una elevación de sus salarios hasta 1972 (inclusive), especialmente en Estados Unidos. A partir de 1972 la caída de los salarios y el índice de desempleo vienen acompañados de una pérdida de la capacidad de lucha de la clase obrera (véase Gráfico 2).

Salarios reales: media semanal bruto de las ventas, ajustadas según las variaciones en los impuestos.

Las medidas son anuales para 1960-1973 y mensuales para 1973-1974.

La tasa de ganancia es el sismógrafo de la crisis capitalista y es importante observar cómo ella presenta cada vez más problemas para conseguir su recuperación, entre otras cosas porque la crisis condujo a una disminución de la tasa media de productividad. Así, aunque los salarios bajen, aumentando por lo tanto la tasa de plusvalía, la tasa de productividad también baja (porque existe un descenso muy agudo de la producción) y la tasa de ganancia no consigue recuperarse lo suficiente en función de la subutilización de la capacidad instalada y, por lo tanto, del capital constante que representa un peso relativo muy alto en los costos de producción.

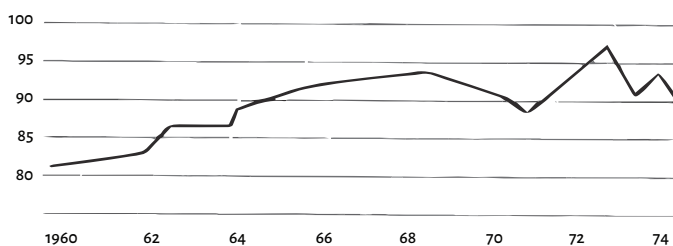
Gráfico 1. Ganancia % de la renta de las corporaciones (x)



* William D. Nordhays, "The falling Share of Profits", Brookings Pappers on Economic Activity, I: 1974.

Fuente: *Radical Perspectives on the Economic Crisis of Monopoly Capitalism*. Published by the Union for Radical Political Economics. Prepared by the URPE / PEA Teach-in / Teach-Out Pamphlet Collective.

Gráfico 2. Salarios reales (en dólares de 1967)



Para tener una visión global del problema es necesario tener en cuenta que los empresarios no pueden despedir de las empresas el número de obreros equivalente a la disminución de la producción. Entre los diversos elementos que determinan esta situación están las conquistas sindicales, que restringen la capacidad de los empresarios, como también la actitud de estos al no aceptar la depresión como una situación duradera. Su comportamiento no es aún típico de una depresión grave, dado que consideran poco conveniente despedir a los trabajadores que les serán necesarios en un período de recuperación al que consideran no muy lejano. Esta situación sólo empezará a cambiar a partir de 1979-1983, cuando los ajustes tecnológicos y la decisión de suprimir sectores íntegros de la economía se convierten en política estatales, como se verá posteriormente.

La productividad, tal como lo indica la Tabla 12, tiende a caer en los años de crisis. En 1976 comenzó un ascenso significativo de la productividad, pero en 1978 y 1979 empezó a bajar. En los primeros cuatro meses de 1979 la tasa de productividad cayó en un índice anual de 4,5% en los Estados Unidos; la baja productividad aumenta la presión inflacionaria al elevar los costos y disminuye la competitividad de los Estados Unidos en la economía internacional, lo que restringe su posibilidad de expansión en dirección al mercado externo.

Sin embargo, la baja productividad es parcialmente compensada por el crecimiento inferior de los salarios en Estados Unidos en relación con Alemania y Japón.

En la Tabla 13 se puede apreciar el costo del salario por hora, o sea el costo de los salarios, que muestra también un aumento bastante significativo.

Los datos comparativos entre los Estados Unidos y los demás países de la OCDE, revelan una situación desfavorable para Alemania, que evidencia un gran incremento en el costo del trabajo o la compensación por hora trabajada.

Este factor afecta la competitividad intercapitalista ya que si los costos salariales crecen las ventas al exterior se tornan más difíciles. Alemania sólo puede compensar estos altos salarios con una productividad muy elevada que, por otro lado, restringe la utilización de mano de obra. Como consecuencia su tasa de desempleo tiende a aumentar, inclusive durante la recuperación de 1975-1978.

Podemos llegar a la conclusión de que, durante el período estudiado, hubo una recesión acompañada de un descenso de la productividad y de un aumento de los costos en general. El aumento de la capacidad ociosa provoca también un aumento en los costos de producción y el conjunto de esta situación impide que la etapa de ganancia se eleve de manera significativa, al mismo tiempo que se mantiene un alza inflacionaria.

Los datos muestran que la participación del costo de la mano de obra en el valor agregado aumenta y provoca una tensión creciente entre capital y trabajo, según se desprende de los datos presentados por el FMI.

Es necesario señalar que ese aumento de los salarios en el valor agregado de la industria no es una consecuencia de los aumentos salariales. Por el contrario, con el aumento del desempleo los salarios pierden poder de compra. Esto es un resultado de la menor productividad, es decir, de la caída del valor agregado por trabajador. Y esta caída no es el resultado de una tecnología peor, sino del aumento de la capacidad ociosa de las empresas, como consecuencia de la depresión económica (véase Tabla 12).

Tabla 12. Productividad¹ (1967 = 100)

Años	EUA	Canadá	Japón	Reino Unido	Francia	RFA	Italia
1960	78,8	75,5	52,6	76,8	68,7	66,4	65,1
1961	80,7	79,6	59,3	77,4	71,9	70,0	67,4
1962	84,5	83,9	61,9	79,3	75,2	74,4	74,1
1963	90,4	87,1	67,1	83,6	79,7	78,4	76,5
1964	95,2	90,9	75,9	89,7	83,7	84,5	81,5
1965	98,2	94,4	79,1	92,4	88,5	90,4	91,6
1966	99,7	97,2	87,1	95,7	94,7	94,0	96,0
1967	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1968	103,6	107,3	112,6	107,1	111,4	107,6	108,4
1969	104,9	113,3	130,0	108,4	115,4	113,8	112,2
1970	104,5	115,2	146,5	109,1	121,2	116,6	117,8
1971	110,3	122,9	151,7	114,3	127,5	122,5	123,5
1972	116,0	127,4	163,9	121,2	135,9	130,3	132,9
1973	119,4	132,2	184,3	128,1	142,2	138,6	147,8
1974	114,7	132,3	187,5	127,9	146,1	145,6	155,6
1975	114,9	134,4	181,7	123,9	139,8	150,4	151,0
1976 ²	123,6	139,1	204,6	125,4	153,6	162,4	154,0

¹ Rendimiento horario.

² Estimativa CIEP.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977. Superintendent of Documents, U.S. Government Printing Office, Washington D.C., 1977.

Tabla 13. Compensación horaria¹ (1967 = 100)

Años	EUA	Canadá	Japón	Reino Unido	Francia	RFA	Italia
1960	77,0	80,3	43,4	65,9	56,1	51,9	49,8
1961	79,3	78,9	50,3	70,8	61,8	60,2	52,8
1962	82,5	77,0	57,5	74,6	68,1	68,3	61,8
1963	85,1	79,0	64,1	77,9	75,2	73,2	73,5
1964	88,9	82,0	72,0	83,2	80,9	79,1	82,3
1965	90,9	86,2	81,1	91,2	87,0	86,5	88,9
1966	95,2	93,0	89,2	98,7	92,5	94,2	91,3
1967	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1968	107,0	107,4	116,9	93,3	112,5	105,8	107,3
1969	114,0	115,5	139,3	100,6	114,0	117,4	117,0
1970	121,7	128,5	166,0	115,6	119,9	145,4	140,4
1971	129,8	142,2	198,2	134,8	134,5	173,8	167,5
1972	137,0	155,3	262,3	152,8	164,3	211,7	202,3
1973	147,0	167,4	358,2	171,9	210,7	288,7	255,0
1974	161,7	192,4	437,6	202,1	236,7	342,6	285,4
1975	179,8	215,3	494,2	247,4	313,2	402,3	367,2
1976 ²	193,5	253,0	531,8	239,7	318,8	416,4	337,1

¹ En dólares americanos.

² Estimativa CIEP.

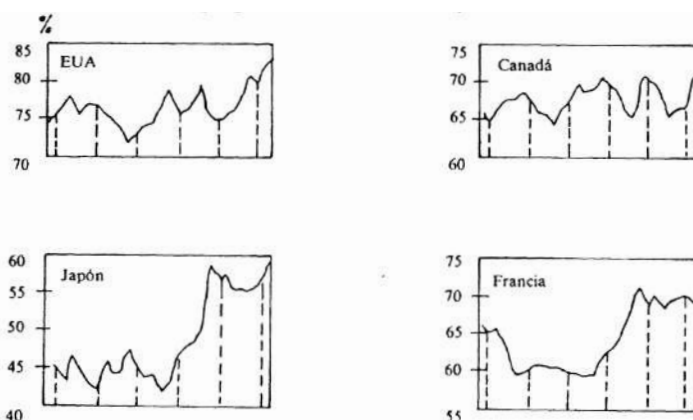
Fuente: International Economic Report of the President. Transmitted to the Congress, January 1977. Superintendent of Documents, U.S. Government Printing Office, Washington D.C., 1977.

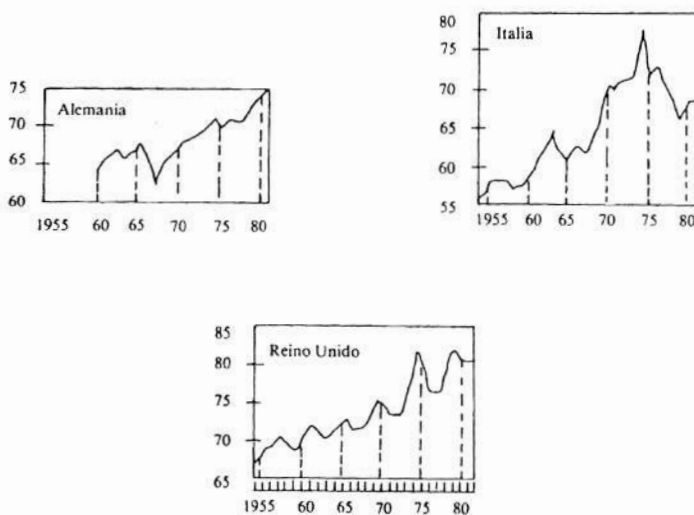
Esto permite entender también cómo este deterioro de la tasa de ganancia, de los costos industriales, de la productividad y de la relación salario/valor agregado debilita la capacidad financiera de las empresas y las somete progresivamente a la necesidad de financiamiento externo. Esa presión sobre el financiamiento externo aumenta la tasa media de intereses, presionada también por la creciente inflación.

Mientras que las fuentes internas de los fondos de las corporaciones de los sectores no agrícolas de los Estados Unidos representaban a veces hasta el doble de las fuentes externas durante el auge de la década de 1950, en el período posterior a 1973 empiezan a igualarse e incluso a presentarse negativamente, según se puede apreciar en la Tabla 12. En este período aumentan las quiebras y las compras de empresas por los grupos económicos de mayor disponibilidad financiera.

Aumenta también el peso del sistema bancario y el dominio del capital financiero sobre la economía. Compitiendo con el capital financiero se encuentra sólo el poder económico del Estado, particularmente el sector militar, que a través de la adquisición del producto y del financiamiento y del subsidio directo tiene acceso a gigantescas fuentes de financiación. Así también las ganancias obtenidas en el exterior representan una fuente creciente de financiamiento externo para las empresas norteamericanas. Es preciso recordar también el papel desempeñado por las inversiones externas en el sector financiero como fuente importante de financiación, acrecentada en los últimos años por la política de valorización del dólar y de altas tasas de interés pagadas en los Estados Unidos.

Gráfico 3. Proporción de la mano de obra en el valor agregado en la industria, 1955-82





Fuente: Datos del FMI. Proporciones de la mano de obra en el valor agregado al costo de factor sin incluir valorización de stock.

Tabla 14. Fuentes de los fondos de las corporaciones, no agrícolas y no financieras. Miles de millones de dólares; datos trimestrales periódicamente reajustables en las tasas anuales.

Año o Trimestre	Total	Internas ¹	FUENTES				Otros ²
			Total	EXTERNO			
				Fondos del Mercado de Crédito			
				Total	Seguros e hipotecas	Empréstitos y ganancias a corto plazo	
1946...	18,7	8,1	10,6	6,9	3,6	3,3	3,7
1947...	27,0	12,9	14,1	8,4	5,4	3,0	5,8
1948...	28,9	19,1	9,7	6,5	6,7	- 0,2	3,3
1949...	19,9	19,5	0,4	3,1	4,9	- 1,8	- 2,7
1950...	42,1	18,0	24,0	8,1	4,2	3,9	15,9

1951...	36,4	20,2	16,2	10,5	6,4	4,1	5,7
1952...	29,9	21,9	8,0	9,5	8,0	1,4	- 1,5
1953...	27,8	21,7	6,1	5,7	6,0	- 0,4	0,5
1954...	29,6	23,9	5,7	6,5	6,7	- 0,2	- 0,8
1955...	52,7	29,5	23,2	10,2	6,4	3,7	13,1
1956...	44,9	29,5	15,4	12,8	7,5	5,3	2,5
1957...	43,4	31,5	11,9	12,3	10,4	1,9	- 0,4
1958...	41,9	30,3	11,7	10,5	10,5	- 0,0	1,2
1959...	56,3	36,0	20,2	12,3	8,1	4,2	7,9
1960...	48,6	35,4	13,2	12,1	7,5	4,6	1,2
1961...	56,3	36,5	19,8	12,9	10,7	2,2	6,9
1962...	60,1	42,8	17,3	12,8	9,4	3,4	4,6
1963...	68,4	46,5	22,0	12,5	8,4	4,0	9,5
1964...	73,9	51,8	22,1	14,1	7,8	6,2	8,0
1965...	91,8	58,5	33,3	18,5	7,6	11,0	14,8
1966...	97,6	62,6	35,0	23,8	14,3	9,5	11,2
1967...	94,7	63,6	31,1	27,8	19,1	8,7	3,3
1968...	113,5	65,0	48,5	27,7	15,0	12,6	20,9
1969...	115,5	64,4	51,1	33,3	14,6	17,7	18,8
1970...	102,3	61,8	40,5	35,3	26,3	9,0	5,3
1971...	125,3	73,5	51,8	37,2	32,8	4,4	14,6
1972...	151,6	85,0	66,6	43,4	26,4	16,9	23,2
1973...	192,5	91,7	100,7	56,7	20,7	36,0	44,0
1974...	190,3	85,6	104,7	70,2	26,3	43,9	34,5

1975...	157,0	119,7	37,3	30,8	38,7	- 7,9	6,5
1976...	211,0	134,2	76,8	54,7	38,2	16,5	22,1
1977...	254,1	157,4	96,7	72,4	35,8	36,6	24,3
1978...	317,5	175,7	141,8	80,5	32,8	47,7	61,3
1979...	345,7	188,8	156,9	88,2	20,9	67,3	68,8
1980...	333,2	189,5	143,7	90,9	52,4	38,5	52,7
1981...	365,8	230,6	135,2	92,2	22,6	69,7	43,0
1982...	308,6	240,5	68,1	84,1	45,2	38,0	- 15,9
1981:							
I...	348,8	217,3	131,5	73,0	42,8	30,2	58,6
II...	386,4	223,5	163,0	120,4	40,2	80,3	42,6
III...	353,0	237,2	115,8	93,1	3,0	90,1	22,8
IV...	375,1	244,7	130,4	82,4	4,4	78,0	48,0
1982:							
I...	302,8	233,5	69,3	102,8	24,3	78,0	- 33,4
II...	329,9	240,2	89,7	80,9	38,6	51,3	- 0,2
III...	327,4	244,0	83,4	89,0	39,6	49,4	- 5,6
IV...	274,5	244,3	30,2	54,6	77,8	- 23,2	- 24,4
1983:							
I...	323,4	250,7	72,7	59,2	64,7	4,5	3,5
II...	396,3	270,3	126,0	77,1	84,1	- 6,9	48,8
III...	387,7	291,1	96,6	80,1	33,3	46,7	16,5

1 Ganancias no distribuidas (después de la evaluación del inventario y los reajustes de los gastos de capital). Ganancias de las subsidiarias en el exterior, dividendos y ganancias de las subsidiarias retenidos en el exterior.

2 Consisten en tasa de riesgo, deuda comercial, inversión externa directa en los Estados Unidos.

Fuentes: Consejo de Gobernadores del Sistema Federal de Reserva.

Se debe tener en cuenta, por otra parte, que el poder monopólico de las corporaciones multinacionales permite también sostener sus tareas de ganancias a través de la elevación de los precios administrados. Este es uno de los orígenes del fenómeno de la estanflación, que mantiene un comportamiento inflacionario de la economía aún cuando se presenten períodos recesivos.

Pero mientras más aguda y más larga es la depresión, menor es la capacidad de los monopolios para resistir con precios elevados. Esto fue lo que ocurrió con la depresión de 1979-1983, que logró, por fin, hacer caer significativamente la tasa de inflación en los países industrializados. Las presiones antiinflacionarias se vieron ayudadas también por la caída del comercio mundial y de los precios de las materias primas, sobre todo el petróleo. De este modo, la caída de la inflación se hace a través de una apertura hacia el exterior y de una liberalización del comercio internacional que tiende a hacer quebrar las industrias internas con menor poder adquisitivo.

Este dilema viene paralizando en parte las políticas económicas de los países desarrollados. Proteger a las industrias decadentes y disminuir el comercio internacional; o bien provocar una reestructuración industrial, permitiendo la competencia internacional y quebrando los viejos monopolios: he ahí la cuestión. A veces se opta por la estatización de esos sectores decadentes, en alianza con los trabajadores amenazados por el desempleo. Pero esta solución es onerosa y exigiría un capitalismo de Estado sumamente fuerte, que aproximaría a estos países a una economía socialista. En este caso el Estado no podría limitarse a mantener los sectores decadentes: tendría que incursionar en las nuevas ramas de vanguardia y asumir el control de la política industrial en su conjunto,³ tal como viene ocurriendo en la práctica en los países capitalistas desarrollados, bajo la dirección de gobiernos socialistas. Se trata de un paso más en dirección del capitalismo monopolista de Estado como respuesta del sistema capitalista a las nuevas etapas de socialización de las fuerzas productivas, que rompe los marcos de las empresas tradicionales para dar origen a inmensos complejos productivos ⁴. Sin embargo, los monopolios tratan de controlar la política industrial en el sentido de exigir la intervención directa del Estado

en los sectores decadentes, al mismo tiempo que exigen subsidios y protección indirecta a las nuevas ramas de vanguardia que pretenden conservar en manos del capital privado. En consecuencia, se establece una tendencia al aumento del gasto público como proporción del producto interno bruto (ver Tabla 15), como también la intervención en el conjunto de los mecanismos económicos.

El análisis reveló que la tendencia recesiva instaurada a partir de 1967 tuvo su origen en una caída de la tasa media de ganancia, que viene minando el sistema productivo imperante y modificando la estructura industrial en el sentido de una mayor concentración tecnológica; una nueva división internacional del trabajo; un aumento de la capacidad ociosa y una baja de la productividad media; una búsqueda de tecnologías más baratas en costo de capital y con utilización de menos mano de obra; una quiebra natural de los sectores tecnológicos obsoletos, aunque fuertemente concentrados y monopolizados; un aumento de la inversión estatal en la economía. Queda por analizar ahora con más detalle sus repercusiones en la economía internacional.

Tabla 15. Gasto público total de los países industriales como proporción del PBI, 1961-81 (porcentajes)

PAISES	1961	1966	1971	1976.	1981
Alemania, Rep. Fed. de	33,8	36,9	0,2	48,1	49,3
Canadá	30,0	30,1	36,6	39,6	41,4
Estados Unidos	29,0	29,2	32,3	34,5	35,4
Francia	35,7	38,5	38,3	44,0	48,9
Italia	29,4	34,3	36,6	42,2	50,8
Japón	17,4	20,3	20,9	27,8	34,0
Reino Unido	33,4	35,6	38,4	46,2	47,3
Media de todos los países industriales	29,3	30,6	33,3	37,9	40,9

Fuente: OCDE, 1983.

V. La crisis y la economía internacional

Los cambios producidos en las economías capitalistas durante el período depresivo de largo plazo iniciado en 1967 se reflejan inmediatamente en el comportamiento de la economía internacional y acto seguido los cambios de la economía internacional pasan a condicionar fuertemente las opciones a nivel nacional.

No obstante, es necesario señalar que el comportamiento de la economía internacional está determinado principalmente por la situación de los Estados Unidos y de los siete grandes países capitalistas (Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Inglaterra, Canadá, Italia) que representan la mayor parte del comercio y del intercambio internacional.

Los acuerdos de Bretton Woods, implementados al terminar la Segunda Guerra Mundial, aseguraban una determinada organización de ese intercambio internacional. Estos acuerdos se caracterizaban por la imposición del dólar como moneda universal, garantizada por el respaldo en oro; y también por los acuerdos de tarifas y comercio que trataban de restablecer el libre intercambio internacional, sin obligar a los Estados Unidos, a restringir gravemente sus propios mecanismos proteccionistas, por la imposición de un sistema financiero internacional que velaba por las políticas monetarias de cada país. Este sistema se vio también fortalecido por los movimientos de “ayuda” de los Estados Unidos para Europa (Plan Marshall) y Japón (Protectorado Americano) y para el Tercer Mundo (punto IV, AID, Alianza para el Progreso). Nunca está de más recordar que las tropas americanas no se retiraron de Europa (sobre todo de Alemania). De Japón, Asia, África y América Central, estableciendo el más extenso sistema de ocupación militar conocido por la humanidad, en la medida en que reemplazó inclusive al colonialismo inglés, francés, belga, etc.

A pesar de su apariencia extremadamente sólida, este sistema internacional conllevaba contradicciones internas que lo fueron conduciendo a una grave crisis que se desencadenó a partir de 1967, cuando los mecanismos de crecimiento económico empezaron a fallar en los centros dominantes del sistema.

La hegemonía del dólar se apoyaba en el poderío relativo de la economía norteamericana al terminar la Segunda Guerra Mundial. Al recuperarse las economías europea y japonesa en las décadas del cincuenta y del sesenta, se ponía en tela de juicio esta hegemonía y se haría necesario revisar el sistema financiero internacional.

Al mismo tiempo, al convertirse el dólar en una moneda internacional fuerte el gobierno americano pudo emitir una moneda internacional cada vez más carente de respaldo oro y hasta económico, en la medida en que Estados Unidos perdía su poder económico relativo. La facilidad de las inversiones extranjeras, la aceptación de un endeudamiento creciente de los Estados Unidos —financiado por la emisión pura y simple de dólares— todo ello fue minando una economía cada vez más tendiente a vivir de las rentas derivadas de su situación imperial.

Cuando estos mecanismos llegaron a un punto de saturación, empezó a manifestarse la crisis en toda su extensión comercial, financiera, política, energética y tecnológica. Analicemos ahora estos diversos aspectos.

1. La crisis en los intercambios internacionales

Al mismo tiempo que se configuraban las tendencias recesivas internas, se tornaban también cada vez más visibles y graves los problemas de la balanza comercial de los países capitalistas, tal como lo indica la Tabla 16.

Sin embargo, esta situación alcanzó su auge en las depresiones de 1974-1975, cuando el comercio mundial bajó 0,4% y 5% y entre 1981-1982, cuando el comercio mundial disminuyó 1%. A pesar de no presentar caídas tan masivas como las ocurridas durante la crisis de 1929 a 1932, es necesario destacar que en la presente crisis se ha mantenido una gigantesca desproporción en las relaciones económicas internacionales caracterizada por déficit comerciales crecientes en los países centrales, endeudamiento de los Estados Unidos y enormes excedentes de Alemania y de Japón, que se agravan con el endeudamiento y las pérdidas económicas también crecientes en los países del Tercer Mundo.

Las balanzas de los Estados Unidos y del Reino Unido presentan las situaciones más graves, ya que alcanzan déficits muy violentos: 1972 con 6.400 millones de dólares (de déficit); 1974 con 5.400 y 1976 con 9.000

millones de dólares; Y 1984 con 119.000 millones de dólares en el caso de los Estados Unidos; 1974 con 13,300 millones de dólares, 1979 con 7.200, y 1984 con cerca de 5.000 millones de dólares en el caso de Inglaterra. El déficit comercial francés varió entre 4.600 millones de dólares en 1976 y 8.300 millones en 1983.

Alemania y Japón son los únicos países que consiguen un superávit en su balanza comercial, generando así una situación de fuerte desigualdad con los demás con los cuales se enfrentan competitiva y agresivamente.

Tabla 16. Balanzas comerciales (en miles de millones de dólares).

Países	1960	1965	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976
Estados Unidos	4,9	5,0	2,6	- 2,3	- 6,4	0,9	- 5,4	9,0	- 9,0
Canadá	*	0,2	2,9	2,4	1,6	3,7	1,6	- 0,8	0,6
Japón	0,3	1,9	4,0	7,8	9,0	3,7	1,4	5,0	9,2
Reino Unido	- 1,1	- 0,7	*	0,7	1,7	- 5,7	- 12,3	- 7,2	- 5,1
Francia	0,1	0,4	0,7	1,1	1,3	0,8	- 3,9	1,9	- 3,8
R.F.A.	2,0	1,3	5,9	6,6	8,2	15,2	21,9	17,1	18,1
Italia	- 0,6	0,6	- 0,2	0,6	0,8	- 4,0	- 8,5	- 1,1	- 2,6

1 Pertenecientes a las respectivas balanzas de pagos.

2 Estimativa.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977 (item).

Los problemas en la balanza de pagos se refieren a tres ítems:

1. La balanza comercial, que refleja el intercambio de bienes entre países. La competitividad entre países de desarrollo económico comparable con los que estudiamos, se explica aquí por los siguientes factores:
 - a) La tasa de productividad media afecta particularmente el costo de los productos, lo que a largo plazo está asociado al desarrollo científico y tecnológico y a la formación de recursos humanos y a corto plazo a factores tales como la tasa de utilización de la capacidad instalada, la movilidad de mano de obra, etc.

- b) La tasa de inflación que altera sustancialmente los precios relativos e cada período dado.
 - c) La tasa de cambio que están asociadas a los factores anteriores y a los efectos de la política económica de la especulación financiera, etc.
 - d) Las políticas proteccionistas que restringen las importaciones a través de los impuestos aduaneros, el establecimiento de costos de importación y otras medidas restrictivas.
 - e) Las políticas de incentivos fiscales, comerciales, exenciones, etc., a los productos exportados.
2. La balanza de servicio de servicios donde se inscriben los fletes y los seguros, los gasto en el exterior de individuos o de instituciones, los pagos por tecnología, etc.
Esta balanza tiende a ser favorable a los Estados Unidos, excepto respecto de los gastos militares, que equilibran en general el superávit de otras áreas. También el turismo tiende a ser mayor desde los Estados Unidos hacia el exterior, a pesar de los controles establecidos en ese campo.
3. La balanza de capitales, donde se contabilizan los movimientos de capital en sus diversas formas: a) Inversiones en cartera, por un lado y remesas de intereses y dividendos por el otro; b) Inversiones directas por un lado y remesas de ganancias por otro.

Los Estados Unidos presentan más de lo que piden prestado, pero perciben los intereses y los servicios correspondientes. Las inversiones en cartera tienden a fluir más bien desde el exterior hacia los Estados Unidos que viceversa. Las inversiones directas de los Estados Unidos, son negativas en relación con Europa y Japón, pero altamente positivas en relación con América Latina, Asia y África, pues las ganancias recibidas sobrepasan con mucho el envío de capitales.

En lo que respecta al Balance de Cuenta Corriente (Tabla 17), que incluye, además del balance comercial el de servicios, se puede verificar que los Estados Unidos compensan parcialmente los efectos del déficit comercial al mantener un balance de servicios favorables, particularmente con los países dependientes, de los cuales reciben elevadas cifras en concepto de comisiones, servicios técnicos, fletes, seguros y ganancias por la inversión directa.

Los países como Alemania y Japón, a pesar de presentar balanzas comerciales positivas pierden este superávit debido a los balances negativos de servicios y capitales.

Otros, como Francia e Inglaterra, libran una constante lucha por equilibrar sus balances de cuenta corriente que tienden siempre al déficit.

Para ciertos países la situación es dramática porque ambas balanzas —la comercial y la de servicios— son negativas; ello provoca, a su vez, una permanente competitividad intercapitalista y conduce a una situación de inestabilidad internacional creciente que se refleja en la oscilación de las tasas de cambio monetario, en las luchas por mercados de bienes y de capitales y por el control de las posibilidades de inversión en la búsqueda de tasas de ganancia más elevadas, sobre todo en el Tercer Mundo.

Tabla 17. Balanza de cuenta corriente (en miles de millones de dólares)

Países	1960	1965	1970	1975	1980	1983
Estados Unidos	1,7	4,3	- 0,4	11,7	1,9	- 41,5
Canadá ²	- 1,3	1,0	- 1,1	- 4,9	- 0,9	- 1,3
Japón ²	0,1	0,9	2,0	0,7	- 10,7	- 20,8
Reino Unido	- 0,7	- 0,1	1,8	- 3,7	8,7	4,3
Francia ²	0,6	0,5	0,3	0,2	- 4,1	- 4,4
R.F.A.	1,1	- 1,6	0,7	3,9	- 15,7	4,0
Italia	0,3	2,2	0,9	0,4	9,8	- 0,5

1 Estimativa.

2 Incluye subvención de gobierno.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977 (ídem). *Boletín de Economía Internacional*, Bco. de México, enero-marzo, 1985.

2. La competencia interimperialista

Muchos países intentan resolver este problema por medio del comercio exterior, aumentando la exportación; esto acentúa los conflictos interimperialistas y la lucha por mercados, tanto civiles como militares.

Hay también una lucha por las inversiones en el exterior, unida a las estrategias geopolíticas implícitamente asociadas a toda lucha económica. Los efectos de esta creciente confrontación a nivel internacional se encuentran parcialmente atenuados por los acuerdos suscritos en los últimos años. Las reuniones de “los Siete” permitieron alcanzar un cierto equilibrio, lo que limita las consecuencias inmediatas de la competencia interimperialista.

Los aspectos tratados más importantes son:

1. La posibilidad de que se impongan barreras proteccionistas.
2. Que los países capitalistas subvencionen sus exportaciones.

Esta situación afecta particularmente al movimiento obrero norteamericano, que reaccionó contra la exportación de capitales de los Estados Unidos (que llaman exportación de empleos). El movimiento obrero norteamericano considera que esta política de invertir en el exterior en empresas que poco después exportarán su producción hacia Estados Unidos, es una política que equivale a quitar empleos a los trabajadores norteamericanos, buscando obtener salarios bajos en otros países.

Inclusive la Confederación Internacional de los Sindicatos Obreros Libres (CIOSL), creada durante la Guerra Fría con el fin de neutralizar a la Federación Sindical Mundial, desarrolló una política contraria a las dictaduras militares latinoamericanas, exigiendo mejores salarios y libertades sindicales para los trabajadores de esos países. La razón de esta política era combatir la salida de capitales norteamericanos que buscan bajos salarios en América Latina.

De este modo vemos cómo se acentúan las contradicciones entre capital y trabajo en el contexto de la política internacional de los países capitalistas.

De un modo general, y particularmente en los Estados Unidos, el movimiento sindical obrero tiende a una política proteccionista volcada a la defensa del mercado interno y a la preservación de la capacidad industrial instalada. Hay en esto una coincidencia con importantes sectores empresarios vinculados a la antigua estructura empresarial. Por otro lado, como ya dijimos, las empresas multinacionales defienden

el libre intercambio, que permite a su vez el libre movimiento de capitales en búsqueda de la máxima explotación de las ventajas comparativas del intercambio internacional. Al mismo tiempo, los Estados Unidos, bajo el impacto de ese conjunto contradictorio de intereses, busca evitar los conflictos derivados de un proteccionismo exacerbado, pero mientras más se acentúa la crisis internacional, más se agudizan las presiones proteccionistas que amenazan gravemente al comercio mundial y agudizan las contradicciones interimperialistas en el campo comercial.

Esas luchas se desplazan, al mismo tiempo, hacia los países dependientes, que se ven amenazados por las políticas proteccionistas de Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea o el Japón. Las conversaciones Norte-Sur y otras tentativas de negociación a través de la UNCTAD, de la Organización de los 77, y otros mecanismos —como por ejemplo los acuerdos comerciales por producto— tienden a tornarse cada vez más difíciles, mientras que los entendimientos bilaterales se muestran menos eficientes para los países dependientes.

Estas contradicciones se proyectan como sombras de duda e inseguridad sobre las relaciones internacionales, generando inclusive expectativas de fuertes desintegraciones del sistema capitalista mundial. Si agregamos a ello el problema del endeudamiento y los graves problemas políticos, podemos componer un cuadro de crecientes dificultades para el equilibrio económico y financiero de la economía internacional capitalista.

3. La cuestión energética y los materiales básicos

La etapa de crecimiento de posguerra, apoyada en una tecnología que implicaba un consumo creciente de energía y de materias primas en general, intensificó enormemente la dependencia, tanto de Europa como de los Estados Unidos, en lo que hace a la importación de esos elementos. En la Tabla 18 se presentan los porcentajes de fuentes de energía —internas y externas— consumidas por los países industrializados y se puede advertir que la situación de los Estados Unidos respecto de este problema es mejor que la de Europa y que la de Japón.

Sin embargo, en lo que se refiere a materias primas que poseen gran valor estratégico, los Estados Unidos muestran una dependencia mucho mayor, según se aprecia en la Tabla 19.

Los datos de la Tabla 19 indican que el problema de la dependencia de materias primas se acentúa cada vez más y que, en una situación de déficit creciente de la balanza de pagos, unida a un aumento de la lucha interimperialista, la confrontación podría profundizarse en función de la necesidad de asegurar las fuentes de extracción de las materias primas. Por último, en la Tabla 20 aparecen, en relación con el año 1975, las regiones donde los Estados Unidos, importaron algunas materias primas industriales.

Tabla 18. Fuentes de energía, 1975 (%)

	Internas					Importadas				
	Total internas	Carbón	Gas natural	Petróleo crudo	Hidráulica y nuclear	Total importado	Carbón	Petróleo árabe	Petróleo no árabe	Otros
E.U.A.	80,7	18,8	27,0	28,1	6,8	19,3	-	5,3	12,7	1,3
Japón	12,0	3,7	0,2	0,6	7,5	88,0	11,9	37,6	36,6	1,8
Comunidad Europea	44,6	22,3	15,5	1,4	5,4	55,4	0,4	35,1	18,6	1,3
Reino Unido	59,9	39,9	15,3	0,5	4,2	40,1	-4,2	24,3	19,6	0,4
Francia	24,9	9,4	3,8	1,1	10,6	75,1	6,3	47,7	15,1	6,0
R.F.A.	49,1	37,2	6,0	2,4	3,5	50,9	-7,1	24,2	24,6	9,2
Italia	18,6	0,5	9,4	0,8	7,9	81,4	6,1	54,5	15,5	5,3

Equivalente en toneladas métricas de carbón.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977. Superintendent of Documents, U.S. Government Printing Office, Washington D.C., 1977.

Tabla 19. Minerales - Dependencia en relación con algunas materias primas industriales importadas, 1975 (% de importaciones en relación con el consumo)

	E.U.A.	CEE	JAPON		E.U.A.	CEE	JAPON
A luminio	84	75	100	Manganeso	98	99	88
Cromo	91	98	98	Goma Natural	100	100	100
Cobalto	98	98	98	Níquel	72	100	100
Cobre	(1)	98	90	Fosfatos	(1)	100	100
Acero	29	55	99	Estaño	84	93	97
Plomo	55	100	100	Zinc	61	70	53

¹ Exportador.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977 (idem).

Tabla 20. Regiones que abastecen de algunas materias primas industriales a los Estados Unidos, 1975 (% del total de importaciones)

	Desarrollados				En desarrollo			Países Comunistas
	Canadá	Australia, nueva Zelanda	África del Sud, Rodesia	Otros	América Latina	América	Otros	
Aluminio	10	24	-	2	14	50	*	*
Cromo	-	-	46	17	-	-	23	14
Cobalto	6	-	2	46	46	-	-	-
Columbio	10	1	-	-	5	72	11	1
Cobre	28	*	1	2	31	30	8	-
Fluor	1	-	8	24	-	60	6	6
Acero	57	1	*	2	5	33	*	*
Plomo	-	36	6	-	3	2	42	11
Manganeso	-	9	16	24	31	18	2	-
Mercurio	9	-	-	47	18	4	12	10
Níquel	57	9	5	10	7	4	7	1

Platino	1	-	41	33	-	*	*	24
Estaño	*	*	-	*	-	14	82	4
Titanio	34	59	-	4	-	-	3	*
Tungsteno	22	4	-	-	1	39	26	8
Vanadio	-	-	60	10	-	22	-	8
Zinc	54	4	1	20	4	13	4	*

*Cantidad menor a 0,05.

Fuente: *International Economic Report of the President*. Transmitted to the Congress, January 1977 (idem).

Se puede apreciar, en consecuencia, que la lucha por el control de las materias primas continúa siendo un elemento esencial de la estructura económica internacional. En ese sentido Brasil, por su extensión y por el descubrimiento de importantes yacimientos minerales en la región amazónica, como también por la importancia de su potencial energético para explotar como el aluminio, se convierte cada vez más en un centro vital de esa lucha internacional.

Bibliografía

- Amin, S.; Frank, A. G.; Jaffe, H. (1975). *Quale 1984*. Milán: Jaca.
- Anglietta, M. (1978). *Regulación y crisis del capitalismo*. México: Siglo XXI.
- Barros de Castro, A. (1979). *O capitalismo ainda è aquele*. Río de Janeiro: Forense Universitária.
- Bleaney, M. F. (1977). *Teorías de las crisis, análisis histórico y crítico*. México: Nuestro Tiempo.
- Castells, M. (1978). *La teoría marxista de las crisis económicas y las transformaciones del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Cerroni, U. (1975). *La teoría de las crisis sociales en Marx*. Madrid: Alberto Corazón.
- Colleti, L. (1978). *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*. México: Siglo XXI.
- Day, R. B. (1977). La teoría del ciclo prolongado de Kondratiev, Trotsky y Mandel. En *Críticas de la economía política*. México. N° 4, julio-septiembre.
- Dos Santos, T. (1971). *La crisis norteamericana y América Latina*. Santiago: Pla.

Dos Santos, T. (1975). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.

Dos Santos, T. (1983). *Teorías do capitalismo contemporâneo*. Belo Horizonte: Vega.

Dos Santos, T. (1984). *Revolução científico-técnica e capitalismo contemporâneo*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1985). *Forças produtivas e relações de produção*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1987). *Revolução científico-técnica a acumulação de capital*. Brasil: Vozes.

Dow, L. A. *Business Fluctuations in a Dynamic Economy*. Columbus: Charles E. Merrill.

Flamant, M.; Singerkerel, J. (1971). *Crisis y recesiones económicas*. Oikos-Tan.

Frank, A. G. (1977). *Reflexiones sobre la crisis económica*. Barcelona: Anagrama.

Frank, A. G. (1981). *Crisis: in the Third World*. Nueva York: Holmes & Meier.

Frank, A. G. (1981). *Crisis: in the World Economy*. Nueva York: Holmes & Meier.

Gamble, A.; Walton, P. (1977). *El capitalismo en crisis, la inflación y el Estado*. México: Siglo XXI.

Grossmann, H. (1979). *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. México: Siglo XXI.

Haberler, G. (1941). *Prosperity and Depression*. Ginebra: League of Nations.

Hansen, A. H. (1938). *Full Recovery of Stagnation*. Nueva York: Norton.

Hansen, A. H. (1947). *Economic Policy and Full Employment*. Nueva York: McGraw Hill.

Jipe, G. (1977). El desarrollo de los monopolios y la tendencia al estancamiento: elementos para una crítica de las tesis estancacionistas estadounidenses. En *Críticas de la economía política*. México. N° 3, abril-junio.

Kalecki, M. (1973). *Estudios sobre la teoría de los ciclos económicos*. Madrid: Ariel.

Klindeberg, C. P. (1973). *The World in Depression, 1929-1939*. Berkeley: University of California Press.

Korsch, K.; Mattick, P.; Pannekoek, A. (1978). *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* México: Siglo XXI.

Lopes Dias, P. (1984). *La crisis del capitalismo: teoría y práctica*. México: Siglo XXI.

- Manchikov, S. (1976). *Le cycle economique*. Moscú: Progreso.
- Mandel, E. (1974). *El dólar y la crisis del imperialismo*. México: Era.
- Mandel, E. (1976). *La crisis: 1974-1980*. Bogotá: Pluma.
- Mandel, E. (1984). *O capitalismo tardío*. Brasil: Abril.
- Marino Lopes, R. (1984). *Indicadores económicos internacionales*. México: Banco de México. N° 45-49, enero-marzo.
- Marramao, G. (1982). *Lo político y las transformaciones. Críticas del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años 20 y 30*. México: Siglo XXI.
- Mattik, P. (1977). *Crisis y teoría de las crisis*. Barcelona: Península.
- Molnar, F. (1970). *Economic Growth and Recession in the USA*. Budapest: Akademiai Kiadó.
- Moszkowska, N. (1978). *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*. México: Siglo XXI.
- Moszkowska, N. (1981). *Contribución a la dinámica del capitalismo tardío*. México: Siglo XXI.
- Rostow, W. W. (1978). *The World Economy: History and Prospect*. Austin: University of Texas Press.
- Schumpeter, L. A. (1939). *Business Cycles. Theoretical, Historical and Statistical Analysis of the capitalist Process*. Nueva York: McGraw Hill.
- Stajner, R. (1976). *Crisis*. Belgrado: CAS.
- Stajner, R. (1978). *The Union for Radical Political Economics, US Capitalism in Crisis*. Nueva York.
- Steindl, J. (1976). *Maturity and Stagnation in American Capitalism*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Stracheym J. (1973). *Naturaleza de la crisis*. México: El Caballito.
- Sweezy, P.; Baran, P. *O capitalismo monopolista*. Río de Janeiro: Zahar.
- Sweezy, P.; Magdoff, H. (1972). *Dinámica del capitalismo norteamericano*. México: Nuestro Tiempo.
- Sweezy, P.; Morris, J.; Magdof, H. (1977). *El fin de la prosperidad*. México: Nuestro Tiempo.
- Sweezy, P.; Morris, J.; Magdof, H. (1980). La crisis y el imperialismo. En *Monthly Review*. Barcelona. N° 1.
- Teló, M. (comp.) *La crisis del capitalismo en los años 20*. México: Siglo XXI.
- Varga, E. (1938). *La crisis y sus consecuencias*. Barcelona: Europa-América.

Varga, E. (1957). *Problemas fundamentales de la economía y política del imperialismo*. Buenos Aires: Cartago.

Varga, E. (1975). *Economía política del capitalismo*. México: Cultura Popular.

La dimensión tecnológica de la crisis internacional¹

I. La red de la revolución científico-técnica

Los fenómenos que analizamos en la Primera Parte de este libro deben ser examinados a la luz de la evolución global de las fuerzas productivas a partir de la implantación y generalización de la gran industria como sistema productivo dominante.

El desarrollo del capitalismo como nuevo modo de producción dominante en escala internacional estuvo siempre asociado a un rápido proceso de transformaciones tecnológicas. El modo de producción capitalista significó una transformación cualitativa en relación con el papel de la tecnología en el proceso de producción, convirtiéndola en elemento central de la acumulación capitalista. En pocos siglos el capitalismo superó la producción manufacturera, en la que se había apoyado en los primeros momentos; impuso la fábrica moderna, basada en la industrialización de bienes de consumo; creó las colosales fábricas de fines del siglo XIX, que introdujeron la producción de máquinas; creó la llamada “gestión científica” y las cintas transportadoras; desarrolló el sistema de producción en masa en las primeras décadas del siglo XIX y se introdujo, durante la Segunda Guerra Mundial, en el nuevo mundo de la Revolución Técnico-Científica (RTC) que rompió definitivamente los marcos de la Revolución Industrial.²

1. Extraído de Dos Santos, T. (1987). *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*.

2. Sobre la historia de la tecnología y de la ciencia según un enfoque económico y social, destacamos:

En la etapa de la Revolución Técnico-Científica,³ las fuerzas productivas sufren una transformación radical: surge la automatización, que completa la tendencia histórica de la tecnología industrial de reemplazar el trabajo humano por las máquinas.⁴ Con la aplicación de los cerebros electrónicos y del principio de la retroalimentación, la automatización total de la producción de bienes y servicios se convierte en un hecho posible e históricamente inevitable.⁵ Al mismo tiempo, el desarrollo de la industria química permitió reemplazar masivamente las materias primas naturales por productos artificiales creados para ser utilizados en actividades productivas. Los grandes reservorios, los nuevos reactores químicos, los moldes industriales, sustituyeron a las máquinas y a los procesos mecánicos anteriores. El desarrollo de la industria química abrió nuevas posibilidades a la automatización de la producción. La electrónica surgió también como un factor

J. D. Bernal (1978a; 1978b); Samuel Liley (1967); David S. Landes (1969); Tom Kemp (1974); Serge Moscovici (1975); Pierre Decasse (1961); T. K. Deny & Trevor I. Williams (1977); Louis Henri Parias (1965). La obra maestra sobre la revolución industrial y las tendencias del desarrollo tecnológico en el capitalismo del siglo XIX sigue siendo el capítulo de Karl Marx sobre "Maquinaria y gran industria" en el primer volumen de *El capital*. En los Grundrisse, Marx prevé la evolución de la tecnología en el sentido de la automación y del sometimiento de la técnica a la ciencia, y analiza sus consecuencias socioeconómicas con un gran poder de previsión que da actualidad a sus estudios para el análisis de la revolución técnico-científica desarrollada después de la Segunda Guerra Mundial.

3. Sobre la revolución técnico-científica, existe actualmente una amplia bibliografía, particularmente entre los teóricos de los países socialistas: Radovan Richta (1972), es la obra fundamental sobre el tema, realizada por un equipo interdisciplinario de investigación de la Academia checoslovaca de Ciencias. Véase también: *Man Science and Technology; A marxist Analysis of the Scientific-Technological Revolution* (1973); *La revolución tecno-científica; Aspectos y perspectivas sociales; Homme, science et technique* 1973); Víctor Afanasiev 1976); *La revolución científico-técnica y el socialismo* (1973); *Scientific and Technological Revolution: Social Aspects* (1977); V. Tourchenko (1975).

4. Sobre la automación y sus enormes repercusiones sociales y económicas, véase: Pierre Naville (1968); F. Pollock (1968); John Diebold (1952); Morris, Philipson (1962); Walter Buckingham (1961). El Congreso norteamericano realizó un conjunto de estudios sobre el tema, que constituye un importante acervo de elementos empíricos y teóricos: *Automation and Technological Change* (1955); *Automation and Recent Trends* (1957). Los tres conjuntos de ponencias se realizaron en el Subcommittee on Economic Stabilization of U. S. Joint Committee on the Economic Report. *New View on Automation* (1960), por el subcomité de automación y recursos energéticos. Posteriormente, varias instituciones y comisiones vinculadas al gobierno norteamericano continuaron el estudio de la Tecnología y sus efectos económicos y sociales, Véase: *Technology and the American Economy* (1966). La OIT, la OCDE y otros organismos internacionales han realizado importantes estudios sobre el tema. Véase en particular: *Manpower Aspects of Automation and Technical Change* (OCDE, París).

5. Sobre la cibernización y sus aspectos económicos y sociales existe también una amplia bibliografía. Véase en particular: Norbert Wiener (1969); Zenos W. Pylyshyn (1975); Jacques Guillaumand (1965); Jean Michel Treille (1973); Manuel Janco y Daniel Fujot; John Diebold (1969).

de transformación esencial de los medios de producción generados por la Revolución Industrial y facilitó el avance del proceso de automatización. Por último, la capacidad de generar nuevas fuentes, mucho más poderosas, de energía (como la energía nuclear) permite superar radicalmente los marcos del pasado reciente. Del mismo modo los nuevos descubrimientos sobre energía nuclear, hidrógeno y fusión nuclear, abren nuevos campos energéticos que serán dominados por la humanidad en un futuro próximo. La creciente importancia de la utilización de los rayos láser amenaza revolucionar los actuales marcos de la producción, y el surgimiento de cultivos bacteriológicos de alimentos y la industrialización de la agricultura, como también de la ganadería y la apicultura, prometen destruir definitivamente una economía rural tradicionalmente separada de la ciudad.⁶

Todas estas transformaciones se realizaron a partir de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo en el subsiguiente proceso de reconstrucción europea y japonesa. En este período se produjeron algunos fenómenos decisivos en la política y la economía mundiales. La Unión Soviética rompió el aislamiento histórico a que había sido sometida desde el triunfo de la revolución bolchevique de octubre de 1917. Surgió así un campo socialista que modificó sustancialmente la correlación de fuerzas internacionales. En la década de 1950 la Unión Soviética no sólo produce la bomba atómica, sino que se recupera de las terribles heridas dejadas por la Segunda Guerra Mundial y de punta como futura vanguardia tecnológica internacional al iniciar la carrera espacial con el lanzamiento del Sputnik. A partir de ese momento el desarrollo científico y tecnológico deja de ser privilegio del modo de producción capitalista y el proceso de desarrollo científico y tecnológico dentro del capitalismo comienza a verse afectado por las posibilidades del campo socialista.⁷

Estos hechos configuran una nueva etapa de la Revolución Técnico-Científica en que la disputa entre las formaciones sociales dominantes en nuestro tiempo desempeñará un papel hegemónico.

6. Los intentos de pronósticos tecnológicos se hacen cada vez más sistemáticos y se convierten en un campo especial de la Tecnología. Véase: Albert H. Teich (1977) y Dennis Gabor (1970).

7. El Senado norteamericano lleva a cabo un sistemático esfuerzo de comparación sobre el desarrollo tecnológico soviético y el norteamericano. Una visión de conjunto sobre el desarrollo tecnológico en los países socialistas se encuentra en J. Wilazynski (1974).

II. La dependencia tecnológica

Para comprender el fenómeno de la dependencia tecnológica hay que situarlo dentro del contexto de desarrollo desigual y combinado del capitalismo mundial.

Comencemos por caracterizar el aparato productivo y el consiguiente desarrollo de las fuerzas productivas que resulta de este sistema internacional. Es lógico que los sectores más avanzados tecnológicamente, las tecnologías de punta, se encuentren en los centros productores de conocimientos científico-tecnológicos, que generan también las inversiones e innovaciones que permiten alcanzar las más altas tasas de productividad y los más elevados niveles de consumo. Es allí donde se encuentran las industrias pesadas, de base, intermediarias y las industrias de consumo final, basadas en las técnicas más avanzadas en cada momento histórico. Es necesario también tener siempre en cuenta el nivel preciso de desarrollo tecnológico en cada uno de esos momentos y la posible división internacional del trabajo que él determina.

En consecuencia, en los países dependientes no sólo no se encuentran las bases productivas más avanzadas que incorporan la última tecnología, sino que también están ausentes los elementos científicos y de conocimiento que producen esta tecnología. Así, la ciencia local tiene dos opciones: o bien absorber pasivamente los conocimientos científicos medios de las comunidades más avanzadas o especializarse en algunas ramas secundarias del conocimiento científico que tengan aplicación local. Una tercera opción es eventualmente favorecida por las EMN, los Estados dominantes: el desarrollo de ciertas especialidades que complementan la investigación de los países dominantes, en ramas que por alguna razón no puedan ser, desarrolladas en estos países. Los conocimientos así producidos son complementarios de las investigaciones planificadas a nivel internacional.⁸

Lo más común es que los técnicos y los científicos, educados dentro de semejante contexto, terminen por emigrar hacia los países dominantes,

8. Sobre la investigación científica en los países dependientes, véase básicamente: Amilcar Herrera (*Ciencia y política en América Latina*); J. Leite Lopes (*Ciencia y desarrollo dependientes*); y el número especial de *Comercio Exterior* (12 de diciembre de 1978); Oscar Varsavsky (1974).

ocasionando una pérdida de cerebros en proporciones gigantescas para los limitados esfuerzos de producción de mano de obra altamente calificada.⁹

De este modo, la enseñanza media y la enseñanza universitaria acompañan el patrón dependiente que surge del sistema productivo y de la producción científica y tecnológica. La tremenda presión educativa que se suscita en los países dependientes no guarda relación con la escasa demanda de mano de obra calificada de la estructura productiva dependiente, que no produce su propia tecnología y que no incorpora a los sectores económicos más avanzados y decisivos del sistema productivo visto en escala internacional. Este tipo de enseñanza produce un nivel de conocimiento en los estudios humanísticos de baja calidad y completamente desvinculados del proceso social real.

Por otra parte, el desarrollo en el plano científico suele tener un enfoque demasiado generalizador, sin bases intermedias que aseguran su concreción; o bien se orienta hacia las especializaciones artificiales determinadas por la demanda internacional y localizadas por los mecanismos de financiación internacional. Como consecuencia de tales limitaciones estructurales, los capitalistas y los Estados de los países dependientes se ven enfrentados a la necesidad de aceptar las condiciones más desfavorables de la transferencia tecnológica. A parte de que la sumisión al capital internacional —y a las empresas multinacionales que lo materializan bajo la forma de inversiones directas se da también en las condiciones contractuales más negativas—.

La bibliografía económica ha desarrollado una amplia base empírica para demostrar los elementos expoliadores de estos contratos:

- a) La existencia de paquetes tecnológicos que someten al receptor de tecnología a una opción muy restringida al verse obligado a aceptar no sólo el producto o proceso que necesita sino también las combinaciones específicas de las partes del producto global (que pueden inclusive tener una distribución internacional predeterminada); las técnicas de

9. El llamado *brain trust* estudiado en detalle por la UNCTAD y otros organismos internacionales. Véase *The Reverse Transfer of Technology* (1975); y A. K. Sen (1973).

- planificación de la inversión; las condiciones de financiación; la determinación de los proveedores de materias primas; los diseños; los servicios de reparación; y hasta las formas de publicidad y comercialización.
- b) Las cláusulas restrictivas tales como la prohibición de las exportaciones; el pago de *royalties* en moneda fuerte; la apertura accionaria de la empresa local al vendedor de tecnología, bajo la forma del derecho a inspección; el control de las marcas y sus respectivos, pagos, etcétera.
 - c) Los precios excesivamente elevados de las patentes, de las materias primas y los puentes intermediarios del llamado *know how*, que tiende a incorporarse al capital accionario de las empresas con un valor ficticio; del uso de las marcas comerciales; de la asistencia técnica impuesta, etc.¹⁰

La bibliografía económica ha mostrado también los efectos negativos de estas formas de transferencia tecnológica, no sólo sobre la balanza de pagos y el endeudamiento externo sino también en la estructura industrial (concentración y monopolio), la distribución de la renta y la estructura de poder del Estado.¹¹

Con base en estos estudios —financiados por los gobiernos locales o agencias internacionales o de integración económica, como el Grupo Andino, se ha intentado crear un conjunto de mecanismos restrictivos de los efectos más escandalosamente expoliadores producidos por las formas que han asumido la inversión directa y la transferencia tecnológica—. Estos mecanismos restrictivos están expresados en el Código de Conducta para las Empresas Transnacionales. Al mismo tiempo se ha buscado implementar mecanismos de apoyo a la investigación y el desarrollo locales y se ha tratado de estimular la cooperación horizontal entre los países dependientes.

10. Sobre los contratos de tecnología, véase Cooper, *op. cit.*; Wionczek (1973); Vaitos, *op. cit.*; Denis Goulet (1977); José Manuel Rolo (1977). Sobre la selección de tecnología, véase en particular la discusión de los modelos existentes, en Frances Stewart (1977).

11. Los efectos internos de las inversiones externas y de las CMN fueron analizados sobre todo por Vaitos, *op. cit.*; ver Fernando Frainzyelber y Trinidad Martínez Tanago (1976); Jorge M. Katz (1976); Daniel Chudnovsky (1974); Richard Newfarmer y Willard F. Mueller *Multinational Corporations in Brazil and Mexico; Structural Source of Economic and Noneconomic Power* (1975), ambos publicados por el comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano. Véanse las relaciones entre corporaciones multinacionales y grupos económicos en un país dependiente en José Luis Ceceña, *México en la órbita del imperialismo*.

El defecto básico de estos proyectos y políticas es que encierran una contradicción intrínseca. Si el objetivo es atraer al capital multinacional, hay que proporcionarle las elevadas ganancias que exige y someterse a los mecanismos expoliadores y de control monopólico que favorecen la inversión directa y la explotación de la mano de obra local. Las EMN exigen libertad de acción para su capital, sus ganancias y sus productos y tienen un gran poder de presión sobre los Estados locales.

El miedo de perder estas inversiones condiciona la acción de los gobiernos locales y tiende a estimular la competencia entre los mismos, en el sentido de tratar de ofrecer mejores condiciones a las corporaciones multinacionales.

Se llega así a la estructura socioeconómica, política e ideológica de los países dependientes como el factor decisivo en el proceso de transferencia tecnológica. Es en la existencia de poderosos intereses internos favorables a la integración dependiente de estos países con el capitalismo internacional donde reside el factor decisivo. Esos intereses locales, unidos a los poderosos monopolios internacionales y sus Estados, forman un bloque de poder en creciente contradicción con los intereses de las clases y sectores mayoritarios de la población de los países dependientes, que impulsan el movimiento antiimperialista, democrático y socialista orientado al enfrentamiento decisivo contra el bloque de clases y los sectores económicos que detentan el poder en esos países.

La aceleración del desarrollo de las fuerzas productivas, provocada por la RTC ha roto muchos de los limitados esquemas de funcionamiento económico de décadas pasadas. El carácter altamente sofisticado de las nuevas inversiones, su alto grado de concentración tecnológica, económica y de centralización del capital, exigen gran cantidad de cuadros científicos técnicos intermedios desde la etapa inicial de concepción de la inversión hasta el mantenimiento de las actividades productivas, que el capital multinacional no puede sacar de los países dominantes sino a un costo demasiado elevado.

Asimismo, la naturaleza cada vez más compleja de las nuevas inversiones exige un serio mecanismo de adaptación a las condiciones locales. Este fenómeno ha obligado a los Estados de los países dominantes y a sus inspiradores (las EMN) a estimular de manera creciente la formación de una base nacional mínima en los países dependientes, a través

de la creación de organismos responsables por la política científica local. La proliferación de los consejos Nacionales de Ciencia y Técnica en América Latina a fines de la década del sesenta, es un producto de esta compleja realidad, tanto a nivel interno como internacional.

III. La liberación tecnológica: condiciones de una política científica y tecnológica

En el contexto de esta situación internacional han surgido varios significativos sobre el rumbo que debe tomar la política tecnológica local en los países dependientes.

Evidentemente, el primer problema que se plantea es el político. La existencia de una voluntad nacional organizada a través del Estado, que produzca una inversión de las tendencias histórico-sociales señaladas anteriormente, es condición indispensable para tal política de liberación en relación con la dependencia tecnológico-científica. Durante mucho tiempo se creyó que esta voluntad nacional podría lograrse en el modo de producción, por medio de la alianza entre el capital nacional, el aparato estatal y los sectores obreros (y eventualmente también los campesinos), y que esta alianza conseguiría someter al capital internacional a las reglas impuestas por esta voluntad nacional la base de una ciencia y una técnica nacionales, radicalmente diferente de la racionalidad abstracta y universal de la ciencia desarrollada.¹²

El fracaso político del racionalismo burgués y pequeño burgués que inspiró tales tendencias se ha caracterizado, desde mediados de los años cincuenta, por un amplio declive, que se acerca al fin de la década actual. El populismo como método de movilización de masas y como régimen político semi-corporativo entró en una profunda crisis, junto con las tendencias ideológicas que lo sustenta. Asimismo, entró en crisis la concepción de liberación tecno-científica que se apoya en dicha ideología.

12. El mejor estudio empírico sobre el proceso de formación de conglomerados en los Estados Unidos se publicó en el volumen 8 del *Economic concentration: Structure, Behavior and Public Policy*. Una interesante interpretación marxista se encuentra en Paul Sweezy y Harry Magdos (1972). Véase el capítulo "El movimiento de fusión de empresas: un estudio del poder".

Entre las características fundamentales de esta ciencia y tecnología nacionalistas figuraba —en sus primeras formas más radicales— la necesidad de dominar la tecnología de base. Inspirada en los ejemplos de la Unión Soviética y Japón, realizadas en condiciones históricas y socioeconómicas muy distintas, la ideología nacionalista defendía la tesis de la posibilidad histórica de crear una industria básica local importando y adaptando la tecnología de los países dominantes, a través de las empresas nacionales privadas y estatales. En la medida en que se va conformando la asociación entre la importación de tecnología y la estrategia de las EMN, y se va constatando que en vez de desarrollar una industria de base se incorporan elementos de una tecnología de punta que integrará sobre todo las fases intermedias de un proceso productivo internacional. Empiezan a surgir propuestas de compromiso. Ahora bien, aquellas fases intermedias están asociadas a patrones de consumo a la exclusión y marginalización de las grandes masas nacionales y al retroceso del pensamiento nacionalista.

Es así que el énfasis se orienta cada vez más hacia el desarrollo de tecnologías intermedias, lo que pone en evidencia dos problemas de los países dependientes: falta de capital y abundancia de mano de obra. Por consiguiente, mecánicamente se plantea la posibilidad de desarrollar, en el plano local y con cierta viabilidad económica, tecnologías de menor escala de producción que exigen más mano de obra y menos capital. Se supone que la tendencia tecnológica de los países dominantes de ahorrar mano de obra es consecuencia de los altos salarios y no de las leyes estructurales del desarrollo tecnológico capitalista. Y se pretende también, en consecuencia, demostrar que los bajos salarios de los países dependientes son un factor económico capaz de determinar un tipo especial de investigación tecnológica para atender a esas condiciones.¹³

El surgimiento de ciertas tendencias pequeño burguesas y campesinas nacionalistas en la lucha ideológica en China Popular favoreció ciertas propuestas utópicas y conservadoras en escala internacional, esbozando la posibilidad de un desarrollo nacional autónomo (o

13. El tema de las tecnologías intermedias es analizado en detalle por Frances Stewart, *op. cit.*; véase también David Dickson (1975); Denis Goulet, *op. cit.*; y para conocer bien esta propuesta, véase: Nicolas Jequier (1976).

auto-sostenido), basado en una tecnología alternativa adaptada a la existencia de mano de obra abundante y barata en la utilización racional y masiva de los conocimientos tecnológicos tradicionales. En China esta tesis tuvo una base material y política objetiva porque el proletariado chino victorioso podía generar las condiciones institucionales para la plena utilización de la economía campesina tradicional dentro del contexto revolucionario del desarrollo tecnológico más avanzado (como la industria pesada, de base, atómica, etc.) hasta el momento en que la industria moderna pudiese ser la única base de desarrollo de la economía china. Sin embargo, las grandes capas sociales pequeño-burguesas de China, particularmente el campesinado y la burocracia estatal de extracción nacionalista, se aprovecharon de este contexto que reforzaba la economía campesina, para desarrollar —bajo formas aparentemente ultrazquierdistas—, una tendencia reaccionaria y anti-socialista que pretendía establecer la superioridad de la economía tradicional de pequeña escala, localizada y con gran uso de mano de obra sobre la tecnología moderna, titulada “consumista y burguesa”. La esencia reaccionaria de esta caracterización sólo se reveló plenamente hacia fines de la década del sesenta y principio de la del setenta, cuando tanto la política agrícola como la de industrialización comenzaron a sufrir las consecuencias de ese atraso y las poblaciones obreras aliadas a los sectores militares modernos y partidarios del avance tecnológico —esencial en la defensa de China— empezaron a rebelarse ya preparar la contraofensiva, llena de marchas y contramarchas debido al medio pequeño-burgués, idealista y hostil en que se desarrolló.¹⁴

El nacionalismo pequeño-burgués de los países capitalistas dependientes no dispone, sin embargo, de las condiciones favorables que habían tenido el campesinado y la pequeña burguesía burocrática en China y por lo tanto no puede generar una alternativa propia, en términos sociales coherentes, limitándose a influenciar sectores intelectuales y el medio estudiantil. Eventualmente las fuerzas imperialistas han

14. Sobre las llamadas “tecnologías alternativas” y la experiencia china (y muchas veces se usan también como ejemplo los casos de Tanzania, Senegal y otros países africanos), véase: Frances Stewart, *op. cit.*; David Dickson (1975); Susan Rifkin (1975). Véase también los artículos sobre el tema en: Cooper, *op. cit.*; la segunda parte del libro de Benjamín Coriat, *Science technique et capital*.

apoyado en parte esta tesis, particularmente en lo que se refiere a la tecnología intermedia, en la medida en que las inversiones imperialistas en los países subdesarrollados se destinan cada vez más a sectores agroindustriales de exportación. Teniendo en cuenta que el capital agroindustrial consume bienes de la agricultura campesina, podría resultarle útil al imperialismo el desarrollo de una tecnología intensiva en ese trabajo, aunque para su uso directo o para ser aplicada por las capas medias subordinadas al capital internacional.

En vez de apoyarse en tecnologías que intenten socializar el carácter de súper-explotación de la mano de obra de los países subdesarrollados, una tecnología para la liberación debe apoyarse en una política de pleno empleo que eleve radicalmente el nivel de vida de las masas campesinas y obreras y del subproletariado local.

El ejemplo de Cuba socialista¹⁵ ha demostrado que este aparente milagro es plenamente posible en países de baja densidad demográfica como los nuestros. (Al mismo tiempo, la china Popular ya lo había demostrado, entre 1950 y 1961, relativamente y en condiciones muy especiales, en países de elevada densidad demográfica.

La clave de esta política está en la propiedad colectiva de los medios de producción que sólo se logra a través de una política social masiva. El viejo slogan de Stalin se repite: “el principal capital es el hombre”. El hombre educado masivamente, viviendo según los niveles de vida más elevados dentro de las posibilidades técnicas existentes, sin el factor destructivo de la competencia, y organizado productivamente según los medios de producción disponibles y a nivel nacional e internacional.

No es el principio de la competencia –que destruye las empresas de más baja productividad y provoca el desempleo masivo para crear un ejército industrial de reserva- el que podrá asegurar el pleno desarrollo de este capital humano. Por consiguiente, es necesario garantizar que el objetivo del pleno empleo se imponga en el primer momento sobre el del “costo óptimo”. No obstante, esta política sólo tiene sentido provisorio, mientras se van generando las nuevas fuerzas productivas que permiten

15. El desarrollo de la ciencia y la tecnología en Cuba socialista para la superación de la dependencia está analizado en Tirso W. Saenz y Emilio García Capote (1978).

alcanzar una productividad suficientemente elevada y capaz de crear un excedente para la adecuada supervivencia de una gran población de estudiantes, profesionales y científicos. Estos ayudarán a organizar racionalmente el aparato productivo nacional —dentro de la tecnología más avanzada posible, en las condiciones concretas del país en cuestión y según la ayuda internacional que se pueda obtener— según la nueva capacidad de negociación que se pueda lograr eliminando a los burgueses locales aliados al capital internacional.

Dado este contexto, las tareas tecnológico-científicas se tornan claras y evidentes:

1. En primer lugar, cabe al Estado conducir de manera taxativa y en gran escala la formación de científicos, cuadros medios y técnicos en su proporción adecuada para que la investigación no se desvincule de su posible aplicación.
2. En segundo lugar, es preciso realizar un censo integral y completo de las riquezas básicas del país, de su territorio y de su suelo, para orientar una explotación racional de los recursos.
3. En tercero, hay que disponer de un conocimiento integral y completo de la evolución de la ciencia y la tecnología internacionales, para hacer las selecciones tecnológicas más adecuadas a las condiciones locales. Esta tarea, como buena parte de las anteriores, exige en general un fuerte apoyo de los países socialistas y de los sectores progresistas de los países capitalistas avanzados.
4. Finalmente, en cuarto lugar, es necesario adoptar la política de formación de recursos humanos a los objetivos de desarrollo nacional, que se van tornando cada vez más claros, concretos y susceptibles de planificación, en la medida en que se aumenta el conocimiento de la realidad nacional.

Todo esto obliga a una reorientación radical de la base productiva existente con el propósito de atender al consumo de las grandes masas y a la producción de máquinas y bienes intermedios, sin lo cual nunca se accederá a una verdadera liberación tecnológica. En los países que disponen de una tradición exportadora, como la mayoría de los países dependientes, no es posible evitar una cierta y limitada integración a la

división internacional del trabajo, que refuerce la plena utilización de los recursos naturales y humanos internos; sin embargo, es posible evitar una especialización del aparato productivo y aprovechar las economías externas del sector exportador.

En los últimos años, después de grandes discusiones internas, el COMECON empieza a desarrollar líneas racionales y no impositivas, en el sentido de una división socialista del trabajo en el interior de este bloque.

Es indudable que el estudio de estos principios será de gran valor para las nuevas experiencias de desarrollo socialista que se inauguran en otras regiones del planeta.

Todo esto conduce, finalmente, a una profunda reorientación de los recursos nacionales destinado al desarrollo de la ciencia y la tecnología aumentándolos sustancialmente, a pesar de los costos sociales inmediatos que pueda implicar. El destino de la liberación tecnológica no se encuentra, pues, en las adaptaciones marginales expuestas por las tesis de las tecnologías intermedias ni en las formas románticas de la tecnología alternativa, que serán siempre factores *secundarios* de una política tecnológica liberadora.

Tales soluciones son aún más descartables cuando se inscriben en un marco capitalista y en la adaptación de la tecnología a los bajos salarios y al exceso de mano de obra.

Tampoco es posible reeditar el viejo sueño nacionalista de crear una industria de base independiente de las condiciones políticas imperante. Como ya hemos señalado, hoy en día el imperialismo está interesado en transferir a los países dependientes una parte de la industria de maquinarias: justamente la que se tornará obsoleta y secundaria con la RTC.

El destino de la liberación tecnológica de nuestros pueblos se encuentra en la plena ocupación, la educación masiva y su integración, lo más rápida posible, en la revolución técnico-científica contemporánea, en colaboración con los sectores progresistas de los países capitalistas, con los gobiernos progresistas del tercer mundo y con el campo socialista en expansión.

La cuestión de la colaboración tecnológica entre países del tercer mundo adquiere cierta viabilidad en la medida en que permite el intercambio de experiencia y métodos de producción; y puede llevar también

a una reorganización del comercio mundial que podría desarrollarse en un intercambio horizontal entre los actuales productores de diversas materias primas. Estas transformaciones suponen, sin embargo, cambios radicales en la infraestructura productiva, en los instrumentos de intercambio, en el sistema capitalista financiero internacional, etc., lo que sólo será posible en el contexto de una lucha antiimperialista de amplias dimensiones históricas.

¿Cuáles serían las condiciones políticas y revolucionarias para alcanzar tales objetivos? El que existan o no es motivo de otros análisis, pero su ausencia inmediata no altera en nada la verdad histórica esencial: en la etapa actual la liberación técnico-científica sólo es posible dentro del marco del modo de producción socialista y de la plena participación de los países actualmente dependientes en los resultados. Sin embargo, ella deberá darse también dentro del desarrollo de la revolución técnico-científica, que tiene cada vez más a ser la base material de la nueva sociedad del futuro y, al mismo tiempo, una fuente de crisis para el capitalismo.

Bibliografía

Academia de Ciencias de la Unión Soviética (1973). *La revolución científico-técnica y el socialismo*. Moscú.

Academia de ciencias de la Unión Soviética y Checoslovaquia (1973). *Man Science and Technology; A marxist Analysis of the Scientific-Technological Revolution*. Moscú; Praga: Academia de Praga.

Academia de Ciencias de la Unión Soviética, División de Ciencias Sociales Contemporáneas *La revolución tecno- científica; Aspectos y perspectivas sociales*. Moscú: Progreso.

Academia de Ciencias de la Unión Soviética, Instituto de Filosofía (1973). *Homme, science et technique*. Moscú.

Afanasiev, V. (1976). *Revolution scientifique et technique*. Moscú: Progreso.

Bernal, J. D. (1978a). *La ciencia en la historia*. Nueva Imagen: México.

Bernal, J. D. (1978b). *La ciencia en nuestro tiempo*. Nueva Imagen: México.

Buckingham, W. (1961). *Automation: its Impact in Business and People*. Nueva York: Newton Books.

Ceceña, J. L. (1970). *México en la órbita imperial*. El Caballito.

Chudnovsky, D. (1974). *Empresas multinacionales y ganancias monopólicas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Comercio Exterior, vol. 28, N° 12 de diciembre de 1978 *Sobre aspectos de la política sobre ciencia y tecnología en los países del Tercer Mundo*.

Coriat, B. *Science technique et capital*. París: Du Seuil.

Decasse, P. (1961). *Historia de las técnicas*. Buenos Aires: Eudeba.

Deny, T. K.; Williams, T. I. (1977). *Historia de la tecnología*. México: Siglo XXI.

Dickson, D. (1975). *The Politics of Alternative Technology*. Nueva York: Universe Books.

Diebold, J. (1952). *Automation*. Van Nostrans.

Diebold, J. (1969). *Man and the Computer*. Prager.

Frainzyelber, F.; Martínez Tanago, T. (1976). *Las empresas transnacionales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gabor, D. (1970). *Innovations*. Reino Unido: Oxford University Press.

Goulet, D. (1977). *The Uncertain Promise, IDOC, North America*. Nueva York.

Guillaumand, J. (1965). *Cybernétique et matérialisme dialectique*. París: Sociales.

Herrera, A. *Ciencia y política en América Latina*.

Janco, M.; Fujot, D. *Informatique et capitalisme*. París: PUF.

Jequier, N. (1976). *Apropiate Technology, Problems and Promises*. París: OCDE.

Katz, J. M. (1976). *Importación de tecnología, aprendizaje e industrialización dependiente*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kemp, T. (1974). *La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX*. Barcelona: Libros de Confrontación.

Landes, D. S. (1969). *The Unbound Prometheus*. Cambridge.

Leite Lopes, J. (1978). *Ciencia y desarrollo dependientes*. Siglo XXI.

Liley, S. (1967). *Hombres, máquinas e historia*. Madrid: Ciencia Nueva.

Marx, K. (1971). *Grundrisse (Elementos fundamentales para la crítica de la economía política)*. Siglo XXI.

Morris, P. (comp.) (1962). *Automation-Implication for the Future*. Random House.

Moscovici, S. (1975). *Sur l'histoire humaine de la nature*. París: Flammarion.

Navillem, P. (1968). *Hacia la automatización*. México: Fondo de Cultura Económica.

Newfarmer, R.; Mueller, W. F. (1975). *Multinational Corporations in Brazil and Mexico; Structural Source of Economic and Noneconomic Power*. Estados Unidos: Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos.

OCDE *Manpower Aspects of Automation and Technical Change*. París: OCDE.

Parias, L. H. (1965). *Historia general del trabajo*. Grijalbo.

Pollock, F. (1968). *La automatización*. Buenos Aires: Sudamericana.

Primera Sección Plenaria del VIII Congreso Internacional de Sociología (1977). *Scientifical and Technological Revolution: Social Aspects*. Londres: Sage.

Pylyshyn, Z. W. (comp.) (1975). *Perspectivas de la revolución de las computadoras*. Madrid: Alianza.

Richta, R. (1972). *La civilización en la encrucijada*. Artiach.

Rifkin, S. (1975). The Chinese Model for Science and Technology: its Relevance for other Countries. En *Development and Change*. Estados Unidos. N° VI(1), enero.

Rolo, J. M. (1977). *Capitalismo, tecnología e independencia en Portugal*. Lisboa: Presencia.

Sáenz, T. W.; García Capote, E. (1978). El colonialismo tecnológico y la autodeterminación en materia de ciencia y técnica. En *América Latina*. Moscú. N° 3.

Sen, A K. (1973). Brain: causes and Efects. En Williams, B. R. (comp.) *Science Technology and Economic growth*. Macmillan.

Stewart, F. (1977). *Technology and Undevelopment*. Boidar: Westview Press.

Sweezy, P.; Magdos, H. (1972). *Dinámica del capitalismo contemporáneo*. México: Nuestro Tiempo.

Teich, A. H. (comp.) (1977). *Technology and Man's Future*. Martin Press.

Tourchenko, V. (1975). *La revolución techique et la revolución dans l'enseignement*. Moscú: Progreso.

Treille, J. M. (1973). *L'économie modiale de I cordinateur*. París: Du Seuil.

U. S. Joint Committee on the Economic Report (1955). *Automation and*

Technological Change. Subcommittee on Economic Stabilization.

U. S. Joint Committee on the Economic Report (1957). *Automation and Recent Trends*. Subcommittee on Economic Stabilization.

U. S. Joint Committee on the Economic Report (1960). *New View on Automation*. Subcommittee on Economic Stabilization.

U. S. Joint Committee on the Economic Report (1966). *Technology and the American Economy*. National Commission on Technology.

Varsavsky, O. (1974). *Estilos tecnológicos*. Buenos Aires: Periferia.

Varsavsky, O. (1978). *Hacia una política científica nacional*. Buenos Aires: Periferia.

Wiener, N. (1969). *Cibernética y sociedad*. Buenos Aires: Sudamericana.

Wilazynski, J. (1974). *Technology in the COMECON*. Praeger.

Wionczek, M. S. (1973). *Comercio de tecnología y subdesarrollo económico*. México: UNAM.

La crisis internacional y la estructura del poder mundial¹

I. Fundamentos socio-económicos del poder internacional

La primera y la segunda parte de este trabajo abordan la actual crisis económica internacional y la manera en que ella afecta al conjunto del sistema capitalista mundial, en un largo proceso de estancamientos relativos y repercusiones parciales e incompletas.

Sin embargo, esta crisis también conmueve gravemente a las actuales estructuras del poder mundial, destruye factores íntegros de la economía, acentúa las contradicciones interimperialistas y las contradicciones de clase en el interior de las sociedades capitalistas y se ve afectada por la existencia de un campo socialista en expansión, sobre el cual también influye.

Por último, la relación entre las potencias dominantes y las áreas periféricas y dependientes del capitalismo mundial viene sugiriendo transformaciones importantes con el avance de la descolonización y de la lucha contra el neocolonialismo.

No obstante, la crisis no significa el fin del régimen capitalista y se esbozan propuestas y proyectos de una recuperación del sistema en su conjunto que debemos analizar.

1. Extraído de Dos Santos, T. (1987). *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*.

La discusión sobre las perspectivas de la actual crisis internacional y la posible instauración de un nuevo orden económico internacional (NOEI) como consecuencia de su evolución, debe partir de un análisis de los fundamentos del poder mundial.

Según el pensamiento del siglo XIX, el poder internacional tendría origen en una intrínseca superioridad de las naciones dominantes: racial, climática, geopolítica (como en el caso de la posesión de materias primas), cultural, religiosa, etc. Estos enfoques se basaban en una casualidad arbitraria que ignoraba las grandes diferencias históricas entre los distintos pueblos colonizadores y colonizados. Hoy en día ya no es posible aceptar esas “explicaciones” simplistas.

Parece evidente que la evolución de las zonas de poder a nivel internacional sigue la dirección de las relaciones socioeconómicas, que tienden a concentrarse en ciertas zonas o regiones, como condición necesaria de su afirmación y posterior expansión. La esclavitud se concentró en las ciudades-Estado de la pequeña Grecia antes de servir de base al Imperio Macedoni; y fue el desarrollo pleno de la utilización del esclavo en las siete colonias de Roma lo que constituyó la base de la expansión del Imperio Romano. También Mahoma partió de la concentración mercantil en La Meca antes de dar inicio a la colosal expansión del islamismo. El capitalismo se concentró en Portugal y España bajo una forma financiero-mercantil, para pasar después a Holanda y triunfar en Inglaterra, donde encontró su verdadera base industrial moderna: la gran industria.

Este movimiento de concentración-expansión parece ser la forma del surgimiento y el avance de nuevas formas de producción, en un proceso desigual y combinado. Pero fue sólo el capitalismo el que convirtió este proceso de desarrollo desigual y combinado en una realidad universal. Sólo él completó la conquista de territorios en escala mundial y creó una economía internacional integrada. A partir de ese momento el desarrollo desigual y combinado asume su carácter universal. Y ese carácter universal va marcando un rumbo en las relaciones económicas internacional: a comienzos de este siglo, con la Primera Guerra Mundial (o la gran guerra civil europea, como la denominan los asiáticos); las luchas anticoloniales de los turcos, los persas y los chinos en los años veinte; hasta explotar con la Segunda Guerra, ya

claramente mundial; y después, el gran movimiento de liberación anticolonial de África y Asia y con las revoluciones y movimientos nacionales democráticos latinoamericanos.

El movimiento de los no alineados, precedido por la conferencia de Bandung expresaba ya el profundo cambio que se estaba produciendo en el carácter de la economía mundial. Imperceptiblemente se fueron generando en los países económicamente dependientes los elementos para la formación de un frente antiimperialista más o menos coherente.

Esta realidad se tornaba cada vez más evidente, en la medida en que se producía una expansión de las economías socialistas a través de una expansión de las economías socialistas a través de una creciente identificación con la lucha anti-imperialista. Desde 1917 hasta 1945 la Rusia soviética había apoyado firmemente los movimientos de liberación de China, India, Turquía, Persia, etc. Después de la Segunda Guerra se amplió la frontera occidental del socialismo con la victoria de los regímenes de democracia popular en Europa Oriental y se abrió un nuevo camino al socialismo con la victoria de la revolución yugoeslava en los Balcanes.

Después de esos hechos, las revoluciones china, coreana, indochina, cubana y las africanas negras se orientaron firmemente en dirección al socialismo. Los casos de Argelia, Irak y Yemen del Sur también plantean la relación entre revolución nacional y revolución socialista, que también se expresa —más o menos abiertamente— en los otros países del mundo árabe.

Podemos afirmar entonces que a partir de fines de los años cuarenta se estableció un modo cada vez más acentuado y en todas partes del mundo una relación intrínseca, compleja y contradictoria en muchos aspectos entre las luchas de liberación nacional y el socialismo. Fue así que el Movimiento de los No Alineados, debido a los cambios operados en el interior de los países que lo componen, se torna cada vez más próximo al socialismo, provocando inclusive grandes tensiones internas.

Después de 1945 el centro de la confrontación internacional se encontraba en Europa Central, los Balcanes, Italia y Grecia. En un proceso complejo se van ordenando, por medio de la Guerra Fría, las cartas del mazo europeo.

Pero la Guerra Fría se acentúa con la victoria de la Revolución Popular de China; su reflejo es la guerra de Corea, seguida inmediatamente por el

fallido intento francés de recuperar Indochina. China continental, Corea del Norte y Vietnam del Norte (a pesar de sus contrapartidas: Formosa, Corea del Sur y Vietnam del Sur) representaron victorias fundamentales de un nuevo régimen económico-social. India, Indonesia, Ghana, Ceylán y otros procesos de liberación no socialistas abrieron sin embargo el paso a nuevos esquemas diplomáticos. La afirmación anticolonialista de Egipto llevó la cuestión nacional al mundo del petróleo: la victoria, aunque pasajera, de Mossadegh en Irán así lo indicaba. Sólo los intelectualmente ciegos no vieron la dirección en que soplaban los vientos de la historia.

Hacia fines de los años cincuenta se producen la revolución argelina y la cubana. La consolidación de esta última pasó por el peligro de la guerra nuclear, con el episodio de los cohetes. Tanto internamente —con la definición socialista de la revolución— como en el plano internacional —con la confrontación casi catastrófica entre Estados Unidos y la Unión Soviética— la revolución cubana reveló dramáticamente la relación entre estos ejes de la política internacional contemporánea: independencia nacional y socialismo.

La década del sesenta estuvo dominada por la confrontación directa entre Estados Unidos y Vietnam. Las anteriores derrotas capitalistas fueron atribuidas al colonialismo europeo en decadencia. Ahora bien, en Vietnam se trataba del fracaso del país central del capitalismo, que había puesto en juego tropas y armamento. En consecuencia, la desmoralización fue mucho más profunda. Aún más; en los años setenta, la liberación de las colonias africanas de Portugal terminó de consolidar esta relación entre las luchas de liberación nacional y el socialismo, que reaparece en muchas otras partes de África y de Asia en los últimos años. En consecuencia, se radicalizó la confrontación entre los países capitalistas desarrollados y dominantes que componen la OCDE y la OTAN, por un lado, y el campo socialista unificado alrededor del COMECON y el Pacto de Varsovia, por otro. En este contexto, Yugoslavia, los países democrático-nacionalistas y los gobiernos de la social-democracia buscaron y aún buscan una posición equidistante de la confrontación y apoyan soluciones intermedias que evitan el agravamiento del conflicto. Pero, por otro lado, China se alzó a una política ferozmente antisoviética que la llevó a apoyar a la OTAN, a la derecha europea (Thatcher, Strauss, etc.) y al militarismo antisoviético, profundizando el peligro de una

nueva guerra mundial. Sólo hace muy poco tiempo la política exterior china recuperó el equilibrio y se canalizó dentro de los complejos intereses nacionales chinos, sin caer en el maniqueísmo peligroso y autodestructivo.

Dentro de este contexto de confrontaciones cada vez más complejas, la aparición de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) reencuadró, a principios de la década del setenta, la capacidad de negociación del mundo subdesarrollado. Sin embargo, el aumento de la oferta de petróleo, como consecuencia del aumento de precio, terminó por generar un excedente y un debilitamiento de la OPEP.

Mientras los países de la OPEP manejaban los precios y el comercio petrolero y sus excedentes financieros, los países dominantes aceptaron dialogar. Cuando este poder disminuyó, los diálogos también se restringieron. A estos efectos se debe el auge y la decadencia del diálogo norte-sur.

II. Los cambios en la estructura internacional de poder y el diálogo Norte-Sur

1) Las tesis en debate

Las tesis centrales que llevaron al diálogo norte-sur estaban apoyadas en los siguientes elementos, concatenados entre sí:

- a) Por un lado se constataba la debilidad del imperialismo norteamericano, en la medida en que militarmente había sido derrotado en Vietnam; en lo político había sufrido el golpe del desprestigio interno que fue Watergate; en el terreno financiero, el dólar perdió su condición de moneda fuerte y estable; económicamente, Estados Unidos se debilitaba en el comercio mundial al disminuir su participación en el movimiento comercial internacional y al aumentar el déficit de su balanza comercial; tecnológicamente, perdía ante Alemania y Japón la batalla de la tecnología en varios productos y líneas de producción, mientras que al mismo tiempo la Unión Soviética pasaba a ocupar una posición clave en todos los terrenos.

- b) Después se planteó la ruptura del frente capitalista mundial, con la acentuación de la crisis económica mundial; el aumento de la competencia entre las potencias capitalistas; la imposibilidad de que se mantuviera la solidaridad entre los países de la OTAN frente a la cuestión del Oriente Medio, donde el petróleo se convertía en el eje definidor de la política acerca de Israel; el acercamiento comercial —inevitable— de Europa a los países socialistas (único mercado capaz de impedir la caída económica del comercio internacional de Europa) también debilitaba la solidaridad occidental
- c) Todavía se consideraba el creciente peso que adquirirían los países petroleros del Tercer Mundo en la economía mundial a partir de la OPEP. La capacidad de coordinar una política de precios a través de una coalición organizada y coherente, unida a la utilización del petróleo como arma, política en la crisis de Oriente Medio en 1973, a través del bloqueo petrolero, aumentó la confianza del Tercer Mundo en su capacidad de negociación. El avance de la revolución anticolonial en África y Asia permitía la ampliación de las fuerzas progresistas dentro del Movimiento de los No Alineados, que inspiraba y coordinaba la acción diplomática en las organizaciones internacionales, provocando la reacción norteamericana, que llegó a denunciar la “dictadura de la mayoría” en las Naciones Unidas y a retirarse de la OIT y la UNESCO.
- d) Al mismo tiempo que se producían estos cambios en las relaciones internacionales del campo capitalista, también se transformaban rápidamente las relaciones de este con el campo socialista. En primer lugar, se superaba el clima de guerra fría y se iniciaba la llamada “distensión”. En segundo lugar, la posición antisoviética del gobierno chino era utilizada como elemento de la política occidental, con el viaje de Nixon a China Popular en detrimento de Formosa. Estos hechos parecían dar la razón a los que defendían la tesis de una igualdad de los intereses de los países capitalistas y socialistas desarrollados, en contradicción con el Tercer Mundo.

Este conjunto de hechos y las interpretaciones que de ellos derivan parecían poner fin a la discusión abierta y clara entre los países del Norte desarrollado y los del Sur subdesarrollado.

2) Los temas en debate y las decepciones

No es este el lugar adecuado para hacer un balance detallado de las discusiones que tuvieron lugar entre los representantes del Norte y Sur, pero es necesario hacer una síntesis de las mismas. En ocasión de los encuentros Norte-Sur se llevó a cabo un examen casi completo de las relaciones internacionales entre los países desarrollados y los no desarrollados.

La cuestión fundamental, según los autores más destacados de la corriente tercermundista oficial, era la del intercambio desigual, que diera origen a tantas discusiones teóricas y diplomáticas. En realidad, se trata de un tema mucho más complejo de lo que parece. La tesis central es que existe un deterioro de los términos de intercambio de materias primas, cada vez más barata frente a los productos manufacturados cada vez más caros.² Esta posición se apoya en datos insuficientes, puesto que las estadísticas revelan un comportamiento cíclico según las fases del ciclo económico. Además, las tentativas de explicar los períodos en que se verifica el deterioro de los términos del intercambio por factores estables, como por ejemplo el valor de los productos, son simplemente ridículas desde el punto de vista teórico.³ Lo que sucede en el mercado internacional está influenciado por diferencias en la base tecnológica, en la distribución de los factores de la producción y en las condiciones del mercado, particularmente debido a los comportamientos monopólicos y monopsónicos.

Los ejemplos de esta práctica monopólica son innumerables desde comienzos del siglo XX. Las investigaciones recientes que han permitido comprobar la existencia de sobrefacturación en los productos importados por las multinacionales desde sus países de origen aportaron nuevos

2. La teoría del deterioro de los términos de intercambio encuentra su primer fundamento teórico en los análisis de la CEPAL realizados en los documentos de Raúl Prebisch: *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*; y *Estudio económico de América Latina* (1949). Dos análisis detallados del pensamiento de la CEPAL pueden verse en Octavio Rodríguez (1980) y Gabriel Guzmán (1976).

3. La teoría del intercambio desigual se desarrolla a partir del libro de Arghiri Emmanuel (1969). En este mismo libro aparece ya la crítica de Charles Bettelheim. Este libro originó una verdadera tempestad y un diluvio de críticas y contracríticas que provocó uno de los mayores desperdicios de tiempo en el pensamiento marxista. Véase Samir Amin (1973a; 1973b); VV.AA. (1973); Víctor Testa (1974); Dan Otto Anderson (1976); Orlando Caputo (1980) y José Valenzuela (1979) realizaron trabajos definitivos sobre el tema, aún no publicados. Un texto que causó impresión en el debate fue el de Oscar Braun (1973).

datos sobre la cuestión. Pero aun esas investigaciones no pueden compararse con la comprobación práctica que significó la política de precios de la OPEP. Esta demostró que sólo se podría lograr un precio justo para el petróleo crudo a través de la organización de un cartel de los productores (comportamiento monopólico típico). Y esto sólo fue posible en la medida en que se rompió con el monopolio de la producción petrolera por parte de las “siete hermanas” (las empresas que controlaban en forma de un cartel el mercado mundial de petróleo). Sin duda, las “siete hermanas” continuaron controlando la comercialización y la venta del petróleo refinado, como también importantes partes de la producción. Con ello demostraron que podrían neutralizar en parte las ganancias obtenidas a través del control de la oferta por los países de la OPEP, al controlar la demanda del producto y la tecnología de su industrialización.

La OPEP puso también al descubierto otro aspecto antes debatido teóricamente: la cuestión financiera. Los enormes volúmenes de recursos extraordinarios que afluyeron a los países productores de petróleo como consecuencia del aumento del precio del producto tuvieron que ser aplicados a través del sistema financiero del capitalismo internacional.

Los países petroleros sintieron inmediatamente su importancia para invertir sus riquezas; no sólo internamente —en sus economías débiles para absorber nuevas inversiones— sino también internacionalmente, les faltaba un aparato financiero para colocar recursos.

El aumento de la liquidez mundial, debido al surgimiento de los petrodólares, aumentó las tendencias inflacionarias que ya estaban en curso antes de 1973 y provocó, en consecuencia, una explosión de créditos internacionales de origen privado. Paradójicamente, muchas veces esos créditos servían para cubrir los déficits de las balanzas de pago provocados por el aumento del precio del petróleo.

Pero el episodio del petróleo no era más que una manifestación superficial de orden práctico y de carácter dramático de los problemas que derivan de las normas estructurales que rigen las relaciones norte-sur.

La división internacional del trabajo entre productores de bienes industriales y de alta tecnología y productores de materias primas (que en los últimos años están siendo reemplazados por la producción de bienes industriales de mayor desarrollo tecnológico y menor valor agregado),

restringe las posibilidades de crecimiento de los países que emergen tardíamente en la economía capitalista mundial. Los límites de la expansión capitalista moderna frenan el desarrollo de las burguesías de estos países, de las clases modernas, como el proletariado industrial, de los asalariados urbanos en general y de los técnicos y científicos en particular. Las relaciones sociales capitalistas están poco desarrolladas y las fuerzas productivas de estos países se tornan subutilizadas y limitadas.

La transferencia de capitales, de empréstitos y de tecnología de los centros capitalistas dominantes a los capitalistas dependientes se convierte en un factor que estimula las crecientes contradicciones. Los capitales que se transfieren a estos países asumen dos aspectos:

- a) El aspecto físico, que se materializa en el transporte a los países subdesarrollados de bienes en forma de maquinaria, que contienen cierta tecnología (*embodied technology*) y determinan una forma específica de organización de la producción, de las interrelaciones sociales y de los procedimientos técnicos.
- b) El aspecto contable o financiero, bajo el cual ese transporte de bienes adquiere la forma de una inversión directa, de un movimiento de capitales que incluye el derecho de propiedad sobre esos bienes físicos como también el de explotar la mano de obra local para obtener, con la combinación de medios de producción y trabajo, un producto nuevo, de valor superior, que será vendido en el mercado local e internacional y producirá ganancias.

El país receptor deberá pagar, por un lado, el valor real o aumentado de la importación de los bienes materiales (maquinarias y materias primas industrializadas) lo que se refleja en el aumento de las importaciones y en una creciente tendencia al déficit comercial, y por el otro, deberá permitir la salida de las ganancias obtenidas por el capital como derecho de explotación del trabajo humano y de obtención de ganancias, lo que también provoca un déficit cada vez mayor en la balanza de capitales (pues las ganancias terminan siempre por superar el monto de las inversiones fijas realizadas). Agregando a estos el pago absolutamente unilateral de los “royalties” (renta tecnológica), derechos por marcas y patentes, costos

de flete, seguros, asistencia técnica, etc., tenemos una explicación estructural para el carácter permanentemente deficitario de nuestras balanzas de pagos, tal como se expuso en la primera parte de este trabajo.

Esta compleja combinación de dependencia tecnológica, intercambio comercial desigual, servicios monopolizados adquiridos a elevado precio y movimientos de capitales que dan por resultado la exportación de ganancias, explica nuestro déficit internacional y la necesidad creciente de endeudamiento, como también la inevitable crisis de las relaciones económicas internacionales.

La actual crisis de endeudamiento internacional ha puesto en evidencia estos mecanismos. Hoy todos sabemos que los países del Tercer Mundo son exportadores líquidos de recursos financieros. El pago de los servicios y los intereses de la deuda acrecentó dramáticamente la extracción de recursos de la región, anteriormente oculta en parte por falsas entradas de capital.

Se superan así los enfoques tradicionales: tanto los que ven en el subdesarrollo un fenómeno de atraso económico independiente de las relaciones entre países dominantes y dependientes, como los que buscan el origen de los problemas internacionales en la mera desigualdad comercial, tales como el intercambio desigual y el deterioro de los términos de intercambio; y también de los que pretenden resolver tales problemas con la simple transferencia de recursos, capital y tecnología desde los países desarrollados a los no desarrollados.

La compleja relación entre división internacional del trabajo, movimientos de capital, desigualdad tecnológica, súper-explotación de la fuerza de trabajo, desarrollo de las fuerzas productivas y combinación y avance de las relaciones sociales de producción nos obligan a encarar estas cuestiones en profundidad y a establecer un estrecho vínculo entre las relaciones económicas internacionales y las estructuras socioeconómicas internas, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. El movimiento internacional de capital no es sino la manifestación más amplia y sofisticada del movimiento del capital en general (más específicamente del modo de producción capitalista) y de las formaciones socioeconómicas capitalistas que actúan en un mundo concreto, donde también influyen muchos componentes de otras formaciones socioeconómicas, las propias contradicciones de clase en la

interior de las formaciones capitalistas, los estados nacionales, las estructuras y superestructuras.⁴

El diálogo de los países del norte y del sur no puede ir más allá de lo que en realidad permite. Los intereses en pugna buscaron formas de convivencia en un mundo de contradicciones radicales, sin encontrar una fórmula de conciliación.

El surgimiento de la Comisión Trilateral, bajo el patrocinio de los hermanos Rockefeller, fue la respuesta al diálogo norte-sur; el capitalismo desarrollado e imperialista llamaba a la unidad contra dos peligros concomitantes: el Este europeo socialista y sus expresiones extraeuropeas, y el Sur subdesarrollado que articulaba cada vez más desarrollo económico, antiimperialismo, afirmación nacional y socialismo.

La respuesta era la unión de Europa y Japón con Estados Unidos en un nuevo pacto que respetase los cambios en la correlación de fuerzas mundiales. Este era el objetivo expreso de la Comisión Trilateral.

La historia de la Trilateral en el poder con Carter en los Estados Unidos, Raymond Barre, Schmidt y Andreotti en Europa y Osaka en Japón exigirían una exposición demasiado extensa. Los hechos posteriores muestran que sus propósitos no fueron coronados por el éxito.⁵

La agudización del enfrentamiento ideológico con el campo socialista no significó una victoria para el occidente capitalista. Ni siquiera la expansión del eurocomunismo occidental y de las disidencias y oposiciones de Europa oriental (por ejemplo, Polonia), pueden atribuirse a victorias de la Trilateral, en la medida en que es aún muy difícil prever sus resultados concretos.

Las tentativas de una comunidad de políticas económicas entre Estados Unidos, Japón y Europa no fructificaron, a pesar de los principios comunes (“trilaterales”) de algunos líderes; por el contrario, el proteccionismo y el nacionalismo se exacerbaron y se debilitaron las alianzas económicas, políticas y militares.

4. Sería demasiado extenso presentar aquí el conjunto de trabajos que se desarrollaron de esta orientación teórica y metodológica. En nuestro libro *Imperialismo y dependencia* presentamos una vasta bibliografía sobre el tema. Florestan Fernandes, además de sus aportes sobre el tema, presenta también una amplia bibliografía (1973).

5. Sobre el tema publicamos, en esa época: *La crisis imperialista y la política norteamericana, Cómo entender a Jimmy Carter* (1977). Ver un conjunto de trabajos de varios autores, entre ellos dos estudios nuestros bajo el título de *A Trilateral nova fase do capitalismo mundial* (1978).

Los intentos de asumir un liderazgo ideológico del Tercer Mundo a través de la política de derechos humanos no consiguieron superar los sentimientos antiimperialistas en estos países. Por el contrario, al ampliarse las perspectivas de un horizonte de transformaciones democráticas se exacerbó el sentimiento antiimperialista, ligado íntimamente a las luchas democráticas. Por otro lado, el nacionalismo se acentuó en la derecha, sobre todo en el sector militar, que se sintió huérfano de sus antiguos mentores del “mundo occidental y cristiano”. Este sentimiento se hizo aún más fuerte en América Latina en el episodio de la guerra de las Malvinas, en la cual la derecha descubrió claramente que no podía contar ni con los conservadores norteamericanos cuando se tratase de una cuestión colonial. Provengan de la derecha o de la izquierda, frente al imperialismo todos son “criollos”. En consecuencia, el espectro del socialismo, ya como solución para los problemas del mundo subdesarrollado, ya como poder económico y militar real al que se puede apelar cada vez más impunemente, aumentó su presencia en el mundo subdesarrollado.

El mundo se hizo más complejo y más peligros. La crisis capitalista, con sus millones de desocupados, la falta de opciones frente a la recesión económica, el creciente desaliento político y la desesperanza que invade a las grandes masas, todos estos elementos constituyen un terreno ideal para la aplicación de otra tesis de la Trilateral: las democracias se hacen cada vez menos gobernables y es necesario encontrar formas de democracias posibles que acentúen los instrumentos de gobernabilidad del capitalismo actual.

III. La crisis, la carrera armamentista y el problema de la paz

La situación se hace aún más difícil cuando, como consecuencia de los fracasos de la política de Carter, se acentúa el conservadorismo de la pequeña burguesía y de la clase media norteamericana, que se vuelve hacia el liderazgo de derecha de Ronald Reagan.

Reagan explota al mismo tiempo el sentimiento de frustración nacional y el aislamiento del americano medio, prometiendo un país poderoso pero vuelto sobre sí mismo. El apoyo al orden y a los valores

tradicionales tiende a combatir la modernización y la permisividad de las capas más afectadas por la crisis. Las minorías raciales, étnicas, sexuales, políticas e ideológicas son perseguidas. El gasto militar reemplaza a los servicios sociales y a la ayuda a las poblaciones pobres. El Estado aumenta sus gastos y su déficit, pero evita aumentar los impuestos, recurriendo al endeudamiento público local o internacional.

Esta concentración de demagogias populistas lleva seguramente al país al desastre, a la acumulación de contradicciones internas e internacionales. En ese contexto, la amenaza de un conflicto nuclear multiplica sus posibilidades, ya sea porque aumenta la necesidad del mundo capitalista de recurrir al enfrentamiento armado para detener el avance de las fuerzas democráticas y antiimperialistas, ya porque la salida para la crisis económica pasa por un apoyo a los gastos militares en investigación y desarrollo y a la lucha por el control de las tecnologías de punta que dominarán el mundo hacia fines del siglo XX; o bien porque el imperio en decadencia tienen que mostrar su fuerza para inmovilizar los factores de deterioro de su hegemonía; o porque la crisis económica fortalece los factores irracionales, en un ambiente cultural cada vez más grávido de violencia; o por otro lado, debido a los efectos de endurecimiento que esta situación de creciente guerra fría crea en el mundo socialista y en los movimientos revolucionarios.

Fue este clima moral, político, ideológico e intelectual el que en los años veinte y treinta dio origen al fascismo por un lado y al estalinismo por el otro, como radicalizaciones opuestas del capitalismo anticomunista y del socialismo acosado y bloqueado.

La paz mundial es el único camino para alcanzar el progreso y la democracia; pero al mismo tiempo, el progreso y la democracia son los únicos caminos para asegurar la paz mundial. Esta dialéctica es sumamente dramática, puesto que el deterioro económico que representa la crisis de largo plazo en que está inmerso el capitalismo actual degrada también la democracia y el clima de colaboración internacional. Todos los períodos de depresiones largas del ciclo de Kondratiev terminaron en confrontaciones armadas.

La lucha de la humanidad por imponer los factores racionales sobre los irracionales adquiere, en consecuencia, un carácter dramático. En la

medida en que los gastos militares, la guerra y la represión se convierten en una necesidad de supervivencia del modo de producción capitalista, el socialismo se levanta como única solución racional. Esta es la esencia misma del socialismo: el dominio del hombre sobre su propia historia, la superación de la prehistoria y el comienzo de la historia humana.

La humanidad se enfrenta de este modo a su destino planetario. El hombre ha llegado a conquistar el poder de destruirse como especie. La supervivencia de la humanidad pasa a ser un acto de libertad de la misma. En esta nueva realidad, la lucha por la paz es la condición previa a todo proyecto social. Inevitablemente se plantea el problema de una organización planetaria de la vida humana. La explotación del hombre por el hombre, la expropiación de las riquezas de unas naciones por otras, la opresión individual, social o nacional como formas de relación se transforma en amenaza para la supervivencia de la humanidad.

Si el socialismo fue en el pasado una inspiración moral superior de justicia social y democracia, en nuestros días se convierte en una exigencia de supervivencia de la humanidad. Por eso pesa sobre el mundo este extremo malestar: el pragmatismo y la mediocridad del pensamiento y de la práctica socialista, sobre todo en Europa, se transformaron en un gran obstáculo a la fe y a la esperanza de la humanidad en su salvación. Sólo la razón puede dar esa fe; pero para eso la razón tiene que superar los límites del empirismo y atreverse a pensar en el futuro, sin los actuales bloqueos para movilizar las fuerzas sociales en el camino de la paz, el socialismo y la democracia.

Los valores del racionalismo, de los derechos humanos, de la justicia y de la libertad se transforman en elementos de una nueva civilización. A ellos se ha agregado la paz como supremo valor determinante de la vida humana. Paz que debe ser construida en la medida en que la humanidad supere la lucha individualista por la supervivencia y los modos de producción antagónicos basados en la propiedad privada de los medios de producción.

La supervivencia del capital bajo sus formas nacionales, supranacionales o de bloques de intereses, se convirtió así en una amenaza para la supervivencia de la humanidad. Algo similar a los límites que representaron el corporativismo y la economía doméstica para una nueva

organización social y económica basada en el comercio mundial, la manufactura moderna y el avance tecnológico. Aquellas formas productivas restringidas impidieron el avance de las fuerzas productivas, la adaptación a las nuevas condiciones sociales, demográficas, culturales y políticas. La cuestión de la superación final del capitalismo se convirtió en un problema central de la humanidad, con el riesgo de destruirse en este proceso. Por eso, la lucha por la paz está situada en el centro mismo de la historia contemporánea y por eso también se convirtió en elemento central de la lucha por el socialismo, estando ambos vinculados a una única plataforma que apoya sus bases en las luchas obreras de principios del siglo XX, en la Segunda Internacional. No se puede olvidar que los primeros movimientos por la paz en el mundo surgieron dentro de la Internacional Socialista. No podría haber sido el liberalismo, que se basa ideológicamente en la destrucción de los individuos y de los países más débiles por los más fuertes, el que generase una doctrina de paz mundial. Sólo el socialismo, como alborada de una civilización comunitaria a nivel planetario, podía generar una doctrina de paz mundial.

Hoy en día, lo que fue un principio doctrinario se ha convertido en una necesidad instintiva de la humanidad asustada y confusa. Para recuperar esa confianza y esa esperanza es importante lograr la unidad entre la voluntad y la razón que sólo el socialismo como movimiento planetario puede alcanzar.

Para comprender lo que representan los actuales gastos militares como límite al avance social de la humanidad basta compararlo con los gastos necesarios para resolver los más graves problemas mundiales actuales, como por ejemplo el hambre y el analfabetismo. Estudios realizados por los diversos organismos de la ONU revelan claramente que los actuales gastos militares, que equivalen al producto nacional bruto de América Latina y de África juntas, podrían ser reemplazados por otras actividades que permitirían alcanzar una tasa de desarrollo de los países subdesarrollados superior en un 3,7% a la actual.

La humanidad dispone de los medios materiales y de los conocimientos necesarios para saltar de una sociedad de escasez en que viven las dos terceras partes de ella, hacia una sociedad de bienestar y abundancia. ¿Qué impide este salto histórico? El mantenimiento de relaciones de

producción arcaicas, limitadas, incapaces de permitir la libre planificación del uso de los recursos humanos, y materiales para la solución de esos graves problemas sociales.

No se trata de una panacea social. El capitalismo, en la medida en que destruyó –en general con gran crueldad- los resquicios del modo feudal de vida, permitió a la humanidad realizar grandes avances económicos, sociales y culturales. Pero no por eso el siglo XIX fue un período paradisiaco en la historia de la humanidad; por el contrario, estuvo signado por revoluciones, guerras, sufrimientos y miseria de grandes masas de población.

No se trata entonces, de idealizar estos graves y complejos períodos de transición. La historia del socialismo ha sido hasta ahora un proceso difícil, violento y con un alto costo, sobre todo para sus dirigentes.

La guerra no fue eliminada del horizonte humano; por el contrario, su concreción en la Segunda Guerra Mundial y en las guerras anticoloniales que la siguieron indica que la paz es un objetivo difícil y tal vez distante. Pero el irracionalismo de la carrera armamentista sobrepasa con mucho los costos más directos de la confrontación armada. Por principio, la parafernalia de armamento, instrumentos y otros medios creados para la guerra nuclear no puede ser usada sin el riesgo de destruir a la humanidad. De allí entonces la necesidad de una concepción estratégica y geopolítica en la capacidad económica de las partes para sobrepasar al adversario. Los conceptos de destrucción mutua, ataque nuclear localizado, etc., son irracionales porque operan sobre situaciones imaginadas como imposibles de realizarse en la práctica.⁶

La necesidad de convivir con ese tipo de conceptos, que determinan la utilización de más de la cuarta parte de nuestros recursos económicos, nos lleva a un creciente paroxismo cuya fuente se encuentra en la

6. La bibliografía sobre la carrera armamentista y la amenaza de un holocausto nuclear es sumamente amplia y no sería posible reproducirla aquí. Quisiéramos, sin embargo, señalar un enfoque extremadamente innovador de Amílcar O. Herrera (1982). Al mismo tiempo, el movimiento europeo por la paz generó por lo menos dos colecciones de textos importantes como visión global de la cuestión. Bajo la dirección de Philippe Lacroix, publicó *Se éviter la guerre* (1983). Sobre América Latina en el juego estratégico y la doctrina militar del gobierno Reagan existe una importante selección hecha por la ALDHU (1983).

irracionalidad de la conservación de relaciones de producción limitadas y estrechas, basadas en formas económico-sociales tan primitivas como el intercambio entre productores privados, la propiedad privada de los medios de producción y el régimen del salario en la organización del trabajo.

La profunda crisis económica actual es en parte un reflejo de esa situación constitutivamente irracional y, por lo tanto, sólo manejable o administrable con un creciente grado de empirismo e irracionalismo, aunque estos adopten la forma de sofisticadas teorías como la teoría de los juegos, el concepto de azar, los modelos empíricos de comportamiento socioeconómico, un estructuralismo a la ultranza que pretende apartar al hombre ya su historia del horizonte del conocimiento racional.

IV. De la depresión económica a la recuperación

Entre 1976 y 1977 se inició un nuevo período de crisis del capitalismo. En el siglo XX este sistema ya había conocido una depresión prolongada, iniciada durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Esta depresión terminó hacia fines de la Segunda Guerra (1939-1945). Comenzó entonces una onda de expansión y crecimiento capitalista tan vigorosa que despertó en sus ideólogos un enorme optimismo.

A partir de 1976-1977 acabó la relativa estabilidad política de posguerra y se interrumpió el crecimiento económico. El crecimiento de los países capitalistas empezó a disminuir; las recesiones económicas se hicieron más profundas, extensas y frecuentes; el dólar perdió su estabilidad y su función de moneda universal; las tasas de desempleo se elevaron a índices sumamente altos; la marea revolucionaria se extendió por el Tercer Mundo, cambiando significativamente la correlación de fuerzas en escala planetaria. En los países capitalistas dependientes se constató el fracaso de las ayudas internacionales y de los proyectos de milagro económico. Cayó el optimismo de las décadas anteriores y se inició una etapa de inseguridad social e inestabilidad política que obligó a elaborar nuevas fórmulas estratégicas y concepciones políticas.

a) La crisis como una constante de los años ochenta

Según los cálculos económicos más confiables, la etapa de desaceleración económica iniciada en 1967 se prolongará hasta 1990 aproximadamente. Hasta 1976 tuvimos una primera fase de onda larga que terminó con la depresión de 1974-1976. A partir de 1977 iniciamos una nueva fase cuyo punto más bajo se produjo en 1980-1983. El actual período, que se inicia con una recuperación económica en los Estados Unidos y en los países industriales, presenta dos aspectos aparentemente contradictorios: por un lado, todo indica que esta será la etapa más aguda de la crisis general del capitalismo de posguerra, asemejándose a la década del treinta; por otro lado, esta crisis podrá generar las condiciones económicas, sociales y políticas para una nueva recuperación y expansión capitalistas a partir de la década de 1990.

Estos cálculos económicos se basan en proyecciones de varios modelos econométricos y en las tendencias de los ciclos largos de 25 años de prosperidad y 25 de depresión, descubiertos por el economista ruso Kondratiev. Hay muchas evidencias de que una recuperación capitalista sólo será posible después de un largo período de estancamiento.

En el transcurso de la depresión de 1980-1983 surgieron algunas demostraciones de la existencia de ciertos elementos para una recuperación. La tasa inflacionaria cayó por primera vez de manera significativa en varios países industriales. El parque industrial tradicional se liberó de los sectores más arcaicos y casi todos los países capitalistas se aprovecharon de la crisis y de la consecuente debilidad del movimiento obrero para imponerles el cierre de grandes unidades de producción como los complejos siderúrgicos de Francia y España y las minas de carbón de Inglaterra, por ejemplo. Hay una política de modernización industrial y de incorporación de automatización y tecnología de punta en todos los países desarrollados y hasta en países de desarrollo medio.

En el transcurso de esta fase de crisis profunda deberán surgir en los "puntos débiles" del sistema capitalista internacional, situaciones revolucionarias que desembocarán en revoluciones victoriosas o en salida contrarrevolucionarias lo suficientemente fuertes como para aplastar a los movimientos sociales, que explotan siempre donde se acumulan las contradicciones del sistema internacional en crisis.

Según la hipótesis expuesta en nuestro libro *Imperialismo e dependência* y en la primera parte de este trabajo, los eslabones más frágiles de esta cadena serían, en la crisis actual, los países capitalistas avanzados que se encuentran en una depresión más aguda, como es el caso de Inglaterra, o los que no consiguieron romper radicalmente con el subdesarrollo, como Italia, Grecia, España y Portugal. Entre los países subdesarrollados y dependientes, los que alcanzaron un mayor desarrollo industrial monopolista (Brasil, India, México, Indonesia, Irán) serían los que presentarían las crisis socioeconómicas más agudas, con posibles consecuencias revolucionarias o contrarrevolucionarias.

b) Capitalismo de Estado

La única alternativa que tendría el sistema capitalista para impedir estos desequilibrios críticos sería una profunda extensión del capitalismo de Estado en estos países, antes de que maduraran totalmente en ellos las condiciones para una crisis general.

La extensión y profundidad del capitalismo de Estado es una de las formas necesarias para superar provisionalmente una crisis económica profunda del sistema. La intervención estatal permite absorber las empresas que presentan bajas tasas de ganancia y liberar el capital privado para que opere en las ramas de mayor rentabilidad. Permite desarrollar y experimentar nuevas tecnologías, que el capital privado no puede arriesgarse a promover, dado los enormes costos y riesgos que suponen las investigaciones, científicas cuando se trata de innovaciones muy radicales.

La intervención estatal asegura también y amplía la demanda de productos importantes, lo que estimula la inversión, somete la fuerza de trabajo al capital y regulariza los mercados de bienes de dinero. Con esa intervención el Estado eleva el grado de socialización de la economía. El capitalismo de Estado prepara así las condiciones para una futura economía socialista y se convierte en el último “peldaño hacia el socialismo”, según la expresión de Lenin. Pero al mismo tiempo, al colocar esa fuerza socializadora al servicio de los monopolios, el Estado fortalece al capital, aumenta la rentabilidad y garantiza un nuevo período de acumulación.

La intervención estatal profundiza la incidencia del capitalismo monopolista de Estado, ampliando las posibilidades de supervivencia del sistema y “bloqueando” a mediano plazo una solución socialista, tanto en los países desarrollados como en los dependientes y subdesarrollados.⁷

c) El fantasma del desempleo

La aguda crisis por la cual atravesaron los países industriales a principios de los años ochenta aumentó, al mismo tiempo, la centralización de los capitales y la monopolización de la economía. En los próximos años seguiremos asistiendo a quiebras masivas, no sólo de empresas medianas y pequeñas sino también de las empresas mayores que se revelaron como menos eficientes (lo que ya se anunciaba en casos como el de la Chrysler). Esto provoca una depreciación masiva de los activos actuales y del capital instalado, favoreciendo la absorción de las empresas de menores recursos por parte de las que tenían mayor liquidez, en especial los grupos financieros más poderosos, que son los únicos capaces de realizar las gigantescas inversiones para estimular un nuevo período de crecimiento capitalista.

La depreciación, sumada a la caída de la demanda, deberá provocar finalmente una caída de la demanda, deberá provocar finalmente una caída de la curva inflacionaria en los próximos años, tal como se observó en la última recesión de 1981-1983. A pesar de las limitaciones de la recuperación de 1983-1985, que indican una próxima recesión, todo parece señalar que esta terminará con muchas resistencias de empresas tecnológicamente superadas y de monopolios también superados por la diversificación de la producción industrial en escala internacional. Se crearán así las condiciones para romper con muchas prácticas proteccionistas que garantizan la supervivencia de esos sectores en los países más industrializados y para avanzar en dirección de una nueva división internacional del trabajo.

7. Sobre el capitalismo monopolista de Estado y otras características del capitalismo contemporáneo, véase nuestro ensayo (1983).

Una vez realizadas estas condiciones, se crearían los niveles para una lenta recuperación de los negocios a fines de la década del ochenta. Pero el precio de la recuperación será un largo período de desempleo masivo y creciente, que se prolongará hasta fines de la década del ochenta. Las tasas de desempleo, que alcanzaban alrededor del 3% en la década de 1950, se elevaron al 5% y 6% en los años sesenta y setenta. Se calcula que en la década del ochenta el desempleo rondará al 10% o el 15%.

En la década pasada muchos países pudieron pagar seguro de desempleo, lo cual alivió la crisis; pero se hizo muy difícil conseguir seguros de este tipo para masas de asalariados tan gigantescas como las de la década del ochenta. Se ven amenazados así los derechos adquiridos por los trabajadores durante años de prosperidad y se desarrollan los sistemas de contratación de trabajadores con jornadas más prolongadas, inseguridad en el empleo, exigencias de no sindicalizarse, para no hablar del llamado trabajo negro o clandestino ni del gran desarrollo de la eufemísticamente llamada economía “informal” de los trabajadores autónomos o “cuentapropistas”.

Los efectos sociales del desempleo son aún más impresionantes si tenemos en cuenta que las estadísticas oficiales no consideran desempleados a los que dejan de buscar trabajo, que generalmente son el doble de los abiertamente desocupados. Nos encontramos así con la experiencia de enormes masas populares desempleadas o subempleadas, viviendo de actividades económicas inestables, de la caridad pública (sistemas de bienestar social) o privada (mendicidad abierta o disfrazada), o simplemente del delito.

Por otra parte, el desempleo afecta de manera desigual a los diversos sectores de la población. Las minorías raciales, los inmigrantes legales o ilegales, las mujeres y las regiones más atrasadas de cada país presentan niveles de desempleo mucho más altos que la media nacional. Este aumento del desempleo significa una radicalización de las tensiones sociales, culturales y regionales y una amenaza para las conquistas sociales de las minorías.

El desempleo afecta también la capacidad de reivindicación de los sindicatos y organizaciones de base, que constituyen la principal expresión de la organización obrera en los países capitalistas avanzados. El

reclamo económico es el instrumento fundamental de la lucha de la clase obrera en los períodos de ascenso económico y esta es la base social de la hegemonía ideológica y política actual de la social-democracia europea. En tiempos de depresión aguda, con sus conquistas amenazadas, los trabajadores se ven obligados a colocar en primer plano sus demandas políticas y la lucha por el poder tiende a asumir el papel privilegiado dentro de la lucha de clases.

La burguesía reacciona de una forma similar, desarrollando un pensamiento conservador y dando un giro progresivo a la derecha. La burguesía se ve empujada a crear las condiciones políticas para debilitar a la clase obrera y tiende a romper los mecanismos de conciliación que se habían arraigado en la conciencia política de los países capitalistas más industrializados después de la Segunda Guerra Mundial.

d) La cuestión nacional

Rota la supremacía absoluta que los Estados Unidos había obtenido en la Segunda Guerra Mundial, se rompen también sus instrumentos: la hegemonía del dólar, la superioridad militar y los tratados que la apoyan (OTAN Tratado de Río de Janeiro y los pactos militares asiáticos ya disueltos), el poder de los organismos internacionales, como el FMI, el GATT, que se ven cada vez más atacados.

La lucha entre intereses imperialistas de los Estados Unidos, Alemania Federal y Japón, y el conflicto entre estos y las demás potencias capitalistas se agrava aún más al entrar en contradicción con las nuevas potencias emergentes. Esta acumulación de contradicciones, sumada a la previsible agudización de la crisis, hace mucho más difícil conciliar esos intereses en una política uniforme del imperialismo. El proteccionismo, peligroso instrumento de la lucha económica entre las burguesías nacionales, tiende a imponerse cada vez más como arma de defensa de los intereses nacionales en pugna. En consecuencia, el comercio mundial se debilita, se agravan los conflictos interimperialistas y la lucha entre el imperialismo y los países subdesarrollados y dependientes.

La lucha por el control de las fuentes de energía, las materias primas y la producción agrícola tiende a ser cada vez más fuerte. El movimiento

de capitales y recursos financieros internacionales se ve afectado por esos fenómenos que hoy hacen temblar el sistema financiero mundial y amenazan con provocar su ruina. Las desinversiones (retiro de capitales y venta de empresas en los países menos estables), las quiebras de bancos importantes y las moratorias de los países deudores son hechos ya en marcha, como se vio en la Primera Parte.

e) Recuperación antes del siglo XXI

Se engaña rotundamente quien ve en la actual crisis el fin del capitalismo. Esta crisis, aunque profunda y prolongada, es un mecanismo corrector de los desequilibrios que provoca la propia acumulación capitalista. Ella genera los elementos para que el sistema se recupere en la década del sesenta.

De hecho, las quiebras de empresas liquidan los sectores menos productivos y permiten la concentración económica y una mayor centralización del capital. Esto crea las bases para una nueva etapa de inversiones, basadas en nuevas tecnologías.

El desempleo y el debilitamiento de la capacidad de reivindicación de los sindicatos permite aumentar la tasa de explotación del trabajo, y en consecuencia eleva la tasa de ganancia, lo que estimula nuevas inversiones.

La destrucción del actual sistema financiero internacional, basado en el dólar, permite recuperar paulatinamente el oro como medida universal de valor, lo que crearía condiciones para una nueva estabilidad financiera.

El proteccionismo fortalece los mercados nacionales y esto corrige en parte las formas extremas de la actual internacionalización del capital. Todos esos fenómenos allanarán el camino para que se inicie una nueva fase de acumulación capitalista en la última década del siglo.

f) Nuevas áreas de conflicto: el choque ideológico e político

¿Por qué pasará en estas circunstancias con las clases y naciones que se enfrenten en choques formidables? Basándonos en otras circunstancias

históricas semejantes se puede deducir que el sistema tenderá a sufrir una quiebra revolucionaria en sus puntos débiles, cada vez más próximos al núcleo del capitalismo central.

En otros períodos depresivos de largo plazo, la exacerbación de las contradicciones dio como resultado guerras como la franco-alemana en 1914 y las dos guerras mundiales. No se pueden descartar las guerras. Pero hay que señalar un nuevo elemento: la presencia de un campo socialista que concentra enorme poder y propone una alternativa estratégica. La confrontación se polariza entre la Unión Soviética y los Estados Unidos y esto se refleja inclusive en las guerras civiles regionales.

El ascenso de regímenes de derecha y de formas de poder autoritarias y totalitarias viene siendo y deberá ser contrapuesta por conquistas revolucionarias, insurrecciones victoriosas y experiencias reformistas avanzadas que surgen de las luchas por la democratización de regímenes autoritarios y para-fascistas, extremadamente desgastados por su contenido antipopular y por la acción de una crisis económica aguda. No es posible prever las formas específicas que adoptarán los diversos regímenes resultantes de este proceso de radicalización. Sin embargo, es posible prever su dirección general y algunos de los elementos políticos e ideológicos básicos que deberán regir los años de depresión y las tentativas de recuperación y de nuevos modelos de desarrollo económico social:

1. En los últimos años los dirigentes del mundo capitalista tendieron a polarizarse cada vez más entre: i) Una orientación conservadora cada vez más monetarista y restrictiva de la oferta, que conduce a una política económica depresiva; y ii) una orientación socializante que trata de aumentar la participación del Estado y de las organizaciones sindicales en la propiedad y la administración de la producción, en el control de los precios, en el sistema financiero y en la circulación económica, como en el caso del programa de Unión Popular que asumió el gobierno en Francia bajo la presidencia de Mitterrand y que retrocedió, sin embargo, en parte su ejecución. Los gobiernos portugueses posrevolucionarios nacionalizaron la banca e hicieron la reforma agraria entre otras medidas socializantes, y no obstante fueron bloqueados por los posteriores gobiernos socialistas y centristas.

El actual gobierno sueco también realiza transformaciones profundas en la dirección indicada, provocando inclusive una extraña huelga de empresarios. Por otro lado, nuevos programas de los partidos social-demócrata alemán y laborista británico, entre otros partidos obreros europeos, revelan una creciente tendencia a soluciones más avanzadas desde el punto de vista de las formas de propiedad y gestión.

2. En este contexto, el centrismo keynesiano se ve cada vez más desacreditado e inoperante. En consecuencia, los sectores monetaristas, reformulados a través de la tesis de la Economía Oferta (*Supply Side Economy*), gana terreno al proponer la contención de los salarios, del crédito y de los medios de pago en general, la disminución del déficit fiscal y la quiebra de empresas pequeñas y medianas de baja productividad como condiciones de saneamiento indispensable de la economía para generar un nuevo ascenso económico. Los keynesianos insisten en una mayor intervención estatal, sobre todo para elevar la tasa de consumo, política que en una situación inflacionaria como esa no tiene mayores perspectivas ni resuelve el problema de la tasa de ganancia y, por lo tanto, del estímulo a la inversión capitalista.
3. A pesar de la coherencia de la política monetarista como instrumento de recuperación capitalista, existen factores políticos que limitan enormemente la implantación de una política de estabilización. Sobre todo, se opone a ella la resistencia sindical y política del movimiento obrero. Por lo tanto, la solución de este problema deberá llevar a una creciente confrontación de clases que ha sido propuesta por ciertos gobiernos social-demócratas y liberales.
4. Esta indefinición política y el agravamiento de la crisis económica que ella provoca conduce, a mediano plazo, a una respuesta de fuerza por parte de la burguesía. Desde el punto de vista económico, se refleja en la tendencia a implantar gobiernos conservadores cada vez más derechistas y a instaurar regímenes fascistas o parafascistas. Solamente en países donde el movimiento democrático disponga de reservas muy poderosas se podrán contener esas tendencias fascistas o para fascistas. Solamente en países donde el movimiento democrático disponga de reservas muy poderosas se podrán contener esas tendencias fascistas y conformar frentes democráticos progresistas. La victoria conservadora

en Inglaterra (Tatcher), en los Estados Unidos (Reagan) y el triunfo de la democracia cristiana alemana y otros casos de ascenso de fuerzas de derecha al gobierno, confirman esta previsión.

5. La alternativa frente a las tendencias señaladas en el ítem anterior es que la clase obrera adopte medidas verdaderamente radicales, avanzando en dirección de la expropiación de la propiedad privada de los medios de producción y abriendo el camino para una salida socialista. Los programas de los partidos socialistas, comunistas, y hasta social-demócratas, tienden a radicalizar sus demandas de nacionalizaciones, control obrero e intervención del Estado, como expresión del creciente descontento de sus bases con el actual funcionamiento del capitalismo. Ya hemos citado los ejemplos de los gobiernos socialistas de Francia y de Suecia y los programas del partido laborista en Inglaterra y del partido social-demócrata alemán, entre otros. Concomitantemente al creciente radicalismo obrero, tiende a producirse una respuesta burguesa radical que trata de desestabilizar a los gobiernos progresistas y producir una grave crisis económica y financiera, con altas tasas de inflación, en la medida en que se mantienen los principios keynesianos de mantener el crecimiento por medio del déficit fiscal. De otro modo se producirá inevitablemente una derrota popular frente a la contrarrevolución. El espacio para una política de centro disminuye cada vez más mientras la tensión social aumenta.
6. Como resultado de una victoria política de la derecha se impone la política conservadora que trata de:
 - a) Elevar la tasa de plusvalía por medio del desempleo masivo de algunos millones de trabajadores.
 - b) Elevar la tasa de ganancias por medio del aumento de la tasa de plusvalía y de la desvalorización masiva del capital fijo de las empresas más débiles y su eventual quiebra.
 - c) Disminuir el déficit fiscal en el corte de los presupuestos para asistencia social y bienestar público.
 - d) Impulsar la nueva división del trabajo, con el propósito de garantizar una tasa de crecimiento de la economía mundial que se prolongue a largo plazo. La aplicación de esta política debe acentuar la inversión

capitalista en los países de desarrollo medio, la desnacionalización de sus industrias y los efectos negativos en la distribución de ingresos.

7. A largo plazo este esquema liberal-conservador llevará, paradójicamente, a una creciente intervención estatal a nivel nacional e internacional con el objetivo de que el Estado asuma la propiedad de las ramas y sectores económicos de baja rentabilidad, con el fin de racionalizar la inversión global y las políticas expansivas de las grandes empresas. A este respecto ya existen varias propuestas que no es pertinente examinar aquí. Al mismo tiempo, sería necesaria una nueva ola de innovaciones tecnológicas que permita un nuevo período de crecimiento de más largo alcance. En este momento existe una gran cantidad de invenciones en estado de aplicación próxima, cuyo uso comercial se encuentra detenido debido al estancamiento económico.
8. Para poder conseguir estos objetivos la burguesía deberá entablar una lucha política muy dura con la clase obrera. Esta confrontación tiende a complicarse aún más debido a las luchas interimperialistas y a las crecientes contradicciones con los intereses populares de los países dependientes y hasta con las burguesías locales, urgidas por la crisis internacional, la baja de los precios de las materias primas, el endeudamiento creciente y otras contradicciones internas en sus propios países.

Nuestra conclusión es que la crisis es de largo plazo y llegó a su punto recesivo más agudo en 1982-1983.

La pequeña recuperación que se produjo en 1983 y se prolonga hasta nuestros días no tendrá efectos definitivos aún, a pesar de haber logrado una disminución de las tasas de inflación. Sin embargo, los altos déficit fiscales y cambiarios en que se apoya esta recuperación indican sus límites. Así, volverán a imponerse las políticas recesivas y un nuevo período de recesión, que durará todavía algunos años, hasta que el capitalismo consiga dominar totalmente la tendencia inflacionaria. Durante la actual recesión no sólo se profundizarán las contradicciones de clase, las interimperialistas y las del imperialismo con los países dependientes, sino que también comenzarán a generarse los elementos de una

nueva recuperación, más vigorosa y de mediano plazo (dentro de unos seis a ocho años), que dependerá fundamentalmente de la derrota del movimiento obrero y popular anti-imperialista en los puntos clave del sistema internacional. La posibilidad de esa derrota o de una política obrera victoriosa está en función de la capacidad política e ideológica del proletariado y de su dirección política, de ellos dependerá que el movimiento obrero y popular fracase o sepa utilizar revolucionariamente las contradicciones generadas por la crisis, sumando al máximo de fuerzas posible contra la política antipopular de la gran burguesía.

La clase obrera tendrá que luchar fuertemente por dividir el frente anti-obrero y antipopular y allanar el camino para una ofensiva que no sólo garantice los derechos políticos y sociales amenazados por el conservadorismo, sino que profundice también las conquistas anteriores, impidiendo su reversión y la victoria de la contrarrevolución. Nunca está de más señalar que todas las victorias son precarias si no se complementan con la destrucción de la propiedad privada de los medios de producción, fuente de la crisis económica y de las políticas en dirección a la derecha. La crisis económica se convierte en crisis política y la resolución de esta se juega en la lucha de clases a través de una solución económica proletaria o burguesa.

V. El mundo socialista: cambios estructurales

No se puede comprender la posible evolución de la situación internacional sin considerar el efecto que sobre ella tienen los países donde la propiedad colectiva domina y la planificación es el principio ordenador de la economía. Contra las concepciones simplificadoras que habían predominado en el mundo, hoy se concibe la experiencia de estos países como expresión de una variedad de formas y estructuras socioeconómicas que reflejan diferentes grados de desarrollo, distintas trayectorias históricas y condiciones geopolíticas particulares.

Si bien empiezan a parecer ridículos los distintos intentos de transformar en “modelos” las soluciones concretas que ensayaron los distintos países socialistas, aún existe muy poca objetividad en su estudio. La

desviación idealista de comparar a estas experiencias con ciertas tesis utópicas sobre lo que el socialismo debería ser es aún un obstáculo para el análisis de sus estructuras socioeconómicas, de las tendencias reales de su evolución y de su impacto en el escenario internacional.

Al contrario de lo que sostienen muchos de sus intérpretes occidentales (de derecha o de izquierda), en estos países existe una dinámica social muy intensa, acompañada de constantes crisis políticas más o menos abiertas, que se expresan en cambios de orientación estratégicas encendidas autocríticas y muchas veces el reemplazo de dirigentes. El hecho de que los líderes máximos no cambien durante largos períodos no debe ser tomado como expresión de conservadorismo o de estancamiento político-social. Junto a la permanencia en el poder de personalidades que dan continuidad y unidad al proceso revolucionario, con frecuencia se producen remociones de dirigentes altos y medios que tienden a ser subestimadas, como simples fenómenos de discontinuidad político-administrativa.

a) Revolución científico-técnica

Desde el punto de vista socioeconómico los cambios son vertiginosos. La Unión Soviética, por ejemplo, era hasta 1960 un país predominantemente rural; hoy sólo conserva poco más de un tercio de su población en el campo. En este mismo período el país se transformó en el primer productor mundial de acero y de varias materias primas importantes, modernizó gran parte de su aparato productivo y pasó a contar, ya en 1969, con la mitad del número de científicos que tenía Estados Unidos.

b) Movilidad social

Como consecuencia de estas transformaciones estructurales los estratos sociales de la sociedad soviética cambian rápidamente. Las dos clases básicas, obreros y campesinos, se desequilibran a favor de los primeros. Crecen los sectores técnicos, sobre todo los vinculados con la educación, la ciencia y las comunicaciones modernas. En los estratos dirigentes, además de la burocracia estatal, militar, partidaria y sindical, asumen

fuertes posiciones de poder en la estructura social los científicos, los intelectuales y los ejecutivos de empresas.

La diferenciación social estimula el desarrollo de interpretaciones distintas del socialismo, que van desde una estalinista y ortodoxa, aún vigente pero bastante modernizada, hasta importantes desarrollos del marxismo clásico, inclusive con expresiones de un humanismo socialista más cercano a la ideología social-demócrata occidental que a los clásicos.

Los obreros calificados y los campesinos de las empresas estatales y cooperativas aumentan su organización y su influencia directa en el poder estatal; la planificación se flexibiliza y se delega cada vez más autoridad a las unidades productoras; se ensayan formas de autogestión, como las “brigadas de trabajadores”. El desarrollo del turismo abre el país al exterior y la ruptura de las barreras creadas durante la Guerra Fría permite a la diplomacia y a los dirigentes, científicos e intelectuales salir al exterior y adquirir una visión más realista y concreta del mundo.

El impresionante desarrollo de las regiones atrasadas consolida la difícil unidad de las repúblicas, lenguas y naciones que componen este país-continente. Pero al mismo tiempo replantea los problemas nacionales y las exigencias culturales de pueblos, cada vez más capaces de reivindicar su independencia cultural en el seno de una sociedad multinacional.

c) Las crisis internas

Las crisis internas que suponen estas vastas modificaciones se ocultan por diversas razones. El miedo a que se acentúen los problemas y que sean explotados por los enemigos, hace que los dirigentes y científicos sociales soviéticos aborden estos temas con fórmulas preestablecidas que dificultan la plena comprensión de los fenómenos que allí ocurren.

Los intereses antisoviéticos de la prensa occidental y la falta de madurez ideológica de muchos teóricos de izquierda (perdidos en las redes de un “marxismo” formalista e ideológico; divididos entre los elogios incondicionales y las “críticas” feroces derivadas de los traumas que generaron la ruptura con el stalinismo y el choque entre las exigencias reales

de la vida política y sus visiones místicas y místicas de la sociedad socialista) impiden que se divulguen fuera de los círculos especializados los elementos para una interpretación objetiva de estas sociedades.

Hacia fines de esta década probablemente se podrán sentir más ampliamente los efectos de estos cambios socioeconómicos y culturales que serán evidentes en la Unión Soviética y en Europa Oriental, con reflejos sobre las obras de una intelectualidad cada vez más libre y creadora. Esto no descarta, sin duda, la posibilidad de que el conflicto entre los diferentes grupos sociales del socialismo avanzado provoque posibles retrocesos en la democracia socialista. El clima de guerra fría y las crecientes presiones de los grupos dirigentes norteamericanos sobre la Unión Soviética pueden impregnar el clima político de este país con una atmósfera venenosa.

Desde el punto de vista internacional, la imagen de la Unión Soviética sufrió un importante cambio en los años ochenta. Tal como había ocurrido en la década del treinta, la comparación entre la crisis occidental —con la pauperización y el desempleo a ella asociados— y las realizaciones materiales del socialismo suscitará la admiración por este. Entre muchos intelectuales pequeño-burgueses liberales y semi-izquierdistas occidentales, el entusiasmo puede asumir una forma idealizada. Con el mismo brío con que hoy atacan a la Unión Soviética, muchos cambiarán y empezarán a escribir como los Gide y los Malraux y los Webb en los años treinta, elegías tan encendidas como sus violentas catilinarias cuando se decepcionan de los mitos por ellos mismos creados.

El mismo peso económico, diplomático, político y militar de la Unión Soviética y demás países del CAME están aumentando. Esto acentuará las tensiones del CAME y el Pacto de Varsovia con Europa occidental, Estados Unidos, China y otras potencias. Crecen también las divergencias internas en el bloque socialista, como resultado del crecimiento mismo de estos países y de la diversificación de sus intereses y relaciones con el resto del mundo. Como es natural, esto obliga a la constante reformulación de sus relaciones mutuas, en la búsqueda de una comunidad más justa y articulada.

Al mismo tiempo, el crecimiento económico de los países socialistas (Angola, Mozambique, Vietnam unificado, Laos y Camboya) alterará

antes de fines de la década de 1980, las correlaciones regionales de fuerza a favor del socialismo. Esto no quiere decir que se producirán situaciones de estabilidad, sino más bien un aumento de las tensiones geopolíticas y de los peligros de confrontación militar con los países capitalistas de cada región.

d) La incógnita china

China Popular es una gran incógnita. Su comportamiento nacionalista la llevó al callejón sin salida del anti-sovietismo sistemático y a un sistema de alianza con las fuerzas más reaccionarias del mundo. La afirmación de la clase obrera en la dirección política de China se vio retardada por la fuerza del campesinado, por la supervivencia de capas sociales que son vestigios de la burocracia imperial, por la fuerza del provincianismo y del nacionalismo, que la llevaron a un peligroso aislamiento respecto de la realidad mundial.

La Revolución Cultural, a pesar de su apariencia progresista, hizo retroceder a China hacia una hegemonía ideológica de un comunismo campesino que se oponía al avance tecnológico, a la industria y, en última instancia, a la clase obrera. Se confundía comunismo con un igualitarismo anti-obrero y precapitalista y no poscapitalista.

Las reformas iniciadas con Teng Siao Ping, si bien producen algún retroceso en cuanto a la ideología igualitaria y a las formas colectivas de propiedad y de gestión, abren el país a un avance tecnológico, a la modernización, a las relaciones económicas internacionales e inclusive a ciertos marcos de liberalización política que se proponen introducir un soplo nuevo en una sociedad asaltada por los ideólogos de un campesinado provincial, cuyo totalitarismo se aproximaba más a la comunidad feudal que al comunismo contemporáneo.

El resurgimiento de la pequeña burguesía urbana y de los burócratas nacionalistas, reprimidos durante los años de la Revolución Cultural, no garantiza una dirección política avanzada e institucionalizada, pero por lo menos abre posibilidades de que las minorías obreras, los intelectuales, los científicos, los militares y los burócratas más lúcidos puedan ir formando un bloque de fuerzas políticas

cuyo poder aumentará con la modernización de la sociedad china. Es importante señalar que la clase obrera aún es minoritaria en China.

Existen aún en esta sociedad fuerzas suficientes para formar y garantizar la supervivencia de la propiedad colectiva y de la planificación e impedir la hegemonía ideológica de un nacionalismo aldeano sumamente negativo para el avance mundial del socialismo.

e) Yugoslavia después de Tito

Yugoslavia sufre grandes presiones externas en esta década, que es el inicio de la era post-Tito. Sin duda estas presiones obligarán a las diversas fuerzas sociales que forman esa nación a unirse aún más.

La clase obrera en plena emancipación con los avances económicos del país; las masas trabajadoras urbanas y rurales ligadas a la autogestión; los ejecutivos con sus fuertes desviaciones tecnocráticas pero sometidos a una burocracia partidaria cuya expansión es contenida y sometida a amplios controles sociales; una burocracia estatal también fuertemente contenida; y una intelectualidad más libre, activa y actuante que en otros países socialistas, mantienen los principios básicos del Estado Socialista Yugoslavo. La autogestión, el respeto por las nacionalidades, la política de autodeterminación y no alineamiento son avances históricos difíciles de ser erradicados del cuerpo social e ideológico yugoslavo.

Esto no quiere decir que no puedan producirse crisis políticas dentro del complejo equilibrio de fuerzas de una sociedad que emergió de la devastación de la Segunda Guerra y adoptó una línea de independencia que le exigió realizar un enorme esfuerzo político, ideológico y diplomático.

Paradójicamente, fue una apertura flexible en dirección al exterior lo que garantizó su autonomía interna, creando un complejo equilibrio de fuerzas y un refinado juego diplomático que le asegura un papel en la vida política internacional sin necesidad de caer en el anti-sovietismo o en alianzas con la derecha, situación a la que fueron llevados los dirigentes del Partido Comunista Chino por falta de una visión internacional más compleja y debido a las limitaciones provincianas de sus bases internas.

f) El socialismo árabe

El surgimiento del socialismo árabe, con su identificación respecto del islamismo, hace de Argelia, Irak, Libia, Siria y Yemen Democrático una nueva matriz de procesos históricos, cuya importancia es creciente debido al vital papel geopolítico del Oriente Medio, (donde se conjugan la explotación del petróleo que alimenta a los países desarrollados y el Canal de Suez que vincula por el Norte a los océanos Atlántico y Pacífico) y por la confrontación ideológica y militar con el sionismo, uno de los pilares del conservadorismo en escala mundial.

Estas sociedades no han asegurado aún la hegemonía de la propiedad colectiva de los medios de producción. Su clase obrera es muy joven y limitada. La pequeña burguesía todavía es fuerte y capaz de utilizar en su favor la expansión del Estado. Su burocracia militar, política y administrativa no está claramente formada por un pensamiento socialista y tiene grandes posibilidades de sellar alianzas nacionales y regionales que pueden significar retrocesos importantes.

No obstante, la importancia de la causa palestina, el sentimiento antiimperialista de las masas árabes, los avances económicos de estos países, todo lleva a pensar que el socialismo árabe tenderá a arraigarse como una fuerza en ascenso.

La imposibilidad de Estados Unidos de hacer retroceder al sionismo en sus aspiraciones expansionistas; las dificultades para sostener a Egipto, su aliado prioritario en la región, y el inevitable fracaso de la política de Camp David, que está llevando a Egipto a retomar (aunque aún de manera incipiente) el neutralismo activo de Gamal Abdel Nasser; las presiones de las multinacionales por mantener el control de la comercialización del petróleo; la expropiación de los petrodólares por los bancos internacionales; y la dura confrontación de los Estados Unidos con la revolución iraní, hacen poco probable que los intereses del capitalismo mundial puedan imponerse en el Oriente Medio y llevan al avance de las fuerzas árabes más progresistas en dirección al socialismo.

La intervención soviética en Afganistán genera una aprensión inmediata entre las fuerzas nacionalistas y progresistas musulmanas, pero esta aún podrá ser superada, en la medida en que los dirigentes

soviéticos comprenden cada vez más las dificultades implícitas en un brusco cambio geopolítico en la región, y tratan de corregir esa situación con concesiones económicas, diplomáticas y políticas al nacionalismo árabe. A este respecto el apoyo de la OLP a la presencia soviética en Afganistán constituye un factor importante. La continuidad histórica entre el nacionalismo árabe, el antiimperialismo y el socialismo tienden a consolidarse, a pesar de las rupturas inevitables entre estos elementos.

En resumen: el socialismo aumenta cada día más su peso internacional. Sus estructuras de poder interno se han flexibilizado, a pesar de los retrocesos provocados por el retorno de la Guerra Fría. El socialismo tiende a diversificar sus experiencias, sus intereses y sus concepciones estratégicas; a producir obras importantes en el campo científico-cultural; y a asumir un papel que, si bien no es hegemónico a corto plazo, por lo menos es equilibrado con el del capitalismo en cuanto a la creación tecnológica y a la definición de modelos de vida social y cultural.

VI. El Tercer Mundo: movilización por los intereses comunes

Dentro de este complejo cuadro internacional, el surgimiento de los países subdesarrollados y dependientes es un fenómeno en ascenso y un hecho político irreversible. Mientras más se acentúan las contradicciones interimperialistas y más crece el peso de las naciones socialistas, mayor se torna el margen de maniobra de las luchas de liberación nacional.

En este sentido, la profundización de la crisis capitalista estimula los movimientos de liberación nacional. Sin embargo, en nuestros días estos movimientos ya no tienen perspectivas dentro del capitalismo. Su coherencia política y su radicalización, con la participación democrática de las masas obreras y campesinas, apuntan en dirección a un fuerte capitalismo de Estado de dudosa capacidad de supervivencia (salvo en situaciones excepcionales de riqueza económica) o en dirección de su radicalización camino al socialismo. Esto no quiere decir que el capitalismo no tenga amplias reservas en el Tercer Mundo. Las burguesías pueden obstaculizar por la fuerza el avance democrático o estabilizarse a través de un capitalismo de Estado, avanzando en lo social pero siempre

subordinado a sus intereses. Donde lo consigan, podrán consolidarse durante la recuperación económica y política que puede sobrevenir durante la década de 1990, cuando tal vez asistamos a una recuperación capitalista mundial. Se trata, por lo tanto, de evaluar la capacidad política de las burguesías locales para “aguantar el chubasco” de los años ochenta y para conseguir un repunte en los años noventa.

a) Modernización

Esta recuperación consagraría una nueva fase de la división internacional del trabajo (ya tímidamente iniciada en la segunda mitad de la década de los años sesenta) y abriría un nuevo espacio para la industrialización en los países dependientes de aquellos productos que están siendo superados por la RTC en los países desarrollados.

Esta revolución torna cada día más obsoletos los vastísimos sectores productivos que deberán trasladarse al Tercer Mundo: la industria de máquinas mecánicas tradicionales; la producción de piezas de productos durables, electrónicos y químicos; la industrialización de materias primas y productos agrícolas. En consecuencia, se ampliarán las zonas de modernización de las sociedades subdesarrolladas, con una creciente demanda de cuadros técnicos, científicos, intelectuales, etc. El campo también sufrirá una importante modernización con la transformación del latifundio tradicional en empresas agrícolas modernas. Será requisito de esa modernización la existencia de un Estado más eficiente y la ampliación de los servicios de utilidad pública.

Esta ola innovadora generará en los años noventa grandes esperanzas en las perspectivas del capitalismo dependiente. Pero ante el incremento de las confrontaciones nacionales, en la década del ochenta, podría volver a suscitar ilusiones sobre la posibilidad de un nacionalismo burgués. No obstante, es necesario señalar que la recuperación económica que se produciría en los años noventa y la nueva división internacional del trabajo, que entonces alcanzaría su auge, sólo podrán realizarse por medio de una enorme internacionalización del capital monopólico de los países imperialistas. Esto significará una violenta desapropiación de los recursos acumulados en la década del ochenta por las burguesías

nacionales y una nueva etapa de sumisión de las burguesías locales al capital internacional, destruyendo los ideales nacionalistas de la burguesía, aún posibles en la década actual.

Aún más: la modernización sólo alcanzaría a una pequeña parte de la población, acentuando la marginalización y la pobreza absoluta de gigantescas masas de desposeídos en los países dependientes. En caso de que la modernización capitalista triunfe se inaugurará una nueva fase de contradicciones y no una etapa de economías independientes, integradas y estables, como muchos creen en nuestros días.

b) Los países de desarrollo medio

En el campo internacional se produce un fenómeno contradictorio: por un lado, en la década de 1980 tiende a profundizarse la diferencia entre los países dependientes de desarrollo medio: Brasil, México, Argentina, Venezuela, India; Indonesia, entre otros, y los de menor desarrollo relativo. Esto los obliga a buscar, independientemente de sus diferencias políticas, puntos de unidad que les permitan aprovechar las debilidades generadas por la crisis mundial en los países capitalistas desarrollados. Por otro lado, los países mencionados se ven obligados a unificar el campo tercermundista en un frente común contra las grandes potencias, en busca de mayor apoyo político para fortalecer su capacidad negociadora, creando espacios para sus inversiones y abriendo mercados para sus productos.

El diálogo Norte-Sur podrá ser retomado bajo nuevas formas y con mayor capacidad de presión por parte de los países subdesarrollados. Las votaciones en las Naciones Unidas se convierten cada vez más en un instrumento de consolidación del Movimiento de Países no Alineados pese a sus diferencias internas, y deberán producirse al mismo tiempo nuevas e importantes adhesiones a este bloque, particularmente en América Latina.⁸

8. No se debe olvidar, sin embargo, la dimensión europea del no alineamiento, donde países como Grecia y Suecia parecen expresar una creciente tendencia a una independización de Europa en la tutela norteamericana. Yugoslavia defiende este punto de vista y provee al no alineamiento de un vasto repertorio de propuestas en el sentido de convertir a Europa en una zona neutra y no alineada.

Pero estos hechos son aún más defensivos que ofensivos, hasta en sus expresiones más espectaculares. Lo que nuestros países están intentando desesperadamente es afianzar, más que ampliar, su poder de negociación en una situación en que los precios de las materias primas, el volumen del comercio mundial y el sistema financiero internacional están en permanente crisis.

Sólo podrán avanzar sustancialmente las naciones que, en vez de usar la crisis capitalista para aumentar su poder de negociación, sean capaces de aprovecharla para cambiar sustancialmente sus estructuras internas. Sólo estos países podrán resistir a la posterior unificación imperialista que intentará recuperar, en una nueva fase de ascenso económico, el terreno perdido durante la depresión económica de los años ochenta. La fuerza de esta recuperación ya puede anticiparse analizando la modesta e inestable recuperación de 1983. En ella, la valorización del dólar, el aumento de las importaciones norteamericanas, las altas tasas de interés de los Estados Unidos, han provocado verdaderas conmociones en las economías nacionales de todo el mundo capitalista.

c) ¿Quién tendrá el poder?

Nuestras advertencias sobre el carácter precario de las aparentes conquistas de los movimientos nacionalistas burgueses y otros semejantes pretenden ayudar a alcanzar la serenidad y la objetividad que el movimiento popular necesita en situaciones sólo superficialmente favorables en diversos países del Tercer Mundo. No obstante, no se trata de negar que los pasos que se den en nuestra década —tales como nacionalización de empresas, avances organizativos de los movimientos de liberación, garantías y protección a las industrias nacionales— signifiquen avances importantes. Lo que se quiere destacar es que la profundidad de los cambios depende fundamentalmente de quién tendrá el poder en estos países, de si el movimiento popular podrá crear sus propios Estados o quedará bajo la hegemonía del nacionalismo burgués o pequeño-burgués cuyo renacimiento ya se constata en los últimos años y que sin duda se desarrollará debido a las crecientes contradicciones internacionales.

Como vimos, estas tendencias serán un resultado de la profundización de la crisis capitalista y esta no representa el fin del sistema sino la única forma que este tiene para recuperarse e iniciar, después de contabilizar las pérdidas sufridas, una nueva etapa de acumulación de capital, innovaciones tecnológicas, crecimiento económico y cooptación político-ideológica.

Dentro de este contexto, los pueblos más conscientes lucharán para que las fuerzas anti-imperialistas y democráticas no se detengan en mitad del camino, sino que se transformen en la aurora de una nueva sociedad que derrote al imperialismo y le asegure a la humanidad la verdadera democracia de las grandes mayorías populares: el socialismo.

Bibliografía

- ALDHU (1982). *La guerra total*. Quito: El Conejo.
- Amin, S. (1973). *Le change inégal et la loi de la valeur: la fin d'un détab*. París.
- Amin, S. (1976). *Le développement inégal*. París.
- Anderson, D. O. (1976). *Studies in the Theory of Unequal Exchange Between Nations*. Abo: Abo Akademi.
- Arghiri, E. (1969). *Le change inégal*. Maspero.
- Braun, O. (1973). *Comercio internacional e imperialismo*. Argentina: Siglo XXI.
- Caputo, O. (1980). El intercambio desigual en Emmanuel. En *Notas sobre teoría del valor y comercio exterior*. México: UNAM.
- Dos Santos, T. (1977). *La crisis imperialista y la política norteamericana, Cómo entender a Jimmy Carter*. México: Cultura Popular.
- Dos Santos, T. (1983). *Teorías do capitalismo contemporâneo*. Belo Horizonte: Vega.
- Fernandes, F. (1973). *Capitalismo dependente e clases sociais na América Latina*. Zahar.
- Guzmán, G. (1976). *El desarrollo latinoamericano y la CEPAL*. Barcelona: Planeta.
- Herrera, A. O. (1982). *A grande jornada; a crise nuclear e o destino biológico do homem*. Paz e Terra.
- Lacroix, P. (1983) *Se éviter la guerre*. París: Maspero.

Prebisch, R. (1949). *Estudio económico de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.

Prebisch, R. (1949). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*.

Rodríguez, O. (1980). *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. México: Siglo XXI.

Testa, V. (1974). *La explotación entre naciones: crítica a la teoría del intercambio desigual*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.

Valenzuela, J. (1979). *Mecanismos del intercambio desigual*. México: UNAM.

VV.AA. (1973). Imperialismo y comercio internacional. En *Pasado y Presente* 24.

VV.AA. 1978 *A trilateral nova fase do capitalismo mundial*. Vozes.

Tercera parte

**La crisis internacional
y la estructura
del poder mundial**

Prólogos a *Economía mundial*¹

Integración regional y desarrollo sustentable: Las nuevas tendencias y la integración latinoamericana

Prólogo a la edición peruana

1. *Crisis estructural y larga duración*

La idea de una crisis estructural de un modo de producción tiene su origen en el prólogo de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Después de exponer sus descubrimientos teóricos más importantes, Marx se refiere a una situación histórica que él califica como una era de revolución social, es decir una “crisis” de largo plazo que se puede definir como estructural. En las palabras de Marx, en este documento tan decisivo:

Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productoras que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. (Marx, 1973: 7)

1. Extraído de Dos Santos, T. (2010). *Economía regional y desarrollo sustentable: las nuevas tendencias y la integración latinoamericana*.

Economía mundial, integración regional y desarrollo sustentable

Se puede ver en este (y varios otros) textos que Marx no se imaginaba un cambio de modo de producción inmediato sino en un proceso histórico secular. Esto se ve cada más claro cuando dice más adelante:

Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad.

Está claro en este texto tan sintético y tan cuidadosamente elaborado que Marx no podría aceptar la idea de un “derrumbe final” del capitalismo tal como se empezó a discutir en el final del siglo XIX y comienzos del XX en la Internacional Socialista (II Internacional).

El proceso de superación histórica del modo de producción capitalista por un nuevo modo de producción basado en la propiedad colectiva de los medios de producción, en la superación del trabajo asalariado, en la superación de la división entre el trabajo intelectual y el manual, en la superación del Estado y de la política, en la extinción de las clases sociales sería precedido por una formación social intermedia, que se pasó a llamar el socialismo. En esta formación social intermedia todavía existiría el Estado para obligar por la coerción (para los comunistas y anarquistas todo Estado es una dictadura, para Marx una dictadura de clases) la transformación de todo el sistema jurídico, de todas las instituciones ideológicas, del sistema educacional, de las relaciones de producción capitalistas y para alcanzar el más alto estado de desarrollo de las fuerzas productivas de manera a permitir una economía de la abundancia que sustituiría las formas socioeconómicas conocidas, fundadas Theotônio Dos Santos en la escasez. En al entendimiento de Marx, la superación del capitalismo será la superación de la prehistoria humana y el inicio de la historia de la humanidad.

Es evidente que una transformación tan radical de la sociedad en escala mundial no podría realizarse de una manera inmediata y tampoco las formaciones sociales que articularían esta transformación no podrían

ser un modelo único, sino que sería el resultado de distintas tradiciones culturales y civilizatorias, distintas correlaciones de fuerza y distintas formas de organización política.

Tampoco podemos retirar de este plan histórico la idea de un sólo y concomitante proceso de transformación. Es evidente que se supone incluso avances y retrocesos de una lucha de clase que se desarrolla en interacción con los más distintos sistemas sociales locales, nacionales o regionales.

Debemos suponer por lo tanto que el sistema social capitalista y las formas pre capitalistas que con él conviven deben buscar adaptarse al avance de las fuerzas sociales revolucionarias para que pueda extender en el tiempo su supervivencia. Marx y Engels llegaron a prever en *El capital*, en los Grundrisse y en varios textos programáticos, algunas de las posibles formas que adoptaría esta creciente adaptación del capitalismo a la socialización creciente de las fuerzas productivas a la cual era arrastrado sistemáticamente como consecuencia del funcionamiento histórico del modo de producción capitalista (Marx, 1973: 8).

2. Los mecanismos de adaptación generados por las contradicciones internas del sistema son siempre precarios

Tres eran los mecanismos centrales identificados por Marx para que el modo de producción capitalista pueda sobrevivir oponiéndose (siempre de manera precaria) a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia a la cual era inevitablemente arrastrado por la competición capitalista y el desarrollo de las fuerzas productivas impelidas por las necesidades de la acumulación del capital.

En primer lugar, ambos localizaron la necesidad de imponer el dominio monopólico de los mercados. Sólo a través de él el capital puede generar tasas de ganancia elevadas, concentradas en las empresas monopólicas. Ello genera un tipo nuevo de empresa en la cual el capital delegaba cada vez más la gestión a profesionales cuya función contradictoria provocaba crecientes contradicciones dentro de las propias unidades de producción entre la valorización del capital y la apropiación de la ganancia. La implantación de un mercado monopólico y oligopólico ya se presentaba en *El capital* como la evolución inexorable del capitalismo histórico.

En segundo lugar, para mantener una tasa de ganancia elevada en condiciones monopólicas, es necesario apoyarse en fuerzas productivas cada vez más socializadas, que disminuyen drásticamente la cantidad de trabajo socialmente necesario vivo en relación al trabajo muerto, incorporado en las instalaciones, las maquinarias, las materias primas gigantescas que el trabajador pasaba a transformar. Todo esto lleva a una necesidad de aumentar cada vez más la innovación tecnológica y a buscar apropiarse de los conocimientos técnicos y científico para colocarlos bajo el dominio la propiedad privada, en la cual se funda el capital.

Marx y posteriormente Engels llamaban la atención para la no sólo necesidad de socializar la propiedad privada de los medios de producción, a través de las sociedades anónimas que recién empezaban en su época, así como preveía la extensión del monopolio capitalista a todo el sistema económico, como de hecho ocurrió. Quedó claro aún que los sectores de pequeños propietarios que sobreviven y se recrean en el capitalismo están bajo el control del capital monopólico.

Se bosquejaban así los fenómenos de la concentración y la centralización del capital como necesidad fundamental del sistema capitalista de producción para sobrevivir en las condiciones de un creciente desarrollo de las fuerzas productivas, el cual disminuye drásticamente la cantidad de valor incorporada en las mercaderías y aumenta la presión histórica en dirección a una caída creciente de la tasa de ganancia, al mismo tiempo en que aumenta drásticamente los enormes excedentes de producción en relación al valor de la fuerza de trabajo. Crecimiento del excedente económico en función del aumento de productividad, rebaja del valor de los productos, precios administrados, negación de la ley del valor, mercados monopólicos, lucha por el control de los avances del conocimiento.

En esta dinámica dialéctica se anuncia la autodestrucción de la propiedad privada como resultado de la ley de acumulación del capital. El crecimiento de los asalariados y su organización es la contraparte necesaria de esta lógica.²

2. Las formas que adopta esta participación creciente de los trabajadores en la creación de los regímenes de un modo de producción superior es un proceso extremadamente diversificado y cabe al pensamiento crítico revolucionario estudiarlas no sólo desde un perspectiva lógica y axiomática (doctrinaria) pero sobretudo en su evolución práctico-histórica.

Ya estaba claro también para Marx y Engels que solamente el Estado podría contrarrestar estas tendencias del desarrollo capitalista a negar su propia superestructura social e ideológica. Engels llamó al Estado de “capitalista colectivo”. En el final de sus vidas, tanto Marx como Engels ya habían superado aquella imagen de un Estado encargado solamente de preservar la superestructura del sistema social. Los cambios en curso y las leyes de la acumulación capitalista que descubrían teóricamente indicaban claramente que el Estado moderno se convertía en un agente directo del proceso de producción capitalista.

Marx bosquejó también el rol del comercio exterior y del sistema colonial como factores que contrarrestan la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Pero ni él ni Engels llegaron a sistematizar el apareamiento del imperialismo como etapa superior del capitalismo.

Fueron los trabajos excelentes del institucionalista Hobson de un lado y del marxista Hilferding del otro que abrieron camino a la sistematización de esta nueva realidad, trabajos que influenciaron definitivamente los libros sobre el imperialismo de Lenin y Bujarin.³

Asimismo, Bujarin y posteriormente Lenin fueron capaces de percibir como el capitalismo monopolista de Estado se convertía en la fuerza fundamental que permitía al capitalismo supervivir en una etapa en la cual la destrucción de las fuerzas productivas asumía la forma de las guerras mundiales. Es decir, asumía la forma de la destrucción física de las instalaciones y de los medios de producción y sobretodo de la principal fuerza productiva con la cual cuenta la humanidad: el propio ser humano.

La experiencia histórica de la crisis de largo plazo iniciada en 1914-1918 y extendida por los años veinte, treinta y mitad de los cuarenta da inicio a la fase defensiva del modo de producción capitalista. Este sólo pudo supervivir elevando a niveles inimaginables el fenómeno del capitalismo de Estado.⁴

3. También Rosa Luxemburgo sistematizó la importancia del Estado y del comercio exterior para la realización y la reproducción capitalista. Ella no partió sin embargo del fenómeno monopolístico y sus impactos sobre el funcionamiento de la economía capitalista moderna y contemporánea.

4. El concepto de “capitalismo monopolista de estado” ya surge en el libro de Bujarin sobre la economía mundial. En los años veinte, Lenin reconoce la posición de Bujarin y se inaugura una tradición leninista de estudio del capitalismo monopolista de Estado que llegó a su auge en los años de 1970 y 1980. La hegemonía del ensamiento único neoliberal ejerció un terror intelectual sobre estos debates haciéndolos regresar al final de los años ochenta.

Tres modalidades de capitalismo de Estado se desarrollaron fuertemente en los años 1930, sobretodo como respuesta a la crisis de 1929:

- a) La modalidad del llamado “Estado de Bienestar”, a partir del *New Deal* de Roosevelt, en los Estados Unidos y, posteriormente a la derrota nazista, en Europa (en los países nórdicos, particularmente en Suecia, esta modalidad de prolongación del capitalismo con concesiones a la socialización tuvo un gran desarrollo desde los años treinta con extrema continuidad histórica, a pesar de los retrocesos ocurridos en el período de hegemonía del neoliberalismo).
- b) El Estado nazista, apoyado en el terror de Estado y en el capitalismo de guerra, así como en la creación de relaciones de producción de emergencia como la enorme expansión del esclavismo autodestructivo, sin reproducción de la mano de obra (eliminación de los esclavos para usarlos como materia prima). El nazismo alcanzó una expansión capitalista en los años treinta y comienzo de los años cuarenta, pero fue derrotado militar, política e ideológicamente. Sin embargo, sus principales representantes en la filosofía (Heidegger), en la poesía (Ersa Pound), en las artes (Futurismo), en la economía (liberalismo económico vs. político) continúan a influir profundamente en el pensamiento contemporáneo. Además, ha resurgido agresivamente en el Tercer Mundo apoyado en regímenes militares con pretensiones modernizadoras).⁵
- c) La modalidad del plan socialista nacional en la URSS, para realizar la acumulación primitiva socialista en una zona atrasada en el desarrollo de las fuerzas productivas. Los métodos de planeamiento alcanzaron resultados inesperados, sobre todo para la “ciencia” económica dominante. El éxito económico y militar de la Unión Soviética ilustró dramáticamente la capacidad de la propiedad colectiva crear nuevas fuerzas productivas. Las dificultades de implantar un “socialismo desarrollado” en los años setenta y ochenta llevaron a un fuerte cambio de orientación económica y geopolítica en la década del ochenta presentada ideológicamente como una victoria del capitalismo en una pretendida “Guerra Fría”.

5. Ver mi libro (1975). Ver nuevos debates sobre el tema (1989).

Las formas que adoptó la sobrevivencia del capitalismo indicaban la existencia de una “crisis estructural del sistema”. Puesto que existe un límite físico para el fenómeno del capitalismo de Estado dentro del capitalismo, se plantea la posibilidad de crear una nueva sociedad “post capitalista”. Kautski ya iniciara una polémica en el campo marxista al escribir sobre un superimperialismo, Hilferding en su fase final ya conceptualizara la idea de un “capitalismo organizado”. Pero Lenin ya caracterizara estas propuestas como proyecciones puramente lógicas de las tendencias existentes, sin aplicar una visión dialéctica que analizaría las contradicciones que encerraban estas “soluciones” parciales y comprometidas de desarrollo capitalista.

En su propuesta de la Nueva Política Económica (NEP), en 1922, Lenin ya destacaba la situación contradictoria de que un Estado Socialista se veía obligado a apoyarse en relaciones de producción capitalistas y particularmente en el capitalismo de Estado para permitir la supervivencia de la revolución. La propuesta de la acumulación primitiva socialista de Preobrajenski (1926) asumía totalmente estas contradicciones. Pero él mostraba sin embargo las ventajas de que el Estado asumiera el planeamiento de la construcción de la economía socialista, aunque tuviera restricciones la socialización forzada en el campo y el planeamiento desde arriba de la industrialización. Sin embargo, él proponía la transferencia de los excedentes del campo hacia la ciudad. La acumulación primitiva socialista con todos sus excesos permitió a la Unión Soviética derrotar el militarismo nazista en la Segunda Guerra Mundial.

Era pues inexorable que la fantástica victoria soviética sobre los nazistas, fuese inmediatamente acompañada por la ofensiva de Patton sobre Berlín para paralizar el ejército rojo. Asimismo, el criminoso bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki buscaba detener el avance soviético en Asia. Al mismo tiempo se planteaba la amenaza de un nuevo padrón de desarrollo que hasta el mundo desarrollado tuvo que incorporar a través del Estado de Bienestar y que particularmente el mundo dependiente y subdesarrollado en general buscó imitar con sus Estados nacional democráticos. Los planos quinquenales se incorporaron a la gestión económica de países como México e India, aún cuando rechazaban políticamente el modelo de socialismo soviético.⁶

6. La influencia de la experiencia socialista soviética sobre las políticas públicas occidentales ya empieza en los años treinta cuando la Unión Soviética crece en altos índices mientras el mundo capitalista merulla en la recesión generalizada y profunda.

El mundo colonial se levantaba e iniciaba un nuevo frente de lucha mundial: las luchas de liberación nacional y la instalación de Estados nacional democráticos en el mundo subyugado por las potencias imperialistas. Este nuevo frente partía con más clareza aún de una valoración del capitalismo de Estado que ya se revelara extremadamente eficaz en las políticas de acumulación primitiva en la Unión Soviética, además de demostrar una eficacia militar impresionante.

El período posterior a la Segunda Guerra Mundial profundizó la crisis estructural del modo de producción capitalista de una manera avasalladora. La victoria de la revolución china, la coreana, la vietnamita, la expansión de la revolución social en América Latina desde Bolivia (1952), Guatemala (1954), Cuba (1958) estimulaban nuevas victorias de la versión socialista de la lucha anticolonial.

La India de Gandhi, la Indonesia de Sukarno, la Yugoslavia de Tito anunciaban entre otros el aparecimiento de un nuevo sujeto histórico que se inspiraba en el México revolucionario, en los “nuevos turcos”, y en otras experiencias que apuntaban hacia el ejemplo de un Estado poderoso para conducir la acumulación primitiva, sea ella capitalista o socialista.

Después de la histórica reunión de Bandung en 1955, estos nuevos sujetos sociales adquirieron cara y programa que dio origen al exitoso Movimiento de los No-Alineados, cuyo programa contrario a la “Guerra Fría” que Estados Unidos e Inglaterra forjaron para detener una falsa amenaza soviética, terminó por imponerse en los años noventa con el fin de la “Guerra Fría”. Esta estrategia de paz fue conducida sin embargo en la Unión Soviética por una elite privatista sumisa al proyecto reaccionario y delirante del pensamiento único neoliberal.

La ofensiva de los años ochenta y noventa del gran capital dio origen a la idea del fracaso del socialismo y de la victoria total del capitalismo, pero cualquiera que examinara con cuidado los fundamentos teóricos y prácticos de este programa podría demostrar su inevitable fracaso como yo lo hice tantas veces.⁷

7. Véase los varios artículos que ha escrito sobre las falacias del neoliberalismo y la síntesis final que se encuentra en mi libro (2007).

Era también evidente que el proceso de transición a una sociedad superior socialista tenía que abandonar la formulación stalinista que lo presentaba, no como una modalidad de transición llena de limitaciones, sino como un modelo a ser seguido por toda la humanidad. El intento de preservar las estructuras de estratificación social creadas en el período de acumulación primitiva y reforzadas por las dificultades de las dos guerras mundiales y por la guerra civil en defensa de la revolución, y más deformado aún por las exigencias y los costos absurdos de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría tendría que abrir camino a una nueva modalidad de transición hacia el socialismo que quedó profundamente sacrificada por las aventuras económicas impuestas por los neoliberales en estos países.

La extensión de una etapa de hegemonía ideológica de un sistema económico, social y político en crisis elevó a un grado extremadamente agudo su inseguridad. Sí a través de dos guerras mundiales y de la experiencia totalitaria del nazismo el capitalismo había destruido brutalmente gran parte de la población del planeta, con el avance revolucionario de las fuerzas productivas a través de la revolución científico-tecnológica iniciada en la década del cuarenta esta amenaza gana dimensiones colosales. La amenaza del holocausto nuclear, controlado precariamente a través de la creación de un grupo de potencias nucleares, se expande la capacidad destructiva del medio ambiente que asume el carácter de una amenaza de autodestrucción del planeta Terra. El mundo del mercado y de la propiedad privada se convierte en una amenaza a la supervivencia de la humanidad.

Este cuadro reaccionario impidió percibir la extensión de la crisis estructural del capitalismo a muchos, desgraciadamente la mayoría, de los científicos sociales. Aquí debo hacer una reivindicación personal. Siguiendo una línea de pensamiento apoyada en una relectura sistemática y crítica de Marx y de la tradición de pensamiento marxista, sin ignorar la contribución de economistas no marxistas como Kondratiev, Keynes, Schumpeter, e tantos otros, particularmente la contribución de la teoría crítica del desarrollo de la CEPAL y de los autores llamados tercermundistas, sin dejar de afirmar y dar continuidad a nuestras conquistas teóricas de la teoría de la dependencia sobretudo en su versión

marxista, sin dejar de rescatar el pensamiento nacional democrático de los líderes de la revolución democrática latinoamericana, pudimos mantener una elaboración teórica y analítica que resistió a la ofensiva neoliberal y que se ligó a la línea de pensamiento iniciada por Immanuel Wallerstein en torno de un campo de análisis apoyado en el poder heurístico del concepto de sistema mundial. Debemos resaltar también una pléyade de autores marxistas y no marxistas que han demostrado el vínculo profundo de la crisis del capital con la amenaza de supervivencia de la humanidad y del planeta Tierra.

3. La trilogía sobre el capitalismo contemporáneo, la crisis y la teoría social

En los últimos 10 años me he dedicado a sistematizar los conocimientos que el pensamiento crítico pudo organizar sobre esta problemática, trabajo que se expresó en la trilogía que publiqué sobre las ciencias sociales y el mundo contemporáneo.

En primer lugar, publiqué el libro sobre *La teoría de la dependencia: balance y perspectivas* (2000).

En este libro reivindicó el esfuerzo del pensamiento latinoamericano que logró retirar del estrecho campo de las historias locales y nacionales los problemas del subdesarrollo y del desarrollo para situarlos en el plano de la historia universal. Después de nuestras investigaciones, el subdesarrollo no más podría ser tratado como una herencia de economías precapitalistas comunitarias y/o feudales sino como un resultado de la acumulación primitiva de capitales que dio origen a la moderna economía y sociedad capitalista.

La trata de esclavos, la explotación de los metales preciosos, de las especiarías de los trópicos, la explotación de los pueblos originarios y el gigantesco movimiento comercial con las colonias fueron elementos fundamentales en la acumulación de riquezas que permitió a Europa no sólo subyugar gran parte de la humanidad sino también realizar los cambios que dieron origen a la revolución industrial que permitió convertir el capitalismo en un nuevo modo de producción, fundado en la explotación absoluta y relativa del trabajo “libre” o asalariado a través de la plusvalía.

Es profundamente perverso que las llamadas ciencias sociales se hayan dedicado a explicar a los pueblos colonizados, sometidos a estas condiciones deplorables, cómo alcanzar las condiciones de vida obtenidas por los pueblos colonizadores sin las ventajas obtenidas por su pasado colonizador y su presente neo-colonial e imperialista.

Hemos desenmascarado este truco intelectual maldoso al ligar el fenómeno del subdesarrollo a la dependencia estructural de nuestras economía, sociedad y cultura a la economía mundial capitalista.

Al demostrar las consecuencias negativas de nuestra sumisión a una división internacional del trabajo que entregaba las actividades económicas más lucrativas y más estratégicas a los centros del poder mundial, apuntamos el compromiso del capitalismo dependiente con los mecanismos de superexplotación, concentración del ingreso y exclusión socioeconómica, y definimos así el camino de nuestra liberación y emancipación. Este camino pasa inexorablemente por la supresión de estos mecanismos.

En el libro señalado mostramos también la repercusión internacional de este esfuerzo teórico latino americano en todos los continentes, inclusive en los países centrales, que llevó a una reformulación de los principios de las ciencias sociales con la crítica al euro centrismo y la elaboración de una nueva teoría sobre el surgimiento y desarrollo del capitalismo como sistema económico social a partir del concepto de sistema mundial.

Este cambio de los paradigmas analíticos abrió camino a un nuevo enfoque de los fenómenos sociales y a un movimiento profundo de reforma de las Ciencias Sociales. Estos cambios se sintetizaron en el Informe de la Comisión Gulbenkian sobre Abriendo las Ciencias Sociales, coordinado por Immanuel Wallerstein, en este entonces presidente de la Asociación Internacional de Sociología.

Asimismo, hemos buscado demostrar cómo surgió en nuestra región una modalidad de sumisión a la condición de dependencia a través de la reinserción de nuestro pensamiento en el cuadro de la modernización capitalista propuesta por el neoliberalismo. Este enfoque sirvió de base ideológica para la adhesión de amplios sectores de nuestra izquierda al proyecto neoliberal que tuvo su expresión más sofisticada en el gobierno

de Fernando Henrique Cardoso en Brasil cuyo cuadro ideológico continúa prevaleciendo hasta nuestros días, a pesar de su fracaso histórico.

En seguida me he dedicado a estudiar más detalladamente esta economía mundial que nació con el capitalismo y que pasó por cambios fundamentales en nuestros días. En el segundo libro de mi trilogía (*Economía mundial e integración regional latinoamericana*), editado por Plaza y Janés en México (2004), y que sirve de base al presente libro, hago un balance de los cambios operados en la estructura económica y en el movimiento cíclico del capital en la fase contemporánea.

Pude demostrar además en varios estudios sobre el tema, como se abría una oportunidad para la integración latinoamericana, en la medida en que el proceso de regionalización era el camino inevitable de la globalización capitalista y obligaba las regiones culturalmente articuladas — como la América Latina y el Caribe— a integrarse para defenderse de la globalización.⁸

Por fin, llegamos al libro con el título *Del terror a la esperanza: auge y decadencia del neoliberalismo*, editado en 2008 en castellano por Monte Ávila, Caracas. Él plantea dos tesis centrales que creo ser una contribución importante al estudio de la etapa actual del capitalismo como sistema económico y como ideología.

La primera es la afirmación sobre la petición de principio del pensamiento teórico neoliberal. Este pretende volver a las primicias básicas del liberalismo, establecidas en el siglo XVIII.

Pretende demostrar que el “libre” mercado es un producto de la naturaleza humana, fundada en la idea del individuo posesivo como plena expresión de la naturaleza humana. Además del contenido ideológico evidente de esta construcción teórica, ya demostrado por varios autores,

8. Podría citar algunos artículos en los cuales demostrábamos el nuevo curso en que en tendíamos a ingresar como producto de la evolución del sistema mundial capitalista. La tesis central que hemos sostenido en estos estudios podría resumirse en la afirmación de nuestro artículo de 1989 en la *Revista Brasileira de Ciência Política* (Nº 1(1), marzo: 84-85): “A questão da integração regional se converte pois em uma necessidade crescente e é evidente que o Brasil deve ocupar um papel protagônico nesse processo. Queira ou não ele está envolvido na presidência da OEA, no Grupo de Contadora e na América Central, na formação de um Pacto Amazônico indispensável e cada vez mais urgente, na integração do Cone Sul e em todas as iniciativas regionais como a ALADI, o SELA e tantas outras, Esta é a hora para uma grande iniciativa diplomática que deve sair do plano burocrático governamental para envolver todo o povo brasileiro”.

ella entra en choque con el carácter monopolista y la profundización del capitalismo de Estado que caracterizan el capitalismo contemporáneo. Si la hipótesis del libre mercado podría tener algún sentido práctico en el siglo XIX para imponer el dominio del capital sobre la economía mundial, en el siglo XX y más aún en el siglo XXI es una aberración inútil y equivocada que entra en choque con los hechos a cada día. De ahí el fracaso del neoliberalismo y del pensamiento único para inspirar políticas económicas coherentes.

En mi estudio de la práctica del neoliberalismo demuestro como las políticas económicas de inspiración neoliberal aumentaron el déficit público y por lo tanto la intervención del Estado en la economía (disminuyendo el gasto social pero aumentando de manera explosiva los gastos financieros y militares). Al mismo tiempo, los gobiernos neoliberales crearon déficits comerciales, de un lado, y superávits, del otro, que introdujeron un desequilibrio fantástico en la economía mundial.

Es evidente que estos desequilibrios fiscales y comerciales condujeron también a un desequilibrio monetario y a una oscilación de las divisas internacionales completamente dependientes de las intervenciones estatales y de los juegos monopolistas y especulativos que ningún mercado “libre” puede ni de lejos regular.

La segunda tesis que presentamos en este libro se refiere a la relación entre los regímenes de fuerza, fascistas y para fascistas, con el dominio ideológico y político del neoliberalismo. No fue una coincidencia que el desmoralizado grupo de la Universidad de Chicago encontrase el primer gobierno que los insertó en el mundo económico real a través del régimen fascista de Augusto Pinochet en Chile, ni es menos verdad que los gobiernos de Thatcher y Reagan que los propagaron en todo el mundo se fundaron en violentas confrontaciones con el movimiento sindical de sus países en un intento desesperado de destruir el “Estado de Bienestar” y los regímenes socialistas.

Establecimos así en un cuidadoso análisis la correlación directa entre el terror de Estado y las políticas neoliberales que retiraron de los trabajadores derechos históricamente conquistados rebajando drásticamente sus sueldos al combinar represión estatal con represión económica a través de las recesiones, con su séquito de desempleo y desesperanza.

Del terror a la esperanza: auge y decadencia del neoliberalismo contribuye así a una comprensión significativa del período recesivo de la economía mundial entre 1967 a 1994, tema que analizamos en el cuadro de las ondas largas de Kondratiev, contribución teórica y econométrica del economista ruso cuya vigencia hemos restablecido en la década del 1970 junto con Ernest Mandel, André Gunder Frank, Christopher Freeman y tantos otros.

Nos cabe ahora avanzar en el análisis de la nueva fase de la economía capitalista mundial iniciada con la recesión de 2008-2009, en la cual entran en crisis definitiva las soluciones provisorias impuestas en el período del auge neoliberal. Estos análisis ganaron una evidencia colosal con la crisis desatada en el segundo semestre de 2008. Ella demostró con enorme violencia algunas de las tesis de este libro:

- 1) Los desequilibrios generados por las políticas neoliberales arriba citados abrieron camino para un gigantesco sistema financiero sostenido por la deuda pública, generada por el déficit fiscal permanente. Este sistema no puede mantenerse sin la transferencia colosal de recursos del sector productivo a un mundo económico financiero artificial sostenido por el Estado. El capitalismo de Estado pasa a ser el sostén fundamental de este nuevo orden capitalista, en su exacerbada dimensión financiera. La llamada “economía casino” tiene sus raíces en el capitalismo de Estado.
- 2) La crisis actual pone en manifiesto la necesidad del capitalismo contemporáneo de garantizar con billones⁹ de dólares estatales su funcionamiento. Aún no está claro cuánto tiempo aún la sociedad está dispuesta a sostener esta política estatal, ocultada por el neoliberalismo hasta que tuvieron que explicitarla claramente cuando esos desequilibrios alcanzaron niveles intolerables para el modelo institucional existente.
- 3) La crisis actual tiene dos lados: en parte ella pone de manifiesto el fracaso de la famosa capacidad de equilibrio Economía mundial,

9. Billones en español equivalen a millones de millones, cifras que se nombren en inglés con la palabra “trillions”.

integración regional y desarrollo sustentable que se podría alcanzar por un “libre mercado” que no existe y jamás podría regular procesos tan fundamentales. Pero, por otro lado, un manejo mediático impresionante de la “crisis” permite confundir las personas para justificar la violenta y deficitaria intervención estatal a favor de la supervivencia del capital financiero para impedir “la crisis sistémica” que, según ellos, nos destruiría a todos.

- 4) En consecuencia se combate la crisis con los mismos mecanismos que la generaran. Se pretende que la intervención estatal y la regulación que faltaron en el reino neo liberal será sustituida por unas nuevas intervenciones y regulaciones a servicio del equilibrio anti-cíclico.
- 5) El anuncio de un déficit fiscal de 1 billón y 700 mil millones de dólares que prevé el presidente Obama para 2009 y la disminución de este déficit para cerca de 700 mil millones en 2013 podrá combinarse con una recuperación relativamente importante de la economía estadounidense. Es evidente sin embargo que una recuperación fundada en estos mecanismos será restricta y vacilante, profundizando a mediano plazo la crisis de los Estados Unidos y de su moneda. El caso japonés en la década del 90 queda como referencia fundamental para los Estados Unidos en los próximos 7 a 9 años. Y es bueno acordar que Japón consiguió bajar su moneda drásticamente desde 1996 y mantuvo una tasa de interés negativa en este período. Sin embargo, no logró recuperar un crecimiento económico sostenido.
- 6) Es claro también que, mientras se mantiene este cuadro de “recuperación rasante” a alto costo en la Tríade (Estados Unidos, Europa y Japón) las economías emergentes estarán en ascenso, apoyadas en la expansión de sus mercados internos a través de distribuciones del ingreso más o menos profundas como resultado de una ascensión creciente de los movimientos sociales y sus éxitos políticos más o menos importantes. En esta fase de transición se abrirán las puertas para experimentos políticos cada vez más creativos, hasta que se inicie una nueva fase negativa de los ciclos largos, que llevará el capitalismo mundial y su dominio imperialista a una crisis de larga duración de gravedad colosal. Esperemos que, de esta vez, los saltos para soluciones económicas y sociales superiores, post-capitalistas o abiertamente socialistas, sean

suficientemente fuertes para inaugurar un nuevo sistema mundial, asentado en una civilización planetaria, plural, igualitaria y democrática, que detenga los efectos brutales de largo plazo que unificará la crisis estructural del capitalismo a una nueva coyuntura depresiva (esta sí de largo plazo al combinarse con una fase B del ciclo de Kondratiev caracterizada por una depresión de largo plazo —25 años— como vimos entre 1967 y 1994, como se puede ver en mi libro sobre economía mundial) Esta crisis revelará la debilidad del modo de producción capitalista para regir la humanidad. La conciencia de este fracaso no garantiza sin embargo la imposición de un modo de producción superior ni tampoco la implantación de formaciones sociales progresistas capaz de preparar la transición hacia al modo de producción superior.

- 7) Podemos esperar que los próximos 10 años serán de avance social y económico con mayor o menor avance político dependiendo de la conciencia de las fuerzas sociales emergentes y de la capacidad de sus liderazgos políticos de expresar y sintetizar sus necesidades y aspiraciones. Creo que los libros que componen esta trilogía podrán ayudar en esta tarea. Me gusta pensar que la vanguardia política de China pueda dialogar con mi esfuerzo teórico, como lo viene haciendo desde la traducción al mandarín de mi *Imperialismo y Dependencia* en 1992, seguida de cinco libros más.¹⁰

Me propongo a dedicarme ahora, con varios compañeros, a formular las alternativas que se dibujan a partir de los avances producidos por la toma de conciencia radical de los movimientos sociales, que se expresa a través de la creación de gobiernos progresistas - que se formaron a partir de la decadencia del neoliberalismo. Al mismo tiempo, me estoy dedicando a elaborar una nueva crítica de la economía política del mundo contemporáneo, trabajo teórico más abstracto pero muy necesario, que

10. He tenido gran entusiasmo con la edición en mandarín de mis trabajos *Imperialismo y dependencia* (1992; 2004); *La teoría de la dependencia: balance y perspectiva*; *Economía mundial, integración regional y desarrollo sostenible*; todos ellos reunidos en el libro *El reto de la globalización* (2004); *Hegemony and Counter Hegemony, the Globalization Constrains and Processes of Regionalization*, colección de artículos de seminarios del REGGEN de 2003, organizado con la Xie Shogning y Gao Xian (2005). Actualmente se encuentra en traducción para publicación el libro *Del terror a la esperanza, auge y decadencia del neoliberalismo*. Todos ellos han sido editados por Social Sciences Academic Press, de la Academia de Ciencias Sociales de China.

espero ofrecer al público lector muy pronto, con el objetivo de entregar a los agentes de una nueva era de transformación revolucionaria planetaria, los instrumentos necesarios para su éxito práctico.

Prólogo a la edición mexicana

El presente libro fue publicado originalmente en portugués a principios de la década del ochenta. En 1997 preparamos un postfacio que buscaba actualizarlo con un análisis del boom económico iniciado en 1994, de acuerdo con nuestras previsiones, sustentadas en las ondas largas de Nikolai Kondratiev, el genial economista ruso. Ahora lo presentamos al lector mexicano con un nuevo postfacio en el que analizamos sobre todo el creciente impacto regional del proceso de globalización y del contexto recesivo de 2001-2002.

De la misma manera como indicamos ahora los caminos que se imponen en la reanudación del crecimiento económico mundial reiniciada en 2003, en la edición original de 1994 hicimos previsiones que el curso posterior de los acontecimientos confirmaron de manera impresionante. Por esta razón creí mejor dejar el libro en su redacción original, a través de la cual el lector podrá sentir y juzgar la corrección de nuestros análisis y de nuestras “previsiones”.

Cuando iniciamos la exposición de nuestros enfoques sobre los procesos de mundialización y globalización éramos muy pocos en el mundo quienes precisábamos la verdadera dirección de los acontecimientos. A través de esta versión mexicana creo haber alcanzado un nivel bastante alto de análisis.

Me gustaría advertir que no he actuado solo, sino como parte de grupos de trabajo bien estructurados que se incorporan a las redes en las cuales tengo el un rol de dirección.¹¹ Espero que el lector encuentre en este libro no sólo un conocimiento directo sobre los grandes acontecimientos de nuestro tiempo, sino también una guía para la investigación;

11. Las direcciones electrónicas de dichos grupos son <www.reggen.org.br>, <www.redem.buap.org.mx> y <www.pekea.org.fr>.

es por ello que presento al final unos apéndices que facilitan el acceso a esta temática; ahí están las principales fuentes para el estudio de estos fenómenos por Internet.

Esta obra fue adoptada como texto en varias universidades brasileñas y ha tenido excelentes ventas a pesar de su divulgación insuficiente y de la campaña contra su autor.

Introducción

Nacimiento de una civilización planetaria

La década de 1990 se abrió con la realización de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Ecología y Desarrollo-UNCED (Río-92), en junio de 1992. Hasta entonces predominaban en el ambiente internacional la impronta bastante fuerte de la década precedente. Durante este período asistimos a una verdadera transformación de las relaciones Internacionales.

A comienzos de los ochenta, Estados Unidos buscaba reafirmar su supremacía en declive, a través del gobierno de Ronald Reagan. La Guerra fría llegaba a uno de sus puntos más difíciles con la victoria de la Revolución nicaragüense, comandada por los sandinistas. África del Sur intentaba mantener el control de Namibia y presionaba militarmente a los regímenes poscoloniales de Angola y Mozambique. En el Grupo de los 7, Estados Unidos intentaban sobreponerse a Europa y Japón, que sucumbieron ante sus presiones económicas. Fue hasta la segunda parte de esta década cuando Europa se revitalizó y propuso su unificación, mientras que Japón se transformaba en la mayor potencia financiera del mundo, apoyado en los enormes superávits de su comercio exterior.

En las postrimerías de los ochenta asistimos al fin de la Guerra fría y, en consecuencia, a una ofensiva impresionante (a veces aparentemente suicida) del liderazgo político de la Unión Soviética.

La perestroika, el glasnost y la nueva mentalidad exterior desembocaron en la total democratización de Europa Oriental y la Unión Soviética, y en el surgimiento de una corriente liberal transitoriamente mayoritaria en aquellos países; su destino se vinculó estrechamente a la suerte de la unificación europea, que pasó a dominar la imaginación económica, diplomática y política.

En 1990, la reunificación de Alemania tras la caída del muro de Berlín aparecía como consecuencia natural de esa nueva realidad.

Durante los noventa, dicho escenario mostró su lado crítico. El estancamiento de Europa Oriental y la ex Unión Soviética, su desplome financiero, su desmantelamiento político, su confusión ideológica, sus guerras civiles y su inestabilidad política; el desempleo masivo y el resurgimiento de la miseria ofrecen un panorama poco prometedor en lo inmediato. La Guerra del Golfo Pérsico, en la cual un país en desarrollo fue aplastado por una coalición de fuerzas militares y políticas infinitamente superior, comandada por Estados Unidos, parecía inaugurar un nuevo orden mundial bajo la hegemonía americana, aunque pronto comenzaron a aparecer los costos y límites de esa victoria. La crisis económica se instaló en los países desarrollados y la euforia militarista cedió terreno a la prudencia, la contención de gastos y la constatación de los límites de los poderosos. La Conferencia de las Naciones Unidas para la Ecología y el Desarrollo fue la expresión de esa conciencia creciente respecto de la necesidad de dejar a un lado la prepotencia y la arbitrariedad. La expectativa de unir a una humanidad compleja, plural y lacerada por las contradicciones económicas y sociales reposicionó en el centro de las preocupaciones mundiales las cuestiones de la recuperación del medio ambiente y la lucha contra la pobreza y la miseria, para garantizar un desarrollo sustentable capaz asegurar la mejoría de la situación y un mundo mejor para las próximas generaciones.

De victorioso, imbatible e indiscutible después de la Guerra del Golfo Pérsico, Estados Unidos salió de la UNCED aislado en su actitud desafiante y prepotente. La Guerra fría había terminado y con ella la justificación del militarismo agresivo. Era necesario ahora emprender un camino de paz, entendimiento y superación de las desigualdades mundiales, de concreción de metas y de políticas globales. Quien no entendiera esto se colocaría en la contramarcha de la historia. Ronald Reagan, Margaret Thatcher y George Bush terminarían desapareciendo del mapa mundial con su autoritarismo, sectarismo, particularismo y estrechez. El mundo demandaba un nuevo liderazgo, más abierto, global y planetario.

Esta afirmación se hace más evidente cuando analizamos el regreso del hegemonismo en el gobierno estadounidense, a raíz de la ascensión

de George W. Bush a la Presidencia. La actitud militarista del hijo contrasta claramente con el éxito diplomático e ideológico del padre en la Guerra del Golfo Pérsico. Su intento de retomar la ofensiva encuentra en 2003 una oposición insospechada en 1991, proveniente de las bases más profundas de la sociedad y que alcanza a gobiernos aliados que se atreven (¡finalmente!) a desafiar a la potencia hegemónica.

A este nuevo liderazgo, opuesto a lo que propone o impone el grupo reaccionario en el poder, le corresponderá la tarea de preparar a la humanidad para una nueva fase de su historia: la creación de una civilización planetaria que sea síntesis de las varias civilizaciones que forman el mundo contemporáneo. Si es verdad que Estados Unidos todavía mantiene la supremacía (militar, económica, política e ideológicamente) en esta fase de transición, estos años estarán también marcados por su declive final. Tendrá que compartir el poder con Europa, Japón y la Comunidad de Estados Independientes (ex Unión Soviética), aparte de que deberá abrirse un camino para las potencias medias en emergencia (China, India, Brasil, Turquía, México) y las NIES, las Nuevas Economías Industriales Asiáticas (Corea del Sur, Singapur, Taiwán, Hong Kong y las demás economías a integrarse en el Gran Círculo Asiático). Como viene señalando el profesor Tadao Umesao, Nueva York, París, Berlín, El Cairo, Tokio, Moscú y Pekín serán las capitales de las grandes civilizaciones contemporáneas que se articularán en estos años como centros paralelos y convergentes de una nueva civilización planetaria.

La época del eurocentrismo entró en una crisis definitiva, Europa se volcó sobre sí misma como gran unidad geográfica y redescubrió la masa terrestre euroasiática. El predominio del capitalismo norteamericano, su sucesor después de la Segunda Guerra Mundial como modelo de civilización mundial, de desarrollo económico y de democracia moderna, está en declive, lo mismo que la propia economía estadounidense. El surgimiento de Japón, con su versión singular de un capitalismo articulado, posible merced a poderosas fuerzas comunitarias, y su papel como centro de un gran círculo asiático. La articulación inevitable de la nueva Rusia heredera, en parte, de la antigua URSS en la economía mundial, y su rol mediador entre Europa y Asia. El surgimiento de China Popular, Corea del Norte y Vietnam-Laos-Camboya integrados al Gran Círculo Asiático.

La rearticulación del norte de África y de Oriente Medio bajo la bandera de la reinstauración del islamismo (donde se reafirman potencias más liberales como Turquía, más ortodoxas como Irán o más desafiantes como Irak). El avance del subcontinente indopakistaní como potencia militar y científica. Todos estos hechos dibujan un nuevo mundo, mucho más complejo y difícil administrar.

En él habrá muy poco espacio para pretensiones hegemónicas absolutas, superioridades raciales o étnicas, y racionalizaciones ideológicas sustentadas en experiencias temporalmente exitosas.

La humanidad deberá pasar por un proceso de reflexión profunda, de ajustes y de cooperación para administrar las grandes contradicciones de intereses entre una pequeña franja de ultra desarrollados y las enormes masas de desempleados, subempleados y excluidos (marginados que parecen el subproducto inevitable de una modernización tecnológica sin su debida correspondencia social, cultural y espiritual).

En este camino riesgos todavía más apremiantes parecen derivar de la falta de orientación, control y previsión al aplicar los avances tecnológicos generados por la revolución científico-técnica. Están, por ejemplo, las amenazas globales contra el medio ambiente por la industria militar y nuclear, las prácticas energéticas contaminantes, el peligro de agotamiento de las fuentes de energía no renovables y las agresiones contra las especies animales y vegetales, y contra la biodiversidad en general.

La humanidad está pues frente a grandes decisiones que exigirán reformulaciones profundas para elevar su sistema de gestión de la economía mundial. Soluciones globales —resultado de negociaciones globales— tendrán que sustituir la llamada mano invisible del mercado, la idea de un ajuste mecánico y automático de los intereses en disputa y la ilusión de la ley de las ventajas comparativas que hoy rige al comercio mundial. Los principios de planificación autoconciente se desplazarán desde los diversos ámbitos nacionales para plantear la necesidad de una coordinación mundial de políticas en torno de un mundo donde la paz presida las relaciones entre los pueblos.

Las integraciones regionales son ya la manifestación intermedia-ria de ese proceso. En la actualidad amplían los espacios de acción de empresas e instituciones todavía con el objetivo de reforzar los poderes

regionales, pero tal enfoque es limitado y transitorio; la dimensión de las nuevas escales de producción es cada vez más planetaria; es preciso pensar y actuar a ese nivel para estar a la altura de las posibilidades creadas por la revolución científico-técnica.

1. La coyuntura económica mundial

La década de los ochenta fue un momento crucial para la evolución de la economía mundial, marcada por tres fases:

- 1) La primera fase tuvo lugar de 1979 a 1982. Durante este lapso la crisis económica de largo plazo, iniciada en 1967 y marcada por sucesivas recesiones (en 1968-1969 y 1973-1975), llegó a su punto más álgido. Sobrevino la tan anhelada deflación y se combatió finalmente (a través de la depresión económica de 1979 a 1982) el auge inflacionario que a principios de los setenta combinara inflación y recesión, propiciando un fenómeno llamado estagnainflación (inflación con estagnación).
- 2) La segunda fase es la que va de 1983 a 1987. Se produjo una recuperación económica creada a partir del aumento de la demanda norteamericana, basada en la ampliación del déficit fiscal. Esto condujo a la recuperación de las economías de Japón y Europa, que pasaron a exportar sus productos industriales a una escala extraordinaria. A la vez que enormes déficits cambiarios para Estados Unidos, esta estrategia generó superávits comerciales que fueron convertidos en dólares en manos de Japón y Alemania. La escasez de dinero provocada al final del período 1973-1979 por la enorme exportación de préstamos al Tercer Mundo ocasionaría un incremento de las tasas de interés al final de la década. Así, entre 1982 y 1988 estas tasas serán mantenidas al alza para financiar el déficit público estadounidense que reabsorbía, a su vez, los dólares en poder de Japón y Alemania. Estados Unidos alcanzó de esta manera una situación aparentemente milagrosa: hizo crecer su mercado interno y su renta nacional a través de un creciente y violento déficit fiscal, sin generar inflación. Esto, porque el déficit desplazaba el problema hacia las economías exportadoras de Japón, Alemania y otros países (nuevas economías industriales), y al

mismo tiempo conservaba el poder del dólar al cubrir su déficit comercial y fiscal con la entrada maciza de dinero para comprar los títulos de su deuda pública, que pagaba con altas tasas de interés.

Pero para los países deudores del Tercer Mundo el efecto de esta política fue arrasador. El aumento de las tasas de interés orquestado por Estados Unidos elevó hasta tres o cuatro veces los volúmenes de recursos que deberían pagar a título de interés por sus deudas internacionales (contraídas en un momento de intereses bajos, pero con tasas fluctuantes).

Imposibilitados para cumplir con los pagos tomaron nuevos préstamos sólo para cubrir sus intereses, creando una bola de nieve de extracción de recursos financieros del Tercer Mundo. A partir de 1983, los países acreedores se negaron a otorgar nuevos préstamos y exigieron el pago de los intereses de la deuda externa.

El mecanismo de dicho pago se basó en la generación de enormes superávits comerciales que se convirtieron en abonos al servicio de la deuda externa de los países tercermundistas; ahora bien, para generar los superávits comerciales se tuvo que comprimir drásticamente la demanda de los deudores, mediante “políticas de ajuste” que los conducirían a un empobrecimiento aún más grave respecto a sus condiciones normales de miseria.

De esta forma, el período de recuperación de la economía mundial estuvo marcado por violentos desequilibrios que podrían resumirse de la siguiente manera:

- a) Aumento descontrolado del déficit público norteamericano.
- b) Aumento del déficit comercial norteamericano.
- c) Debilitamiento del dólar a largo plazo, pero fortalecimiento artificial a corto plazo.
- d) Aumento de los superávits financieros de Japón y Alemania.
- e) Valorización de sus monedas a mediano y largo plazos.
- f) Inversión japonesa y alemana en títulos de la deuda pública norteamericana a partir del pago de intereses elevados; el nivel de las tasas de interés se colocó por encima de cualquier posibilidad de inversión industrial y comercial, cuyas tasas de lucro fueron inferiores a las tasas de interés.

- g) Artificial valorización del dólar, disminución aún mayor de la competitividad de Estados Unidos y aumento de su déficit comercial.
 - h) Aumento de remesas hacia los centros bancarios de interés y los servicios de la deuda externa del Tercer Mundo, que fue posible gracias al aumento de los superávits comerciales y a las políticas restrictivas que condujeron a estos países al estancamiento económico y a la agudización de las desigualdades sociales, la miseria y la marginación social.
 - i) Enorme especulación financiera a partir de tasas artificiales de interés; creación de papeles públicos y privados; valorización de nuevas monedas colocadas en la punta del desequilibrio mundial (yen, marco alemán); valorización artificial de los activos empresariales y desplazamiento de sus recursos hacia el sector financiero con el objetivo de aprovechar sus altas utilidades.
 - j) Capitalización de empresas privadas a través de mercados de acciones y del aumento de la inversión estatal (mediante el déficit público) dirigida a los sectores de alta tecnología (particularmente al sector militar, estimulado por el SDI¹² o la Guerra de las Estrellas), que experimentan un aumento importante en cuanto a innovaciones, y a la reanudación de los gastos en investigación y desarrollo (abandonados en el período 1967-1979).
 - k) Por fin, se crea gran optimismo ideológico pro-capitalista, expresado en doctrinas tales como el *supply side*, con la exacerbación del neoliberalismo en todas sus manifestaciones.
- 3) El mercado financiero internacional, que en un sólo día hizo esfumarse cerca de un trillón de dólares de la economía mundial.
- La tercera fase comenzó a esbozarse en octubre de 1987, con el tremendo crash de las bolsas de valores.
- Se inició entonces un nuevo período de vacilaciones y perplejidades. A partir de aquel momento entramos en una nueva fase de deflación, retardada por el miedo de los gobiernos conservadores a una nueva fase depresiva mundial. De esta forma, continuó resistiéndose a ajustes de

12. Nota de la traductora: *Strategic Defense Initiative* (SDI).

cuentas con el mercado y se buscó evitar a cualquier costo la recesión, que ocurrió inevitablemente en 1990 y tuvo menos ímpetu transformador pero mayor duración.

Este rechazo a asumir el ajuste de cuentas recesivas llevó a osadas aventuras económicas, políticas y militares. La mayor fue la creación de una expectativa de que el mundo capitalista sería capaz de apoyar una reformulación económica de Europa Oriental y la Unión Soviética, la misma que precipitó su transformación política y la ascensión al poder en esos países de una corriente neoliberal que los condujo a un desastre económico.

La segunda aventura fue la Guerra del Golfo Pérsico, que evidenció las dificultades de conducir una confrontación de alta tecnología y tuvo un costo extremadamente elevado (cubierto por los petrodólares de Arabia Saudita y Kuwait, y los excedentes financieros de Japón y Alemania), y diversas limitaciones geopolíticas puesto que tuvo que preservarse al ejército iraquí (elemento fundamental para el equilibrio geopolítico de Oriente Medio frente a los de Irán e Israel). Quedó claro que el poder avasallante de la alta tecnología militar no puede ser usado plenamente, pues llevaría al aniquilamiento total del adversario que se quiere dominar y explotar.

Después de la euforia ideológica, financiera y militar mantenida artificialmente entre 1987 y 1990, este último año entramos en un proceso recesivo que dura hasta nuestros días. El período actual se caracteriza por fuertes devaluaciones de los excedentes financieros generados durante la fase anterior y que se expresan en los siguientes aspectos:

- a) Devaluación de la cotización de las acciones y de los mercados financieros, caída de la tasa de interés con intentos inútiles, a largo plazo, de mantenerla en niveles elevados.
- b) Devaluación del dólar, sustentado artificialmente durante un largo período a través de la compra por los países poseedores de excedentes de esta moneda (Japón y Alemania, en particular). En verdad, en 1991 comenzó un rechazo al dólar que viene forzando su devaluación hasta alcanzar los niveles de octubre de 1987.
- c) Devaluación de la deuda norteamericana a través de la devaluación del dólar y de la deuda del Tercer Mundo, al constatarse la

imposibilidad de pagarla. Su valor en el mercado paralelo alcanza hoy cifras bajísimas. El reconocimiento de esta devaluación se inicia con el Plan Brady y continúa en el nivel técnico con los nuevos mecanismos de pago llamados “menú de la deuda externa”.

- d) Recesión de la economía norteamericana debida a la disminución de los déficits fiscales, la caída de la tasa de interés y la devaluación del dólar, compensadas en parte por el aumento moderado de las exportaciones, pero sobre todo por la caída de las importaciones (que exporta la depresión al resto del mundo y principalmente Japón, cuya recesión comienza en 1992). En este clima de devaluación del mercado financiero, aumenta la necesidad de autofinanciamiento de las empresas y, por lo tanto, la necesidad de formación de excedentes financieros y de gran liquidez de las mismas, lo cual que lleva a la compra de empresas, a las fusiones y otros movimientos.

A mediano plazo, la devaluación de los activos y la baja de la tasa de interés fortalecieron las inversiones productivas que habían permanecido estancadas a causa de los movimientos especulativos del período anterior. De esta forma, aún cuando en este nuevo período depresivo ocurran caídas en las inversiones en investigación y desarrollo por la falta de recursos fiscales, aumentará la tasa de innovaciones y la productividad media de los sectores productivos.

La depresión actual deberá preparar a la economía mundial para una nueva fase de auge económico de largo plazo, posiblemente una fase b, según el ciclo de Kondratiev, de cerca de 25 años. En la nueva época deberán incorporarse al sistema productivo las tecnologías desarrolladas en estos años de depresión a costa de la quiebra y desarticulación del sistema industrial anterior, lo cual propiciará la incorporación de las nuevas tecnologías con bases económicas viables.

Cualquier análisis de la coyuntura económica actual deberá entonces separar con precisión los siguientes elementos:

- 1) Por un lado, las tendencias depresivas, con su capacidad de liquidar las circunstancias arcaicas y obsoletas de condicionamiento y administración de los mercados locales, nacionales y mundial, y los consecuentes

efectos dramáticos en el ámbito nacional y regional (guerras interétnicas, autonomías locales) y las posibles rupturas dentro del sistema capitalista internacional.

- 2) Por otro lado, las tendencias (ya presentes) hacia el surgimiento de un nuevo sistema económico mundial que incorporará el impresionante desarrollo de la ciencia y la tecnología al sistema productivo y motivará cambios determinantes en las relaciones sociopolíticas a nivel local, nacional y mundial.

Aunque ausentes en esta primera aproximación que realizamos, deberá llevarse a cabo un esfuerzo de comprensión del papel de las economías socialistas en los dos procesos anteriores. La debacle de las economías socialistas de planificación cerrada en el marco nacionalista no puede ser considerada definitiva. Al contrario, la incorporación de Rusia y Europa Oriental en el sistema capitalista mundial llevará a un nuevo nivel de socialización de esas economías y obligará a nuevas reordenaciones de la economía mundial en un sentido socializante. La integración de China, Corea del Norte y la antigua Indochina (Vietnam, Laos y Camboya) a la economía asiática y mundial tendrá también efectos múltiples en el sentido de una mayor planificación. El agravamiento del desempleo, la marginación y la miseria, con el creciente impacto ambiental negativo del desarrollo de una economía mundial cada vez más integrada, obligará a una mayor interacción económica mundial. Como pudo observarse con claridad en la UNCED (Río-92), nadie cree que el mercado será capaz de ajustar desequilibrios tan brutales.

Tampoco puede descartarse el papel de los países del Tercer Mundo (a pesar de su diversidad regional y nacional) en la tendencia hacia la creación de una economía que combinará las tres formaciones socioeconómicas contemporáneas (capitalismo dominante, capitalismo dependiente y socialismo), en un movimiento global cada vez más interdependiente y, en consecuencia, cada vez más determinado por las partes que lo conforman.

Las anteriores reflexiones metodológicas orientarán los próximos pasos de este trabajo.

2. La Revolución Científico-Técnica (RCT), variable fundamental de la economía mundial

Para entender las tendencias actuales de la economía mundial es necesario definir con precisión la naturaleza de los cambios que vienen ocurriendo en la estructura de las fuerzas productivas en la que se sustenta.

Muchos autores han puesto el énfasis analítico en aspectos particulares de esas transformaciones, que son erigidos en explicaciones de fenómenos globales extremadamente complejos.

Se llega así a resultados negativos en cuanto a la descripción y la previsión evolutiva de esas formaciones sociales y de su interacción en una economía mundial.

Una de esas líneas de análisis acentúa los cambios en el patrón de industrialización, eligiendo ciertos sectores económicos e incluso algunas ramas de la producción como determinantes en los actuales cambios socioeconómicos y hasta en los políticos.

Sin negar la importancia de esos patrones de industrialización o “revoluciones industriales” para explicar el comportamiento de variables importantes, se trata de una visión parcial de la evolución de las fuerzas productivas. Dicha visión se materializa en diferentes formas de articulación entre las ramas industriales existentes y aquellas surgidas de la evolución global del conocimiento humano, el cual está determinado, a su vez, por relaciones socioeconómicas más complejas.

Otra línea interpretativa destaca el surgimiento de una sociedad posindustrial, al transitar la industria por un nuevo estadio de desarrollo de los servicios, particularmente aquellos relacionados con la información. Aquí otra vez estamos frente a intentos de erigir fenómenos parciales (aunque de grandes dimensiones en cuanto a impacto histórico) en elementos explicativos de procesos globales que no pueden reducirse a la acción de sectores económicos específicos.

Finalmente, encontramos la tendencia a destacar fenómenos culturales también específicos (como la aldea global y la posmodernidad, entre otros) para explicar el conjunto de cambios ocurridos en el mundo contemporáneo. Con ello, la dinámica global de las fuerzas productivas

y de las relaciones de producción en las formaciones sociales contemporáneas se reduce a aspectos parciales que son manifestaciones de cambios globales y no su explicación.

A nuestro entender, la naturaleza de los cambios que vienen ocurriendo en la fase actual del desarrollo de las civilizaciones y culturas contemporáneas en dirección a una civilización planetaria, debe definirse a partir del papel nuevo y radicalmente distinto que el conocimiento científico ocupa en la organización de las actividades productivas. El concepto de revolución científico-técnica (RCT) intenta articular estos cambios en una visión integrada.

Tenemos que considerar como un aspecto determinante en la evolución de las fuerzas productivas contemporáneas el que la ciencia (o el conocimiento científicamente organizado y sistemático de la naturaleza) dejó de cumplir un papel auxiliar (aunque creciente) en la producción, tal como venía ocurriendo desde la revolución copernicana. A partir de la Segunda Guerra Mundial surgen ramas de la producción totalmente dependientes del conocimiento científico; ramas de producción, tecnologías, actividades productivas que son campos aplicados de conocimiento científico y no usos parciales de este conocimiento. La energía nuclear, la aviación ultrasónica, la petroquímica, la informática y la electrónica son campos aplicados del conocimiento científico. La nueva ola de alta tecnología, iniciada en la década de los setenta y compuesta por nuevos materiales, la biotecnología, la ingeniería genética, la fusión nuclear, la superconductividad, el láser y la tecnología espacial, es todavía más intensa y está umbilicalmente ligada a la evolución y a la aplicación directa del conocimiento científico.

La consecuencia más inmediata de este cambio radical en el desarrollo de las fuerzas productivas fue el surgimiento y expansión de las actividades de investigación y desarrollo al interior de las empresas; después de la Segunda Guerra Mundial, no existe empresa competitiva que no posea su propio centro de investigación y desarrollo.

Este impulso inusitado al conocimiento científico y su asimilación a la producción tuvo consecuencias también en el surgimiento de una nueva actividad económica, ligada a la formación no sólo de cuadros científicos en las universidades y centros de investigación, sino también

de los profesionales asociados al uso de los resultados de ese conocimiento. El auge de la educación universitaria en la posguerra fue una consecuencia de esos cambios, y con él, la enorme expansión de los servicios asociados a educación, salud y vivienda de las nuevas masas de trabajadores urbanos.

La actividad productiva pasó a ser cada vez más un momento determinado de un amplio proceso social de investigación y desarrollo, invención e innovación, planificación macro y microeconómica, publicidad y mercados. El proceso de producción y la organización del trabajo y la fuerza de trabajo, pasó a demandar amplios procesos de gestión de las relaciones sociales, la educación, la capacitación, la salud, la vivienda, el ocio y la comunicación social global y específica. En todos estos sectores la forma científica del conocimiento pasó a ocupar un papel central y articulador del conjunto de la vida económica, social, política y cultural.

Podemos hablar, en consecuencia, de una nueva etapa histórica del desarrollo de las fuerzas productivas, cuya naturaleza se caracteriza por una revolución científico-técnica cuyas características globales ya señalamos y que posee una evolución interna muy intensa, con leyes esenciales fundadas en los siguientes aspectos:

- 1) La sustitución del trabajo directamente productivo y la división natural del trabajo por las máquinas, los sistemas de máquinas, las fábricas, los complejos industriales y los sistemas de producción cada vez más complejos que interconectan otros sistemas relativamente autónomos. Esta ley de evolución se expresa, desde la Revolución industrial hasta nuestros días, en la automatización del trabajo basado en la mecanización y la administración “científica” que sustituye el trabajo directo por el de las máquinas, que lo someten a su dinámica y funcionamiento. En la fase de la revolución científico-técnica dicha ley se manifiesta en la automatización basada en la información (que sustituye el trabajo humano en la dirección y orientación de la producción), en la gestión sistémica del proceso productivo global y en la introducción de los robots en la producción. Estos cambios han sido analizados por algunos autores como el paso del fordismo al toyotismo.
- 2) La concentración y la centralización de la producción que caracterizan

a la Revolución industrial tienden a asumir formas más globales, dando origen a complejos productivos de carácter internacional, transnacional, planetario e incluso espacial (con el surgimiento de la producción en estaciones orbitales y, posiblemente, en otros planetas) y oceánica (con la producción submarina). Estos cambios, por otro lado, propician el sistema de redes que articula flexiblemente un conjunto de empresas ligadas entre sí, aunque sin un sistema jerárquico establecido. En este período se desarrollan diversas formas de asociación, subcontratación y fusión de empresas, y comienza a hablarse de una nueva forma de empresa global.

- 3) La aparición y el aumento de un tiempo de trabajo excedente (no directamente productivo) y del tiempo libre en la sociedad, permiten un mayor desarrollo de la educación, la formación de nuevos cuadros científicos y la introducción de cambios frecuentes en la base de las fuerzas productivas. Se pasa, así, de una producción extensiva, basada en la expansión de las fuerzas productivas existentes, a una producción intensiva, basada en la administración de cambios permanentes de esa base productiva, a través de investigación, desarrollo, invención, innovación y difusión. La revolución constante de las fuerzas productivas sustituye la reproducción y la acumulación como objetivos centrales de la producción.
- 4) El sometimiento de la producción al conocimiento científico lleva también al predominio de la ciencia pura o básica sobre la ciencia aplicada. Así como la producción pasa a depender de la tecnología y esta de la ciencia aplicada, esta última depende directamente de la evolución global del conocimiento científico puro o básico o, incluso, fundamental. En consecuencia, la sociedad tiene que destinar recursos crecientes a la evolución de la ciencia pura y desarrollar una rama de la producción del propio conocimiento (laboratorios, instrumentos de precisión, telecomunicación, informática, aceleradores de partículas).
- 5) El período posterior a la Segunda Guerra Mundial fue el principio de una producción bajo dirección científica, con el surgimiento de nuevas ramas derivadas directamente de la aplicación de los conocimientos revolucionarios acumulados desde principios de siglo: la energía nuclear, la electrónica, la aviación supersónica y los cimientos de la era espacial.

Las décadas de los setenta y ochenta (particularmente) vieron el surgimiento de una nueva revolución industrial bajo el predominio de la ciencia: la informática, en la base de la microcomputación, y su aplicación en la robótica y la telemática, abre un nuevo campo de la tecnología de la información. Los nuevos materiales, incluyendo la superconductividad, la biotecnología y la ingeniería genética, forman un nuevo patrón tecnológico que tiende a generalizarse en todo el sistema productivo. Las posibilidades abiertas por la tecnología espacial, la fusión nuclear y la explotación de los océanos forman nuevas realidades que tendrán sus efectos en el siglo XXI.

- 6) La automatización, la disminución de la jornada de trabajo y la ampliación del tiempo excedente o libre; la formación de una economía mundial de carácter planetario, el surgimiento de un desarrollo intensivo y el predominio de las actividades científicas puras para asegurar el desarrollo, revolucionan la estructura del empleo hacia una disminución de los productores directos agrícolas e industriales, lo cual conduce a la mayor concentración de trabajadores en las áreas de servicio, particularmente en aquellas ligadas a la producción, almacenaje y difusión de la información, y al ocio. Los gastos en investigación y desarrollo; en educación, salud, vivienda, alimentación y servicios sociales se suman de esta manera al inmenso campo de los servicios de información y ocio, para dar origen a una sociedad de servicios.
- 7) En esta sociedad interactúan enormes fuerzas, en el sentido de reducir la jornada de trabajo (solución progresista) o el número de trabajadores generando desempleo en el sector productivo que se recicla de manera insuficiente en los nuevos sectores de servicio (solución retrógrada). La disminución de la jornada laboral media; la ampliación de las vacaciones; el aumento del número de jubilados; la extensión de los niveles escolares (educación básica y secundaria universal, educación superior básica, posgrado, formación posdoctoral, entrenamiento y reciclaje generalizados, educación permanente), y la ampliación de las actividades de ocio (turismo, deportes, espectáculos, conciertos masivos, oferta televisiva), generan una enorme población dedicada a tareas no directamente productivas. Esto explica, al mismo tiempo, el aumento de las necesidades espirituales del hombre contemporáneo y el papel de la subjetividad de

la dinámica social: el individuo aumenta sus demandas específicas y se impone cada vez más al conjunto de la vida social como su objetivo final. La producción se vuelve más sofisticada y busca una diversificación creciente para satisfacer esa subjetividad e individualidad, que tiende a sustituir la sociedad de masas generada por la Revolución industrial.

- 8) Esta nueva división del trabajo se configura en los países que están en la punta del sistema productivo mundial y tiende a extenderse al plano internacional. Los más desarrollados, que ocupan una posición dominante en la economía mundial, tienden a dedicarse fundamentalmente a las actividades nuevas, derivadas de la revolución científico-técnica, y transfieren (en general, bajo el control de su capital, pero también mediante sistemas de subcontratación que transfieren esas tareas a empresas locales) a los países de desarrollo medio (particularmente los llamados New Industrial Countries o NICs) la producción de piezas, accesorios y otras partes del complejo productivo global que todavía exigen mano de obra barata aunque —casi siempre— con cierto grado de habilidad manual. El aumento de la preocupación ambiental en las sociedades de los países dominantes tiende también a desplazar las industrias de mayor índice de polución hacia los NICs.

Los países de menor desarrollo tienden a aislarse y marginarse de ese sistema, sufriendo aun el dumping de una producción agrícola e industrial con alta densidad tecnológica contra la cual no pueden competir. En la medida en la que vayan incorporándose las nuevas tecnologías en los países centrales y expandiéndose las actividades industriales tradicionales e incluso algunas de desarrollo reciente hacia una semi-periferia en formación, se reanudará un nuevo auge de la economía mundial, de carácter desigual y combinado, en el cual se acentuarán las brechas económicas y culturales entre los países desarrollados y los subdesarrollados, exacerbándose la dependencia, las desigualdades y sobre todo la exclusión de enormes masas humanas del sistema de producción y consumo.

Cabe ahora analizar las repercusiones de esas fases de la revolución científico-técnica en la economía mundial y en la reformulación del mundo contemporáneo.

3. La RCT y el proceso de globalización de la economía mundial

La formación de la economía mundial se dio a lo largo de un lento proceso histórico que se remonta a los primeros imperios de la antigüedad. Sin embargo, sólo a partir de la expansión marítima europea del siglo XVI podemos hablar del surgimiento de una verdadera economía mundial, que integró a los varios “universos” económicos regionales en un mercado mundial que se consolidará en el siglo XIX, bajo la hegemonía de la Inglaterra industrial capitalista.

Pero, con todo, aún hasta la Segunda Guerra Mundial los procesos de producción tienen una base esencialmente local o nacional, recurriendo eventualmente a la importación de materias primas del exterior.

A partir de 1945 la humanidad asistirá a un intenso proceso de integración de los sistemas productivos mundiales. En Occidente, las empresas multinacionales articulan un sistema complejo de producción a partir de diferentes puntos del globo; realizan un gigantesco movimiento de capital en el ámbito internacional, expandiendo drásticamente los servicios y el mercado de capitales y financiero. En Europa, el Mercado Común Europeo empieza a articularse comercial y —después— agrícola e industrialmente, encaminándose hacia una integración de servicios, monetaria y financiera, bajo la égida del eurodólar, que sólo es cuestionado hasta la década del ochenta, por la ascensión del marco y las demás monedas europeas, y por la emergencia de una unidad monetaria continental, el euro.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Japón articula una parte de la economía asiática en torno de la exportación hacia los Estados Unidos y, en la medida que manipula enormes excedentes monetarios en dólares, comienza a convertirse también en un poder financiero en expansión, particularmente en los ochenta.

Europa del Este, separada durante años por la Guerra fría, termina integrándose progresivamente a la economía occidental, y en particular a la europea. Esto ocurre después de un trascendente proceso de integración forzado, en general, por una situación geopolítica —hoy superada— de las economías socialistas de la región bajo la bandera del COMECON.

En mayor o menor escala, todas las regiones del mundo contemporáneo pasan por procesos de integración entre sus componentes y con otras regiones del mundo. Estados Unidos y Europa continúan siendo el centro de esa economía supra regional; son ellos los que articulan este gigantesco conjunto planetario. Pero (en un proceso que inicia en los años sesenta), la Unión Soviética y Japón trascienden sus límites regionales para integrarse también a esta nueva realidad.

Estos procesos tuvieron, sin embargo, una fuerte limitante en la década de los ochenta. Tras quince años de crisis económica (iniciada en 1967 y en la cual prevalecieron los años de recesión sobre el crecimiento), se experimenta un auge económico relativamente sustentado (entre 1983 y 1987), lo cual, como vimos, se apoya en la recuperación de la economía estadounidense a costa de un gigantesco déficit presupuestal y otros fuertes desequilibrios. Independiente de esto, dicha recuperación incorporó las nuevas tecnologías que estuvieron desarrollándose en aquel período, con el objetivo de reestructurar la economía mundial sobre nuevas bases. La lucha por la competitividad internacional asumió entonces una forma dramática. Nuevas fusiones entre empresas (que buscan operar a escala mundial) y la instauración de formas de colaboración y acuerdos de acción común entre empresas, superan los antiguos cárteles a través de innovadoras fórmulas de cooperación científico-tecnológica. La operación de los mercados monetarios a escala mundial, iniciada en los setenta con la aparición de la serpiente monetaria, aumenta la disponibilidad financiera de las empresas y su intervención en el mercado financiero, que experimenta cambios radicales. Se eleva el volumen de operaciones financieras en el ámbito mundial, unificando en segundos los más diversos mercados locales.

Todo lo anterior se apoya, está claro, en una nueva tecnología de comunicación que permite la instantaneidad casi absoluta entre los países. La conquista del espacio por la humanidad convirtió a la Tierra en un planeta integrado e intercomunicado en tiempo real. La microcomputación permitió el salto que significa la robotización, misma que elevó considerablemente la automatización de la producción, las oficinas y los servicios.

El conjunto de cambios que venía experimentándose desde la posguerra, a partir de la revolución científico-técnica, en los ochenta, dio un salto cualitativo bajo el estímulo de un crecimiento intenso basado en innovaciones revolucionarias y la difusión de nuevas tecnologías.

De repente, el aparato institucional de relaciones internacionales se quedó estrecho, convirtiéndose en una camisa de fuerza para los nuevos niveles de integración mundial. En las fases de depresión, la crisis de ese aparato evidenciaba su obsolescencia; en el intento de recuperación aparecían obstáculos difíciles de superar.

Las transformaciones de las fuerzas productivas, de las relaciones sociales de producción y de los sistemas institucionales e ideológicos tomaron la forma de un proceso de globalización de la economía mundial, de manera que esta no podía seguir siendo enfocada desde el punto de vista de una nación o de un conjunto de naciones.

La perspectiva convencional de las empresas multinacionales, aún con sus tentativas de globalización en el plano “macroeconómico”, no permitía ya captar el proceso en su conjunto.

La Tierra, en suma, carecía de instrumentos de gestión planetaria. Los organismos existentes (Naciones Unidas, la OCDE, el Grupo de los 7 y las instancias de integración regional) resultaban insuficientes ya para administrar las transformaciones globales.

La división del mundo en zonas económicas aisladas, con su respectiva realidad socioeconómica y tecnológica, había quedado rebasada. Los mercados locales y nacionales entraron en crisis presionados por una creciente competitividad internacional. Los hábitos proteccionistas se vieron amenazados por lo oneroso que resultaba subsidiar a sectores tecnológicamente obsoletos y la consecuente inamovilidad que provocaban.

Por otro lado, para lograr mayor competitividad dejaron de ser necesarias la fuerte ayuda estatal y la garantía de mercados. En vez de enfocar la cuestión en términos de proteccionismo o libre cambio, comenzamos a caminar hacia formas diferenciadas —defensivas u ofensivas— de proteccionismo. Así fue como el mercado mundial quedó cada vez más regulado por grandes acuerdos entre agentes económicos bien definidos: organismos multinacionales, Estados, empresas públicas y multinacionales, y empresas nacionales.

Dichos agentes tienen ambiciosas estrategias de crecimiento y negocian a largo plazo, en función de sus intereses globales. Las rondas del GATT (*General Agreement on Trade Tariffs*) fueron la expresión más clara de esta nueva versión de mercado mundial administrado.

Antes de superar totalmente sus concepciones idealistas sobre las relaciones de intercambio basadas en la idea de un mercado libre, la ciencia económica se enfrenta hoy con fenómenos de una etapa más elevada de relaciones monopólicas; estas son nuevas formas de competencia no ya de un mercado libre, sino de uno administrado.

En la fase actual, la regulación de los mercados comienza a escapar de las manos de las grandes empresas multinacionales y de los Estados nacionales para exigir formas de control supranacionales basadas en amplios acuerdos, estrategias y planes de acción conjuntos entre Estados y empresas e instituciones de investigación y prospectiva.

Sin embargo, lo más importante está por venir. Frente a la dimensión alcanzada por los sistemas productivos, de distribución, financiamiento e investigación y desarrollo, los cuadros de cooperación, planificación y reglamentación actuales son insuficientes. Es necesario crear autoridades de planificación, investigación y desarrollo, regulación monetaria y financiera, y regulación de intercambio verdaderamente mundiales, lo cual implica:

- 1) Reafirmar el Grupo de los 7 como instancia reguladora y coordinadora mundial provisional. Redistribuir el dentro de los organismos existentes (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, GATT, Naciones Unidas, OCDE) entre Estados Unidos, Europa y Japón, produciendo nuevas relaciones de las fuerzas señaladas. Incorporar particularmente a Rusia a este nivel de decisión económica, aunque su peso desestabilizará el sistema de regulación económica y política internacional existente y exigirá su total reestructuración durante los próximos veinte o treinta años.

La consolidación de esta instancia dará origen a un período histórico de hegemonía compartida entre Estados Unidos y los demás miembros del Grupo de los 7, que se transformaría en Grupo de los 8 al entrar Rusia.

- 2) Aumentar el poder de regulación de esos organismos sobre cada economía nacional y sobre aspectos cada vez más amplios del sistema mundial; entre ellos, el medio ambiente aparece como uno de los sectores clave para la sobrevivencia de la humanidad, lo cual se mostró claramente durante la realización de la UNCED (Río-92). La implícita cesión de soberanías nacionales a los organismos internacionales no puede basarse en un debilitamiento de los Estados nacionales como tiende a pensarse; al contrario, para asegurar la fuerza de las decisiones planetarias serán necesarios Estados nacionales fuertes y economías poderosas e integradas en los niveles locales, nacionales y regionales. Sería imposible creer en la posibilidad de que superestructuras mundiales pudiesen lidiar con individuos y grupos aislados en todo el planeta. Un sistema como tal sólo será fuerte si se apoya en poderes intermedios suficientemente soberanos para poder transferir parte de su soberanía al ámbito mundial. En verdad, esta afirmación vale también para los niveles locales y subregionales. Las economías nacionales fuertes tienen que apoyarse cada vez más en fuertes economías locales o subregionales.

Evidentemente, esto provoca entrecruzamientos entre Estados nacionales y coordinaciones de poderes locales: las coordinaciones entre las grandes metrópolis mundiales, formaciones subregionales como la coordinación de las ciudades del Mediterráneo, la recuperación del espacio económico balcánico y la integración en torno al Mar Báltico, por ejemplo, son fenómenos que se entrecruzan con otros todavía más amplios, como la recuperación de la gran China, la articulación de Siberia con las dos Coreas y la recreación del espacio económico del antiguo Imperio Otomano.

- 3) Introducir en los sistemas reguladores actuales al conjunto de naciones del planeta, incluyendo los países socialistas (particularmente los ex miembros del CANE); a los del Tercer Mundo (en especial a potencias intermedias como China, India, México, Brasil, Corea y Turquía —a ser incorporadas en el decenio actual—; a Indonesia, Pakistán, Irán, Irak, los países petroleros —organizados en torno a la OPEP— y otras fuerzas emergentes en esta parte del mundo, hasta ahora excluida de la gestión de la economía mundial).

Por lo tanto, la forma imperialista de la economía mundial, todavía presente en la ley del desarrollo desigual y combinado de la economía mundial capitalista, entra en crisis grave y definitiva.

En los próximos decenios, esa forma económica tendrá que ceder su lugar, por lo menos en parte, a una nueva visión global de la gestión planetaria, basada en la coexistencia de regímenes económicos, sociales, políticos y, sobre todo, culturales diversos y aun antagónicos.

Será cada vez más difícil que los poderes mundiales eludan enfrentar planificada y articuladamente los fenómenos de desarme mundial, de defensa del medio ambiente y de miseria y subdesarrollo que hace inviable un orden mundial razonablemente equilibrado y permanente.

Este será el comienzo de la construcción consciente de una civilización planetaria, pluralista, racionalista, laica, democrática y profundamente humanista en su ideología. Es imposible eludir las nuevas exigencias de una gestión económica mundial de estos y otros aspectos globales civilizadores.

Entre tales aspectos, por cierto, ocupa una posición especial la cuestión de la paz mundial; en ella se encuentra el fundamento de tres elementos esenciales para dar el salto civilizador que la evolución socioeconómica actual exige:

- 1) Conjurar la amenaza del holocausto nuclear es una necesidad prioritaria de la humanidad. Su solución pasa, sin embargo, por el establecimiento de un poder semi-estatal mundial, por algún grado de cesión de soberanía de las potencias nucleares o aquellas en condiciones de serlo, a uno o más órganos controladores y reguladores del fenómeno. La tentativa actual de política de no-diseminación, en la cual las potencias nucleares prohíben a las demás serlo, es evidentemente injusta e inaceptable.
- 2) La necesidad de disminuir los costos de la carrera nuclear y el peso de su irracionalidad sobre el conjunto de la vida social y cultural contemporánea es otra determinación impostergable. Las ventajas alcanzadas por las economías no militarizadas se transformaron en una amenaza a la sobrevivencia económica de las economías altamente militarizadas. Por otro lado, la presión de los grandes

problemas internacionales irresueltos que amenazan la sobrevivencia civilizada de la humanidad exige una reorientación del uso de los recursos militares para la solución de esas enormes llagas sociales.

- 3) La persistencia del secreto militar en términos de producción científica y del desarrollo tecnológico termina por crear una amenaza al conjunto de la vida civilizada y sacrifica nítidamente el avance de la cooperación científica y tecnológica, cada vez más necesaria para la solución de los problemas internacionales, la conquista espacial y la preparación de la humanidad para organizar su vida en una dimensión planetaria.

La cuestión de la paz mundial dejó de ser, por lo tanto, una aspiración, una utopía de mentes avanzadas para transformarse en una condición para garantizar la sobrevivencia de la humanidad y de cada una de sus partes. Junto a la lucha por la defensa y mejoría del ambiente terrestre, y el combate a la miseria, el analfabetismo y otras manifestaciones de un orden planetario anárquico, la lucha por la paz impulsa al mundo contemporáneo hacia la búsqueda de una forma de gestión planetaria capaz de asegurar la sobrevivencia de la humanidad y el pasaje hacia una nueva etapa en su forma de relacionarse. Estos hechos determinan claramente el fin de la Guerra fría.

¿Será posible resolver estos problemas o la humanidad sucumbirá frente a ellos? Según Marx, en el Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política, “el hombre sólo se plantea los problemas que puede resolver”. Un balance de esas grandes cuestiones revela que la humanidad necesita y busca los caminos para resolverlas.

Esto dependerá de la superación de sus barreras y límites actuales. Sin embargo, dialécticamente, son esas barreras y límites los que generan y rigen la vida social y la economía contemporáneas. De alguna forma, pues, ellas tendrán que auto-reformarse para abrir camino a las nuevas fases de desarrollo. Es necesario estudiar estas nuevas formas concretas de mediación entre el pasado y el futuro, fuerzas socioeconómicas que encierran en su seno este sentido contradictorio.

4. Regionalización: fragmentación e integración de la economía mundial

Como hemos visto, la reestructuración de la economía mundial se basa en la incorporación de las nuevas tecnologías, cuyas escalas de producción son cada vez más de orden planetario.

Esto exige aumentar los ámbitos económicos en los cuales actúan las empresas: se trata de garantizar la existencia de mercados planetarios o por lo menos regionales, para hacer viable la operación de las empresas de alta tecnología e introducir a la producción las importantes innovaciones económicas ya en fase de incorporación. De esta forma, asistimos a una liquidación impiadosa de los mercados locales y subregionales dentro de los países y a un esfuerzo de integración de mercados internacionales dentro de los espacios regionales delimitados por acuerdos entre Estados.

Esta tendencia adquiere todavía mayor fuerza al aumentar también los costos de investigación y desarrollo de nuevos productos y procesos de producción; estas cuantiosas inversiones sólo pueden ser posibles mediante la alianza entre las empresas y los Estados nacionales.

El proceso de regionalización aludido tiene, en principio, dos lados complementarios y contradictorios. Una de sus caras es el liberalismo, la libre movilidad de los factores dentro de la región en proceso de integración. La otra es la protección de las empresas y la producción regionales contra la competencia externa.

Sin embargo, es fundamental recordar que los procesos de integración persiguen no sólo defender los intereses empresariales de las zonas involucradas, sino también una estrategia ofensiva; se trata de favorecer la concentración y centralización económicas dentro de los nuevos patrones tecnológicos capaces de garantizar el aumento de la productividad, la reducción de costos y, por lo tanto, la competitividad de los productos regionales en el mercado mundial.

Es por ello que el proceso de integración se ve acompañado en la actualidad de audaces medidas de cooperación científico-tecnológica que buscan aumentar el poder de las empresas locales.

Existe incluso un estímulo creciente a la colaboración empresarial, procurando definir un campo de investigación común con las distintas

empresas competidoras. Las propuestas en tal sentido dirigidas por los gobiernos a las empresas son, en verdad, un intento de aumentar la cooperación entre las corporaciones multinacionales.

Por ejemplo, un esquema de cooperación se viene realizando entre empresas de Estados Unidos y de Japón en la búsqueda de la integración de la Cuenca del Pacífico, para definir una estrategia común de desarrollo y lucha competitiva con el resto del mundo y en particular respecto de Europa. Esta, a su vez, busca estimular la cooperación entre las empresas de la región y de estas con las de Estados Unidos y Japón. Y no puede menospreciarse el vasto campo de cooperación en Europa del Este que, a pesar de la crisis actual, presenta enormes perspectivas en la medida en la que estos países están en busca de un camino para incorporarse a la economía mundial que, evidentemente, comienza por sus vecinos europeos y en especial por Alemania.

Las perspectivas de la unificación europea se hicieron más evidentes cuando Jacques Delors anunció, en nombre de la Comunidad, la decisión de establecer como meta el año de 1992 para la unificación de Europa. Después de años de impasses y negociaciones con Alemania, Francia dio luz verde a la integración. Se trataba de superar dos barreras interdependientes: el miedo a la hegemonía alemana sobre una Europa unificada y las concepciones atlantistas de la centro-izquierda francesa, determinadas en gran medida por el temor de que la política europea terminase sirviendo a los intereses alemanes. Dos hechos disiparon tales aprehensiones: la constatación de la competencia japonesa (aliada a Estados Unidos) y las pretensiones imperiales de Ronald Reagan.

Alemania, por su lado, se vio obligada a superar su dependencia de las exportaciones superavitarias de Estados Unidos. Dichas exportaciones provocaron la acumulación de enormes excedentes en dólares, que cuando esta moneda comenzó a devaluarse llegaron inmediatamente a las reservas monetarias y títulos de la deuda pública norteamericana de los que se habían apropiado los inversionistas y el Estado alemán. Estos, sin embargo, no tenían otra alternativa para aplicar dichos excedentes, a no ser que los invirtieran en áreas bajo influencia de la moneda norteamericana, como América Latina.

Finalmente, el anuncio de la integración europea provocó a su vez nuevas integraciones o mercados regionales. Estados Unidos reconoció su vocación panamericana como base de integración de un fuerte mercado regional e inició dicho movimiento proponiendo la extensión de sus fronteras, a través de un mercado común norteamericano que incluiría Canadá y México. La propuesta tuvo la más entusiasta reacción de sus vecinos, pues equivalía a la apertura del enorme mercado de los Estados Unidos.

Este impulso se completó con la formulación de la iniciativa Bush de un mercado común de toda América, que contó con la inmediata adhesión del continente, aunque condicionada a dos salvaguardas: la primera, la posibilidad de una integración paralela de América Latina, a la cual Estados Unidos no podría oponerse más, como veremos al final de este libro; la segunda, la consecuente aceptación de integraciones subregionales, tales como el MERCOSUR, el Bloque Andino y la Integración Centroamericana, a las cuales se sumaría la iniciativa estadounidense para el Caribe, cubriéndose así el continente de varias articulaciones menores que hicieran viable la integración global.

Al mismo tiempo se reforzó la articulación casi espontánea de la Cuenca del Pacífico, entre Japón y los países bajo su área de influencia económica y el oeste de Estados Unidos, aunque el Consejo del Sudeste Asiático y la SEAN tendió al fortalecimiento de las relaciones del Pacífico, en parte bajo la hegemonía norteamericana, en parte bajo una nueva óptica asiática de desarrollo que tiene a Japón como su centro económico. Es particularmente interesante, en este sentido, el restablecimiento del gran círculo chino (China continental, Taiwán, Hong Kong, Singapur y Macao); la articulación de las dos Coreas con Siberia y la Rusia asiática, y la reintegración de Vietnam, Laos y Camboya, todo con la economía japonesa como centro.

Así, la hegemonía mundial de Estados Unidos tiende a reducirse. Por un lado, se ve obligado a compartir su poder mundial con Europa, Japón, y la ex Unión Soviética, pasando de ser la única potencia hegemónica de la posguerra, a líder del Grupo de los 7; por el otro, se ve cada vez más circunscrito a la condición de potencia regional, con un área de influencia más o menos delimitada.

La integración europea, incluyendo a Rusia, y la formación de la Casa Europea, se proyectan hacia el Mediterráneo y África, particularmente el norte, donde los intentos de integración regional como el de Maghreb fortalecen estos lazos pro-europeos. Lo mismo ocurre con la cooperación entre los países del golfo Pérsico que, de una forma u otra, tienen que articularse con el gran mercado petrolero europeo, a pesar de la importancia de Japón como consumidor de hidrocarburo. Desde un punto de vista geopolítico global, la (primera) Guerra del golfo Pérsico representó un intento estadounidense para contener la integración entre Medio Oriente, la ex URSS y Europa. A largo plazo, sin embargo, la espectacular victoria norteamericana sobre Irak representará el último acto de decadencia militar norteamericano, por tres razones:

- 1) Estados Unidos mostró su incapacidad financiera para realizar una guerra moderna, al tener que basar su financiamiento de la Guerra del Pérsico en los recursos de Arabia Saudita, Kuwait, Japón y Alemania, situación irrepetible, a no ser que las fuerzas armadas estadounidenses se transformen en un ejército mercenario (para su supremo escarnio y decadencia).
- 2) La guerra moderna, a pesar de la precisión de su artillería, no puede evitar una situación próxima al genocidio, lo cual limitó el poder ofensivo norteamericano, que, además, tenía que preservar a las fuerzas armadas iraquíes como factor de equilibrio militar regional; esto le impidió alcanzar el declarado objetivo de derrocar a Sadam Husein y aniquilar su poder personal. A pesar de su alto costo, esta guerra se reveló ineficaz y estuvo sometida a las leyes de la política global, que escapan al control norteamericano.
- 3) Al no alcanzar sus objetivos y exhibir limitaciones tan drásticas, la Guerra del golfo Pérsico sólo aumentó la voluntad imperialista de la región y debilitó a las monarquías pro-norteamericanas, anunciando un nuevo período histórico en el que la unidad de los países islámicos se sobrepone a la unidad árabe y produce una nueva situación geopolítica en la cual las iniciativas regionales de la OPEP (el principal producto económico de esa unidad), serán cada vez más decisivas. No debemos olvidar el inevitable debilitamiento de Israel frente al mundo musulmán,

en ascensión económica, demográfica y militar, ni las ramificaciones de esa expresión religiosa sobre la antigua Unión Soviética, India, Indonesia, Turquía y otras regiones clave. El entreguismo musulmán motivado por la Guerra del Golfo Pérsico será, con seguridad, uno de los elementos geopolíticos clave en las próximas décadas, teniendo importantes e inesperadas proyecciones económicas. Es absurdo analizar una corriente civilizadora tan significativa con prejuicios históricos que intentan caracterizarla como atrasada, sectaria y fanática. El eurocentrismo latente hacia esas manifestaciones culturales ya no tiene legitimidad científica ni cultural.

Por su parte, América Latina busca un espacio de autonomía o menor dependencia de Estados Unidos y vislumbra siempre la posibilidad de utilizar el paraguas de las antiguas metrópolis europeas, hoy en recuperación. La ALADI, la creación del MERCOSUR y del Pacto Amazónico, la recomposición del Mercado Centroamericano y del Bloque Andino, cuentan con el respaldo intelectual del SELA y la CEPAL; político de la reunión de cúpula de los presidentes iberoamericanos, y técnico y diplomático de varias instituciones regionales y subregionales. El aumento de las exportaciones hacia Estados Unidos desde 1983 hizo retroceder las tendencias a la diversificación comercial y hacia un mayor comercio intra-regional, pero frente a la recesión de 1990-1991 se revaloró la importancia de los mercados regionales.

Previsiblemente la política europea de integración aumente las posibilidades de negociación de América Latina, en la medida en la que esta intensifique su integración propia y potencie su capacidad de negociación con el exterior. De cualquier forma, su integración depende también de un aumento de su competitividad internacional que le permita liberarse de la relación unilateral con Estados Unidos y amplíe sus áreas de decisión autónoma y su capacidad de implementar políticas de desarrollo que integren a su población al sistema productivo moderno.

Es innegable que, en la actual coyuntura, los procesos de integración regional tienden a sobreponerse con otros polos fundamentales en la etapa de la posguerra: por caso, la contradicción este-oeste o entre el modo de producción capitalista y las formaciones sociales en transición

hacia el socialismo; y la oposición norte-sur, que diferenciaba y confrontaba a los países industrializados y dominantes en la economía mundial con las naciones subdesarrolladas y dependientes.

Entre estas últimas naciones surgieron aquellas de desarrollo medio, que estuvieron en posibilidad de desarrollarse industrialmente volcándose hacia su mercado interno (siempre restringido por la ausencia de reformas sociales profundas, capaces de ampliar la distribución del ingreso y las oportunidades de trabajo a través de inversiones básicas en educación, salud, alimentación y vivienda) y, frente a las limitaciones de este, hacia los mercados de las economías centrales y dominantes. Estas, a su vez, debido a las mudanzas tecnológicas producidas por su creciente especialización en actividades de ciencia y tecnología, investigación y desarrollo e información y gestión, tendieron —como vimos— a transferir al exterior la producción industrial considerada obsoleta y contaminante.

Hoy estamos ante una reordenación internacional que dependerá de las soluciones internas que cada uno de los países dé a su modelo de desarrollo y a su capacidad de articulación con sus vecinos, y de generar fenómenos de integración regionales que se constituyan en nuevos polos de crecimiento y poder en el contexto de la economía mundial.

Este aspecto tiene estrecha relación con los factores subjetivos, sobre todo políticos y culturales. El espíritu de Bandung, por ejemplo, permitió a los pueblos del sur revalorar su peso civilizador y cultural en el mundo. Este re-examen demostró su poder estimulador y movilizador cuando finalizó el proceso de liberación colonial, al generar mecanismos de coordinación política y diplomática como el Movimiento de los No-Alineados; crear instituciones de acción económica estratégica como el Grupo de los 24, el Grupo de los 77 y la UNCTAD, y proponer un nuevo orden económico e informativo mundial.

El proyecto de los New Industrial Countries (NICs) es, sin embargo, una alternativa a estas propuestas globales y libertarias. En vez de ver al Tercer Mundo como polo civilizador, económico y de poder, afirma la necesidad de que se someta al plan civilizador eurocéntrico y se oriente a obtener el máximo provecho de su afiliación a los centros de poder mundial. Los sobrevalorados éxitos inmediatos de este proyecto,

aunque pálidos si se les mira desde una perspectiva histórica, parecen justificarlo como opción. Esto resultó particularmente válido entre 1983 y 1988, cuando la política de los déficits públicos y de la balanza de pagos norteamericanos lanzó sobre el mundo una demanda agregada que estimuló la exportación de todos los países hacia los Estados Unidos, provocando un nuevo auge extremadamente desequilibrado del comercio mundial.

Está claro, sin embargo, que los NICs, a pesar de las expectativas que despertaron en los últimos años, no disponen de poder para influir seriamente en la economía y la política mundiales. Tienen mucho más peso aquellos países que mantienen algún grado de autonomía de decisión o de poder. Naciones como China e India tienen mucho más peso en la estructura de poder mundial que aquellas con gran avance industrial pero dependientes de sus exportaciones, como Brasil, México y Argentina. El propio Irán, a pesar de los ataques de Occidente, obtuvo algún poder de negociación, a veces con métodos inusitados y civilizatoriamente peligrosos.

En la década de los setenta, los países (principalmente los árabes) en torno a la OPEP se convirtieron en un polo importante de poder del Tercer Mundo y la economía mundial. La confluencia entre el poder económico del petróleo y las tradiciones de una civilización milenaria que demostró un poder creativo excepcional - suspendido durante el siglo pasado por factores ajenos a su evolución-, parece haber sido decisivos en la economía y la política mundiales. La obstinada tentativa de Occidente de ignorar y reprimir esta fuerza no podrá detener su resurrección sobre bases modernas. Cualquier análisis de la realidad mundial que ignore este poderoso aglutinador de fuerzas en torno de la tradición árabe, la religión musulmana o las reminiscencias del Imperio Otomano está condenado al fracaso. Vemos pues que la economía mundial sufre el impacto de una reestructuración sin que se vislumbre un poder hegemónico central capaz de cohesionar las fuerzas socioeconómicas, políticas y culturales que brotan de los estertores de la crisis de la hegemonía norteamericana, el sistema bipolar y la Guerra fría, durante la cual, por cierto, el poder soviético emergió también como factor regional con repercusiones ideológicas mundiales.

En la fase actual Estados Unidos lucha por afianzar su poder en América del Norte y Central y en el Pacífico; mientras pierde su condición de líder de la economía mundial capitalista, Rusia emerge como poder militar y económico internacional. La idea de un mundo bipolar fue seguramente una ilusión óptica generada por el pensamiento conservador.

La Unión Soviética emergió de la Segunda Guerra Mundial como importante factor militar, creado sobre el vacío de una Europa derrotada; pero no poseía la bomba atómica (bajo control inglés y norteamericano) y era la región más devastada (el verdadero escenario de la Segunda Guerra Mundial) física y humanamente; hasta los años cincuenta consiguió recuperarse y comenzó a alcanzar algún peso tecnológico y militar, al convertirse en potencia nuclear y de investigación espacial.

En las postrimerías de los años sesenta la URSS consiguió el equilibrio militar con Estados Unidos generando una histeria anti-soviética y anti-comunista que entró en auge durante el gobierno de Ronald Reagan, en 1980. Pero el costo económico y social de ese equilibrio no demoró en manifestarse, obligando a una revisión total y profunda de la estrategia global ofensiva. El poderío tecnológico y económico de Japón y Alemania, libres de los gastos de investigación militar y Economía mundial, integración regional y desarrollo sustentable de punta, mostraron a la URSS los riesgos de competir con Estados Unidos en una carrera militar suicida. Entonces, asumió su dimensión económica regional buscando integrarse a la Europa unificada; abandonó la perspectiva de una competencia militar desastrosa, afrontando con coraje las consecuencias de un desarme unilateral que debilitó a los conservadores "halcones" norteamericanos, y consiguió romper el bloqueo internacional sobre su economía (con el costo de una desintegración económica que afectó en forma drástica su sistema de regulación económica y su posición en la división internacional del trabajo, principalmente en sus relaciones con Europa Oriental y otros países asociados al COMECON).

A pesar de sus graves secuelas (anarquía de producción, desarticulación de los mecanismos de gestión económica, desintegración de la URSS, vacío de poder), esta valiente política permitirá a mediano plazo una re-emergencia histórica de la URSS (con el nombre que se le dé)

como potencia económica y tecnológica mundial. Lo que no es claro, sin embargo, es si esto será posible dentro de un marco democrático y de justicia social bajo permanente amenaza en ese vasto territorio. Garantizar las conquistas democráticas de los países que conformaban la antigua Unión Soviética exige su rápida inserción en la comunidad de naciones del mundo contemporáneo, sin limitaciones como aquellas que el Grupo de los 7, el FMI y el Banco Mundial pretenden imponer negándose a entender que no poseen la fuerza ni la energía para ello.

A la par de esta despolarización Estados Unidos-URSS surgen -o resurgen- nuevas potencias regionales con repercusión mundial.

Europa y Japón son dos polos suficientemente fuertes para definir una reordenación del poder mundial a su favor. Japón y Alemania no pueden continuar excluidos del Consejo de Seguridad de la ONU y de las decisiones estratégicas fundamentales del mundo contemporáneo. La decadencia de antiguas potencias como Inglaterra y el resurgimiento de Italia provocaron nuevos impactos económicos, políticos e ideológicos.

La recuperación del poder aglutinador de China, después de una lucha de décadas para integrar, recuperar y modernizar su economía, será otro factor decisivo en la economía mundial. La integración de India a un proyecto científico, tecnológico y militar será el quinto ingrediente del reordenamiento mundial. Potencias medias asiáticas como Corea del Sur, Indonesia y Filipinas experimentan convulsiones que deberán reerguir las sobre bases más autónomas.

La colaboración e integración del mundo árabe y musulmán, y el reconocimiento del poder de zonas clave históricamente, como Turquía y Egipto, serán aspectos inevitables en la nueva estructura de poder mundial. La expectativa de una política latinoamericana más activa es evidente en este nuevo contexto internacional, donde los cambios sociales, económicos, políticos y diplomáticos ocurren en un tiempo tan corto.

La actual coyuntura muestra pues dos movimientos aparentemente opuestos, pero interdependientes. El proceso de globalización de la economía mundial que une a todas las naciones y regiones en un movimiento único, integrador del conjunto de la humanidad en una civilización planetaria en la cual las necesidades colectivas se sobreponen a las lógicas particulares. Y, al mismo tiempo, un fenómeno en el que, para situarse en este

mundo global, las naciones, las regiones y los diferentes agentes sociales se ven obligados a fortalecerse localmente. América Latina vive intensamente esta circunstancia. Ligados históricamente a las potencias coloniales ibéricas, sus Estados nacionales no generaron una fuerza autónoma de crecimiento al establecer sus independencias nacionales. La región cayó entonces bajo el dominio de la economía inglesa, cuya expansión industrial la condujo a una nueva etapa de fragmentación en zonas de exportación precariamente articuladas con economías externas locales. La dominación norteamericana, mediante la ideología de la Doctrina Monroe, vino a reforzar esta tendencia al fraccionamiento regional, impidiendo la unificación en torno a la concepción bolivariana de una América Latina unificada. Y, por el contrario, durante los siglos XIX y XX prevalecieron exigencias de una integración regional muchas veces forzada y contra la naturaleza de las relaciones regionales complementarias.

En el umbral de una era en las relaciones internacionales en donde las regiones, naciones y clases y grupos sociales se preparan para enfrentar un nuevo mundo, América Latina sufre el peso de una balcanización y no consigue establecer una estrategia regional, la cual en principio tendría que reconocer la necesidad de dividir el subcontinente en cuatro zonas estratégicas:

- 1) La Centroamericana y Caribeña, ligada fuertemente a México, país al que corresponde explotar su condición de intermediario entre el Atlántico y el Pacífico, entre América del Norte y América del Sur.
- 2) La Zona Andina, con su experiencia histórica y cultural común, capaz de definir un modelo subregional extremadamente coherente.
- 3) El Cono Sur, vinculado históricamente en un proyecto de industrialización, modernización y fuerte presencia europea.
- 4) La Floresta Amazónica, con un universo de posibilidades naturales y energéticas, y de productos nuevos con inmensa riqueza.

Dicha estrategia estaría obligada a reconocer, además, la importancia de un liderazgo político continental en torno de un proyecto común de desarrollo que aumente de manera sustancial su poder de negociación frente al capital internacional y a los centros de poder mundial.

Es necesario poner en relieve el papel espacial de Brasil en esta visión: aparte de ser capaz de desempeñar con su industria pesada un rol fundamental en la integración del continente, posee una fuerte vocación Atlántica y de aproximación con África, lo cual podría crear un frente de intereses comunes todavía más amplio y de mayor peso mundial.

Una América Latina así cohesionada infundiría enorme respeto en el mundo contemporáneo, y adquiriría un poder de negociación multidireccional:

- 1) En relación con Estados Unidos, Europa, Japón y el Grupo de los 7 en su conjunto, teniendo una participación más importante en foros internacionales como la ONU, el Banco Mundial, el FMI y el GATT.
- 2) Respecto del campo socialista, cuya crisis facilita la acción latinoamericana y con cuyos países podrá abrir una etapa de colaboración mucho más intensa que en los primeros pasos de intercambio durante los setenta. Las industrias medias de la región latinoamericana podrían ser extremadamente útiles a la ex Unión Soviética y otros países del campo socialista que padecen enormes deficiencias en industrias de consumo. Al mismo tiempo, naciones como Brasil, México, Colombia y Venezuela podrían asimilar los avances científicos de la alta tecnología de la ex Unión Soviética.
- 3) Desempeñando un papel de mayor relevancia en los foros del Tercer Mundo, particularmente en el de los No-Alineados y la UNCTAD, lo que con China, India, los países petroleros del golfo Pérsico y otras potencias del Tercer Mundo le permitiría forjar una política común de afirmación del Sur en la redefinición de las estrategias de desarrollo mundial. Esto quedó claro en la UNCED (Río-92).

Pareciera utópico exponer estas propuestas en un momento en el que el continente transita por una de sus más graves depresiones económicas y un reflujo social y político. Pero son justo situaciones como la actual las que evidencian los límites de un modelo económico y una estrategia equivocados, como aquellos bajo liderazgos oligárquicos con pretensiones modernizadoras, pero esencialmente provincianos,

subalternos y serviles, más interesados en gozar sus poderes locales y sus relaciones con los centros de poder mundial, que en elevar a sus pueblos a un nuevo nivel social, cultural y moral.

Alienta pensar que América Latina tiene un enorme campo para su unificación económica, política y cultural, y que podrá estar a la altura de los procesos de globalización y regionalización de la economía mundial en curso. Pero antes de ahondar en esta reflexión rogamos a nuestros lectores que nos acompañen en la necesaria profundización del análisis de la dinámica de globalización que establece el marco de los fenómenos de integración regionales, subregionales o de autonomías locales en el presente momento histórico.

5. Estados, empresas y movimientos sociales en la economía mundial

A pesar del intenso proceso de integración y globalización de la economía mundial y de su regionalización, los Estados nacionales continúan siendo la unidad económica, política y cultural esencial sobre la que se sustentan esos fenómenos más generales. Son ellos los que patrocinan o frenan las dinámicas globales, los que organizan, a través de la cesión de su soberanía, los procesos de integración regional que continúan apoyándose, sin embargo, sobre bases institucionales y sobre su poder de legitimación y represión.

Es poco probable que dichos procesos pudiesen ocurrir sin la mediación de un organizador colectivo de la dimensión de los Estados nacionales. Las empresas multinacionales, que hoy se perciben a sí mismas como transnacionales o incluso globales, no podrían operar directamente en una economía mundial sin el financiamiento y apoyo de los Estados nacionales, sea en los países desde donde se expanden hacia el exterior, sea en los que las hospedan. La idea de una dinámica de globalización bajo una nueva unidad empresarial de tipo meta-nacional o global es sugestiva, pero puede conducir a una visión ilusoria del proceso de mundialización vigente.

Ya vimos que el fundamento de esa globalización se halla en la revolución científico-técnica, cuyo avance está ligado al apoyo económico directo de los Estados nacionales, a través del financiamiento directo de

las investigaciones en sus centros especializados, laboratorios, universidades y empresas, o de subvenciones y renunciaciones fiscales extremadamente importantes en el sector militar, la industria espacial y otros sectores dependientes del gasto fiscal.

Hoy es aceptada la necesidad de encontrar medios de planificación del desarrollo científico-tecnológico, y corresponde a organismos estatales o patrocinados por el Estado la elaboración de políticas enfocadas a la ciencia y la tecnología. Estados Unidos, por ejemplo, a pesar de su retórica liberal, emite su informe bienal de ciencia y tecnología que evalúa esta planificación global fijada por el gobierno.

Al mismo tiempo, la evolución del sistema empresarial no puede ser vista como algo ajeno a esas tendencias. A pesar de los fuertes vientos neoliberales que soplaron en los ochenta, el crecimiento del déficit público norteamericano fue el factor económico fundamental para la recuperación económica de 1983 a 1987. Dicho déficit fue creado no para atender las demandas sociales o desarrollar el “estado gendarme” del neoliberalismo; por el contrario, se orientó al incremento de la demanda norteamericana, que resultó en un enorme valor agregado de la demanda mundial. Conforme la nueva demanda fue atendida por la oferta internacional de bienes y servicios, generando un déficit de la balanza comercial norteamericana similar al déficit fiscal, la recuperación de la década de los ochenta fue un fenómeno inducido por el mayor gasto público de la historia humana.

Es impresionante observar, al mismo tiempo, cómo el déficit público se dirige al financiamiento de la investigación y desarrollo sobre todo del sector militar. Cuando el Estado interviene tan vigorosamente en la creación de áreas de inversión y en la orientación de estrategias de las empresas privadas, en su funcionamiento y en la demanda de sus productos, es ridículo hablar de una tendencia a la privatización y liberación de la economía.

Evidentemente, tales gastos públicos aumentan la intervención del Estado en los mecanismos de la vida económica, al colocar bajo su dependencia una parte tan extensa y estratégica de la economía.

En la década de los ochenta el Estado norteamericano intervino de manera directa fijando la tasa de interés, en la política de empleo,

ampliando la protección a los sectores amenazados por la competencia externa y estableciendo políticas educativas, de formación, de entrenamiento y recuperación de mano de obra.

Difícilmente podría encontrarse en el mundo una regulación estatal tan extrema de casi todos los aspectos de la vida económica, social y política. No obstante, todo fue hecho en nombre del neoliberalismo, de las fuerzas del mercado, de la libre iniciativa y de la libertad individual. Esto explica, en parte, por qué el Estado norteamericano continúa evitando su participación directa en la producción e incluso en los servicios públicos: para prescindir de esa intervención sustenta indirectamente, por la vía de contratos y subcontratos, una enorme masa de empresas y trabajadores.

Es imposible negar el trasfondo ideológico de la afirmación de que los 550 mil millones de dólares de gasto militar que convierten a la economía americana en uno de los mayores capitalismo de Estado del mundo (mayor aun que la suma de los países socialistas), es hecho para salvar un mercado que ellos atropellan tan masivamente a favor del monopolio y de la protección estatal a las empresas proveedoras del Pentágono.

Al mismo tiempo que el sistema empresarial de Estados Unidos se somete tan drásticamente a su Estado nacional (como ocurre, dicho sea de paso, en todos los países capitalistas), este evoluciona hacia una mayor concentración productiva y económica, una mayor monopolización de la economía y una mayor concentración del capital. Los datos de la Comisión de Justicia del Senado (Subcomisión de Antimonopolio) de Estados Unidos y otros organismos e instituciones dedicadas a la lucha contra la monopolización, la defensa de los consumidores y la protección ambiental, revelan siempre la impotencia de los ciudadanos para frenar esta tendencia de concentración y monopolización. Algunas victorias parciales sólo confirman la tendencia general.

Estos hechos son aún más evidentes fuera de Estados Unidos, donde los Estados nacionales tienen que invertir en forma directa en varios sectores de la economía abandonados por el capital privado en busca de lucros más elevados. Rara vez la empresa pública surgió en sectores o ramas de alta rentabilidad. Se instala en aquellos sectores donde las inversiones del capital fijo son extremadamente elevadas y los usuarios

tienden a reivindicar precios y tarifas bajas, para proteger sus salarios o sus lucros, cuando los consumidores son empresas privadas.

Por eso es que las famosas políticas de privatización han sido un rotundo fracaso, como admiten los estudios especializados. El propio Banco Mundial, que patrocina esta práctica, admite su poca profundidad. Después de citar el único ejemplo “exitoso” del Reino Unido, concluye, en lo que se refiere a los países en desarrollo, que “sólo en algunos países (Bangladesh y Chile, por ejemplo) hubo una privatización sustancial, sobre todo en lo que se refiere a pequeñas firmas de manufactura y servicio que ya habían sido de propiedad privada” (*Informe sobre el desarrollo mundial*, 1987: 68). No debe sorprender que tanto Inglaterra como Chile y Bangladesh pasaran por profundos procesos de estatización en la década de los setenta que no fueron revertidos por las privatizaciones señaladas.

La verdad es que los datos muestran un crecimiento de la intervención estatal y la empresa pública en todo el mundo, y particularmente en los países de mayor desarrollo. En el escenario que presenta el trabajo del Banco Mundial citado y en varios otros sobre el tema (ver el Informe sobre el desarrollo mundial de 1983) se observa la fuerte presencia de la empresa pública en varios países, en los sectores textil, electrónico, petroquímico, automotriz, del cemento, minero, de fertilizantes nitrogenados, acerero y de servicios de telecomunicaciones. Debe incluirse en esta lista a las empresas de transporte y de otros servicios públicos por naturaleza.

Tampoco podemos hacer a un lado la importancia de la concentración, monopolización y centralización de las actividades de investigación y desarrollo en el cuerpo de las estructuras empresariales. La creación de grandes laboratorios y centros de investigación en empresas privadas cuenta, evidentemente, con apoyo público, pero los resultados de esas investigaciones y desarrollos son privatizados y pertenecen a las firmas ejecutoras y no al financiador público. El alto nivel de correlación entre el avance de la tecnología y la ciencia pura ha llevado incluso a laboratorios y centros privados a invertir en investigación pura al lado del financiamiento a los centros de investigación universitarios con la renta de las fundaciones, que provienen de renuncias fiscales del Estado.

Para mantenerse a la altura de estas exigencias internacionales, las empresas transnacionales adoptan estrategias basadas en fusiones y en la colaboración mutua a nivel mundial; sólo así pueden afrontar los gastos y la concentración de recursos humanos y materiales involucrados en ciertos niveles de investigación de punta. Esto lleva, como es evidente, a nuevos niveles de centralización e internacionalización del capital, que cambian cada vez más la realidad de las empresas, el Estado y las estructuras socioeconómicas.

El aumento del sentido social de la acción empresarial ha provocado un crecimiento significativo de su interrelación no sólo con las empresas públicas, sino con los movimientos sociales tanto tradicionales como de nuevo tipo. Es más conocida y estudiada la dependencia creciente de las empresas para con los contratos de trabajo firmados con los sindicatos. Estos contratos tienden a incluir no sólo cláusulas salariales, de carrera, de salud en el trabajo, de asistencia social y de seguros, sino un número cada vez mayor de ítems referentes a la propia gestión de la empresa, su política de inversión y sus responsabilidades sociales. En los últimos años los estudios sobre relaciones industriales han puesto cada vez más énfasis en la cogestión sindical alemana y en la gestión cooperativa entre empresarios y sindicatos japonesa.

En este último aspecto se toman en consideración también las cuestiones relacionadas con las luchas contra los gastos militares y la amenaza del holocausto nuclear, la defensa de los consumidores, la defensa de medio ambiente y hasta el comportamiento político de los países donde las empresas invierten su capital (el caso del boicot al apartheid en África del Sur y a las dictaduras militares), o las cuestiones relativas a la igualdad de géneros, al apoyo a las minorías sociales y étnicas y a los derechos humanos. Las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los movimientos sociales han conseguido alterar no sólo las políticas gubernamentales, sino también actuar eficazmente en los consejos de accionistas de las empresas. El aumento de las ONG en el ámbito mundial crea un fenómeno institucional supranacional que comienza a influir seriamente en la formulación e implementación de las políticas públicas. Se crean así nuevas relaciones de propiedad, de trabajo, intergubernamentales y de los Estados con su ciudadanía.

La importancia de las ONG comienza a tener sus efectos en la vida política y a alterar programas y actitudes partidarias. La idea de la participación y la cogestión de los trabajadores en las empresas adquiere una fuerza inusitada en Europa. Y la participación de las organizaciones comunitarias en las decisiones regionales y locales es otro factor político en crecimiento.

En apariencia, resulta paradójico (a pesar de ser plenamente racional en el pensamiento socialista clásico, sobre todo en el marxista) que los únicos —y radicales— procesos de desestatización durante los ochenta se dieron exactamente en los países socialistas. La ley de autogestión votada en el Soviet Supremo de la Unión Soviética en 1986 resolvió la transferencia total de la gestión de gran parte de las empresas hacia los trabajadores, quienes pasaron a elegir el consejo directivo de las empresas, el cual elige, a su vez, su dirección ejecutiva. A la par, las empresas aumentaron su autonomía en relación con el plano central, que restringía cada vez más sus metas al entregar a las empresas una libertad considerable en la elección de sus clientes, las formas de financiamiento, el uso de sus recursos y las decisiones de inversión.

Esta evolución hacia una mayor participación de los trabajadores en la gestión de las empresas es consecuencia inevitable, por un lado, de la creciente centralización de las inversiones necesarias para poner en funcionamiento una empresa, separando cada vez más los emprendimientos de la realidad de la propiedad privada, que se conserva más como una reminiscencia cultural (extremamente limitante, es verdad) que como un dato real ajustado a las relaciones sociales. Se crea, así, un vacío de poder que tiende a ser llenado por las comisiones de trabajadores, cuya experiencia y conocimiento directo del proceso de trabajo son la única garantía de una gestión efectiva de las instituciones ligadas a la producción. A pesar del contenido corporativista implícito en la evolución compleja de las instituciones contemporáneas, esta propensión tiende a crecer.

Por otro lado, el aumento de la concentración de la producción y la consecuente centralización de las decisiones gerenciales en colectivos que demandan la actuación de varias especialidades, eliminan el contenido personal de la decisión administrativa, aumentando la

responsabilidad de grupo de gerentes, profesionales y técnicos. La organización de brigadas de producción con metas colectivas de trabajo tiende a sustituir los métodos de administración racional o científica basados en la expropiación de la experiencia de los trabajadores y, enseguida, en su racionalización, normalización e implementación autoritaria sobre los propios trabajadores.

La automatización, al sustituir el trabajo repetitivo y alienado del trabajador directo por el de las máquinas, las fábricas modernas y los nuevos robots, aumenta la flexibilidad de la jornada de trabajo y transforma los grupos de trabajadores en unidades primarias de producción y servicio, propiciando e incluso exigiendo una noción mucho más diferenciada y flexible del proceso productivo.

Estos cambios favorecen necesariamente la democratización del sistema empresarial y requieren de un enfoque distinto de la realidad sindical, la cogestión y la autogestión que ya se encuentran en marcha en diferentes partes del mundo. En la medida en la que las nuevas tecnologías se impongan universalmente, estos nuevos patrones de gestión y participación tendrán que generalizarse, lo mismo que los movimientos sociales que siguen estas nuevas realidades socioeconómicas.

El impacto de estas transformaciones es bastante peculiar en un Tercer Mundo, donde conviven formas de trabajo arcaicas y modernas articuladas por sistemas de producción basados en la sobreexplotación de la fuerza laboral, y donde la liberación de la mano de obra agrícola viene dándose a escalas colosales (eliminando las reservas de la economía natural existentes todavía entre los años cincuenta y setenta), lanzando esas masas a una economía urbana e industrial que genera cada vez menos empleos proporcionalmente respecto de la población. Esto genera multitudes marginales y semi-marginales cuyas precarias condiciones de vida se ven atenuadas sólo por la expansión de una economía informal cada vez más gigantesca. La asociación de esa economía informal con la criminalidad organizada conduce a estos países a una situación explosiva.

América Latina vive intensamente tal proceso y ha venido generando una población disponible para movimientos sociales nuevos, que exigen un análisis especial. Los trabajadores rurales permanentes y temporales

forman sindicatos al lado de campesinos con pequeñas tierras u ocupantes que se apropian de las mismas en zonas de nueva colonización. Estas nuevas organizaciones oscilan entre las luchas salariales en niveles extremadamente bajos de demanda y tentativas de invasión de tierras en busca de una base productiva.

En las ciudades, las masas desplazadas van aglomerándose en comunidades semi-marginales, de propiedad irregular, la mayoría de las veces fruto de invasiones de terrenos baldíos. En defensa de su derecho a la vivienda y en la lucha por atraer servicios públicos y urbanización, esas masas van adquiriendo una experiencia colectiva, organizacional y cultural que se desarrolla en una franja entre la clandestinidad y el intento de regularización de sus terrenos y de su integración a la sociedad y a las instituciones legales.

Es como en esos países vemos coexistir a los hijos de la nueva tecnología y de sus más complejas formas de organización con una complejidad de problemas nuevos generados por los hijos espurios de la destrucción de las viejas economías que luchan por un espacio y por su sobrevivencia en esta nueva sociedad incapaz de absorberlos.

Se configura así un vasto campo social, político y cultural, donde los elementos del antiguo populismo y sus técnicas de movilización social se extienden a una nueva población urbana y rural en formación, mientras conviven con un movimiento obrero cada vez más complejo, sofisticado e internacionalizado. En esta arena popular tiende a formarse también un sindicalismo de clase media, de profesionales y técnicos, antes afeerrados a su individualismo como vendedores autónomos de su trabajo y que hoy se transforman en asalariados de cuello blanco y adoptan rápidamente las formas de lucha y tradiciones del sindicalismo obrero.

La confluencia de tradiciones culturales y situaciones sociales tan diversas en un mismo escenario social y político determinado, en general, por la resistencia al “establecimiento” capitalista y oligárquico expresado sobre todo en sus políticas económicas, propicia una nueva coalición de fuerzas dentro de un eclecticismo ideológico cada vez más difícil de sistematizar y un pragmatismo político que tiende a imponerse en la vida de esas naciones.

6. Del auge financiero internacional a la desvalorización de los activos mundiales

Las crisis económicas estructurales o de largo plazo, como la iniciada en 1967, están acompañadas por un fuerte proceso de especulación financiera que tiende a compensar la caída de la tasa de ganancia con el aumento de los valores financieros. Este proceso encuentra su límite en sus efectos inflacionarios, que impiden un crecimiento económico sostenido. Aumenta la especulación con los activos financieros, a través el aumento de las tasas de interés, así como con acciones y otros papeles, y con activos materiales (por ejemplo, inmuebles y la tierra, que tiende a sufrir valorizaciones artificiales); tales movimientos especulativos terminan sustrayendo recursos del sector productivo. En consecuencia, las propias empresas tienden a buscar ventajas en la inversión financiera, en demérito de la inversión productiva, generándose una liquidez creciente en el conjunto de la economía.

Como en todo proceso semejante, la especulación termina produciendo su contradicción: la devaluación generalizada de los activos financieros, que es precedida por la baja utilización de los activos productivos existentes o la subutilización de la capacidad instalada, lo cual conduce a la quiebra pura y simple de las empresas tecnológicamente obsoletas o poco competitivas. En la fase actual del capitalismo monopólico de Estado, esta tarea de desmantelamiento de sectores industriales enteros se ejecuta mediante políticas estatales sustentadas en amplios movimientos de reconversión industrial, recanalización de empleos y jubilaciones anticipadas, entre otros.

La caída de las inversiones productivas es provocada también por el aumento de las tasas de interés, porque este tiende a crear, a nivel de las empresas, varios excedentes financieros que se orientan hacia la especulación, a la espera de nuevas oportunidades de inversión productiva. Es evidente que la aparición de excedentes financieros autónomos, sin poder pasar por el ciclo de capital productivo, termina produciendo el efecto contrario: la caída de los valores de esos excedentes y la tasa de interés, y la reanudación de las inversiones productivas en nuevas bases tecnológicas, dejan atrás a los sectores devaluados o incluso los destruyen, para abrir

camino a nuevas inversiones con gastos en capital constante más bajos y de mayor productividad, que complementan con la búsqueda de mayor productividad laboral y calidad de los productos. Se diseñan así dos curvas opuestas: inversiones productivas y especulación financiera.

Los datos revelan que la crisis de largo plazo del ciclo de Kondratiev, iniciada en 1967, se caracterizó por un desplome en el ritmo de crecimiento del sector industrial. La tasa de crecimiento media anual de la industria manufacturera en los países de economía “de mercado” fue de 4,5%, de 1938 a 1958; 6,6%, de 1958 a 1967; 5,2%, de 1967 a 1971, y de 2,5%, de 1971 a 1981 (CEPII, 1987: 210). En los ochenta esta tasa cayó hasta 2,3% (CEPII, 1989: 3). Esto nos da una visión más realista cuando analizamos los sectores y ramas industriales, y apreciamos la debacle de una parte de ellos, mientras que otros sectores emergen en este nuevo contexto; lo cierto es que en el período señalado prevalecen la caída y la destrucción sobre la reconstrucción.

Durante los años setenta y ochenta observamos la “desindustrialización” de Estados Unidos, Europa y Japón, al desaparecer el sector siderúrgico tradicional y gran parte de la producción textil y de la industria de la confección. En los nuevos sectores electrónicos vimos asimismo el surgimiento de la industria de piezas y equipos periféricos e incluso de montaje de productos finales en los países de desarrollo medio o en “zonas comerciales e industriales libres”.

¿Qué ocurrió con las variables monetarias y financieras en este contexto? Según el estudio de la ONU señalado, los índices de nivel de precios en los principales países de la OCDE revelan una tendencia opuesta entre el dólar y las demás monedas desde los años sesenta. A pesar de todos sus tropiezos, el dólar mantiene su convertibilidad con el oro hasta 1971, cuando comienza su desplome violento en el mercado mundial; esto se refleja en el índice de precios: después de una onda inflacionaria en Estados Unidos de 1960 a 1971, se inicia una caída en el nivel de precios hasta 1980, cuando hay una nueva onda inflacionaria que se prolonga hasta 1985; enseguida sobreviene una tendencia deflacionaria que dura hasta 1992.

Los demás países del Grupo de los 7 (República Federal de Alemania, Reino Unido, Japón y Francia) presentan un movimiento opuesto (excepto Francia entre 1960 y 1971, cuando sigue la misma tendencia de baja del índice de precios).

En este caso, el factor más importante es la tendencia a índices más altos de inflación a partir de 1983, cuando Estados Unidos sufre una caída del índice medio de precios. Es necesario recordar también que la devaluación del dólar en el mercado monetario mundial es una forma de devaluación de los activos norteamericanos y de deflación. La tendencia a la baja del dólar terminó por imponerse desde 1990 y se prolongará hasta 1994, completando el ciclo iniciado en 1967. Este movimiento descendente, y solamente este, permitirá a la economía capitalista mundial regular sus precios relativos, terminar de liquidar sectores industriales que sobreviven a costa del proteccionismo y monopolio exacerbados y abrir los caminos para una nueva fase de crecimiento más estable, a partir de la definición de zonas hegemónicas principales y de nuevos patrones tecnológicos.

Para adaptarse, el sistema financiero viene experimentando un fuerte impacto y hondas transformaciones. Las más importantes son la caída de su poder de autorregulación, una valorización excesiva y la consecuente especulación. En la medida en la que se profundiza la crisis del sector productivo y las empresas abandonan la demanda de préstamos, tornándose simplemente inversiones líquidas en el mercado de valores (tal como viene ocurriendo y deberá acentuarse en el curso actual de la recesión), el costo del dinero cae drásticamente, arrastrando consigo imperios financieros construidos durante la fase especulativa.

No extrañe que, frente a esta devaluación, nuevos sectores financieros sigan el patrón de los años setenta, en que se estatizaran los sectores financieros de Francia, Portugal y México, entre otros casos de estatizaciones parciales, con la finalidad de que fuera el Estado el que asumiera sus potenciales y reales perjuicios.

De hecho, desde 1987 estamos viendo las fuertes devaluaciones de activos financieros. El crash de octubre de ese año hizo desaparecer de la economía mundial cerca de un trillón de dólares en un sólo día.

La devaluación del dólar en casi 40% que se desencadenó, impactó fuertemente sobre las mayores reservas financieras del mundo.

Aún cuando estos activos se recuperaron en parte más tarde, la caída del dólar se convirtió en una tendencia predominante durante los años siguientes, devaluándose, en consecuencia, la deuda externa norteamericana y los excedentes financieros de Japón y de Alemania, entre otros países.

Otra expresión digna de resaltarse de la devaluación de los activos internacionales es el desplome de la deuda externa del Tercer Mundo en los mercados financieros. A fines de 1988 y comienzos de 1989, el descuento de esa deuda la hacía oscilar en alrededor del 20% de su valor nominal. La gravedad de la situación llevó al reconocimiento estatal del problema y al lanzamiento del Plan Brady, que al admitir la compra de esa deuda en 80% de su valor, provocó la inmediata recuperación de su valor medio, promoviendo un incremento del valor real de dicha deuda en los mercados paralelos y librando a los bancos estadounidenses (sobre todo a los menores) de una crisis extremadamente grave.

Era necesario, sin embargo, que el Plan Brady se tradujese en acciones más o menos inmediatas, lo que sólo ocurrirá con México. El escepticismo respecto de su aplicación hizo caer abruptamente, otra vez, el valor real de las deudas del Tercer Mundo (particularmente las de América Latina), sobre todo si se toman en consideración los cambios políticos que ocurrieron en el continente, que llevaron al endurecimiento de la posición de no pago de los países deudores. Ciertamente, esta posición dura fue compensada por una aceptación creciente de las políticas económicas propuestas por el FMI y por un liberalismo económico a veces sorprendente en tanto que fue adoptado por corrientes políticas opuestas a él. Por otro lado, aumentó la disposición de negociación de los bancos internacionales en quiebra, así como la condonación de parte de las deudas. Con una caída de las tasas de interés en el ámbito internacional, todos estos factores conjugados llevaron a una disminución del valor real de las deudas y a una mayor posibilidad de hacer viable su ecuacionamiento.

Vemos pues que la coyuntura financiera internacional inaugurada por el crash de octubre de 1987, mostraba un claro camino hacia la devaluación de los activos financieros. Las políticas de elevación de las tasas de interés difícilmente podrían salvar la situación, porque reforzaban las tendencias recesivas de la economía mundial y la transferencia de recursos del sector productivo al financiero en búsqueda de mayores rendimientos. En la medida en que ningún sector económico podía pagar esas rentas, solamente el déficit público era capaz de mantener esas altas tasas de interés. El déficit público fue un recurso cada vez más limitado

en el ámbito internacional. Veremos enseguida medidas de caída de la tasa de interés y consecuencias aún más inevitables, como los cortes en el “déficit” público.

El crecimiento de los títulos de deuda pública emitidos durante los ochenta provocó un incremento demasiado fuerte en el volumen de pago de intereses y de su peso relativo en los gastos del sector público. Esto fue especialmente válido en el caso de Estados Unidos.

El rubro pago de intereses de la deuda pública fue convirtiéndose de esta forma en uno de los principales responsables del déficit público que paradójicamente pretendía financiar. Es evidente que el mecanismo de endeudamiento para pagar el endeudamiento (la renegociación de la deuda) debe llegar próximamente a su fin y con él la imposibilidad de que el Estado pague los intereses artificiales que sirvieron, en gran parte, de sustento al movimiento especulativo de la década de los ochenta.

En verdad, el gigantesco déficit público de Estados Unidos y los títulos emitidos para cubrirlo se convirtieron, durante esa década, en el punto de partida de una ola de especulación financiera internacional inusitada. Los excedentes acumulados por Alemania y Japón, a partir de sus superávits comerciales, regresaron a Estados Unidos, alimentando un mercado financiero gigantesco. El auge económico resultante engendrará un mercado de valores en alza especulativa fuera de lo común. Fue el reino de los yuppies y los dueños del dinero, y los países deudores del Tercer Mundo agregaron más leña al fuego entregando enormes recursos financieros al sistema como pago por los intereses de su deuda, al mismo tiempo que adquirirían nuevos préstamos para cubrir el remanente.

Como ocurre con todo movimiento especulativo, cuando este comienza a hacer inviable el ciclo productivo en el que se apoya, empieza a corroer inmediatamente los castillos de arena de valores artificiales sustentados por la especulación desenfrenada. En la medida en la que descende el ritmo especulativo, lo hace el sistema de valorización artificial de papeles y otros valores, como los inmobiliarios sin respaldo en la circulación de bienes.

En la fase actual del capitalismo, el Estado todavía dispone de un poder de intervención muy fuerte, pero es imposible que pueda conjurar

la tendencia al desplome de ese sistema financiero. Las intervenciones del ministerio de finanzas estadounidense, que pretenden generar mecanismos que salven la devaluación de la deuda y establecer nuevos incrementos de la tasa de interés, para enjugar la economía a costas del aumento del déficit público generado en parte por el pago de intereses, exhibieron las posibilidades pero también los límites del capitalismo de Estado para neutralizar los episodios cíclicos. Más allá de sus objetivos, estas medidas tuvieron un efecto deflacionario y recesivo grave y relativamente prolongado. La recesión iniciada en 1990, que durará hasta 1994, extendiéndose al mundo entero, viene provocando una caída de la demanda norteamericana y del comercio mundial basado en ella.

Japón y Alemania tuvieron que buscar alternativas para su dinámica económica exportadora y para salvar sus inversiones en dólares.

Esto llevo Alemania a una persecución creciente de nuevos mercados en el Este europeo, acentuándose la crisis del socialismo "real" en esta región. Y Japón tuvo que reorientar su política en el sudeste asiático, a través de una mayor agresividad económica y acentuando su aproximación a Corea, China y Vietnam.

Tal vez América Latina podría sacar provecho de esta situación, si dispusiese de los medios políticos para instaurar una política económica que reconociese la drástica rebaja del valor de su deuda; podría negociar esta no a precio de mercado, sino anulándola parcialmente, suspendiendo la remesa de intereses a corto plazo y consiguiendo mejores condiciones de negociación. Así tendría una posición comercial menos desfavorable en una coyuntura de reflujo del comercio mundial diseñada a principios de la década de los noventa. Le falta, sin embargo, reorientar sólidamente los flujos comerciales de los países más industrializados de cada una de las regiones hacia aquellos que le ofrezcan recursos para la importación de maquinaria modernizada por la revolución electrónica actual.

Esto está siendo posible ya gracias al fortalecimiento del comercio regional, pero falta todavía diseñar un plan de desarrollo para el conjunto de la región.

Estas políticas aparentemente contradictorias se han hecho viables debido a los desequilibrios del comercio mundial y a la necesidad

de disponer de los excedentes financieros generados a lo largo de los ochenta. En esta coyuntura, una política de inversiones bien conducida puede atraer excedentes que renunciarán a la búsqueda de lucro inmediato a cambio de su implantación en nuevas zonas del mundo para cosechas posteriores.

Para atraer estos capitales debe impulsarse los mercados internos latinoamericanos y el intercambio entre las zonas industrializadas y las no industrializadas. Para absorber las potenciales inversiones japonesas y alemanas, Brasil, Argentina y México tendrían que montar una enorme operación de ampliación de sus grandes mercados internos potenciales y un programa de desarrollo de los otros países de América Latina y el Caribe, África y de otras regiones del mundo, como la de los países socialistas, que demandan productos de tecnología intermedia. sólo así podrían encontrar una vía de escape para sus industrias de base subutilizadas.

La otra fórmula, que ya viene siendo implementada, es la entrada como exportadores al mercado norteamericano a través del TLCAN y la llamada iniciativa Bush; de esta manera los países más industrializados de América Latina se convertirían en plataformas intermediarias para las exportaciones japonesas y europeas hacia Estados Unidos. Es cierto que este camino reproducirá las características dependientes, excluyentes y marginadoras del desarrollo de la región, y que en lugar de un camino más de crecimiento al menos será una alternativa para las reformas socioeconómicas que necesita la región.

Las posibilidades de una nueva ola de inversiones a nivel mundial pasan por reformas socioeconómicas en los países atrasados y de desarrollo medio, para desazolvar los canales de crecimiento y generar un movimiento financiero no especulativo, ligado a una nueva fase de expansión del sistema productivo.

Nuestras reflexiones se desplazan, así, rumbo a las posibilidades de una nueva política industrial latinoamericana y caribeña que capitalice sus ventajas relativas y el potencial de sus fuerzas productivas, en el contexto de una profunda reestructuración de la economía mundial donde las fuerzas subjetivas capaces de ordenar intereses y potenciar capacidades productivas pasen a desempeñar un papel fundamental.

7. La nueva división internacional del trabajo y los nuevos modelos de desarrollo

Después de varios años intentando escapar de la situación de dependencia como punto de referencia básico para comprender la realidad de América Latina y el Caribe, las ciencias sociales del continente vuelven a inclinarse sobre las primeras cuestiones expuestas por la teoría de la dependencia. La deuda externa, que considerábamos la síntesis de la situación de dependencia, cobró su precio en la década de los ochenta. La condición de exportadores de excedentes económicos, oculta a través de varios mecanismos y raciocinios tendenciosos, no puede ser ya encubierta. Los efectos de esta transferencia de recursos hacia el exterior sobre nuestro crecimiento y nuestra miseria social se emergen a la luz y hoy son universalmente aceptados. El fracaso de un liberalismo político que intentó compatibilizar democracia y dependencia, concentración de la riqueza y miseria social, comienza a mostrarse en la tendencia del electorado hacia cambios políticos claramente enfocados a los movimientos y partidos de origen popular o “populista” e incluso de izquierda.

Es hora de retomar una línea de análisis abandonada en nombre de la ciencia y la objetividad pero que en verdad lo fue por una clara postura ideológica que buscaba eludir las realidades vividas por nuestros pueblos. Tenemos que situar nuestra evolución económica en el contexto de la economía mundial, analizando las modalidades de inserción de nuestras economías nacionales en su dinámica global, cuyas direcciones debemos revelar para entender las perspectivas de los modelos locales y nacionales de desarrollo.

Es aconsejable también que abandonemos, de una vez por todas, los intentos de importar modelos económicos, sociales, políticos y culturales desde los centros dominantes de la economía mundial.

La realidad de esos países se explica en parte por nuestra realidad, somos la otra cara de su expansión internacional, luego, no podemos repetir por definición sus patrones de desarrollo. La expansión de esos países hacia el exterior explica una parte fundamental de las condiciones estructurales de nuestro desarrollo, caracterizado por un tipo de capitalismo dependiente, concentrador, marginador y excluyente. Este

hecho no niega las realidades distintas y propias de cada país o región en este contexto global; cada una de estas tiene su propia estructura de clases y desarrollo de fuerzas productivas, y reacciona de manera peculiar a las tendencias globales del sistema mundial. No es posible reducir las realidades nacionales y locales a la lógica de la economía mundial, aunque, de la misma manera, es imposible comprender esa lógica local o nacional fuera del contexto de nuestra inserción en la economía mundial.

La evolución de la economía mundial debe tomarse como marco de referencia en el análisis de las realidades nacionales. Los cambios que analizamos hasta aquí son determinantes en los posibles escenarios futuros de la región, con sus diferenciaciones y tipologías. En este capítulo intentaremos articular este conjunto de fenómenos.

Vimos que la economía mundial se encuentra bajo la acción de tres grandes factores o variables básicas:

- 1) La revolución científico-técnica (RTC), que determina la evolución de las fuerzas productivas en el sentido de un gasto creciente en investigación y desarrollo, planificación, diseño y mercadotecnia, y en la formación de mano de obra de alta calificación, al mismo tiempo que libera, a través de la automatización, el trabajo directamente productivo, dando origen a una proporción creciente de tiempo libre en la sociedad, que puede expresarse en desempleo y/o una menor jornada de trabajo y mayor tiempo para el ocio.

La RCT determina todavía la aparición de nuevas tecnologías (biotecnología, nuevos materiales, inteligencia artificial) que deberán revolucionar sus propias bases. En la fase actual de su desarrollo, la RCT genera la sumisión de la ciencia aplicada a la ciencia pura, básica o fundamental, convirtiendo esta actividad en parte de la circulación del capital y de la planificación estratégica del desarrollo económico. Este se hace cada vez más intensivo en vez de extensivo, modificándose profundamente los términos de las políticas de desarrollo, que deberán encuadrarse en de una nueva división del trabajo —en la cual el control de la ciencia y la tecnología, y de las actividades de servicios básicos propios de la comunicación ocupa un papel privilegiado en relación a los centros de producción industrial—.

- 2) El proceso de globalización, que resulta del aumento de la comunicación entre los hombres mediante formas cada vez más rápidas y generalizadas, conduce a la internacionalización del sistema productivo y de los servicios.

Se crea, en consecuencia, una nueva realidad en donde la economía mundial; la cuestión de la guerra o la paz; la superación de antiguas estrategias militares; la conquista espacial conjunta; la preservación del medio ambiente; la elevación de la calidad de vida; la superación del hambre, la miseria y el analfabetismo; la gestión de una sociedad mundial; la garantía de una convivencia democrática, plural y fecunda entre distintas civilizaciones, dejan de ser problemas filosóficos y morales para constituirse en necesidades prácticas cuya solución es la garantía de la supervivencia humana y la posibilidad de hacer viable su funcionamiento. La humanidad dejó de ser una abstracción para convertirse en una realidad material y cotidiana.

- 3) La regionalización, que tiende a crear condiciones para una sociedad mundial más cooperativa, a través de las integraciones regionales, pero que al mismo tiempo favorece la división de la economía mundial en grandes bloques, con mercados relativamente protegidos. Esta dinámica se dirige a la creación de poderes supraestatales, al mismo tiempo que fuerza a los Estados nacionales a acrecentar su poder regulador de las economías locales, para servir de intermediarios en la coordinación de las políticas regionales.

Vimos, incluso, que estos procesos globales afectan a profundidad el funcionamiento de los Estados nacionales, las empresas y los movimientos sociales, y replantean el debate entre liberalismo y proteccionismo, mercado y planificación, descentralización y centralización. Reconocimos también el carácter cíclico de la economía mundial, que nos obliga a analizar estos movimientos dentro de su forma periódica, particularmente a través de los ciclos de largo plazo llamados de Kondratiev, en homenaje a su descubridor.

En este complejo global, América Latina y el Caribe se sitúan en una posición dependiente y subordinada. No intervienen en la creación y desarrollo de la RCT. Reciben las influencias de esta bajo la

forma de importación de tecnologías y conocimientos científicos, disponiendo de un aparato mínimo de producción de conocimiento científico.

Dentro de sus limitaciones, sin embargo, la región viene impulsando un esfuerzo para insertarse en la producción contemporánea de conocimientos científicos y nuevas tecnologías que tendrán enorme impacto en las futuras estructuras productivas. En los estudios sobre el estado de las artes, de las ciencias y tecnologías en la región pueden apreciarse sus limitaciones globales en términos de inversión en investigación y desarrollo, formación de científicos, ingenieros y técnicos, y creación de tecnología propia.

A pesar de los esfuerzos, es evidente que no puede esperarse grandes resultados en este sector mientras la región no disponga del control de sus propias economías y no pueda aplicar una política de desarrollo volcada hacia sus propias necesidades, superando la dependencia estructural; los resquicios oligárquicos de su clase dominante y su condición subordinada, antinacional y antipopular; la fuerte concentración de riqueza y propiedad; las intensas tasas de explotación del trabajo, que desestimulan las inversiones en alta tecnología.

Sólo cambiando las estructuras básicas de clase y de poder sería posible cambiar radicalmente las prioridades de las políticas públicas, favoreciendo los gastos en la población: alimentación básica, salud, vivienda, educación, capacitación para el trabajo, y en la gestión de la economía y la vida pública nacional. Pero, por el contrario, en las últimas décadas hubo un abandono creciente de la inversión en recursos humanos y social. Un estudio reciente sobre la política para el desarrollo social de la región muestra que las ganancias del sector fueron modestas en la fase de crecimiento de 1950 a 1980, y que su situación se torna desastrosa en la década de los ochenta, marcada por la recesión y el pago de los servicios de la deuda externa (Guimarães, 1989).

La profundidad de la actual crisis latinoamericana y caribeña es reflejo de los límites de su estructura interna y su inserción en la economía mundial. A pesar de las enormes transformaciones realizadas por el capitalismo mundial en los últimos años, este se mostró relativamente fuerte en su capacidad destructora de las economías

precapitalistas, pero muy débil en expandir sus relaciones de producción hacia las antiguas zonas colonizadas y de menor desarrollo. La consecuencia de estos límites y la situación de dependencia y subdesarrollo en que están sumidas estas regiones, las mantienen cada vez más distantes de los niveles de civilización alcanzados en los centros internacionales.

Las razones de esta aparente contradicción se hallan en la propia naturaleza de la expansión capitalista mundial. A pesar de promoverse en un contexto ideológico caracterizado por la idea de una civilización industrial para el planeta, el vehículo de esa difusión es extremadamente limitado. Las empresas capitalistas, sea en sus versiones liberales, en aquellos de los monopolios de finales del siglo XIX (los trust y cárteles); en la forma de las corporaciones multinacionales de la post-Segunda Guerra Mundial o sea, incluso, en la forma de su evolución posterior en corporaciones transnacionales y bajo su reciente forma de empresas globales, vieron siempre en los países coloniales una fuente de lucros altos y rápidos, y nunca un mercado a ser integrado al mercado mundial. Mucho menos tuvieron cualquier tipo de identidad con los intereses de sus pueblos como naciones, ciudadanos o siquiera como conglomerados de individuos económicamente utilizables.

De ahí el resultado insuficiente y parco de la expansión capitalista en las ex zonas coloniales y el llamado Tercer Mundo en general. Su capacidad para integrar esas economías y sociedades internamente, y por lo tanto de incorporarlas, como conjunto, a la economía mundial, es muy limitada. Muchos autores ven una contradicción entre el nacionalismo económico del Tercer Mundo y su integración en la economía mundial. Nada más equivocado. Sólo la realización de los ideales nacionalistas de integración de las economías nacionales y el aumento de su potencial productivo volcado hacia su mercado interno daría a esas naciones el poder de incorporarse realmente al mercado mundial como vendedoras y compradoras.

Los teóricos del nacionalismo económico tercermundista siempre se apoyaron en autores como List; en la experiencia del proteccionismo norteamericano que triunfó con la Guerra de la Secesión o en el proteccionismo casi espontáneo de Japón, para justificar sus propias visiones

de construir una nación integrada y poderosa, capaz de competir en el mercado internacional. Ninguna de esas experiencias condujo a la consolidación de esas naciones respecto de la economía mundial.

Estados Unidos, Alemania y Japón son los principales sostenes de la economía mundial contemporánea. El poder competitivo inmediato de las corporaciones multinacionales, la fuerza y la atracción de la demanda de los países centrales sirvieron siempre como un dique frustrante de esas esperanzas. Especializaron a esos países en actividades de alta rentabilidad inmediata en el mercado internacional y abortaron los factores integradores de sus economías nacionales. Sus burguesías nacionales fueron muy débiles para oponerse a las ventajas inmediatas ofrecidas por el mercado mundial. El resultado ha sido incisivo: la modernización promovida por el sector exportador se limita siempre a una parte reducida de la población, en tanto que la mayoría se ve desplazada, en olas sucesivas, a las actividades de sobrevivencia, lanzada a un mercado capitalista incapaz de absorberla; excluida y marginada, no forma un mercado interno ni impacta sobre la producción capitalista; por el contrario, funciona como un inmenso ejército de reserva potencial que corroe la capacidad de negociación de los trabajadores del sector productivo y los mantiene con bajos salarios, limitando consecuentemente la expansión del mercado interno y la capacidad de compra de la población en su conjunto.

La mezcla de esta situación económica y social marginal con elementos técnicos y culturales tradicionales, y con la asimilación de una cultura urbana y de masas en dosis violentas, sin condiciones de alcanzar un mínimo de los niveles de consumo de las masas urbanas de los países capitalistas desarrollados, crea una psicología social extremadamente inestable, violenta y destructiva que limita la capacidad de organizarse contra esta situación estructural y de transformarla de manera radical. Este no es, por supuesto, el ambiente ideal para una sociedad democrática.

De ahí la especificidad de la problemática enfrentada por los políticos, administradores y científicos sociales del Tercer Mundo en general y de América Latina y el Caribe en particular. Es imposible entender esta realidad sin definir las modalidades de inserción de esas naciones en la economía mundial y sus diversas fases; sin identificar con

claridad las formas de propiedad (nacional o internacional) que se instalan en esos países y las especificidades de sus clases dominantes, que ocupan una posición dependiente o incluso intermediaria respecto de las clases dominantes externas; sin comprender el papel de la remesa de ganancias y otras modalidades de envíos de excedentes generados en el país, así como el papel de los préstamos internacionales como promotores de esa estructura y como una forma más de captación de sus recursos internos.

Las modalidades específicas del desarrollo económico viables en esas condiciones (tales como la sustitución de importaciones); los efectos de la especialización del aparato productivo en monocultivos y sus resultados en la estructura socioeconómica interna y en las relaciones internacionales (términos de intercambio desfavorables); la importancia de la sobreexplotación del trabajo para hacer viable esta estructura dependiente; el papel de las masas marginadas en la degradación de los salarios del sector de trabajadores y empleados; el papel de los servicios personales (empleadas domésticas, cargadores, limpiadores, meretrices) en la manutención de la oligarquía y de una clase media de comportamiento y costumbres oligárquicas: eh ahí una temática específica de las condiciones del desarrollo capitalista dependiente.

Son pues formaciones sociales que se consolidan en contacto con y como consecuencia de la economía mundial. Pero, al mismo tiempo, son muchos los factores que bloquean la integración de esas economías nacionales al movimiento global hacia la gestación de una sociedad planetaria. Se trata evidentemente de anacronismos, formas arcaicas reproducidas por una modalidad limitada y estrecha de modernización.

¿Qué escenario podemos anticipar para América Latina y el Caribe si se repiten, en una fase nueva de evolución de las fuerzas productivas, los ciclos anteriores de incorporación dependiente de la economía mundial?

Dicha incorporación se concretaría en la condición de exportadores manufactureros, dentro de la división internacional del trabajo nacida de la actual evolución de la economía mundial, sin las debidas correcciones impuestas por las voluntades nacionales de los países de la región y por las necesidades de su población.

Es necesario reiterar que las unidades de producción contemporánea son complejos sistemas productivos que incorporan el financiamiento de investigación y desarrollo, planificación, diseño y metas de producción, divididas en varias unidades dentro diferentes sectores económicos. La división del trabajo en varias ramas industriales involucra unidades de producción y diferentes servicios directa e indirectamente productivos, hasta el montaje del producto final y su colocación en el mercado (mercadeo o marketing, implicando la publicidad, la distribución, las ventas, el financiamiento del consumidor).

En este sistema complejo, la producción manufacturera es cada vez menos independiente; se transforma en un proceso global comandado por la investigación y el desarrollo, y por las estrategias centrales de planificación financiera, producción y venta. Especializarse en una pequeña fracción de ese proceso es el mejor camino para reproducir, en forma todavía más profundamente excluyente, las relaciones de dependencia estructural que describimos con anterioridad. No nada más significa perder cualquier control del proceso de producción interno, sino restringir dicho proceso a su parte menos modernizadora y menos generadora de empleo, reforzando drásticamente la marginalidad social, el subempleo e incluso el desempleo abierto.

Como vimos, en la fase actual de la RCT, la automatización tiende a destruir gran parte de las actividades directamente productivas.

El empleo asalariado agrícola e industrial es hoy en día el sector menos dinámico de la fuerza de trabajo. La gran fuente de empleo actual se encuentra en los sectores indirectamente productivos: la comunicación, la educación, la investigación y desarrollo, la administración y gerencia, los servicios sociales, el ocio, el turismo.

Especializarse en una producción manufacturera localizada y definida por el mercado mundial, sin integrar la economía nacional, sin promover la educación y modernización de las masas urbanas marginadas, ni desarrollar una infraestructura propia de investigación y desarrollo, y explotar las posibilidades de las nuevas tecnologías de ofrecer mayor competitividad internacional: este es el camino de un nuevo ciclo de graves problemas económicos, sociales y culturales.

El contacto de esas masas analfabetas, hambrientas, desempleadas o subempleadas con los fantásticos medios de comunicación modernos, a los cuales terminaron teniendo cada vez mayor acceso (por su abaratamiento y sustitución rápida, que crea un enorme mercado de mercaderías de segunda mano), sólo podrá producir más violencia y anomia social, desagregación cultural, drogadicción y criminalidad.

No se trata de una visión catastrofista, los datos actuales muestran la degradación de la vida social del continente y el crecimiento de la anomia; es innegable que persistir en el mismo modelo económico-social bajo una forma más eficiente e intensiva sólo acentuará esas diferencias.

8. Una perspectiva a partir del Tercer Mundo y América Latina: caminos alternativos

Es evidente que cualquier alternativa a estas tendencias exige pensar, en primer lugar, la cuestión de la estructura de poder. Si no hay un cambio de clases hegemónicas en el continente no pueden esperarse grandes cambios en las políticas públicas ni en la estructura económico-social. Se trata, por lo tanto, de definir qué bloque de fuerzas sociales estaría interesado en el cambio de rumbo del desarrollo y hasta qué punto dicho bloque podría sustentar al Estado para garantizar una política alternativa. Las condiciones técnicas para ejecutar esta nueva política, si no es que están presentes, deberán ser creadas al ritmo de la implantación de esa política.

A pesar de que gran parte de los problemas señalados se inscriben en el ámbito internacional, como parte de la revolución científico-técnica (RCT) y la globalización, regionalización y división internacional del trabajo, ya vimos que, dialécticamente, son las estructuras de poder nacionales y locales las que a su vez sustentan las posibles políticas internacionales. Sería ilusorio imaginar que la acción internacional pudiese realizarse por encima de esas bases nacionales. Los organismos internacionales e intergubernamentales son expresión de poderes estatales y las empresas transnacionales y aun las globales se apoyan en los respectivos Estados y en los mercados locales y nacionales. Las organizaciones no gubernamentales son un conjunto de movimientos

nacionales articulados por ideas de alcance planetario. En resumen, a pesar de que la economía mundial y una civilización planetaria ganen autonomía creciente frente a las realidades nacionales, todavía dependen esas bases nacionales y locales, de las estructuras productivas y los procesos de mundialización y globalización.

Es imprescindible pensar las estructuras de poder nacionales dentro de la correlación de fuerzas de cada país, que puede variar en la medida de su articulación con las fuerzas económicas y políticas del exterior, pero que difícilmente podría ser sustituida en forma permanente por ellas.

En este sentido, sería absurdo ignorar las tradiciones políticas e ideológicas de la propia región. Los intentos de introducir del exterior situaciones estructurales e ideológicas, partidos y corrientes políticas en América Latina y el Caribe sólo obtendrán respaldo social en situaciones excepcionales. Muchas veces las formas políticas e ideológicas locales se parecían a estas fuerzas importadas, pero sufrían fuertes transformaciones locales.

A partir de la década de los treinta se formaron en el continente frentes políticos y movimientos que tendieron a articular los intereses de una burguesía nacional (con aspiraciones de desarrollo industrial más o menos realizadas) con los de un proletariado urbano, creado directamente por esos núcleos industriales. Con ellos surgieron también sectores profesionales de clase media que se identificaban con los objetivos industriales y apoyaban el frente político que se constituía con mayor o menor conciencia. Para alcanzar el poder estatal, estos frentes, cercados por una economía agrícola y minera y por las oligarquías locales y los intereses internacionales, tuvieron que hacer concesiones.

Después de la Segunda Guerra Mundial, esos frentes populares, manipulados con mayor o menor eficacia por los liderazgos burgueses que llegaron al poder a lo largo del período anterior, se vieron ante una nueva realidad. El capital internacional, bloqueado por las barreras arancelarias que protegían el desarrollo industrial nacional, saltó esas barreras y se instaló en estas economías, volcándose hacia el control de sus mercados internos (insuficientemente desarrollados por la ausencia de reformas agrarias radicales, pero ya bastante significativos). Las

empresas multinacionales terminaron por hegemonizar el proceso de desarrollo industrial de la región y una vez más el interés de las clases dominantes prevaleció sobre la reforma social y económica, en detrimento del desarrollo económico-social de la región.

El capital internacional no se preocupó por impulsar un proyecto reformista (o apenas lo intentó bajo formas tímidas, como la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy). Al enfrentarse a las restricciones sociales y políticas, la expansión del mercado interno, por las razones esbozadas en el capítulo anterior, prefirió el camino más fácil de volcarse hacia sus propios mercados locales; pasó a estimular una nueva fase de exportaciones manufactureras recurriendo a la mano de obra barata de los países capitalistas dependientes y al apoyo de sus Estados nacionales, subyugados por el capital monopólico local o externo. Para alcanzar sus objetivos, que dejaban intactos los intereses oligárquicos, pasaron a detentar el poder de los Estados de estos países, principalmente a través de golpes de Estado o de las presiones internacionales formales o informales.

Se abrió así, a finales de los años sesenta, el camino de exportaciones manufactureras con mayor o menor integración a los complejos productivos de las empresas multinacionales. Las zonas libres de exportación representaron el modelo de un nuevo tipo de “enclave”, a la manera de la producción agrícola o minera de principios de siglo, que marcó particularmente las economías de América Central y del Caribe. Incluso países de trascendencia continental como Brasil y México reorientaron sus políticas industriales para ajustarlas a las nuevas oportunidades del comercio mundial.

Las burguesías locales abandonaron progresivamente sus pretensiones nacionalistas para someterse a las nuevas posibilidades económicas, convirtiéndose en socias menores del capital internacional. Las banderas del nacionalismo económico, las democracias populares y los objetivos desarrollistas fueron retomados por los sectores populares, que se vieron abandonados por sus antiguos aliados y muchas veces hasta por sus propios líderes.

Sería erróneo pensar que con el tiempo estos sectores populares fueron rompiendo con los ideales y movimientos merced a los cuales obtuvieron conquistas importantes dentro del Estado.

Con mayor o menos fervor ideológico, continúan muy cerca de sus reivindicaciones populares o “populistas” (en el caso del mecanismo político de su conducción). Durante los años sesenta y setenta, la emergencia de un sector del proletariado industrial que reflejaba las nuevas fases de la industrialización, no obstante que abrió paso hacia niveles organizacionales más elevados de las entidades laborales, no fue lo suficientemente potente para romper por completo con los estilos, mecanismos políticos y parámetros ideológicos de los antiguos movimientos populares. Economía mundial, integración regional y desarrollo sustentable. La razón no se halla sólo en el conservadurismo ideológico de las clases trabajadoras —que cumple un papel defensivo de las conquistas, siempre amenazadas al interior de las economías capitalistas—. Las leyes de mercado tienden a eliminar esas conquistas a través de legislaciones coercitivas, logradas en coyunturas económicas y políticas propicias; esta es ciertamente una razón suficiente para que los movimientos populares adopten un comportamiento conservador. Pero una razón más de fondo es la siguiente: sólo una política económica orientada hacia la integración económica nacional y a la satisfacción de las necesidades sociales básicas puede generar empleo y crear una situación favorable para el conjunto de las clases trabajadoras asalariadas o incluso para los trabajadores autónomos y pequeños y medianos propietarios; en consecuencia, las fuerzas populares no pueden abandonar los principios nacionalistas enfocados hacia la expansión y consolidación del mercado interno, que se empalman con los objetivos democráticos.

La falta de una subjetividad empresarial en este frente popular renovado debilita, evidentemente, su eficacia política reformista.

Existen, sin embargo, dos factores interesantes a tomar en cuenta: por un lado, la presencia de empresas vinculadas a dicho frente popular, que buscan sustituir el papel de una clase dominante real, como es el caso de la burguesía industrial; por otro lado, la posibilidad de que el empresariado, tanto nacional como internacional, se vea en la necesidad de someterse a un esquema de fuerzas políticas desfavorable.

Ambas situaciones son, sin embargo, precarias y transitorias, por lo que se hace muy difícil imaginar una política permanente basada en ese tipo de compromisos. De ahí que los gobiernos de centro-izquierda y

populistas que buscan cumplir estos compromisos tan difíciles, terminen siendo desestabilizados por los esquemas de fuerza impuestos por el capital internacional o por la radicalización socialista de las fuerzas populares.

Si imaginamos una situación política en la cual este sistema de correlación de fuerzas pudiese desplegar una política alternativa, no es difícil establecer las líneas principales que debería seguir.

Es evidente que un primer campo de acción política se refiere a las relaciones económicas internacionales. La suspensión, contención o limitación del pago de la deuda externa es en este momento la cuestión decisiva, a pesar de que la deuda es el epifenómeno de un modelo de desarrollo basado en la exportación y la apertura al capital internacional. Se trata, por lo tanto, de una cuestión de emergencia, para evitar los efectos de la destrucción del tejido socioeconómico que comienza a corroer el propio esquema político y amenaza la permanencia de los propios Estados latinoamericanos.

Como vimos antes, la deuda está inevitablemente condenada a devaluarse. Los meses de diciembre de 1988 y enero y febrero de 1989 llevaron esa devaluación a su extremo. La deuda brasileña, por ejemplo, llegó a ser cotizada aproximadamente al 20% de su valor nominal. El sistema bancario internacional emitió de inmediato desesperadas señales de alerta. Los Estados de los países desarrollados intervinieron para proponer alguna forma de adquisición de deuda, obviamente no por sus bajos índices de valorización actual, sino por el 80% de su valor nominal, y al mismo tiempo imponer, a través del Banco Mundial y otros organismos, un esquema de pago de la deuda del Tercer Mundo a largo plazo y con intereses más razonables. Se inventaron en estos años los menús de pago a través de los cuales se articulaban diversos mecanismos de anulación de deuda, conversión de deuda en pagos del principal con congelamiento de intereses y así. En resumen, se buscó sanar la grave situación de los bancos internacionales a costa de los contribuyentes de los países desarrollados, prolongándose indefinidamente la agonía de las naciones del Tercer Mundo.

Por cierto, el clima de mayor tolerancia y tratamiento de la deuda favoreció a las posiciones más críticas respecto del pago de la misma y creó

condiciones para que los gobiernos de la región pudiesen negociar colectivamente mejores formas de administrarla, revalorizando su importe formalmente establecido; suspendiendo o conteniendo las remesas de los excedentes económicos generados a costa de una rebaja dramática del consumo, y colocando en la mesa de discusión tasas de interés aceptables a largo plazo. Estas propuestas fueron más o menos radicales en cada país, de acuerdo a la correlación de fuerzas prevaleciente y a su poder en la arena internacional. En lo fundamental podemos decir que hay condiciones relativamente favorables para la negociación de la deuda externa en la región, que a mediano plazo permitan reanudar el crecimiento económico, cierta estabilidad monetaria y la captación de mayores de inversiones externas.

Junto al problema de la deuda externa está su contrapartida interna: el déficit fiscal y el aumento de la deuda interna. El superávit comercial creado mediante el aumento de las exportaciones y la disminución de las importaciones, es utilizado por el Estado para pagar los servicios de la deuda. Este asume enormes gastos para financiar las exportaciones, sea bajo la forma de nuevas emisiones de dinero (en general, prohibidas por el FMI), sea bajo la forma de emisión de títulos de deuda pública con intereses extremadamente elevados que estimulen a sus compradores. Por este medio el Estado transfiere a los banqueros locales la gestión de la deuda pública externa.

Ahora bien, las divisas obtenidas por el superávit comercial son utilizadas principalmente para pagar el servicio de la deuda externa, sin generar ninguna renta para el Estado que le permita cubrir su deuda interna. Resultado: se constituye gran cantidad de medios de pago internos mientras la producción es dirigida hacia el exterior, y se posibilita que los recursos obtenidos con las exportaciones sirvan para adquirir productos en el exterior. Todo esto se refleja en presiones inflacionarias violentas y crecientes, acumuladas cada año.

Para paliar el impacto inmediato de la emisión de esos medios de pago, los gobiernos latinoamericanos vienen emitiendo títulos de deuda pública que no presionen al consumo; es decir, busca atraer hacia el ahorro los excedentes obtenidos por los exportadores y la población afectada por las utilidades del sector exportador. Ocurre que, para mantener

los intereses de estos títulos, los gobiernos tienen que pagar altas tasas a sus poseedores, encareciendo enormemente los costos financieros del Estado endeudado. Estos costos tienden incluso a transformarse en el principal rubro de los déficits públicos de nuestros países.

Todo lo anterior es un efecto inevitable de la carga de los servicios de las deudas externas e internas. Pero más grave todavía es el efecto sobre el mercado financiero. El mundo de los altos intereses pasa a dirigir la vida económica de esos países, intereses que el Estado sólo puede pagar a costa de un déficit público cada vez más incontrolable. El sistema productivo entra en colapso, sobreviviendo nada más aquellos sectores—subsidiados— volcados hacia la producción exportadora y afectados por factores económicos externos. La especulación financiera se convierte en el negocio por excelencia y genera enormes perjuicios y poderes económicos fundados en un creciente vacío productivo.

La amenaza de la devaluación de los activos financieros internacionales impacta, de esta manera, a nivel nacional. La masa de documentos financieros y especulativos puede desmoronarse en cualquier momento. Así, el papel de una nueva coalición de fuerzas políticas será administrar con gran firmeza y decisión este proceso de devaluación de papeles y activos financieros, conduciéndolo por el camino del financiamiento al sector productivo y a los servicios necesarios para la sociedad.

Los intentos de realizar tal apropiación de recursos evitando la hiperinflación y otros fenómenos de mercado perniciosos se han revelado frágiles. Asumieron la forma de choques económicos comandados por el pensamiento económico inortodoxo, es decir, han expresado el aventurerismo de tecnócratas y políticos ambiciosos sin mayor sustentación en un sistema de fuerzas políticas coherentes. En general, estos “paquetes” se presentan en nombre de la nación, recurriendo a métodos brutales de contención de precios o apropiación de liquidez del ahorro popular. Después de meses de ilusión se vuelve siempre al mismo lugar, sin que ocurran transformaciones estructurales.

Afrontar las deudas externa e interna y el agigantamiento del sector financiero, para eliminar el déficit público y restaurar un equilibrio económico fundamental, son elementos centrales del combate contra las tendencias hiperinflacionarias en las economías latinoamericanas y

caribeñas actuales. Las medidas correspondientes no eliminan las tendencias residuales a la inflación, que exige cambios más profundos en el sistema económico-social, en el sentido de la redistribución de la propiedad y la riqueza.

Pero permiten una reorientación del gasto público que fomente la conciencia crítica en el continente, conciencia que parte de aceptar la necesidad de una verdadera austeridad pública basada en la recuperación de la ética republicana, misma que se relajó bajo el impacto de la modernización de las costumbres. Esta austeridad no puede fundarse en el avasallamiento de los salarios públicos y privados, sino en la moralización del Estado, sobre todo frente a la corrupción patrocinada por los intereses de los lobbies privados.

La severidad de los problemas sociales acumulados por el abandono de la inversión estatal en esta área durante los setenta y el desplome del crecimiento económico en la década posterior, exige buscar un amplio consenso que permita orientar dramáticamente el gasto público hacia los sectores sociales. Dicho gasto deberá privilegiar la educación y la formación de recursos humanos para la recuperación, a mediano plazo, del desarrollo económico sobre bases sólidas; es decir, debe alentarse una economía de servicios dirigida hacia la recuperación y modernización inmediata de la producción.

Las prioridades serían educación básica, construcción de escuelas, formación de profesores de primaria y secundaria y creación de infraestructura alimentaria y de salud para la enorme población infantil y juvenil, la cual sería preparada para reconstruir la región sobre nuevas bases.

Atender las necesidades productivas de esa primera fase implicaría reorientar el crecimiento industrial y agrícola hacia la atención prioritaria de las necesidades de consumo básico de la población.

Y en los países donde no existen los medios para atender internamente ese consumo, es necesario enfocar las exportaciones en este sentido. Por más limitado que esto pueda parecerle a una elite política e intelectual como la latinoamericana y caribeña, tan desobligada con la atención de las necesidades básicas de sus pueblos, estas tareas son el fundamento de las naciones modernas, dignas y poderosas. Si las elites no comprenden estas premisas básicas no hay nación ni desarrollo posibles.

Sólo en este contexto puede afrontarse una política industrial capaz de unir tres elementos clave:

- 1) La investigación y el desarrollo para producir las innovaciones que exige la satisfacción de las necesidades de la población y para poner a esta al día respecto de la economía mundial. Aún los países incapaces de aspirar a desempeñar un papel importante en la producción de nuevos conocimientos deben prescindir de las inversiones en investigación y desarrollo, esenciales incluso para orientar una política de importación de tecnologías que no sea una simple imposición de procesos productivos y los productos y hábitos sociales correspondientes.
- 2) El control sobre la importación e incorporación nacional de tecnología es esencial para el establecimiento de una política de empleo. Ya vimos cómo los principales creadores de empleo en el estadio actual de las fuerzas productivas son los sectores de servicios ligados a la informatización de la sociedad contemporánea.
Quedar a la saga de esa evolución, no desarrollar ninguna perspectiva propia en esas áreas ni capacitarse en ellas es el camino más corto a la dependencia, la subordinación, la marginación, la exclusión y, sobre todo, la sobreexplotación para pagar al exterior los enormes costos de esa dependencia.
- 3) De ahí la necesidad de una estrategia de integración continental que asuma una política de desarrollo global de la región; que asuma sistemáticamente el punto de vista de su desarrollo máximo e integral. Tal sería la obra de una elite intelectual y política surgida de una sociedad independiente, moderna, igualitaria y justa; una elite capaz de retomar los grandes ideales de los fundadores de la Gran Patria latinoamericana, en un contexto realista, técnicamente fundamentado y políticamente bien asentado.

En esa concepción, el desarrollo de las industrias de punta de Brasil, Argentina, México y, en parte, Venezuela, Chile y Uruguay, serían la plataforma de un desarrollo regional integrado. Este proyecto estaría basado en un comercio regional con técnicas de intercambio propias, sistemas trueque y compensaciones posibilitados por una moneda de

referencia común. Un ambicioso plan de desarrollo industrial y agrícola de las regiones más deprimidas podría reactivar de manera dramática las industrias de los países de desarrollo medio hoy deprimidas; esta reactivación implicará alentar inversiones en investigación y desarrollo y hacer viable la instalación y modernización de las industrias de punta de Brasil, Argentina y México, además de abrir oportunidades para las de los demás países.

La economía política latinoamericana tiene que encontrar el vínculo óptimo entre lo moderno y lo tradicional, entre la revolución y el conservadurismo, entre la reforma y la tradición. Nos explicará cómo la creación de un mercado en cada nación será la base para un amplio mercado regional. Nos mostrará también cómo un dinámico mercado regional de bienes de consumo tradicionales propiciará una industria de maquinaria y mecánica moderna. Asimismo, nos permitirá comprender enseguida cómo dicha industria mecánica conducirá a la incorporación de la electrónica y la robotización (como su forma más sofisticada) a la producción. Finalmente, la economía política latinoamericana nos llevará a entender la relación entre esa evolución (en el sentido del carácter organizador que poseen los sistemas de información en la vida contemporánea) y la matemática, la física y la teoría de los sistemas, lo mismo que la relación entre las industrias de consumo, la química y la petroquímica (sobre todo la fina), y las nuevas fases de la biogenética y la biotecnología.

Es preciso concebir una visión global de la evolución de la tecnología y la ciencia contemporáneas, y sus implicaciones en el desarrollo de las sociedades en su conjunto, la distribución de riqueza y la formación de los llamados recursos humanos, como fundamento del desarrollo económico. En esa perspectiva más amplia (económica, sociológica, política y cultural), la integración latinoamericana ocuparía un papel fundamental en el avance de cada país y región, así como el avance de cada localidad, región y país sería precondition de una verdadera integración continental.

Es necesario, sin embargo, que la región tenga mayor claridad sobre sus ventajas relativas dentro de la economía mundial. En una fase de desarrollo de las fuerzas productivas caracterizada por la expansión de los

conocimientos biogenéticos, la comprensión de los límites de las fuentes de energía no renovables y la creación de nuevas materias y nuevos tratamientos para antiguos materiales de carácter biológico, se vuelve extremadamente importante valorar dos grandes riquezas de los países situados regiones tropicales y subtropicales: energía solar e inmensas reservas de biomasa, así como la concentración de la biodiversidad del planeta.

Esto convierte a los países tropicales, entre ellos, de manera sobresaliente, Brasil, en una base estratégica para las tecnologías que se desarrollaron a finales del siglo XX anunciando un nuevo patrón tecnológico que alterará sustancialmente la estructura geopolítica mundial. Está claro que la posesión de estas riquezas no asegura a esos países ningún desempeño brillante en la economía mundial si no se disponen de recursos humanos capaces de gerenciar y desarrollar esas potencialidades. Una vez más, insistimos en el papel decisivo de las relaciones sociales de producción, la educación y el entrenamiento bajo la dirección de un proyecto económico y social libertario y progresista.

9. Una oportunidad histórica para la integración regional

La propuesta de una integración latinoamericana posee una larga historia, pero también la hostilidad total de Estados Unidos, que siempre se opuso, por considerarla una ruptura de la unidad americana mayor.

A pesar de todo, durante los últimos diez años han venido ocurriendo transformaciones definitivas en la relación de los países de la región entre sí y respecto de Estados Unidos. En este sentido, podríamos situar un momento de quiebre en los acontecimientos ligados a la Guerra de las Malvinas, en 1982. Entonces tuvo lugar una ruptura nítida de Estados Unidos con el Tratado de No Agresión (TIAR), firmado en 1948 por los países americanos.

Mediante ese tratado las naciones americanas se comprometían a defenderse mutuamente, incluso en el plano militar, contra cualquier agresión externa al continente. En el contexto de la guerra aludida, Estados Unidos tomó partido por Inglaterra contra Argentina, provocando un choque psicológico e ideológico definitivo, sobre todo entre la

derecha militar latinoamericana, la cual había contado todos esos años con la solidaridad norteamericana que, dicho sea de paso, nunca le faltó en la lucha contra las supuestas “amenazas externas” del “comunismo” ruso y la “amenaza interna” de los movimientos populares reivindicativos, políticos e insurreccionales (a las vez, vistas siempre como expresión de fuerzas “externas” comunistas).

Debe destacarse que todos los países latinoamericanos continúan apoyando a Argentina en su reivindicación de las Islas Malvinas, mientras que Estados Unidos lo hace en favor de las pretensiones inglesas sobre estas islas.

Esta disputa abierta y vigorosa en el seno de la Organización de los Estados Americanos es casi única, aunque no puede dejar de destacarse la definición latente o abierta de América Latina por la independencia de Puerto Rico, considerado un estado norteamericano con tratamiento especial; es clara la tensión provocada por este asunto, considerado por los estadounidenses como un conflicto interno. Y es tensa también la situación derivada de la invasión norteamericana contra Panamá (que contó con el apoyo de la OEA, lo mismo que las invasiones a Guatemala, en 1954, y República Dominicana, en 1965), y el finiquito de los acuerdos referentes a la devolución del Canal de Panamá a la soberanía de este país.

Otra fuente de conflicto gestada durante los ochenta tiene relación con la actitud de la región y de Estados Unidos ante la democratización y la independencia de Nicaragua. El problema sobrevino con la caída de Anastasio Somoza, cuando el gobierno norteamericano (entonces bajo la administración de James Carter) sufrió su primera derrota en la historia de la OEA, al ver derrumbada su propuesta de una salida negociada de Somoza. Después, el gobierno de Ronald Reagan encontró una férrea oposición latinoamericana a su pretensión de intervenir militarmente en Nicaragua. El Grupo de Contadora, formado México, Colombia, Venezuela y Costa Rica, fijó un claro límite a la agresión militar contra Nicaragua, y tuvo éxito en sus gestiones diplomáticas, mismas que contaron con el apoyo europeo y motivaron la concesión del Premio Nobel de la Paz al entonces presidente de Costa Rica, Óscar Arias.

Posteriormente, el grupo contó con el apoyo de Brasil, Argentina, Perú y Uruguay, desembocando en la fundación del Grupo de los 8, gracias al cual tuvo lugar la primera reunión de presidentes latinoamericanos, en México, el año de 1988, seguida de otras y de la Conferencia de los Países Iberoamericanos, también realizada en México. En el caso de la reunión de 1988, Estados Unidos no pudo poner ninguna restricción ni tacharla como agresión al panamericanismo, aunque a través de canales no oficiales pretendió obstaculizarla.

Conviene recordar también el papel que jugó en los ochenta la movilización regional en torno a la deuda externa, particularmente tras la serie de reuniones convocadas por el presidente Fidel Castro en Cuba para discutir la posibilidad del no-pago. Esto dio origen a un activismo más o menos permanente de los ministros de economía de América Latina a partir de la reunión de Cartagena, en 1986.

Es particularmente importante observar las diferencias de enfoque entre los gobiernos latinoamericanos de las más diversas corrientes ideológicas y la diplomacia norteamericana en lo que se refiere al bloqueo económico y militar contra Cuba. Todos los países condenan hoy este bloqueo practicado por Estados Unidos desde 1960, que en esta época contaba con el apoyo de todos los países miembros de la OEA, excepto México, los cuales rompieron relaciones con Cuba hasta mediados de los años setenta. Hoy, América Latina en bloque exige la autodeterminación cubana para elegir el régimen económico-social que más le convenga, y ese país tiene participación en todas las organizaciones y foros latinoamericanos, aunque continúa excluido de la OEA por el veto aislado de Estados Unidos.

Destaca también el ahondamiento de las diferencias entre Estados Unidos y Brasil, pues este fue siempre (aun durante los gobiernos "populistas" combatidos por los conservadores norteamericanos) su principal aliado en la región. Los conflictos comerciales, y particularmente el creciente proteccionismo estadounidense contra los productos brasileños, se suman al diferendo en torno de la deuda externa. Pero la relación se complicó cada vez más al consumarse el veto norteamericano al programa nuclear de Brasil, al crecimiento de su industria armamentista, al desarrollo de una industria de aviones de propulsión a chorro y,

en especial, a la ley de reserva de mercado de la informática brasileña. Luego el conflicto se profundizó a raíz de los debates sobre los servicios, los derechos de autor y los animales obtenidos por investigación biotecnológica en Brasil, entre otros aspectos.

Está claro, además, que las presiones del Fondo Monetario Internacional en favor de políticas de ajuste extremadamente depresivas que condujeron al desmantelamiento de gran parte de la industria de la región, provocaron malestar creciente en los sectores empresariales regionales, caracterizados por su admiración al liberalismo norteamericano y muchos de sus miembros directores de empresas multinacionales de origen estadounidense.

Al cabo, estas tensiones condujeron a concesiones de las clases dominantes latinoamericanas, a finales de los ochenta, que a su vez estuvieron precedida por concesiones cruciales de la política norteamericana. A saber:

- 1) El Plan Brady admitía por primera vez dar un tratamiento político a la deuda externa de la región y la condonación de por lo menos 20% de la misma. Tal condonación fue aplicada en México con resultados positivos desde el punto de vista del equilibrio financiero de ese país.
- 2) El gobierno estadounidense pasó a aceptar las iniciativas de mercados comunes, y particularmente del MERCOSUR, que inauguraba un nuevo mecanismo de integración subregional.
Al mismo tiempo, lanzó la iniciativa Bush, proponiendo la formación de un libre mercado en todo América. Al contrario de lo que venía ocurriendo ideológicamente, este libre mercado supone muchas más concesiones tarifarias y de otro origen dentro de Estados Unidos, el país más proteccionista del continente. Esta iniciativa se inició, una vez más, en México, con lo cual Estados Unidos se proponen firmar un tratado de libre comercio de América del Norte que incluiría Estados Unidos, Canadá y México (TLCAN).
- 3) México, además de apresurar la apertura de su mercado, antes de las siempre difíciles concesiones norteamericanas amplió sus relaciones de libre comercio con América Central, Chile y Venezuela, abriendo camino a un mercado libre en toda la región, anticipándose a los designios de la iniciativa Bush, aún no emprendidos por Estados Unidos.

Todo esto crea un nuevo contexto en la región, que merece un análisis más detallado. La iniciativa Bush es extremadamente novedosa en las relaciones Estados Unidos-América Latina. Se asemeja, en parte, a la política de “buena vecindad” auspiciada por Franklin Delano Roosevelt durante los años treinta y cuarenta, a través de la cual Estados Unidos se interesó realmente por estimular el progreso de la región (lo que no excluyó el patrocinio de golpes de Estado y a dictadores pronorteamericanos). La iniciativa Bush propone un libre comercio regional innegablemente favorable para América Latina, al contrario de lo que muchos suponen (actualmente, las tarifas aduaneras, las restricciones de todo tipo y las cuotas de importaciones de Estados Unidos representan un bloqueo extremadamente rígido a la expansión del sector exportador latinoamericano).

Al mismo tiempo, el gobierno de Estados Unidos, independientemente del partido en el poder, ha apoyado cada vez más consecuentemente a los regímenes democráticos en la región.

Este es un progreso notable, pues esta potencia fue la principal inspiradora y organizadora de dictaduras de toda especie en América Latina. Sin la presión externa norteamericana, aquella tiende a consolidar su tradición republicana, su experiencia parlamentaria, que data de la Colonia, aunque sin negar el papel determinante del poder presidencial que permitió formar sus Estados nacionales: la presidencia se impuso sobre los poderes locales, dominada por las oligarquías rurales o mineras exportadoras, pero estuvo ligada también a democracias con amplio respaldo masivo. El populismo, fenómeno político continental, se caracterizó exactamente por un gran movimiento de esas masas contra poderosos intereses de grupos económicos locales, nacionales e internacionales que siempre dominaron económica y políticamente a los países.

La tesis ampliamente divulgada de que la región tiende al corporativismo antidemocrático, el cual justifica al mismo tiempo la intervención militar contra los gobiernos “populistas” y progresistas, significa una distorsión de la realidad continental. El corporativismo es un mecanismo defensivo contra poderosas fuerzas internas y externas que presionan a favor de la dependencia económica, la concentración de riqueza y la sobrevivencia de sectores latifundistas y oligárquicos.

El cambio de actitud estadounidense en pro de los derechos humanos y la democracia en la región debe constituirse en un factor decisivo para robustecer el tejido social y político regional, lo cual permitirá, sin la menor duda, un avance democrático y, en consecuencia, reformas sociales y económicas esencialmente progresistas.

¿Cuáles son las verdaderas razones de estos cambios de actitud económica y política? ¿Son sólidas o sólo coyunturales?

Tales cambios son fundamentalmente el resultado de la conjunción de tres tendencias estructurales:

- 1) El aumento de la globalización de la economía mundial lleva a las empresas globales, transnacionales y multinacionales a buscar un debilitamiento de los Estados nacionales y particularmente de uno de sus principales sustentos sociales e ideológicos: los militares nacionalistas (de derecha o de izquierda). De ahí el abandono de la tesis sostenida por Lyndon B. Johnson y las estrategias de contrainsurrección de los años sesenta, que buscaban promover el desarrollo de los países subdesarrollados apoyándose en las elites sociales, económicas y, ante todo, militares.
- 2) El interés del Estado norteamericano (y esto incluye de manera especial al Pentágono) de contener el armamentismo patrocinado por los regímenes militares, particularmente en el hemisferio occidental. La inutilidad creciente del armamentismo nuclear (cuya utilización es cada vez más imposible), y el alto precio de pertrechos de alta tecnología, evidenciaron el peligro de permitir una carrera armamentista en el ámbito mundial que además fuera capaz de cuestionar definitivamente la supremacía militar norteamericana. De ahí la política de no proliferación nuclear y la creciente atmósfera policíaca y restrictiva del armamentismo en general. Al mismo tiempo aumentan las presiones para orientar a las fuerzas armadas del Tercer Mundo, sobre todo de América Latina, hacia actividades policiales, entre las cuales gana relevancia la lucha contra la producción y el contrabando de drogas.
- 3) La pérdida del poder económico norteamericano a nivel mundial y su reorientación geopolítica hacia la Cuenca del Pacífico (donde la

competencia japonesa representa un serio límite) y hacia las Américas, confiere a la región latinoamericana un nuevo peso en su concepción geopolítica global.

Dentro de esta revisión (a pesar de las vacilaciones producto del racismo y la tradición de avasallamiento de los regímenes políticos de la región) será necesario tomar en cuenta cada vez más a las sociedades civiles de la región, así como su potencial de desarrollo y sus identidades culturales e ideológicas.

Existen entonces razones serias para que —a pesar de las intervenciones militares de Granada y Panamá, el financiamiento a los contrarrevolucionarios en Nicaragua y el apoyo a la represión militar en El Salvador— el gobierno estadounidense termine desistiendo de esas políticas (en Nicaragua y El Salvador tuvo que hacerlo bajo presión, en particular, de la iglesia católica y otras fuerzas religiosas norteamericanas, de la Segunda Internacional y de una opinión pública interna cada vez más contraria a la intervención militar y favorable al aislamiento).

La prueba más dramática será, sin embargo, la actitud norteamericana hacia la Revolución cubana. En este caso, independiente de sus convicciones ideológicas, ningún gobierno latinoamericano simpatiza con una intervención militar. ¿Estados Unidos tendrá la humildad política para aceptar una negociación con Cuba? Estamos asistiendo, en parte, a los efectos de una situación semejante en Haití, donde Estados Unidos se vio obligado a apoyar a un cura radical y antiimperialista contra los militares que la propia Casa Blanca mantuvo en el poder por décadas. Y no fue necesario que el padre Jean Bertrand Aristide cambiara de posición ideológica para obtener ese apoyo, pues la lógica geopolítica empujaba en esta dirección.

Estas tendencias básicas mostraron la situación extremadamente favorable al fortalecimiento de la diplomacia latinoamericana y ameritan que realicemos un balance histórico de las posibilidades de integración económica regional, la cual sería el resultado más importante de esta coyuntura. Esto quedará todavía más claro cuando comprendamos que los mayores obstáculos a la integración latinoamericana fueron siempre más políticos que económicos (si entendemos por políticos los efectos de la hegemonía norteamericana en la región, aún cuando estos tuviesen una base económica).

10. ¿Bolívar o Monroe?

La política internacional y la diplomacia latinoamericanas habitualmente estuvieron marcadas por el dilema que representa la confrontación entre las concepciones de Simón Bolívar y James Monroe.

El primero, en su lucha por la independencia, concibió una América hispana (y portuguesa por extensión) independiente de Estados Unidos, cuyos distintos orígenes culturales, poder económico y ambiciones expansionistas lo apartaban de este proyecto libertario.

Pero, por otro lado, la influencia de la Revolución americana y de sus ideales democráticos y republicanos fue fundamental para el movimiento independentista latinoamericano. También pesó mucho la ayuda económica y militar de ciudadanos o gobernantes norteamericanos durante este período; las naciones latinoamericanas nacieron debiendo a los ingleses y norteamericanos, dando continuidad a su rol de dependencia, constituido en su fase colonial.

Por otro lado, Estados Unidos siempre ambicionó, como poder económico y estatal, una posición hegemónica en el subcontinente que forma América Latina; basta recordar la conquista de gran parte del territorio mexicano y las constantes invasiones de los países de América Central y el Caribe. Desde el principio concibió a esta región como territorio interno, en la medida en que la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico se hace a través de América Central y del Caribe. Esta concepción estratégica llevó a ocupaciones, sólo abandonadas tras la vigorosa resistencia de los pueblos de la región, quedando como presa final la isla de Puerto Rico, incorporada, con estatuto especial, al territorio norteamericano; de igual manera, las bases militares de Panamá y su canal se convierten en territorio norteamericano por contrato entre las partes.

La Doctrina Monroe fue la formulación de esta política, al postular el principio de “una América para los americanos” (¿del norte?). El panamericanismo fue presentado como alternativa al colonialismo portugués y español, así como al británico, que fue sustituyendo esta última hegemonía.

Tanto Inglaterra como Estados Unidos patrocinaron la división de América Latina para servir a sus fines. La balcanización de América

Central y el Caribe, fragmentados en pequeñas naciones, se completó con la separación de Guatemala y México (articulados en la fase colonial) y la de Panamá y de Colombia; con la división de los países andinos (antes unidos por el Imperio Incaico y por la política colonial), y con la expulsión de las misiones jesuitas y la partición de las provincias cisplatinas, unidas por la Cuenca de la Plata y las tradiciones gauchas.

Pero la obra fundamental de esta división fue, paradójicamente, el apoyo al imperio brasileño, último bastión (con Cuba) del latifundio esclavista, conservador y procolonialista y posteriormente panamericano. Así, durante más de un siglo, los intereses imperialistas ingleses y norteamericanos consiguieron imponerse sobre las tradiciones culturales y las vocaciones geográficas de todo un subcontinente. Fracturadas, endeudadas, restringidas en sus intentos de industrialización, estimuladas a permanecer en el camino de las naciones exportadoras, volcadas hacia el monocultivo, pero sobre todo inmovilizadas por la preservación de las relaciones de producción esclavistas, serviles o semiserviles, las naciones latinoamericanas fueron convirtiéndose en nuevas modalidades de economías dependientes, articuladas de una forma subalterna al sistema económico mundial capitalista, que se consolidaba bajo la influencia primero británica y luego norteamericana.

La lucha entre la hegemonía inglesa y la estadounidense marcó de manera profunda la historia latinoamericana del siglo XIX, y hasta los años veinte y treinta del XX, cuando se trabaron las últimas batallas que terminaron con la victoria del panamericanismo. El instrumento articulador más directo de esta victoria fue la política de “buena vecindad” de Franklin Delano Roosevelt en los años treinta, la cual dio paso a una colaboración estrecha entre los gobiernos de la región y Estados Unidos.

Los lazos tendidos en este período fueron reforzados principalmente por la Segunda Guerra Mundial, cuando la influencia nazi fue derrotada en forma contundente con la entrada de Brasil a la guerra al lado de los aliados y la neutralidad, simpática a los aliados, de Argentina, Chile y México.

La unidad de los aliados reforzó primordialmente el panamericanismo de Brasil, potencia clave para la definición política del subcontinente.

La fuerza económica había convertido a Estados Unidos en el centro de la economía mundial capitalista. En torno de este país giraba el

sistema comercial y la estrategia defensiva de “Occidente”, nueva figura de la realidad internacional, enfrentada al surgimiento de un campo socialista en expansión. Era pues natural que, en su área de influencia por excelencia, Estados Unidos procurasen afirmar los mecanismos de su hegemonía.

Caía así una tradición de resistencia de más de un siglo. Iniciado por Bolívar y los demás libertadores, pasando por los liberales más radicales, como Benito Juárez, Eugenio María de Hostos, José Martí, Augusto Sandino y tantos otros, se consolidó el pensamiento populista latinoamericano de un Getulio Vargas, un Juan Domingo Perón y un Lázaro Cárdenas, o asumió expresiones más radicales, como en los casos del primer APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) de Víctor Raúl Haya de la Torre y el socialismo chileno, afianzándose en el pensamiento de una tradición comunista que venía desde Julio Antonio Mella y José Carlos Mariátegui, incluyendo sus versiones estalinista y trotskista.

Todas esas corrientes concibieron la relación con Estados Unidos como una lucha antiimperialista. Con mayor o menor radicalidad, todas estas afirmaciones culturales del continente reivindicaron el latinoamericanismo contra el panamericanismo.

La Segunda Guerra Mundial rompió este amplio frente latinoamericanista, ganando para el panamericanismo no sólo la adhesión de gobiernos populistas y sectores de las burguesías industriales más identificados con

Estados Unidos, sino también el apoyo de los partidos comunistas, que colocaban la unidad de los aliados por encima de cualquier otra consideración regional.

Fue como entre 1940 y 1945 vimos a artistas y literatos de los partidos comunistas asumir un papel creciente en las relaciones con Estados Unidos, y la consigna de unidad con los aliados condujo a la unión de dichos militantes comunistas contra los líderes populistas, acusados de dictadores fascistas (excepto en Brasil, donde Getulio Vargas entró en la guerra al lado de los aliados). Este fue el ambiente en el que se edificaron las estructuras diplomáticas y las instituciones financieras y económicas después de la Segunda Guerra Mundial.

11. El triunfo del panamericanismo y sus contradicciones

Con el final de la Segunda Guerra Mundial se formó en América Latina un andamiaje panamericano extremadamente amplio, que inició con el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), firmado en Río de Janeiro, en 1947, el cual estableció la unidad latinoamericana contra el enemigo externo y dio origen a la Organización de Estados Americanos (OEA). Continuó en esta postura anticomunista con el punto 4, especie de Plan Marshall de los pobres, y con las misiones económicas norteamericanas hacia finales de la década de los cuarenta. Y se profundizó con la participación de la OEA en la intervención contra Guatemala, en 1954.

Al mismo tiempo, las intervenciones del FMI sobre las políticas económicas de los años cincuenta llevaron a la reacción de regímenes como el de Juscelino Kubitschek, en Brasil, quien propuso la creación de una Operación Panamericana (OPA), la cual sirvió de inspiración a la Alianza para el Progreso.

El panamericanismo se consolidó a principios de la década de los sesenta, a consecuencia de la creación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en diciembre de 1959, y las restricciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional y las multinacionales al acuerdo de Montevideo, de 1960, que creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), privándola de los mecanismos verdaderamente integracionistas propuestos por la CEPAL.

La OEA, que prestó importantes servicios a los intereses norteamericanos en la región al dar cobertura diplomática a la invasión de la CIA para derrocar al gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, en 1954, y otras acciones, alcanzó su auge servil al expulsar de su seno a Cuba, en 1962. A pesar de que los principales países de la región votaron en contra expulsión —entre ellos, Argentina, Brasil, México y Venezuela—, en el transcurso de los años siguientes todos rompieron relaciones con Cuba.

La Alianza para el Progreso fue otro paso hacia el fortalecimiento de los vínculos intercontinentales, apoyado en una colaboración militar cada vez más intensa en torno a la lucha contra la agresión

“extra-continental” y ampliado con el concepto de “agresión interna” representada por las guerrillas y con las técnicas de contrainsurgencia para eliminar esa “amenaza externa” convertida en “agresión interna”.

Entonces se reequiparon las fuerzas armadas y se desarrollaron nuevos sistemas de adiestramiento, formándose cuerpos especializados en contrainsurgencia y órganos de inteligencia militar y policial. La materialización de este amplio esfuerzo fueron varios golpes y gobiernos militares apoyados por Estados Unidos y los países panamericanistas.

Durante este período fue crucial la intervención estadounidense en República Dominicana, en 1965, que contó también con la cobertura de la OEA, misma que asumió la responsabilidad de la ocupación militar de un país del continente sólo para respaldar la acción unilateral del imperio norteamericano. En este caso, el gobierno militar brasileño cumplió un papel relevante al ofrecer sus tropas de ocupación y promoviendo las ventajas de una acción política más enérgica para imponer gobiernos autoritarios, en manos de elites militares y basados en políticas pronorteamericanas.

La doctrina de contrainsurgencia y seguridad nacional aludida comenzó, sin embargo, a revelar sus contradicciones con la formación del gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas Peruanas. En una interpretación inusitada de esta doctrina, los mismos militares represores de la guerrilla de Luis de la Puente Uceda en 1965, tres años después cayeron en la cuenta de que la seguridad nacional dependía básicamente de la defensa de la nación contra la oligarquía y las empresas multinacionales, y promovieron la reforma agraria y la nacionalización de las trasnacionales, aparte de sentido de organizar a las poblaciones marginales para la autogestión de sus localidades y a los obreros para la cooperativización y autogestión de las fábricas.

El fenómeno revolucionario peruano escapaba a cualquier clasificación lo mismo entre la derecha que entre la izquierda e produjo una desconfianza esencial del gobierno norteamericano hacia los militares latinoamericanos. Esta contradicción se profundizó al surgir una tendencia “peruana” dentro de las fuerzas armadas brasileñas en torno de Afonso Augusto de Albuquerque Lima y al formarse un gobierno revolucionario en Ecuador, que rescató el petróleo del control de las multinacionales.

Desde finales de los años sesenta fue formándose en Estados Unidos una idea desfavorable hacia los gobiernos militares, que se exacerbó al surgir el gobierno del general Juan José Torres en al, integración Bolivia, de tendencia izquierdista. No hay que olvidar, por cierto, que la intervención norteamericana contra República Dominicana tuvo como objetivo derrocar al general Francisco Alberto Caamaño, que alentó la insurrección y distribuyó armas al pueblo. Durante el mismo período, en El Salvador un grupo de oficiales progresistas apoyó un gobierno de coalición que consagró la alianza entre los demócratacristianos y los comunistas. En Panamá el gobierno del general Omar Torrijos presionó para la revisión del tratado del Canal.

Este escenario se hizo más adverso para los intereses de Estados Unidos cuando, en 1968, la llamada “línea dura” del gobierno brasileño cerró el Parlamento e impuso el Acto Institucional Número 5 contra la orientación norteamericana. Inmediatamente después la junta militar llamó a elecciones dentro de las fuerzas armadas para elegir al nuevo jefe de Estado. La simpatía castrense se concentró claramente en el general “peruanista” Albuquerque Lima, descartado muy pronto debido a su posición inferior en la jerarquía militar. Al final, el consenso favoreció al general Emilio Garrastazu Médici, hecho que de ninguna manera disolvió al fantasma del “nacionalismo militar de derecha”, puesto que su gobierno exaltaba las pretensiones de convertir Brasil en una “gran potencia”.

Estos vientos nacionalistas determinaron incluso el comportamiento del gobierno del general Ernesto Geisel, quien rearticuló en torno del general Golberi do Couto e Silva, su principal auxiliar, a las fuerzas liberales y pronorteamericanas relativamente marginadas del poder entre 1968 y 1973. Este auge nacionalista de derecha en Brasil derivó en un conjunto de medidas que todavía inciden en la actualidad, desestabilizando gravemente las relaciones entre este país y Estados Unidos.

Entre tales medidas destacan la creación de una industria militar nacional; el acuerdo nuclear con Alemania; el desarrollo de una industria aeronáutica y naval; el intento de instaurar un núcleo hegemónico en el Atlántico Sur, que llegó a asumir la forma amenazadora de una alianza de los regímenes fascista de Brasil, Argentina y África del Sur, con

apoyo de Israel y el imperio portugués todavía en pie, en 1970-1973. Estos acontecimientos exhibieron las dificultades de una relación que sigue deteriorándose a pesar de que los sucesivos gobiernos brasileños fueron abandonando de ciertos excesos, delirios y utopías características del período ilusorio del milagro brasileño. Hoy, sin embargo, la presencia militar se proyecta sobre la política de reserva de mercado en la informática, la investigación nuclear, la recuperación de la industria naval, la instalación de la petroquímica fina, el programa energético y otros puntos de conflicto entre los Estados Unidos y Brasil.

El Estado Mayor y el Departamento de Defensa norteamericanos formularon desde 1973 una propuesta de devolución del poder a los civiles del Tercer Mundo y actuaron sistemáticamente en esta dirección, apoyados por importantes fuerzas locales. Esta política de aislamiento contra los militares fue postergada sólo en casos extremos, ante la “necesidad” de derrocar al gobierno socialista de Salvador Allende, en 1973, y contener la “amenaza” de los Tupamaros mediante el golpe en Uruguay, el mismo año, y la “amenaza” del populismo peronista con un golpe militar en Argentina, en 1975. La red de gobiernos castrenses había dominado toda América Latina y gran parte de África y Asia.

Era hora de conjurar el peligro de una onda de nacionalismo militar derechista cuyas consecuencias eran imprevisibles. Era indispensable romper con las pretensiones nacionalistas y fascistas de los militares latinoamericanos y reencauzar esas economías por el camino natural de su articulación con la matriz norteamericana, en torno de un liberalismo económico “sano”. Convenía destruir toda esa parafernalia de instituciones integracionistas regionales que se desarrollaron en estos años sin mayores resultados económicos, pero con hondas implicaciones políticas y culturales que podrían tener consecuencias posteriores.

El gobierno militar chileno asumió la tarea de destruir el Pacto Andino, retirándose de él en 1976, y el brasileño de debilitar el diálogo Norte-Sur, recibiendo como recompensa promesas de trato prioritario y relación en términos de igualdad con Estados Unidos (fue el caso del proyectado acuerdo de “consulta mutua” entre Brasil y los Estados Unidos, aunque nunca se formalizó).

México fue estimulado a vender su petróleo y ampliar sus inversiones en la producción y la petroquímica, para aprovechar una relación preferencial de precios con Estados Unidos a cambio de su autoexclusión en la OPEP. Los militares argentinos fueron presionados primero por el gobierno de James Carter hacia una apertura democrática, para enseguida ser estimulados por el de Ronald Reagan, al grado de que se embarcaron en la aventura de las Malvinas pretendiendo la ayuda estadounidense.

El caso de la Guerra de las Malvinas, como vimos ya, fue un golpe definitivo a la derecha militar latinoamericana; echó por tierra los principios de la ayuda recíproca interamericana contra “enemigos externos” y demostró a esos militares que el bloque Norte-Sur era superior al Occidente-Oriente, y que las naciones colonialistas no respaldarían las pretensiones anticolonialistas de un país dependiente contra una potencia aliada de las naciones centrales. Desde entonces viene profundizándose un choque entre el militarismo y la política externa intervencionista estadounidense.

Este choque abre camino a ciertas iniciativas de integración continental en el ámbito de la propia clase dominante y permite una creciente ofensiva diplomática, cuya primera expresión fue la negativa de la OEA a intervenir en favor de Somoza, en Nicaragua, como propuso Estados Unidos (durante el gobierno de los “derechos humanos” de James Carter) en los momentos postreros de la caída del dictador.

El gobierno de Reagan impuso la política propuesta por el Comité de Santa Fe, sustentada en la reanudación de un activo panamericanismo antisoviético. Esto condujo a la invasión de Granada; al apoyo contra el gobierno de Manley, en Jamaica; la confrontación con Panamá que llevaría a su invasión en 1989, por la administración Bush, y el despliegue de guerras de baja intensidad, sobre todo en América Central, contra los sandinistas y las guerrillas salvadoreñas. Esto incluía igualmente una ofensiva cultural contra la teología de la liberación, la teoría de la dependencia, el marxismo y el comunismo, que llevaría a abandonar las presiones por los derechos humanos y a la adopción en cambio de una relación bilateral que respetase la “naturaleza cultural y éticamente relativa de la noción de derechos humanos”.

Sin embargo, a finales de los años ochenta, el sucesor de Ronald Reagan se vio cada vez más obligado a tomar en cuenta las dificultades crecientes de varios países de la región bajo el peso del pago de sus deudas externas, que amenazaba a la de por sí debilitada salud del sistema financiero norteamericano. Así se originó el Plan Brady y luego, en 1990, a la propuesta de la iniciativa Bush que convocaba al continente a crear un acuerdo de libre comercio, tal como ocurrió finalmente en México, país llamado a integrarse en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que incluye también a Canadá.

12. Resistencias nacionales y experiencias de integración en América Latina

Como vimos, históricamente la integración latinoamericana fue presentada como una opción a la “integración” asimétrica del panamericanismo. Sin embargo, hasta la posguerra había pocos instrumentos diplomáticos para una acción latinoamericana conjunta.

Fue la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), creada en 1947, tal vez la primera instancia formal de la que dispuso el subcontinente para su actuación conjunta. Era no más que un organismo de estudios y asesoría de la ONU y tuvo que conquistar su espacio apoyando a regímenes populistas como los de Juan Domingo Perón y Getulio Vargas, o a los sucesivos presidentes mexicanos de la época. Durante los cincuenta, la CEPAL asesoró al gobierno revolucionario boliviano que llegó al poder en 1952 y sus ideas tuvieron una influencia decisiva en las actitudes del régimen de Jacobo Arbenz en Guatemala, el cual chocó frontalmente con la OEA y la United Fruit Company. Por esa misma época ocurrieron el bogotazo, a finales de la década de los cuarenta, y las caídas de Vargas, en 1954, y Perón, al año siguiente. Pero ninguna de esas derrotas provocó el enfriamiento de las luchas populares en el continente; continuaron hasta finales de los cincuenta y entonces el triunfo de las insurrecciones cubana y venezolana terminó con el proceso de luchas democráticas del período.

En las postrimerías de la década de los cincuenta presenciamos a una serie de iniciativas que reflejaron el auge de esas luchas.

En 1957, el Comité de Comercio de la CEPAL creó el Grupo de Trabajo del Mercado Regional Latinoamericano, de cuyo informe resultó en 1960 el acuerdo de Montevideo que creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). Luego las presiones del FMI impidieron la adopción de dos elementos básicos para el éxito de aquella iniciativa: la definición de metas hacia una integración más profunda y la creación de mecanismos compensatorios que propiciasen un comercio flexible entre los diferentes países. La CEPAL concebía también un multilateralismo exacerbado que se reflejaba en la iniciativa de elaborar una lista común de productos de todos los países del subcontinente que recibirían un trato igual en el mercado de la región. El acuerdo respectivo fue firmado inicialmente por Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, con la adhesión inmediata de México, Paraguay y Perú, y con la posterior de Bolivia, Colombia, Ecuador y Venezuela.

La experiencia de ALALC fue frustrante, aunque elevó la participación relativa del comercio regional en el conjunto del comercio latinoamericano hasta los años setenta. Ya en 1969 se inició un proceso de flexibilización de su multilateralismo radical, con la firma del Protocolo de Caracas, el cual admitió el fracaso de las metas originales y permitió el bilateralismo.

De esa manera se abrió la brecha a las experiencias subregionales que tomaron forma a partir del Acuerdo de Cartagena, signado en mayo de 1969 y que creó el Grupo Andino en el seno de la ALALC, a través de las resoluciones 203 y 222.

El Grupo Andino convocó originalmente a Colombia, Ecuador, Chile, Perú y Bolivia, agregándose, en 1973, Venezuela. El Acuerdo de Cartagena tenía pretensiones más ambiciosas que la ALALC: aspiraba a hacer realidad la planificación conjunta de sectores económicos y definió una política de restricción al capital extranjero y desarrollo tecnológico regional. Tuvo su auge en el período 1971-1973, impulsado por los regímenes de Salvador Allende, en Chile; el revolucionario de Perú; el de Torres, en Bolivia; el militar nacionalista de Ecuador, y los democráticos de Colombia y Venezuela. Estos gobiernos favorecían, evidentemente, la integración regional y subregional, y una concepción política regional bolivariana. La vuelta del peronismo llevó al gobierno argentino a una aproximación con el Grupo Andino y abrió la expectativa de un poderoso mercado común.

En América Central, desde 1951 se creó la Organización de los Estados Centroamericanos (ODECA) y se firmaron varios tratados bilaterales en esa misma década, tendientes a liberar el comercio intra-regional. En junio de 1958, por ejemplo, se firmó el Tratado Multilateral de Libre Comercio e Integración Económica, y en 1959 fue formalizado el convenio centroamericano para equiparar las tasas de importación. Todo lo anterior ocurrió bajo la inspiración de la CEPAL.

Frente a estos avances concretos y a las dificultades planteadas por la Revolución cubana a Estados Unidos, era previsible que las autoridades norteamericanas reaccionasen buscando asumir y cooptar las iniciativas regionales más importantes. En 1958 se firmó el Acuerdo Tripartita de Asociación Económica entre El Salvador, Honduras y Guatemala, bajo inspiración norteamericana, y en 1960 el Tratado General de Integración Económica, con apoyo del AID (Agencia Internacional para el Desarrollo). Merced a este último se integraron los mercados centroamericanos para aumentar las escalas de producción y atraer capitales externos y las multinacionales abrieron un nuevo campo de inversión a costa del espíritu integracionista latinoamericano.

En 1974, la instrumentación imperialista de la integración se materializó en la creación del Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA), un acuerdo que se buscaba integrar a los ejércitos locales bajo la dirección del Pentágono. Tales pretensiones condujeron, sin embargo, a una reacción creciente de las fuerzas armadas locales que alcanzó su punto culminante en el gobierno del general Omar Torrijos (1972- 1979), quien no sólo renegoció la devolución del Canal de Panamá a los panameños y el futuro retiro de las tropas norteamericanas, sino que emprendió importantes transformaciones sociales en su país.

En 1979, el triunfo la Revolución nicaragüense contra la dictadura de Anastasio Somoza provocó una inmediata intervención militar, económica y política del gobierno norteamericano en el área; entre otras cosas, se patrocinó a gran escala a un movimiento guerrillero contrarrevolucionario operado por los jefes de la antigua guardia militar somocista.

Como reflejo de la nueva correlación de fuerzas internacional, la Revolución nicaragüense contó con un vigoroso respaldo latinoamericano, de la socialdemocracia internacional (particularmente la europea)

y de sectores liberales de Estados Unidos. Fue el principio de una rearticulación política y diplomática subcontinental que inauguró una fase histórica.

En torno de la insurrección nicaragüense se unieron los gobiernos mexicanos (en ese momento bajo la presidencia de José López Portillo), panameño (de Omar Torrijos), venezolano (de tendencia predominantemente democristiana y bajo presión de la oposición socialdemócrata y la izquierda) y Costa Rica (bajo la presidencia del democristiano Rodrigo Carazo y con la presión de la oposición socialdemócrata); así como la junta cívico- militar de El Salvador, caracterizada por una posición progresista que abandonó a causa de presiones internas y externas.

En el resto de América Latina había condiciones relativamente favorables debido a los procesos de democratización en curso (excepto en los casos de Chile, Paraguay y Argentina, que continuaban bajo regímenes militares de derecha e incluso enviaron apoyo militar a Somoza). El propio régimen militar brasileño, entonces en proceso de “apertura controlada”, se colocó al lado de las fuerzas antisomocistas.

Este frente inicial se mantuvo relativamente estable, añadiéndose el apoyo de Colombia y un cierto retroceso de Costa Rica (presionado por Estados Unidos), país que luego se definió neutral, con lo cual hizo acopio de fuerzas para después jugar un papel protagónico en la región a través de Plan Arias.

Como señalamos, en 1982 la reconquista de las Islas Malvinas por los militares argentinos motivó una violenta respuesta armada de Inglaterra, que invadió una región latinoamericana con el apoyo abierto de Estados Unidos, a pesar de que este país había firmado el Tratado de Asistencia Recíproca que dio origen a la OEA. La opción norteamericana marcó el fin de este instrumento regional.

Descalificada por las izquierdas y las fuerzas progresistas en virtud de sus intervenciones pronorteamericanas, la OEA siguió recibiendo, sin embargo, apoyo de los sectores liberales y la derecha.

En el caso de Nicaragua, los intentos del presidente James Carter de conseguir el apoyo de la OEA para sostener a Somoza hasta el último momento fueron severamente cuestionados por las fuerzas de centro del subcontinente. Faltaba que la derecha latinoamericana se convenciera

de la imposibilidad de una unidad de intereses con Estados Unidos. El episodio de las Malvinas, en el que fuerzas derechistas conducían la acción militar con la esperanza de contar con el apoyo de la derecha norteamericana, selló por un largo período el destino del panamericanismo en la región.

En este vacío histórico surgió el activismo en torno del Grupo de Contadora, formado originalmente, en 1983, por México, Venezuela, Colombia y Panamá. Su objetivo era el de apoyar una solución pacífica para América Central y a partir de 1986 contó con la articulación de un Grupo de Apoyo integrado por Perú, Uruguay, Argentina y Brasil.

En 1987, en un avance diplomático excepcionalmente dinámico, el gobierno de Costa Rica transitó de una neutralidad pasiva (fuertemente cuestionada por la presencia de contrarrevolucionarios nicaragüenses armados en su territorio) a una acción envolvente y enérgica a favor del Plan Arias, que cohesionó a los gobiernos centroamericanos en torno de la paz y la reducción de las intervenciones externas en la región.

Se produjo repentinamente una fuerte densidad diplomática latinoamericana. La posición independiente de México, antes aislada y solitaria, comenzó a generalizarse en el subcontinente, a la par de la reanudación de los gobiernos democráticos.

Propuesta por el entonces presidente mexicano Luis Echeverría, se aprobó en las Naciones Unidas la Carta de Derechos y Deberes Económicos entre los Estados, que dio origen a la propuesta internacional del Nuevo Orden Económico Internacional. En 1976, en esa misma oportunidad se creó el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), con sede en Caracas y que era la primera institución latinoamericana capaz de dar sustento técnico al proceso de integración.

En 1980 fueron admitidos los errores y el fracaso de la ALALC, y para sustituirla se creó en Montevideo la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), con la idea de apoyar acciones más localizadas y de menor énfasis al multilateralismo en el proceso de integración continental.

En el plano político, un año antes el gobernante Partido Revolucionario Institucional mexicano tomó la iniciativa de crear el Comité Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPAL), que tuvo un relevante

desempeño en la lucha por la redemocratización del subcontinente. Y en la misma época el Buró Latinoamericano de la Internacional Socialista se convirtió en otro centro de articulación política y diplomática.

La deuda externa, por otro lado, pasó a ser una cuestión central en la configuración diplomática del subcontinente, sobre todo tras la alerta emitida por el gobierno cubano, encabezado por el comandante Fidel Castro. Después de seis congresos sobre el tema realizados en Cuba, Castro consiguió crear fuerte conciencia acerca de la dimensión de la deuda, la imposibilidad de pagarla y la perspectiva de utilizarla como un factor de unidad latinoamericana, de colaboración Sur-Sur y de presión sobre las potencias económicas dominantes.

En torno del asunto de la crisis financiera se integró una comisión SELA-CEPAL que presentó un documento fundamental en la reunión de ministros de economía de Cartagena, inaugurando una nueva fase en la diplomacia económico-financiera de América Latina. La cuestión central era la posibilidad de formar un pool de deudores en oposición al pool de bancos internacionales, que negociaba con cada deudor individualmente.

El oportunismo de cada Estado nacional, sin embargo, boicoteó la estrategia unitaria. Cada ministro de economía supuso que la amenaza de un pool de deudores bastaría para aumentar su poder de negociación particular. Esta era una demostración de la debilidad de las elites económicas, financieras y políticas de cada uno de estos países, lo mismo que la acción en bloque de los banqueros internacionales constituía una demostración de su capacidad político-administrativa.

De cualquier manera, el acuerdo de Cartagena dio origen a la primera reunión de un grupo de presidentes latinoamericanos en Cancún, en 1987, en la que comparecieron los países miembros del Grupo de los 8 (los cuatro del Grupo de Contadora y los cuatro que formaban su Grupo de Apoyo). A pesar de sus conclusiones limitadas, este encuentro era síntoma de un cambio general de actitud en la región y significaba apenas el comienzo de una profunda redefinición de la diplomacia regional, que entonces todavía se muestra lenta y coja por la debilidad y el servilismo de nuestras elites dirigentes, compuestas por hijos y nietos de los colaboradores de los señores coloniales y los opresores externos durante siglos.

El papel de Brasil es fundamental en esta nueva fase. Este país siempre fue el bastión de las fuerzas reaccionarias latinoamericanas.

Fue un imperio cuando el continente era republicano. Fue esclavista hasta 1888, cuando el continente abandonaba ya el trabajo servil.

Se incorporó a la industrialización moderna cuando Argentina y Uruguay encaraban las dificultades para continuar su progreso industrial. Se niega, hasta nuestros días, a una reforma agraria y Economía mundial, integración regional y desarrollo sustentable con el golpe de 1964 inspiró en el continente a gobiernos militares proamericanos, reaccionarios y represivos. Hoy sigue teniendo la mayor población de analfabetos del continente y una de las más grandes del mundo, además de exhibir la peor situación social de América.

Con todo, el proceso de apertura y transición democrática brasileñas viene dando paso a una política externa más progresista, continuando una tendencia iniciada en 1961 por Santiago Dantas y retomada poco a poco en 1973, con el choque del petróleo, que obligó a Brasil a apoyar los intereses árabes en la política internacional. A partir de entonces los intereses exportadores del país y un creciente choque con Estados Unidos (que se opone a la afirmación de la industria militar y a las industrias de alta tecnología en Brasil), están conduciendo a la diplomacia brasileña a posiciones cada vez más independientes y próximas al no alineamiento.

Al mismo tiempo, Itamaratí fue abandonando su discreción diplomática y asume responsabilidades crecientes en la política internacional. Dos ejemplos de ello son la aceptación de la presidencia de la OEA en una etapa altamente conflictiva de ese organismo y la participación en el Consejo de Seguridad de la ONU. Pero más importante aún es el involucramiento en la cuestión centroamericana (considerada zona de influencia estadounidense por la geopolítica brasileña) y el impulso a la unidad latinoamericana con la reunión de los ocho presidentes en México, cuya réplica fue el encuentro de presidentes del Pacto Amazónico, una nueva reunión del Grupo de los 8 y, por fin, la Conferencia Iberoamericana de 1991 en México, cuando los presidentes de todos los países latinoamericanos se reunieron por primera vez. Esta reunión fue seguida por el encuentro de Sevilla durante la conmemoración de los 500 años del descubrimiento de América, que dio origen a un organismo permanente:

la Conferencia Iberoamericana. La tercera conferencia, en Salvador (Bahía), consagró la adhesión brasileña a una propuesta latinoamericanista que se tradujo en la actual Constitución de Brasil (1988). Lo anterior, así como el surgimiento del Memorial de América Latina en Sao Paulo, ciudad que abrigará también el Parlamento Latinoamericano, es expresión de una nueva realidad.

En este plano de crecientes iniciativas brasileñas deben situarse los esfuerzos de integración del Cono Sur, entre Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay. Hay en este caso un conjunto de nuevos elementos extremadamente interesantes:

- 1) Fue una iniciativa bilateral entre Brasil y Argentina —en el marco de ALADI—, que contó con la inmediata adhesión uruguaya, luego con la de Paraguay y podría ampliarse a Bolivia y Chile.
- 2) El acuerdo incluye básicamente a los sectores de bienes de capital, trigo, alimentación y alta tecnología (energía, biotecnología, nuclear, radiología, aeronáutica).
- 3) Fueron establecidos mecanismos para el financiamiento de iniciativas conjuntas (por ejemplo, empresas binacionales, estudios económicos, institutos de investigación), así como de compensación (que pretenden evolucionar hacia la creación de una moneda regional) y para el aumento del transporte regional. En 1991 se decidió la creación del MERCOSUR, que pretendía incidir en el libre comercio de la región en 1994.

Los tratados de integración del Cono Sur, que ligaban el Atlántico con el Pacífico y una región de más de 200 mil habitantes, son todavía el principio, aunque revelan una tendencia regional creciente hacia las iniciativas más localizadas, más próximas al bilateralismo o involucrando a un pequeño número de países. En este contexto debemos ver, entre otras, las siguientes experiencias interesantes:

- 1) Los entendimientos entre Brasil, Venezuela, Perú, Ecuador y Colombia para una acción conjunta en la región amazónica que viene alimentando varias iniciativas parciales y conducirá a un pacto amazónico con grandes perspectivas.

- 2) El tratado de San José de Costa Rica, firmado en 1980, en donde México o Venezuela se comprometen a abastecer de petróleo a los países centroamericanos, con facilidades de crédito tanto para la compra de petróleo como para desarrollar una industria energética, posibilitando el pago en especie y el uso de monedas nacionales.
- 3) La formación de empresas multinacionales con la participación de empresas públicas de distintos países, como viene ocurriendo con el Caribe y América Central en el campo de la pesca, y con Brasil, México y Argentina en la industria mecánica.
- 4) El inicio de la colaboración científica en varios campos, como el nuclear, la biotecnología, la siderúrgica y los nuevos materiales. El aumento de las reuniones continentales y de las asociaciones e instituciones no gubernamentales que actúan en el ámbito regional. El surgimiento de centros de estudios sobre América Latina, resolviendo la carencia de investigaciones que tomasen la propia región como objeto de estudio, análisis y políticas determinadas.

La cuestión de la integración regional va siendo una necesidad creciente y es claro que Brasil debe ocupar un papel protagónico en esta etapa. Quiérase o no, este está involucrado en la presidencia de la OEA; en el Grupo de Apoyo a Contadora (y por lo tanto en América Central); en la constitución de un Pacto Amazónico indispensable y cada vez más urgente; en la integración del Cono Sur; en las iniciativas regionales del tipo de ALADI y SELA, y finalmente en la Conferencia Iberoamericana.

Es hora de una gran iniciativa diplomática que surja del plano burocrático gubernamental e involucre al pueblo brasileiro, tal como la primera Conferencia Iberoamericana incendió la imaginación y las esperanzas de un México que vio en ella un peso de equilibrio respecto de su integración al mercado norteamericano. El hecho de que Estados Unidos no responda con hostilidad a esas nuevas fases de integración regional latinoamericana ni haya amenazado a México con represalias por su activa participación en aquella conferencia es un elemento promisorio y un resultado histórico de transformaciones fundamentales, como veremos en el próximo capítulo.

13. *Perspectivas de la integración latinoamericana*

El primer límite fundamental a la integración latinoamericana es la dificultad política. El costo de una política latinoamericana abierta y consciente ha sido la ruptura con el panamericanismo y por lo tanto un choque con la hegemonía estadounidense sobre la región. El miedo a un enfrentamiento con la potencia norteamericana tiene sus razones objetivas. Casi todos los países de la región tienen a Estados Unidos como principal cliente comercial, inversionista, acreedor y patrón militar. Cualquier amenaza de represalia del tío Sam provoca escalofríos y pánico en las clases dominantes del continente.

Al mismo tiempo, Estados Unidos es considerado el polo irradiador de modernidad en todos los campos, y particularmente en el avance científico-tecnológico, y aún cuando nunca transfiera esa modernidad a la región, mantiene siempre la expectativa de hacerlo. Distanciarse de Estados Unidos es percibido entonces como una zambullida en el atraso y la barbarie.

Pero la historia muestra que los aliados de Estados Unidos en América Latina no son constituyen los sectores más avanzados, progresistas y democráticos. Por el contrario, los intereses de aquella potencia en la región están vinculados con los sectores más oligárquicos de las clases dominantes locales, que a su vez son los relacionados con la producción y comercialización de productos minerales y agrícolas para el exterior. Cuando se interesó en invertir en los sectores industriales de la región, el capital norteamericano tendió enseguida a sustituir la burguesía industrial local por los gerentes de sus filiales. Hoy Estados Unidos se opone al pleno desarrollo de la estructura industrial de la región para limitarla a la producción de piezas y complementos que abastezca las industrias de los centros económicos mundiales.

Es por esto que hay una correlación directa entre el panamericanismo y la hegemonía oligárquica, y entre el latinoamericanismo y la democracia de masas. Cuanto más popular el gobierno, mayor su búsqueda de raíces latinoamericanas y mayor su confrontación con la hegemonía norteamericana. Existe pues un contenido de clases implícito en la cuestión panamericanismo versus latinoamericanismo.

La integración latinoamericana está sujeta no sólo de la unidad de acción política y diplomática de los Estados regionales, sino sobre todo a su capacidad para generar instancias autónomas de decisión, instituciones y estructuras sociales y políticas capaces de garantizar la soberanía de cada país.

En primer lugar, la integración depende evidentemente de la definición del papel estadounidense en la región, como potencia amiga o enemiga, o como un poder incontrastable, con funciones rectoras del conjunto de la vida de cada país.

En segundo lugar, está la definición de otras potencias del mundo capitalista. La relación de América Latina con Europa estuvo marcada en otras épocas por la herencia colonial, pero ahora la europea aparece como una contra-potencia, como una fuerza capaz de neutralizar, en parte, el predominio norteamericano. Así fue percibida, por ejemplo, la presencia de la Internacional Socialista en la región a partir de la década de los setenta. No fue, en general, cierta identidad ideológica muchas veces mal disfrazada la que llevó a varios partidos latinoamericanos a aproximarse a la Internacional Socialista, sino que muchos de ellos, de extracción populista, buscaron obtener por medio suyo el apoyo de los Estados y los movimientos obreros europeos a sus luchas de carácter nacional y antiimperialista. Por otro lado, no quedaba a los partidos socialistas y socialdemócratas europeos otro camino que ejercer una influencia real sobre una región donde el movimiento socialista de base obrera y clasista carece de una base sólida. De esta manera, fue siendo abandonado poco a poco el reclutamiento de pequeños partidos con perfil ideológico europeizante, y aquella organización fue articulándose con los movimientos históricos reales de fuerte contenido regional.

Desde el punto de vista económico, Europa y Japón tienen también mucho que ofrecer y retirar. Sus capitales entran fuertemente en América Latina, en la estela de las inversiones norteamericanas a partir de la segunda mitad de la década de los cincuenta, y pasan a cumplir un papel similar frente a las economías nacionales, salvo que ofrecen una mayor disposición a asociarse con capitales locales y con los Estados nacionales, apertura resultante muchas veces de su debilidad estratégica en la región.

Durante algún tiempo, Europa y Japón fueron vistos por las elites políticas latinoamericanas como aliados para un nuevo orden económico internacional. Sin embargo, fueron mínimos sus pasos en esa dirección, incluso en el caso de países ligados a la región por sus orígenes latinos. España y Portugal democráticos, por ejemplo, prefirieron el camino de la integración europea a las dificultades de una perspectiva iberoamericana más radical. Francia abdicó de su influencia cultural en la medida en que en su interior se propuso una americanización inhibitoria de la grandeza cultural que siempre cultivó.

El apoyo de gobiernos socialista a las reivindicaciones latinoamericanas se reveló débil y fue amedrentado por las posiciones atlantistas de François Mitterrand.

América Latina regresó al redil norteamericano tranquilamente y sólo a mediados de los años ochenta Francia volvió a desempeñar un papel importante al impulsar la integración europea, abandonado su fobia a la eventual hegemonía alemana dentro de una Europa unificada (esa posición fue corroborada en parte durante la Guerra del Pérsico, indicando una vacilación geopolítica que no dio seguridad a América Latina).

Toda esta historia demuestra que una América Latina Integrada tendrá que tratar a Europa y Japón como iguales y no como tutores o tutores sustitutos.

El otro bloque de países con el que un subcontinente integrado necesitará redefinir sus relaciones es el del Este europeo y la ex URSS. Durante mucho tiempo esa región fue objeto de imágenes mitológicas que pasaron incluso por formulaciones teóricas supuestamente científicas. Poco a poco, el crecimiento económico, político y militar soviético fue quebrando las barreras en su relación con los países latinoamericanos (antes limitada a los partidos comunistas, únicos portavoces de un mundo socialista también mitológico).

Nada mejor que las relaciones económicas y humanas en general para destruir estas imágenes e imponer la realidad del mundo práctico y real. Ya en la década de los setenta la Unión Soviética y los países de Europa oriental mantenían un contacto estrecho no sólo con las naciones entonces aliadas (como Cuba y, posteriormente, Nicaragua), sino también fuertes relaciones económicas con países como México, Argentina (ya

en el período de la dictadura militar) y Perú. Al mismo tiempo, la Unión Soviética pasó a establecer relaciones diplomáticas con casi toda la región. La literatura científico-social soviética y de Europa oriental comenzó a interesarse por las cuestiones del Tercer Mundo y de América Latina, en particular, así como por las teorías producidas en la región. Sus posiciones antes timoratas, basadas en la no intervención en los problemas creados por las potencias coloniales, de los cuales la Unión Soviética no era responsable, fueron evolucionando durante los setenta y la primera mitad de los ochenta hacia una postura cada vez más activa en pro de un nuevo orden económico, político e informativo internacional.

La atracción de esos países por una diplomacia más próxima al Tercer Mundo fue fruto de su acción creciente en el orbe, pero también de un papel cada vez más activo y audaz de las naciones del Tercer Mundo, sobre todo en torno de organismos como la UNCTAD, el Grupo de los 7 o el Movimiento de Países No Alineados. Muchos observadores ven, empero, un retroceso en esta aproximación, atribuyéndola a la perestroika y al creciente diálogo entre la Unión Soviética y Estados Unidos.

Esta última percepción es estrecha, pues la experiencia creciente de la Unión Soviética en la política internacional y las perspectivas de paz en el mundo sólo podían favorecer una acción progresista en el Tercer Mundo. Incluso en Estados Unidos, una aproximación cada vez mayor con la Unión Soviética fortaleció a los sectores más liberales.

Con estas afirmaciones nos introducimos a una cuestión fundamental para el movimiento de integración latinoamericana y de otras regiones del Tercer Mundo. La posibilidad de fortalecimiento de esas iniciativas locales, subregionales y regionales pasa por una posición ideológica, política, diplomática, militar y económica en dirección a un replanteamiento de las relaciones internacionales.

La presión del Tercer Mundo por un nuevo orden internacional en todos los planos saca a estos países de una postura defensiva de naciones avasalladas para insertarlos en la dimensión de pueblos creadores de ideas, ideales, políticas y acciones internacionales.

Desde la Conferencia de Bandung, en 1955, El Tercer Mundo fue aumentando su poder de influir en la reestructuración de un mundo contemporáneo.

El anatema al colonialismo históricamente superado, al etnocentrismo, al eurocentrismo y otras herencias coloniales fue perneando a las organizaciones internacionales y la conciencia de la humanidad.

La resistencia de las potencias capitalistas a las tesis de los No Alineados (las cuales alcanzaron a veces al ámbito socialista, sobre todo durante el estalinismo, y a ciertas corrientes socialdemócratas) terminaron oponiendo más nítidamente al imperialismo norteamericano la lucha de liberación nacional del Tercer Mundo.

Paulatinamente, en virtud de las condiciones históricas, el frente anticolonialista y antiimperialista fue asumiendo rasgos socialistas cada vez más marcados.

Con el estímulo de un número creciente de Estados nacionales progresistas, populares, democráticos y soberanos, la idea del no alineamiento fue tornándose una fuerza ofensiva, un elemento ético, estratégico y diplomático esencial en la articulación de una nueva sociedad planetaria.

Esta nueva sociedad planetaria se apoya en una revolución científico-técnica que, a través de la conquista del espacio, convierte a la tierra en entidad única, limitada y circunscrita a un universo que viene siendo conocido poco a poco y que forma parte de una experiencia práctica del hombre contemporáneo. Pero se sustenta también en la idea del pluralismo, que rompe los límites simplistas del racionalismo del siglo XVIII, mismo que encontraba la unidad y la universalidad a través de la abstracción formal, en donde lo universal era concebido como la negación de lo particular. En un mundo aparentemente en vísperas de edificar una nueva sociedad planetaria, es la diversidad de civilizaciones y culturas, de razas y etnias, de historias y naciones la que fundamenta lo universal, lo universal dialéctico que pretende abstraer los elementos más simples de los particulares concretos, históricamente dados. Es la consagración del pensamiento dialéctico que obliga a las ciencias “naturales” a aceptar la historicidad del universo y de los diversos movimientos de su evolución, como condición para describir la materia, el espacio, el tiempo, el calor, la vida, la energía. Estos conceptos salen del plano de la abstracción formal propio de la ciencia de los siglos XVIII y XIX, para descender al mundo concreto e histórico de la relatividad, de los *quarks* y del *big bang*.

Tal es la vocación universal de no alineamiento. Y es en las entrañas de esta universalidad concreta e histórica que el pensamiento y la acción del Tercer Mundo ganaron fuerza y cohesión para redimensionar el planeta. Las tareas más limitadas adquieren otra dimensión en esta perspectiva histórica y permiten a las fuerzas sociales y políticas locales hallar energías para realizar tareas que se antojan imposibles en el contexto de las relaciones en el mundo actual.

Encontramos así los términos generales de la ecuación integracionista latinoamericana y de otras regiones del Tercer Mundo.

Sus bases subyacen en la capacidad hegemónica de las fuerzas populares, democráticas y nacionalmente soberanas sobre los Estados nacionales.

Su viabilidad se halla en la capacidad de que esos Estados articulen con otros Estados soberanos y democráticos una estrategia de relación económica, diplomática y política basada en los intereses comunes de las partes y no en el sometimiento político, la explotación y la expropiación de la riqueza socialmente producida.

En esta estrategia de relación Sur-Sur, de alianza entre las nuevas economías industriales, de colaboración entre tecnologías de dominio de los trópicos y de preservación y utilización de sus grandes reservas de biodiversidad y de potencial energético.

En esos términos globales se encuentran las políticas concretas de integración, con sus formas de intercambio bilaterales y multilaterales más o menos libres o planeadas; con sus mecanismos de compensación comercial relativamente independientes del control ejercido por el dólar sobre el sistema financiero internacional, y sobre todo, con la creación de una capacidad de preservar en el ámbito de cada nación los excedentes en ella generados, excedentes que son transferidos al exterior en cantidades crecientes, sobre todo con el agravamiento de la deuda del Tercer Mundo, creada por mecanismos financieros artificiales basados en relaciones de fuerza, corrupción y dominio de elites locales. En esta nueva fase, el Tercer Mundo viene constriñendo gravemente su capacidad de inversión para cubrir la remesa colosal de recursos hacia el exterior bajo la forma de pago de intereses.

Es necesario desechar de una vez por todas la idea de que el Tercer Mundo es subdesarrollado por falta de capitales: estos países son

grandes exportadores de sus excedentes nacionales bajo la forma de precios relativos desfavorables; pagos de servicios técnicos (¡falsos!) y de lucros de las empresas multinacionales; pago de los servicios de una deuda externa creada contablemente, y remesas de utilidades de las oligarquías locales hacia los centros económicos.

Lo que falta al Tercer Mundo es soberanía nacional para defender y preservar sus recursos, y producir con libertad los bienes necesarios para sus pueblos. No será ajustándose pasivamente a las nuevas exigencias de una economía mundial cuya división internacional del trabajo profundizará el papel subalterno y dependiente del tercer Mundo, como estos países hallarán el camino de la riqueza y la satisfacción de sus necesidades sociales.

Las políticas de integración tienen que ser parte de estas luchas y como tales deben ser estudiadas. En estas consideraciones generales creemos haber esbozado un análisis capaz de justificar esta afirmación. Así como la conquista de la soberanía nacional exige luchar y tiene altos costos históricos al volcarse contra los poderes hegemónicos del sistema económico mundial, una política de integración de las naciones hoy dependientes y colonizadas eficaz encontrará siempre resistencias brutales o intentos de cooptarla, desviándola de su objetivo inicial.

Como vimos, la evolución de la economía mundial tiende a limitar la sobrevivencia de un imperialismo económico fundado en un poder central hegemónico incuestionable. La crisis hegemónica en el mundo contemporáneo favorece la acción negociadora de las partes subyugadas y dependientes. América Latina tiene, así, una oportunidad única para afirmar su unidad sin chocar abiertamente con la hegemonía americana. Estados Unidos podrá, por fin, reconocer su necesidad de negociar con una América Latina fuerte e integrada, y este reconocimiento podría incluso asumir la forma de un mercado libre de las Américas, tal como propone la iniciativa Bush. Sin embargo, sería un error brutal de la región negociar a su unidad más profunda a cambio de este libre comercio, que no será posible sin su fuerza subregional. Deberá tener la fuerza de imponer la combinación de ambas realidades: la unidad bolivariana del continente tendrá que ser respetada por

Estados Unidos y sobre esa base podrá haber un nuevo panamericanismo, en donde una América Latina fortalecida negocie el destino común del continente. Parece un sueño, pero puede ser realidad. Es hora de ser osados.

Bibliografía

CEPII (1987). *L'economie mondiale*. París: La Decouverte.

CEPII (1989). *Comerse international: la fin des avantages caquis*. París.

Dos Santos, T. (1975). *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*. México: Edicol.

Dos Santos, T. (1989). *Democracia e socialismo no capitalismo dependente*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1992). *Imperialismo y dependencia*. China: Social Sciences Academic Press.

Dos Santos, T. (2000). *La teoría de la dependencia: balance y perspectivas*. México: Plaza y Janés.

Dos Santos, T. (2003). *Hegemony and Counter Hegemony, the Globalization Constrains and Processes of Regionalization*. China: Social Sciences Academic Press.

Dos Santos, T. (2004). Economía mundial, integración regional y desarrollo sostenible. En *El reto de la globalización*. China: Social Sciences Academic Press.

Dos Santos, T. (2004). *La teoría de la dependencia: balance y perspectivas*. China: Social Sciences Academic Press.

Dos Santos, T. (2007). *Del terror a la esperanza. Auge y decadencia del neoliberalismo*. Caracas: Monte Ávila.

Guimarães, R. (1989). A procura da equidade: restrições e políticas para o desenvolvimento social da América Latina. En *Revista Brasileira de Ciência Política* N° 1(1). Brasília.

Informe sobre el desarrollo mundial (1987), p. 68. Washington: Banco Mundial.

Marx, K. (1976). *Crítica de la economía política*. México: Nacional.

Del terror a la esperanza¹

Auge y decadencia del neoliberalismo

Prólogo a la primera edición

El terror ha sido un arma poderosa para imponer intereses contrarios a las aspiraciones de las fuerzas sociales sometidas al poder vigente. Se trata de un terror de Estado ejercido por las instituciones existentes para mantener su continuidad. La necesidad del terror es mayor cuando las clases dominantes pierden su capacidad de generar consenso.

Marx nos alertó sobre este elemento básico al afirmar que la ideología dominante es la de la clase que domina. Desde un punto de vista conservador, Max Weber señaló la importancia de la legitimidad para asegurar el ejercicio del poder. Cuando las fuerzas socialmente subyugadas crecen hasta el punto de cuestionar las formas sociales existentes, el terror pasa a ser el arma fundamental para detener la revuelta y la insurrección.

Las ideologías se ajustan a este proceso. Cuando el no consenso acentúa su importancia, estamos en el campo del pragmatismo más o menos reconocido; cuando el consenso se rompe, predominan las doctrinas sectarias y se implanta el terror ideológico; el lector tal vez querrá un ejemplo.

Durante el ascenso de la burguesía comercial en los siglos XV y XVI, el consenso medieval fue totalmente puesto en tela de juicio en la Europa occidental. Por una parte, una nueva perspectiva científica avanzaba junto a la expansión comercial por ultramar; por otra parte, se establecía

1. Extraído de Dos Santos, T. (2008). *Del terror a la esperanza. Auge y decadencia del neoliberalismo*.

la Inquisición para proteger el poder de la Iglesia católica romana. La ideología tomista se convertía en su propia caricatura, y se desarrollaba la escolástica: el arte de ocultar la realidad y los intereses dominantes a través de una apariencia de rigor formal, que se articulaba con los tribunales de Inquisición y sus hogueras para imponer el terror y detener la reforma protestante, el progreso de la ciencia moderna y la formación de nuevos Estados imperiales europeos.

Vivimos una época semejante. La revolución científico-tecnológica en marcha desde 1940 viene rompiendo, definitiva y radicalmente, los límites del crecimiento económico y del desarrollo de la humanidad. El poder colonial tradicional zozobró después de la Segunda Guerra Mundial, y emergieron nuevos Estados superpoderosos en el planeta. La productividad del trabajo avanzó en forma avasalladora, dejando poco espacio para las viejas empresas privadas; la planificación económica y social, tanto macro como microeconómica, se impuso sobre las ideas obsoletas de un mercado entre empresas o individuos que desconocían a sus compradores. Quiérase o no, la economía y las relaciones sociales se sometían cada vez más a la regulación estatal y a las políticas públicas. Las corporaciones nacionales, transnacionales, y hoy globales, sustituyen las empresas familiares, las sociedades limitadas y las sociedades anónimas tradicionales. Cada vez más, el Estado absorbe sectores de la economía, directa o indirectamente, al convertirse en el organizador universal de los servicios públicos, cuyo peso económico se vuelve fundamental.

En este contexto, la reacción de las fuerzas sociales inspiradas en la vieja sociedad capitalista que inició este proceso, asumió una forma parecida a la establecida por el mundo feudal contra el avance de las nuevas relaciones sociales burguesas en ascenso. La “ciencia económica” se sustituyó al papel central de las teologías medievales. Y el terror se estableció en condiciones aún más violentas. Las políticas económicas contemporáneas tienen entonces su efecto sobre millares de personas. Pueden llevarlas al empleo o al desempleo, a la calidad de vida o al hambre, a la esperanza de una vida mejor o a la desesperación.

Es el tema de este libro, en el cual tratamos de demostrar, en un lenguaje relativamente accesible, cómo se impuso al mundo la doctrina neoliberal, y los terribles desequilibrios que las políticas económicas

derivadas de esta doctrina han producido en la economía mundial, conduciéndonos a este malestar generalizado en el que se hunde la sociedad contemporánea. Desde la crisis de 1967, que agravó la guerra de Vietnam, la humanidad vio esfumarse progresivamente los progresos sociales alcanzados en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Las insurrecciones populares retrocedieron y los golpes de Estado de índole fascista avanzaron en América Latina. Tuvieron su ensayo general con el golpe de Estado de 1964 en Brasil, seguido por el brutal golpe de Estado en Indonesia dos años después, cuyo modelo, aunque considerado como muy extremo, se repitió en Chile con Pinochet, en 1973. Este mismo Pinochet inició la aplicación radical de los principios de la llamada “escuela de Chicago”, cuya historia analizaremos en este libro. Sin embargo, un régimen de terror aún más brutal quedó implantado, después de sucesivos intentos, por los militares argentinos en su país, así como políticas económicas aún más neoliberales.

Este libro reconstruye parcialmente esa historia, pues su autor la vivió directamente. Expulsado por la Universidad de Brasilia al día siguiente del golpe de 1964, fui condenado en 1965 por los tribunales de la dictadura a quince años de cárcel por “autor intelectual de la penetración subversiva en el campo”. Logré exiliarme en Chile en 1966, donde viví el auge del movimiento popular de 1966 a 1973, así como lo había vivido en Brasil entre 1954 y 1964. El golpe fascista de septiembre de 1973 me colocó entre los cien hombres y mujeres más buscados, en una lista que se publicó en el primer día del golpe.

En mi nuevo exilio en México, pude vivir el ascenso del pensamiento crítico que anunciaba cambios muy profundos en todo el continente. La revolución nicaragüense y el auge de las luchas populares centroamericanas se vivieron muy dramáticamente. Conocí de cerca la dialéctica entre el ascenso popular y el terror, la esperanza tantas veces renacida, y la represión siempre implacable. Una terrible sucesión de democracias, dictaduras y democracias, que yo trato de explicar en este libro.

Creo que el lector podrá oler un rastro de pólvora en estas páginas. Este es un libro con el máximo rigor que puede lograrse en medio de una lucha. Es, por ende, un libro de combate, y espero que el lector no se deje impresionar por su tamaño. Busca colocarse lo más cerca posible de una

introducción a las relaciones internacionales en el contexto del mundo contemporáneo, y privilegia evidentemente una perspectiva latinoamericana pese a tratar temas de carácter universal.

Por la necesidad de intervenir en el debate ideológico que está desarrollándose en Brasil, acepté la oferta de la editora para acelerar su divulgación. Esto habría sido imposible sin la ayuda esmerada y competente de Carlos Lacerda, Marianne Figueredo y Raquel Coelho, que dieron al texto su forma definitiva. El entusiasmo con el que se dedicaron a esta tarea me hace creer que se trata de algo importante para nuestra juventud. Se trata de una nueva generación formada en un contexto democrático, con amplitud de visión y voluntad de transformación.

A ellos y a sus colegas dedico este esfuerzo para ordenar las referencias de nuestro futuro.

El lector podrá, a su vez, preguntarse cuál es la relación entre el título del libro y el proceso político que se desarrolla en Brasil. Es total. El pueblo brasileño ha asumido la esperanza como meta y como método, sobre todo en las últimas elecciones. Pero está descubriendo que la esperanza exige más que un voto para convertirse en una realidad. Es el tema de la última parte del libro.

Theotônio Dos Santos.

Agra, abril de 2004.

Introducción

La disolución del bloque monolítico que representó el pensamiento único en los años ochenta y noventa del siglo pasado está llegando a su punto crítico. Pero sigue siendo un cadáver insepulto. No está claro aún quiénes serán los encargados de enterrarlo. La tarea resulta mucho más compleja de lo que pueda parecer a primera vista. Se trata de un fenómeno muy complejo, con muchos aspectos relacionados.

En primer lugar, el triunfo del neoliberalismo como doctrina

económica fue el resultado del gran período de descenso económico iniciado en 1966-1967, cuando Estados Unidos buscó mantener su crecimiento económico a través de una nueva ola de gastos militares que se canalizaron para la guerra de Vietnam.

Esto ocurrió en un momento en que el gasto público se impulsaba hacia un nuevo nivel, como consecuencia del auge del gasto en el llamado “Estado del Bienestar”, consecuencia de la campaña de Lyndon Johnson por la “Gran Sociedad”, que pretendía eliminar la pobreza en Estados Unidos.

La tensión generada con los nuevos gastos de guerra coincidió con la movilización de contenido social y con sus ideales. El aumento del gasto público siguió presionando a Estados Unidos para el aumento de las importaciones, a la vez que los gastos en el exterior crecían cada vez más.

El déficit de la balanza de pagos se agravó con la aparición del déficit comercial en 1969, para quedar definitivamente como una característica estructural de la nueva fase del imperio norteamericano. Desde esa época hasta nuestros días, ese desequilibrio básico de las cuentas externas estadounidenses siguió creciendo, preparando una nueva era de desequilibrios en la economía mundial.

Es importante comprender que, en aquel momento, se agotaban los mecanismos fundamentales del crecimiento económico desarrollado durante los años de ascensión económica que se había iniciado después de la Segunda Guerra Mundial. Esos mecanismos estuvieron asociados al triunfo de las ideas de Keynes en el ámbito de las Ciencias Económicas, que sirvieron de base teórica para una nueva fase de pensamiento liberal, el cual se liberaba de la noción de equilibrio general como centro de la mecánica económica, y rompía con algunos principios fundamentales del liberalismo, como el patrón oro y el equilibrio fiscal.

Aun así, el auge de las luchas sociales en la postguerra, después de años de graves confrontaciones que empezaron en 1917 con la Revolución rusa, restaba espacio al libre comercio que, según Keynes, no permitía el pleno empleo, convertido en el objetivo fundamental de las políticas económicas.

La caída del crecimiento económico en el nuevo período de la economía mundial, iniciado en 1966-1967, permitió el regreso del desempleo.

Al mismo tiempo, el aumento de la deuda pública, exacerbado por la aventura militar, ejercía fuertes presiones inflacionarias. La combinación de inflación y caída del crecimiento dio origen al fenómeno de la “estanflación”, que desafió la ortodoxia económica de base keynesiana.

Aquél fue un momento adecuado para la entrada en escena del pensamiento que en América Latina llamamos “neoliberal” y que corresponde, de hecho, a una visión “neoconservadora”, como dicen los norteamericanos y los europeos. La implantación del neoliberalismo comenzó en 1973, con la entrega de la política económica del gobierno fascista del general Augusto Pinochet a los llamados *Chicago Boys*.

La universidad de Chicago había recogido el desprestigiado grupo de pensadores ultraliberales que se reunían desde 1947 en los encuentros anuales de Mont-Pèlerin. Entre ellos se destacaba el monetarista radical Milton Friedman, propugnando una política antiinflacionaria de base monetarista, que siempre contó con la buena disposición del Fondo Monetario Internacional.

Ese vínculo del ultraliberalismo con el fascismo no debe causar espanto. Todos los jefes fascistas importantes se consolidaron en el poder a través de políticas de estabilización monetaria, seguidas de significativos períodos de crecimiento económico moderado, o de simple estancamiento de la renta nacional.

Un ejemplo revelador de esa relación entre el ultraliberalismo y el fascismo se encuentra en el artículo de Gustavo Franco para la presentación del libro del ministro de finanzas de Hitler, Hjalmar Schacht, *Setenta e seis anos de minha vida*, editado en portugués por la Editora 34. Con el subtítulo de “La autobiografía del mago de la economía alemana, de la República de Weimar al III Reich”, hay una presentación general del libro hecha por el representante de Brasil durante años en el Consejo del FMI, Alexandre Kafta; una presentación política por Bolívar Lamounier y, por último, una presentación económica por el que es considerado como el verdadero autor el Plan Real, y que fue presidente del Banco Central durante buena parte del gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

Con el “teórico” del Plan Real, aprendemos que “las ideas de Schacht eran buenas, pero estaban adelantadas a su tiempo”. Y también que su

libro es una “sucesión de aulas regidas por un profesor en un teatro que abarca los principales eventos del siglo XX”. Como se ve, el Plan Real de Brasil también es deudor del pensamiento económico fascista.

Así pues, no resulta absurda la constatación de Joseph E. Stiglitz en lo referente al FMI. En su libro *Globalization and its Discontents*, afirma:

La extensión de las condiciones impuestas por el FMI significa que los países que aceptan las ayudas del Fondo tienen que ceder gran parte de su soberanía económica. En esto se basan algunas de las objeciones a los programas del FMI, y también en el consecuente daño que causa a la democracia; en otros casos, se basaban en el hecho de que las condiciones exigidas no logran (o no intentan) restaurar la salud económica.

Esta relación entre el pensamiento único, el ultraneoliberalismo y el totalitarismo no es algo nuevo, como vemos, y en los últimos años ha sido colocada en segundo plano. Pero no debemos olvidar la estrecha relación entre el gobierno de Nixon y el golpe de Estado en Chile, en 1973, y lo mismo podemos afirmar del período de Reagan o de las relaciones tan estrechas entre Margaret Thatcher y Pinochet. En realidad, fueron los gobiernos de Reagan, Thatcher y Kohl los que asumieron oficialmente la perspectiva neoliberal en toda su extensión.

Ellos se impusieron en el período más difícil de aquella larga crisis iniciada en 1966-1967, que se endureció en 1973-1975, fue retomada en 1978-1981, combatida en nombre del neoliberalismo entre 1983 y 1987, con algunos resultados positivos en términos de la recuperación del crecimiento.

Resultados comprometidos luego en la crisis de octubre de 1987, cuando se inició la decadencia del pensamiento único estadounidense, el cual fue cuestionado en el gobierno de Clinton, y luego llegó a gran parte de Europa a través de la “onda rosa”, con las victorias electorales de los socialdemócratas y los socialistas. No obstante, el pensamiento conservador siguió siendo muy fuerte en América Latina y en las antiguas zonas coloniales, donde el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial ejercieron una hegemonía desastrosa, y donde se consagró en 1989 el llamado Consenso de Washington.

El ascenso del pensamiento único se vincula al fascismo y a otras formas de autoritarismo, tales como la tecnocracia internacional y los gobiernos conservadores, y también a una corriente del pensamiento filosófico, el formalismo, que tendió a ser hegemónico en los años ochenta y noventa. El estructuralismo filosófico abrió camino a ese desprecio por la historia que se consolidó con el auge de las propuestas postmodernas dominantes en el ambiente cultural de los ochenta y los noventa.

La intención de valorizar los períodos históricos prerrevolucionarios y descalificar los períodos revolucionarios, fue típica de esa fase. Así, una interpretación sumamente conservadora de la Revolución Francesa se desarrolló durante la conmemoración de su bicentenario. Al mismo tiempo, se buscó desprestigiar totalmente la Revolución rusa, aprovechando la crisis del sistema socialista en la Unión Soviética y sus zonas de influencia. Finalmente, el gobierno de Salinas de Gortari en México trató de descalificar la Revolución mexicana y valorizar el período del dictador Porfirio Díaz.

En el plano de la teoría del conocimiento, debemos resaltar también la hegemonía de las tendencias neokantianas en las Ciencias Sociales, que ya habían ganado mucha influencia en los años cincuenta. Entre sus principales exponentes está Karl Popper, quien frecuentó desde el comienzo las reuniones de Mont Pèlerin. Con el fortalecimiento del estructuralismo, esas tendencias se volvieron definitivamente dominantes, presentándose como la única forma de conocimiento científico.

De este análisis muy general, sacamos como conclusión que el fenómeno del pensamiento único puede situarse en el contexto de un proceso múltiple y complejo. En el plano económico, responde a las dificultades sociales generadas por un largo período de recesión o de caída del crecimiento, con el aumento de las tasas de desempleo y la degradación de las condiciones de lucha de los trabajadores en general.

Así, hay un abandono total, incluso en el plano económico, de las actividades de planificación macroeconómica, y una hegemonía creciente del sector financiero que se fortalece ante las dificultades de la inversión directa y del aumento de las tasas de interés.

Las cuentas públicas se ven afectadas por el crecimiento del déficit fiscal, grandemente agravado por el aumento de las tasas de interés que se convirtieron en uno de los ítems principales del gasto público. Con la

recesión, aumenta también la población desempleada, decae la fuerza de los sindicatos, y aumentan los gastos del Estado a través de la asistencia a los trabajadores desempleados y otros gastos sociales.

Todos estos fenómenos fortalecen a las fuerzas conservadoras, y hasta a las fuerzas reaccionarias que pretenden hacer retroceder la historia. El abandono de la historia como una referencia evolutiva de la humanidad es una condición para el pleno desarrollo de dichas tendencias. Al no haber acumulación en la coyuntura económica, se estima que tampoco la hay a lo largo de la historia. Es decir, que la historia se vacía de la idea de evolución y acumulación del horizonte intelectual.

Cuando se recorre la historia es para asumir su final, la antihistoria, como lo hizo Fukuyama en 1990, en su célebre artículo luego convertido en libro, con sumo éxito de divulgación, apoyado en un enorme aparato publicitario.

En el plano político, la aventura neoliberal tuvo también su refuerzo con la exacerbación de las dictaduras militares parafascistas de los años setenta, pero sobre todo con la recuperación del poder por los partidos conservadores a partir de Reagan, Thatcher, Kohl, y su proyección en la agenda política de los años ochenta y noventa.

Faltaba analizar el estrecho vínculo entre esos cambios generales y el manejo de los aparatos ideológicos. Las ideologías desaparecieron de los medios de comunicación, y las ideas reaccionarias se transformaron en fuerzas materiales indiscutibles. Eso ayudó a producir un terror ideológico muy evidente que impidió, hasta nuestros días, la superación de esas concepciones arcaicas.

Por lo tanto, estamos en el inicio de un amplio desmoronamiento de ese vasto complejo que es la hegemonía del neoliberalismo, y ante esa gran mentira necesitamos construir urgentemente una respuesta articulada, ya sea en el plano filosófico, económico o político. Sólo así podremos orientarnos en la trampa donde nos encontramos. Este libro es un intento de contribuir a esta tarea, que ya habíamos iniciado en nuestro libro *A teoria da dependência: balanços e perspectivas* (2000). Pero hemos querido reconsiderar estos asuntos, sobre todo en el marco latinoamericano y brasileño que domina las dos secciones finales del libro.

La democracia latinoamericana es una planta muy frágil que necesita un cuidado espacial. El problema más grave que está amenazándola es la falta de solidez de sus raíces socioeconómicas. La dependencia estructural, el crecimiento desigual que se da en sectores limitados de la población, basado en exportaciones de bajo valor agregado, en la distribución negativa de la renta que aumenta la distancia entre las élites y las masas populares, basado también en la retirada masiva de los excedentes conseguidos a costa de la sobreexplotación de los trabajadores (en forma de pagos de intereses internacionales, envíos de ingresos al exterior sin control, pagos de servicios sobrefacturados, retiradas clandestinas de recursos nacionales, etcétera), todos estos ingredientes negativos son la base de un desarrollo dependiente, concentrador y excluyente.

Para sustentar ese modelo de desarrollo, que nos aleja cada vez más de los centros de la economía y de la sociedad mundial, nuestras élites recurrieron a las dictaduras militares con pretensiones fascistas que dominaron la región en los años setenta, bajo el ala protectora norteamericana en lo político, lo económico y lo militar. En los ochenta, asistimos a una abertura política en nombre de los derechos humanos, la cual restableció los regímenes liberales allí donde habían sido proscritos por las dictaduras, buscó liberalizar los regímenes producidos por el movimiento nacional democrático de corte populista, e impuso formas liberales de gobierno donde nunca las hubo.

Pero esa ola de democratización, impulsada desde los centros mundiales de la economía y la política, no iba acompañada de una política de desarrollo económico que buscara aliviar los graves problemas ocasionados por el modelo de desarrollo dominante. Al contrario, buscó reforzar ese modelo, acentuando su contenido liberal en la economía, debilitando los Estados nacionales creados a duras penas, en pugna con las poderosas fuerzas internacionales y locales que siempre los captan para colocarlos exclusivamente a su servicio.

La hegemonía neoliberal trastocó el modelo de los ajustes estructurales de los años ochenta, según el cual nuestras economías se convirtieron en máquinas de pago de intereses internacionales en detrimento del consumo interno y del desarrollo. A continuación, en los años noventa,

nos insertamos en el Consenso de Washington que nos amarró a monedas sobrevaloradas, a los déficits comerciales y a las altas tasas de interés administradas por los Estados para captar el capital extranjero atraído por las reservas internacionales acumuladas durante las renegociaciones de la deuda externa, a finales de los años ochenta, y por la privatización de nuestras empresas públicas.

Dos décadas de profundización de una opción económica cada vez más negativa para la población sólo consiguieron reforzar los graves elementos estructurales que amenazaban a nuestra democracia. A ese cúmulo de perversidades, hay que agregar el crecimiento del consumo mundial de las drogas y, por ende, de su producción, para la cual la región dispone definitivamente de ventajas comparativas, como la tradición del cultivo de la hoja de coca en la región andina, que es donde mejor se desarrolla dicha producción y con el rendimiento más alto.

Podemos afirmar que la crisis en la región andina sería de una profundidad mucho más grave si el negocio de la droga no hubiera prosperado.

Más aún: la mafia colombiana (y otras, después) consiguió organizar la venta de drogas en Estados Unidos y en Europa, aliándose con las mafias italiana y cubana que ya dominaban gran parte de los negocios ilegales en esos países. Más aún: la enorme liquidez proporcionada por el mercado de las drogas permitió que las mafias latinoamericanas penetraran en el sistema financiero internacional y se convirtieran en un poder regional gigantesco.

Fue así como presenciamos, en los años noventa, el fenómeno de la elección de presidentes de la república claramente vinculados al comercio de las drogas, reforzado por el contrabando de armas, asociado a otras actividades ilegales. No debemos olvidar que el fenómeno de la dolarización está articulado con la liquidez generada por estas actividades debido al lavado de dinero y la corrupción asociada a la expansión del pago de comisiones por los créditos internacionales.

Si describiéramos todos esos fenómenos, podríamos crear la imagen de que la región está enferma de un cáncer incurable. Pero no. Para salir de ese atolladero de perversidades implícito en un determinado modelo de desarrollo económico, existen caminos. Pero hay que decir con

claridad que es necesario hacer transformaciones radicales, sin las cuales no se puede esperar una profunda transformación, de un desarrollo perverso a un círculo de crecimiento virtuoso.

En estos momentos, todo indica que estamos hundiéndonos en el pantano de la dependencia, de la concentración de la renta, de la miseria y la exclusión, de la corrupción y la violencia. La crisis del modelo mexicano, posibilitada por el NAFTA y pese a todas las ventajas de su cercanía con Estados Unidos, es un serio anuncio. La crisis argentina ha sido sumamente grave. La crisis venezolana ha mostrado que los principios democráticos formales no son esenciales para nadie y que el golphismo vuelve a tener apoyo de Estados Unidos. La crisis colombiana, que abrió camino a una intervención militar norteamericana en la región, se profundizó con la llegada a la presidencia de un “halcón”, defensor de las soluciones de fuerza. En Ecuador, una irresponsable dolarización aumentó la crisis interna. En Perú, un gobierno nacido de la resistencia contra el golphismo de Fujimori se ha hundido dramáticamente por falta de voluntad política y por sumisión a las presiones internacionales.

Es hora de reflexionar, de buscar alternativas, de tender hacia cambios sustanciales, de generar esperanza en una población cansada de dos décadas de estancamiento. Es hora de apartar las pretensiones de los tecnócratas de mantener los principios doctrinarios del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que estuvieron en la base de todas las políticas económicas de esas dos décadas, para retomar los caminos trillados por el pensamiento social latinoamericano.

Una cosa es cierta: las propuestas para resolver los problemas de la región basadas en el “libre comercio” no sólo han fracasado, sino que han agravado los problemas del subcontinente. Pero el camino no es cerrar los ojos ante esa realidad dramática, o tratar de detener los cambios mediante medidas de fuerza. Esto sólo puede llevarnos a la profundización de la crisis. Llegó la hora de las graves decisiones. ¡Vamos a tomarlas!

I. El neoliberalismo como doctrina y el futuro de la ciencia económica

Modernidad y neoliberalismo: una falacia

La década de los ochenta estuvo signada por el surgimiento de la ideología neoliberal. Esto fue precedido por la entrega de la economía chilena a la famosa “escuela de Chicago”, para entonces bajo la tutela intelectual de Milton Friedman. Correspondió al fascismo chileno del general Pinochet el importante precedente histórico de dar todo el poder a una corriente de pensamiento económico desmoralizada desde la victoria de la democracia contra el nazismo. Pero la onda neoliberal comenzó a volverse hegemónica. Se inició con la victoria de Margaret Thatcher como primera ministra de Inglaterra y con la elección de Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos. En este período, las políticas económicas de los países más poderosos estuvieron dirigidas hacia la desregulación de varios mercados, la privatización de varias empresas y actividades económicas, y el aumento de la competitividad internacional. Tales medidas, sobre todo en Estados Unidos y en Inglaterra, se complementaron con una disminución de los impuestos para las capas más ricas de la población, y con recortes importantes en el gasto social. Esta política terminó con la derrota de Bush padre en 1993, pero tuvo su renacer con la victoria republicana en las elecciones parlamentarias de 1995, contrarrestada luego por la elección de Bill Clinton en 1997. La victoria de George W. Bush, y las circunstancias generadas por el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono hicieron resurgir muchas de estas políticas en Estados Unidos. Sin embargo, esta nueva versión del neoliberalismo es sumamente confusa y contradictoria, revelando su estado terminal.

La caída de Margaret Thatcher en 1991 y la derrota de los conservadores ingleses en 1997 vinieron a completar el cierre del ciclo neoliberal.

Estamos, pues, en condiciones de analizar el alcance y los efectos de la doctrina y de la práctica política neoliberal como fenómeno histórico.

En la Europa oriental y en la Unión Soviética, el movimiento democratizador, antiburocrático y antiestatista iniciado por la perestroika y

la glasnot en 1985, terminó siendo sumamente influenciado por el pensamiento neoliberal. Pero en la segunda mitad de los años noventa, estas perspectivas ya periclitaban en la nueva república rusa y en toda su zona de influencia. Mientras tanto, los países del llamado Tercer Mundo todavía fueron presionados hasta finalizar el siglo para adoptar un régimen liberal de gobierno y una política económica neoliberal. Todavía no salen de este ciclo, pero el fracaso de estas políticas de ajustes estructurales, sobre todo en África y con la crisis mexicana en 1994, pusieron en el tapete la necesidad de adoptar ciertas medidas para compensar los efectos sociales negativos de las políticas económicas estabilizadoras, que no tardaron en producir cambios políticos más sustanciales.

En mi libro *Socialismo e democracia no capitalismo dependente* (1991), traté de explicar el verdadero origen de esos cambios, sus límites y sus contradicciones internas. También llamé la atención sobre el carácter ilusorio de este neoliberalismo, analizando la práctica económica de los años ochenta en mi libro *Economía mundial, integração regional e desenvolvimento sustentável* (1994), y en otras oportunidades. En estos trabajos, mostramos que una creciente intervención estatal predominó en estos años, con el aumento del gasto público y del déficit fiscal norteamericano, verdadera base del auge económico de la década del ochenta (Dos Santos, 1993).

No se puede aceptar tranquilamente la afirmación según la cual vivimos, o vivíamos, bajo una política neoliberal cuando el déficit público, la inversión militar y la especulación financiera con los títulos de la deuda pública fueron los resortes que propulsaban la economía, en el período durante el cual los neoliberales ejercieron el poder. Aquí se revela uno de los asuntos centrales que pretendemos aclarar en este libro: hay una evidente contradicción entre la doctrina neoliberal y la práctica de sus adeptos.

Al inicio de los años noventa, las ilusiones neoliberales tan avasalladoramente promocionadas en la década anterior, empezaron a ser puestas en tela de juicio. Con la recesión iniciada por el crash de 1987 pero postergada hasta 1990 con medidas anticíclicas, el barco neoliberal comenzó a hacer aguas. De 1989 a 1993, fue aceptándose el hecho ineludible de que la economía mundial se encontraba en grave recesión: los

valores financieros e inmobiliarios, inflados por el boom de 1983 a 1987 entraron en franca bancarrota, arrastrando a algunos de los mayores bancos y aseguradoras de Estados Unidos y otros países. El desempleo alcanzó índices sumamente elevados, confirmando una tendencia que ya se imponía desde 1967, cuando empezó a romperse la situación de pleno empleo creada después de la Segunda Guerra Mundial. En la década de los setenta y en los años posteriores se alcanzó otro nivel en el desempleo que, en los principales países, se acercó hasta los dos dígitos. Sólo fue en los años noventa, durante el auge económico norteamericano de 1993 a 2000, cuando la tasa de desempleo cayó a índices cercanos al pleno empleo (3,4% en 1999). En la tercera parte de este libro, veremos el significado de dicho auge y de la recesión subsiguiente en 2000-2002.

Las luchas por el control de los mercados nacionales reforzaron las medidas proteccionistas y endurecieron los choques entre Estados Unidos, Europa y Japón, abarcando incluso a los llamados nuevos países en vías de industrialización. Las laboriosas negociaciones de las rondas internacionales, desde la Ronda de Japón hasta la Ronda de Uruguay patrocinadas por el GATT (Acuerdo General sobre los Aranceles y el Comercio), condujeron a nuevos callejones sin salida y, sobre todo, a la creación de una Organización Mundial del Comercio que produjo una regulación global del comercio, disfrazada de “libre comercio”. La formación o el fortalecimiento de los bloques regionales que se operó en ese período, comenzó a suscitar el temor de que en su seno se acentuaran los nuevos proteccionismos. La competencia mundial asumió entonces la forma de conflictos entre regiones, reemplazando los mecanismos del proteccionismo cambiario con las políticas de subsidios, las normas técnicas de importación, y otros mecanismos.

Todo ello quedó evidenciado con el fracaso de la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, en el año 2000. Pretendía ser la “Ronda del nuevo siglo”, pero quedó momentáneamente opacada por la resistencia de las regiones del mundo a abandonar los sectores económicos que cada una protegía. Los mediocres resultados de la reunión de Doha, en 2001, no modificaron esta situación de impasse.

Los efectos sociales del endurecimiento de la competencia mundial afectaban particularmente los intereses de los trabajadores. La recesión

mundial, el debilitamiento de ramos económicos enteros, la caída del empleo industrial y el consecuente aumento del desempleo derivado de esa crisis general y del efecto de las políticas neoliberales enfrentadas a las conquistas sociales de los trabajadores, se reflejaban en los movimientos laborales, particularmente en los sindicatos, que entraron en una grave crisis durante los años ochenta, crisis de la cual sólo comenzaron a salir hacia mediados de los noventa. La muestra más importante de esta recuperación ha sido la participación fundamental de la AFL-CIO, la mayor organización sindical de Occidente, en las manifestaciones que han tenido lugar en las calles de Seattle, hecho que obligó al Presidente de Estados Unidos a asumir, en la plenaria de la reunión internacional, la principal reivindicación de los trabajadores norteamericanos. Según estos, sólo podrá haber libre comercio mundial cuando las condiciones laborales sean igualadas a todo lo largo y ancho del planeta. Mientras tanto, la competitividad entre los capitalistas se basará fundamentalmente en el costo devaluado de la mano de obra en varios países del mundo.

Al mismo tiempo, dentro de los bloques regionales se acentúan las luchas de las minorías nacionales y de las regiones económicamente deprimidas, se agudiza el racismo, se exacerban las persecuciones a los emigrantes. En los años noventa, se reconoció cada vez más oficialmente que la miseria y la marginación aumentaban, y también que el desempleo y la pobreza se convertían en temas centrales de las políticas económicas.

En esos mismos años, la mafia de la droga se incorporó al sistema financiero mundial y se institucionalizó. Pero las dificultades se hicieron aún más decisivas cuando, a mediados de los años noventa, empezó a disiparse la magia del renacer neoliberal en el plano político. Las puntas de lanza del conservadurismo que armaron la ofensiva neoliberal se desacreditaron, y esto lo demuestran los hechos siguientes:

Hace mucho tiempo que los herederos de Margaret Thatcher han sido rechazados por la mayoría de la población inglesa, pese a que el gobierno pudo mantenerse hasta 1997 mediante los mecanismos del voto distrital.

La victoria espectacular del Partido Laboral en 1997 cerró una era e inició una nueva agenda económica, social y política. La incorporación

de ciertos principios neoliberales en el programa de gobierno laborista, e incluso en algunos aspectos pragmáticos y doctrinarios de la llamada “Tercera Vía”, no tienen condiciones para mantenerse, como veremos posteriormente. Esta victoria fue seguida por el retorno de los socialistas franceses al poder, y por la victoria de la socialdemocracia alemana.

Esos cambios electorales transformaron Europa en un continente gobernado mayoritariamente por socialistas y socialdemócratas hasta 2002, cuando la crisis coyuntural revertió temporalmente esa tendencia.

En Estados Unidos, Bush padre no consiguió renovar el apoyo que tuvo Reagan, ni siquiera después de conducir una desigual guerra victoriosa contra Irak. Su sucesor demócrata, Bill Clinton, además de identificarse con la generación rebelde que se rehusó a participar en la guerra de Vietnam, defendió un amplio programa “liberal” (en el sentido norteamericano, o sea a favor de la intervención estatal y del gasto social). La reelección de Clinton en 1997 fue otro golpe duro contra el neoliberalismo. Recordemos que en Alemania, el primer ministro Helmut Kohl, al perder esas elecciones generales a pesar de su papel como unificador de Alemania, amargó la satisfacción, para la socialdemocracia, de las derrotas regionales de la democracia cristiana en 1998. Las revelaciones posteriores acerca de la corrupción de Kohl y de su partido pareció sellar la suerte del conservadurismo alemán, que no consiguió regresar al gobierno en 2002, pese a que las encuestas de opinión lo favorecían. El retorno de la derecha en Francia es un fenómeno transitorio, y no debemos engañarnos sobre las tendencias más profundas.

El Partido Democrático Liberal de Japón quedó sumamente desgastado tras las acusaciones de corrupción contra sus líderes, y sucumbió entre sus divisiones internas. Después de dos gobiernos dirigidos por el Partido Socialista japonés, se retomó en 1996 una coalición liberal-socialista bajo la hegemonía del ala más dura del Estado intervencionista japonés.

Finalmente, un ala más centrista de los liberales asumió el gobierno, adoptando un programa de recuperación económica basado en el gasto público, que no garantizó una recuperación económica sustentable.

En el Tercer Mundo, las democracias liberales instaladas a todo lo largo de la década de los años ochenta, buscaron mitigar el descontento

popular a través de gobiernos que, pese a haber sido electos en contra de la política del FMI, enseguida aplicaron sus políticas de manera ortodoxa, ejecutando una especie de “golpe de Estado electoral”. Pero estos gobiernos pronto alcanzaron sus límites frente a la ola de descontento que generaron por doquier. Al mismo tiempo, el resurgimiento de los movimientos armados en esas regiones se convirtió en una fuente creciente de preocupación. La rebelión zapatista en México y la consolidación, en Colombia, de zonas liberadas por las FARC y otros movimientos como el ELN, han puesto en riesgo los intentos de imponer las políticas económicas desde arriba. Al mismo tiempo, en varios países surgía una oposición militar de cuño nacionalista, que ganó un inesperado apoyo popular en algunos países, como en el caso de Venezuela después del “Caracazo”, violento movimiento de protesta contra la política económica neoliberal impuesta por Carlos Andrés Pérez tras haber llegado al poder oponiéndose a ella; ocho años después, este movimiento terminó llevando al poder a Hugo Chávez, quien introdujo profundas reformas institucionales y políticas de cuño opuesto al neoliberalismo.

El renacer y el mantenimiento del intervencionismo militar está cambiando de inspiración y de enemigo. Del gompismo pronorteamericano de los años sesenta y setenta, pasa a ser un movimiento militar nacionalista y antinorteamericano cuyos fundamentos se dieron durante la guerra de las Malvinas, cuando Estados Unidos rompió definitivamente el acuerdo militar con Latinoamérica al asumir la defensa de un “agresor externo”, la Inglaterra de Margaret Thatcher.

El golpe de Fujimori en Perú, a mediados de esa misma década, se presentó primero como una insubordinación ante las presiones norteamericanas, y reflejaba cambios en las fuerzas armadas y en la política económica. Una vez asumido el poder, Fujimori, pese a haber sido electo por su oposición al programa neoliberal defendido por Mario Vargas Llosa, adoptó una política económica neoliberal y un proyecto político autoritario y conservador, destruyendo el Estado de derecho peruano, e instaurando una dictadura solapada en la que pesaron enormemente los sectores militares comprometidos con el tráfico de drogas. A pesar de la insatisfacción que este proceso les producía, los estrategas norteamericanos no encontraron ninguna alternativa a una situación tan

incómoda, y se vieron obligados a aceptar la reelección de Fujimori en 1996, y una tercera elección en 2000 en contra de las fuertes protestas del propio gobierno norteamericano. Un movimiento popular de gran alcance detuvo el nuevo golpe de Fujimori, logró derrocarlo, e impuso un gobierno democrático en el país.

En Haití, el golpe contra el presidente Aristide no tuvo apoyo popular pero se dio en contra de la orientación norteamericana, revelando una tendencia a la autonomía de los aparatos armados del continente, hecho sobre el cual llamamos la atención. Estados Unidos tuvo que invadir Haití para reponer en el poder ese mismo presidente que les era ideológicamente hostil, inspirado en la Teoría de la Liberación. Esto demuestra que la derecha empieza a resultar un enemigo más peligroso que muchos sectores de la izquierda. Y tal vez explique, en parte, la inclinación hacia las fórmulas de centroizquierda que está verificándose.

En el mundo islámico, un fundamentalismo creciente y mayoritario (ver el caso de Argelia) amenaza los propios fundamentos de la democracia liberal. Las elecciones dan la mayoría a quienes preconizan el fin de la democracia y el establecimiento de un Estado religioso. ¿Acaso no fue posible instalar, en los años veinte y treinta, una mayoría electoral que apoyaba el fascismo italiano y alemán? Hay que empezar a preocuparse por el ascenso de los partidos neonazis en Europa. El fortalecimiento electoral de esos partidos encontró su punto máximo en la incorporación del Partido Popular de Austria al gobierno de este país en el año 2000. Las fuerzas liberales empiezan a preocuparse aún más ante la expansión de sectas terroristas de derecha en Estados Unidos, y la persistencia de candidaturas de derecha o conservadoras en el cuadro electoral de ese país.

Por último, no se debe despreciar la alerta hecha por el ex presidente Nixon un poco antes de su muerte, acerca del fracaso de la democracia neoliberal en la Europa oriental y en la Unión Soviética. Nixon temía sobre todo el avance de un socialismo democrático en la región, pero no dejaba de considerar la posibilidad de un renacer del autoritarismo, tal vez de base militar. Los hechos están dándole la razón. En toda la Europa Oriental y en la antigua Unión Soviética, los excomunistas que asumieron un programa socialista democrático alcanzaron importantes victorias.

El autoritarismo tiene importantes bases en la Europa oriental y en Rusia, donde la elección de Putin en 2000 se dio a partir del orgullo chauvinista ruso, apoyándose en el genocidio del pueblo checheno.

Brasil, a pesar de sus esfuerzos a favor del crecimiento económico basado en la importación de tecnologías, capitales, cultura y procesos administrativos desde los centros económicos más desarrollados, no ha podido resolver ninguna de sus llagas históricas. Al contrario, profundizó la concentración económica, impuso a su pueblo formas dramáticas de “modernización”, empujando las poblaciones rurales hacia las urbes sin poder ofrecerles trabajo, vivienda, educación, salud y alimentación.

Esta falsa “modernización” lograda mediante el golpe militar de 1964, del régimen de excepción, de la tortura y de la represión cultural, moral y física, fue producto de un pensamiento social oligárquico, colonizado y racista, que creía posible construir “una gran potencia” económica y moderna a costa de los hambrientos y los analfabetos. Y lo más graves es que no se ha aprendido la lección. Como por acto de magia, este pensamiento conservador y reaccionario pretende convencer al pueblo brasileño, y lo ha conseguido, de que el régimen dictatorial instalado por el gran capital internacional no pecó por exceso de liberalismo económico al servicio del capital, sino por exceso de intervención estatal, nacionalismo y planificación.

Los que llegaron al poder por la fuerza en nombre del liberalismo, del libre comercio, de la libre entrada del capital internacional, de las políticas económicas de corto plazo, del pragmatismo, quieren convencer al pueblo brasileño de que ocurrió exactamente lo contrario. ¡Que la dictadura fue el reino del socialismo, de la planificación, del estatismo, del nacionalismo! Y que para modernizar Brasil era necesario aumentar la desregulación, la libre acción del mercado, la privatización, la exportación, etcétera.

Todas esas recetas fueron aplicadas durante los veinte años de dictadura y los años siguientes, llamados “de transición democrática”. Esta transición, dicho sea de paso, fue inicialmente dirigida ¡por el antiguo presidente del partido de la dictadura, José Sarney! Después, se instaló un gobierno neoliberal durante más de dos años, bajo la égida del neoliberal Fernando Collor de Melo, ¡heredero de las mismas fuerzas que

habían impuesto la dictadura y se presentaban como la salvación de la patria! El país siguió bajo la eterna y paternal égida del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional que orientaban su política económica ¡desde 1964!

Después de un interregno, con el breve gobierno de Itamar Franco, se volvió a constituir en 1994 un gobierno de mayoría conservadora, con el Partido del Frente Liberal (PFL) y el Partido Laborista de Brasil (PTB), unida a un partido de centro, el Partido de la Social-Democracia Brasileña (PSDB). Las políticas seguidas fueron las mismas que las del período anterior; la única diferencia era que la cabeza del gobierno se mantuvo en el centro a través de Fernando Henrique Cardoso. Pese a ese continuismo casi absoluto, cada uno de esos gobiernos se presentaba ante el país como algo totalmente nuevo con respecto a lo anterior. No obstante, había una novedad: la creciente radicalización de los principios liberales que inspiraron el golpe de 1964. Ni siquiera el milagro económico de 1968 a 1973 y el gobierno de Geisel escaparon a ese modelo económicamente concentrador, de abertura al capital internacional y de sobreexplotación de los trabajadores. El gobierno de Castelo Branco, bajo la égida del liberalismo radical de Roberto Campos, Gudim y Bulhoes, fue un antecedente del gobierno de Pinochet y su “escuela de Chicago”.

Los ocho años de clara hegemonía neoliberal llevaron el país a la recesión, al desempleo, a la falta total de perspectiva. Como veremos en la parte final de este libro, esta situación dio origen a una elección sui generis en la cual la oposición tuvo una aplastante mayoría, colocando en el gobierno al candidato de la principal fuerza partidista de la oposición, el Partido de los Trabajadores, en amplia alianza con las fuerzas del centro. Sin embargo, los derrotados armaron una enorme campaña en los medios de comunicación para comprometer al nuevo gobierno con las políticas económicas derrotadas, logrando cierto éxito.

Tanto cinismo, tanta impostura, capaces de invertir el verdadero signo de las políticas económicas, sólo han sido posibles con el sistemático trabajo de desinformación de los medios de comunicación y de las élites culturales y políticas cooptadas. También por el bajo desarrollo educacional de la población, y las limitaciones provincianas de la intelectualidad.

En esos años de dictadura, no se hizo más que reafirmar la idea de que el mundo se limita a Nueva York, Londres y París. Y tal vez, haciendo un gran esfuerzo de actualización, a Tokio.

Pero en Washington siempre se practicó el más brutal intervencionismo estatal a través de los gigantescos gastos militares del Estado norteamericano, sus enormes sistemas de salud, educación y bienestar, y a través de la administración de la mayor deuda pública del mundo, que ha gerenciado y sustentado a un enorme sector financiero. No se puede decir menos de Alemania, donde predominó uno de los más altos gastos públicos del mundo. También la Inglaterra de Margaret Thatcher presentó una permanente intervención del gasto público en la economía.² En Europa, se puso en práctica una poderosa intervención estatal en forma de políticas industriales, culturales y, sobre todo, sociales.

En Tokio, también se puso en práctica una fuerte política de intervención estatal orientada por el Ministerio de Industria y Tecnología, el famoso MITI. En su seno se han definido las prioridades, los sectores tecnológicos e industriales que hay que desarrollar, las inversiones que hay que hacer, las políticas de educación, el desarrollo social, y la alta calidad de vida del pueblo. Ahí se ha registrado también un fuerte movimiento cultural-social y poblacional de preservación de la identidad cultural japonesa. Sólo los necios pueden dejarse impresionar con las imitaciones del comportamiento occidental que hacen los japoneses: son totalmente superficiales y, a veces, hasta infortunadas. Japón es japonés, oriental y propio. Este también fue el camino de los llamados tigres asiáticos: Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán, Singapur. El enorme polo poblacional, económico y civilizacional que hoy congrega a China continental, a las otras Chinas, a los “tigres”, a los “nuevos tigres” (Malasia, Indonesia, Tailandia), bajo la hegemonía del “capitalismo comunitario” japonés, que aplica una integración económica planificada aunque no formalizada.

2. Sobre el creciente papel del gasto público en el período de los gobiernos neoliberales, ver mi artículo sobre las pulsiones del neoliberalismo, y mi artículo intitulado “El papel del Estado en un mundo en proceso de globalización” (1998).

A principio de los años noventa, el abandono de algunos de estos principios para favorecer el libre movimiento de capitales internacionales, facilitó la crisis de 1997, que analizaremos más detalladamente en la tercera parte del libro.

En la Europa Oriental y la antigua Unión Soviética, los sectores neoliberales llegaron al gobierno al amparo de una campaña internacional, que ha ido perdiendo fuerza día a día, dejando un lastre de desempleo, corrupción y caos económico. En estos países se han formado nuevas corrientes socialistas y socialdemócratas que buscan mantener las conquistas sociales del llamado “socialismo real” y, al mismo tiempo, avanzan en la democratización y en su integración dialéctica y dinámica (no sólo pasiva sino también activa y ofensiva) en la economía mundial.

Hay, pues, mucha diferencia entre el discurso teórico y doctrinario y las prácticas políticas, como hemos señalado. El avance de la ideología neoliberal y la especie de “terrorismo ideológico” que esta creó con el apoyo de los medios de comunicación, buscaron identificar la modernización con los principios neoliberales. Se llegó a plantear el “fin de la historia”, con la imposición global de los principios neoliberales.

No obstante, los hechos apuntan hacia una dirección contraria. Tiene que correr entonces mucha agua en estos inicios del nuevo siglo, y arrastrarán a estas casandras neoliberales que, desde hace siglos, atormentan a nuestro pueblo, sometiéndolo a la dependencia económica, a la sobreexplotación del trabajador, a la concentración de la riqueza, la miseria y la marginalidad. En el transcurso de este libro, trataremos de determinar las causas y las orientaciones de estos cambios.

El renacer del liberalismo: La doctrina liberal y el neoliberalismo

Después de la Segunda Guerra Mundial, se extendió por el mundo occidental una ola política liberal. El nacionalismo, el proteccionismo, el militarismo, el racismo habían conducido el mundo a dos cruentas guerras mundiales. Se trataba de rescatar la democracia política, el libre comercio, las doctrinas liberales de respeto a las minorías. No obstante,

en el plano económico se reconocía los límites de la economía liberal. La intervención estatal resultaba necesaria para garantizar los mercados y estimular el crecimiento, y sobre todo el empleo.

El consenso de Washington y su fracaso

Así pues, keynesianos y monetaristas se enfrentaban en los países centrales, con respecto al carácter del Estado y al sentido del gasto público. El enfoque del “lado de la oferta” vino a completar el enfoque militarista, tratando de liquidar el Estado de Bienestar con la ayuda académica de los “nuevos economistas clásicos”. No obstante, con la práctica de las políticas económicas durante el gobierno neoliberal de Reagan, el Estado norteamericano no disminuyó sus gastos. En el sector militar, al contrario, los aumentó suficientemente para generar el mayor déficit fiscal de la historia. La disminución del gasto público destinado a los pobres no alcanzó ni siquiera para compensar la renuncia fiscal que se produjo con las tasas de los impuestos cobradas a los ricos. Si estas ideas ya eran absurdas y sumamente crueles en los países centrales, cómo habrá sido su aplicación en los países dependientes y subdesarrollados... En este tema de las relaciones de Estados Unidos con los países subdesarrollados, Reagan era muy duro, igual que Margaret Thatcher. Así como la ayuda a los pobres favorecía, según él, la indigencia y la pereza, la ayuda a los países más pobres sólo favorecía a sus élites incapaces e indolentes. Entonces, había que eliminar los programas de ayuda, o por lo menos disminuirlos, y fortalecer el comercio con los países en desarrollo, reforzando sus propias capacidades institucionales.

Peter McPherson, administrador de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), explica así la filosofía del gobierno de Reagan:

Me gustaría ver una menor transferencia de recursos, y más de lo que llamamos construcción de instituciones o transferencia de tecnología [...] Para nosotros, es mejor trabajar duro a fin de desarrollar las instituciones del Tercer Mundo que permitirán que esos países resuelvan sus problemas por sí solos. Al final, la ayuda

resulta ser un mero facilitador para el Tercer Mundo, sólo ayuda a traer cambios económicos. Lo que traerá el tipo de progreso que el Tercer Mundo necesita y merece, son las políticas, los programas, la voluntad de esos países. (Ramsey, 1981: 42)

En resumen: detrás de la retórica, no hay ninguna ayuda económica, solamente la imposición de políticas consideradas como “correctas”. Al mismo tiempo, “en la posición del presidente hay una pequeña desviación a favor de la ayuda bilateral”, es decir, que Estados Unidos retiraba su apoyo económico a las instituciones multilaterales, particularmente aquellas que se resistían a la ideología neoliberal, como la UNESCO o la OIT (Organización Internacional del Trabajo). El gobierno de Reagan se negó a apoyar la creación de un sector dedicado a financiar el desarrollo energético del Banco Mundial. También se opuso a los acuerdos para dar auxilios en el área del medio ambiente. Estos fueron algunos de los temas, entre otros, que manejó para asumir una responsabilidad estatal para el bienestar de la humanidad.

En realidad, el gobierno Reagan desvió los recursos destinados al Tercer Mundo para su concepción de las “guerras de baja intensidad” que tuvieron por objetivo desgastar los gobiernos progresistas y revolucionarios del Tercer Mundo, con el apoyo a las guerrillas contrarrevolucionarias, al terrorismo y a los sabotajes, además de algunas invasiones directas a los pequeños países sin implicar importantes costos en vidas humanas (como en el caso de Granada en 1983; o de Panamá, ya en el gobierno de Bush, en 1989). Los programas de “Alimentación para la Paz” (PL480) fueron incorporándose cada vez más a la concepción defendida por la CIA, según la cual la superioridad alimentaria de Estados Unidos debía ser utilizada como un arma, inscribiéndose en la estrategia geopolítica del país.

Esta política tuvo especial efecto en África, donde promovió la destrucción de las economías de subsistencia a cambio de alimentación gratuita.

Para Latinoamérica, se desarrolló una nueva política definida en Santa Fe, en mayo de 1980, por el Comité de Santa Fe, formado por encargo del Consejo de Seguridad Interamericana, compuesto por L.

Francis Boucheay, Roger W. Fontaine, David C. Jordan, Gordon Sumner y Lewis Tabs. Este Consejo partía de un concepto de guerra permanente. Según esto:

El continente americano está siendo atacado. América Latina, compañera y aliada tradicional de Estados Unidos, está siendo penetrada por el poder soviético. La Cuenca del Caribe está poblada por agentes soviéticos, y delimitada por Estados socialistas (sic).

La descripción es dramática:

El éxito cubano en el Caribe y en Centroamérica es asombroso. Guyana, con el gobierno de Linden Forbes Burnham es un Estado marxista prosoviético. Forbes Burnham solicitó ser miembro asociado del COMECON (Consejo de Asistencia Económica Mutua) en enero de 1977 (y siguen otras pruebas de la alianza entre Guyana y Cuba).

El primer ministro de Jamaica, Michael Noeman Manley, visitó Cuba en julio de 1975. Gramma, el diario comunista cubano, lo calificó de “sincero amigo de la Revolución cubana”. El hijo de Manley estudia en La Habana.

Su gobierno dio apoyo oficial a la aventura cubana en Angola, y su policía, que es mayor que el ejército jamaiquino, es entrenada en Cuba (y sigue presentando hechos).

Maurice Bishop llegó al poder en Granada en marzo de 1979. El nuevo aeropuerto de Bishop está siendo construido por los cubanos (y sigue la enumeración de la importancia estratégica de esta relación).

El Canal de Panamá también representa un papel vital en el abastecimiento de petróleo para Estados Unidos. Panamá se encuentra bajo el control de un régimen de izquierda militar que, según la CIA, fue el intermediario entre los sandinistas para la toma de poder por los marxistas en Nicaragua, en julio de 1979. El Salvador y otras naciones de Centroamérica están ahora amenazadas por las guerrillas revolucionarias. Frente a esto, el gobierno de Estados Unidos sigue manteniendo una clara actitud de indiferencia estratégica, al tiempo que exige

reformas sociales, económicas, agrarias y de Derechos Humanos, como si la más perfecta resolución de estos problemas pudiera detener la expansión colonial (sic) castrista y subversiva, y pudiera entonces resolver los asuntos estratégicos como un subproducto.³

No se trata de una descripción exagerada. De hecho, en el auge de la crisis económica internacional de 1979-1983, se observaron importantes avances del movimiento revolucionario y reformista mundial, y la región del Caribe y Centroamérica fue uno de sus puntos neurálgicos. La administración Reagan, expresando el espíritu de este documento de Santa Fe, buscó aumentar la presión sobre los países del Tercer Mundo y latinoamericanos mediante mecanismos bilaterales, en el sentido de:

1. Fomentar una política antiinflacionaria, de acentuado cuño monetarista, con metas de control de la emisión de monedas, aumento de las tasas de interés, y restricción del consumo limitando los ajustes salariales. Al mismo tiempo, se fomentaba un fuerte control del gasto público y un estímulo a los impuestos que no afectara el ahorro. Hasta aquí, las políticas coinciden con la de los propios Estados Unidos.
2. Sin embargo, hay otro sector de las políticas internacionales donde las recomendaciones se oponían. Si bien se practicaba, en el caso de Estados Unidos, una política de revaluación de la moneda que conducía a un grave y creciente déficit comercial en este país, en los países dependientes y sobre todo deudores, se presionaba para aplicar una política de devaluación de las monedas locales mediante constantes devaluaciones cambiarias. Esta política terminó por favorecer un superávit comercial en estos países durante los años ochenta, el cual fue utilizado para el pago de los intereses de las deudas externas.
3. El crecimiento del volumen de los pagos de intereses y la estatización de las deudas de los países del Tercer Mundo abrieron el pozo sin fondo del endeudamiento público, sin por ello generar nuevos gastos públicos. Al contrario, a la vez que las deudas públicas crecían, los recortes del gasto público aumentaban. Esta contradicción no fue asumida por los países centrales, particularmente por Estados Unidos,

3. El documento de Santa Fe fue publicado, entre otros documentos locales, en el libro de Bocco (1982).

que aumentaron tranquilamente sus gastos públicos hasta por lo menos 1987, cuando el pago de los intereses de la deuda norteamericana comenzó a ser percibido como un gasto exagerado que debía ser controlado, debido al alto monto de la deuda estatal nacional e internacional de este país.

Sin embargo, está claro que la década de los años ochenta se caracterizó, en el Tercer Mundo, por restricciones crecientes del gasto público. Primero se cortaron las inversiones; enseguida le tocó a los gastos de funcionamiento y los salarios de los funcionarios públicos; después se procedió a la eliminación de sectores estatales y a la venta de empresas públicas o privatizaciones.

Con el transcurrir de los años, el gobierno norteamericano tuvo que ir abdicando su pretensión de prescindir de los organismos multilaterales.

La falta de recursos líquidos de Estados Unidos fue aumentando durante los años ochenta. Japón y Alemania pasaron a controlar los mayores excedentes en dólares. La política norteamericana fue especializándose en la utilización de estos recursos ajenos bajo su égida. Se volvió a estimular, bajo la dirección norteamericana, acciones multilaterales en las que Estados Unidos dictaban principios políticos, mientras que Alemania y Japón colocaban sus recursos. En octubre de 1987, ante la severa crisis financiera mundial, los bancos centrales de Japón y Alemania tuvieron que soltar sus dólares para contener la devaluación de esta moneda en el plano internacional. La política interna norteamericana se volvió cada vez más dependiente de la compra de Bonos del Tesoro norteamericano por parte de los japoneses y los alemanes. Con la Guerra del Golfo y con el financiamiento a los países de la Europa central, Estados Unidos mantuvo esta práctica de liderar e imponer situaciones de hecho que tenían que resolverse con el dinero japonés y alemán. 1990, se le ha puesto un cese a esta política.

Llegamos al final de la década de los ochenta con significativos cambios de políticas. Durante el gobierno de Gorbachov, Estados Unidos veía a la Unión Soviética aliándose con Alemania y abrirse a una Comunidad Europea fortalecida por la revaluación del marco alemán.

Desde entonces, con la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) en declive, la política norteamericana en Europa es un intento desesperado de conservar la alianza atlántica (e incluso de extenderla, ¿pero a costa de qué?).

En el mundo, hay un sentimiento unánime de que la caída del muro de Berlín fue un fortalecimiento geopolítico de Estados Unidos y de su alianza occidental-capitalista. Por mi parte, creo que es lo contrario, que es el principio del fin para la alianza atlántica, y la puesta en marcha de la unidad euroasiática. Esta nueva realidad geopolítica se inició en la antigua Unión Soviética, disuelta pese a los resultados del referéndum popular realizado meses antes, y por voluntad de las fuerzas rusófilas enfrentadas a los sectores más pobres de la Unión Soviética, y puestas al servicio de los intereses estratégicos norteamericanos. Ciertamente, habría sido mejor para los objetivos de la unidad europea, en un sentido más amplio, que la Unión Soviética se mantuviera unida, pero el temor a su poder militar unía a sus adversarios y los llevó a aplaudir su división, aunque esta introducía un enorme riesgo y una incertidumbre a la evolución geopolítica de esta inmensa región del mundo.

El efecto de estas nuevas condiciones estratégicas fue la necesidad por parte de Estados Unidos de reforzar su frente hemisférico. Tres iniciativas son fundamentales:

1. El NAFTA como intento de fortalecer el frente interno norteamericano, ampliando sus fronteras con Canadá y México.
2. La iniciativa del Caribe, buscando garantizar la hegemonía norteamericana, reconquistada a punta de dos invasiones (Granada y Panamá), una guerra de baja intensidad con Nicaragua, una guerra antiinsurgente en Guatemala y El Salvador, una fuerte desestabilización en Jamaica y en Guyana, etcétera.
3. La promoción de la Iniciativa de las Américas y su posterior evolución hacia la propuesta de un mercado común americano (ALCA), buscando establecer un mecanismo de incorporación del MERCOSUR y el Bloque Andino —que Estados Unidos habían tratado de destruir, con resultados en el caso del Bloque Andino desde los años setenta, pero sin éxito en el caso del MERCOSUR en los años noventa—.

Al mismo tiempo, al abandonar la política de revaluación del dólar en medio de la fuerte crisis de 1989-1993, Estados Unidos se vio en la necesidad de apoyarse más sólidamente en los organismos multilaterales. El Consenso de Washington, logrado en 1989, es un reflejo de estos cambios políticos. Se trataba de invertir los términos de la política económica interna y externa de Estados Unidos. Internamente, era necesario bajar los intereses y disminuir el déficit fiscal y, además, tratar de contener los efectos desmoralizadores de la concentración de la renta y del aumento de la pobreza y, por ende, de la violencia y la confrontación racial y social.

Externamente, era necesario contener el déficit comercial, aumentando las exportaciones norteamericanas, lo cual exigía una significativa e inevitable devaluación del dólar.

La presión sobre el Tercer Mundo se invertía. Ahora se trataba de buscar superávits comerciales, incluso con los países pobres, y principalmente con los nuevos países industriales, como Brasil. Para ello, era necesario estimular una política de revaluación cambiaria que reforzara las monedas nacionales de las economías subdesarrolladas. Esto se hacía posible en la medida en que estos países podían atraer los capitales excedentes que Estados Unidos ya no captaba, por la caída de sus tasas de interés. Era necesario que estos países privatizaran recursos estatales para generar liquidez, y elevaran sus tasas de interés para pasar a los capitales financieros internacionales (en grave crisis de liquidez desde 1989) todos los excedentes acumulados en las reservas y los fondos derivados de las privatizaciones.

En 1989, el Grupo de Santa Fe se reunió para hacer una revisión de sus tesis al cabo de diez años de poder. Sus conclusiones en cuanto a lo económico fueron las siguientes:

“La política económica estadounidense debe estar en relación con nuestro apoyo al régimen democrático. Tal régimen requiere un sistema económico saneado, independiente del control excesivo y la interferencia de los gobiernos”.

“Para mantener una sociedad independiente, es indispensable el desarrollo de un mercado nacional de capitales, privado y

autónomo. Una de las mayores decepciones de la época de Reagan fue el no haber aprovechado la crisis del endeudamiento para crear sólidos mercados de capitales, tal como este Comité de Santa Fe lo había recomendado en 1980”.

“Cuando el problema de la deuda hizo crisis en 1982, el punto central fue cómo mantener la solvencia de los acreedores y la liquidez de los deudores”.

“Aunque tal objetivo fue escasamente cumplido, se perdió la oportunidad en gran escala de conducir las sociedades latinoamericanas rumbo al capitalismo democrático, es decir, a los sistemas de libre empresa y de mercados nacionales de capital que sustentan a las sociedades independientes. No es demasiado tarde para conseguirlo. La crisis actual de la deuda debería aprovecharse para hacer avanzar el proceso de transición en Latinoamérica, de los gobiernos democráticos a los regímenes democráticos”.

“Además de innovaciones tales como el Plan Baker, el cambio de deuda por capital, el plan mexicano, la reestructuración, y otras similares, y por muy progresistas que resulten en cuanto a la reducción de la carga de las deudas de Estados latinoamericanos, la política de la deuda también debería incluir medidas mediante las cuales su tratamiento apoye la creación de mercados nacionales de capital. Es probable que ninguna propuesta específica sea definitiva. Una vía de aproximación a este objetivo todavía podría ser algo que abarque la reventa de la deuda en un mercado nacional. El modelo lo proporciona el financiamiento bien manejado de la deuda interna estadounidense por parte de Alexander Hamilton, en la época de la fundación de este país”.

Los mismos autores definían claramente los riesgos que corría la política de cobro de la deuda externa, y reforzaban el camino hacia un acuerdo sobre la deuda, que ya se perfilaba en la administración Reagan: “El departamento del Tesoro de Estados Unidos debe desempeñar un papel dominante en la formulación de las soluciones para la crisis estructural de la deuda, que afecta a muchos de nuestros vecinos latinoamericanos. La solución de la crisis debe resultar del

reconocimiento de que la carga actual del endeudamiento tendrá que ser disminuida, ya que nunca podrá ser reembolsada en las condiciones actuales. Es factible utilizar cierto número de variables del Plano Morgan/Tesoro/México de diciembre de 1987". "Por fin se reconoció que la crisis de la deuda es estructural. La deuda de algunos países supera su capacidad de reembolso. Los países menos desarrollados (LDC: less developed countries), en su conjunto, tienen una deuda de 450 mil millones de dólares; si se aplicara a ese monto las tasas actuales de interés, los países deudores deberían pagar, sólo en términos de interés, ¡un billón ochocientos mil millones de dólares (1.800.000.000.000) en los próximos veinte años, sin que lo principal de la deuda se reduzca en un sólo centavo!".

"Todavía, el simple hecho de mantener esos niveles de pago de interés tendría efectos devastadores sobre sus economías y sobre la nuestra. Los países deudores experimentarían un crecimiento negativo o cero, se registraría un aumento de la pobreza, y no tendrían dinero para comprar productos de Estados Unidos. Se estima que, desde 1982, el deterioro de las economías latinoamericanas provocado por la deuda costó a los productores estadounidenses 70 billones de dólares en ventas perdidas" (SEDOC, 1989: 190-191).

Pocos estudiosos percibieron este importante cambio de política que, aplicada desde fines de la década de los ochenta, sobre todo en Argentina y en México (y posteriormente en Brasil), abrió camino a una nueva fase para las economías de la región, que se basó en monedas fuertes, déficits comerciales y captación de capitales financieros. México adoptó plenamente este modelo, siguió Argentina y luego Brasil, con algunas modificaciones.

Con la crisis del modelo mexicano a fines de 1994, se puso en tela de juicio los enormes gastos efectuados para la exaltación de estas políticas en los medios de comunicación y en los medios académicos y profesionales. El Consenso de Washington que se estableció sobre estas líneas comenzó a exigir rectificaciones, que resultaron lentas, entre otras razones, porque el grupo que las forjó perdió su posición

de poder, y una estrategia liberal-democrática para la región⁴ tardó en surgir. Este libro trata de estos temas con más detalles en la última parte.

No obstante, ya podemos concluir que existen diferencias radicales entre la elaboración doctrinaria neoliberal y la práctica de los agentes políticos y económicos aparentemente seguidores de la doctrina. Todo indica que la doctrina no es nada más que una cobertura ideológica para una práctica sin principios, en función de intereses económicos concretos que nunca podrán ser identificados con una construcción teórico formal que ignore totalmente la realidad histórica.

La próxima sección estará dedicada a la ilustración de esta tesis en el gobierno de Reagan, el corazón mismo de la doctrina neoliberal. Sin embargo, antes tenemos que profundizar el debate de las Ciencias Sociales oficiales, particularmente la Economía.

Lo importante no es señalar que la presente ola de transformaciones socioeconómicas estará signada por la meta de la universalización de la enseñanza universitaria. En su discurso de 1998 sobre el Estado y la Unión, el presidente Clinton presentó esta meta para Estados Unidos en un corto plazo. Europa y Japón también deberán seguir esas metas.

Al respecto, la campaña para la disminución de la jornada de trabajo a treinta y cinco horas semanales se generalizó en Europa, convirtiéndose en Ley en Francia e Italia, y luego se expandió por toda la región. En la misma dirección, Oskar Lafontaine ha propuesto la disminución de la edad de retiro laboral en Alemania de los sesenta y cinco a los sesenta años de edad, siguiendo el mismo camino inevitable, negado por la hegemonía neoliberal, que condujo a su renuncia.

Así pues, los hechos políticos e ideológicos se transforman rápidamente, cambiando de manera draconiana la agenda internacional de la economía y la política.

4. Sobre el Consenso de Washington, ver el balance hecho por John Williamson (1998). En este libro están también el texto original de Williamson y los comentarios de Frances Steward, Bishnodat Persaud y Taru Yana Gihan. Sobre la crítica al Consenso de Washington dentro del *establishment* de las organizaciones internacionales, ver sobre todo Joseph E. Stiglitz (1998).

Globalización y ciencia económica: apuntes sobre muchos equívocos y sus repeticiones

Este trabajo defiende la tesis de que la ciencia económica, bajo forma de *mainstream* neoliberal, se ha convertido en un obstáculo para la comprensión del sistema económico mundial.

Sus recomendaciones buscan limitar el crecimiento económico de los países centrales, y hundir las regiones dependientes en una gran crisis.

Esto ocurre en un momento de gran potencial de crecimiento, una nueva fase A de los ciclos largos conceptualizados por Kondratiev, basada en las innovaciones generadas a través de la revolución tecnocientífica. La ciencia económica actual puede compararse a la Escolástica medieval, que se convirtió en el principal obstáculo a la gran ofensiva modernizadora iniciada en el Renacimiento.

La nueva escolástica

Al parecer, el tema del crecimiento económico volvió al centro del pensamiento económico y de su práctica. Todos los días, los inversionistas de los países centrales y periféricos, particularmente los latinoamericanos, aguardan las estadísticas del crecimiento de la economía norteamericana.

Paradójicamente, en el año 2000, los grandes financistas querían noticias desfavorables al crecimiento. Deseaban un “aterrizaje suave” de la economía norteamericana en un nivel más bajo de crecimiento. ¿Por qué? Porque la “teoría” económica neoliberal afirma que el crecimiento genera el pleno empleo, y el pleno empleo genera la inflación. Más aún: esta “teoría” económica (en la fase B del ciclo largo de la postguerra) elevó la tasa de pleno empleo a 6% o 7% de desempleados. ¡Pero en el 2000, Estados Unidos tenían solamente 3,7% de desempleados!

El lector se preguntará si detrás de estas afirmaciones habrá amplios estudios científicos. Puedo contestar tranquilamente que no los hay.

Estas tesis se fundamentan en argumentaciones lógicas, con alguna ilustración matemática. Así como los escolásticos medievales planteaban ante Cristóbal Colón que la Tierra no podía ser redonda, o ante Galileo que la Tierra no podía girar alrededor del Sol, con argumentos

lógicamente incuestionables, estos economistas de hoy “demuestran” que una tasa menor a 6% de inflación provoca una terrible inflación.

¿Qué hicieron cuando la economía norteamericana llegó a 3,7% de desempleo con disminución de la inflación? No cuestionaron en absoluto su aparato “teórico”. Simplemente cambiaron la tasa mínima de desempleo, colocándola en 3,7% y exigieron el aumento de las tasas de interés porque, si no, la economía llegaría a la más baja tasa de desempleo. Con menos de 3,7%, no se podría impedir la inflación.

Si estos economistas usaran su pretendida actividad científica en ejercicios literarios, todo estaría bien. Pero ellos influyen las políticas estatales y los agentes económicos, forman la mente de los nuevos economistas, y desperdician recursos humanos que podrían producir trabajos más interesantes para la humanidad.

En su análisis de las ondas largas, Kondratiev constató la existencia de ciclos de 50 a 60 años, compuestos de una fase A en la que predominan los años de crecimiento económico con una duración de 25 a 30 años, y una fase B con predominio de años recesivos o de bajo crecimiento, de igual duración. Veremos este tema más en detalle en la tercera parte de este libro.

El progreso de la humanidad durante el Renacimiento dependió vitalmente del derrumbe de la hegemonía del pensamiento escolástico acerca del Occidente europeo. Asimismo, el progreso de la humanidad en la actual fase de desarrollo económico mundial depende del derrumbe del pensamiento económico neoclásico en su versión ultraliberal.

El progreso no parece ser una tarea difícil. Veamos el caso del surgimiento de un superávit fiscal de aproximadamente 200 billones de dólares en Estados Unidos, en el año 2000, después de años de déficit fiscal creado por los gastos de los neoliberales en recursos bélicos y en el pago de altas tasas de interés de la deuda pública.

Los demócratas, con el apoyo de la mayoría de la población, propusieron utilizar este superávit para mejorar el sistema de previsión social (aunque los neoliberales argumentaron que, por falta de fondos, estos no podían seguir manteniéndose). Cuando estos fondos sobraron, debido al abandono de los gastos ociosos impuestos al país por los conservadores, propusieron y lograron disminuir los impuestos y hacer desaparecer

estos excedentes. George W. Bush consiguió revertir el superávit dejado por Clinton, creando un déficit fiscal de unos 200 billones de dólares en 2003, que podría llegar a niveles astronómicos con la guerra de Irak.

¿Con qué argumento? No invocan la verdadera razón, que es la defensa de los intereses de los ricos, que disfrutaron de los beneficios de la disminución de los impuestos. Lo que alegan es que la disminución de los impuestos, al favorecer a los más ricos y fortalecer los inversionistas, garantizan el crecimiento. Por otra parte, quieren detener a toda costa el crecimiento económico resultante de la política de Clinton, que abandonó sus recetas recesionistas. De hechos, los años de hegemonía liberal con Reagan y Bush padre mostraron que la disminución de los impuestos, sobre todos los de los ricos, sólo llevaron a un déficit fiscal, a la disminución del crecimiento, y a la crisis recesiva que, en octubre de 1987 y de 1989 a 1991, derrumbó la economía norteamericana, llevando a la caída de Bush padre y de los republicanos.

Actualmente, vemos a Bush hijo retomar esas mismas políticas en medio de una grave recesión económica, producida por las políticas restrictivas del Banco Central norteamericano, que ahora trata de reparar el desastre provocado al reducir sensiblemente las tasas de interés.

Recomendaciones para las colonias

Estos intereses y preconceptos “científicos” disfrazados de ciencia económica resultan aún más graves cuando recaen sobre economías más limitadas y sufridas, como las de los países dependientes y subdesarrollados, o —para quedar bien con el actual optimismo inexplicable— las economías en desarrollo o “emergentes”.

Oponerse al crecimiento en tales circunstancias simplemente constituye un crimen. No obstante, es esta la orientación del FMI y de los equipos económicos “ultracompetentes” que asolan nuestros gobiernos.

Cercados por la miseria, siguen insistiendo en que los problemas de nuestros países consisten en el exceso de la demanda y sus efectos inflacionarios. ¡Pero vivimos en una época deflacionaria! Todos los equipos económicos se beneficiaron de esa tendencia mundial a la deflación que derrumbó todas las hiperinflaciones del mundo en la primera mitad de los años noventa.

Todos atribuyeron a sus políticas económicas el control de una inflación que iba cayendo espontáneamente por el mundo, a pesar de los déficits comerciales y fiscales que estos equipos generaron en los años noventa al adoptar altas tasas de interés y excesivas revaluaciones cambiarias. De hecho, podríamos decir que la ola mundial deflacionaria era tan fuerte que provocó caídas de la inflación a pesar de las políticas económicas recesivas apoyadas por el Consenso de Washington y por el Fondo Monetario Internacional, como lo veremos más detalladamente en las dos últimas partes de este libro.

Todos sabemos que la sobrevaloración de las monedas, practicada por Salinas de Gortari hasta 1994 y Fernando Henrique Cardoso en su Plan Real hasta la caída de enero de 1999, provocó presiones inflacionarias.

También sabemos que aumentar diez veces la deuda pública en un lapso de 7 años, como sucedió en el Brasil de Cardoso, es una terrible bomba de tiempo, que puede terminar explotando a través de violentas presiones inflacionarias, como ocurrió en Brasil a partir de 2002.

No obstante, las políticas de devaluación cambiaria no provocaron inflación y, al contrario, estuvieron asociadas a períodos de control inflacionarios. Tras las devaluaciones cambiarias, estos equipos de economistas quedaron sorprendidos por los efectos positivos de un cambio más equilibrado. En vez de revisar sus conocimientos de economía, se vanagloriaron de su capacidad para provocar fenómenos totalmente contrarios a sus previsiones.

Cuando Fox, para entonces candidato a la presidencia de México, propuso una tasa de crecimiento del producto bruto de 6% a 7%, se rieron de él, de su ingenuidad y su desconocimiento de la economía. En vísperas de las elecciones, se apresuraron a anunciar el aumento de las tasas de crecimiento de México a 6,7%. Fox reaccionó con habilidad, preguntándose por qué se vanagloriaban si a él le habían dicho que era imposible.

Sin embargo, pese a esos evidentes fracasos, los medios de comunicación y la opinión pública oficiosa mantuvieron su respeto por estos señores y sus artes de hechiceros. El Fox presidente los mantuvo en el poder, pese a sus crasos errores de política económica y sus falsas previsiones.

Y en el primer año de su gobierno, el PIB cayó drásticamente. El fogoso candidato que creía en el crecimiento fue convencido de que la recesión es el mejor camino para derrotar una inflación ya derrotada no por ellos sino por la desvaloración de los activos mundiales, por la caída de precios de los *commodities* (excepto, en parte, el petróleo, lo cual es bueno para México), por la caída dramática de precios de los productos manufacturados, etcétera.

Las posibilidades históricas chocan con la teoría

Vemos entonces que los sectores interesados en el crecimiento económico en una fase histórica sumamente favorable al mismo —pues nos encontramos en una fase A del ciclo de Kondratiev—, como venimos afirmándolo desde 1993 contra todo un aparato supuestamente teórico que negaba el crecimiento de la economía norteamericana, hablan del rompimiento de una burbuja financiera que explotó en 1987, o de un límite inflacionario determinado por el pleno empleo cuyos límites fueron cayendo año tras año.

Es hora de decir crudamente que la humanidad puede resolver algunos de sus problemas milenarios en la fase actual de desarrollo de las fuerzas productivas. Para ello, deberá utilizar masivamente su capacidad de ampliar su base tecnológica a través de innovaciones cada vez más radicales, basadas en la robótica y en las nuevas fases de la revolución tecnocientífica, como la ingeniería genética, el láser, las nuevas materias, la biotecnología, etcétera.

Lo que frena estos avances es el mantenimiento de relaciones de producción retrasadas, que impiden el pleno desarrollo económico y la aplicación de políticas industriales que favorecen el crecimiento. Son las ideas ya superadas que se oponen a la disminución de la jornada de trabajo, a la distribución más justa de las riquezas, a la utilización de los excedentes en el desarrollo social, a la hegemonía de una cultura planetaria más solidaria y pluralista, basada en el respeto de las potencias económicas por cada civilización, por cada cultura local o nacional.

La humanidad, rodeada de miserables y orientada por una “ciencia” económica destinada a demostrar la necesidad de la miseria, se

encuentra igual que en la baja Edad Media, frenada en su potencial transformador y revolucionario. Hagamos como Cristóbal Colón, desafíemos a los teólogos del atraso. Es como romper el tope de la cáscara para que el huevo quede parado.

El verdadero origen de los sistemáticos errores de análisis de la economía mundial está en el universo teórico generado por la ortodoxia de la ciencia económica. Esta tesis puede confirmarse cuando se constatan las amenazas de nuevas situaciones muy delicadas, como consecuencia de los errores pasados.

Por una parte, Estados Unidos presenta en los años noventa una fuerte tendencia al crecimiento sin inflación y con disminución significativa del desempleo. Sin embargo, este comportamiento de la economía norteamericana que se mantuvo durante unos 8 años no estaba de acuerdo con la teoría económica ortodoxa. Según esta, el mantenimiento de las altas tasas de crecimiento y la tendencia al pleno empleo debía generar fuertes presiones inflacionarias, aunque este crecimiento estuviera asociado a la formación de un superávit fiscal, lo que dejaba descolocados a los economistas keynesianos, miembros ahora desdeñados del mainstream.

En esta interpretación fallida de la teoría económica oficial, y ante el desmentido de los hechos, lo que debe cambiar es la realidad, no la teoría. Esta parece ser la actitud de los presidentes de los bancos centrales, empezando por el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Alan Greenspan. Para justificar el aumento de las tasas de interés pagadas por la FED en circunstancias de una inflación controlada, este “mago” de las finanzas habló de una “inflación secreta”. Con ello, justificaba la contención del crecimiento de la economía norteamericana mediante el aumento absurdo de la tasa de interés en el 2000.

Lo más grave fue cómo la prensa internacional y gran parte del conservadurismo norteamericano saludó el “éxito” de la FED en detener el crecimiento norteamericano, en aumentar el desempleo, en disminuir la construcción de nuevas casas, y así sucesivamente. Parecía que la función de la ciencia y de las políticas económicas era generar desempleo y miseria.

¿En nombre de qué base teórica o empírica pueden estos tecnócratas intervenir tan poderosamente en la economía, y saludar las miserias que imponen a la población? ¿En qué manual de economía o en qué trabajo teórico significativo existe este concepto de “inflación secreta”? ¿Cómo la medimos? ¿Cómo la combatimos?

Entonces, fue natural que hasta los sectores conservadores se pronunciaran contra esta decisión reaccionaria y criminal de aumentar la tasa de interés sin haber serias señales de inflación. Hasta el aumento de los precios del petróleo había sido absorbido sin grandes efectos inflacionarios.

Ya hemos visto las consecuencias negativas de esta decisión, y los intentos de corregirla invirtiendo la política y bajando contundentemente las tasas de interés.

Otra vez sus efectos en las economías dependientes

Sin embargo, la aplicación de estas “teorías” resulta más grave en los países en desarrollo o emergentes. Tomemos el caso de Brasil, país con un envidiable potencial de crecimiento económico, frenado desde hace 20 años por la transferencia masiva de sus excedentes al exterior, en forma de pago de intereses, remesas de ganancias, y otros mecanismos de especulación, como veremos más adelante.

Pero las políticas oficiales no pueden frenar por tantos años una economía informal en expansión, en la que se incluye el contrabando, el tráfico de drogas, y los varios tipos de crimen organizado, como los secuestros, los juegos de azar, etcétera.

Ahora bien, la empresa internacional se dedicó a confirmar las previsiones oficiales de una recuperación del crecimiento brasileño para el año 2001. Lo cual no ocurrió. A pesar de una recuperación del crecimiento del PIB en 3,7% en 2000, las exportaciones no se recuperaron. Al contrario, disminuyeron en valor absoluto. Y la crisis cambiaria no fue más grave sólo gracias a la disminución dramática de las importaciones, también términos absolutos. En consecuencia, en 2002 Brasil disminuyó aún más su participación en el comercio mundial. Lo interesante aquí es el desprecio por los datos. Un país que ha disminuido su participación

en el comercio mundial desde 1994, es presentado a la opinión pública y al bien remunerado sector profesional de la economía como un ejemplo de equilibrio cambiario y de éxito comercial.

Para neutralizar el déficit comercial (que había aumentado drásticamente entre 1994 y 1998), el pequeño superávit que se logró en 1999 (y que sólo fue posible mediante la disminución de las importaciones) no resultó suficiente. Las mejorías posteriores sólo fueron posibles debido a la recesión. El recorte de la renta junto con el aumento del dólar generó finalmente un superávit comercial en 2002, que se mantuvo en 2003. Al mismo tiempo, se recurrió y aún se recurre a tasas de interés absurdas para pagar una deuda pública generada exclusivamente para atraer dólares del exterior, que entran al país a través de facilidades igual de absurdas.

Para comprender el efecto de esta política, basta decir que no hubo aumento de los gastos en ninguna actividad del sector público en todos estos años. Los salarios de los empleados públicos han sido congelados desde 1994. Desde entonces hasta hoy no se ha efectuado ningún cambio significativo en la infraestructura ni en otro sector. Sólo se han vendido empresas públicas, generando así alguna renta para el Estado, pronto utilizada para pagar el servicio de la deuda. Otra prueba de la ausencia de gasto público es el aumento y el mantenimiento del superávit fiscal primario (entradas y salidas, exceptuando el pago de intereses), de nuevo con el objetivo de pagar el servicio de la deuda pública.

Lo más dramático de este cuadro es que la deuda pública, de 61 billones de reales en 1994, cuando se inició el Plan Real, ha crecido hasta 850 billones en 2003, según datos oficiales.

¿Cómo es posible aumentar la deuda pública de manera tan espectacular cuando se genera un superávit fiscal primario, se recortan los gastos, y se aumentan las entradas fiscales?

La explicación está en ciertos manejos de la “teoría” económica al servicio de intereses inconfesables. El argumento es más o menos el siguiente.

Se necesita una moneda fuerte o un anclaje cambiario para detener la inflación, y esto provoca un déficit cambiario; para cubrirlo, hay que importar capitales de corto plazo, y el único modo de hacerlo es mediante la venta de títulos públicos de corta duración y altísimas tasas de interés.

Estas tasas de interés se calculan de la siguiente forma: deben ser iguales a las tasas de interés internacionales (en el aumento impuesto por la FED en 2000, la tasa libor se mantuvo alrededor de 6% anual; con la dramática caída de la tasa de interés en Estados Unidos, hoy está alrededor de 1,7% anual), a lo cual se suma un dato subjetivo que se traduce en un tremendo aumento de las tasas de interés. Se trata de los costos correspondientes al “riesgo” de invertir en un país emergente. Pero, con todos esos “riesgos”, en 1995 este país consiguió pagar al capital especulativo internacional unos 52% de tasa de interés, en títulos públicos que están entre los más sólidos del mundo, con una moneda perfectamente estable, y una inflación ya baja y en caída.

Cuando la tasa de interés norteamericana estaba en 6,5%, la tasa de interés básica impuesta por el Banco Central de Brasil fue de 18,5%; y después de la caída dramática de la tasa de interés norteamericana hasta 1%, la tasa de interés impuesta por el Banco Central de Brasil fue de 26,5%. Así se desenmascaran cada día los modelos formales que se aplican de acuerdo a las circunstancias y al grado de experticia de los tecnócratas que gerencian el Estado.

Los lectores pueden creer que yo estoy exagerando. A veces, yo también lo creo. Semejante cosa no parece posible, pero desgraciadamente lo es. Y la mayoría de los responsables de esta política habrán seguido en el poder hasta el final del gobierno de Fernando Henrique Cardoso. ¡Considerados, además como un equipo de gran competencia técnica que introdujo la “responsabilidad” fiscal en Brasil!

¿Cómo es posible que los responsables de los desequilibrios fiscales, financieros y cambiarios de tanta monta puedan ser elogiados como rigurosos defensores de los “fundamentos” de la economía? Es un misterio que sólo puede explicarse si trasladamos nuestro análisis al plano de los intereses económicos y políticos, y vemos cómo las afirmaciones consensuales son formas disfrazadas de garantizarlos. Pero también hay que agregar el descalabro en el que cayó la ciencia económica para permitir que tales “modelos” analíticos puedan implantarse y ser aceptados por amplios sectores profesionales.

Ciencia económica y criminalidad

¿Cuánta seriedad podemos atribuir a conceptos supuestamente económicos como “el riesgo Brasil”, que explicaba, en 1994-1995, una tasa de interés de 52% anual, con una inflación de casi 8% en el mismo año? ¿Cómo se calcula ese riesgo? ¿Cuáles son sus componentes, y cómo se mide la incidencia de los mismos? Pues bien, estimados lectores, amparados en la competencia técnica de quienes formulan tales charlatanerías, fueron transferidos billones de dólares a los inversionistas del mundo entero, y el pueblo brasileño sigue padeciendo hoy en día las consecuencias de tales decisiones.

Lamento tener que plantear el asunto en estos términos de criminalidad. Pero esta es también la posición de la Procuraduría pública de Brasil. Entre los casos más destacados tenemos el de la devaluación del real en enero de 1999. El entonces presidente del Banco Central efectuó operaciones en dólares a precio antiguo con, por lo menos, tres empresas financieras, entre las cuales una que estaba ligada a su entorno personal.

Para entonces, el presidente del Banco Central era un destacado economista del grupo de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Río de Janeiro, que asumió el poder con la adopción del Plan Real. El argumento para ayudar a estas empresas con aproximadamente 1.5 billones de dólares fue inventado en una carta improvisada escrita al día siguiente de la operación por una también destacada funcionaria de segundo nivel.

Según ella, el no otorgamiento de dicha ayuda a las empresas señaladas provocaría un “riesgo sistémico”: en caso de que estas empresas efectuaran sus operaciones con los nuevos valores cambiarios, estaría amenazado todo el sistema financiero brasileño. Después de mucho examinar el asunto y, seguramente, al no poder comprobar la existencia de este riesgo tan subjetivo, las autoridades judiciales del país decidieron procesar a las autoridades financieras envueltas en estas operaciones tan claramente fraudulentas.

Si se iniciara un análisis riguroso de los pretendidos conceptos técnicos o científicos aplicados por las autoridades financieras para justificar la transferencia de billones y billones de dólares de los contribuyentes a

manos de los tenedores de títulos de la deuda pública, y varios otros títulos respaldados por conceptos de dudosa validez científica, ¿a cuántas penas de cárcel se llegaría?

Lo cierto es que necesitamos rigurosos controles de la opinión pública sobre este tipo de operaciones, que hoy en día se efectúan al amparo de los secretos bancarios, de autoridades técnicas supuestamente incuestionables, de los poderes discrecionales otorgados por ley a los bancos centrales y otras entidades financieras. Para otorgar dignidad y respetabilidad a estas operaciones, se ha creado un lenguaje económico tan subjetivo y tan hermético como el de los practicantes y de los monjes durante la Edad Media, que utilizaban el latín para protegerse de la curiosidad de los legos.

En Brasil, esta misma práctica duró hasta los años cincuenta. Pero si-gamos con nuestro análisis, considerando ahora los argumentos sobre la imposibilidad de disminuir sensiblemente las tasas de interés en Brasil. Hay casi un consenso acerca de la imposibilidad de reducirlas a niveles cercanos a las tasas internacionales. De nuevo, estamos ante categorías analíticas de rigor científico tan escaso como el llamado “riesgo Brasil”.

En el año 2000, bajo la fuerte presión de la opinión pública, las autoridades financieras se vieron obligadas a disminuir de 18% a 17,5% y 16,75% la tasa de interés de los títulos públicos, con un claro indicativo para seguir reduciéndola. No faltaron los comentarios contrarios a esta reducción. La oposición no creía en una reducción sostenida, debido a los enormes compromisos financieros internacionales asumidos por el gobierno, además del enorme déficit cambiario que enfrentaba el país debido a la política del Plan Real.

No obstante, en 2001, tras el impacto del “caso argentino”, las tasas de interés volvieron a subir a 18,5%, nivel en el que se mantuvieron hasta fines de 2002 cuando las tasas internacionales de interés cayeron en picada. Sin embargo, en Brasil, en vez de acompañar esta caída internacional, las tasas de interés aumentaron, llegando a 26,5% en marzo de 2003. Era evidente que no sería posible ampliar significativamente las exportaciones del país con semejantes tasas de interés.

Tampoco podría haber una recuperación económica estable sin una baja significativa de estas tasas. Era necesario disminuir el grado de

intervencionismo en que están sometidas nuestras economías por el capital financiero, el mismo que defiende el no intervencionismo en otros sectores de la economía donde el Estado sí tiene que intervenir: el sector social, las políticas industriales, etcétera. Además, el Estado sí tiene que intervenir en las políticas financieras, pero en el sentido de limitar el capital financiero y su poder, a fin de facilitar el financiamiento de las actividades productivas que deben ser protegidas.

Así que ya es hora de hacer verdaderas innovaciones en la Ciencia Económica. Tenemos que comparar estas experiencias de políticas económicas y sus efectos, en vez de proponer doctrinas sumamente negativas cuyo objetivo es limitar la capacidad de progreso de la humanidad. Ya es hora de colocar la realidad en primer plano, y comparar con criterio y sabiduría. La teoría tendrá que renovarse a la luz de los hechos. Si no lo hace, será un grave error.

La contabilidad y el crecimiento

Para ello, hay que incursionar más profundamente en la cuestión teórica. Hace mucho tiempo que la contabilidad macroeconómica latinoamericana se ve sometida a metodologías y principios impuestos por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Se trata de asegurar ciertos principios de información, necesarios para la comparación entre las varias economías nacionales, y para que el sistema financiero internacional tome decisiones. Se trata entonces de cuestiones técnicas que interesan a un pequeño grupo de funcionarios internacionales y nacionales. Al menos, es lo que se pretende en los medios tecnocráticos y académicos.

Nunca estuvimos de acuerdo con estos postulados. Al contrario, ya en los años sesenta demostrábamos que los sistemas de contabilidad vigentes en nuestros países, muchos de ellos impuestos por las organizaciones internacionales, ocultaban fenómenos más importantes para la orientación de nuestras políticas económicas.

Por ejemplo, mostrábamos la creciente sumisión de nuestras economías al déficit en el sector de los servicios, como los fletes y los pagos de royalties, y a una balanza negativa en las cuentas del capital a medida en

que la salida de las ganancias y de los intereses superaba la entrada de capitales a largo plazo. Mostrábamos así la necesidad de recurrir, desde aquella época, a los préstamos internacionales que pondrían en el tapete la cuestión de la deuda externa de la región.

Las aventuras del financiamiento externo en los años setenta, proporcionado por los excedentes petroleros y su reciclaje en los bancos internacionales, multiplicaron los mecanismos de endeudamiento estructural que, asociados al aumento de las tasas de interés en los años ochenta, activarían la bomba del endeudamiento externo.

Hasta hoy, seguimos sometidos a esta situación estructural cada vez más grave, a pesar de los economistas oficiales que niegan la existencia de estos problemas estructurales y anuncian, cada año, soluciones y mejoras, ajustes y falsa recuperación del crecimiento. Aunque son desmentidos por los hechos, insisten en defender sus fracasados instrumentos teóricos y analíticos como una ciencia exacta e indiscutible.

Pero lo más grave es que estos economistas van logrando una influencia creciente sobre las políticas públicas, cada vez más sometidas a sus principios doctrinarios. Es el caso de las cuentas públicas que se convierten en un campo de batalla donde se enfrentan las ideas de los nuevos escolásticos o tecnócratas en el poder. El caballo de batalla de esta mitología es el llamado “déficit público”.

Lo que hay que entender por “déficit público” es un dato general de las cuentas públicas: la diferencia entre los ingresos y los gastos del Estado. Pero qué parte de los gastos se considera como déficit, y qué parte se considera como gastos normales, es materia de doctrina, de valores, de decisiones públicas.

En este tema, los tecnócratas no contribuyen en nada, excepto por el hecho de que están al servicio de ciertas doctrinas e ideologías, en las que sus propios intereses se hallan bien defendidos y representados. Por ende, su pretensión de imponer políticas de gastos y decisiones de gobierno, en nombre de unos principios de equilibrio macroeconómico (discutibles incluso como política económica), corresponde a una evidente usurpación de sus atribuciones y competencias.

Es así como los instrumentos de medición y cálculo económico empiezan a impregnarse de ideología y falsificación deliberada, y a entrar

en contradicción con los hechos. Una lista de estos conceptos deformados al servicio de intereses no declarados sería interminable. Pero el gobierno brasileño puso en evidencia uno de los más interesantes aspectos de este problema, al proponer al FMI un cambio contable de grandes implicaciones.

Hace algún tiempo, el FMI incorporó, entre los datos referentes al déficit público, los gastos en inversiones efectuados por las empresas públicas. De este modo, las ganancias reinvertidas por estas empresas, o los financiamientos que obtenían para efectuar sus inversiones, pasaron a ser contabilizados como gastos públicos, igual que cualquier costo de servicio público que no puede obtener posterior resarcimiento.

Claro que el concepto de déficit público fue siempre severamente condenado por los economistas de formación keynesiana, quienes se dedicaron a demostrar que el gasto público era un instrumento fundamental para superar el desempleo y el atraso económico. ¿Qué decir entonces de un gasto productivo que generaría ganancias posteriores acrecentadas por nuevos niveles de producción?

No es necesario aclarar que este juego contable era la base de toda una campaña contra las empresas públicas, presentándolas como fuentes de déficit público, cuando los datos mostraban más bien un importante superávit en estas empresas, que generaban ganancias significativas para el Estado. En particular las empresas de commodities como el cobre chileno, el petróleo venezolano, mexicano o brasileño, el acero y los minerales de Brasil, Venezuela, y muchos otros casos, que han sido fuentes fundamentales de recursos para el sector público.

Es evidente que, si contabilizamos las inversiones de estas empresas como gastos públicos y fuente de déficit fiscal, se crea una importante matriz de opinión contra dichas empresas. Y también se presentan estos gastos como una fuente de desequilibrios macroeconómicos negativos, cuando en realidad son factores positivos para el crecimiento económico, sin los efectos inflacionarios que tales contabilidades permiten suponer.

La trampa resulta aún más peligrosa cuando se incluye en la categoría de empresas públicas los servicios prestados por el Estado sin remuneración, como es el caso con la enseñanza universitaria. En principio,

casi todos sus gastos pasan a ser “déficit” de las empresas públicas, así como otras actividades similares, como la seguridad social de los funcionarios públicos con la obligatoria contribución del Estado, etcétera.

La cuestión fiscal y sus trampas

Más grave aún es el efecto de esta definición sobre las exigencias del FMI en el sentido de recortar el gasto público no necesario e inflacionario. Este enfoque llevó a recortar las inversiones en la región en los últimos 20 años, durante los cuales nuestro desarrollo quedó definitivamente comprometido al aceptar la tutela de dicho organismo.

En Brasil, por ejemplo, el ahorro del gobierno, que representaba 5,58% del PIB entre 1971 y 1980, cayó a -0,4% entre 1981 y 1990; y cayó entre 1981 y 1990 a 1,59%. Eso significa de hecho el fin de cualquier inversión pública y la casi paralización del país. Es fácil comprender las consecuencias de estas políticas, no sólo sobre el crecimiento de la economía sino también sobre el sistema de educación, salud, transporte, vivienda y otros sectores sociales que dependen cada vez más de la inversión pública.

Y no podemos decir que la inversión privada logró sustituir la ausencia de inversión pública. Aún sin considerar el hecho de que los inversionistas privados rara vez se interesan por atender a la masa de los consumidores sin recursos, todavía existen los problemas de la falta de ahorro privado, de la concentración de aplicaciones financieras sumamente rentables, de la falta de tradición empresarial en el sector privado, del desinterés del capital internacional por las inversiones productivas en los países en desarrollo y, por último, del alto costo del dinero, hecho generado por la determinación de políticas económicas y por las fuertes tasas de interés pagadas por el Estado.

Por estas razones, el ahorro privado tuvo un aumento de 12,35% a 19,67 del PIB, de 1971-1980 a 1981-1990. Pero en el sexenio siguiente (1991-1996), el ahorro privado ya había caído a 16,95% del PIB de Brasil. En cuanto al ahorro externo, representó 3,87% entre 1971-1980, cayendo a 1,57% en 1981-1990, y finalmente a 0,83% en 1991-1996.

Nada de esto impide a los ideólogos tecnócratas de seguir afirmando que sus políticas facilitan la entrada de capital externo y el financiamiento

externo de nuestras economías. Queda entonces muy claro que los agentes económicos terminan por refugiarse cada vez más en la economía informal, relativamente protegida de la competencia internacional mediante mecanismos tales como el no pago de impuestos y la baja remuneración de la mano de obra que no cuenta con el apoyo del Estado.

Esta economía de la miseria, tan elogiada por muchos científicos sociales de la región saludados por la prensa internacional como grandes teóricos del atraso, va expandiéndose a niveles impresionantes. Presentamos, una vez más, los datos de Brasil. Según los cálculos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), el empleo en el sector informal creció de 52% del total del empleo en el país en 1990, pasando a 62% en 1999.

Resulta muy interesante constatar el hecho de que una administración tan subordinada a las metas del FMI como el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, se haya visto obligado a postular una revisión del concepto de déficit fiscal aplicado por este organismo, eliminando de este concepto la cuenta de los gastos en inversiones de las empresas estatales que sobrevivieron al huracán privatizador que el país vivió.

Es extraño constatar que los varios gobiernos del país y de la región aceptaran una virulencia conceptual tan grande por tanto tiempo. Pero no hay por qué asustarse ante esos absurdos. El gobierno de Fernando Henrique Cardoso fue presentado al mundo como un modelo de rigor fiscal. Sin embargo, entre 1994 y 2002, elevó el déficit público del gobierno federal de aproximadamente 64 billones de reales ¡a unos 850 billones de reales!

Cómo pudo esta irresponsabilidad fiscal convertirse en un modelo de rigor fiscal, es una obra de propaganda política, basada en una carencia de toda honestidad informativa, capaz de asustar a cualquiera.

Como se ve, las opiniones dominantes no tienen que apoyarse en hechos. Basta que sean de interés para aquellos que las transmiten. No obstante, los hechos terminan por imponerse, como se vio en el resultado de las elecciones presidenciales en 2002.

En las investigaciones de Latinobarómetro se constata la caída impresionante del apoyo a las privatizaciones en la región. En Brasil, por ejemplo, la discordancia de las privatizaciones representaba solamente 43% de la población en 1998, y llegó a 61% en el año 2000.

En todos los demás países de la región se dio un aumento similar. La desilusión suscitada por el programa de reformas neoliberales en el plano económico incide en la confianza que se pueda tener en el régimen democrático. En Brasil, la aprobación al régimen democrático es una de las más bajas de la región. Según esta misma fuente de información, sólo 35% de los brasileños están satisfechos con la democracia. Se trata de uno de los más bajos índices de toda la región, teniendo por debajo sólo a Paraguay, donde el apoyo a la democracia es de 31%.

Así pues, resulta inquietante constatar que la población de un país tan importante del hemisferio occidental se halle tan distante del ideal democrático, y tan insatisfecha con su aplicación. Tal vez habrá que aceptar que esta usurpación del Estado por parte de los tecnócratas, y el carácter absurdamente conservador y hasta reaccionario de sus decisiones, que están al servicio de las fuerzas sociales más negativas, es la razón fundamental para la desilusión de una población que, hasta hace poco, luchó muy valientemente contra una poderosa dictadura militar.

II. El Estado en un mundo globalizado

Introducción

El debate actual sobre el Estado no se refiere a su evolución histórica, sino a modelos ideales sobre la conveniencia de su mayor o menor participación en la economía. Sin embargo, esta sección trata de rescatar los datos y los análisis que demuestran la tendencia histórica de la creciente intervención del Estado, la cual corresponde a una necesidad esencial del proceso de acumulación capitalista.

Primero, presentaremos un balance de las razones teóricas para dicha intervención, que está cada vez más asociada al proceso de socialización de las formas de propiedad y de las relaciones de producción. La socialización de propiedad privada y del proceso de trabajo es la única forma posible de persistencia de la propiedad privada, colocada ante un proceso de producción cada vez más socializado.

Luego, utilizaremos un amplio conjunto de datos históricos que demuestran la tendencia al crecimiento del Estado mismo durante los gobiernos neoliberales que se declaran enemigos radicales de esta intervención.

Liberalismo, globalización e intervención estatal

Dentro del pensamiento liberal radical —y el neoliberalismo es una expresión de este pensamiento—, el Estado es un monstruo que se opone a los individuos. Estos son entes utilitarios que buscan alcanzar la máxima satisfacción de sus necesidades o deseos con el mínimo esfuerzo. Según esta doctrina, este comportamiento racional maximaliza los esfuerzos humanos y permite alcanzar el máximo desarrollo de cada individuo y, por ende, de toda la sociedad, pues esta no es más que la suma de los individuos.

En la visión radical liberal, el Estado se opone así a la sociedad civil, en vez de ser su expresión, como Marx lo había constatado. El carácter impositivo y dictatorial del Estado, en el que se concentran la soberanía, el poder de vida y muerte, y el monopolio final de la violencia, carácter reconocido por liberales y anarquistas, era también admitido por Marx y sus seguidores. No obstante, reconocían en el Estado un producto de la división de clases de la sociedad civil. El Estado es el instrumento máximo del poder de la clase dominante en un modo determinado de producción y en una formación social determinada. Cuanto más legítimo es este poder, menos se necesita el Estado; cuanto más cuestionado, más se necesita este instrumento de imposición de normas y reglas al conjunto de la población, permitiendo la reproducción de las relaciones de producción dominantes.

Pero el Estado no cumple únicamente esta función soberana de garantía de orden. Tiene que materializar, además, su poder militar y policial.

Históricamente, fue siempre una fuente de poder económico, cumpliendo tareas productivas de contenido social que los poderes privados no logran realizar. El Estado del modo de producción asiático implantó el sistema de regadío que le dio un inmenso poder sobre las comunidades

rurales. En la Antigüedad, en el Medio Oriente ejerció un papel similar con respecto a la agricultura y a los conocimientos astronómicos esenciales para el éxito de la siembra y la cosecha. Cumplió un papel regente en la expansión mercantil europea, tanto marítima como terrestre. Aseguró el régimen de trabajo esclavo, y apoyó materialmente su expansión en las colonias. Cumplió un papel fundamental en la implantación de las actividades religiosas, la organización urbana, el comercio, el artesanado, la acumulación de conocimiento, etcétera.

Si el Estado tuvo menos poder en la alta Edad Media occidental, fue debido a que estas economías representaban zonas muy atrasadas en comparación con el Oriente. Roma mantuvo el ideal imperial y la burocracia estatal más o menos en interrelación con las clases dominantes y la burocracia religiosa. Las ciudades-Estado mantuvieron y hasta acrecentaron su poder en torno a las actividades comerciales del Mediterráneo, debido a su función de intermediarias entre estas y la Europa Central. En cuando a los grandes Estados imperiales de Oriente, siguieron sustentando las economías comerciales, o simplemente el saqueo militar o el cobro de tributos a los pueblos dependientes del poder militar imperial.

La moderna economía mercantil nació acoplada directamente al poder de las Coronas, sobre todo las monarquías ibéricas: Portugal y España.

Las nacientes burguesías comerciales no disponían de suficiente poder para asumir por sí mismas la inmensa tarea de expansión oceánica. El capital financiero acumulado por genoveses y judíos sirvió sobre todo para los monarcas españoles y portugueses, financiando sus planos de expansión mundial. Si bien el Estado holandés no ejerció directamente funciones productivas, sin embargo tuvo un importante papel en la organización de las finanzas y las condiciones comerciales de expansión holandesa. Y aún más activo fue el Estado inglés en la creación de la acumulación primitiva que permitió el surgimiento del capitalismo como un nuevo modo de producción. El Estado francés organizó directamente las manufacturas que dieron origen a las industrias modernas. El tan criticado mercantilismo fue el que creó las condiciones de existencia de su enemigo: el liberalismo.

Mientras más se desarrolla y consolida la economía industrial moderna, más avanzan las tareas económicas de contenido colectivo y más obligado se ve el Estado a asumir las tareas fundamentales para la sustentación del desarrollo económico. Así, el Estado liberal fue ampliando sus tareas del siglo XVIII al XIX. Descartó los monopolios comerciales que habían forjado la expansión comercial imperialista, y se hizo antimercantilista sólo para apoyar las nuevas actividades industriales y los nuevos centros urbanos, que se expandieron mediante la destrucción de la economía rural precapitalista y la expansión de las concesiones estatales para la construcción de infraestructuras en todo el imperio (centro y colonia): ferrocarril, barcos a vapor, puertos modernos, telefonía, gas, electricidad, extracción de carbón.

Toda esta moderna parafernalia fue instalándose bajo la orientación del Estado, que financió y construyó los medios para el llamado progreso y, a la vez, creó las condiciones de ciudadanía moderna con el surgimiento de la educación pública en la segunda mitad del siglo XIX. El proteccionismo fue combatido en Inglaterra, donde ponía serios límites al desarrollo industrial. Se trataba de promover la importación de productos agrícolas para los trabajadores industriales, y de materias primas para las fábricas que iban surgiendo. Pero los principios proteccionistas fueron adoptados por las nuevas potencias industriales, como Estados Unidos de Hamilton y de la guerra civil contra la rebelión librecambista de los productos sudistas; o como la Alemania de Bismarck y el Japón de la restauración Meiji (ejemplo perfecto del Estado articulador y organizador de la actividad económica industrial).

Mientras más avanza el modo de producción capitalista y la forma social de la producción (concentrada en enormes fábricas y unidades de producción, distribución, comercialización y financieras), más se necesita la intervención estatal. Las tareas de la consolidación nacional (siempre producida mediante la fuerza, ejercida sobre los demás por las etnias y los grupos lingüísticos y religiosos triunfantes) y de la expansión imperialista exigieron una intervención aún mayor del Estado en el plano militar. Las fuerzas armadas se comprometieron con estas políticas expansionistas, hasta que se llegó a las dos guerras mundiales del siglo XX, en las que el Estado asumió el control directo del sistema económico capitalista en su conjunto.

De la Primera Guerra Mundial resultó la Revolución rusa y la caída definitiva de las monarquías de la Europa Central. La crisis de 1929 mostró los límites finales de los sistemas de regulación económica basados en el mercado, e introdujo nuevas reglas de conducción de la vida económica bajo la creciente intervención del Estado. Esta intervención empezó a ser considerada como una obligación del Estado de Bienestar. La noción de ciudadanía y de sociedad civil cambió drásticamente. Surgieron nuevos derechos sociales que responsabilizaron al Estado por el pleno empleo, por la educación hasta un nivel superior, por el crecimiento económico, y por la innovación tecnológica que lo sustenta, por el transporte público, la vivienda y toda la infraestructura urbana y suburbana.

Hay que resaltar el contenido mundial de estas tareas: derrotado el nazifascismo después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados nacionales de los países que surgieron del proceso de descolonización tuvieron que responsabilizarse directamente por el desarrollo. Las empresas multinacionales exigían también la intervención estatal para sustentar su expansión mundial. Los préstamos internacionales organizados por el Banco Mundial, el financiamiento de las exportaciones por parte del Eximbank norteamericano, imitado luego por los países desarrollados ya recuperados de los efectos de la guerra, los planos internacionales de desarrollo, como el plan Marshall, y los varios planos nacionales, pasaron a financiar proyectos económicos internacionales, nacionales, regionales, y locales. La ayuda económica se convirtió en una obligación establecida por las Naciones Unidas. El FMI intervino cada vez más en el mundo ex colonial para imponer medidas de estabilización monetaria.

En los años sesenta y setenta, el surgimiento de regímenes progresistas en el Tercer Mundo, y de los nuevos movimientos sociales en los países desarrollados, que se intensificaron en las jornadas de 1968, aumentó aún más sensiblemente la intervención del Estado en el conjunto de la vida económica, social y cultural.

Con el surgimiento y desarrollo de los Estados socialistas, aumentó significativamente la intervención del Estado en las economías de Europa Oriental, de la Unión Soviética, de China, Cuba y Argelia, Corea y Vietnam. Unas profundas reformas agrarias en Japón, en Corea del

Sur, en la China de Formosa, se combinaban con políticas industriales y comerciales bien definidas, y poderosos imperios industrial-comercial-financieros. Las comunidades locales, las prefecturas y gobernaciones, o los consejos de planificación regional, aumentaban el papel del Estado en la definición, el apoyo y el financiamiento de casi todas las actividades económicas.

En los países dependientes y coloniales en proceso de industrialización, y en las nuevas naciones y Estados en formación, los Estados nacionales recién creados o recién fortalecidos asumieron un creciente papel en las políticas de desarrollo. Tuvieron que crear directamente colosales infraestructuras de transporte, energía, educación, vivienda, salud, industrias básicas (sobre todo siderúrgica, petroquímica y química en general) y, parcialmente, hasta industrias de bienes durables y de consumo final.

En este proceso, se destaca la nacionalización de la prospección y el refinamiento del petróleo a fines de los años sesenta. El cártel de las siete grandes compañías petroleras (algunas fuertemente estatizadas, como la Shell) fue totalmente sustituido por empresas estatales o semiestatales, creándose el cártel de los países productores de petróleo (OPEP), mientras que las siete grandes se concentraban en la distribución, en un refinamiento más sofisticado, y en la petroquímica fina. En aquel período, esto hizo posible el aumento del precio del petróleo en 1973, y el surgimiento geopolítico del Tercer Mundo, con la propuesta de un Nuevo Orden Económico Mundial a partir de la Carta de los Derechos Económicos de los Pueblos, aprobada por las Naciones Unidas.

La nacionalización del cobre en el Chile de Allende, en 1971, en otros países como Zambia y Ecuador, llevó a la creación de la Organización de los Países Productores de Cobre (OPEC), que no tuvo el mismo éxito de la OPEP porque la dictadura que derrotó a Allende, pese a conservar la nacionalización del cobre, no dio continuidad a la política del cártel de productores.

Ciertamente, estas políticas se dieron en un período de disminución de la importancia estratégica de dichas materias primas, que se encontraban en un proceso (todavía inconcluso) de sustitución por sucedáneos tecnológicos más eficientes. No obstante, el susto producido por la política de precios de la OPEP fue suficiente para generar una Comisión

Trilateral, creada exactamente para responder a este fortalecimiento de los países socialistas, de los nuevos países industriales del Tercer Mundo, y de los carteles de materias primas.

La confrontación militar de Estados Unidos con Vietnam fue otro importante de intensificación del gasto público en el período de 1967-1973.

El gasto militar asumió una nueva dimensión en ese período. El avance de la tecnología militar aumentaba enormemente los costos de los equipos militares y de investigación y desarrollo en este sector: las bombas nucleares acopladas a cohetes inteligentes de alta precisión y creciente autonomía de vuelo transformaban el carácter del gasto militar. Terminada la guerra, disminuía la cantidad de reclutas y aumentaba la necesidad de personal técnico profesional, además de los altos costos de material y equipamiento utilizados. Por ende, el gasto militar disminuía sus efectos favorables al pleno empleo, pero generaba empleos para personal altamente calificado y técnico.

El esperado efecto de *speed off* de estas inversiones quedaba cada vez más lejos de los gastos en investigación básica, que crecían en mayor proporción. En los años ochenta, estos asumen la forma de grandes proyectos conocidos como “Ciencia grande” (Guerra de las Galaxias o Iniciativa Militar Estratégica, Proyecto Genoma o gran acelerador de partículas, etcétera), cuyos efectos más inmediatos en el plano militar son de mediano plazo, y en el plano civil son de largo plazo o a veces hasta inexistentes.

En ese período, la intervención creciente del Estado aumentó enormemente la participación del gasto público en el Producto Nacional Bruto, como veremos en el próximo ítem. Esto significó un sistema impositivo cada vez más fuerte y, algunas veces, la intervención directa del Estado en el sistema productivo y distributivo con el control de empresas y sectores económicos enteros, como el sector financiero. En los años setenta y ochenta se estatizaron, entre otros, los sectores financieros de Chile (después del golpe de Estado de 1973, fue devuelto al sector privado, pero en 1982 el régimen militar lo volvió a nacionalizar, y luego fue nuevamente privatizado), de Francia (que recientemente fue privatizado), de México (reprivatizado luego, y ahora bajo fuerte asistencia estatal), de Portugal (también parcialmente reprivatizado). En muchos

otros países, los bancos y servicios financieros estatales se multiplicaron. Pero lo más importante fue el crecimiento de la intervención de los bancos centrales sobre la actividad financiera en general, al mismo tiempo que crecieron enormemente el déficit público y, en consecuencia, la deuda pública y su constante refinanciamiento, sobre todo en los años ochenta.

La caída de las inversiones productivas desde 1967 siguió a la caída de los ingresos promedios del sistema capitalista mundial, particularmente en los países centrales. Se trataba del inicio de una fase B (recesiva) de las ondas largas de Kondratiev. El aumento del desempleo hasta dos dígitos se anunció a fines de los años sesenta como un elemento que pasaría a ser estructural, consolidándose en los años setenta y ochenta. Los costos del seguro del desempleo comenzaron a elevarse junto con los demás gastos sociales. La especulación financiera comenzó a sustituir los gastos productivos. El crecimiento del gasto público y, por ende, el crecimiento del déficit público en los años setenta y ochenta, ampliaron la base del sistema financiero. Los títulos de la deuda pública comenzaron a presionar las tasas de interés hacia arriba. El surgimiento de los petrodólares en los años setenta generó un gran excedente financiero mundial, que fue reciclado por el sistema financiero norteamericano y, en segundo lugar, por el europeo. Este reciclaje se dirigió primero a los países del Tercer Mundo y a los países socialistas que tenían enormes deudas externas en los años setenta. Pero, como decimos en la segunda sección de este libro, Estados Unidos tenía el liderazgo mundial del déficit público, activado sobre todo por los gastos militares, y aumentado por los costos crecientes del seguro de desempleo y otros gastos sociales, debido al aumento del desempleo.

La presión de los movimientos sociales aumentó junto con la de los países productores de materias primas, y también las políticas de crecimiento económico de los países socialistas que comenzaban a insertarse en el sistema financiero y comercial internacional y, por ende, a sufrir los efectos de la crisis internacional del capitalismo. El caso más evidente fue el efecto del aumento del precio internacional del petróleo sobre las relaciones entre la Unión Soviética y los demás países del COMECON (Consejo de Asistencia Económica Mutua). La única productora de petróleo en el

COMECOM era la Unión Soviética, y no tenía ningún interés en mantener los bajos precios practicados en el seno del bloque. Por otra parte, si aumentaba los precios, siguiendo la tendencia internacional, se produciría una total anarquía dentro del bloque. ¿Qué camino seguir? ¿Desprenderse del bloque o mantener los bajos precios del petróleo y los compromisos asumidos? La solución encontrada fue la disolución del bloque.

No cabe duda de que una política de ajuste al mercado mundial hacía inviable el desarrollo de estos países y abría una grave crisis dentro de ellos, que desembocaría en la disgregación del bloque socialista. La baja de los precios del petróleo a finales de la década, no vino a resolver el problema. Al contrario, profundizó las dificultades económicas de la Unión Soviética y precipitó la crisis del COMECOM.

Vemos así que la mayor estructura estatal del mundo, la que se erigió en los años veinte y treinta en los países socialistas, entró en una profunda depresión y disgregación en función de la destrucción de su industria militar, asumida como política unilateral de la Unión Soviética, de su reestructuración industrial, y de su creciente articulación con el mercado mundial. Esta reestructuración generalizada, y hasta revolucionaria, generó una crisis del Estado nacional (en realidad, multinacional) soviético, pero nada permite concluir que sea definitiva y conclusiva.

Posiblemente, el Estado soviético, disuelto en 1991, se reconstruirá sobre nuevas bases, menos burocráticas y autoritarias. Sobre todo, es de prever que asumirá funciones nuevas al aumentar la integración de Rusia con las economías de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), y con la economía mundial. Su incorporación creciente en la economía mundial deberá fortalecer las soluciones de capitalismo de Estado en el seno del bloque y en los otros países con los que comercia. Los cambios económicos se vieron cada vez más determinados por la intervención del Estado ruso y de la CEI en la economía mundial. Cuando este Estado se encuentre con su peso real en la economía mundial, habrá que proceder a nuevos procesos de estatización, con enormes consecuencias internacionales.

Así, el ciclo de privatizaciones que se dio en los años ochenta y ha seguido formalizándose en las décadas siguientes, no ha sido una tendencia histórica, pero sí un proceso de ajustes a mediano plazo.

Un análisis estadístico de la intervención estatal

Los estudios empíricos sobre la intervención de los Estados nacionales en la economía y en la vida social, confirman claramente los análisis hechos en el ítem anterior. El economista Vito Tanzi y los colaboradores del Banco Mundial han llevado a cabo uno de los mayores esfuerzos de análisis estadístico.⁵ Desafortunadamente, se limitan a los países industrializados, cuyas estadísticas son más completas. Sin embargo, indican una tendencia general que sólo se exacerbaría si se incluyeran los países en desarrollo y los países socialistas, hasta las reformas de transición hacia el mercado, de 1989 a 1996.⁶

Al analizar el cuadro I sobre el crecimiento del gasto de los gobiernos, en porcentaje del PIB, podemos constatar una tendencia histórica a elevar el nivel de intervención estatal sobre la economía.

Cuadro I. El crecimiento del gasto del Estado (en porcentajes del PIB)

Países	Siglo XIX, hacia 1887 (1)	Antes de la 1ª Guerra Mundial, hacia 1913 (1)	Después de la 1ª Guerra Mundial, hacia 1920 (1)	Antes de la 2ª Guerra Mundial, 1937	Después de la 2ª Guerra 1960	1980	1990	1994
Austria...	14,7	15,2	35,7	48,1	48,6	51,5
Bélgica...	21,8	30,3	58,6	54,8	54,8
Canadá	13,3	18,6	28,6	38,8	46	47,4
Francia	12,6	17	27,6	29	34,6	46,1	49,8	54,9
Alemania	10	14,8	25	42,4	32,4	47,9	45,1	49
Italia	11,9	11,1	22,5	24,5	30,1	41,9	53,2	53,9

5. El trabajo preliminar de estos autores para el Banco Mundial, "O Crescimento do Governo e a Reforma do Estado nos Países Industriais". "El crecimiento del gobierno y la reforma del Estado en los Países Industriales" está resumido en la *Gazeta Mercantil* del 21 de mayo de 1996, p. A-9.

6. Hay una síntesis de los resultados de estas reformas en el *Informe Anual del Banco Mundial* (1996).

Japón	8,8	8,3	14,8	25,4	17,5	32	31,7	35,8
Holanda	9,1	9	13,5	19	33,7	55,2	54	54,4
Noruega	3,7	8,3	13,7	...	29,9	37,5	53,8	55,6
España	...	8,3	9,3	18,4	18,8	32,2	42	45,6
Suecia	5,7	6,3	8,1	10,4	31	60,1	59,1	68,8
Suiza	...	2,7	4,6	6,1	17,2	32,8	33,5	37,6
Inglaterra	9,4	12,7	26,2	30	32,2	43	39,9	42,9
USA	3,9	1,8	7	8,6	27	31,8	33,3	33,5
Australia	21,2	31,6	34,7	37,5
Irlanda	28	48,9	41,2	43,8
Nueva Zelanda	26,9	38,1	41,3	35,7
Promedio	8,3	9,1	15,4	20,7	27,9	42,6	44,8	47,2

Fuente: OCDE y Banco Mundial (presentado por Vitor Tanzi y colaboradores, "Crescimento do Governo e a reforma do Estado nos Países Industriais", informe preliminar para el Banco Mundial).

El primer nivel se alcanzó hacia 1880 y se hizo representativo hacia la segunda mitad del siglo XIX. Los países que tenían más tradición histórica de gasto público pasaron de los 10%. Fue el caso de Francia, con 12,6% del PIB; el de Alemania, con 10,0%; y el de Italia con 11,9%. Los demás no pasaban de un dígito. Estados Unidos con 3,9% y Noruega con 3,7% estaban muy abajo. El promedio del período era de 8,3%. No se constatan cambios muy grandes hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, cuando el promedio subió a 9,1%. Recordemos que desde 1870 hasta 1913 ocurrió una importante expansión de las colonias y de la lucha por su consolidación y, por ende, de expresión del gasto militar de las metrópolis.

El segundo nivel se instauró a partir de la Primera Guerra Mundial, y se extendió hasta la postguerra (década de los años veinte), a pesar de la disminución de los gastos militares cuando finalizó el conflicto. La desmovilización militar no fue suficiente para hacer retroceder los

gastos públicos a los niveles anteriores a 1914. El promedio general de los gastos del gobierno hacia 1920 subió a 15,4% de los PIB de los países concernidos. Algunos países accedieron al nivel superior al 20%, como Francia (27,6%), Alemania (25%), Italia (22,5%), Inglaterra (26,2%). Al respecto, países que no participaron en la Primera Guerra Mundial, como Estados Unidos (7,0%), Suiza (4,6%), España (9,3%), Suecia (8,1%), Noruega (8,3%), Holanda (9,0%), Japón (8,3%) están muy por debajo del promedio. Puede decirse que en ese período surge el capitalismo monopolista de Estado que Nikolai Bakunin identifica como definidor de una nueva fase histórica (Hilferding clasificará la fusión del capital monopólico con el gasto público como un “capitalismo organizado”).⁷

El segundo nivel alcanzará su punto más alto en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Durante los años treinta, la intervención estatal aumentó aún más a consecuencia de la crisis de 1929. El crecimiento avasallador del desempleo puso definitivamente en tela de juicio la ley de Say, según la cual la producción crea su demanda. Keynes y otros economistas apelaron a la intervención del Estado para aumentar la demanda y, por ende, estimular la producción y el empleo.

En Estados Unidos, el *New deal* de Roosevelt ponía en práctica muchas de esas ideas. Al mismo tiempo, en la Italia fascista y en la Alemania nazi, se arremetía fuertemente contra los principios políticos del liberalismo, y se combinaba una política monetaria de restricción drástica de los servicios públicos y el incremento de los gastos estatales en el sector militar.

Así, hacia 1937, el promedio del gasto estatal de los países estudiados aumentaba ligeramente a 20,7% del PIB. Pero, al mismo tiempo, se daban contrastes sumamente fuertes. La Alemania nazi había elevado los gastos gubernamentales hasta 42,4% del PIB. Y en Inglaterra, bajo la presión de las fuerzas laborales, el gasto público había alcanzado al 30% del PIB. Se trataba de dos modelos opuestos de capitalismo de Estado: el militarista y el socialista. No obstante, ambos indicaban la misma tendencia de crecimiento de la intervención del Estado en la economía. Ese mismo año, Francia alcanzaba un porcentaje de gasto público de 29%, Italia llegaba a

7. Ver Bujarin, Nikolai (1985) *Imperialismo y economía mundial*; Hilferding, Rudolf *O capital financeiro* (San Pablo: Nova Cultura).

24,5%, Japón ya saltaba a 25,4% en función de su política imperialista en Asia. Estados Unidos con 8,6%, Suiza con 6,1% y Suecia con 10,4% seguían con bajos porcentajes de gasto público en relación al PIB.

El tercer nivel se alcanzó a partir de la Segunda Guerra Mundial. La victoria aliada eliminó radicalmente el gasto militar de las importantes economías derrotadas, como la alemana y la japonesa; pero, por otra parte, el hábil manejo del fantasma de la Guerra Fría permitió una significativa reconversión del gasto militar en Estados Unidos, y hasta su expansión en el marco de dos guerras coloniales (Corea y Vietnam).

En 1960, pese a no encontrarnos en un caso extremo de militarismo, como la Alemania nazi, el promedio de los gastos públicos saltó a 27,9% del PIB, acercándose en todos los países al 30%. Sólo el Japón ocupado (17,5%) y la España fascista que se había mantenido “neutra” y, al mismo tiempo, bastante aislada (18,8%), presentaron un porcentaje menor al 20% del PIB.

Sin embargo, entre 1960 y 1980 se dio un enorme salto en el gasto público, que se explica por los motivos descritos en el ítem anterior: el auge de la Guerra Fría y de la guerra de Vietnam, el crecimiento de los antiguos Estados coloniales, el aumento de la lucha y de las conquistas sociales y su desarrollo en nuevos frentes, la creciente socialización de la producción y su dependencia con respecto a los crecientes gastos en investigación y desarrollo, educación y avance cultural.

En 1980, se llegó a un cuarto nivel, con un promedio de gasto público relacionado con el PIB de 42,6%. Algunos países como Bélgica con 58,6%, Holanda con 55,2%, Suecia con 60,1%, alcanzaron a cerca de 60%. Todos son países orientados hacia el gasto social y no hacia el gasto militar. En aquella época, Alemania con 47,9% y Japón con 32,0% tenían prohibición de expandir sus gastos militares, y se orientaron intensamente hacia el desarrollo científico-tecnológico y el crecimiento económico con base en una fuerte competitividad internacional. Francia con 46,1%, Estados Unidos con 31,8%, Inglaterra con 43,0%, eran grandes inversionistas en el sector militar, pero también aumentaron mucho sus gastos sociales en ese período.

En fin, entre 1960 y 1980, el llamado Estado de Bienestar se consolidaba en el mundo desarrollado. Los partidos socialdemócratas y socialistas llegaron al gobierno después de muchos años de permanencia

en la oposición (excepto en Suecia, donde estuvieron en el poder desde los años treinta; en Inglaterra, donde los laboristas gobernaron brevemente en los años veinte, cuarenta y cincuenta; y en otros países donde, ocasionalmente, formaron parte de gobiernos, como en la Alemania de Weimar, pero siempre en alianza con los liberales). En ese período, los gastos en investigación y desarrollo también formaron parte sustancial del gasto público, y aumentaron las formas de participación del Estado en el apoyo, la regulación, y la gestión de acumulación de capitales (Dos Santos, 1983).

Este aumento del gasto público significó, a la vez, un importante crecimiento del déficit público. Pero esto hay que analizarlo con cuidado.

Según los datos de la OCDE (1995), hubo en varios países un importante crecimiento de la deuda pública bruta, en porcentaje del PIB, entre 1973 y 1980. No fue el caso de Estados Unidos, a la cabeza de la economía mundial, donde el porcentaje de la deuda pública sobre el PIB cayó de 40,6% a 37,9%. Esto se explica por el final de la guerra de Vietnam en 1973, y la consecuente caída del gasto militar. Lo mismo ocurrió en Inglaterra, donde la deuda pública bajó de 69,7% a 54,6% del PIB; en Canadá, donde bajó de 46,7% a 45,1%; y hasta en Italia, de 60,6% a 58,5%. No obstante, en ese mismo período, en Japón hubo un enorme aumento de la deuda pública de 17% a 32% del PIB; en Alemania pasó de 18,6% a 32,5%; en Francia también se constató un aumento de 25,1% a 37,3%.

Pero el crecimiento más importante de la deuda pública ocurrió poco después, es decir, de 1980 a nuestros días. Esto se explica por el aumento de la tasa de interés en Estados Unidos, en 1979, que provocó el aumento de la tasa de interés en los demás países. Según el Cuadro II, en los siete grandes países la participación de la deuda pública bruta en el PIB aumentó de una media de 36,8% en 1973 a 43,2% en 1980, a 55,5% en 1985, a 59,5% en 1990, a 67,3% en 1994. En aparente paradoja, este fue un período de hegemonía conservadora. Fueron los años de triunfo del pensamiento liberal, cuando se recortaron drásticamente los gastos sociales en la mayor parte de esos países. En ese período se impuso el “principio” tan “sabio” de Milton Friedman de que no hay almuerzo si alguien no paga. Sin embargo, parece que en ese período hubo más pago y menos almuerzo.

Cuadro II. La deuda pública bruta. Deuda pública bruta en las administraciones públicas, en porcentajes del PIB - 1973 - 1994

Países	1973	1980	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994
USA	40,6	37,9	48,3	51,3	52,6	53,2	54	58,2	59,8	632	65,1	65,9
Japón	17	52	68,7	72,3	74,9	72,8	70,6	698	68,2	55,2	66	65,9
Alemania	18,6	32,5	42,5	42,5	43,8	44,4	43,2	43,6	42	432	46,6	49,6
Francia	25,1	37,3	45,4	45,7	472	46,8	47,5	46,6	48,6	51,6	56,7	61,4
Italia	60,6	58,5	84,3	88,2	92,6	94,8	97,9	100,5	104	108,1	114,5	116,3
Inglaterra	69,7	54,6	52,7	51,1	48,6	42,2	36,8	34,7	35,4	41	47,6	52,5
Canadá	46,7	45,1	65	68,9	70,1	69,3	89,5	71,9	77,6	83	86,2	87,1
Países por encima	36,8	43,2	55,5	57,9	59,4	59	58,6	59,5	61,2	63,3	65,9	87,3
Australia	...	25,1	31,1	27,3	27	25,5	26,3	29,4	34,4	39
Austria	...	37,2	49,6	53,6	57,3	57,6	56,9	56,4	57	55,8	56,2	56,2
Bélgica	...	79,9	122,6	127	131,8	133,2	130,5	131,2	133,2	135,3	140	141,5
Dinamarca	...	33,5	64,1	58,3	55,9	58	58,5	59,5	60,7	62,4	65,7	68,4
Finlandia	...	13,6	19	18,8	20	18,6	16,4	16,8	22,4	31,4	41,4	49,8
Grecia	...	27,7	57,9	58,6	64,7	71,5	76,3	68,7	95,9	92,4	90,9	90,8
Irlanda	...	78	107,9	119,9	120,6	118,2	108,8	101,7	99,8	98,8	95,1	93,3
Países Bajos	...	45,9	67,9	69,6	73,5	76,2	76,3	76,1	75,8	77	79,7	80,6
Noruega	...	52,2	40,7	51,1	42,7	42,6	42,7	39,1	40,1	43,3	47,1	49,9
España	...	18,5	48,8	49,9	49,4	45,7	47	48,6	49,3	51,9	55,7	59,1
Suecia	...	44,8	37,6	67,1	59,1	53,5	48,4	44,2	45,7	52,9	65,8	76,4
Países europeos por encima	...	42,6	56,7	57,7	58,5	57,8	57,1	57,1	58,3	61,3	66,3	69,6
Países OCDE por encima	...	42,5	55,8	50,1	59,5	59	58,5	59,2	60,9	63,2	65,9	57,7

Fuente: OCDE, Perspectives économiques.

La explicación para el aumento de los gastos públicos estaba en el aumento de los gastos militares en Estados Unidos, y en las transferencias en forma de pago de intereses que, como se sabe (sin tener que apelar al alto nivel filosófico de los “banquetes” de Milton Friedman), fueron a parar a manos de inversionistas y especuladores que no le pagan almuerzo a nadie. Al contrario, el contribuyente es quien les paga sus almuerzos...

Entre 1980 y 1994, el porcentaje de pago de intereses líquidos sobre el conjunto de los gastos públicos subió de 3,9% a 6,1% en Estados Unidos; en Alemania, pasó de 2,7% a 6,1%; en Francia, de 1,8% a 6,2%; y en Italia, de 11,1% a 21,1%. Sin embargo, en Japón, de 3,3% en 1980 cayó a 0,7% en 1994, y en Inglaterra, en el mismo período, de 7,3% a 6,9%, se dio una tendencia a la caída de estas transferencias. En el resto del mundo prevalecía una tendencia a un sustancial aumento de los gastos con pagos de interés en relación al pago público total. En los países europeos estudiados por la OCDE, esta participación subió de 7,5% en 1981 a 9,4% en 1994.

Estos datos muestran que la mayor responsabilidad por el aumento de la deuda pública la tenían los altos intereses pagados para el financiamiento de la misma. Según los autores anteriormente citados (Tanzi y Schuknecht), “el crecimiento de los gastos públicos en los países ricos se debió principalmente a las transferencias y los subsidios, que subieron de 0,9% del PIB en 1870 a 23% en 1992. Los gastos efectuados directamente por el Estado (el consumo del gobierno) crecieron también, aunque en forma menos dramática: de 4,6% en 1870 a 17,7% en 1994”.⁸

Esta tendencia resulta aún más clara cuando nos remitimos al análisis de los datos de 1970. Los mismos autores dicen: “Los intereses pagados por los gobiernos sobre sus deudas públicas, en un período más reciente, subieron de 1,9% del PIB en 1970 a 4,3% en 1992”.⁹

Los autores buscan explicar el aumento de los intereses a partir del aumento de la deuda pública, pero es claro y evidente que lo que se dio fue exactamente lo contrario: fue el aumento de la tasa de interés lo que hizo aumentar la deuda pública. En verdad, el aumento de la tasa de interés pagada por el Estado no nació necesariamente de las relaciones

8. Estos datos se encuentran en el artículo ya citado de la *Gazeta Mercantil* del 21 de mayo de 1996, p. A-9.

9. En el mismo artículo citado.

mercantiles, sino de la orientación y administración de las políticas públicas. Es aparentemente contradictorio (pero sólo aparentemente) el hecho de que fueron gobiernos conservadores, o presionados por ideas conservadoras (claramente originados e influenciados por los pensadores neoliberales), los que iniciaron esta ola de endeudamiento público. Este asunto está tratado más en detalle en otros trabajos del autor (Dos Santos, 1994).

En verdad, en los años de hegemonía liberal, desde 1980 y durante la década de los años noventa, no se alteró la tendencia al crecimiento del gasto público. En Estados Unidos de Ronald Reagan, el gasto público subió de 31,8% del PIB en 1980 a 33,5% del PIB en 1994. En la Inglaterra de Margaret Thatcher y sus herederos conservadores, la participación de los gastos públicos en el PIB cayó de 43% en 1980 a 39,9% en 1990, y regresó a 42,9% en 1994. De esta manera, los datos muestran que los gobiernos neoliberales sólo lograron estabilizar el gasto público en relación con el PIB. El promedio de los países estudiados por Tanzi y Fanizza subió de 42,6% en 1980 a 44,8% en 1990, y a 47,2% en 1994 (ver Cuadro I).

Es verdad que en ese período hubo una importante privatización de empresas estatales. No obstante, hay que mitigar esta afirmación con los siguientes hechos:

1. Las empresas privatizadas constituyeron, en general, parte del sistema monopólico y oligopólico privado, fuertemente articulado con el Estado. En muchos casos, fueron empresas estatales que compraron las empresas “privatizadas”, como cuando Iberia adquirió Aerolíneas Argentinas, etcétera. Finalmente, las “privatizaciones” contaron, en general, con enormes subsidios estatales.
2. El proceso de privatización de empresas, en vez de ir acompañado de una disminución del déficit público, estaba ligado a un enorme aumento del mismo y de la tasa de interés pagada por los Estados nacionales, por lo menos hasta 1989-1990 en los países desarrollados; sin embargo, siguió en aumento en los países periféricos en la década de los años noventa, so pretexto de atraer capitales del resto del mundo para financiar un nuevo déficit comercial creado por políticas cambiarias de sobrevaluación de las monedas locales.

Junto a las privatizaciones occidentales, está el caso importantísimo de las privatizaciones en Europa Oriental y en la ex Unión Soviética. En este caso, hubo una efectiva privatización cuyos efectos finales todavía son desconocidos. De inmediato, la privatización de empresas que generaban recursos para el Estado, sin un régimen fiscal capaz de compensar la pérdida de estos recursos, produjo enormes “déficits” públicos y crecientes pagos de interés, especulación con títulos públicos, etcétera. Los efectos inmediatos fueron el desempleo y la aparición de mafias, como lo muestra el informe del Banco Mundial ya citado, en el que se trata de minimizar esta situación, calificándola de “transitoria”, pero los sondeos de opinión pública en Rusia indican que la población tiene una opinión diferente al respecto. Según el informe citado:

Las investigaciones realizadas en diciembre de 1991 indicaban que más de una cuarta parte de los rusos disientía de la afirmación según la cual el pueblo se beneficiaba con la introducción de la propiedad privada. En marzo de 1995, más de los dos tercios disientían (Banco Mundial, 1996: 13).

Así pues, no hay seguridad de que las privatizaciones sean resultado del progreso democrático, como se señala, ni está claro si continuarán o si se limitarán y consolidarán en su extensión actual. Todo indica que en esos países se va a establecer una nueva relación entre la empresa pública, las empresas sociales y las privadas, según principios que garanticen la eficiencia y la competitividad, y también el empleo y las conquistas sociales que todos reconocen.

Razones para la presión neoliberal

No sin razón, hemos hablado del neoliberalismo de una ilusión, cuyas fuentes son evidentemente ideológicas. Ciertamente, los economistas neoliberales saben que vivimos en un mundo donde prevalecen el crecimiento de la concentración económica, el monopolio y el capitalismo de Estado. Si no lo saben es porque ignoran los datos más elementales de la vida económica contemporánea. ¿Por qué insisten, entonces, en proponer un retorno a la competencia perfecta?

Podemos encontrar dos razones materiales para estas preocupaciones por parte de esa legión de economistas que se dedican a modelar formalmente tendencias y comportamientos inexistentes y ya superados desde hace tiempo.

En primer lugar, los años sesenta y setenta estuvieron signados por la caída de la tasa promedio de interés en Estados Unidos y otros países desarrollados. Al mismo tiempo, y en parte por esta razón, aumentó la competencia entre Estados Unidos y Europa (principalmente Alemania) y Japón, que a comienzos de la década del sesenta ya se habían recuperado completamente de la destrucción ocurrida durante la Segunda Guerra Mundial; a partir de entonces, volvieron a competir con Estados Unidos por los mercados para sus productos e inversiones en la economía mundial.

En ese mismo período, los países en desarrollo emergieron como productores industriales en busca de mercados externos. La Unión Soviética y el bloque socialista también aumentaron su intercambio con los países capitalistas. Se trataba, ciertamente, de un nuevo mercado potencial para el sistema capitalista mundial, despertando el interés y la competencia en los países y las empresas capitalistas en conquistarlo. Además de esto, los países emergentes también empezaban a competir (aunque moderadamente) en el mercado mundial. Todos esos cambios parciales configuraban una tendencia más general a un aumento de la competencia en el conjunto del sistema capitalista, y una subsiguiente quiebra de los monopolios hasta entonces consolidados. Por ende, no sólo aumentaba la competencia mundial entre las empresas de distintas nacionalidades, sino que también las empresas multinacionales buscaban maximizar la utilización de estas situaciones diferenciadas (que estas pueden aplicar en los diversos países donde operan) para aumentar sus ventajas competitivas en relación con los capitales exclusivamente nacionales (incluso de sus países de origen).

Ante la complejidad de los intereses en pugna, los Estados nacionales disminuyeron su capacidad de intermediar en los conflictos, y se abrió un período de competencia anárquica internacional. La Comisión Trilateral, con el gobierno de Carter, buscó poner orden en ese relativo caos creando el Grupo de los Siete, pero este resultó insuficiente. Ronald

Reagan y Margaret Thatcher colocaron en el tapete un principio ordenador, el liderazgo de Estados Unidos, aunque esto significara una nueva división de trabajo en la economía mundial (Santos, 1994). Este nuevo liderazgo exigió un mayor grado de desregulación en algunos sectores de la economía, para permitir que la disputa económica se resolviera en el mercado, no en el sentido del libre comercio, y sí en el de facilitar la quiebra de las empresas menos eficientes, y consolidar las empresas más poderosas en sus posiciones monopólicas. Fue el caso de la aviación civil mundial, cuya desregulación por parte del gobierno de Reagan desembocó, inicialmente, en un aumento de la competencia, pero seguidamente resultó una gigantesca concentración, en los años noventa, con la fusión de varias empresas.

Otra característica de los años sesenta y setenta había sido el gigantesco aumento de la intervención estatal en la economía, mediante la regulación de nuevos sectores como el ambiental, pero también mediante la mayor intervención del Estado como productor directo.

Fue el caso de las nacionalizaciones efectuadas por el gobierno socialista francés en los años setenta, por el gobierno revolucionario portugués en el mismo período, por los laboristas ingleses y otros gobiernos socialdemócratas y socialistas. En los países en desarrollo, vimos los casos extremos de la industria petrolera (que fue intervenida en casi todos los principales países productores); y del cobre; de los varios sistemas financieros nacionalizados en México, en Francia, en Portugal, y hasta en el Chile de Pinochet (después de que las aventuras de los *Chicago Boys* de Milton Friedman quebraron la economía del país, a principios de los años ochenta).

Surgió la necesidad, para el sistema capitalista mundial, de reordenar y balancear esta ola de nacionalizaciones que superaba en mucho la funcionalidad capitalista. La intervención directa del Estado como productor sólo le interesa al capital cuando la tasa de beneficio baja demasiado en ciertos sectores. Las empresas estatales, las cooperativas y las empresas de trabajadores pueden operar en estos sectores con tasas de beneficio cero o cercanas al cero. Cuando se trata de sectores de utilidad pública, hasta se puede practicar un subsidio directo contando con un fuerte apoyo social. Esa intervención libera capitales

retenidos en sectores decaídos para invertir en sectores y ramos de mayor rentabilidad, elevando la tasa media de ingreso de la economía capitalista.¹⁰

Sin embargo, para el capital, una nacionalización no se justifica cuando afecta sectores que pueden volver a ser rentables o que nunca habían dejado de serlo. Al mismo tiempo, una “limpieza” de las empresas nacionalizadas y la recuperación de su carácter lucrativo pueden hacerla de nuevo interesante para el sector privado. No es este el lugar para discutir los casos concretos, pero es evidente que la rentabilidad de los varios sectores de la producción varía según la coyuntura económica, los cambios tecnológicos, y los cambios del mercado en el que esta coyuntura incide. Si la coyuntura económica general permite prever una recuperación de la rentabilidad de ciertos sectores económicos, resulta entonces lógico que después de una ola estatizadora se expanda una ola privatizadora, como ocurrió en los años sesenta y setenta. Sobre todo si la ola privatizadora busca “racionalizar” o “enjuagar” un enorme crecimiento productivo en la anterior ola estatizadora.

Pero también hay un elemento más profundo a favor de retomar la reflexión económica acerca del mercado. Como resultado de la revolución científico-tecnológica, la posibilidad de automatizar la producción y los servicios aumentó sensiblemente. En los años ochenta, hubo una ola de inversiones con tecnología automatizada para enfrentar la creciente competencia internacional. Esta tendencia a las innovaciones significativas es típica de los períodos más depresivos del ciclo largo de Kondratiev y, al mismo tiempo, constituye la precondition para una nueva onda larga con un período de 25 a 30 años de crecimiento económico. Sin embargo, para que se dé el nuevo período de crecimiento, es necesaria una fuerte desvaloración del capital instalado y, sobre todo, de las enormes masas de capital especulativo ultravalorado durante la depresión.

10. En Brasil, se llevó a cabo la estatización de la compañía de electricidad Light como una de las primeras medidas de un gobierno militar que llegó al poder con el golpe de Estado del 1 de abril de 1964, en nombre de la liberalización de la economía y de la retirada del Estado en los asuntos de la economía. Cabe señalar que este mismo gobierno aumentó enormemente las estatizaciones en los años setenta, siguiendo las tendencias económicas del período.

Esta desvaloración de los activos ocurrió entre 1990 y 1994. Resulta entonces lógico que, durante ese período de depresión y renovación del capital instalado, se haya acentuado la expansión de las relaciones capitalistas en el sector de servicios, incorporando cada vez más actividades ejercidas antes por profesionales liberales en el régimen asalariado de producción.

Estos cambios lanzaron masivamente en la economía mercantil grandes volúmenes de actividades hasta entonces consideradas como apartadas de la racionalidad capitalista. Es el caso del amplio campo de conocimiento, de la información, de la educación, del arte y de la cultura, de la diversión, del financiamiento, de la seguridad, de la salud, etcétera.

Marx ya había mostrado que las relaciones de producción superiores asumen la forma de las relaciones sociales dominantes en las formaciones sociales, que no pueden absorberlas “naturalmente”. (Ver, entre otros, el análisis del sexto capítulo inédito de *El capital* sobre la subordinación “formal” y “real” del trabajo asalariado.)

El raciocinio económico de costo y beneficio se dislocó con actividades difíciles de medir y externas al sistema productivo capitalista tradicional.

Estos cambios estimularon la búsqueda de modelos económicos formales, capaces de captar las relaciones de mercado en actividades antes menospreciadas por los análisis de mercado. Tal avance en la racionalidad capitalista para nuevos campos de actividad humana produjo una especie de “fundamentalismo económico”. Cundía la idea de que todos los aspectos de la realidad son reducibles a fenómenos económicos, y que a la motivación económica le corresponde regir la ética y la política.

Nada de esto implica un aumento real de la capacidad del capitalismo, como sistema económico, de regir las relaciones de producción y reproducción de la vida social moderna. Al contrario, estas aberraciones teóricas sólo indican las dificultades de ajustar el modelo de relaciones capitalistas a las nuevas relaciones sociales que nacen de la revolución científico-técnica. Exigen mecanismos éticos y políticos más conscientes y explícitamente humanos para dirigir la sociedad moderna. Por eso resultan tan ridículos los intentos de subordinar estas relaciones sociales, cada vez más complejas, a las leyes ciegas del mercado.

Estas son las conclusiones de todas las cumbres sociales realizadas en los últimos años por los gobiernos de todos los países, y con participación de organismos no gubernamentales y de representantes de los movimientos sociales. La Cumbre Mundial de la Infancia, en 1990, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo (1992), la IX Conferencia Internacional de Derechos Humanos (1993), la Conferencia Internacional sobre Poblaciones y Desarrollo (1994), la Cumbre Mundial de Desarrollo Social (1995), y la IV Conferencia sobre la Mujer (1995), todas exigieron la sumisión de las leyes ciegas del mercado a la lógica humanista y a las necesidades sociales. Los más recientes informes de las Naciones Unidas y de la UNESCO van hacia la misma dirección.¹¹

Esta confrontación de enfoques se reafirmó a inicios del siglo XXI en la Cumbre del Milenio que consagró estos principios “intervencionistas” en el escenario mundial. Es evidente que esas conclusiones corresponden a la voluntad colectiva de los pueblos, reflejada en el consenso mundial de los respectivos gobiernos. ¿Cómo puede persistir una contradicción tan grande entre la hegemonía ideológica del economicismo neoliberal en el poder y la voluntad de los pueblos?

El Estado y los cambios estructurales del capitalismo

No cabe duda de que el nuevo papel del Estado es el resultado de las profundas transformaciones en la estructura del modo de producción capitalista. Por ello, fue necesario analizar los cambios estructurales más importantes del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, particularmente en los años ochenta y noventa, cuando la revolución científico-tecnológica iniciada en los años cuarenta, produjo impresionantes saltos cualitativos.

Actualmente, se registran intentos teóricos de pensar un sistema económico donde el trabajo deje de ser el factor de integración de la economía, porque hay elementos que permiten pensar que no se podrá generar empleos suficientes para atender el crecimiento de la población mundial.

11. Ver *Comissão sobre governança global* (1995) y *World Commission on Culture and Development* (1995), además de los informes anuales del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) y de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo).

Pero es necesario, ante todo, detectar dónde está el origen del problema para entender por qué se agrava el desempleo en la actual fase de desarrollo del capitalismo mundial.

Para responder a estas preguntas, el primer punto que hay que considerar es lo que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) llama “crecimiento sin empleo”: todo hace pensar que asistimos a una nueva fase del crecimiento económico —apoyada en el desarrollo tecnológico, y principalmente en la automatización— sin generación de empleos.

Cada vez más, la producción es dirigida por computadoras y prescinde de la mano de obra. Ya sea directamente, a través de la actividad productiva, ya sea en forma directa, al alimentar el proceso productivo, la computadora ejerce un papel central que permite que el sistema funcione con total autonomía.

El operador fue desplazado hacia el control general del sistema y de las actividades de conservación, limpieza y mantenimiento. Esa nueva realidad divide a los trabajadores en dos sectores, uno de alta calificación, encargado de los mecanismos de control, y otro bastante descalificado que se ocupa del cuidado físico de las instalaciones, fundamentalmente en las tareas de seguridad y limpieza.

En realidad, esta tendencia ya es antigua. Toda la historia de la Revolución Industrial llevó a este tipo de desarrollo. Pero es indudable que, de 1945 en adelante, con el surgimiento de las computadoras, el salto fue mucho mayor. Hasta el punto de que, en los años noventa, se llegó a la creación de grandes sistemas de producción relativamente autónomos.

La robotización fue la novedad de los años ochenta. Los robots fueron importantes para el cambio porque podían ser utilizados en la industria tradicional. De hecho, el robot ha servido de herramienta para la modernización de las industrias ya instaladas que iban quedándose obsoletas y que, con la robotización, podían dar un salto muy importante. De ahí la revolución provocada principalmente en las líneas de montaje, sector que ocupaba a gran cantidad de mano de obra y era muy conflictivo.

Del campo y la ciudad

En los inicios del siglo XIX, más de 80% de la población trabajadora estaba en el campo, dedicada a actividades agrícolas o artesanales.

La Revolución Industrial empujó rápidamente esa mano de obra hacia las fábricas, produciendo un cambio drástico en el perfil ocupacional mundial. En los inicios del siglo XX, las actividades industriales ya ocupaban 30% de la mano de obra, llegando a 50% si se toma en cuenta también los servicios complementarios, la producción industrial, así como los transportes, el almacenamiento y el comercio.

Esta evolución prosiguió hasta mediados del siglo XX. En 1950 empezó una nueva etapa de generalización de los procesos de automatización, que desplazaban a los trabajadores del sector industrial hacia el sector terciario, o sector de servicios —y, dentro del sector de servicios, hay que diferenciar los servicios vinculados a la industria, los transportes, el comercio tradicional, de los servicios relacionados con el conocimiento y la información—.

A partir de 1980, en una anticipación de lo que ocurrir en el próximo siglo, se podía prever que la mano de obra agrícola se situaría dentro de los parámetros del modelo norteamericano, alrededor de 3% de la población empleada. Esa tendencia iba generando un promedio (para los países industrializados) de menos de 10% de la población ocupada en área rurales, y de menos de 20% para los países subdesarrollados. Las excepciones representadas sobre todo por China e India se deben a la tradicional importancia de la comunidad rural en el llamado “modo de producción asiático”. Pero estas poblaciones rurales, en su mayoría, no están ocupadas en actividades agrícolas sino en la artesanía, el comercio, el transporte, la construcción y otros servicios.

¿Qué ocurrió, en ese lapso, con el sector industrial? La ocupación de mano de obra en la industria cayó de un 30% a un 20% actual, y en los países de mayor desarrollo tecnológico la cifra es aún inferior: entre 18% y 16% del total de la mano de obra disponible.

El sector que se agigantó fue el sector terciario, dedicado principalmente a la ampliación del conocimiento, la planificación, y en un área en plena expansión, el ocio. Este fue el sector que generó más empleos en los años ochenta, y que reactivó otros sectores de la economía.

En esta forma, se llegó en los últimos años a una composición completamente nueva de la distribución de la mano de obra en el sistema económico internacional. Y, pese a tratarse de cambios radicales, como suele suceder en las transformaciones tecnológicas cuya reversión es muy poco probable, la tendencia se da en el sentido de una profundización del fenómeno.

Este proceso produjo, al mismo tiempo, una migración de actividades de los países más desarrollados hacia los países de desarrollo intermedio situados en el Tercer Mundo. A partir de los años setenta, gran parte de las actividades industriales “desplazadas” de las naciones más ricas se transfirió a Brasil, Polonia, Corea y China, produciendo en esos países un crecimiento de la mano de obra industrial. Los casos de China e India son especiales porque tienen también una economía rural muy importante, sin que ello signifique que sean países agrícolas; su sector rural es muy diversificado, tiene muchos servicios e industrias. Obviamente, en las zonas rurales existen ciudades y aldeas campesinas.

La automatización redujo empleos en las actividades productivas que, cada vez más, están “en manos” de las computadoras. Pero también empieza a generar empleos en tareas de planificación, o sea en sectores como proyecto y cálculo.

El proceso va acompañado de otro, simultáneo: así como desaparecen viejas profesiones, se crean otras nuevas, al surgir sectores antes inexistentes en la sociedad. Se trata fundamentalmente de actividades vinculadas a la planificación, la investigación y el desarrollo, con especial énfasis en la información y las comunicaciones.

Todas estas actividades generan nuevos puestos de trabajo que exigen, al mismo tiempo, una alta calificación. Se produce entonces una importante demanda en el sector de la educación, uno de los principales generadores de empleo en todo el mundo desde la Segunda Guerra Mundial.

El papel del Estado

Llegamos así al tema central, que es el papel del Estado en esta nueva sociedad dominada por los servicios. En esta época de tanto énfasis en el discurso neoliberal, se constata curiosamente que se trata de servicios

prestados por el Estado. La creciente complejidad de la sociedad exige una acción de Estado mucho mayor. El Estado es el gran empleador de la modernidad. En todos los países, principalmente los desarrollados, es falsa la idea de que el Estado tiende a disminuir. Al contrario, la gran crisis del Estado es consecuencia de su inmenso crecimiento, que vimos en los datos estudiados en el capítulo anterior.

La reforma del Estado implica su adaptación a la exigencia de cumplir actividades que antes eran ejercidas por las empresas privadas o por los profesionales y trabajadores independientes. Contrariamente a lo que pretenden los economistas neoliberales al tratar de reducir el Estado a su mínima expresión, la privatización es un aspecto de alcance mínimo ante las exigencias que el Estado debe enfrentar.

En los últimos años, el Estado está creciendo, y no disminuyendo. Durante la gestión de Margaret Thatcher al frente del gobierno británico, el Estado aumentó en cerca de 2% su participación en la economía inglesa. Lo mismo ocurrió en Estados Unidos durante la gestión de Reagan, cuando el Estado federal alteró su perfil con cambios de áreas, pero aumentó su participación global en la economía.

La terciarización y la privatización son fundamentalmente actividades de Estado, porque es el que contrata la actividad privada. En consecuencia, la actividad privada se vuelve cada vez más dependiente del Estado.

El gran debate de este momento es si el Estado debe volver a las actividades de planificación, una vez que ha quedado claro que evolucionará hacia actividades de regulación, en forma cada vez más acelerada. Tanto las actividades privadas como las públicas exigen un alto nivel de regulación. Además, debido a su gran capacidad de compra, el Estado genera mucha demanda e induce la actividad económica.

La tendencia que se observa es que la generación de empleos depende cada vez más del Estado, por la necesidad de perfeccionar la planificación, incentivar el desarrollo científico, mejorar la organización y la estructuración de la economía y de la sociedad en su conjunto. Actualmente, en los sectores de alta intensidad tecnológica, de 60% a 70% de las actividades empresariales son de investigación y desarrollo, planificación, proyecto y mercadeo. Sólo de 30% a 40% son de producción, una actividad final, condicionada por las fases globales de planificación.

Los datos de la realidad permiten afirmar que la esencia de la competitividad está hoy en la formación de la mano de obra calificada, en la capacitación y la calificación de los trabajadores. El peso del recurso humano de alta calificación es cada vez mayor en la economía. Y la tarea educativa, en su mayor parte, sólo puede ser llevada a cabo por el Estado: la multiplicación de cursos y actividades de capacitación en el ámbito de las empresas, paralelamente a la expansión de las actividades de extensión, y las nuevas formas de educación a distancia como campo de acción de las universidades.

La importancia de la educación

Éste es un aspecto clave del problema del desempleo: el actual desfase entre el avance de la tecnología y la formación de la mano de obra. La sociedad moderna ofrece puestos para un tipo de trabajador que todavía no existe. La solución para superar ese problema está en manos del Estado, por su papel en la educación, en la inversión dirigida al conocimiento y a la industria del ocio.

Por ello, el tema de la educación tuvo un papel preponderante en el debate actual sobre el desarrollo. La esencia de la cuestión está en el proceso educativo, en la preparación de profesionales y técnicos. No sólo por su efecto microeconómico sino sobre todo por su impacto macroeconómico como generador de empleo y de una parte sustancial de la renta nacional.

La estructura del empleo, del proceso de producción, está siendo completamente alterada. Nada parecido al mundo de hoy existía hace pocas décadas. ¿Cuántos científicos había en el mundo antes de la Segunda Guerra Mundial? Algunas decenas de millares. Hoy en día, podemos pensar en millones. Gran parte del sistema de postgrado en las universidades fue creado después de la Segunda Guerra Mundial. En esa época, también se completó la universalización de los estudios secundarios.

Ahora ya se exige una universalización de tercer grado que implica 2 o 3 años de especialización técnica (el caso de Alemania) o universitaria (el caso de Estados Unidos).

Ese nivel de instrucción sería el mínimo necesario para sobrevivir en el mundo actual en términos de empleo. El trabajador que no haya

alcanzado ese mínimo tendrá una competitividad muy baja. Será un fuerte candidato al desempleo.

Y la educación es, en términos globales, principalmente pública. Pensar hoy en términos de educación privada es casi imposible. Si pensamos en el nivel de escuela primaria y de algunas escuelas secundarias, es posible mantener la educación privada para una parte de la población de altos ingresos. Pero eso sería imposible en el nivel universitario. La universidad privada sólo puede sobrevivir si recibe altos subsidios. O si renuncia totalmente a la calidad de la enseñanza. En este caso, el título universitario es una farsa.

Es sobre todo la investigación la que requiere altos subsidios del Estado, ya sea en forma directa, a través de los ministerios de Educación, Ciencia y Tecnología, ya sea en forma indirecta, a través de fundaciones que canalizan fondos de exenciones fiscales permitidas para las actividades privadas. En el sector de la investigación aplicada, las industrias hacen importantes inversiones, pero el grueso de la investigación en ciencia y tecnología es financiado por el Estado, aunque se lleve a cabo en el marco de laboratorios de alta tecnología creados por las empresas a través del uso de nuevas modalidades de renuncia fiscal.

Las limitaciones del capitalismo

Considerado en términos globales, el proceso de adaptación de la mano de obra a las nuevas tecnologías es una meta imposible de cumplir para el sistema capitalista. De ahí el creciente desempleo. El modelo neoliberal, que confía sólo en las fuerzas del mercado, no está en condiciones de lidiar con ese proceso a escala mundial. Esta es la primera conclusión.

La segunda es que los esfuerzos que se hacen para conservar el sistema capitalista funcionando y orientado a la acumulación de capital tiene un efecto dramático para el empleo. En la medida en que se introducen nuevas tecnologías y se despiden personas, suprimiendo puestos de trabajo, el funcionamiento armónico del sistema exigiría un mecanismo de reciclaje inmediato de esa mano de obra. El que perdió el trabajo porque su empleo dejó de existir, debe ser capacitado para asumir nuevas responsabilidades en el sistema económico.

Pero no es esta la filosofía vigente en el sistema de producción capitalista. Quien presiona a favor del reciclaje no es el teórico neoliberal, ni el empresario, sino el sindicato y el Estado, que están fuera de la lógica del capitalismo y reflejan las razones del trabajador y de la ciudadanía en general.

Pero, por otra parte, el movimiento sindical no suele imponer esta contraparte porque el aumento del desempleo lo debilita mucho. Por ello, es el propio Estado el que debe intervenir como regulador.

Pero es cierto que existe una crisis de Estado. Con el desplazamiento de industrias del Norte hacia el Tercer Mundo, la reducción de la mano de obra —que hoy se produce en masa— conlleva la destrucción del movimiento sindical en los países centrales de donde se va la unidad productiva. El movimiento del capital permite que esta aumente su eficiencia, y a la vez transfiere a la sociedad los efectos y los costos sociales derivados de su búsqueda de eficiencia. Es la sociedad la que paga los cambios que los empresarios ponen en práctica con mucha autonomía, al verse obligada a dar asistencia a los desempleados.

En ese proceso, la empresa se adapta a las nuevas exigencias de competitividad, se moderniza, recupera relativamente sus márgenes de beneficio, pero transfiere a la sociedad los costos de su adaptación. Es el fenómeno que tiene que enfrentar el Estado de Bienestar europeo, al verse obligado a financiar una enorme masa de desempleados. El capital se salva acabando con el Bienestar.

Porque el Estado de Bienestar sólo puede funcionar con una economía de pleno empleo, cuando la escasez de trabajo es un fenómeno marginal.

Pero resulta sumamente difícil subvencionar el desempleo cuando se trata de millones de obreros desocupados y sin perspectivas de recuperar un puesto de trabajo.

Este problema nos lleva a considerar un aspecto fundamental en el análisis de las causas y las soluciones para el desempleo: el tema de la jornada de trabajo. El aumento de la productividad traído por las innovaciones tecnológicas debería producir una disminución de la jornada de trabajo, aumentando el tiempo libre de los trabajadores. Si el mercado de trabajo funcionara correctamente, los trabajadores deberían ser los

principales beneficiados por el aumento de la productividad, trabajando menos tiempo, de acuerdo con dicho aumento. El capitalista, pese al desarrollo tecnológico, mantiene la misma jornada de trabajo, aumentando su tasa de beneficios. Este es uno de los límites más graves del modo de producción capitalista. El aumento de la productividad, en vez de servir a la sociedad en su conjunto, es captado por el capital como una fuente de monopolio y de concentración de la renta. En consecuencia, el avance tecnológico que liberaría del trabajo a millones de individuos se convierte en una fuente de desempleo, o deforma la estructura de empleo existente, ya que la concentración de la renta genera una demanda de lujo, socialmente disgregadora.

Técnicamente, la jornada de trabajo no debería rebasar hoy las 20 y pico horas semanales, pero se mantiene en torno a las 38 o 40 horas. En el fondo, la jornada que hoy se considera como de medio tiempo, o sea de 4 a 5 horas por día, se acerca al verdadero período de trabajo para una sociedad altamente informatizada.

Una solución política

Por lo tanto, la solución del problema del empleo es una solución política; la sociedad ha empezado a reaccionar parcialmente, según se observa en Estados Unidos y en Europa.

La reacción varía de un país a otro y, en general, se dirige a una renovación de los postulados socialistas y socialdemócratas. El gran desafío para estas corrientes es retomar el crecimiento y regresar al pleno empleo, condiciones necesarias para que el Estado de Bienestar funcione. Y sólo se puede alcanzar el pleno empleo con una drástica disminución de la jornada de trabajo, y ampliando la inversión de Estado en la educación, la ciencia y la tecnología, es decir, en la formación de una mano de obra capacitada técnica y culturalmente para hacer avanzar el potencial de tiempo libre traído por el aumento de productividad del trabajo.

El problema del desempleo, más que cualquier otro, muestra que el capitalismo tal como lo conocemos, se encuentra en una dinámica decadente. El neoliberalismo es una demostración del enorme esfuerzo que el capital debe hacer para lograr algún tipo de revitalización del sistema

económico. Su fracaso prueba que, en realidad, hoy el capital ya no está en condiciones de operar sin el apoyo del Estado. La tendencia en los próximos años es la consolidación del Estado como gran inversionista de capital. El Estado es cada vez más “capitalista colectivo”.

La Revolución Científico-Técnica y el Estado

A pesar del intenso proceso de integración y globalización de la economía mundial, en el que las empresas multinacionales tienen un papel decisivo, los Estados nacionales siguen siendo el núcleo privilegiado del mercado mundial. Son los que impulsan o frenan los procesos globales, son los que organizan, a través de la cesión de su soberanía nacional, los procesos de integración regional que, sin embargo, siguen apoyándose en sus bases institucionales y en su poder de legitimación y represión.

Es poco probable que estos procesos puedan ocurrir sin la mediación de un organizador colectivo de la envergadura de los Estados nacionales.

Las empresas multinacionales, que hoy se perciben a sí mismas como transnacionales y hasta globales, no podrían operar una economía mundial directamente, sin el financiamiento o el apoyo de los Estados nacionales, ya sea en los países de donde se expande hacia el exterior, ya sea en los países que las hospedan. La idea de un proceso de globalización bajo la condición de una nueva unidad empresarial de tipo metanacional o global, es sugestiva; pero puede suscitar una visión ilusoria del proceso de globalización en vigencia.

El fundamento de esa globalización está en la revolución científico-técnica, cuyo progreso está ligado al apoyo económico de los Estados nacionales, ya sea a través del financiamiento directo de las investigaciones en sus laboratorios y centros de investigación en universidades o empresas, ya sea a través de subvenciones y renuncias fiscales que resultan sumamente importantes en el sector militar, en la industria espacial, y en otros sectores directamente dependientes del gasto fiscal. Al mismo tiempo, hoy se acepta universalmente la necesidad de encontrar medios de planificación del desarrollo científico-tecnológico correspondientes a los organismos estatales; y toca a los organismos estatales, u

otros patrocinados por estos, delinear las estrategias de políticas científicas y tecnológicas.

Estados Unidos, pese a su retórica liberal, cuenta con un informe bienal de ciencia y tecnología, establecido por el gobierno y que avala esta planificación global. La OCDE generalizó para todos los países miembros la obligación de producir informes anuales de las políticas científico-tecnológicas.

Al mismo tiempo, la evolución del sistema empresarial no puede ser vista independientemente de esas tendencias. Así pues, pese a los fuertes vientos neoliberales que soplaron en los años ochenta, el crecimiento del déficit público norteamericano fue el factor económico fundamental de recuperación económica entre 1983 y 1987. Ese déficit fue creado no para atender a demandas sociales o para desarrollar el “Estado gendarme” del liberalismo. Al contrario, en los años ochenta el déficit público norteamericano se orientó (y también en los gobiernos de Georges Bush, Clinton y George W. Bush) en el sentido de sustentar el aumento de la demanda nacional norteamericana que resulta en un enorme valor agregado a la demanda mundial. En la medida en que la nueva demanda fue atendida en gran parte por la oferta internacional de bienes y servicios, generando en la balanza comercial norteamericana un déficit similar al déficit fiscal, la recuperación de los años ochenta fue un fenómeno inducido por el mayor gasto público de la historia humana. Hemos visto en detalle este proceso en la segunda parte de nuestro libro. En la misma forma, el crecimiento de los años noventa dependió de la demanda fiscal que disminuyó parcialmente. En el siglo XXI, sobre todo después del atentado del 11 de septiembre, la administración de George W. Bush sugirió una disminución de los impuestos pero, en la práctica, creó un déficit fiscal gigantesco para tratar de recuperar la economía.

Al mismo tiempo, es impresionante observar que el déficit público se orienta hacia el financiamiento de la investigación y el desarrollo, sobre todo en el sector militar. Cuando el Estado interviene fuertemente en la creación de áreas de investigación y en la orientación de las estrategias de las empresas privadas, en su financiamiento y en la demanda de sus productos, es simplemente ridículo hablar de una tendencia a la privatización y la liberalización de la economía.

Es evidente, además, que estos gastos públicos aumentan la intervención del Estado en los mecanismos de la vida económica, al colocar bajo su dependencia una parte tan extensa y estratégica de la economía.

A partir de los años ochenta, el Estado norteamericano intervino directamente en la fijación de la tasa de interés, en la política de empleo, aumentó su protección a los sectores económicos amenazados por la competencia externa, determinó políticas educacionales, de formación, capacitación y recolocación de mano de obra. Difícilmente puede encontrarse en el mundo una regulación estatal tan rigurosa de casi todos los aspectos de la vida económica, social y política.

Sin embargo, todo esto se hizo en nombre del liberalismo, de las fuerzas del mercado, de la libre iniciativa y de la libertad individual. Esto se explica en parte por qué el Estado norteamericano sigue evitando su participación directa en la producción e incluso en los servicios públicos. Para poder prescindir de esa intervención, soporta indirectamente a una enorme masa de empresas y trabajadores, mediante contratos y subcontratos.

La otra razón de esa impresión es el hecho de que gran parte de la regulación económica llevada a cabo por el Estado norteamericano se hace en nombre de garantizar el libre funcionamiento del mercado, la libre iniciativa y las libertades individuales. Es imposible negar el contenido ideológico de la afirmación de que los 550 billones de dólares de gastos militares que convierten la economía norteamericana en uno de los mayores capitalismo de Estado del mundo (mayor, incluso, que los de todos los antiguos países socialistas sumados) sea un típico caso de libre comercio. Al contrario, esta intervención masiva del Estado atropella el libre comercio a favor del monopolio y de la protección estatal a las empresas clientes del Pentágono.

Al mismo tiempo que el sistema empresarial estadounidense se sometía tan estrictamente a su Estado nacional (como ocurre, por cierto, en todos los países capitalistas), evolucionaba en el sentido de una mayor concentración productiva económica, de una mayor monopolización de la Economía, y de una mayor centralización de capital. Los datos de la Comisión de Justicia del Senado (subcomisión antimonopolio) y de varios otros organismos e instituciones dedicados a la lucha

contra la monopolización, en defensa de los consumidores, para la protección del ambiente, etcétera, siempre revelan la impotencia de los ciudadanos para detener ese proceso de concentración, monopolización y centralización.

Algunas victorias parciales sólo confirman la tendencia general. Tales hechos resultan aún más evidentes fuera de Estados Unidos, donde los Estados nacionales tienen que invertir directamente en varios sectores de la economía, abandonados por el capital privado en busca de tasas de beneficio más elevadas. Raras veces la empresa pública surgió en sectores o ramos de alta rentabilidad. Esta se instala exactamente allí donde las inversiones de capital fijo son sumamente elevadas, y los usuarios tienden a reivindicar precios y tarifas bajas, sobre todo cuando se trata de productos y servicios consumidos por las empresas que tienen que proteger sus costos.

Por eso, las famosas políticas de privatización han resultado un rotundo fracaso, como lo admiten los estudios sobre esta cuestión. El propio Banco Mundial, uno de los mayores promotores de las privatizaciones, admite su poca profundidad. Este, después de citar el único ejemplo “bien avenido” que es Inglaterra, llega a la conclusión de que, en cuanto a los países en desarrollo, “sólo en algunos países (por ejemplo, Bangladesh y Chile) hubo una privatización sustancial, sobre todo en lo tocante a pequeñas firmas de manufactura y servicios que ya habían sido propiedad privada” (*Informe sobre el Desarrollo Mundial*, 1997: 68). No hay que extrañarse de que, en los años setenta, tanto Inglaterra como Chile y Bangladesh pasaron por profundos procesos de estatización que no llegaron a ser totalmente revertidos por las privatizaciones señaladas.

La verdad es que los datos revelan un crecimiento de la intervención estatal y de la empresa pública en todo el mundo, particularmente en los países de mayor desarrollo, como se ve en los cuadros I y IV, al final de este capítulo. En varios países, se nota la fuerte presencia de la empresa pública en los sectores textil, electrónico, petroquímico, automotriz, cemento, minerales, fertilizantes, nitrogenados, acero, servicios de telecomunicación. En esta lista, hay que incluir las empresas de transporte y otros servicios públicos por naturaleza. No se trata de una cuestión ideológica, sino de abandono del capital privado de estos sectores esenciales debido a su baja tasa de beneficio.

Tampoco hay que olvidar la importancia de la concentración, monopolización y centralización de las actividades de investigación y desarrollo en el cuerpo de las estructuras empresariales. La creación de grandes laboratorios y centros de investigación por parte de empresas privadas cuenta, evidentemente, con apoyo público, pero los resultados de esas investigaciones y ese desarrollo son privatizados y pertenecen a firmas ejecutoras, y no al financista público. El alto nivel de correlación entre el avance de la tecnología y la ciencia pura han llevado incluso a los laboratorios y centros privados a invertir directamente en la investigación pura, manteniendo al mismo tiempo el financiamiento a los centros de investigación universitarios con los recursos de las fundaciones, originados en la reunión fiscal del Estado.

Para mantenerse a la altura de esas exigencias internacionales de investigación y desarrollo, las empresas adoptan estrategias de fusión, y hasta surge una nueva forma de cooperación interempresarial a nivel mundial, para poder dar cuenta de los gastos y de la concentración de recursos humanos y materiales implicados en ciertos niveles de investigación de punta. Es obvio que esto lleva a nuevos patrones de centralización e internacionalización del capital, que cambian cada vez más el carácter de las empresas, del Estado y de las estructuras socioeconómicas.

El aumento del sentido social de la acción empresarial ha provocado un crecimiento significativo de interrelaciones no sólo entre las empresas públicas y privadas, sino también entre estas y los movimientos sociales, tanto tradicionales como de nuevo tipo. Es muy conocida y estudiada la creciente dependencia de las empresas con respecto a los contratos de trabajo asignados por los sindicatos. Estos contratos suelen incluir no sólo las medidas salariales, de carrera, de salud laboral, de asistencia social y de seguros, sino también una cantidad cada vez mayor de ítems referentes a la propia gestión empresarial, a su política de inversión, y a sus responsabilidades sociales. En los últimos años, los estudios de relaciones industriales están poniendo mucho énfasis en la cogestión sindical alemana y en la gestión cooperativa entre empresarios y sindicatos en Japón.

Entre los accionistas de las grandes corporaciones se desarrolla un amplio campo de preocupaciones éticas que se extiende a las cuestiones ligadas a la lucha contra los gastos militares y la amenaza de holocausto nuclear, a la defensa de los consumidores, a la defensa del ambiente, e incluso al comportamiento político de los países donde las empresas invierten su capital (el caso del boicot contra el apartheid surafricano, las dictaduras militares, etcétera), o las cuestiones relativas a la igualdad sexual, al apoyo a las minorías sociales y étnicas y a los derechos humanos. Las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los movimientos sociales han logrado no sólo alterar las políticas gubernamentales, sino también actuar eficazmente en los consejos de accionistas de las empresas. El crecimiento de las organizaciones no gubernamentales a nivel mundial crea un fenómeno institucional supranacional, que empieza a intervenir seriamente en la formulación e instrumentación de las políticas públicas. Se crean así nuevas relaciones de propiedad, de trabajo, intergubernamentales y de los Estados con su ciudadanía.

La importancia de esas organizaciones empieza a tener sus efectos en la vida política, y a alterar programas y actitudes partidistas. La idea de la participación y de la cogestión de trabajadores en las empresas está adquiriendo una fuerza inusitada en Europa. La participación de las organizaciones comunitarias en las decisiones regionales y locales, es otro hecho político en crecimiento.

Resulta aparentemente paradójico (aunque plenamente racional dentro del pensamiento socialista clásico, sobre todo marxista) el hecho de que los únicos procesos radicales de desestatización que ocurrieron en los años ochenta, se dieron precisamente en los países socialistas. La ley de autogestión votada por el Soviet Supremo de la URSS en 1986, promovió la transferencia de gestión de gran parte de las empresas del país para los trabajadores, quienes pasaron a elegir el consejo directivo de las empresas, la cual elegía, a su vez, la dirección ejecutiva. Al mismo tiempo, las empresas aumentaron su autonomía con respecto al plano central que restringía cada vez más sus metas al conceder a las empresas importantes libertades en la escogencia de los clientes, en las formas de financiamiento, en la utilización de sus recursos, en las decisiones de inversión, etcétera.

La corriente neoliberal que dominó en la Unión Soviética llevó a su final en 1991, y sólo cambió parcialmente esas tendencias. Junto a las privatizaciones salvajes que se dieron en la antigua Unión Soviética y en la Europa Oriental, siguieron existiendo las experiencias de gestión de los trabajadores, que tuvieron un papel creciente en la nueva fase de reestructuración de esos países sobre bases más sólidas, combinando un capitalismo de Estado aún dominante, las nuevas empresas privadas, monopólicas o no, y las formas de organización corporativa relativamente autónomas.

Esta evolución, en el sentido de una mayor participación de los trabajadores en la gestión de las empresas, es una consecuencia inevitable, por una parte, de la creciente centralización de las inversiones necesarias para poner una empresa en funcionamiento, separando cada vez más los emprendimientos y la realidad de la propiedad privada, que se conserva más como una supervivencia cultural (sumamente limitante, es verdad) que como un dato real ajustado a las nuevas relaciones sociales. Se crea así un vacío de poder que tiende a ser llenado por las comisiones de trabajadores, cuya experiencia y conocimiento directo del proceso de trabajo son la única garantía de una gestión efectiva de las instituciones ligadas a la producción. Pese al contenido corporativo, implícito en la evolución compleja de las instituciones contemporáneas, esta tendencia está en vías de fortalecerse.

Por otra parte, el aumento de la concentración de la producción, y la consecuente centralización de las decisiones gerenciales en colectivos que exigen la actuación de varias especialidades han ido eliminando el contenido personal de la decisión administrativa y aumentando la responsabilidad del grupo de gerentes, profesionales y técnicos. La organización de brigadas de producción, con metas colectivas de trabajo, tiende a sustituir los métodos de administración “racional” o “científica”, basados en la apropiación patronal de la experiencia de los trabajadores para luego permitir su racionalización, reglamentación e implantación autoritarias sobre los propios trabajadores.

La automatización, al sustituir con las máquinas, las fábricas modernas y los robots el trabajo repetitivo y alienante del trabajador, aumenta la flexibilidad de la jornada de trabajo, y transforma los grupos

de trabajadores en unidades primarias de producción y servicio, permitiendo y exigiendo incluso una noción mucho más diferenciada y flexible del proceso productivo.

Estos cambios favorecen necesariamente la democratización del sistema empresarial y exigen un enfoque distinto de la realidad sindical, de la cogestión y de la autogestión que ya se encuentra en marcha en diferentes partes del mundo. En la medida en que las nuevas tecnologías se impongan universalmente, estos nuevos patrones de gestión y participación tendrán que generalizarse, así como los movimientos sociales que reflejan estas nuevas realidades socioeconómicas.

El impacto de esas transformaciones es bastante peculiar en el Tercer Mundo, donde coexisten formas de trabajo arcaicas y modernas, articuladas por sistemas de producción basados en la sobreexplotación de la fuerza del trabajo; donde la liberación de la mano de obra rural viene dándose a escala colosal (eliminando las reservas de economía natural aún existentes entre los años cincuenta y setenta) y lanzando esas masas en una economía urbana e industrial que genera cada vez menos empleos proporcionalmente a la población. Se crea entonces una masa de marginales y semimarginales, cuyas condiciones de vida se ven atenuadas solamente por la expansión de una economía informal cada vez más gigantesca. La asociación de esa economía informal con la criminalidad organizada lleva estos países a una situación simplemente explosiva. Latinoamérica vive intensamente este proceso, y viene generando una población disponible para los nuevos movimientos sociales, que exigen un análisis especial. Los trabajadores rurales permanentes y temporales forman sindicatos junto a pequeños propietarios campesinos o a aparceros en las zonas de nueva colonización. De ello resulta entonces nuevas organizaciones que oscilan entre las luchas salariales, con niveles sumamente bajos de demanda, y los intentos de invasión de tierras, en busca de una base productiva. Esta es la base social para nuevos movimientos como los Sin Tierra brasileños.

En las ciudades, las masas desplazadas van amontonándose en colectividades semimarginales, de propiedades irregulares, las más de las veces fruto de la invasión de terrenos baldíos. En la defensa de su derecho

a la vivienda y en la lucha para atraer los servicios públicos y la urbanización de estas regiones, esas masas van adquiriendo una experiencia colectiva, organizacional y cultural, que se desenvuelve en una franja entre la clandestinidad y el intento de regularización de sus terrenos y bienhechurías, y de su integración en la sociedad y en las instituciones legales. La expansión del consumo de droga da origen a vastas redes clandestinas de comercialización de las mismas que se concentran parcialmente en las regiones cuyo abandono por parte del Estado facilita la acción de grupos clandestinos. Estas actividades inundan de recursos significativos las poblaciones locales, y producen una fuerte escalada de violencia estimulada por los recursos disponibles para la compra de armas cada vez más poderosas.

Vemos así coexistir en esos países los hilos de la nueva tecnología y de sus más complejas formas de organización, junto a una complejidad de problemas nuevos generados por los hijos espurios de la destrucción de viejas economías que luchan por un espacio, y por su supervivencia en esta nueva sociedad incapaz de absorberlos.

Se forma así un vasto campo social, político y cultural donde los elementos del antiguo populismo y sus técnicas de movilización social se extienden a una nueva población urbana y rural en formación, mientras conviven con un movimiento obrero cada vez más complejo, sofisticado e internacionalizado. En este campo popular, tiende a formarse también un sindicalismo de clase media, de profesionales y técnicos, antes aferrados a su individualismo, como vendedores autónomos de su trabajo, que se transforman en asalariados de cuello blanco, y adoptan rápidamente las formas de lucha y las tradiciones del sindicalismo obrero. El encuentro de tradiciones culturales y situaciones sociales tan diversas en un mismo campo social y político, determinado en general por la oposición al régimen capitalista y oligárquico, expresado sobre todo en sus políticas económicas, provoca una nueva coalición de fuerzas, dentro de un eclecticismo ideológico cada vez más difícil de sistematizar, y un pragmatismo político que tiende a imponerse en la vida de esas naciones.

Estos cambios desestructuran las formas sociales propias de los modelos de producción capitalista, como los partidos políticos y los sindicatos, grandes responsables de la organización de las masas en los países

centrales del sistema capitalista mundial. En consecuencia, surgen nuevas organizaciones, nuevos movimientos sociales, presionados entre el carácter superficial, precario e inusitado de sus necesidades, por una parte, y por otra, las aspiraciones humanas a verdaderas “soluciones” de estas necesidades. Estas “soluciones” implican la incorporación de estas poblaciones en el sistema socioeconómico e ideológico existente.

Es interesante observar que la ideología del gran capital internacional (expresada en gran parte en los informes técnicos de las organizaciones internacionales más directamente asociadas con él, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio) abandona cada vez más sus perspectivas universalistas. El capital desiste de proporcionar y ofrecer una sociedad igualitaria para la humanidad, y pretende convencerla de que es “naturalmente” imposible alcanzar esa sociedad igualitaria que el liberalismo burgués más progresista ha imaginado. Las Ciencias Sociales contemporáneas se preparan para consagrar un régimen de castas para la humanidad, donde existen incluidos y excluidos, un sistema de estratificación social inherente a la “imposibilidad” de elevar a todos los ciudadanos hasta los modelos sociales del régimen de producción asalariada.

La división del planeta entre mundos jerarquizados pasa a ser una consecuencia natural de los impactos causados por el desarrollo de la ciencia y de la tecnología, sobre todo por su incapacidad de generar empleos. La hipótesis de disminución de la jornada de trabajo está radicalmente descartada en nombre de la competencia entre las varias economías, pese a lo ridículo de este argumento ante las hipótesis de la baja “universal” de la jornada de trabajo. Qué otra razón puede existir para impedir la caída vertiginosa de la jornada de trabajo, siendo que la humanidad sólo puede considerarla como un objetivo que debe alcanzarse. Una vez más, la ideología del capital entra en contradicción con sus ideales universales: igualdad, democracia, progreso, emancipación social, son pretensiones del pasado, de la etapa utópica del capitalismo y de la modernización capitalista. Si la humanidad pretende realizarlas, tendrá que ir más allá de la visión capitalista del mundo y asumir la perspectiva de un cambio civilizatorio a partir de un nuevo modo de producción de vida material espiritual. presentar el gigantesco desequilibrio de la realidad macroeconómica contemporánea,

como la aplicación de la Teoría pura del equilibrio perfecto. Lo cual nos obligará a incursionar varias veces en el campo de la crítica cultural, de la decodificación de los conceptos, y de las imágenes manejadas sobre todo por los medios de comunicación.

Cuadro III. Peso de los intereses de la administración pública. Peso de los intereses líquidos en por ciento del gasto público total

Países	1980	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994
USA	3,9	6,2	5,9	5,9	6	6,1	6,3	6,7	6,3	6	6,1
Japón	3,3	5,5	5,1	3,9	3,3	2,8	1,7	1,1	0,8	0,7	0,7
Alemania	2,7	4,9	5	5,1	5,1	4,9	4,6	4,5	5,3	5,6	6,1
Francia	1,8	3,9	4,1	4,2	4,2	4,5	4,8	5	5,5	5,9	6,2
Italia	11,1	14,5	15,3	14,7	15,2	16,4	17,1	18,1	20,4	21,1	21,1
Inglaterra	7,3	7,7	7,4	7,5	7	6,4	5,9	4,9	4,3	5,8	6,9
Canadá	4,9	8,9	9,4	9,7	10,1	11,2	11,8	11,3	10,8	10,2	9,6
Países por encima	4,2	6,5	6,4	6,1	6	6,1	5,9	5,9	5,9	6	6,2
Australia	3,6	5,3	5,8	6	5,3	5,7	5,3	3,9	4,2	4,6	4,4
Austria	3,6	5,6	5,6	5,9	6,4	6,4	6,5	6,7	6,7	6,5	6,3
Bélgica	10	17,6	18,9	18,3	18,2	19,3	19,9	18,9	19,5	18,9	17,9
Dinamarca	0,9	10,4	9,2	7,8	7,1	6,4	5,7	6	6,2	6,2	6,2
Finlandia	0,5	2,1	1,8	1,9	2	1,2	0,6	1,1	2,3	5,2	7,3
Grecia	7,3	10,9	12	14,8	16,4	16,7	22,7	24,6	23,8	26,5	27
Irlanda	7,4	12,6	12,9	13,3	13,5	15,2	15	15	14,2	13,8	13,6
Países Bajos	4,8	8,8	8,8	8,7	9	9	8,9	9	9,3	9,5	9,2
Noruega	0,4	-3,3	-4,2	-5,2	-6,9	-4,6	-2,9	-3	-2,3	-1,2	-0,5

Portugal	...	21,5	22	20,1	17,9	17	19	18,9	19,6	16,7	15,1
España	0,8	6,6	8,1	7,2	7,6	7,6	7,5	8,3	8,6	9,2	9,2
Suecia	-0,7	4,7	3,6	3	1,6	06•	0,2	0,2	0,1	2,5	3,2
Países europeos	...	7,5	7,7	7,5	7,5	7,6	7,7	7,8	8,4	9,1	9,4
Países OCDE	4,1	6,6	6,6	6,3	6,1	6,2	6,1	6,1	6,2	6,3	6,4

Fuente: OCDE, Perspectives économiques.

Cuadro IV. Finanzas públicas en América Latina. Gobierno y empresas públicas 1970-1985 (en % del PIB)

	Argentina				Brasil				Chile			
	1970-73	1974-78	1979-81	1982-85	1970-73	1974-78	1979-81	1982-85	1970-73	1974-78	1979-81	1982-85
Gobierno												
Renta corriente	23,59	23,84	29,97	248,48	25,8	25,78	24,32	23,82	29,27	34,86	32,51	28,75
Gasto corriente	21,18	21,9	26,48	27,6	19,98	21,98	22,81	26,96	29,13	26,92	26,29	30,68
Ahorro	2,41	1,94	3,49	0,88	5,82	3,8	1,51	-3,14	0,14	5,94	7,22	-1,93
Renta del capital	-1,95	-1,69	0,74	0	-0,291	0,96	0,09	1,21
Inversión	4,82	6,91	6,64	5,18	4,11	3,72	2,43	2,11	6,72	5,04	2,7	2,4
Superávit	-0,241	-4,97	-3,15	-4,3	-0,24	-1,61	-1,66	-5,25	-9,49	-0,06	4,53	-3,12
Empresas públicas												
Renta corriente	9,96	13,68	13,47	6,08	9,74	15,86	17,83	15,38	15,65	30,32	24,86	29,84
Gasto corriente	8,44	11,36	11,28	14,78	7,67	12,7	17,02	13,71	18,83	28,02	23,7	27
Ahorro	1,52	2,32	2,19	1,3	2,07	3,16	0,81	1,67	-3,16	2,3	1,16	2,84

Renta del capital	0,65	0,07	-0,42	-0,25	-0,06	0,65	0,39	0,2
Inversión	4,04	5,6	5,01	4,67	2,73	5,91	8,54	3,8	3,01	3,24	2,36	3,23
Superávit	-2,52	-3,28	-2,82	-3,37	-0,01	-2,68	-8,15	-2,38	-6,25	-0,29	-0,81	-0,19
<hr/>												
	México				Perú				Venezuela			
	1970-73	1974-78	1979-81	1982-85	1970-73	1974-78	1979-81	1982-85	1970-73	1974-78	1979-81	1982-85
<hr/>												
Gobierno												
Renta corriente	8,92	11,64	15,07	17,67	15,33	15,1	19,37	16,45	20,1	30,08	26,83	26,88
Gasto corriente	8,25	12,48	15,56	23,9	13,05	15,12	16,13	16,93	13,58	14,96	16,43	18,73
Ahorro	0,67	-0,84	-0,49	-6,23	2,26	-0,02	3,24	-0,48	6,52	15,12	10,4	8,15
Renta del capital	0,1	0,08	0,03	0,05	0	0	0,05	0	0	0	0	0
Inversión	3,6	3,96	5,17	4,05	3,06	2,8	3,64	3,65	2,38	2,45	1,57	1,55
Superávit	-2,83	-4,72	-5,63	-10,23	-0,78	-2,82	-0,4	-3,63	4,14	12,66	8,83	6,6
<hr/>												
Empresas públicas	0,25	0,8	3,1	5,9	13,25	25,25	19,66	16,5
Renta corriente	9,27	11,96	15,27	22,32	8,78	19,14	28,8	31,4	29,7	40,02	41,7	38,1
Gasto corriente	7,57	9,48	9,8	12,4	7,93	19,54	28,57	29,66	14,6	11,85	16,54	19,08
Ahorro	1,45	1,68	2,37	4,02	0,85	-0,4	0,23	1,72	1,65	2,92	5,5	2,52
Renta del capital	0,03	0,02	0,03	0	0,38	0,13	0,48	0,75
Inversión	2,28	4,06	5,83	3,85	2,17	4,72	3,53	5,41	4,46	9,26	11,67	9,83
Superávit	-0,8	-2,38	-3,43	0,17	-0,94	-4,99	2,82	-2,93	-2,83	-6,34	-6,17	-7,31

Fuente: Felipe Larrain y Marcelo Selowsky (ed.), *The Public Sector and the Latin American Crises*, ICS Press, San Francisco, California, 1991.

Cuadro V. Gasto del sector público en América Latina 1970-1985 (% del PIB)

Años	Argentina	Brasil	Chile	México	Perú	Venezuela
1970	38,62	35,92	41,27	22,3	24,5	28,7
1971	37,76	34,44	49,93	20,5	27,1	29,2
1972	37	35,19	56,05	23	31,2	33,5
1973	40,52	33,96	49,39	25,7	38,6	32,8
1974	47,06	38,81	43,17	27	45,1	29,5
1975	46,4	42,74	40,44	31,9	46,1	38,9
1976	43,49	44,17	37,82	32	45,8	44
1977	43,01	42,04	40,74	30,3	48,4	50,5
1978	48,92	47,56	34,57	31,4	47,6	52,6
1979	45,88	54,45	31,65	33	48,4	49,4
1980	49,06	52,66	31,58	35	60,1	53,3
1981	53,3	42,7	34,11	41,4	57,4	54
1982	49,16	46,06	39,84	46,4	60,2	57,6
1983	55,79	44,44	38,31	42,8	66,33	47
1984	51,86	43,1	39,66	40,3	55,5	42,9
1985	52,09	48,26	39,92	40,7	56,9	43,6

Fuente: Felipe Lanain y Marcelo Selowsky (ed.), *The Public Sector and the Latin American Crises*, ICS Press, San Francisco, California, 1991.

III. Los neoliberales en el poder y sus contradicciones 1979-1993

Las ondas largas de Kondratiev

En una investigación cuyos resultados fueron publicados en 1926 (Kondratiev, 1979: 519-562),¹² el economista ruso N. D. Kondratiev constató la existencia de tres ciclos económicos de 50 a 60 años cada uno, entre

12. Ver mi artículo (1998: 9-33).

1780 y 1920. Kondratiev analizó el comportamiento de los índices de precios, las tasas de beneficio, los salarios, el movimiento internacional de capitales, el consumo de carbón, la producción de carbón, lingotes de hierro y plomo, básicamente en Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos. A partir de estos datos, encontró series consistentes que repetían el mismo patrón cíclico de largo plazo. Así, determinó tres ondas o ciclos largos:

Primera onda larga:

A: El ascenso se inició entre fines de 1780 y comienzos de 1780, hasta 1810-1817.

B: La declinación duró de 1810-1817 hasta 1844-1851.

Segunda onda larga:

A: El ascenso duró de 1844-1851 hasta 1870-1875.

B: La declinación duró de 1870-1875 hasta 1890-1896.

Tercera onda larga:

A: El ascenso duró de 1890-1896 hasta 1914-1920.

B: La declinación comenzó probablemente en los años 1914-1920.

No es este el lugar para discutir acerca de la complicada carrera de Kondratiev (socialista revolucionario de izquierda que apoyó el gobierno bolchevique, dirigió el Centro de Estudios de Matemáticas Económicas, donde llevó a cabo las investigaciones que lo hicieron célebre, y terminó su vida deportado en Siberia), cuya obra despierta un creciente interés.¹³

Sus descubrimientos tuvieron repercusiones polémicas. León Trotsky, para entonces ministro de la Guerra, y otros economistas, se pronunciaron en contra de sus conclusiones. Negaban sobre todo la posibilidad de un comportamiento cíclico de largo plazo aunque, ante el rigor de los datos utilizados y a pesar de sus límites, no podían argumentar casi nada.

Schumpeter fue el economista que mejor asimiló los resultados de Kondratiev. En su libro sobre el ciclo económico (1964), buscó articular los ciclos largos con los ciclos menores de 10 a 4 años, elaborando una teoría bastante consistente del ciclo económico. Sin embargo, estos

13. Con la ayuda de su hija, se logró reunir los textos principales de la obra de N. D. Kondratiev (1992).

descubrimientos se toparon con la hegemonía del keynesianismo en la ciencia económica. Para los keynesianos, se trataba sobre todo de asegurar la posibilidad de eliminar el ciclo económico mediante políticas económicas anticíclicas. Se llegó a creer que la economía había alcanzado una fase postcíclica,¹⁴ debido al alto grado de planificación practicado por las grandes empresas y por el Estado moderno. Esta visión tuvo un gran prestigio en el período de la postguerra, cuando los ciclos económicos disminuyeron sensiblemente sus oscilaciones. Los períodos de recesión se hicieron más cortos, y pocas veces se observaba una sincronía entre las recesiones norteamericanas, europeas y asiáticas.

No obstante, a fines de la década de los años sesenta, los ciclos más pronunciados volvieron a manifestarse, aumentando sobre todo las fases de recesión y caída del crecimiento económico a períodos cada vez más largos. Actualmente, se vuelve a estudiar las ondas largas.¹⁵ Se observa una coincidencia increíblemente exacta con los cálculos de Kondratiev. Queda entonces en evidencia la extrema precisión de los ciclos largos.

Si analizamos el período posterior a la muerte de Kondratiev, tenemos el siguiente resultado:

Tercera onda larga:

B: de 1914-1920 a 1940-1945, nueva fase de descenso.

Cuarta onda larga:

A: de 1940-1945 a 1967-1973, nueva fase de ascenso.

B: de 1967-1973 a 1994-1998, nuevo período de descenso.

¿Quinta onda larga?:

A: de 1994-1998 a 2020, ¿nuevo período de ascenso?

En vez de rechazar los hechos por presentar un carácter determinista, como hacen algunos, habría que tratar más seriamente de explicar estas ondas largas y su posible repetición y previsibilidad. De hecho, todo

14. Ver mi crítica al concepto del capitalismo postcíclico en mi libro *Teorías do capitalismo contemporâneo* (1983), y en mi artículo en el libro *La crisis del capitalismo: teoría y práctica* (López, 1984).

15. Al iniciarse la década de los años setenta, se publicaron varios libros de orientación marxista, o cercana al marxismo, recuperando las ondas largas de Kondratiev, entre otros: Mandel (1975), Frank (1978), Wallerstein (1979), Dos Santos (1973), Rostow (1978), Freeman (1984).

lo que se escribió al respecto en los últimos años buscaba encontrar las causas más profundas de estas ondas largas, buscaba describir su morfología, las posibles especificidades de cada una, sus posibles cambios de comportamiento.

Lo que se sabe hoy en día es que cada una de esas ondas largas estuvo asociada a un nuevo paradigma tecnológico, y partió de una nueva base de fuerzas productivas y de un nuevo modelo de acumulación de capital que, en cierta forma, suponían los anteriores. Si apelamos a la noción de régimen de regulación creada por los regulacionistas franceses, podríamos asociar cada ciclo a un régimen de acumulación, pese a que los regulacionistas se rehúsan a aceptar las ondas largas.¹⁶

En los últimos años, se instauró un amplio debate sobre la existencia de las ondas largas antes de la Revolución Industrial, o mejor dicho, de la primera onda larga descubierta por Kondratiev. A partir de Fernand Braudel, se encontraron ondas largas aún mayores, abarcando dos siglos y un siglo y medio. Estas ondas revelan una clara tendencia a disminuir sus años medios.¹⁷

El resultado final de este análisis propone el siguiente esquema de pares de ciclos de Kondratiev, que fue trabajado posteriormente, siendo el estudio reciente de Giovanni Arrighi uno de los que logró los resultados más brillantes.¹⁸

16. El economista japonés Koichi Shimizu, entre otros (y entre los cuales me encuentro), trata de hacer esta integración conceptual: "Aunque J. Schumpeter destaca la individualidad de cada ciclo, ésta debe vincularse, en nuestro criterio, no a la individualidad técnica sino a la de los regímenes de acumulación, y además, en el fondo, a las normas de producción y de consumo" (Shimizu, 1988: 154-229).

17. En 1977-1978, un grupo de investigación del Fernand Braudel Center, coordinado por Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins propuso un amplio proyecto de investigación sobre los ritmos cíclicos y las tendencias seculares en la economía capitalista mundial, en el cual se identificaron los ciclos largos de Kondratiev a partir de 1450, estableciendo una aproximación entre los pares de ondas largas y los períodos de hegemonía/rivalidad en la economía mundial. Además de identificar los procesos de expansión y retracción con tres tendencias (expansión "externa"; más "interna" o comercialización de la tierra; proletarización y mecanización) identificaron cuatro fases dentro de cada par de ondas largas con respecto al establecimiento de la hegemonía y su descenso: A1: ascenso de la hegemonía, agudos conflictos entre rivales por la sucesión; B1: victoria hegemónica, el nuevo poder rebasa al antiguo que se encuentra en declinación; A2: madurez hegemónica, verdadera hegemonía; B2: hegemonía declinante, agudo conflicto entre el antiguo poder y sus posibles sucesores.

18. Giovanni Arrighi presenta un esquema un poco diferente basándose en los ciclos sistémicos de acumulación de Fernand Braudel (1966: 219).

Pares de Kondratiev y hegemonía/rivalidad

Poder hegemónico, Estados Unidos	1. Espina dorsal, Habsburgos	2. Holanda, Países Bajos	3. Gran Bretaña	4. Estados Unidos
A1				
Hegemonía ascendente	1450	1575-1590	1798-1815	1897-1913/20
B1				
Victoria hegemónica	-	1590-1620	1815-1850	1913/20-1945
A2				
Madurez hegemónica	1559	1620-1650	1850-1873	1945-1967
B2				
Hegemonía en declinación	1559-1575	1650-1672	1873-1897	1967-?

Fuente: *Review*, vol. II, n° 4, primavera de 1979.

Ya que, al parecer, estamos iniciando una nueva fase A del ciclo largo de Kondratiev desde 1994, es decir, un crecimiento económico sustentado de la economía mundial, con crisis económicas y recesiones cada vez menos extensas, puede que las teorías del ciclo económico, y particularmente de los ciclos largos, caigan en el olvido. Pero todavía hay tiempo para tratar de sensibilizar a los economistas y los científicos sociales más realistas con respecto al comportamiento cíclico de la economía (y, en este sentido, la crisis entre 2001 y 2003 muestra la combinación entre los ciclos largos y los ciclos de 4 años y de 10 años encontrados por Schumpeter), y con respecto a la necesidad de no perder de vista fenómenos tan evidentes y esenciales para una correcta previsión de la coyuntura y la planificación económica (que seguramente volverá a ponerse de moda cuando la estabilidad se haga más sólida y el crecimiento más viable).

El objetivo de esta parte de nuestro libro es analizar la economía de la postguerra desde el punto de vista de la teoría de las ondas largas, tal como se presenta actualmente, articulando cada onda larga con nuevos

paradigmas tecnológicos, nuevas modalidades de regulación, y nuevas etapas en los procesos de hegemonía a escala mundial. Al hacerlo, quiero demostrar las razones históricas que generaron una corriente ideológica neoliberal en las dos últimas décadas del siglo XX, y la posible evolución de esta tendencia, con la pérdida de esta hegemonía neoliberal y la recuperación del crecimiento económico.

No se trata de un simple determinismo económico, ya que el fenómeno de las ondas largas no está totalmente explicado, y sólo queremos señalar algunos elementos teóricos en esta duración. Se trata, sí, de reconocer un fenómeno histórico que debe orientar el trabajo teórico y analítico. La formación actual de los economistas se basa en la total ignorancia de los hechos de la historia económica. Por ello, pueden despreciar tranquilamente lo que ignoran. De ahí la irrelevancia teórica y práctica de sus estudios.

El largo ciclo de la postguerra, 1945-1967

Entre 1945 y 1967, la economía capitalista internacional presentó un crecimiento permanente, con recesiones cortas y localizadas. Tan grande y continuo fue este crecimiento que los economistas de origen keynesiano creyeron que se había alcanzado el final de las crisis económicas, y llegaron a concebir un capitalismo postcíclico.¹⁹ Ciertamente, se registraron importantes crisis en ese período: en 1946, con la desmovilización de la economía de guerra en Estados Unidos; en 1953, con el final de la guerra de Corea; en 1958, cuando Eisenhower pretendió desmontar la economía de guerra; en 1961, cuando los factores cíclicos ya despuntaban claramente. Pero estas crisis no produjeron una sincronía mundial, fueron relativamente breves, y las acciones anticíclicas de los Estados nacionales parecían capaces de superarlas rápidamente.

Por otra parte, esta fase A (ascendente) del ciclo largo de la postguerra se acompañó de tres cambios estructurales del capitalismo, que generaron un nuevo patrón de acumulación.

19. Ver mi crítica a la tesis del capitalismo postcíclico, entre otros en el libro *Teorías do capitalismo contemporâneo* (1983).

En el plano de las fuerzas productivas y de las relaciones básicas de producción, el régimen fordista de producción, que se inició en la primera parte del siglo, después de la Primera Guerra Mundial, se extendió en distintas formas por todo el planeta, pero dentro de un mismo patrón: la instalación de las cadenas de producción basadas en el trabajo especializado, en la generalización de las relaciones asalariadas, y en el aumento de la demanda de los trabajadores, incluso para productos de consumo intermedio con el auxilio del crédito.

En segundo lugar, se expandieron las acciones estatales de intervención directa en la economía. En el plano productivo, el Estado planificaba, asesoraba y financiaba las inversiones, algunas veces asumía directamente la producción en los sectores estratégicos y vitales de la infraestructura, cuyos productos y servicios eran consumidas por las demás empresas a precios subsidiados. Al asumir las actividades económicas con bajas tasas de beneficio, el Estado permitía que los capitales privados se concentraran en las actividades con altas tasas de beneficio, y fortalecía así la acumulación de capital.

Al mismo tiempo, el llamado Estado de Bienestar garantizaba el seguro de desempleo, la atención a la salud pública y privada, los recursos básicos alimentarios, la vivienda y el transporte para el conjunto de la población, y más específicamente para los trabajadores asalariados. Al generalizarse la semana de 48 horas, el aumento del tiempo libre permitió la extensión de la educación y del ocio, y dio a la clase trabajadora (o, al menos, a una fracción importante de esa clase) los medios para ampliar su acción política organizada y su nivel de consumo. Sin embargo, la intervención del Estado se generalizó con dos objetivos: asegurar la acumulación de capital, garantizando el consumo, el crédito y la inversión; legitimar el orden social, formar la mano de obra, organizarla y disciplinarla a través de un sistema de educación básica y profesional.²⁰ Los instrumentos fiscales para estas políticas fueron muy diversificados, pasando de los meros impuestos a las cobranzas de tasas específicas y a las más variadas formas de subsidios y exenciones fiscales, y algunas veces simplemente el déficit público y la

20. Esta definición del gasto público fue ampliamente analizada por James O'Connor (1973).

consecuente deuda pública, o la emisión monetaria cada vez más separada del patrón oro y de cualquier lastre que no fuera la propia producción de bienes y valores.

El tercer fenómeno se inserta en esa acción creciente del Estado. Se trata del crecimiento extraordinario de las actividades militares en período de paz. Entre estas actividades, señalemos la investigación militar, la inteligencia, el reclutamiento obligatorio, el entrenamiento, la simulación de guerra. Teniendo a Estados Unidos como su principal líder, esta economía de guerra se extendió por el resto del mundo de manera espectacular, acompañando la Guerra Fría, la generalización de los movimientos de liberación nacional, y el surgimiento de más de un centenar de nuevos y poderosos Estados nacionales postcoloniales. Incluso los vetos que sufrían Alemania, Italia y Japón, desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial, para el desarrollo de sus fuerzas armadas, fueron levantados poco a poco para poder ampliar sus gastos militares.

Hay que resaltar que estas nuevas realidades implantadas después de la Segunda Guerra Mundial configuraron, para muchos, un nuevo sistema económico, social y político mundial. Como la guerra se ganó gracias a la acción conjunta de la ofensiva soviética en la Europa del Este hasta las puertas de Berlín, por una parte, y por otra, por la ofensiva norteamericana con el apoyo inglés y, muy secundariamente, con el apoyo francés en la parte occidental, el mundo se dividió entre los dos bloques vencedores.

Recordemos que el imperialismo europeo entró en crisis definitiva en Asia y en África. En estas regiones, las tropas soviéticas se expandieron hacia China y Japón, mientras Estados Unidos e Inglaterra utilizaban el poder atómico para conseguir la rendición japonesa ante la ocupación norteamericana, y mientras India conquistaba su independencia.

En este mundo de postguerra, la paz había sido producto de un vasto movimiento progresista mundial. Los Aliados impusieron la democracia sobre el nazifascismo, los principios de un orden social en el que la soberanía nacional, la democracia, la justicia social, y la confianza en la unidad del género humano servían de principios comunes para reordenar el mundo. El pleno empleo, el bienestar económico, el desarrollo y el crecimiento económico se convertían en ideales universales.

La Organización de las Naciones Unidas y el sistema económico de Bretton Woods, articulándose, pretendían asegurar las condiciones para el pleno desarrollo de la humanidad.

Hay que tener en mente este ambiente triunfal de los Aliados para comprender el atraso que representó la declaración de la Guerra Fría por parte de Churchill y Truman, con la oposición inicial de la socialdemocracia y de los liberales más progresistas. La intensificación de esta estrategia fue envolviendo el otro lado, y creando las motivaciones para una ofensiva del socialismo mundial.

La revolución en Yugoslavia, con la oposición de Stalin; la radicalización de las democracias populares de la Europa occidental, aceptada por Stalin sólo como respuesta a las presiones de Inglaterra y Estados Unidos; la Revolución china, aceptada como arma de desestabilización mundial definitiva; la guerra de Corea, medición de fuerzas que revelaba la fragilidad del colonialismo pese al apoyo del ejército norteamericano.

La victoria de los vietnamitas contra el imperialismo francés, el levantamiento de los países árabes en Medio Oriente, el ascenso revolucionario en Latinoamérica, y las victorias de las luchas anticoloniales en África, configuraban un campo de batalla mundial donde el socialismo fue convirtiéndose en una bandera de lucha internacional, en regímenes políticos y experiencias de gobierno.

La Guerra Fría permitió alejar las experiencias revolucionarias y progresistas del resto del mundo, así como a los sectores más avanzados de Estados Unidos y Europa occidental, dividiéndolos. En este sentido, la respuesta radical del estalinismo favoreció, a fines de la década de los años cuarenta, el quiebre de las alianzas y de los frentes que habían surgido durante la Segunda Guerra Mundial en torno a los movimientos de Resistencia. Los servicios occidentales de inteligencia se vanagloriaban de haber logrado esa división, con el rompimiento entre socialdemócratas y democristianos por un lado, y los comunistas por el otro.

Sin embargo, el ascenso económico en la postguerra iba asociado a cuatro fenómenos distintos:

1. La lucha entre dos ideologías que presentaban concepciones distintas del ordenamiento mundial, de la economía y la política. Esto no

significaba que el poder mundial estuviera dividido entre dos potencias de poder similar. La idea de vivir en un mundo bipolar no tenía ningún fundamento. La hegemonía norteamericana era ineludible, y tanto la Unión Soviética como cualquier otra experiencia de gerencia económica tenían que subordinarse a las leyes económicas, militares y políticas del sistema mundial capitalista.

2. El Estado de Bienestar en Occidente, caracterizado por las políticas de pleno empleo y la planificación económica indicativa, ambos principios que se oponían al liberalismo ortodoxo, sometiendo el mercado a la acción consciente de la humanidad.
3. La aparición de los Estados postcoloniales que generaban una nueva y poderosa fuerza económica, política y militar en el escenario político internacional. Civilizaciones seculares como India, China y los pueblos árabes, nuevos pueblos apoyados en comunidades seculares como Indonesia, Corea, Vietnam, las sufridas sociedades tribales africanas, objeto de 500 años de expoliación sistemática de sus mejores hijos, convertidos en esclavos, y reestructuradas en torno a grandes líderes anticoloniales, como Nkrumah y Sékou Touré.
4. El surgimiento de Estados cuyo objetivo era fundar un nuevo sistema de producción postcapitalista, y que se articulaban con la experiencia histórica de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Estos regímenes de transición dominaban casi dos tercios de la población mundial, al reunir a los dos países más grandes del mundo (la Unión Soviética y China), a la mayor concentración poblacional del planeta (China), y a las economías medias semiindustrializadas (como la Europa Oriental y Cuba). La victoria de los independentistas en Argelia extendía aquellas experiencias hasta el Norte de África, encontrándose con la civilización árabe, donde el concepto de socialismo árabe presentaba una versión propia de la modernización del mundo panárabe.

Puede decirse entonces que el ascenso económico posterior a la Segunda Guerra Mundial, pese a estar vinculado al gasto militar y pese a los monopolios estatales, estaba asociado a un conjunto de fenómenos progresistas que tuvo sus expresiones mayores en el pleno empleo y en el Estado de Bienestar. Al mismo tiempo, este ascenso se combinó con

luchas revolucionarias victoriosas que emergían directamente de la victoria de los Aliados en la guerra antinazi. Yugoslavia, la Europa Oriental, China, Corea, Vietnam del Norte, ampliaron en los años posteriores experiencias más distantes de la zona de conflicto de la Segunda Guerra Mundial, como Bolivia, Guatemala y Cuba en Latinoamérica, Argelia en África del Norte. La consolidación nacional de los Estados de India, Indonesia, África, indicaba que este período debía consolidarse a través de un nuevo orden económico mundial.

Las fases A de los ciclos largos de Kondratiev suelen caracterizarse por acontecimientos aparentemente contradictorios: la combinación de las reformas en las zonas centrales del sistema, y las transformaciones revolucionarias, sobre todo en las zonas periféricas. Pero el avance de las reformas fue el resultado del crecimiento económico, que colocó las luchas de los trabajadores en un plano más elevado históricamente. En una situación de pleno empleo, se trata de garantizar la máxima participación del trabajo en la distribución de las riquezas producidas y, por ende, en la elevación de las condiciones de vida de los trabajadores. En el plano internacional, la expansión económica de las economías centrales genera mejores condiciones de crecimiento en la periferia, y pone en el tapete la necesidad de redefinir las relaciones económicas internacionales, para beneficio de las economías periféricas y dependientes.

El final del auge de la postguerra y la crisis 1967-1983

Como veremos a continuación, el agotamiento de la onda expansiva en 1967 abrió una coyuntura histórica completamente nueva que se caracterizaba, por una parte, por la pérdida de dinamismo de la economía mundial, y por otra, por el intento de las clases dirigentes para detener y, en lo posible, para destruir las conquistas sociales y políticas alcanzadas por clases, grupos, y fuerzas sociales y políticas subyugadas y dependientes históricamente, sobre todo en el período de la postguerra. La guerra de Vietnam fue quizás la primera forma global de encaminar esa ofensiva.

No obstante, la derrota norteamericana obligó a un cambio de táctica, que se expresó sobre todo en el surgimiento de la Organización Trilateral. Se generaron las condiciones subjetivas para una unión entre

Estados Unidos, Europa y Japón, que se expresó en la creación del Grupo de los Siete y otras instancias de poder mundial, con el fin de derrotar el avance de las fuerzas populares, definidas como la alianza de los países socialistas y el movimiento socialista mundial con el llamado Tercer Mundo y el movimiento nacionalista democrático en varios países. Esta amenaza se concretó en el Movimiento de los No Alineados. La hegemonía del pensamiento único neoliberal, y fenómenos como el Consenso de Washington, fueron expresiones posteriores de esta contraofensiva del poder mundial.

Las razones para la recesión, o pérdida de dinamismo económico, ya estaban presentes en el período anterior. Entre estas razones, se destacan las siguientes:

La expansión de la producción se apoyaba en una expansión del consumo, sobre todo financiada por el Estado, mediante la exención fiscal, mediante la simple emisión monetaria, o mediante la creación de deuda pública. Así, esta fase expansiva se caracterizó por un aumento permanente de las presiones inflacionarias. Hay que señalar que el bloque histórico que se hallaba detrás de estas transformaciones, estaba basado en un acuerdo entre capital y trabajo en los países centrales, con repercusiones en las zonas semiperiféricas y periféricas. En general, este acuerdo no tocaba ciertas cuestiones básicas: el aumento de patrones salariales y de conquistas sociales, la reducción de la jornada de trabajo con el aumento de los asuetos y otras formas de tiempo libre, la organización sindical, se aceptaban porque el Estado asumía gran parte de los costos de la expansión económica y del aumento de la demanda.

Por otra parte, la expansión de los gastos públicos, sobre todo en el plano militar, con el apoyo ideológico de la Guerra Fría, y también otros gastos paralelos como la conquista espacial, formaban un nivel con el que se garantizaba la expansión de la acumulación capitalista.

No cabe duda de que el modelo de Estado de Bienestar con Estado militar (Welfare con Warfare) resultaba cada vez más explosivo. La oposición conservadora trató durante años de contener estas tendencias, pero no disponía de legitimidad para tanto. El crecimiento económico rompió todas las barreras y oposiciones, pero el modelo tenía sus límites.

Aplazaba la lucha de clases para un futuro incierto, aunque esta se mantenía en el horizonte. El costo del Estado militar resultaba particularmente elevado. Comenzaba por el reclutamiento militar que encontraba en la fuerza de trabajo desempleada una enorme masa de jóvenes, que pasaba a ser directamente sustentada por el Estado. Continuaba con los costos de mantenimiento y movilización de estas fuerzas militares por todo el planeta, que correspondían a la potencia hegemónica mundial: Estados Unidos. Estos gastos presionaban el dólar, generando un déficit cambiario del que se resentía cada vez más la economía central. Además, estaban los gastos para la investigación y el desarrollo de servicios y productos militares. Durante muchos años, se dijo que los costos de investigación y desarrollo militar salpicaban al sector civil (el famoso *speed off*). El tiempo fue demostrando que las economías que no se ocupaban de estos gastos, como Alemania y Japón, impedidos de hacer gastos militares elevados, desarrollaban innovaciones de mercado más agresivas y con mejores resultados.

De hecho, la productividad norteamericana se vio afectada por esta política militarista que, al mismo tiempo, reforzaba los precios monopólicos y los subsidios públicos destinados a la investigación y el desarrollo que resultaban excesivamente caros. En consecuencia, durante 25 años de postguerra, la hegemonía norteamericana se desgastó con los costos de esta misma hegemonía. Tras el superávit comercial de la postguerra, apoyado en las ventajas tecnológicas y en la productividad norteamericana, se llegó a la consolidación en 1969 del déficit comercial de este país. El dólar que se expandía por el mundo en inversiones norteamericanas y en el pago de sus ejércitos que ocupaban el planeta, se hizo demasiado abundante, presionando en el sentido de su devaluación, de un déficit fiscal apoyado en los gastos militares, y de un déficit cambiario derivado en parte del movimiento de capitales (los envíos de capitales hacia el resto del mundo sólo eran compensados por la expansión de las multinacionales norteamericanas en las zonas periféricas y semiperiféricas, que seguían produciendo beneficios muy superiores a sus inversiones).

La creciente desconfianza hacia una moneda abundante debido al crecimiento de los euros y de los dólares asiáticos, se sumaba al creciente déficit cambiario y corroía las bases de convertibilidad del dólar en oro.

Los cobros en oro por parte de los acreedores de Estados Unidos convirtieron a este país (que destinaba 70% de las reservas de oro mundial en la postguerra) en un deudor líquido. En 1967-1969, sus reservas en oro estaban a punto de agotarse y eran muy inferiores a sus deudas, e incluso inferiores a la suma de su déficit en 2 o 3 años. Ya no era posible asegurar la convertibilidad del dólar en oro establecida en Bretton Woods. La libra ya había abandonado esta retención en los años cincuenta. Ahora, Estados Unidos, centro de reestructuración económica y financiera de la postguerra, se preparaban para abandonar uno de los pilares de su dominio: la solidez de su moneda, utilizada como medida de valor mundial.

La política económica norteamericana no se dejó sensibilizar por esta coyuntura dramática. En vez de recortar los gastos militares que se hallaban en el origen del drama monetario, la nación imperialista se lanzó en una guerra sin perspectiva, iniciando la escalada militar en Vietnam, exactamente en 1966. Al poco tiempo, Estados Unidos estaba metido en gigantescos gastos internos para investigación y desarrollo, reclutamiento militar y logística, en enormes gastos para las tropas de ocupación que llegaban a los 500.000 soldados, además de los gastos incalculables en equipos, armamentos y arsenal, que abarcaban toda la región de la antigua Indochina (Vietnam, Laos, Camboya). Al mismo tiempo, se incrementaban los gastos militares en el resto del mundo ante la posibilidad de una escalada bélica en China y la Unión Soviética.

Así, el déficit externo (comercial, de gastos en el exterior para turismo y ocupación militar, de movimiento de capitales) se combinaba con el déficit fiscal interno (con la industria de guerra en primer lugar, con los gastos de previsión social y del Bienestar, con los subsidios a los monopolios). Se iniciaba el ciclo perverso del aumento de precios y de la caída del crecimiento económico, la devaluación del dólar, y el abandono de la convertibilidad del dólar en oro.

A partir de 1967, se inició una etapa de desaceleración del crecimiento económico en los países capitalistas centrales, y empezaron a esbozarse recesiones de carácter internacional que envolvían simultáneamente a todas esas economías. Entre 1969 y 1971 se dieron las primeras señales de “estanflación” (la combinación de estagnación con inflación). Esta

combinación desafiaba el saber económico establecido, que creía haber probado la existencia de una incompatibilidad entre inflación y recesión a través de la curva de Phillips. Tras una leve recuperación económica entre 1971 y el segundo semestre de 1973, la economía internacional entró en una grave recesión. Esta vez, no solamente se llegó a índices dramáticos de la caída de producción, sino que estos se extendieron por todo el planeta. Los países capitalistas dependientes del desarrollo medio que todavía se resistían a la depresión, se engolosinaron; y los países socialistas en su conjunto, cada vez más articulados con la economía mundial, se vieron afectados.

Y así se presentó una segunda recesión —con claras características de depresión—, que se prolongó entre el segundo semestre de 1973 y el final de 1975 o 1976. Esta recesión se combinaba con el aumento del precio del petróleo (que buscaba compensar la fuerte inflación del dólar, convertida en libre conversión en 1971, con el consecuente encarecimiento del oro), y la aparición en Europa de la llamada “serpiente monetaria”. Surgió una enorme masa de “petrodólares” que fueron reciclados, entre otras formas, a través del creciente endeudamiento del Tercer Mundo y de los países socialistas, en parte para cubrir los déficits cambiarios generados por el aumento del petróleo, y en parte para transvasar la enorme especulación financiera generada por el ya referido reciclaje.

De hecho, podemos caracterizar este período como el “infierno astral” de Estados Unidos. En primer lugar, estaba la derrota en Vietnam, con la retirada norteamericana en 1973. De hecho, hasta 1980, Estados Unidos no ganó ninguna de las guerras que inició después de la Segunda Guerra Mundial. No consiguió destruir a Corea del Norte, y al cabo de varios años de lucha tuvo que aceptar un acuerdo con China y la Unión Soviética. En Vietnam, la derrota fue aplastante. Carter tuvo que enfrentar la Revolución islámica del ayatolá Khomeini. No sólo cayó el Irán de Rezha Palhevi, que era la perla de la CIA, sino que triunfaron nuevas fuerzas sumamente hostiles a Estados Unidos. El fracaso de la operación militar que pretendió rescatar a los rehenes norteamericanos en Irán selló la derrota electoral de Carter y la victoria de Reagan.

En Latinoamérica, la concepción de guerra antiinsurreccional combinada con golpes militares parafascistas resultó en victoria para el

gobierno norteamericano pero, debido a las dificultades para identificarse con esas dictaduras, no trajo alivio alguno. Al contrario, el gobierno de Carter se caracterizó por una confrontación ideológica con los gobiernos fascistas generados por la intervención norteamericana. La campaña por los “derechos humanos” permitió abrir una nueva línea estratégica que se mantuvo durante el período Reagan, con matices más anticomunistas.

Sin embargo, en el plano internacional, se esbozaba una ofensiva del Tercer Mundo, apoyada en la estrategia del cártel petrolero (OPEP), que mostraba el camino por el cual los países del Sur podrían obtener mejores precios para sus productos. La proliferación de intentonas revolucionarias desde el socialismo se dio por la vía democrática en Chile, o con la creación de nuevas repúblicas populares en África, tras la caída del Imperio portugués.

Posteriormente, entre 1976 y 1979, la gravedad de esa situación, aunque reconocida en sus inicios, quedó ocultada por cierta euforia económica, cuando los precios petroleros comenzaron a declinar. Con los excedentes financieros se financió un crecimiento del comercio mundial basado en “grandes proyectos” que absorbieron la mayor parte de esos recursos excedentes, a través de inmensos procesos de endeudamiento.

Así, se incentivaron nuevas inversiones que comenzaron a absorber nuevas tecnologías y a provocar una seria revisión de la división internacional del trabajo. En el ambiente recesivo y de crisis general de los años setenta, se hizo posible la destrucción de sectores económicos completos, como ocurrió con la reestructuración de la siderurgia. Por una parte, el acero comenzaba a ser sustituido por las nuevas materias, y la demanda de los productos menos refinados disminuyó drásticamente. Por otra parte, el avance de la automatización de la producción siderúrgica aconsejaba el cierre, que se ejecutó, de gran parte de la industria histórica del Este de Estados Unidos y de casi toda Europa.

A partir de 1979, cuando ya habían desaparecido los excedentes financieros del petróleo, cuyos precios habían estado bajando desde 1976, comenzó a registrarse un sobredimensionamiento de los nuevos proyectos. En 1979, hubo un nuevo intento de subir el precio del petróleo, con nuevos efectos depresivos. Esta vez, sin embargo, no se combinaron con

el alza de la inflación. La extensión del endeudamiento generado en el período anterior no permitió proseguir con el movimiento especulativo. Las propias economías de los países desarrollados necesitaban recursos para hacer viables sus proyectos iniciados en la fase anterior. Se creaba así una escasez de dinero que los petrodólares no lograron suplir. El alza de las tasas de interés, derivadas de esa escasez de dinero, acentuó el cuadro depresivo del período, haciendo aún más inviable el impulso productivo.

Se abandonaron las políticas económicas anticíclicas, y se retomaron los principios monetaristas, intentando yugular definitivamente la estanflación.

Comenzaron los procesos de deflación, y finalmente se abatió el auge inflacionario con políticas coordinadas de estabilización entre los Siete Grandes. La política de la Trilateral, aplicada por Carter y sus homólogos europeos y japoneses, permitió iniciar una coordinación entre los principales centros financieros y entre las políticas económicas de los gobiernos de los países capitalistas centrales. Esta política se materializó con la creación del Grupo de los Siete, que reunía a Estados Unidos, Alemania, Francia, Japón, Italia, Inglaterra y Canadá.

A continuación, con el ascenso de Reagan en 1980, y su cuestionamiento del trilateralismo, esa coordinación cedió su lugar a las imposiciones del gobierno norteamericano. En un primer momento, Reagan acentuó las políticas de estabilización, disminuyendo la carga fiscal y recortando los gastos sociales del Estado; facilitó el intercambio con el exterior, y profundizó la nueva división internacional del trabajo que ya se esbozaba en la recuperación de 1976 a 1979.²¹

De tal modo que la economía internacional ya estaba preparada para una nueva fase de crecimiento, que tendría como centro la recuperación norteamericana. En Estados Unidos, la presencia de los conservadores

21. Según la teoría del *supply-side*, o “economía de la oferta”, la disminución de los impuestos para los sectores de altos ingresos aumentaría las posibilidades de inversión, generando un mayor ingreso nacional y, por ende, un mayor volumen de recaudación fiscal. Reagan llegó al gobierno con la bandera de la disminución de los impuestos —que, de hecho, aplicó para las rentas mayores— pero sólo restringió los gastos del gobierno en algunos servicios sociales destinados a amparar la pobreza, y aumentó de manera draconiana los gastos del Estado, sobre todo los militares. Al respecto, hay un resumen en el artículo de F. Carneiro (1989: 83-86).

en el poder con Reagan, en Alemania con la Democracia Cristiana, en Inglaterra con Margaret Thatcher, indicaba que se buscaba una recuperación moderada y controlada. Pero ocurrió algo totalmente distinto.

Reagan rompió con todos los principios del liberalismo económico, al elevar el déficit público norteamericano hasta niveles jamás imaginados por la ciencia económica, y al forzar una recuperación cuyas características marcaron la década de los años ochenta, proyectándose hacia los años noventa. Así pues, es necesario hacer un análisis detallado de aquel proceso para comprender gran parte de los acontecimientos posteriores.²²

La estrategia de recuperación económica mundial 1983-1989

El origen del auge económico de 1983 a 1989 está en el mecanismo del déficit del Tesoro norteamericano, que alcanzó la cifra de 134 billones de dólares en 1982; 230,8 billones en 1983, manteniéndose en este nivel hasta 1989; con 237,8 billones de dólares anuales,²³ lo que llevó a un amplio movimiento por la contención de los gastos, o por el aumento de los impuestos del país. El gobierno de Reagan eliminó la segunda hipótesis (llegando incluso a reducir los impuestos sobre el capital y sobre las rentas mayores) y sólo recortó los gastos sociales.

22. Este capítulo está basado en varios trabajos anteriores de Dos Santos acerca de la economía internacional, entre los cuales se destacan: *La crisis norteamericana y América Latina* (1970); *Imperialismo y dependencia* (1978); *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* (1987); *Economía mundial, integración regional e desenvolvimiento sustentável* (1997).

23. Antes de entregarse a las políticas neoliberales, la Unión Soviética ejercía un claro liderazgo en la tecnología espacial. En 1990, el periódico francés *Le Monde* publicó lo siguiente acerca de la nave espacial MIR: “un montaje de cinco elementos del mayor “Meccano” espacial que se haya puesto en órbita, formando una estación espacial de 90 toneladas, habitada por tripulaciones que permanecen casi un año en el espacio desde 1986. Ante lo cual, palidecen de envidia los norteamericanos, cuyas proezas en este campo se remontan a mayo de 1973, y ellos no dispondrán de un instrumento análogo hasta fines de los años noventa, con la estación espacial Freedom”. Jean-François Augeram, “Les Soviétiques s'apprêtent à mettre en place une station orbitale de 90 tonnes” “Los soviéticos se disponen a colocar una estación orbital de 90 toneladas”, París, 2 de junio de 1990. Con el fin de la Guerra Fría, los proyectos comunes espaciales entre Estados Unidos y la Unión Soviética aumentaron esta superioridad tecnológica soviética, que quedó luego sumamente debilitada por la crisis fiscal que se generó con las políticas neoliberales de los años noventa.

Estos déficits equivalen al valor del Producto Nacional Bruto brasileño de la época, y a casi tres veces su deuda externa. Para comprender el Esquema de Recuperación Económica Mundial en su conjunto durante el período 1983-1989, ver el Cuadro 1. Para evaluar el peso del déficit norteamericano, ver el Cuadro 1.

Puede verse la importancia del déficit general de Estados Unidos y su Producto Nacional Bruto en la Tabla 6.

Este porcentaje salta de 2,91% en 1980 a 6,19% en 1983, y sólo regresó a un nivel de 3% de 1987 a 1989. Pero la gravedad del déficit no disminuyó hasta los primeros años del gobierno de Clinton.

Mientras tanto, el volumen total de la deuda pública se elevaba anualmente. Como la mayor parte del déficit se financiaba con recursos externos, la deuda externa estadounidense se elevó de 737.7 billones de dólares en 1980 a 2.175 trillones en 1989. En el mismo período, la deuda interna se elevó de 194.1 billones a 676,9 billones. Así, la deuda externa total, como porcentaje del Producto Nacional Bruto, se elevó de 37,2% en 1981 a 51,1% en 1986, nivel que se mantuvo hasta 1989.

Sin embargo, hay que señalar que muchos gastos militares estaban incluidos dentro de los gastos en recursos humanos, que se habían elevado enormemente desde la postguerra. Los gastos en defensa representaban cerca de 10% del presupuesto al iniciarse el gobierno de Eisenhower y el de Kennedy. En el período de Reagan, estos ya se elevaron hasta 35%, manteniéndose en cerca de 29% en el período.

Pero lo más importante es constatar los cambios en la naturaleza de esos gastos militares, cada vez más orientados hacia la investigación y el desarrollo de punta. Las industrias aeroespaciales y de computación pesada dependen esencialmente de esos gastos. La Strategic Defense Initiative (SDI), o “Guerra de las Galaxias”, iniciada en 1983, trató de recuperar para Estados Unidos un papel prominente en las tecnologías de punta, tal como el láser y la fibra óptica, nuevos materiales, defensa aérea y espacial, control de tráfico aéreo, medicina y biotecnología. Este plan mirífico fue abandonado por el gobierno de Clinton y retomado por el de Bush hijo. En verdad, pese a los fabulosos objetivos de la “Guerra de las Galaxias”, los resultados de esas investigaciones permitieron a Estados Unidos producir una nueva máquina de guerra colosal,

tecnológicamente impresionante. La prueba de fuego se dio con la guerra en Irak, en 1991. Su poder de destrucción y su precisión quedaron patentes, así como el alto costo de este tipo de guerra. La Segunda Guerra en Irak, en 2003, retomó ese mismo marco operativo, y sus altos costos se convirtieron en un grave problema fiscal para Estados Unidos.

De alguna manera, la “Guerra de las Galaxias” puede compararse con el papel económico que Keynes atribuía a las pirámides egipcias: un enorme gasto estatal para generar empleo e ingresos, permitiendo así el funcionamiento de la economía. Sólo que esos gastos se hacían, en el pasado, en los sectores de más bajos ingresos, pero en los años ochenta se concentraban en las actividades de tecnología de vanguardia y en sus efectos secundarios, casi todos relativos a la expansión de los servicios ligados a la información. O sea: una política anticíclica que, a falta de una guerra que justificara los gastos militares como factor de recuperación económica, se orientó hacia la tecnología de punta, en nombre de una estrategia militar de comprensión inaccesible para los ciudadanos comunes. Pero esa opción estaba cargada de pretensiones ideológicas que atraían a la opinión pública y buscaban:

1. Reafirmar la potencia militar estratégica de Estados Unidos, cuestionada por el equilibrio estratégico logrado con la Unión Soviética desde fines de los años sesenta.
2. Garantizar la hegemonía científico-tecnológica de Estados Unidos, doblemente anunciada:
 - a) en el plano tecnológico y de las ciencias aplicadas, por el avance de Japón (y de otras potencias, sobre todo Alemania);
 - b) en la aplicación de la alta tecnología en la producción industrial, lo que ponía en riesgo la superioridad de Estados Unidos en el campo del diseño, la productividad y los costos.
3. En el plano científico y militar (pese a lo enmarañado de las nociones falsas asentadas en la empresa), Estados Unidos se veía amenazado por el enorme desarrollo del aparato científico soviético, sobre todo en el campo espacial (cuyos efectos tecnológicos podrían ser decisivos en dos décadas más) y en las investigaciones sobre fusión nuclear, láser, inteligencia artificial (que decidirán el modelo tecnológico del siglo XXI).

4. Esa constatación los obligaba a retomar los gastos en ciencia pura y alta tecnología, sobre todo cuando Japón y Alemania (y, junto con ella, toda la Comunidad Europea) aumentaban sus inversiones en esas áreas y podían independizarse de Estados Unidos en esos sectores estratégicos.

En consecuencia, se trataba de combinar una política anticíclica con la lucha por la hegemonía de la revolución científico-técnica que rige actualmente la evolución de la economía mundial.

Ante esa opción por las inversiones de punta, Estados Unidos debía aceptar su atraso en las tecnologías aplicadas y abrir su mercado a las tecnologías más competitivas que se especializaban en las áreas estratégicas.

Se trataba de promover una nueva división internacional del trabajo donde Estados Unidos se especializaría en la ciencia pura y en las “tecnologías emergentes” (post nuevas tecnologías): láser, fusión nuclear, ingeniería genética, inteligencia artificial, superconductividad, espacio y cosmología. Sin embargo, la Unión Soviética, que podía intentar esta opción, se vio en la imposibilidad de hacerlo debido —según los estrategias de la CIA— a sus límites económicos, expresados en un ingreso nacional y per cápita bastante inferior al de Estados Unidos; debido a su dificultad para obtener tecnología y conocimientos científicos fuera de su área de influencia; debido a sus límites para importar productos alimenticios y de consumo en general; debido a la inconvertibilidad de su moneda; y, sobre todo, debido a su aislamiento estratégico provocado por la Guerra Fría, o mejor dicho, por el cerco del capitalismo mundial.

Esa línea estratégica, diseñada en los debates sobre ciencia y tecnología durante los años setenta (desde 1967, Estados Unidos había estancado sus inversiones en investigación y desarrollo, y la formación de los científicos), exigía una decidida opción por el aumento de los gastos en investigación y desarrollo, y por la planificación centralizada en el Pentágono, bajo la orientación del Consejo Nacional de la Ciencia recién creado para asesorar al presidente en este campo. Había que ocultar el carácter cada vez más planificado y centralizado del desarrollo económico norteamericano, y lograr a la vez apoyo para esto. La solución encontrada fue disfrazarlo

dentro de las actividades del Pentágono, cuyos gastos astronómicos eran justificados por un clima de retomada Guerra Fría, y por las características satánicas del socialismo al que había que combatir.

Estábamos así ante un aparente contrasentido: un gobierno anti-socialista aumentaba drásticamente la planificación centralizada de la economía, insertada dentro de los gastos militares. Al mismo tiempo, para sustentar esa política, un gobierno ultraliberal generaba el mayor déficit del Tesoro jamás imaginado por los más audaces keynesianos. La humanidad nunca había vivido una contradicción tan brutal (y evidente) entre la retórica y la realidad.

Si el lector se detiene en el Esquema de Recuperación Mundial en el período 1983-1989 (Cuadro 1) que presentamos al final de este capítulo, podrá comprender cómo esta estrategia generó y determinó desde Estados Unidos el auge económico de 1983-1989. Reagan, rompiendo con las perspectivas del trilateralismo, impuso al resto del mundo desarrollado un modelo de crecimiento indudablemente regido por el nuevo establishment militar estadounidense (el Pentágono y las empresas de tecnologías de punta).

Esta imposición se daba también internamente, colocando en una posición desventajosa al establishment económico tradicional, instalado en la costa Este donde se concentraba la oligarquía financiera, industrial y comercial de Estados Unidos. Era evidente el malestar causado por los reaganomics entre las grandes familias que forman la oligarquía norteamericana, las que detentaban el poder, y todavía lo detentan en gran parte, dentro del país y en el mundo. El choque entre la oligarquía del capital financiero norteamericano y los nuevos conglomerados²⁴ surgidos de la industria militar y de los nuevos campos tecnológicos se habían ampliado en nuevas confrontaciones desde que los sectores tradicionales

24. Los conglomerados eran las nuevas formas empresariales desarrolladas en los años sesenta, que se caracterizaban por una expansión anárquica de la inversión en sectores económicos sin ninguna articulación entre ellos. En general, esta expansión surgió de la valoración de sus acciones, debido a que su desempeño tecnológico de vanguardia solía apoyarse en órdenes de compras y en subsidios del Pentágono para la investigación. Esta expansión financiera permitió comprar nuevas empresas (*mergers*) con sus acciones altamente valoradas, amenazando el poder de las oligarquías financiero-industriales estadounidenses, y además expandirse mundialmente. En los años noventa, volvieron a producirse fusiones de empresas aún más espectaculares por parte de empresas virtuales e inversiones.

emprendieron la lucha contra los conglomerados (sobre todo la ITT) en los años sesenta. A continuación, se dio la fuerte oposición contra las pretensiones del presidente Nixon que, apoyado otra vez por la ITT y nuevos conglomerados, emprendió un proyecto de autonomía respecto del capital financiero del Este norteamericano. Después de que Nelson Rockefeller se reincorporó al gobierno, sobre todo a través de Jimmy Carter, esas fuerzas tradicionales se volvieron a oponer al populismo de derecha de Ronald Reagan, contra el que desarrollaron una amplia campaña en los años ochenta, sin mayores resultados concretos desde el punto de vista electoral. El Oeste norteamericano y sus nuevos ricos trataban de imponerse sobre la oligarquía tradicional de Boston y Nueva York.

Reagan logró imponer su modelo, que hacía viable los gastos militares de punta y las nuevas empresas del complejo industrial militar.

Como se puede ver por el Esquema de Recuperación Económica Mundial, el aumento del déficit del Tesoro produjo un enorme crecimiento de la demanda norteamericana, la cual se concentró en los sectores de servicio ligados a la investigación y el desarrollo, a la comunicación, y al ocio. Al mismo tiempo, habiendo generado una enorme deuda pública que pasó a ser gerenciada por el sector financiero, este sector se agigantó, dando origen a la época de los yuppies.²⁵

El aumento de la demanda para una moneda internacional como el dólar provocó inmediatamente una expansión de las importaciones del resto del mundo, particularmente de los países al Sur de Estados Unidos, sobre todo su vecino, México. La demanda generada por la revaluación del dólar también incidió sobre la costa Oeste, especialmente en la cuenca del Pacífico, en países como Japón y los Tigres Asiáticos (Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong). También aumentaron las importaciones de Europa, sobre todo de Alemania²⁶ y otros países de desarrollo industrial reciente como México y Brasil.

Se formó así un inmenso déficit de la balanza comercial estadounidense, que saltó de 36.4 billones de dólares en 1982 a 36,7 billones en 1983, 112,5

25. "Durante los años ochenta, los graduados de las mejores universidades de los países más ricos no vacilaron en orientarse hacia la canojía de los sectores financieros y bancarios. Nunca hubo una unanimidad tan grande al escoger la primera opción profesional desde la generación de 1914" (McCrae, 1990).

26. Ver la evolución de la balanza comercial de Estados Unidos, Japón, Alemania Occidental en el Cuadro IV.

billones en 1984, 122,1 billones en 1985, 144,5 billones en 1986, 160,3 billones en 1987, 126,5 billones en 1988, y 128,9 billones en 1989. Pero este inmenso déficit comercial se convertía en superávit de dólares, sobre todo en Japón y Alemania, que se convirtieron en grandes inversionistas en Estados Unidos, en los Tigres Asiáticos y en los países recién industrializados.

La Tabla 1 muestra cómo Estados Unidos se convirtió en un importador de capital líquido a partir de 1983. A partir de esta fecha, Estados Unidos, que había sido un gran exportador de capitales, comenzó a debatir un problema típico de los países dependientes: ¿es positivo o negativo que un país sea cada vez más dependiente del capital y de la tecnología de otros países? Estados Unidos tenía un superávit de inversiones por 27 billones de dólares (salida contra entrada de capitales) en 1982; importaron 34 billones más de lo que exportaron en 1983, 80 billones más en 1984, 97 billones más en 1985, 123 billones más en 1986, 135 billones más en 1987, y 118 billones más en 1988. Esta situación se hizo estructural, y ha perdurado en lo que va del siglo XXI.

La Tabla 2 muestra cómo Alemania y Japón se convirtieron en los mayores exportadores de capital a partir de 1983. En 1981, Japón transfería al exterior un valor líquido (salida contra entrada de capitales) de 14,9 billones de dólares; Alemania transfería un valor líquido de 2,4 billones; y Latinoamérica 4,4 billones. A partir de 1982, Japón aumentó esas transferencias a 15,9 billones; Alemania las aumentaba a 4,8 billones; y Latinoamérica a 6,3 billones. Este cuadro se amplió durante el mismo período: en 1987 Japón exportaba 56,2 billones; Alemania, 20,2 billones; y Latinoamérica, 16,9 billones.

Los nuevos países industriales latinoamericanos no se apropiaron de los resultados de sus superávits, que aumentaron en ese mismo período, siguiendo la política de “ajustes estructurales”, los cuales analizaremos en la penúltima parte de este libro. Se convirtieron en pagos de interés y en eventuales amortizaciones de sus deudas, provocando una fuerte descapitalización.²⁷ En definitiva, los dólares generados por los superá-

27. Ver Tabla 21. A partir de 1982, Latinoamérica se convirtió abiertamente en exportadora líquida de capitales al exterior. Estas condiciones ya existían en los períodos anteriores, pero no eran perceptibles por razones de conceptos estadísticos, que no viene al caso examinar aquí. Ver los trabajos estudiados en Dos Santos (2000).

vits cambiarios de los años ochenta fueron a parar a manos del sistema financiero norteamericano, juntándose con los dólares ya disponibles en manos de los inversionistas de Japón y de Alemania.

A consecuencia de los superávits comerciales de estos países, esos flujos en dólares tenían una aplicación inmediata para Alemania y Japón: la compra de títulos de la deuda pública estadounidense, emitidos para compensar los déficits del Tesoro (punto de partida de todo el proceso). Para atraer esas inversiones, el gobierno norteamericano tuvo que elevar extraordinariamente las tasas de interés y garantizar la revaluación del dólar frente a otras monedas.²⁸

Los efectos para los países deudores en dólares resultaron obviamente aplastantes, provocando la crisis del endeudamiento externo en Latinoamérica, países deudores de la Europa oriental y otros del Tercer Mundo.

Se llega así a un resultado paradójico que parecía haber creado un paraíso terrenal. Un gobierno que se endeudaba interna y externamente, pero la moneda se revaluaba en vez de devaluarse (ver Apéndice).

Entre 1980 y 1985, el dólar aumentó su valor en comparación con las trece principales divisas de los principales países exportadores, ¡exactamente en el momento en que Estados Unidos pasaba a ser el deudor líquido del resto del mundo! Un gobierno deficitario que aumenta contundentemente la demanda y no genera una inflación de precios, y sin un aumento de la competencia internacional, que dio acceso a los norteamericanos a los productores mejores y más baratos de origen japonés, alemán y otro. La inflación en Estados Unidos entre 1980 y 1989 tuvo la siguiente evolución: 13,3%, 10,2%, 6,2%, 3,1%, 4,2%, 3,5%, 1,9%, 3,6%, 3,9%, y 5%. Por ende, en los años de mayores déficits fiscales y comerciales de Estados Unidos en los años ochenta, la inflación cayó a sus índices más bajos. Sólo volvió a aumentar

28. Ver en el Apéndice la evolución de la primera rata que orienta el mercado de intereses bajo influencia norteamericana en los años ochenta. Fue su fuerte aumento, en torno al 15% anual, al inicio de esa década lo que comenzó a atraer masivos recursos internacionales para Estados Unidos, demostrando que era viable financiar desde el exterior el déficit del gobierno norteamericano. Su caída y su ascenso posterior (entre 1984 y 1987: caída; en 1988-1989: nuevo ascenso) forman parte de las dificultades generadas por esta política.

a partir de 1987, 1988, y 1989. Estos datos muy claros demuestran la irrelevancia de los modelos económicos neoliberales que vinculan la inflación al déficit fiscal.

La consecuencia concreta de esta situación fue la desindustrialización de Estados Unidos y la caída de su productividad en su promedio en comparación con Europa, Japón y los nuevos países industrializados, como se ve en el Apéndice. También es evidente que su participación en las exportaciones mundiales cayó y cedió su lugar a Japón y Alemania (ver Apéndice).

Pero los milagros no existen. El tiempo es el mejor consejero. ¿Qué sucedió a lo largo de esos años?

El aumento sin cobertura de la deuda pública es un fenómeno acumulativo. Supone la existencia de una reserva, y no un simple flujo, como afirman algunos economistas trasnochados. El monto de la deuda crece cada año y también el monto de los intereses pagados, que aumentan su proporción con respecto al gasto público y, más aún, con respecto a la recaudación fiscal. Cuando se trata de la deuda exterior, la situación se agrava, pues el gobierno ya no dispone de tanto control sobre sus propietarios.

Dos fenómenos acompañan ese aumento de la deuda pública. En primer lugar, está el crecimiento del sector financiero, ya sea nacional, ya sea internacional (sobre todo), que especula con esta deuda. En los años ochenta, los bancos de esos países se internacionalizaron, apoyándose en los enormes excedentes financieros generados por los superávits del comercio japonés, y se convirtieron en los mayores del mundo.

En segundo lugar, el apalancamiento o el poder de multiplicación monetaria y financiera de los recursos inflacionarios acumulados a la disposición de la economía, se lleva a cabo a través de un vasto sistema especulativo. Esto implica las compras de empresas (los mergers que crecieron enormemente en ese período), la especulación con los títulos de la deuda pública, la especulación con las acciones de las empresas que efectúan las fusiones y los aumentos ficticios de sus capitales, la especulación inmobiliaria (que se agiganta con los nuevos emprendimientos), y las valorizaciones artificiales de las acciones, los títulos y los inmuebles en general que entran en el circuito del boom especulativo.

Todo eso genera una enorme masa de papeles y títulos, que son valores y signos financieros con un remoto respaldo a la realidad económica. En consecuencia, el desbalance de los factores económicos llega a extremos incontrolables. Es entonces cuando los más prevenidos inician un comportamiento económico de signo contrario, que diluye toda esa masa de recursos artificiales. Se inicia entonces un proceso de desvaloración de activos, sobre todo financieros.

Vemos así que, a partir de 1987, los inversionistas japoneses y alemanes empezaron a desconfiar de los títulos del gobierno norteamericano, al quedar claro que, en vez de disminuir su déficit, Estados Unidos lo aumentaba. Y, a la vez, el enorme volumen de intereses pagados por el gobierno obligó a restringir la tasa de interés, provocando una fuga de capitales del sector. La desconfianza de los títulos del gobierno norteamericano, y la disminución de atracción debido a la baja de las tasas de interés y el peligro de una onda inflacionaria, hicieron que los capitales externos compraran activos reales. Estos se componían de inmuebles y empresas que entraron en un gigantesco proceso de fusiones, iniciando una desnacionalización muy temida por la ciudadanía norteamericana. Esta desnacionalización fue percibida como aún más grave al mezclarse con una buena dosis de racismo en reacción contra “el peligro amarillo”, representado por el capital japonés en plena expansión en Estados Unidos, así como en otras partes del mundo.

En 1987, la magia ya empezó a fallar. Había que disminuir el déficit público, pues ya no podía financiarse. Había que devaluar el dólar para aumentar las posibilidades de exportación, o para desvalorizar los activos en manos de extranjeros. Pero, debido a los enormes excedentes de dólares en el mundo entero (sobre todo los “eurodólares” y los “asiadólares”), si se devaluaba el dólar se generaba una corrida hacia las monedas que parecen más seguras, como el marco alemán o el yen japonés, y se debilitaba el poder financiero de Estados Unidos.

En cualquier caso, la disminución del déficit público y la devaluación del dólar como consecuencia de la crisis de octubre de 1987, provocaron una caída de la demanda norteamericana, generándose un fuerte efecto depresivo, tanto interna como externamente. Entretanto, las amenazas

de devaluación del dólar quedaron neutralizadas en un primer momento con las compras efectuadas por los bancos centrales de Japón y Alemania.

La desvaloración de las acciones en las Bolsas (sobre todo a partir de octubre de 1987) fue controlada, en parte, por la intervención de los bancos centrales y de los gobiernos. La desvaloración de la deuda externa del Tercer Mundo (inflada por los aumentos de las tasas de interés y por los refinanciamientos meramente contables) fue controlada por las propuestas estatales y multilaterales de financiamiento de gran parte de las deudas.

Al mismo tiempo, la especulación bancaria, con la generación de préstamos contables que pagaban las deudas con nuevas y gigantescas deudas, fue controlada por la exigencia de garantías en fuertes encajes bancarios para nuevos préstamos. Aun así, esta deuda llegó a valer a veces 20% de su valor nominal en el mercado paralelo.

Si es cierto que fue el Estado el que inició este proceso de auge mundial mediante el aumento irresponsable de la deuda pública, le correspondía al mismo tratar de contener su crisis y fiscalizar el restablecimiento de un equilibrio razonable de las cuentas mundiales. En definitiva, se ponía en tela de juicio el funcionamiento del mercado financiero, sumamente desfigurado por la intervención pública y por la especulación que se derivaba de esta.

En ese clima, el gran capital buscaba una salida favorable. Proponía se imponía (¡en nombre del libre comercio!) que los Estados nacionales se deshicieran de sus patrimonios para pagar sus deudas, dando así sustancia a buena parte de los enormes excedentes especulativos sobrantes a nivel mundial. De tal modo, papeles inútiles y sin valor recibían el respaldo de los bienes públicos, que se convertían en patrimonio de los especuladores financieros.

Éste era claramente el principio que orientó las llamadas “conversiones” de la deuda externa. Mediante esta operación, los papeles desvalorados de los bancos, que tienen un supuesto valor de deuda, suelen convertirse en empresas y bienes retirados del sector público. Era esta la forma ideal para que el capital financiero evitara la quiebra general de bancos y empresas privadas, sustituyéndola por la quiebra de los

Estados. Sin embargo, era mucho más difícil obligar a los contribuyentes a aceptar la idea de sostener indefinidamente las empresas y los bancos en quiebra, sobre todo si el número de quiebras aumentaba de un año a otro, y disminuía la posibilidad de que el Estado las financiara.²⁹

Desde 1960 hasta nuestros días, el gasto público de los varios Estados nacionales aumentó grandemente de 20 o 30% a 40% del Producto Interno Bruto, particularmente al amparo del neoliberalismo de Thatcher, Reagan, etcétera. En el Apéndice de este capítulo se muestra el aumento del gasto público en relación con el PNB de Estados Unidos, Japón, Alemania, Inglaterra, de 1965 a 1985. Contrariamente a la desestatización que los liberales patiquines tanto promueven, lo que había era un aumento, confirmado por varias otras fuentes y en varios otros países, de los gastos públicos dentro del Producto Nacional Bruto.

Particularmente en los Estados Unidos de Reagan y en la Inglaterra de Margaret Thatcher. Cosa más que comprensible en la fase actual del capitalismo monopólico de Estado.

Así pues, se trata del neoliberalismo, del capitalismo monopólico de Estado, que consiste en aumentar la intervención estatal para garantizar la permanencia del capital, sobre todo del capital de los grandes monopolios y del capital financiero. Cuando se trata de defender esos intereses, la economía de mercado queda olvidada, pues no es compatible con el mundo de los monopolios, oligopolios y corporaciones multinacionales que dominan la vida económica de nuestros días.

En un artículo de aquella época publicado en el *Economic Viewpoint* del *Business Week* del 15 de octubre de 1990, Robert Kuttner señalaba la reanudación del debate sobre la globalización de la economía mundial, y

29. Un buen resumen de las dificultades del sistema financiero internacional se encuentra en el ya citado artículo de *The Economist* con el sugestivo título de "Banks in Trouble". Hace tiempo que venimos defendiendo la tesis de que el inicio de la década de los años noventa fue marcado por una fuerte desvaloración de los activos, que desvalorizó a su vez el capital constante a nivel mundial, permitiendo así un nuevo y sólido período de crecimiento de la economía mundial, con la introducción de innovaciones radicales mediante la incorporación de nuevas tecnologías. Era el final del período depresivo de largo plazo iniciado en 1967, y el inicio de un nuevo ciclo de ascenso de 25 a 30 años, a partir de mediados de los años noventa. Ver nuestros libros citados en notas anteriores, y nuestro trabajo de consultoría para el Sistema Económico Latinoamericano (1990).

la desaparición o el mantenimiento de los intereses nacionales. El autor, aterrado por el avance tecnológico japonés, asumía un punto de vista mil veces desarrollado por la teoría de la dependencia:

Las compañías japonesas diseñan productos de ultra alta tecnología, que pueden ser montados en gran parte por jóvenes asiáticas sin mayor nivel educativo. Pero el corazón de la operación (sic) permanece en Japón: el conocimiento científico, la ingeniería y el talento comercial, y la corriente de beneficios para capitalizar la próxima ronda de innovaciones.

Cuántas veces se ha dicho esto con respecto al capital internacional en nuestros países dependientes. Ahora es cuando los economistas norteamericanos lo descubren.

Y el autor remata:

Si las empresas de alta tecnología basadas en Estados Unidos son simplemente sacadas fuera de los negocios por el mercantilismo de otras naciones (sic), vamos a caer gradualmente a la posición de las mujeres que reciben bajos salarios en el Este asiático.

Ojalá esta suerte quede reservada sólo para el 80% de la humanidad que vive en los países dependientes y subdesarrollados con la ayuda de nuestros gobernantes neoliberales. (Kuttner, 1990)

Escuchemos sus íntimos pensamientos: “‘El mercado nos mata’, piensan en su fuero interno los grandes capitalistas disfrazados de neoliberales. ‘Avancemos hacia los mercados que todavía existen y liquidémoslos. ¡Que se abran los mercados... de los demás!’”.

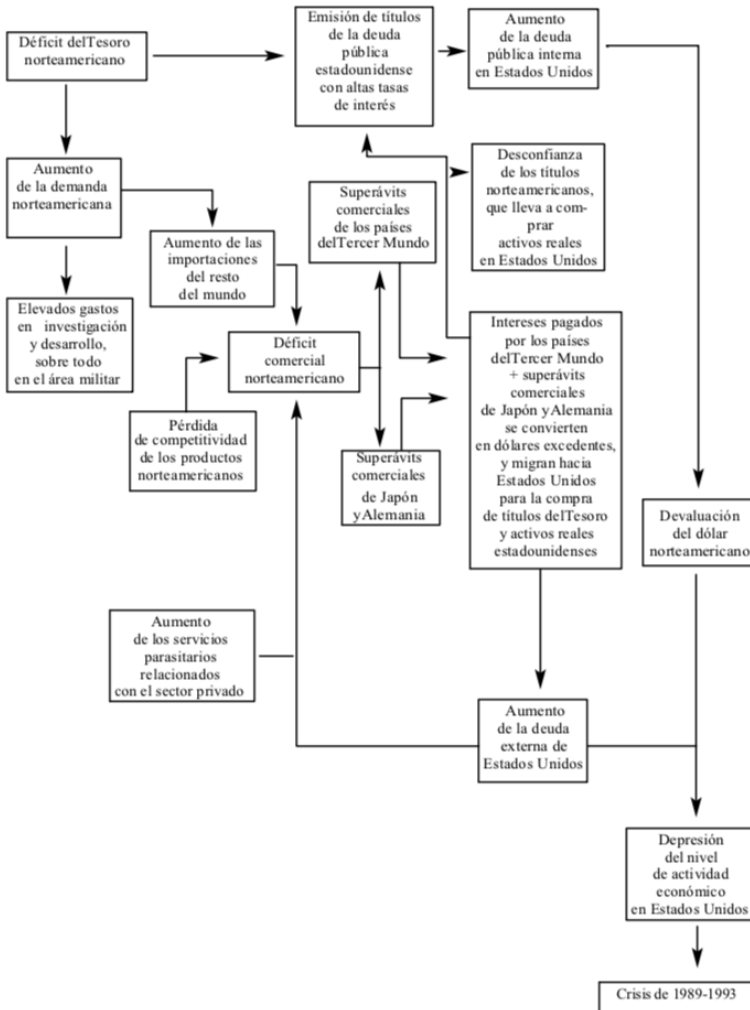
Entre 1989 y 1993, el sistema capitalista mundial se acercaba a un auge y al mismo tiempo a su más profundo abismo. De hecho, tras haber quedado claro que era imposible controlar los principales efectos de la crisis de octubre de 1987, se inició un proceso de ajustes a las tendencias depresivas que se anunciaban.

Ahora, esos ajustes se llevaban a cabo exactamente en el momento en que los liderazgos de los países socialistas se aventuraban en un

complejo proceso de transición hacia las economías de mercado, que fue presentado al mundo como el fracaso total del socialismo y el triunfo del sistema de libre comercio, que representaría el “fin de la Historia”.

Apéndice del capítulo 4. Esquema de recuperación de la economía mundial, 1983-1989

Cuadro 1



El funcionamiento de este esquema se apoyó en dos agujeros negros: el aumento de la deuda pública interna y externa estadounidense, que se originaba, a su vez, en el déficit del Tesoro, punta de lanza de la recuperación económica internacional en el mismo período. Ante la imposibilidad de controlar el déficit público y cambiario, el valor del dólar cayó, y las deudas (interna y externa) se desvalorizaron. Así, se restringía la demanda de dólares, y el nivel de la demanda norteamericana caía, generando una depresión global a fines de los años ochenta. Los intentos posteriores de recuperación, durante el período Clinton, cuando se trató de rebasar el marco fijado por Reagan, no lograron superar este esquema.

En realidad, el gobierno de George W. Bush adoptó los mismos recursos de Reagan, con un concepto mucho más deteriorado.

En consecuencia, los años 1989 a 1993 se caracterizaron por una crisis en el sistema capitalista mundial, a la que se agregaba la crisis abismal y la depresión económica en los antiguos países socialistas.

Principales indicadores económicos del Esquema de Recuperación de la Economía Mundial

Tabla 1. Flujos de capitales hacia Estados Unidos (en billones de dólares)

Año	US\$
1980	-28,0
1981	-27,9
1982	-27,4
1983	34,0
1984	80,3
1985	97,2
1986	123,2
1987	118,8

Fuente: *World Economic Survey*, 1989, p. 27.

Tabla 2. Transferencia líquida de recursos a Estados Unidos*
(en billones de dólares)

Años	Japón	Alemania Occidental	Latinoamérica	Total
1980	9,8	1,8	-0,9	23,0
1981	14,9	2,4	-4,4	22,1
1982	15,9	4,8	6,3	31,3
1983	23,2	7,8	20,0	74,7
1984	36,2	12,8	22,8	116,9
1985	42,8	15,4	18,7	129,8
1986	54,5	18,9	15,2	150,1
1987	56,2	20,2	16,9	164,3
1988	50,5	-	11,8	127,8

* Balance de pago en bienes, transferencias privadas y servicios otros que los ingresos por inversión, con signo revertido.

Tabla 3. Balanza comercial (en billones de dólares)

Años	Estados Unidos	Japón	Alemania Occidental
1980	-25,5	2,1	7,9
1981	-28,0	20,0	15,3
1982	-36,4	18,1	24,0
1983	-67,1	31,5	20,6
1984	-112,5	44,3	21,6
1985	-122,1	56,0	27,2
1986	-144,5	92,8	53,9
1987	-160,3	96,4	68,1
1988	-126,5	94,8	73,8
1989	-128,9	64,2	71,6

Fuente: *World Economic Survey*, 1989, pp. 235-237.

Tabla 4. Importaciones norteamericanas en el resto del mundo
(en billones de dólares)

Años	Estados Unidos
1980	249,7
1981	265,1
1982	247,6
1983	268,9
1984	332,4
1985	338,1
1986	368,5
1987	409,9
1988	446,4
1989	492,3

Fuente: *World Economic Survey*, 1989, p. 235.

Tabla 5. Flujo líquido de capital privado
(en billones de dólares)

Años	Estados Unidos	Japón	Alemania Occidental
1980	-30,2	2,3	3,2
1981	-22,6	-9,7	3,7
1982	-19,9	-15,0	-5,8
1983	35,4	-17,7	-2,7
1984	85,6	-49,6	-7,0
1985	105,1	-64,5	-4,6
1986	89,4	-131,5	15,3
1987	80,2	-136,5	-13,1
1988	79,7	-130,3	-47,6

Fuente: *World Economic Survey*, 1989, p. 235-237.

Tabla 6. Déficit del Tesoro norteamericano
(en billones de dólares)

Años	US \$	por ciento PNB
1980	82,6	2,91
1981	85,8	2,68
1982	134,2	4,07
1983	230,8	6,19
1984	218,2	4,89
1985	266,4	5,43
1986	283,0	5,12
1987	223,1	3,35
1988	244,2	3,15
1989	237,8	3,00

Fuente: Statistical Abstract, 1989; International Financial Statistics, 1989.

Tabla 7. Deuda externa norteamericana
(en billones de dólares)

Años	US\$
1980	737,7
1981	825,4
1982	987,7
1983	1.174,5
1984	1.373,4
1985	1.598,5
1986	1.813,3
1987	1.967,7
1988	2.091,2
1989	2.175,2

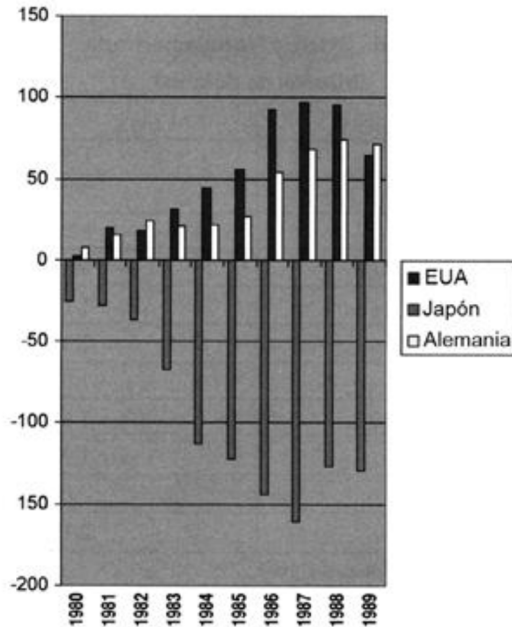
Fuente: Statistical Abstract, 1989; International Financial Statistics, 1989.

Tabla 8. Deuda interna norteamericana
(en billones de dólares)

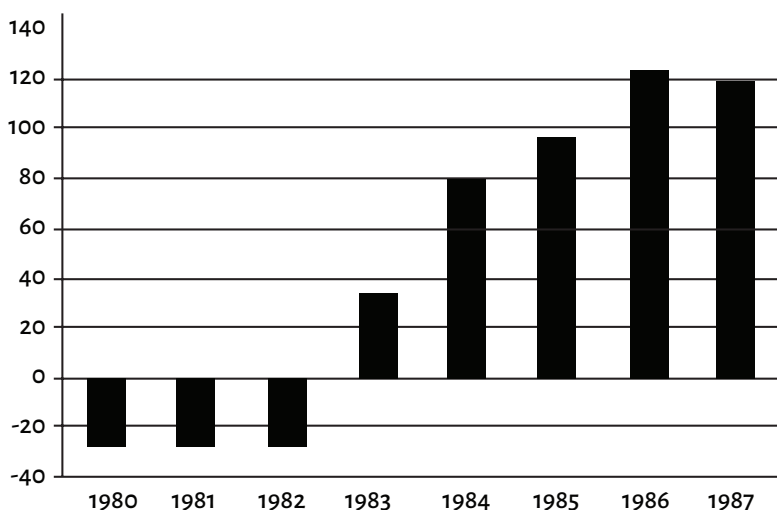
Años	US \$
1980	194,1
1981	204,9
1982	210,7
1983	237,5
1984	290,8
1985	350,1
1986	404,3
1987	478,6
1988	589,5
1989	676,9

Fuente: Statistical Abstract, 1989; International Financial Statistics, 1989.

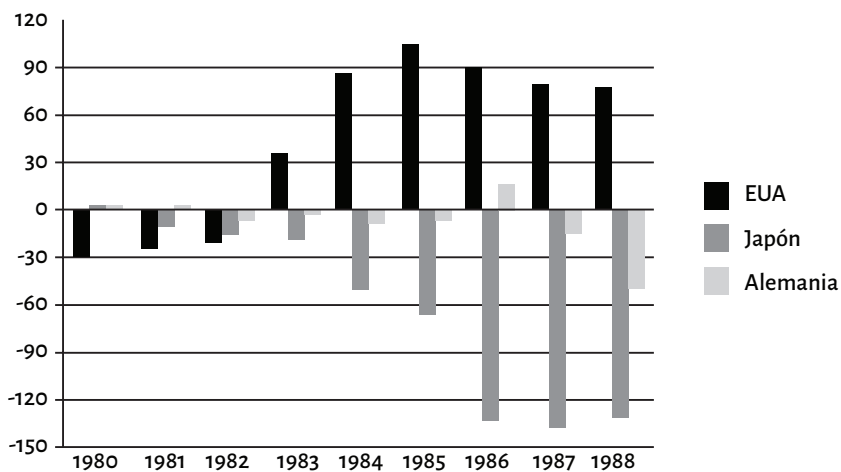
IV. balanza comercial (Estados Unidos, Japón, Alemania Occidental)



V. Flujo de capitales para Estados Unidos (en billones de dólares)



VI. Flujo de capital líquido (en billones de dólares)



Los gráficos fueron elaborados con el apoyo de los siguientes auxiliares de investigación: Luiz Carlos Ros Filho, Wellington Dantas de Amorim, Marisa von Bullow.

El trabajo gráfico computarizado para esta publicación fue ejecutado por Adalberto José Rolim Tubbes, vía Prodasen-Procesamiento de Datos del Senado Federal.

El fondo del pozo: recesión y crisis política, 1990-1993

Entre 1990 y 1993, por todo el planeta se escuchaban desesperados clamores: la crisis económica, el desempleo, la violencia social, la criminalidad, la corrupción, las crisis políticas, y las guerras interétnicas, indicaban que la humanidad pasaba por una fase muy difícil, en vez de ingresar en el período de Bienestar anunciado por el neoliberalismo. Se sucedieron los intentos de controlar esta situación, entre los cuales hay que destacar las acciones de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales. El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Internacional del Trabajo, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, las Naciones Unidas mediante el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo), la UNICEF (Fondo Internacional de las Naciones Unidas de Ayuda Urgente para la Infancia), el FNUAP (Fondo de las Naciones Unidas para las Actividades sobre la Población), han publicado dramáticos informes sobre la situación mundial en sus varias esferas de acción. Al lado de estos organismos de amplia representación, el más ambicioso intento de dirigir el destino del mundo fue el del Grupo de los Siete creado por el presidente norteamericano Jimmy Carter, en los años setenta, inspirado en la Comisión Trilateral. En aquella época, se trataba de unir los intereses norteamericanos, europeos y japoneses (representados en los siete países más ricos), con el fin de detener el avance del Tercer Mundo y de los países socialistas. En los años ochenta, Reagan ignoró el Grupo de los Siete para afirmar la hegemonía norteamericana. Fue revivido en los años noventa.

Este grupo de las siete naciones más poderosas del mundo pasó a contar con la presencia permanente de una octava nación, Rusia (tras haber aguardado en la sala de espera durante un buen tiempo). Los gobernantes de estos países pretendían representar a los países más ricos e industrializados del mundo pero, con el paso del tiempo, esto dejó de ser un hecho pacífico. Los datos del Banco Mundial, basados en el *purchase power*, o poder de compra, indicaban que China ya tenía el tercer PIB del

mundo, y luego pasó a tener el segundo, a pesar del todavía bajo ingreso per cápita de su población. India ya era una potencia naval en plena expansión y tenía el quinto PIB del mundo. El PIB de Brasil y México superaba al de Canadá. Brasil, sobre todo, podría convertirse en una potencia importante si reanudara su crecimiento. En cuanto a los países petroleros y los pueblos musulmanes, no aceptaban ser discriminados de los centros de decisión mundial.

Pero el Grupo de los Siete también se topaba con otros obstáculos. Los dirigentes de cada uno de esos países se encontraban en graves dificultades políticas; a mediados de la década, eran pocos los que seguían en el poder. En Estados Unidos, Clinton sobrevivió a los intentos de *impeachment*, reafirmando su programa de recuperación de la economía norteamericana, basado en la caída de la tasa de interés, en el reajuste cambiario, en las políticas de Bienestar y educación. En Inglaterra, el poder de Major fue debilitándose después de una serie de mociones de censura, lo que llevó a la victoria de los laboristas en 1994. En Alemania, Helmut Kohl finalizó su carrera política cercado por las provincias gobernadas por la socialdemocracia, hasta que fue derrotado en 1998, con el ascenso de un gobierno central socialdemócrata, apoyado por los ecologistas. En Japón, el gobierno de Miyasawa cayó tras una moción de censura mayoritaria, consecuencia del fraccionamiento de su partido, y así emergió, al cabo de 45 años, un gobierno de coalición en oposición al Partido Liberal Democrático; en estos años, las vicisitudes de la política japonesa revelan una gran inestabilidad y la pérdida del tan exaltado consenso japonés. Por Italia pasó un huracán moralizador y electoral que llevó al poder, por primera vez, un gobierno de centroizquierda liderado por el antiguo Partido Comunista transformado en Izquierda Democrática; pero la derecha italiana se reagrupó alrededor de Berlusconi, alternándose en el poder. En Francia, tras una grave derrota electoral de la derecha, los socialistas regresaron al poder apoyándose en una huelga de transportes que había paralizado al país; en 2002, la izquierda no pudo llegar a una segunda vuelta y votó por Chirac para detener el avance del neofascista Le Penn. En Rusia, Yeltsin vivió una grave crisis de gobernabilidad después de haber entregado a los lobos a su delfín Gaitar, líder de las reformas neoliberales, y de haberse enfrentado a un Partido Comunista

mayoritario en la Duma; este impasse despejó el camino para el gobierno de Putin, que reorientó la política rusa dentro de un capitalismo de Estado. En los países del llamado Tercer Mundo, huelga decir que son asaltados por violentas crisis económicas y políticas.

Estos hechos revelan la profundidad de la larga crisis internacional, que llegó a su punto más bajo entre 1990 y 1994. Esa prolongada crisis se había iniciado en 1967, en los centros capitalistas mundiales y se extendió a los países subdesarrollados y dependientes a partir de 1970, terminando por afectar el campo socialista en la Europa Oriental y en la antigua URSS. De 1989 a 1993, asumió la forma de una disminución del crecimiento con recesiones generalizadas, sobre todo en los países centrales.

¿En qué consistió esa crisis?

Se trató de una fase de larga duración iniciada, de hecho, en 1967-1968, cuando Estados Unidos y Europa tuvieron por primera vez una recesión conjunta tras el auge económico iniciado en 1945. En esa época, asomaron las dificultades para que Estados Unidos mantuviera el respaldo en oro al dólar, tal como se había decidido en 1943, en Bretton Woods. El aumento de los gastos militares en función de la escalada de la guerra de Vietnam trató de refrescar la economía norteamericana con nuevas inversiones. Pero fue en vano. En 1968, la explosión de la rebelión política, social y cultural estremeció al mundo. En 1973, Estados Unidos retiró el respaldo en oro al dólar, lo que condujo a una brutal devaluación del dólar, que se metió en la serpiente monetaria, poniendo la inestabilidad como norma de la economía mundial, y abandonando las inversiones en actividades productivas; y se orientó hacia la especulación cambiaria, primero, y financiera, después. En 1973, el ajuste de los precios del petróleo al valor oro anunció la aparición de los excedentes monetarios —los petrodólares—, lo cual se acompañó con una onda recesiva de graves consecuencias. La derrota de Estados Unidos en Vietnam anunciaba el límite de su hegemonía. La recuperación que se inició en 1975 resultó limitada y corta. Ya en 1979-1982 se configuraba una nueva recesión y se reafirmaba el fenómeno de la estanflación: la unión de la estagnación económica y la inflación, en los países industriales.

Entre 1983 y 1987 (con una forzada prolongación hasta 1990) hubo una nueva revitalización de la economía mundial. En ese período, el

déficit del Tesoro norteamericano se elevó de 50 billones a 270 billones de dólares anuales. Estados Unidos pasó de ser exportador de capitales a ser importador líquido, convirtiéndose en un país deudor. El déficit comercial norteamericano llegó a cifras increíbles, para beneficio de Japón, Alemania, los Tigres Asiáticos y las nuevas economías industriales, como Brasil, que entregó todo su superávit comercial para el pago de los lacerantes intereses de la deuda externa.

El “crack” económico de septiembre de 1987 ya anunciaba la irracionalidad de esa política económica, apoyada en la especulación y en la valoración artificial de los activos financieros y los inmuebles. En un sólo día, desapareció de la economía mundial cerca de un trillón de dólares. El dólar cayó y sólo se recuperó por la acción de los bancos centrales de Japón y Alemania, que compraron dólares a gran escala para impedir su caída. Pero el costo de evitar la recesión y la desvaloración de los activos financieros mundiales resultaba muy alto. La especulación prosiguió hasta 1990, cuando la quiebra de bancos y grupos financieros, la ruina del dólar y la desvaloración de los activos financieros e inmobiliarios mundiales se hicieron realidad, afectando en definitiva las tasas de crecimiento económico. Se anunciaba una nueva recesión que duró de 4 a 6 años, prolongándose hasta 1994-1996, según los países. En Japón, la recesión se inició en 1993 y se extendió hasta 1999, y hasta el presente no se puede decir que haya sido superada.

Como se puede ver en el Cuadro 3, tras la grave recesión de 1990-1991, Estados Unidos logró una pequeña recuperación. Aunque moderada en un principio, la reanudación de la recuperación económica norteamericana tomó la delantera en relación con los demás países industrializados.

Esta situación se aceleró en los años siguientes, cuando Estados Unidos anunció crecimientos de 4,3% en 1998, 4,2% en 1999, y 5,2% en 2000. Por otra parte, Japón entró en crisis exactamente en 1992-1993, mientras que Alemania ya había iniciado su caída en 1991 y llegaba a la recesión abierta en 1993, cuando ocurrió la caída de 1,9% de su PIB. Esta situación recesiva prevaleció en los países industrializados en general, afectando sobre todo a África y la Europa del Este, que sufrieron una brutal depresión desde que fueron asaltadas por los neoliberales. Estas regiones quedaron totalmente sometidas al control del Fondo Monetario Internacional y al Banco

Mundial. La situación es opuesta en Latinoamérica (con las importantes excepciones de Brasil, Cuba y Haití), donde se inició una modesta recuperación económica al comienzo de la década para caer en la recesión desde mediados de los años noventa. El Asia occidental y el Sureste asiático siguieron creciendo hasta 1997; China aparecía como la estrella del crecimiento económico mundial con 12,8% de expansión del PIB en 1992, performance que se mantuvo en toda la década de los años noventa.

Vemos así un desarrollo desigual, típico de la evolución del sistema capitalista mundial que se hace cada vez más complejo, teniendo en su interior regímenes económicos y políticos sumamente diversificados, pese a la victoria del neoliberalismo tan alardeada a escala mundial. La recuperación de 1983-1987 se apoyó en el déficit fiscal norteamericano que inundó el mundo con la demanda norteamericana, originando, por una parte, el déficit de la balanza comercial norteamericana y, por otra parte, los superávits de Japón, de Alemania, de los Tigres Asiáticos, etcétera.

Estos superávits fueron también la fuente de los excedentes financieros de Japón y Alemania, que pasaron a invertir en la compra de títulos del Tesoro norteamericano, transformando el yen y el marco en poderosas monedas, y transformando Japón en la mayor potencia financiera del mundo y en el principal inversionista del planeta mientras pudo mantener ese superávit comercial.

La especulación monetaria fue el instrumento típico del crecimiento de esos años de expansión forzada a través de la deuda pública norteamericana. Expansión que se basó en la inestabilidad del valor de las monedas, que producían grandes ganancias para los especuladores, y en las gigantescas tasas de interés pagadas por el gobierno norteamericano para financiar su enorme déficit. El aumento de las tasas de interés ocurrió a comienzos de los años ochenta, y llevó a la crisis de la deuda externa.

Esta era el resultado de la exigencia de que los países deudores pagaran los mismos intereses especulativos que el gobierno norteamericano pagaba al resto del mundo, para atraer capitales con el intento de cubrir su déficit público. Estos pagos dolorosos se hicieron en detrimento del desarrollo de esos países, llevando a sus poblaciones hacia la recesión y la miseria, como ocurrió en Brasil y Latinoamérica en general. Todos conocen los resultados de esta extracción de los recursos regionales.

Brasil, Latinoamérica, África y los países de la Europa oriental se vieron metidos en una trampa financiera sin salida.

En consecuencia, se formó un vasto movimiento de especulación financiera mundial en torno a la deuda norteamericana y de los enormes excedentes financieros en manos de Japón y Alemania. Esta situación se prolongó hasta 1990, cuando esta especulación entró en crisis. De todos los resultados creados por la crisis generada con el reventón de esta burbuja financiera internacional, el más dramático fue el desempleo que se generalizó por todo el sistema mundial. A partir de 1990, se agravó el desempleo en los países subdesarrollados y dependientes, y resurgió el desempleo en los países centrales de la economía mundial, como se puede ver en el Cuadro 4. Y algo más grave aún, surgió el desempleo en las economías hasta entonces de pleno empleo en la Europa oriental y en la antigua URSS. Sólo algunos centros privilegiados de Asia pudieron escapar a esta situación, aunque no por mucho tiempo. La crisis de 1997 y la estagnación de Japón hicieron renacer el desempleo en el Sureste asiático.

Lo más difícil de esta situación global era la clara constatación de que una nueva fase de crecimiento económico que ocurrió a partir de 1994, generó muy poco empleo y no logró alterar radicalmente esta situación.

En 1994, Clinton alertó al Grupo de los Siete sobre el carácter estructural del desempleo. La nueva onda de crecimiento se basaba en altos niveles de automatización y robotización de la producción y los servicios, que acabó con ocupaciones anteriores y generó pocos empleos nuevos. Pero, ¿en qué consiste el problema? A raíz de las nuevas tecnologías, la humanidad puede producir en pocas horas y con una pequeña parcela de su población todos los bienes y servicios que hace falta para atender las necesidades de dicha población. ¿Es esto una bendición o una tragedia?

Será una tragedia si sigue imperando el principio del mercado, de la propiedad privada, de la utilización del progreso para el enriquecimiento de una minoría. Pero, al contrario, será una bendición si este potencial productivo se coloca al servicio de la humanidad. ¿Cómo? Disminuyendo la jornada de trabajo y permitiendo que sean contratados nuevos trabajadores. Es decir, distribuyendo los efectos del progreso tecnológico para la población en su conjunto, en vez de permitir que

los propietarios privados de los medios de producción se apropien de él. Hoy en día, en los países más ricos ya existe un consenso para llegar a una jornada de trabajo de 36 horas semanales. Pero esto no es suficiente. En las próximas décadas, la jornada de trabajo tendrá que bajar a 20-25 horas semanales en todo el mundo. Con los actuales niveles de avance científico-tecnológico, y con los cambios que vendrán en los próximos años, nadie deberá trabajar durante largas jornadas, porque la responsabilidad del trabajador y el stress provocado por la nueva fase del proceso de producción, aumentarán considerablemente. El tiempo libre tendrá que ser utilizado para el estudio, la ampliación del conocimiento, el ocio, el desarrollo personal.

Pero esto sólo será posible si la sociedad domina y gerencia sus medios de producción y planifica su vida social de lo micro a lo macro y a lo global. Esa sociedad tendrá que dar a los individuos que la componen los medios para su total desarrollo, y estos tendrán que colaborar decididamente en la creación de una nueva civilización planetaria, en la cual el respeto a los derechos humanos, al medio ambiente, al pluralismo étnico y cultural, y al ideal de paz, será parte esencial de la realización de cada individuo. Al mismo tiempo, es necesario asegurar que este desarrollo sea sustentado por todos los países y para las nuevas generaciones.

Si esto no sucede, el desempleo masivo y la violencia social proseguirán. La concentración de la renta, del conocimiento y del poder se da en un sólo lado de la sociedad, mientras se produce el caos y la marginación de millones de seres humanos. De alguna manera, la comunidad internacional ha ido tomando conciencia de esta problemática. La Cumbre de Río de 1992 para el desarrollo sustentable y el medio ambiente mostró que las amenazas globales a nuestro planeta y la supervivencia de la humanidad son sumamente serias. La posibilidad del holocausto nuclear (aún superable), las guerras interétnicas y de imposición de intereses económicos, las agresiones al medio ambiente, la pobreza y la miseria de la mayor parte de la población del planeta, el aumento de la criminalidad y de las actividades clandestinas e ilegales, son tendencias destructivas, demasiado fuertes para ser superadas sin una acción consciente de toda la humanidad. Y detrás de estas plagas está el desempleo y la marginación social. Y todo viene de la idea de

la superioridad del mercado como generador de recursos y principio orientador de la vida económica y social.

En ocasión de la Cumbre de Río, y en varios otros momentos de las relaciones internacionales contemporáneas, la humanidad ha venido reafirmando la necesidad de una acción consciente de planificación, basada en el pleno empleo, en oposición a la retórica neoliberal que pretende entregar el destino de la humanidad a entidades fantasmas como “las fuerzas ciegas del mercado”.

Sin embargo, en este contexto de grandes problemas generados por la crisis actual del sistema económico mundial, existen algunos elementos positivos que nos permiten esperar que, a mediano plazo —20 o 30 años—, los principios racionales se impongan sobre la irracionalidad. En definitiva, los datos muestran que, durante la recesión de 1989-1993, la inflación comenzó a caer en los países capitalistas centrales. Ocurrió entonces una deflación que permitió que los siguientes períodos de recuperación económica fueran más prolongados y sustentados. Al mismo tiempo, el avance de las integraciones regionales anunció la aparición de las unidades económicas más viables ante el aumento de las nuevas economías de escala, derivadas de las nuevas fases de la revolución científico-tecnológica. En la presente fase del avance de las nuevas tecnologías, creadas por los nuevos campos de las ciencias, los mercados tienen que ser dimensionados en términos regionales y hasta planetarios. La violenta crisis de 1989-1993 fue un reflejo de cómo se ajusta el capitalismo a estos cambios colosales. Son sectores completos de tecnologías obsoletas los que desaparecen en la economía mundial, o que son reubicados en las regiones donde la mano de obra es más barata. Estados Unidos, Japón y Europa se desindustrializan para especializarse en las actividades de investigación y desarrollo, en la creación de cultura y ocio, en el control de las comunicaciones que rigen la vida productiva contemporánea, en la producción de millones y millones de individuos educados y preparados para gerenciar esta etapa superior de una civilización del conocimiento y de la comunicación. Los países de desarrollo medio, como los Tigres Asiáticos; las potencias regionales, como China, India y Brasil; y las nuevas economías industriales, absorben las industrias recicladas a escala mundial (sobre todo las que suponen más empleo de mano de

obra calificada, los contaminantes y las tecnológicamente obsoletas). Luchan por participar también en la creación de nuevas tecnologías y en el avance de la ciencia y la sociedad, del conocimiento y de la educación. Pero encontrarán grandes obstáculos, sobre todo en el plano internacional, donde el comportamiento monopólico de las corporaciones internacionales y las leyes implacables de la competencia los excluyen de la punta del sistema. Por otra parte, una enorme masa de países queda completamente marginada dentro de estas perspectivas de evolución de la economía mundial, formando lo que se va llamando Cuarto Mundo.

Este panorama amenazaba la recuperación económica que se esbozaba en el horizonte. Y planteó también el reto de fuertes desequilibrios y confrontaciones mundiales. La población disminuyó en los países centrales donde la fertilidad caía radicalmente, atendiendo las exigencias de la vida social contemporánea. Pero siguió aumentando en las regiones de desarrollo medio, sobre todo en las capas sociales más pobres y hambrientas.

Por otra parte, la concentración del crecimiento económico y del desarrollo en los países centrales atrajo hacia estos a los inmigrantes de todas partes del mundo donde el excedente de mano de obra era el resultado de la destrucción de las viejas economías de subsistencia; atrajo incluso inmigrantes de las economías de exportación o industriales ahora en decadencia. En una fase en la que el desempleo prevaecía en los países centrales, estas tendencias hicieron que aumentaran el racismo y el prejuicio racial, en un intento de detener la competencia de esta mano de obra inmigrante.

Surgían así factores de profundos conflictos, incluso cuando hubo una recuperación económica a nivel mundial, que se mantuvo hasta el año 2000. El camino de las leyes ciegas del mercado como principio ordenador del mundo, no hizo sino acentuar esos conflictos, asumiendo dimensiones planetarias. La vuelta al crecimiento económico mundial después de la crisis iniciada durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) sólo fue posible después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Acaso se necesitarán nuevos holocaustos igual de brutales para redimensionar los mercados y los desequilibrios económicos, sociales y políticos contemporáneos? ¿O será capaz la humanidad de dirigir su sentido y avanzar pacífica y planificadamente hacia etapas superiores de desarrollo?

Esquema de la recesión 1989-1993

Cuadro 3. Principales indicadores según previsiones de la OCDE en junio de 1993

Países	PIB (real)				Inflación			Desempleo		
	1991	1992	1993	1994	1992	1993	1994	1992	1993	1994
Estados Unidos	-1,2	2,1	2,6	3,1	2,6	2,6	2,4	7,4	7,0	6,5
Japón	4,0	1,3	1,0	3,3	1,8	1,6	1,7	2,2	2,5	2,6
Alemania	1,2	1,0	-1,9	1,4	5,4	4,9	3,1	7,7	10,1	11,3
OCDE/Europa	1,0	-0,3	1,8	4,9	4,1	3,9	9,9	11,4	11,9	
Total OCDE	3,4	1,5	1,2	2,7	3,3	3,0	2,8	7,9	8,5	8,6
Latinoamérica										
	1991	1992	1993							
Argentina	9,0	17,5	12,3*							
Bolivia	3,7	10,4	7,4*							
B rasil	-1,0	1157,8	1382,2*							
Chile	10,0	13,7	13,2*							
Colombia	2,7	25,1	22,2*							
México	2,7	11,9	10,1*							
Uruguay	5,5									
Venezuela	9,0									
Otros (cálculos de la ONU)										
	1991	1992	1993							
China	12,8	11,0								
Asia occidental	6,6	6,0								
Sureste asiático	5,3	4,9	5,5							
África	2,0	1,4	3,0							
Latinoamérica y el Caribe	3,4	4,9	3,0							
Europa del Este	-9,0	-16,8	-10,0							

* Mayo de 1992 a mayo de 1993.

Desempleo según la OIT

Los países industrializados:

8 por ciento de su población activa 33 millones de personas

África subsahariana:

15 a 20 por ciento (desempleo urbano) - 14 millones de personas (60 por ciento en el sector informal).

Corea y Singapur:

escasez de mano de obra.

Malasia y Tailandia:

escasez de mano de obra.

Filipinas:

15 por ciento de desempleo - 2 millones trabajan fuera del país.

Latinoamérica:

8 por ciento de desempleo - 46 por ciento por debajo de la pobreza en las zonas urbanas.

Europa Oriental:

aparición del desempleo (1989-1993).

Total en el mundo: 11 millones de desempleados.

V. Hegemonía y contrahegemonía

En busca de un modelo interpretativo

El mundo está transformándose drásticamente. Nos hallamos en el umbral de una nueva era económica, social, política y cultural. Lo que define esta nueva era es, esencialmente, la creación de una dimensión global de la vida, punto de partida para una civilización planetaria. Actualmente, nos vemos en la obligación de confrontarnos con el proceso de globalización de la vida económica, social, política y cultural, y sus demandas consecuentes; y estamos creando los instrumentos teóricos para ello. A fin de describir esta nueva realidad, utilizamos sin discriminación los términos globalización, sistema mundial, economía mundial, orden mundial, que evocan o preceden la formación de una civilización planetaria. Sin embargo, estos términos representan distintas caras de un mismo fenómeno histórico, como veremos en los siguientes intentos de definirlos.

Globalización (que corresponde al término “mundialización” —*mondialisation*— utilizado por los franceses: significa esencialmente el surgimiento y desarrollo de una esfera de relaciones económicas, sociales, y políticas globales, las cuales tienden a reproducirse como fenómenos mundiales que trascienden las fronteras nacionales, formando un sistema global, aun cuando se sigue dependiendo de sistemas nacionales o locales para asegurar su total reproducción. El concepto de globalización (o mundialización) se constituye, a nivel más alto, en relación con los conceptos de internacionalización, multinacionalización, y transnacionalización, discutidos intensamente en los años sesenta y setenta del siglo XX.

Economía mundial: es un concepto que pone el énfasis en la creciente autonomía del mercado mundial y en la interdependencia entre los diferentes ramos de la economía industrial y los tres sectores económicos (agricultura, industria y servicios) en el ámbito mundial, formando una división internacional del trabajo que se encuentra en permanente evolución. Este concepto abarca también el papel de las relaciones económico-monopolistas, en el ámbito mundial, y la presencia de los Estados nacionales en ese proceso de integración mundial, poniendo un especial énfasis en el papel de las corporaciones multinacionales como célula de ese proceso. Este concepto tiene sus raíces en la definición del imperialismo como una fase del capitalismo mundial, y trata también de explicar las interrelaciones entre el capitalismo monopolista y dependiente y las economías socialistas como diferentes formaciones sociales en el mundo contemporáneo.

Sistema mundial: es un concepto amplio que busca integrar las realidades globales y las realidades inter, multi y transnacionales. Según este concepto, la reproducción del sistema mundial todavía está basada en los Estados nacionales. Michel Beaud, por ejemplo, insiste particularmente en esas interrelaciones, estableciendo la noción de *système national, mondial, hiérarchisé* (sistema nacional mundial jerarquizado). Braudel y Wallerstein desarrollaron los conceptos de *économie-monde* (economía-mundo). Analizan la formación histórica de distintas *économies-monde* hasta la aparición del capitalismo moderno, que da a este concepto el carácter universal de un sistema-mundo único. André Gunder Frank da al concepto de sistema mundial un significado muy

amplio. Trata de identificar un sistema que se inició en los albores de la Antigüedad, y se perpetuó a través del sistema greco-romano, el imperio bizantino y muchas otras formaciones imperiales (árabe, mongol, otomán, etcétera) hasta la creación del moderno sistema mundial. Este sistema se basó en permanentes interconexiones y relaciones sistémicas, que se desestructuraron y se reestructuraron muchas veces.

Nuevo orden mundial: en los años setenta, este concepto trató de relacionar la idea de sistema mundial con el tema de la gobernabilidad. Se propusieron medidas concretas para asegurar una distribución más igualitaria de la riqueza a escala mundial. La Organización Trilateral trató de responder a los desafíos del Tercer Mundo con el concepto de un sistema trilateral de gobernabilidad del mundo contemporáneo, basado en la alianza entre Estados Unidos, Europa y Japón. El concepto de orden mundial reapareció en 1991, retomado por la administración de Bush padre, tras la victoria en la Guerra del Golfo contra el gobierno de Irak.

El verdadero significado de este concepto todavía no está muy claro.

Parece asociarse a la idea de una Paz Americana, basada en el fin de la Guerra Fría y la consolidación de las democracias parlamentarias y pluralistas. Este nuevo orden mundial tendría como soporte la hegemonía norteamericana. El gobierno de Bush hijo retomó este concepto, pero en forma más radical. Examinaremos más adelante las posibilidades y los límites de esa hegemonía.

Civilización planetaria: es un concepto que se basa en la idea de la convergencia de civilizaciones y culturas, dirigida hacia una convivencia plural en un sistema planetario único. Esta nueva fase de la civilización no se ha concretado todavía, pero ya viene esbozada por los intereses comunes de todos los países, de todos los gobiernos que tienen que sobrevivir en un planeta único, integrado por modernos medios de transporte y comunicación. Todos ellos están subordinados a los mismos recursos naturales globales, y sus poblaciones dependen de una herencia biológica y cultural común a toda la humanidad. Pero antes de describir y definir esta nueva civilización planetaria (que también puede concebirse como la consolidación del sistema mundial, mayormente basado en una economía global), hay que analizar las razones históricas de su creación en tanto nueva formación histórica.

¿Qué es lo que ha cambiado tan radicalmente en el mundo, para desestabilizar la base institucional del actual sistema internacional? ¿Qué ha ocurrido para que los límites de los Estados nacionales, que eran hasta ahora las fundaciones del orden mundial, se hayan visto rebasados?

A mi entender, lo que se halla detrás de esta nueva era histórica es el cambio en las fuerzas productivas que sustentan la producción de bienes y servicios en el mundo contemporáneo. La revolución científico-tecnológica que se consolidó en los años cuarenta del siglo XX modificó las relaciones entre la base productiva de la sociedad y sus elementos superestructurales. La hegemonía de la ciencia sobre la tecnología, y de la tecnología sobre la producción, otorgó un papel hegemónico al conocimiento, la educación, la formación y el desarrollo de los recursos humanos en relación con los aspectos de las fuerzas productivas. En consecuencia, la sociedad depende cada vez más de la existencia de un gran excedente económico creado por los cambios tecnológicos y por la creciente automatización de las actividades económicas. Al mismo tiempo, la aparición de un proceso sistemático e institucional de investigación y desarrollo (como consecuencia de la revolución científica y tecnológica) modificó el papel de la innovación en la acumulación y reproducción del capital. En ese nuevo modelo histórico de producción, la innovación, el cambio tecnológico y de la base material de la sociedad, se convierten cada vez más en elementos permanentes de acumulación y reproducción del capital.

Hasta ahora, la cultura, los tabús, las religiones buscaban educar al ser humano para un consumo limitado y para reproducir lo que la humanidad acumuló. La revolución industrial vino a plantear el cambio social y tecnológico como un objetivo fundamental de la vida cotidiana. Hoy en día, la educación, la ética, la ideología tienen que preparar al individuo para aceptar y promover la sustitución de los antiguos medios de producción acumulados y los conocimientos obsoletos, por nuevas técnicas, nuevos conocimientos, nuevas reglas, una nueva ética, un nuevo contexto ideológico, nuevos modelos estéticos, etcétera. El hombre tiene que estar preparado para cambios fundamentales en cada década de su vida. La humanidad no puede reproducirse como era anteriormente, pero sí como una nueva estructura económica, social, política y cultural,

adaptada a estos continuos cambios cualitativos. Estos cambios llevan a la humanidad a una nueva fase de desarrollo, como parte de un sistema mundial en constante cambio.

Cada nueva fase de desarrollo requiere mayor capacidad subjetiva de lidiar contra la naturaleza, la biología, la psicología, las relaciones e interrelaciones humanas en ambientes tanto humanos como no humanos.

Estas fases están relacionadas con los movimientos cíclicos de la economía mundial que, a su vez, están profundamente relacionados con el sistema mundial y con el ambiente del planeta. Podemos incluso admitir que la moderna economía mundial evoluciona según el modelo de largas ondas cíclicas ascendentes y descendentes, que cada nuevo ciclo económico largo está basado en un nuevo paradigma tecnológico, y que este nuevo paradigma emergente habrá de acarrear cambios radicales, como consecuencia del impacto global de la revolución científica y tecnológica.

Estamos participando en una profunda transformación histórica que reorienta el proceso civilizatorio de su base acumulativa hacia una nueva fundación basada en el descubrimiento permanente de nuevos procesos y productos. En esta nueva realidad, el cambio se superpone a la capacidad de conservar lo anteriormente conquistado.

Actualmente, nos encontramos al final de una fase depresiva de un ciclo largo de 50 años identificado por Kondratiev. Esta fase recesiva se inició en 1967, cuando la economía mundial empezó a disminuir su tasa de crecimiento, el dólar empezó a desvincularse del oro (lo cual quedó definitivamente establecido en 1971), y se inició la fluctuación de las monedas de circulación internacional. Quedaba definitivamente revocado el mundo capitalista unitario instaurado en Bretton Woods en torno a la moneda, al comercio y a las inversiones norteamericanas. El frente ideológico reunido en torno a Estados Unidos, y que había originado la Guerra Fría, entró en crisis. Sólo es ahora cuando, unos treinta años después, esta crisis está llegando a su final.

En este nuevo período, quedó superado el proceso productivo en masa, que sustentó el crecimiento económico desde los años veinte hasta los años ochenta, basándose en la “administración científica”, o taylorismo, o fordismo. De hecho, esta “administración científica” era

una apropiación sistémica de la actividad de los obreros y su conocimiento del proceso productivo, por parte del capital o de los observadores “científicos” pagados para eso. Así se estableció una regulación de la producción, de las correas de transmisión en sus más altos niveles de productividad. Era la época de las líneas de producción y de otras formas autoritarias de sumisión del trabajo a la máquina o, más concretamente, al sistema de decisión del capital.

El nuevo modelo tecnológico emergente de la revolución científico-técnica es completamente diferente. Está basado en la “sustitución” del obrero con los robots flexibles y programados, y con los sistemas de producción comandados por computadoras a través de programas bastante sofisticados. Así como en el período anterior tuvimos el proceso de “automatización” que sustituyó el trabajo humano con el de las máquinas, en este nuevo período estamos llegando al proceso de “automación” que elimina el trabajo humano directo, y substituye con los sistemas electrónicos e informáticos de información y decisión, el control y la administración de la producción por parte de los humanos.

A medida que esta automación avanzaba rápidamente en los años ochenta —como la utilización de los robots en la producción—, se registraban cambios en la posición relativa de los sectores económicos. El “articulador central” de la economía industrial era el acero y la industria metalúrgica, base fundamental del desarrollo industrial. En las últimas décadas, ambos fueron substituidos por nuevos materiales, de los más variados orígenes. Las industrias de la construcción, de los textiles, de transporte y comunicaciones, cambiaron completamente (y todavía se hallan en este proceso de cambio) los materiales con los que operaban. Innovaciones radicales transformaron por entero el papel de esas industrias básicas. Los nuevos materiales son parte de un conjunto de tecnologías que ya están, unas, en proceso de integración industrial y, otras, todavía son tecnologías emergentes. En ambos casos, se originan gracias a los constantes avances en las ciencias básicas y aplicadas, especialmente la biotecnología, la física nuclear, la fisicoquímica, los nuevos materiales, el láser, la nanotecnología y la informática (con especial énfasis en la inteligencia artificial),

así como otros campos del proceso de desarrollo. Entre esos campos, es importante considerar las industrias ecológicas o ambientales que están transformando en demanda industrial las exigencias, a escala mundial, de equilibrio ecológico y defensa del medio ambiente.

Esta interdependencia entre producción, nuevas tecnologías, investigación y desarrollo, ciencias básicas y aplicadas, está creando una nueva realidad económica que obliga a los agentes económicos y sociales en tanto empresas nacionales, multinacionales y globales, y más aún en tanto naciones y alianzas de naciones, a tomar nuevas decisiones en lugar de los agentes económicos privados propios de la economía liberal. La escala de producción también está cambiando rápidamente, en unas dimensiones gigantescas si se mide en término de megamercados o, incluso, de mercados mundiales. La implantación de nuevas tecnologías revolucionarias tiende a hacerse a escala mundial para que resulte económicamente viable.

El caso de la televisión de alta definición (HDTV) es un ejemplo importante. Japón ya poseía la tecnología para instalarla desde 1985, pero se vio obligado a aguardar a que existiera un sistema mundial único de producción y regulación. Estados Unidos coincidía con Japón, pero Europa estaba tratando en vano de crear su propio sistema. Incluso cuando Japón decidió iniciar su producción en 1991, esta dependía de:

a) La reglamentación internacional de utilización del sistema; b) La tecnología espacial para poner en órbita satélites capaces de transmitir en HDTV.

La situación parece ser similar en un sector tradicional como la industria automotriz, que ha sobrevivido con plantas locales en Estados Unidos y en Europa, apenas amparada en un fuerte proteccionismo contra la superioridad tecnológica japonesa, basada, esta, en la adopción de nuevos materiales y escalas más favorables de producción en virtud de su más alta concentración, combinada con una integración flexible de empresas subcontratadas (terciarización). El mismo problema ocurre en un sector avanzado como el de la electrónica y la industria de la informática, donde todas las empresas del sector se ven obligadas a integrar sus computadoras y sus programas con los sistemas o softwares mundiales lógicos compatibles. Se dan casos similares en todos los

sectores del proceso productivo, porque esas nuevas alteraciones en las fuerzas productivas los afectan a todos con la implantación de un nuevo paradigma o patrón tecnológico.

Este nuevo modelo presenta dos aspectos fundamentales:

1. Al depender cada vez más de las nuevas tecnologías, la investigación y el desarrollo dependen cada vez más de la ciencia básica y aplicada. Esto obligó al Estado a subsidiar fuertemente la investigación y el desarrollo, cuya ejecución dentro de los grupos empresariales promueve un vínculo creciente de las empresas con la llamada “alta ciencia”. Al depender de las ciencias básicas, los cambios tecnológicos están obligando a las grandes empresas a desarrollar sus propios centros de investigación básica, reemplazando así los centros universitarios. Las inversiones estatales en la llamada gran ciencia han permitido saltos espectaculares, como en el caso del Programa del Genoma Humano.
2. Las nuevas escalas de producción exacerbaron el debate internacional por el dominio de los mercados. Esto llevó a la administración de emprendimientos complejos para combinar perspectivas geográficas globales y estrategias sectoriales globales. Los nuevos patrones planetarios de producción obligaron a las empresas a desarrollar la flexibilidad de las estructuras industriales. Estas tienen que ser capaces, en corto tiempo, de sustituir viejas tecnologías, o transferirlas a subcontratantes o a poderes subeconómicos nacionales interrelacionados (el caso de Japón con Corea del Sur, Taiwán, Singapur, parte de Hong-Kong, el sur de China, y otros nuevos países industriales emergentes en Asia). Esto ha creado la necesidad de una nueva división internacional del trabajo, altamente dinámica, para permitir a los países líderes una mayor concentración en las tecnologías de punta.

En este mundo nuevo, la integración regional representa una respuesta posible, aunque temporal, para esas necesidades. Es importante subrayar el hecho de que la regionalización genera confrontaciones entre coaliciones de fuerzas económicas y políticas, creando algunos poderes y desintegrando otros, produciendo por una parte más racionalidad entre los países integrados, pero generando, por otra parte, una creciente

anarquía e irracionalidad a nivel internacional. Así pues, podemos percibir un creciente desarrollo desigual y combinado entre naciones desarrolladas, subdesarrolladas y en desarrollo; entre empresas locales, multinacionales y globales; entre gobiernos nacionales, regionales o locales; entre grupos étnicos y fuerzas nacionales y globales; etcétera.

Este nuevo modelo tecnológico está también relacionado con una nueva división internacional del trabajo, que afecta los diversos niveles de relaciones entre países, regiones y empresas. Crea nuevos niveles de explotación del trabajo, altera la jornada laboral, modificando sustancialmente el proceso laboral, el papel de la mano de obra en la producción, así como su responsabilidad y calificación. Cambia también las estructuras del empleo, la tasa de desempleo, de subempleo y de trabajo informal. Todos esos cambios desestabilizan los antiguos movimientos sociales, categorías sociales y grupos, y estimulan una importante intervención de viejos y nuevos movimientos sociales en la definición de un nuevo comportamiento social y moral, en los partidos políticos y en las estrategias y políticas sociales.

Es importante considerar que este nuevo patrón tecnológico —que viene impulsando un nuevo período de crecimiento y acumulación de capital a escala mundial desde 1994, de acuerdo con el ciclo Kondratiev— está basado en una intensiva automatización de la producción que ya está causando y deberá causar, aún más, una drástica reducción de la cantidad de trabajo socialmente necesario para producir los mismos productos que tenemos hoy. Esto está afectando y afectará el costo de los productos industriales, pero también el empleo y la duración de la jornada de trabajo.

En consecuencia, tendremos dos grandes problemas en las próximas décadas:

1. La disminución de la fuerza de trabajo, y específicamente de la demanda de trabajo manual, producirá desempleo en estos sectores, lo cual se convertirá en un problema dramático, incluso en período de crecimiento. La extensión de ese problema dependerá de la disminución de la jornada de trabajo (actualmente, todas las uniones de trabajadores están luchando por una jornada laboral de treinta y seis horas semanales), de la extensión

del período de escolarización de la población, del aumento del tiempo de formación de recursos humanos (extensión de estudios básicos, grado y postgrado, educación continuada, formación técnica, capacitación de las fuerzas de trabajo para nuevas funciones, etcétera, así como la reducción de la edad del retiro). Todo esto está relacionado con la posición del movimiento laborista en la nueva sociedad basada en la revolución científico-técnica, y con la influencia de las ideologías socialistas del antiguo movimiento obrero en la nueva fuerza de trabajo, que se constituye como una nueva fuerza salarial, viviendo en condiciones sociales muy diferentes a las de los antiguos obreros, y participando en un nuevo proceso de producción, nuevas reglas, menor sincronización y coacción externa, etcétera), y participando en un nuevo modelo de consumo.

2. Las alteraciones demográficas que están ocurriendo en los países desarrollados, conducirán a que el sector más viejo de la población prevalezca demográficamente; al mismo tiempo, las poblaciones más jóvenes en los países en desarrollo y subdesarrollados serán mayoritarias aún por un largo período. Como en los países desarrollados aumentan las oportunidades de empleo, esas poblaciones jóvenes presionarán fuertemente a través de la inmigración, o desplegarán comportamientos contestatarios y radicales en sus propios países. La marginación urbana y rural está creando una nueva categoría social, con cultura y comportamiento propios, que da origen a nuevas fases del llamado “crimen organizado”. También forman parte de este contexto el radicalismo religioso fundamentalista y étnico, o el tribalismo. El surgimiento de nuevas tecnologías orientadas por el gran capital también reforzará la competencia oligopólica internacional. Los costos más bajos de producción han disminuido las barreras arancelarias en varias industrias, y las nuevas empresas —más especializadas y flexibles— intensifican su competitividad a escala mundial. Esas nuevas empresas están luchando y seguirán luchando para liberar el aparato estatal y favorecer su entrada en los sectores protegidos.

En estas circunstancias, resulta evidente que los grandes inversores que crearon grandes imperios económicos no se hallan en buena situación competitiva. La capacidad instalada puede ser un factor negativo.

Grandes empresas del pasado estarán en posición desfavorable si no consiguen deshacerse de sus antiguos valores. En consecuencia, se ha planteado la necesidad de un período de desvaloración de los activos especulativos y obsoletos, iniciado en 1987. Esto ha permitido la substitución del capital fijo necesario para las nuevas inversiones, favoreciendo un ciclo de crecimiento económico basado en nuevas tecnologías. La falsa liquidez basada en el crédito fácil, la especulación financiera, inmobiliaria y estatal, están en merma desde 1989; hay que profundizar esa desvaloración. La recesión de 1989-1992 mostró que se puede superar el atraso económico y crear las bases para una nueva fase de inversión, cuando se incorporó activamente las tecnologías del nuevo paradigma entre 1994 y 2000, sobre todo en Estados Unidos.

Pensamos que este fue el inicio de una nueva fase de crecimiento; en consecuencia, se plantea el tema del poder hegemónico capaz de integrar esta nueva fase de expansión del sistema mundial. Este debería funcionar como el centro de acumulación del capital a escala mundial. En torno a este centro, se colocarían las economías dependientes o periféricas o semiperiféricas (aceptándose los conceptos de Wallerstein, quien sigue la percepción de Raúl Prebisch de una economía mundial).

Los períodos de declive de las ondas largas (fases B) están marcados por una desintegración de la economía mundial y una lucha por la hegemonía. Los períodos de crecimiento (fases A) se caracterizan por el establecimiento de un centro o núcleo de la economía mundial, que suele estar relacionado con la hegemonía política y militar.

La búsqueda de un nuevo centro hegemónico y de un “nuevo orden mundial”

La Geopolítica pretende ser una “ciencia” de distribución física de poder a escala mundial. Esta disciplina intenta estudiar la distribución de los recursos naturales, del poder económico, político y militar, en el ámbito internacional a fin de establecer los objetivos estratégicos de cada nación.

Fue concebida como base para estrategias nacionales, militares y políticas. Su identificación con Alemania se relaciona con el nazismo, colocándola en una segunda línea de pensamiento académico y científico. Pero sigue siendo estudiada en las academias militares y en los cuarteles generales de todos los ejércitos nacionales.

Hoy en día, hay que ser muy cauteloso con respecto a los principios que orientan los análisis geopolíticos. En el ítem anterior, vimos los principales factores económicos que pueden influenciar la distribución del poder en el mundo, en los próximos veinte o treinta años. El sistema mundial, que fue la base común de la economía capitalista en los últimos cinco siglos, está sufriendo cambios radicales. La revolución científico-tecnológica surgida con la Segunda Guerra Mundial aseguró las bases para una acumulación mundial del capital y una reproducción cada vez más autónoma de la economía mundial. Empresas multinacionales, trasnacionales o globales, están tratando de sustituir parcialmente a los Estados nacionales como base de la actividad económica. Pero aún dependen del poder económico del capital centralizado (esos capitalistas colectivos que son los Estados nacionales). Los Estados proporcionan subsidios, bases financieras y culturales para la expansión de las empresas multinacionales. Al mismo tiempo, cooperan entre ellos y crean instituciones regionales e internacionales para gerenciar y organizar esta nueva fase de la economía mundial.

Esos Estados nacionales tienen sus estrategias geopolíticas propias, pero deben someterlas a los objetivos de las alianzas económicas, políticas y militares (alianzas interestatales) que actualmente organizan la vida internacional. Al final de la Segunda Guerra Mundial, surgió un sistema económico mundial en torno a la hegemonía de Estados Unidos, que representaban en aquella época casi la mitad de la economía mundial y, con la bomba atómica, tenían el liderazgo militar en el mundo, apenas compartido con Inglaterra.

En esta situación, la estructura institucional del sistema mundial estaba totalmente basada en la hegemonía norteamericana: Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT), Naciones Unidas, todas estas estructuras fueron concebidas en el marco de dicha hegemonía, respetando parcialmente los intereses de las fuerzas aliadas vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Al poco tiempo, estas organizaciones se completaron con las de la Guerra Fría: Plan Marshall, Punto Cuatro, OTAN, y otras, cuyo objetivo era estabilizar o “contener” la influencia militar e ideológica de la Unión Soviética (que, en verdad, había quedado asolada militar y económicamente, aunque tenía la moral en alto gracias a las victorias militares contra el fascismo).

La Unión Soviética se vio obligada a aceptar las reglas de la Conferencia de Yalta. No obstante, era una victoria ocupar un puesto de poder, aunque marginal, dentro del sistema mundial hegemonizado por Estados Unidos. Conuerdo plenamente con Wallerstein y otros autores que no aceptan la idea de que existió un mundo bipolar. La Unión Soviética nunca tuvo poder económico, político o militar para constituirse en un polo (o centro) alternativo al de Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial sólo hubo una potencia mundial: Estados Unidos. Y, más atrás, Inglaterra y la Unión Soviética aparecieron como importantes fuerzas en el área militar, pero muy lejos de los amos norteamericanos.

La hegemonía compartida de Estados Unidos

Pero la hegemonía de Estados Unidos no podía ser eterna. La recuperación de las economías europeas (sobre todo alemana) y japonesa, la reconstrucción y el crecimiento de la economía soviética (hoy en día poco reconocida), las revoluciones china e india y sus efectos en Asia, generaron nuevos centros de acumulación de capital, de desarrollo científico y tecnológico, y de expansión económica. Las evoluciones anticoloniales, con el surgimiento de los Estados del Tercer Mundo y su coordinación después de la Conferencia de Bandung y el Movimiento de los No Alineados, permitieron que esos países se apropiaran de sus recursos naturales fundamentales. La nacionalización del petróleo en México a fines de los años treinta, y en Brasil en los años cincuenta, prosiguió en el Este europeo, en el Medio Oriente y en Venezuela, en los años setenta y ochenta. Esas nacionalizaciones completaron un proceso iniciado en los años treinta y cuarenta. Muchos otros recursos básicos fueron estatizados y explotados por empresas estatales, disminuyendo el área de acción del capital privado, como el cobre en Chile, en 1972.

En este mundo nuevo, Estados Unidos ya no podía ejercer el mismo poder hegemónico. Su posición económica relativa decreció mucho entre 1945 y 1967; este decrecimiento se acentuó al final de la Guerra de Vietnam hasta el día de hoy. Incluso en el período de Reagan y en la Guerra del Golfo, cuando Estados Unidos se atribuye importantes

victorias militares y económicas, este país experimentó una irreversible pérdida de poder económico y militar a nivel internacional. La victoria en las dos guerras de Irak se dio contra un pequeño país, a un alto costo económico y político. La campaña en Afganistán en 2001-2002 no logró consolidar el control del territorio de ese país.

Históricamente, la hegemonía fue una condición para el funcionamiento del sistema mundial durante los períodos de crecimiento. Pero una de las características de las fases B negativas o recesivas de las ondas largas de Kondratiev fue precisamente la disolución de una clara hegemonía en el sistema mundial, y la consecuente pérdida de una fuente central de acumulación de capital a escala mundial. Cuando no se tiene una hegemonía bien definida en las fases A, caracterizadas por el ascenso económico, el funcionamiento sistémico queda en precaria situación. En este sentido, el período actual se asemeja al período de 1890-1914, cuando la economía mundial tuvo una nueva e importante expansión mientras que Gran Bretaña perdía su poder en Alemania, Japón, Italia, Rusia, y sobre todo Estados Unidos, surgían en el sistema mundial como potencias centrales competitivas.

Actualmente, cuando después de la Segunda Guerra Mundial el sistema internacional basado en la hegemonía de Estados Unidos (y su subsistema que fue la Guerra Fría) está completamente desmantelado, nos encontramos en un período de transición, en el que se habrá de construir un nuevo sistema de alianzas. Este sistema no podrá ser otro que un sistema en el que Estados Unidos mantenga una hegemonía compartida con otros posibles poderes centrales, o sea, con la Europa integrada bajo el liderazgo franco-alemán, con el sistema Japón-Asia-Pacífico, en el cual China despunta como nuevo poder económico y militar, y la antigua Unión Soviética, hoy la CEI bajo influencia rusa que está siendo erróneamente marginada del centro del sistema mundial, so pretexto de ciertas actitudes ideológicas.

Esta “hegemonía compartida” tratará de asimilar, en una segunda categoría, a las nuevas economías industriales de Asia (a través del liderazgo japonés), y de abrir camino para que economías industriales de países como México, Brasil, y también las fuerzas del Este europeo participen en este nuevo sistema de decisión, en una posición subordinada

y regional. Países como China e India también tendrán que encontrar su espacio geopolítico en esa nueva fase del sistema mundial, como fuerzas regionales e internacionales.

Estados Unidos aún constituye la mayor fuerza relativa mundial. Pero no pueden detener su declinación. La nueva fase de desarrollo de las fuerzas productivas a escala mundial requiere el más alto nivel de competitividad en el comercio y, a la vez, una fuerte intervención estatal y una concentración económica que no puede ser exclusiva de un país o una región. Por otra parte, Estados Unidos está dominado por una nueva burguesía militarista y tecnócrata, creada y desarrollada al amparo del poder de compra del Pentágono y sus subsidios para la investigación y el desarrollo. Aún contrariando una clara oposición de la vieja oligarquía norteamericana y un amplio sector de la opinión pública, siguen teniendo un presupuesto alto para los gastos militares, que mantiene y hasta aumenta el déficit fiscal del país. Al mismo tiempo, este déficit crea una burguesía financiera, dependiente de esta política fiscal irracional. El déficit fiscal crea también nuevas demandas, interna y externamente. Esas demandas fueron la fuente del gran crecimiento de la exportación japonesa, alemana y de los nuevos países industrializados en los años ochenta. En los años noventa, la contención del crecimiento europeo, japonés y de los “Tigres Asiáticos”, abrió espacio para el surgimiento de China como la más importante potencia exportadora hacia Estados Unidos. Pero este comercio desigual es también el origen del déficit comercial norteamericano que hizo viables estos superávits comerciales, y que surgió en la misma época con fuerza y energía tremendas.

Ese modelo económico generó un crecimiento económico en la economía mundial entre 1983 y 1989, y permitió a Estados Unidos un avance en tecnología militar que fue utilizado en la Guerra del Golfo como demostración de poderío militar y tecnológico.

Pero ese modelo no es sustentable, porque está basado en un débito fiscal y externo no administrable. Ambos tienden a producir una fuerte devaluación del dólar, lo que transformaría a Estados Unidos en una potencia no hegemónica. Actualmente, vivimos el proceso de creación de un nuevo sistema monetario mundial con tres monedas básicas (dólar, euro y alguna moneda asiática basada en el yen japonés

y en el yuan chino). Hasta ahora, Japón y Alemania sustentan el dólar en el mercado mundial porque (entre otras razones) poseen grandes reservas en dólares. Pero no tienen capacidad para sustentarlo indefinidamente. En los años noventa, sobre todo durante el gobierno de Clinton, el dólar cayó para permitir que Estados Unidos aumentara sus exportaciones y disminuyeran su déficit comercial a un nivel más “aceptable” (entre 50 y 70 billones de dólares anuales hasta 1997). Actualmente, Estados Unidos está confrontado al hecho de su transformación en una potencia regional.

Al iniciarse este siglo XXI, en una reacción voluntarista contra esta tendencia, el gobierno de Bush hijo trata de revertirla y restablecer la hegemonía norteamericana, como veremos más adelante. Esta situación se prolongará por algunos años, hasta el momento de la verdad, cuando quedará claro que Estados Unidos no tendrá medios para mantener sus déficits. Este período coincide más o menos con una nueva onda de Kondratiev en inversiones, entre 1994 y 2020.

Durante este período, quieran o no, Estados Unidos se verá obligado a reforzar su poder regional. Tendrán que promover no sólo el mercado común norteamericano con Canadá y México (NAFTA), sino también la integración regional de las Américas a través del ALCA. Tendrán que negociar con los países latinoamericanos y aceptar su integración parcial en un proceso comercial y económico mucho más amplio que un simple acuerdo de libre comercio.

Durante este período, Estados Unidos asistirá —impotentes— al surgimiento de nuevas fuerzas y alianzas mundiales. ¿Buscará el mundo una nueva hegemonía, o es de esperarse una “mutación” en el sistema mundial y la aparición de condiciones para una “civilización planetaria” basada en el pluralismo cultural y económico y en el concierto mundial de naciones?

Antes de que esa mutación se haga realidad, es posible que tengamos un período de inestabilidad, debido a la lucha por la hegemonía mundial y por la participación en un poder relativo, en una hegemonía compartida con Estados Unidos. Todo lo cual moderará, y ya está haciéndolo, el ímpetu del boom económico iniciado en 1994. Esto ya se percibe en la profundidad y la extensión de la crisis de 2001-2003.

Es posible también que Estados Unidos trate de reforzar sus relaciones con la Cuenca del Pacífico. Pero esa política tendrá una fuerte coparticipación japonesa, y no podrá asegurar a Estados Unidos la recuperación de su poder hegemónico en esa región. El surgimiento de China como potencia comercial introdujo en Oriente un nuevo polo de poder financiero, militar, ideológico y cultural, de difícil asimilación. Al contrario, la retracción para el área del Pacífico como una consecuencia de la pérdida de poder en el área del Atlántico Norte reforzará el poder de negociación de Japón y China que, para ese momento, se hallarán en una mejor posición estratégica.

Japón: del poder exclusivo en el pacífico a la expansión en el continente asiático

La más comentada alternativa a la hegemonía norteamericana fue el éxito económico japonés en los años setenta y ochenta. Pero Japón tenía limitaciones muy decisivas para convertirse en una fuerza hegemónica, pese a su buen desempeño económico, que se encuentra en crisis desde los años noventa. La reciente historia de Japón quedó marcada por su fracaso en el intento de convertirse en un imperio y conducir una guerra contra Estados Unidos en el Pacífico. Aquel fracaso también está trágicamente relacionado con el primero y único caso de utilización de un arma atómica. El odio y la frustración forman parte de su historia reciente, produciendo un fuerte sentimiento antimilitarista en buena parte del pueblo japonés. Pero la humillación de la derrota fue también (para una nación tan perseverante) un estímulo para la reconstrucción del poder japonés, sobre nuevas bases. E incluso apoyando las fuerzas progresistas de Japón contra la vieja oligarquía que hizo la guerra (desmontando los keiretzu, llevando a cabo la reforma agraria, suprimiendo las inversiones militares), Estados Unidos no deja de ser responsable por el bombardeo atómico contra el pueblo japonés. En este contexto tan complejo y trágico, puede comprenderse cuán contradictorio resulta el comportamiento de los japoneses y sus sentimientos más profundos en tanto pueblo, cultura y civilización.

Es este el primer límite a la hegemonía mundial japonesa. Las clases dominantes en Japón no aplicaron una visión planetaria geopolítica y estratégica, y quedaron restringidas a su problema (su drama) regional. Además, la cultura japonesa no presenta una tradición conceptual de modelos y visiones a escala mundial. Esto tiene que ver también con sus límites territoriales y su aislamiento, que sólo podrían compensarse (superarse) a través de conquistas imperialistas (rechazadas como alternativa) o mediante una política de desarrollo regional capaz de colocar Japón a la cabeza de una región surasiática y del Pacífico fuertemente desarrollada.

La dependencia de Japón respecto de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, no fue sólo económica sino también militar y estratégica. Tal hecho obligó a Japón a adoptar el concepto de una Alianza Global con Estados Unidos, lo que significó un abandono total de cualquier estrategia global propia.

Al mismo tiempo, Japón todavía teme las consecuencias del odio generado por su poder colonialista. Todavía hoy se perciben fuertes sentimientos antijaponeses, especialmente en Corea, pero también en otras regiones de su antiguo imperio. Japón ha justificado su antiguo imperio como una alternativa antioccidental, pero este tipo de propaganda no puede ser utilizada hoy en día, aunque esos sentimientos antioccidentales tengan profundas raíces.

Simultáneamente, la estrategia de la Cuenca del Pacífico está basada en el mercado norteamericano, y en una fuerte conexión con la costa Oeste de Estados Unidos. Japón ha invertido mucho en ese mercado para acabar con su dependencia, sin mayores consecuencias.

Pero, por otra parte, también hay que tomar en cuenta que la situación global está modificándose diariamente. Y además, la decadencia de Estados Unidos y la base artificial de su fuerza de mercado, sustentado por el déficit fiscal, están obligando a Japón a reconsiderar su alianza global. Las inversiones japonesas en Estados Unidos se orientan cada vez más hacia aplicaciones más seguras, abandonando las inversiones en títulos de la deuda pública para dar preferencia a las inversiones directas y las nuevas asociaciones empresariales con emprendimientos de importancia estratégica. Ya pasó el tiempo en

que todos los huevos se colocaban en la sola canasta económica norteamericana, sobre todo con los riesgos que implican los bonos de la deuda norteamericana.

Al mismo tiempo, la presión estadounidense y europea contra la expansión del capital japonés y su competitividad, obligaron a Japón a buscar nuevos mercados y campos de inversiones, así como a pensar por sí solo, y a reconstruir su estrategia mundial de forma más global y autosustentada.

Así, Japón logró retomar sus relaciones con regiones de su antiguo imperio, pero sobre nuevas bases. Y eso ha significado el reencuentro con una antigua vocación asiática de Japón.

China formaba parte de esa “vocación”, y se abre hoy a una muy fuerte complementariedad con la economía, la cultura y la política japonesa. La cantidad de inversiones japonesas en China es sumamente significativa, y todo hace pensar que será una tendencia histórica cada vez más importante. Pero lo cierto es que la expansión china (paralela al estancamiento japonés) comienza a desequilibrar la correlación de fuerzas entre Japón y China en favor de esta última.

Corea del Sur estaba integrada a la política y la estrategia industrial japonesa. En los años noventa, trató de salir de los límites de la Cuenca del Pacífico, en reacción a la decadencia del mercado norteamericano.

Buscó nuevas zonas de inversión, y Siberia es ciertamente la región más importante para crear una nueva economía que ya está emergiendo en esa región asiática. Y Corea tiene el apoyo total del capital japonés para ese nuevo direccionamiento estratégico. Los estrategas japoneses sienten actualmente que, para su relación con Estados Unidos, podría ser muy arriesgado forzar una intervención económica directa en una región tan importante. La unificación de las dos Coreas (incluso manteniendo sus actuales Estados nacionales) es absolutamente necesaria, y significará el surgimiento de una nueva fuerza económica en Asia. Si Japón desea tener vecinos fuertes que lo protejan de presiones externas, ése será un buen camino.

La integración de la economía japonesa con la producción regional de materias primas y productos agrícolas fue asumida por la política de división regional del trabajo aplicada por el MITI. Esta política está

basada en industrias subcontratadas, que producen para los japoneses, los norteamericanos y otros mercados. También supone una transferencia de tecnología (semiobsoleta, menos estratégica, o contaminante) hacia los demás países de la región, a fin de concentrar la especialización de la industria japonesa en una tecnología más avanzada. Este sistema ha sido imitado por Corea del Sur, Singapur y Taiwán, que también están transfiriendo tecnología hacia una tercera zona de inversión en los países asiáticos.

China deberá revertir en breve su posición en este esquema regional, con fuertes inversiones en innovación tecnológica.

Al mismo tiempo, los países que formaban la antigua Indochina están buscando la ayuda japonesa para su desarrollo económico. Vietnam, Laos, y sobre todo Cambodia, pueden ser altamente complementarios con la economía japonesa. Estados Unidos está quedando fuera de esa región conflictiva, y hasta pasan el control de la complicada situación cambodiana, de Corea del Norte, y otros casos regionales, al gobierno japonés.

En resumen, se ve una tendencia de Japón a asumir crecientes responsabilidades en el continente asiático, con una perspectiva muy importante a largo plazo: reconstruir una poderosa economía asiática, muy cerca de un centro de acumulación de capital, de estructura monetaria, y de poder tecnológico propios.

Paralelamente, Japón viene aumentando su influencia en América Latina, donde está considerado como una fuente de inversiones, tomando el lugar del capital europeo que abandonó la región en favor del Este europeo, o como resultado de las restricciones impuestas por la pérdida de poder económico, como en el caso de Estados Unidos, transformado en un país deudor y en un importador de capitales. En algunos casos, como en México, el capital japonés tiene un espacio abierto de inversión para penetrar en el mercado de Estados Unidos a través del NAFTA.

Brasil también está interesado en los capitales japoneses, que goza de una aceptación favorable en la región. El ex presidente peruano Alberto Fujimori fue electo utilizando su origen étnico japonés, como un factor que lo convirtió en negociador para la captación de inversiones japonesas en su país. Su caída debilitó mucho la penetración japonesa en la región.

Pero Japón no tiene una política clara con respecto a Latinoamérica.

Los japoneses temen confrontarse con los intereses norteamericanos en la región. Además, hay una falla importante en la visión japonesa del mundo. Japón no tiene una política para el Medio Oriente, al que sólo considera como una fuente de petróleo. Lo mismo ocurre con respecto a África, India, Pakistán, donde Japón no tiene ninguna penetración. En Europa, tuvo que abandonar una equivocada alianza con Gran Bretaña para considerar la hipótesis, aún confusa, de un acercamiento más efectivo con Alemania y Francia. Su visión del Este europeo y de Rusia es muy vaga e indefinida. Su liderazgo ha esgrimido la excusa menor de la recuperación de dos islas perdidas durante la Segunda Guerra Mundial, como base de una política externa hacia un país muy grande e importante como es Rusia.

En fin, la posibilidad de un acuerdo con Rusia para una exploración directa de Siberia, y de una colaboración marítima y espacial con esta potencia, permitiría a Japón un acercamiento al poder mundial mayor del que ha logrado con su enfoque del Pacífico como centro estratégico.

De cualquier forma, las dos próximas décadas serán un período de intensa reorientación de la política internacional japonesa, y se abrirá espacio para que Japón aparezca en el escenario internacional con una creciente fuerza geopolítica independiente. El acercamiento a China permitiría posicionarlo como representante de la cultura y la civilización asiáticas. Pero gracias a su tradición cultural, China se coloca cada vez más como líder cultural de Asia, y se proyecta a todo el planeta. Un Japón independiente de Estados Unidos podría hacer variar la dirección del viento, soplando cada vez más desde Oriente, aunque todavía no llega a ser hegemónico.

La integración europea, el este europeo y el papel de la Alemania unificada

Al defender Berlín como capital de la Alemania unificada, Willy Brandt hizo una sorprendente comparación histórica. Para él, aceptar Bonn como capital de la Alemania unificada sería lo mismo que Francia aceptara Vichy como la capital de la Francia liberada. Esta comparación histórica muestra que las heridas de la Segunda Guerra Mundial todavía

siguen abiertas, y cuánto se resiente Alemania de haber sido ocupada y sometida por fuerzas externas durante todos esos años de buenas relaciones con un Atlantismo aparentemente intocable. Quizás esto pueda explicar el súbito rompimiento del atlantismo en el episodio de la discusión ante el Consejo de las Naciones Unidas sobre la intervención norteamericana en Irak, en 2003.

El geopolítico inglés H. Mackinder, al inicio del siglo XX, consideraba como un “pivote” mundial el área continental denominada Eurasia, cuyo “corazón” constituía en aquella época una amenaza potencial contra el poderío de Gran Bretaña, poderío que pasó a manos de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Los geopolíticos norteamericanos mantuvieron esa percepción de una alianza eurasiática como opuesta a la hegemonía norteamericana. La oposición entre la integración atlántica y la europea es, en parte, una expresión de esa percepción. La incorporación de la antigua Unión Soviética, hoy la CEI, en una política común de integración con Europa es un hecho definitivo y peligroso para la estrategia norteamericana en tanto fuerza hegemónica el mundo.

La Unión Europea es esencialmente una conquista geopolítica de Alemania. A principios de los años ochenta, esta política fue capaz de neutralizar el atlantismo del primer mandato presidencial de François Mitterrand. En ese período, una política unificada entre Estados Unidos y Gran Bretaña (la alianza Reagan-Thatcher) se constituyó en una contundente ofensiva de fuerzas conservadoras para dar soporte a una posición contraria a la Unión Europea. A fines de los años ochenta, como reacción a esta política, Francia se adhirió por fin al europeísmo. Una Gran Bretaña en decadencia quedó entonces aislada junto a unos Estados Unidos decadentes. Esta alianza apareció en todo su antihistórico aislamiento en el episodio de la invasión a Irak en 2003.

La “revolución” del Este europeo fue en gran parte una consecuencia de esa situación geopolítica. Enfrentando la posibilidad concreta de una Unión Europea con hegemonía alemana, por una parte y, por otra, un Japón en ascenso, la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se vio inducida a abandonar una posición geopolítica inconfortable, basada en una confrontación artificial con Estados Unidos. La Unión Soviética comenzó entonces a articular nuevas políticas mundiales

fuera del modelo de la Guerra Fría. Durante los años ochenta, dio pasos importantes para formar un amplio frente mundial por la liquidación de la Guerra Fría, con el apoyo de la II Internacional (socialdemocracia), de los liberales norteamericanos, y hasta de las fuerzas conservadoras (por ejemplo, la Trilateral) —que se oponían a los grandes gastos en tecnología militar del Pentágono (especialmente la Guerra de las Galaxias o IDS)—, y también con el apoyo del Papa y otras fuerzas religiosas, incluyendo la democracia cristiana, el Movimiento de los No Alineados, los movimientos sociales para la paz y la defensa del medio ambiente, y muchas otras fuerzas políticas y culturales. Esa fuerte alianza de fuerzas de centroizquierda y hasta conservadoras condujo la diplomacia rusa a un activo liderazgo en la ejecución y concepción de una nueva política mundial, a través de la perestroika, de la glasnost, y la “nueva mentalidad”, impulsadas por Mikhail Gorbachev.

Pero esa nueva fase política fue progresivamente determinada por el enfoque ruso de la Unión Soviética y de la geopolítica mundial. De acuerdo con el nacionalismo ruso, la Unión Soviética y la Europa del Este habían sido un peso negativo para su nación (Rusia). Contrariamente a otras naciones imperialistas, que recibían excedentes económicos del exterior a través de la explotación de sus colonias, Rusia se había visto obligada a transferir sus excedentes (principalmente agrícolas, pero también materias primas, sobre todo el petróleo) a las regiones más atrasadas de la Unión Soviética, al Este europeo y a otros aliados. También se veía obligada a comprar productos industrializados de mala calidad fabricados en esas regiones aisladas del mundo, para cumplir con el modelo socialista e igualitario de la división del trabajo en el seno del COMECOM (Consejo de Ayuda Mutua Económica).

Esto determinó un creciente consenso ruso contra la Unión Soviética y el costo de su dominación en el Este europeo. Estas ideas influenciaron cada vez más a la intelectualidad, al nacionalismo populista ruso, a la ideología religiosa (todavía muy fuerte en ese país), y terminó por influenciar el sector reformista del Partido Comunista y el grupo clave que organizó, en gran parte, este movimiento reformista. Del grupo original de la perestroika, primero Boris Yeltsin y luego otros (hasta un georgiano como Shevardnadze) aceptaron esas ideas básicas.

Si a esto agregamos la coyuntura de un Gorbachev rodeado por las fuerzas internacionales no reformistas y por los sistemas conservadores en el Este europeo, se puede entender la necesidad de forzar la eliminación de las antiguas burocracias comunistas del Este europeo, con el apoyo del grupo reformista del Partido Comunista y del aparato de la KGB. Esta política condujo a la coyuntura de 1989, cuando se registraron presiones de Gorbachev y de los reformistas de la Unión Soviética, en alianza con fuerzas políticas socialistas y populistas locales sin mucho poder (y hasta en alianza con las fuerzas conservadoras, como en el caso de Polonia), para derrocar los debilitados gobiernos comunistas puestos por las tropas de ocupación soviética en cada país del Este europeo.

Donde existía una oposición madura, como en el caso de Polonia y Hungría, estos cambios eran más o menos manejables. Donde no la había, los cambios se daban en cualquier dirección, pero siempre de arriba hacia abajo. La reacción popular fue mucho más radical de lo que se esperaba inicialmente, en una mezcla de nacionalismo antisoviético, de anti-comunismo, y de sentimientos hostiles a los privilegios de la burocracia, confluyeron en un movimiento popular antisocialista y proliberal.

Pero estas tendencias eran muy superficiales e ideológicamente confusas.

Estaban influenciadas por fuerzas socialdemócratas y socialistas, históricamente opuestas al estalinismo, a la autocracia, a la ocupación de la Europa del Este, y mucho más radicalmente que los conservadores y los liberales de derecha.

El factor más importante en este nuevo contexto es la abertura de la Europa del Este para reincorporar sus economías a la de Europa occidental, a la cual había pertenecido tradicionalmente. Pero esto tendrá que llevarse a cabo sin que se pierda la importante expansión hacia el Este, ocurrida durante la integración con la Unión Soviética y el COMECOM (que hoy está desmantelado, pero que tendrá que ser parcialmente reconstruido).

Para Alemania, esta situación resultaba muy favorable. Se abría un gran mercado en la Europa Occidental y otro, más grande aún, en la Unión Soviética; estos mercados podían ser conquistados mediante las inversiones en el Este europeo, para penetrar dentro de la antigua Unión

Soviética. ¿Se logrará esta integración en el “corazón del continente”, el *heartland*: de la Europa del Canal de la Mancha a Vladivostock, una Europa mucho más vasta que la que había concebido Charles de Gaulle? ¿Significará la consolidación de la hegemonía euroasiática y la declinación de las potencias marítimas, sobre todo Estados Unidos? La alianza entre Francia, Alemania y Rusia contra la aprobación de la invasión a Irak en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas habrá sido, tal vez, una primera manifestación del potencial de esta estrategia euroasiática, en la que China participa parcialmente, mostrando su simpatía a las oposiciones de la tríada europea.

La respuesta es la siguiente: esta perspectiva sólo es parcialmente válida.

Hoy en día, la globalización de la tecnología está creando nuevas condiciones geopolíticas basadas mucho más en la educación, la capacitación, la investigación y el desarrollo, la tecnología avanzada (especialmente militar y espacial) en el antiguo espacio soviético; lo cual creará, a su vez, un nuevo poder económico, social, político, militar y cultural, nunca antes conocido por la humanidad. Es muy difícil prever el efecto de esta alianza en la evolución de la humanidad. En todo caso, desestabilizará por completo la hegemonía de Estados Unidos.

Pero en un período de transición se solicitará la colaboración de Estados Unidos, y las fuerzas locales europeas (incluyendo a Rusia) aceptarán una posición secundaria en una coalición mundial de fuerzas bajo la hegemonía de Estados Unidos (lo que llamamos hegemonía compartida); al final de un período de crecimiento económico y de concreción de esas tendencias virtuales, esa hegemonía se verá amenazada, y sólo una mentalidad renovadora, una ideología y una acción “planetarias”, permitirán lidiar con el enorme desequilibrio que ocurrirá entonces.

La Unión Soviética: ¿“un perro muerto”?

Se considera actualmente que la experiencia histórica de la Unión Soviética fue un “desastre” político y económico, que se acabó como régimen económico, como sistema político y como federación de naciones. Conclusiones fáciles que son fruto de una propaganda muy

superficial. La prensa mundial mantiene una “Guerra Fría cultural” que impide un conocimiento real de acontecimientos, tendencias y situaciones globales.

La Unión Soviética no es un “perro muerto”. Hay que considerar que la unión administrativa y política que sucedió al antiguo imperio ruso sigue estando viva bajo ciertas formas que aún no se consolidan, como la CEI ampliada, y que influenciará decisivamente la evolución de la economía y del sistema mundial en las próximas décadas. Lo que sí está muerto (desde 1954, y definitivamente) es el estalinismo como doctrina política y sistema ideológico. Lo que también se acabó (desde 1967, cuando Estados Unidos empezó a perder su hegemonía a nivel mundial) fue la Guerra Fría que, con el complejo industrial, militar y de las fuerzas de la derecha norteamericana, significó la capacidad de dirigir la diplomacia internacional. El estalinismo no fue el inventor de la Guerra Fría. Al contrario: Stalin fue el dirigente soviético que más apoyo logístico y financiero recibió de los líderes occidentales, entusiasta y claramente durante la Segunda Guerra Mundial, y también durante la “purga estalinista” de 1935, cuando la prensa occidental dio cobertura y justificó los juicios de Moscú que asesinaron “legalmente” al liderazgo bolchevique de la Unión Soviética.

Después, Stalin fue presentado como un monstruo por la prensa occidental de la postguerra y como parte de la Guerra Fría. Y la Guerra Fría fue, en parte, una contención interna y externa (según los acuerdos de Yalta) del ejército soviético en Europa y Asia (y aún así, no se pudo impedir las revoluciones china y yugoslava, entre otras).

Pero fue también un instrumento de consolidación ideológica para la influencia y la hegemonía de Estados Unidos en el mundo “occidental cristiano” (incluyendo a Japón, que nunca se integró al mundo “cristiano” y “occidental, como tampoco otras regiones asiáticas). Pero la Guerra Fría fue también, en parte, un justificativo para el militarismo norteamericano (y su contrapartida soviética, que utilizó el estalinismo como apoyo ideológico), dando origen a lo que Eisenhower llamó “complejo militar industrial”, que alimentó e impulsó las políticas norteamericanas hasta el fracaso de la Guerra de Vietnam. Y ese interés fue retomado por el gobierno de Reagan, parte del gobierno de Bush padre y, posteriormente, el gobierno de Bush hijo.

El actual complejo militar se desarrolló en un nuevo nivel de investigación postindustrial y de desarrollo de un complejo militar altamente sofisticado y profesional que mostró su eficacia (¡y sus límites!) en las dos

Guerras del Golfo, y en el bombardeo y la ocupación de Kosovo y Afganistán. La política de Reagan se basaba en la tesis de la CIA según la cual el crecimiento de los gastos militares obligaría a la Unión Soviética a un esfuerzo militar que le era imposible hacer. Por ende, esta se vería confrontada a una escasez económica y a una crisis política nacional que destruiría su poder militar y económico. La tesis de la CIA, expuesta a fines de los años setenta, era correcta, excepto en un punto: la capacidad del liderazgo soviético —con el apoyo de un gran número de fuerzas a escala mundial, y específicamente en Estados Unidos— para tomar la iniciativa de una política mundial antimilitarista y abdicar de sus expansión militar, política y económica a nivel regional y mundial. El liderazgo de la Unión Soviética pudo escapar muy rápidamente de la trampa, armada por Reagan, de una repetición de la Guerra Fría, y creó una nueva situación internacional dentro de la cual, en definitiva, Rusia tiene un lugar en la economía mundial (como quisieron todos sus líderes, desde Lenin hasta Gorbachev, pasando por Bujarin, Stalin, Jruchev, Brejnev, y sus opositores, Trotsky, Beria o Andropov).

Pero, para comprender lo que ocurrió en la Unión Soviética, hay que acabar con la confusión ideológica y “propagandística” que envuelve y oculta el sentido real de su experiencia histórica. La ideología antisocialista, tendía a identificar el socialismo con los problemas históricos de la economía y las políticas soviéticas. Pero los prosocialistas tenían la intención de identificar las “traiciones” que la práctica del socialismo “real” representó para el “verdadero” socialismo. Por su parte, el estalinismo, una de las construcciones ideológicas más monstruosas de la historia, también llamado erróneamente marxismo-leninismo, buscaba convertir la racionalización de esa experiencia histórica en una doctrina oficial filosófica, económica y política cerrada.

El concepto de leninismo fue creado por Stalin en 1926, en su famoso artículo: “Principios del leninismo”. Lenin nunca se habría identificado con el ejercicio escolástico del pensamiento político de ese artículo y de lo que vino después. Otros seguidores de Lenin, como Trotsky, Zinoviev, Kamenev y Bujarin, fueron eliminados por Stalin.

Para estudiar la experiencia de la Unión Soviética fuera de este contexto ideológico —y científicamente irrelevante—, habría que empezar por aclarar muchas “no verdades consensuales”.

1. “El período posterior a la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por una confrontación bipolar entre dos superpotencias: Estados Unidos y la Unión Soviética”. Esta es una no-verdad absoluta, convertida en verdad incuestionable. En 1917 y todavía en los años cincuenta, la Unión Soviética era un país atrasado, esencialmente rural. Al final de la Segunda Guerra Mundial, pese a su victoria militar sobre Alemania, era un país destruido por la invasión nazi (veinte millones de soviéticos muertos, las ciudades y gran parte de los campos arrasados, enormes gastos militares, etcétera), no tenía la bomba atómica (sólo la tuvo en 1952, con la ayuda del espionaje industrial en Estados Unidos e Inglaterra) y, por ende, se veía completamente limitada en lo estratégico por el poder militar norteamericano y británico.

La Unión Soviética sólo empezó a ser una tecnología “independiente” (no alternativa) en 1958, cuando dio inicio a la tecnología espacial con el Sputnik. De 1960 a 1985, la Unión Soviética tuvo un fantástico desarrollo tecnológico, industrial, científico, social y urbano, que eliminó todas las bases geopolíticas y sociales del estalinismo. Se estableció un equilibrio militar con Estados Unidos (con un elevado costo social, tal como lo había pronosticado la CIA). Se estableció también un enorme aparato científico condicionado por las inversiones bélicas, que agotaron su energía científica y tecnológica debido a la necesidad de competir en varias y dispendiosas actividades avanzadas de la ciencia y la tecnología, como consecuencia del boicot del COMECOM a la transferencia de tecnología militar existente hacia la Unión Soviética, y en virtud de la Guerra Fría en general.

En ese período —de 1950 a 1985—, la población de la Unión Soviética se hizo mayoritariamente urbana, desarrollándose una estructura de empleo muy peculiar con respecto a las economías capitalistas (una clase trabajadora más numerosa que la de los países occidentales, una población científica, intelectual y artística también mayor, una limitada población dedicada a los emprendimientos, el comercio y las finanzas,

una enorme población de burócratas no sólo en el sector público y en el privado, como en Occidente, sino también en el Partido Comunista, convertido en un clon burocrático del Estado).

Todos esos cambios convirtieron el edificio ideológico del estalinismo en un vacío fantasmagórico. El estalinismo, que comenzó su desarrollo a mediados de los años veinte, era la ideología del “socialismo en un sólo país” y, después de la Segunda Guerra Mundial, del “socialismo en una sola área”. Trataba de justificar y defender el modelo de acumulación primitiva socialista que se desarrolló en la Unión Soviética como un modelo intrínseco, exclusivo y deseable, del socialismo. Sus dificultades resultaron del atraso, la presión externa, y el consecuente aislamiento interno. Su forma necesariamente autoritaria y despótica fue convertida en aspectos positivos y necesarios del socialismo.

Cuando esas condiciones geopolíticas fueron suplantadas por el desarrollo industrial y científico, y por el equilibrio internacional, político y militar, la doctrina estalinista y su permanencia política se convirtieron en un dinosaurio histórico, opresivo e insostenible. Esto significa que, hoy en día, Rusia y los pueblos de la antigua Unión Soviética están desarrollando un nuevo sistema político y socioeconómico, que consiste en un ajuste entre su experiencia histórica y su estructura ideológica (una fusión entre el absolutismo ortodoxo y la modernización esclarecida aunque, durante un período, esta haya adoptado la forma de un pensamiento económico, político, social e intelectual “marxista”).

Si se interpreta la actual situación de esta región como una consecuencia del fracaso de un sistema económico, como sigue haciéndolo la prensa de la Guerra Fría (con tremendos efectos intelectuales), no entenderemos nada de lo que está ocurriendo en el mundo.

2. Se dice que la “revolución” de 1989 en el Este europeo fue un movimiento antisoviético que ocurrió en contra de la voluntad y los objetivos soviéticos. Esta es otra idea completamente equivocada. Los sentimientos antisoviéticos y antirrusos no eran novedad en esa región.

Pero lo que sí era absolutamente nuevo en 1989 fue la determinación, el deseo político y la acción de los liderazgos de la Unión Soviética (a través del partido, del gobierno y, sobre todo, de la acción de la KGB) para aniquilar el Estado burocrático (creado, alimentado y apoyado por

las fuerzas de ocupación soviéticas) en esos países, bajo el nombre de Partidos Comunistas. Las fuerzas sociales que presionaron en esa dirección eran muy fuertes y claramente mayoritarias después de la elección de Yeltsin como diputado por Moscú. ¿Cuál era su argumento?

Para una gran parte de los rusos (principalmente los rusos europeos), la Unión Soviética, el COMECOM y el internacionalismo proletario eran un contexto político desfavorable para Rusia. Los campesinos rusos habían sido obligados a pagar por la acumulación primitiva que permitía el desarrollo y la industrialización de las regiones más atrasadas de la Unión Soviética.

Según la opinión rusa nacionalista, después de la Segunda Guerra Mundial el precio de la reconstrucción del Este europeo también fue pagado por la industria rusa, obligada a adquirir los productos de mala calidad tecnológica de esas regiones, en nombre de una división socialista del trabajo. Rusia no tenía el superávit imperialista que había enriquecido a Gran Bretaña y a la Europa occidental. Al contrario, se veía obligada a pagar por el desarrollo de las regiones más atrasadas de la URSS, del Este europeo, de Cuba, de Vietnam y, más recientemente, de África y Afganistán. Estos gastos, agregados a los gastos militares destinados a la defensa del país contra el bloqueo económico capitalista y el cerco militar occidental, habían producido una situación de pobreza y atraso por la que los rusos europeos se negaban a seguir pagando. El renacimiento de la Iglesia ortodoxa rusa, el resurgimiento de la antigua monarquía rusa, la cercanía a Europa y, particularmente, la posibilidad de integrarse a la Unión Europea, todo ello creó una matriz ideológica para la idea de “liberarse del Este europeo”. ¿No más canjes directos ni pagos en monedas devaluadas, no más petróleo subsidiado, no más importaciones obligatorias de productos del Este europeo! ¿Y sí a la posibilidad de comprar en la Europa occidental, en Estados Unidos, en Japón, o cualquier otro lugar! ¿Sí a la libertad de comercio! ¿Por qué no? Esas cuestiones se agudizaron. Y rebasaron esos límites. ¿Por qué no regímenes liberales, parlamentarios, democráticos, que tan bien funcionan en Europa, Estados Unidos y Japón? ¿Por qué no un sistema de partidos similar al de Europa, para permitir que Rusia se vuelva parte integrante de ese continente? ¿Por qué no incorporarla a la Comunidad

Europea? Es evidente que las conquistas sociales de la Revolución rusa deben mantenerse. ¿Pero cómo? ¿Y la especificidad rusa? ¿Y su religión ortodoxa? ¿Y su herencia cultural asiática? ¿Y su perspectiva histórica? ¿Pedro el Grande, San Petersburgo o Petrogrado o Leningrado deberían volver a ser la vanguardia rusa? ¿Y los demás? Obviamente, esos sentimientos rusófilos y proeuropeos exacerbaron los conflictos nacionales en la Unión Soviética. Los rusos empezaron apoyando las reivindicaciones independentistas de los países bálticos, países pequeños, anexados a disgusto a la Unión Soviética en los años treinta.

Fueron las puntas de lanza ideales para redefinir a la Unión Soviética de forma más favorable para Rusia. Por eso, en 1990 se dio esta extraña situación: un plebiscito para decidir el destino de la Unión Soviética mostró el centro del “imperio” votando por su disolución y la “periferia” votando por su conservación. Lo cual evidenciaba que la retórica rusa correspondía quizás a una realidad. El imperialismo soviético era contrario a los intereses del centro (Rusia). En cambio, una Rusia independiente, una relación con Estados nacionales “independientes” de la Unión Soviética podía quizás explotar esos países y ampliar sus bases de acumulación de capital.

Así, la dependencia del Este europeo y el fin de la Unión Soviética no fueron producto de una oposición externa sino, muy claramente, del deseo político y los movimientos culturales, económicos y sociales internos. Puede decirse lo mismo sobre la evolución democrática de Rusia, que fue planificada por la KGB siguiendo el modelo de una democracia cristiana o un partido populista, por una parte y, por otra, una socialdemocracia o un partido socialdemócrata, y tal vez un pequeño partido liberal prooccidental en el centro. Pero estos proyectos artificiales no se realizaron. Lo que existe en Rusia hoy en día es una amplia coalición de fuerzas nacionales-populistas que apoyan al presidente Putin, y un fuerte Partido Comunista ruso profundamente nacionalista. El resto de la antigua Unión Soviética (excepto los países bálticos, Ucrania y Bielorrusia) tiene una orientación mucho más populista o socialista. Por ello, todavía es difícil saber qué tipo de acuerdo es posible entre los países independientes (CEI). Es necesario que todas esas fuerzas balanceen su poder para establecer una estructura política común.

Esta nueva Unión Soviética (CEI) no estará directamente ligada al Tercer Mundo, por las razones expuestas, excepto en algunos puntos importantes. Actualmente, la ex Unión Soviética (hoy CEI) es un importante productor de materias primas y minerales (sobre todo oro y petróleo), y no puede ignorar el interés de los países del Tercer Mundo en obtener mejores precios para esos productos básicos. El intento ruso de acercamiento a Arabia Saudita, en una política petrolera común con la OPEP, fue una de las razones para que Estados Unidos adoptara una línea dura contra la invasión de Irak en Kuwait. Era necesario marcar una fuerte presencia norteamericana en el área para frenar ese posible acuerdo.

Rusia también es un comprador de productos agrícolas del Tercer Mundo, principalmente de Argentina, pagando precios mejores que los europeos y los norteamericanos. Así, puede establecer buenas relaciones con las políticas económicas del Tercer Mundo, obteniendo una importación de alimentos más diversificada y a mejor precio.

Además, la CEI ha disminuido la ayuda que prestaba la ex Unión Soviética a los países subdesarrollados, ya en el ámbito militar, ya en otros campos. El caso de Cuba ha sido considerado como especial, en virtud de la relación histórica entre esa isla y la Unión Soviética, y de su posición geopolítica, cercana a Estados Unidos. Pero esta relación especial no ha sido permanente. En verdad, Yeltsin tuvo una línea de alejamiento con respecto a Cuba. Para el antiguo ejército soviético que, en cierta forma, sigue existiendo, no fue esta la mejor opción política.

La nueva Comunidad de Estados Independientes (CEI) que, en parte, surgió de esos ajustes, tendrá que desplegar sus mejores esfuerzos para integrarse con Europa, especialmente con Alemania, y para acordarse con Estados Unidos. Pero esta estrategia rusa tendrá que ser corregida por la realidad: las fronteras asiáticas de la CEI tendrán gran influencia en esa evolución. Las relaciones con India, China y Japón, y el desarrollo de Siberia crearán un nuevo contexto geopolítico para Rusia (y para Europa, que ve en esas fronteras rusas la extensión de sus propias fronteras). Se espera que la sabiduría geopolítica europea compense la falta de habilidad de los rusos.

Pero Europa (y, en particular, Alemania) no pierde de vista la parte islámica de la ex Unión Soviética, muy importante para el Medio Oriente. Esas regiones son potencias petrolíferas y países islámicos, dos ventajas geopolíticas que los rusófilos, en su eurocentrismo miope, no logran percibir.

Una alta tecnología militar y espacial, uno de los mayores aparatos científicos del mundo, unas fronteras cruciales, unas materias primas básicas, una población educada en el proceso de modernización, una formación cultural sólida, todo esto hará de Rusia y de la CEI una pieza importante en el futuro. El haber obtenido gran parte de esas ventajas en poco tiempo, y el hecho de que muchas de esas conquistas se inspiraron en un régimen social y una visión filosófica postcapitalista, es también un factor muy positivo, aun cuando se trate de ignorar los cambios ocurridos, en virtud de un movimiento histórico dialéctico contra su pasado reciente. La reconstrucción del Partido Comunista como primera fuerza política individual en Rusia es un buen ejemplo de ello, pese al carácter muy particular de su postura ideológica que difícilmente se aproxima a cualquier contraparte europea.

En esta nueva fase histórica, Rusia y la CEI no serán un sustituto de Estados Unidos. Tampoco la antigua URSS había logrado ser una fuerza hegemónica mundial, y aceptaba compartir la hegemonía de Estados Unidos a escala mundial. Pero en los próximos veinte o treinta años, avanzará mucho y ocupará (en alianza con Europa y, sobre todo, con Alemania) una importante posición en la formación de una nueva sociedad mundial. Tal vez lo que queda de su estructura económica no privatizada, su orientación científica y tecnológica hacia la industria espacial, sus vínculos históricos con el pensamiento filosófico dialéctico (aunque deformado por la versión soviética dialecto-materialista del marxismo), y los elementos humanistas de la formación cultural de su pueblo, serán factores decisivos para el avance de un enfoque planetario basado en un análisis del sistema y de la economía mundiales. Esos elementos ya están presentes en su nueva política internacional, que pasó por varias y confusas fases antes de insertarse en una perspectiva nacional-populista que se nutre de una larga tradición histórica.

¿Existe todavía el Tercer Mundo?

La idea de un Tercer Mundo fue producto del proceso de descolonización ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial. La decadente Gran Bretaña y las naciones europeas abrieron su espacio colonial a una nueva y competitiva dominación económica, bajo la hegemonía de Estados Unidos. En otros países, los movimientos democráticos y nacionales que crecieron después de la Primera Guerra Mundial y durante la crisis de 1929, generaron nuevos estados-naciones con ambiciones de autonomía, y produjeron una nueva subjetividad histórica capaz de elaborar un pensamiento alternativo al liberalismo. Al mismo tiempo, ante los embates de la Guerra Fría, muchas de estas naciones emergentes vieron en la Unión Soviética un poder alternativo al imperialismo.

Este cuadro global produjo un modelo ideológico mundial. Esos nuevos movimientos en Asia y en África coincidían con la cultura nacionalista, democrática y antiimperialista latinoamericana.

Aunque los países de las antiguas regiones coloniales latinoamericanas se hayan independizado y establecido como Estados nacionales a principios del siglo XIX, no pudieron asegurar su independencia económica y se vieron sometidos a una condición económica semicolonial o dependiente, primero por Gran Bretaña y después por Estados Unidos, lo que afectó también su independencia política. En consecuencia, es natural que los países latinoamericanos, o mejor dicho, sus movimientos nacionaldemocráticos, dieran su apoyo a los movimientos independentistas asiáticos-africanos. Estos intereses comunes llevaron a la creación de la Organización Trilateral como una militante instancia revolucionaria que se articulaba con el Movimiento de los No Alineados en tanto organización de los Estados nacionales emergentes. La Conferencia de Bandung de 1955 unificó los liderazgos afroasiáticos bajo la influencia de la experiencia socialista yugoslava y según la concepción de Tito de una articulación internacional contraria a la Guerra Fría.

La aceleración del proceso de descolonización, después de la Conferencia de Bandung, estimuló la creación de varias organizaciones y movimientos bajo la inspiración de un nuevo orden mundial. La oposición a la Guerra Fría y la afirmación de la posibilidad de paz mundial

fueron los principios mayores de esa nueva estructura ideológica. La conceptualización de los términos negativos de intercambio en el comercio mundial fue una contribución objetiva de América Latina a ese movimiento, que llevó a la formación del Grupo de los Setenta y siete y a la creación de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo).

La ideología, o la perspectiva, o el enfoque del Tercer Mundo se estructuró a partir de factores tales como la crítica a la dominación monopolista internacional, al papel de las empresas multinacionales, en conflicto con los objetivos de los Estados nacionales. Por otra parte, estaban las propuestas de desarrollo nacional autónomo y la afirmación del derecho internacional fundado en la autodeterminación.

No es este el espacio para criticar esa ideología y señalar sus posibilidades y límites históricos. A estas alturas de nuestro análisis, es importante constatar que esa estructura ideológica se hizo tan consensual y mayoritaria que fue incorporada por puntos de vista completamente opuestos, como el liberalismo y el marxismo. Ambos tenían en común el hecho de ser, por naturaleza, internacionalistas y cosmopolitas. Esos nuevos paradigmas ideológicos han puesto en evidencia el vacío de estas doctrinas universalistas en cuanto a su concepto de humanidad, totalidad, globalidad e universalidad, y las obligan a aceptar cada vez más una concepción pluralista de humanidad, mundo, desarrollo, etcétera.

Como resultado de esos movimientos históricos y de la presencia mundial de esas nuevas fuerzas económicas que han creado una nueva subjetividad, la estrategia mundial debe modificarse. Tiene que admitir la hipótesis de la generalización del desarrollo, de la democracia, del igualitarismo, para todas las naciones, todos los pueblos, todos los grupos étnicos, todas las minorías, etcétera. En 1968, todos los subjetivismos convergieron hacia un nuevo contexto ideológico, global, radical, a nivel económico, político e ideológico. Pero esa nueva estructura general era muy abstracta para generar de inmediato un nuevo paradigma histórico.

Los años setenta se caracterizan por el surgimiento de un mundo completamente nuevo: nuevos movimientos sociales desafiaron la esencia del sistema mundial y los principios económicos, políticos e ideológicos en

los que se basaba; la Unión Soviética estableció un equilibrio militar con Estados Unidos, y superó al poderío militar europeo hasta llegar a una crisis geopolítica e ideológica que llevó a su disolución bajo su forma revolucionaria; el cártel petrolero de la OPEP fijó nuevos precios y generó un gran superávit de recursos financieros y monetarios (los petrodólares), desarrollando nuevas potencias militares y económicas en el Medio Oriente y en el Golfo Pérsico, Estados Unidos fue derrotado militar e ideológicamente en Vietnam; Europa y Japón ganaron una relativa independencia estratégica y política en el sistema mundial, basándose en un creciente poder económico; los nuevos países industrializados surgieron como importantes potencias económicas, pero también como nuevas fuentes de voluntad política y poder estratégico; India y China desarrollaron sus propias concepciones estratégicas como potencias nucleares.

Todos esos hechos indican una creciente complejidad del sistema mundial y un fortalecimiento de los agentes políticos y sociales a nivel local y a nivel internacional. En esa nueva realidad, los países del Tercer Mundo han ganado una nueva posición que, durante los años setenta y ochenta, se tradujo en las conferencias Norte/Sur y, en los años noventa, en una nueva perspectiva de regionalización del mundo.

Para enfrentar ese nuevo desafío, en los años setenta se concibió una estrategia trilateral, cuyos elementos básicos aún sobreviven. Buscaba coordinar las tres regiones básicas del Norte (Estados Unidos, Europa y Japón) ante el desafío representado por el Tercer Mundo y el apoyo socialista que recibía. La Unión Soviética, que era hostil a una estrategia del Tercer Mundo en los años cincuenta y sesenta, comenzó a cambiar su posición en los años setenta, promoviendo una acción común con la OPEP, el nuevo orden mundial internacional, el Movimiento de los No Alineados, el Grupo de los Setenta y siete, la UNCTAD, el nuevo orden de información internacional de la UNESCO, etcétera. Estos nuevos poderes internacionales modificaron completamente la correlación mundial de fuerzas, y obligó a la adopción de una nueva estrategia en el centro. La revolución iraní mostró el potencial aún existente en el Tercer Mundo.

Para las potencias hegemónicas, quedó claro que los objetivos tácticos y estratégicos debían ser “corregidos” en su esencia. Estados Unidos tenía que ser más activos y agresivos para restablecer su hegemonía.

Esta nueva estrategia se inició con la nueva política económica y diplomática de Reagan, con miras a restaurar el crecimiento económico y el liderazgo norteamericano a nivel mundial. Pero el costo de esa política fue un déficit fiscal cada vez mayor, un enorme déficit en la balanza de pagos, y una deuda internacional de Estados Unidos simplemente colosal. La consecuente debilidad del dólar fue encubierta por altas tasas de interés, que atraían capitales hacia Estados Unidos pero no lograban impedir la merma de la producción industrial (desindustrialización) y de la productividad en sectores claves. El precio del mantenimiento del dólar y del poder de consumo de Estados Unidos fue la fragilidad económica estructural norteamericana. Su poder se basó entonces en el déficit fiscal que, al mismo tiempo, produjo un acentuado declive financiero a fines de los años ochenta. Pero el déficit fiscal financió principalmente la recuperación tecnológica y el poder militar.

Esta política económica voluntarista se completó con una diplomacia que restringió el papel de las instituciones multilaterales e internacionales para favorecer la libre acción de Estados Unidos. Al mismo tiempo, una estrategia militar agresiva mediante guerras de baja intensidad generó el deterioro económico y moral de los regímenes revolucionarios. Pero también fortaleció un aparato clandestino dentro de Estados Unidos.

Esta política tuvo un impacto importante en el Tercer Mundo. Antes que todo, acentuó la división entre los países con recursos, que se apoyaron en la exportación industrial y los antiguos exportadores de productos primarios. También generó una división entre los exportadores industriales y los países industriales orientados al mercado interno, mientras que se marginaban cada vez más las economías basadas en las exportaciones de las decaídas materias primas y los productos primarios.

Los exportadores mundiales beneficiados resultaron ser los países positivamente favorecidos por el crecimiento del mercado norteamericano, basado en el déficit fiscal y la consecuente recuperación mundial de 1983-1988. Entre esos países, se destacaban los "Tigres Asiáticos", que no tenían grandes deudas externas y podían utilizar el superávit comercial obtenido en esas circunstancias, a fin de reestructurar sus industrias (como ocurrió en Corea del Sur, Singapur, Hong-Kong y Taiwán). La

situación de los exportadores latinoamericanos, como Brasil y México, fue diferente: utilizaron sus superávits comerciales para pagar los intereses de sus deudas externas y para otras transferencias de recursos hacia los países desarrollados, profundizando su proceso de debilitamiento económico, deterioro social y empobrecimiento general.

Algunos exportadores tradicionales de productos primarios de mejor mercado, como Argentina, también tuvieron un enorme superávit comercial externo, que fue utilizado para pagar los intereses de la deuda externa y para financiar las inversiones extranjeras ilegales de los argentinos. En ese período, era tan alto el volumen de intereses de los emprendimientos extranjeros, sin nuevas inversiones en la región, que la transferencia de los intereses generados en estos países periféricos para los países desarrollados creció mucho más que en cualquier otra fase de la historia.

La situación de los exportadores tradicionales era aún peor, debido al deterioro de los acuerdos comerciales y de los precios más bajos de los productos primarios. Al mismo tiempo, el superávit comercial era inmediatamente transferido al exterior, para pagar intereses de débitos ficticios. Si a esa grave situación se agrega la lógica de destrucción de las antiguas economías rurales que, por lo menos, se autosustentaban, se comprende por qué estas quedaron completamente arruinadas por la caída de los precios de los productos alimentarios y de las materias primas (debido a los excedentes agrícolas, a los subsidios agrícolas aceptados en la Ronda Uruguay, y los cambios tecnológicos en el sector). Si se consideran las alternativas mercantiles para las inversiones o actividades económicas locales, se completa el cuadro de la marginación de estos países del mercado mundial.

Ambas lógicas afectan negativamente los países industrializados del Tercer Mundo (como India, Brasil —en parte—, y otros) que tienen importantes mercados nacionales, una población en constante crecimiento, pero no pueden especializar sus parques industriales sólo para la exportación y para productos de alta tecnología. Esta abertura a una producción competitiva (que los países pequeños y orientados a la exportación, como Chile, Hong-Kong o Singapur pueden hacer) resulta más viable para los países que pueden disminuir en forma draconiana su aparato productivo sin marginar una gran cantidad de personas. Los

que dan continuidad a su proceso de industrialización ven amenazada su capacidad de generar empleos. Las nuevas tecnologías, orientadas hacia la industrialización, tienen poca capacidad de resistencia en el mercado internacional, y sus efectos en la generación de empleo son muy restringidos, cuando estos países se ven sometidos a aberturas indiscriminadas de mercado, practicadas por una nueva generación de políticos comprometidos con la intermediación de los movimientos de capitales internacionales ampliados en el período.

Hasta los casos más positivos de dependencia de la exportación industrial basada en el crecimiento del mercado internacional (las nuevas economías industriales), se vieron confrontados con la creciente masa de población marginal (que viene de los sectores en declive, principalmente remanentes de la economía de autoconsumo, y producto de las altas tasas de nacimiento entre las poblaciones más pobres), cada vez más concentradas en los grandes centros urbanos (megalópolis) del Tercer Mundo.

La marginalidad interna, el aparato productivo restringido, y las pocas oportunidades de trabajo para personas escolarizadas de la clase media, hacen que estas personas emigren hacia países desarrollados, acentuando la desigualdad mundial, el foso entre países desarrollados y subdesarrollados, y las contradicciones Norte/ Sur.

Muchos analistas del escenario internacional pensaban que esa contradicción dominaría los años noventa. Esto no era tan evidente porque la "hegemonía compartida" también se veía afectada por graves conflictos internos. Al contrario, se hizo normal que todos los países desarrollados trataran de contener los clamores del Tercer Mundo por compartir las riquezas de los países desarrollados, y principalmente las aspiraciones de importantes potencias del Tercer Mundo a participar en la definición de la política mundial.

El precio de la exitosa contención del desarrollo en el Tercer Mundo fue el aumento de la marginalidad y un gran desequilibrio mundial que pone en peligro todas las intenciones de crear un orden mundial estable.

Abandonadas y marginadas, las masas del Tercer Mundo apoyarán cada vez más las religiones mesiánicas y fundamentalistas o los movimientos étnicos o nacionalistas.

Una creciente democracia en esos países abrirá camino para que esas masas vivan entre la aspiración al consumo moderno —estimulada por los medios de comunicación y por el contrato con los mercados urbanos— y el hecho concreto de su marginación, su empobrecimiento y hasta su miseria. Un profundo vacío espiritual está conformando esas masas urbanas desempleadas (que también incluyen importantes segmentos de las poblaciones de los países desarrollados), y la forma de protesta contra esa situación será un profundo rechazo a la modernidad, pues se estimulará un tipo de rebeldía sin objetivos históricos claros.

Algunos sectores de esas masas también pueden ser utilizados por los crecientes sistemas millonarios delictivos, principalmente la droga, el contrabando, las actividades sexuales clandestinas, la prostitución, el robo, el asalto y otros crímenes que están desarrollándose en esa contradictoria situación mundial. Ciertamente, ese mundo del crimen es una vía de escape y hasta de mejoría del nivel de vida para los individuos más inteligentes en ese vasto mundo marginal o semimarginal. La valoración de la “economía informal” es el resultado de una falla del capitalismo para prevenir ese tipo de fenómeno. La economía informal no es sino una forma organizada de esa marginalidad creciente, en sus diversos niveles y fases. Mientras esa masa marginada se vea reducida a la miseria y al hambre, no hay grandes peligros para el sistema. Pero cuando esta masa empiece a armarse y a organizar una criminalidad poderosa, representará un desafío.

Para medir el alcance de la intervención del crimen organizado en la economía, la política y la dimensión espiritual del Tercer Mundo, basta constatar que los países vinculados a la droga, los que abren su sistema económico a la economía de las drogas (como Bolivia, Colombia, México, Tailandia, etcétera), son ejemplo de recuperación económica en el Tercer Mundo.

También está claro que habrá que utilizar la fuerza y la violencia para tratar de corregir tan negativa situación. No sólo los movimientos revolucionarios y las oposiciones políticas, sino también y sobre todo las acciones gubernamentales, se opondrán a esas condiciones de marginalidad mundial. La lucha de Irak para mantener una estrategia internacional independiente —incluso bajo la ocupación norteamericana y de las Naciones Unidas— es similar a lo que intentaron los regímenes militares fascistas

argentino y chileno de los años setenta y ochenta en el sentido de mantener su propia estrategia militar. El Irán de los ayatolás, el intento pakistaní de producir su propia bomba nuclear, la ideología militar brasileña (“Brasil, gran potencia”), o la aspiración de India de convertirse en una potencia nuclear mundial, o también la decisión de China de constituir una nación tecnológicamente independiente, etcétera, son expresiones diferentes pero convergentes del descontento ante un orden mundial que excluyó a esos pueblos y naciones del poder de decisión mundial.

Las peligrosas políticas de poder, orientadas aún por un eurocentrismo y un racismo históricamente superados, que tratan de ignorar al Tercer Mundo y se rehúsan a abrir el espacio institucional para que este participe en el orden mundial, acentúan esos tipos de reacción y no propiciarán el equilibrio y la paz.

¿Es necesario y posible gobernar un mundo tan complejo?

No sólo una nueva coyuntura internacional, sino también la complejidad del mundo actual, la presencia de nuevos e importantes agentes económicos, sociales, políticos y culturales hicieron que las instituciones existentes después de la Segunda Guerra Mundial se volvieran obsoletas. Estas instituciones se basaban en un mundo postliberal. Al cabo de varios años de crisis económica mundial, se asistía a la victoria de la democracia sobre el fascismo, deteniendo su expansión por el mundo. Al mismo tiempo, el crecimiento de los monopolios y del capitalismo de Estado, particularmente durante la guerra, el surgimiento de una economía socialista central planificada, junto con la expansión y la victoria del ejército soviético en Europa y el poder de resistencia antinazi en varios países, hacían difícil pensar en un mundo regido por la mano invisible del libre comercio. Las instituciones de la post Segunda Guerra Mundial se basaban en la idea de intervención a escala mundial en todos los aspectos de la economía y de la sociedad, para garantizar el pleno empleo y el desarrollo económico. Esas instituciones estaban dirigidas por las potencias vencedoras de la guerra, y particularmente por Estados Unidos, cuya hegemonía económica, militar e ideológica no podía ser cuestionada.

La Guerra Fría fue una sobredeterminación según la cual la Unión Soviética y las nuevas potencias socialistas quedaron excluidas de ese nuevo mundo institucional.

Ambos contextos han quedado completamente superados. Ya no era posible excluir del centro de decisiones a las naciones derrotadas en la Segunda Guerra Mundial, porque Alemania, Japón e Italia se han convertido en potencias económicas, políticas y diplomáticas (y potencialmente militares). Por otra parte, la exclusión de la Unión Soviética, de China y de Corea del Norte era totalmente inadmisibles en virtud de la multiplicación, hasta 1989, de ese tipo de regímenes socioeconómicos alternativos y su creciente poder económico, tecnológico, político, y militar. Por esas razones, las estructuras institucionales de la Guerra Mundial y de la Guerra Fría se tornaron obsoletas. Las fuerzas emergentes que buscaban preservarse han creado nuevas instituciones circunstanciales o transitorias, pero el mundo necesita una estructura institucional aceptable y racional para gerenciar nuevos sistemas y relaciones mundiales cada vez más complejas. El intento de Estados Unidos de imponer un sistema de hegemonía, aun compartida, busca la preservación de toda esta parafernalia institucional, sin una clara racionalidad sistémica, porque son la única nación que puede participar en casi todas las instituciones mundiales y, en consecuencia, tener un poder de influencia global. Por eso, la diplomacia norteamericana desarrolla la tesis de la interdependencia de las diferentes instancias de la política diplomática mundial.

Al mismo tiempo en que la post Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría creaban sus instituciones diplomáticas, la situación postcolonial y sus consecuencias económicas, políticas, ideológicas y diplomáticas creaban también sus propias estructuras institucionales, tales como los grupos diplomáticos, las integraciones, los organismos político-ideológicos como el Movimiento de los No Alineados, influenciando a su vez otras instituciones, y cambiando su naturaleza: es, esencialmente, el caso de las Naciones Unidas y de la UNESCO, así como de muchas otras instituciones globales.

Si es cierto que muchas de esas nuevas instituciones no incluyen a Estados Unidos debido a su naturaleza regional, también es verdad que

los Estados Unidos suelen ser el principal interlocutor o interfaz de esas instituciones. Es interés de Estados Unidos preservar algunas de esas organizaciones y acabar con otras, principalmente el Movimiento de los No Alineados, debido a su amplio alcance, a su poder representativo, y a su autonomía ideológica).

En consecuencia, podemos distinguir cuatro niveles en las estructuras institucionales mundiales, o globales:

- a) Las instituciones de la post guerra mundial, marcadas por la voluntad de los vencedores y por la hegemonía norteamericana.
- b) Las instituciones generadas por la Guerra Fría, marcadas por la oposición entre las organizaciones prooccidente y prosocialismo real.
- c) Las instituciones postcoloniales, con su evolución hacia la confrontación o el diálogo Norte/Sur.
- d) Las instituciones post Segunda Guerra Mundial y post Guerra Fría que quieren evitar el contexto Norte/Sur (en una mágica exclusión de esa realidad), pero que aún no tienen un perfil definido.

A-B. Las instituciones post Segunda Guerra Mundial y post Guerra Fría

El principal producto de la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial fue la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La ONU tenía originalmente dos instituciones básicas: la Asamblea General y el Consejo de Seguridad.

La Asamblea General era una instancia amplia y democrática, con poderes importantes pero limitados. Esa instancia fue decisiva para los cambios del período post Segunda Guerra Mundial. La Asamblea General creó, a su vez, el Consejo Socio-Económico y una gran cantidad de instituciones destinadas a promover el desarrollo económico y social, a través de las cuales los Estados postcoloniales, en alianza con los Estados dependientes latinoamericanos, filtraron sus influencias en el sistema la ONU. La importancia de la Asamblea General tuvo su momento máximo en los años setenta, cuando los países árabes, con el Movimiento de los No Alineados y el apoyo más o menos consistente de

la Unión Soviética y del Este europeo, crearon una sólida mayoría, casi consensual (excluyendo los votos de Estados Unidos, Israel, Suráfrica, Chile, y otras dictaduras nacionales y, en fin, Gran Bretaña y Japón). Sin embargo, ese nuevo contexto de política interna de la Asamblea General no expresaba una correlación real de fuerzas, porque Estados Unidos aún representaba, con el apoyo de Japón y Alemania, una gran potencia económica, política y militar perfectamente capaz de oponerse a lo que Henry Kissinger llamó “dictadura de la mayoría”.

De hecho, durante los años ochenta, Estados Unidos se aisló cada vez más en las decisiones de la Asamblea General, y castigaron las instituciones del Consejo de Desarrollo Socioeconómico boicoteando el presupuesto de la ONU, muy dependiente del dinero norteamericano.

Al mismo tiempo, Estados Unidos abandonó las instituciones globales, como la OIT y la UNESCO, debido a la influencia de la “dictadura de la mayoría”. Hoy en día, la Asamblea General de las Naciones Unidas es una instancia muy vacía de la diplomacia y la política mundial; el Consejo de Desarrollo Socioeconómico todavía sobrevive, pero la importancia de sus instituciones ha quedado muy disminuida.

El Consejo de Seguridad fue el escenario por excelencia de la Guerra Fría. El poder de veto era el principal instrumento de la Unión Soviética, en situación minoritaria hasta la integración de la República Popular de China, en 1972 (Taiwán, satélite norteamericano, había representado a China en el Consejo de Seguridad durante veintisiete años...). China Popular fue incluida en un momento de alianza con Estados Unidos, en un momento de posiciones ideológicas y estratégicas antisoviéticas; en todo caso, representaba una verdadera potencia mundial y no un satélite, como Taiwán. China pasó a representar también los intereses del Tercer Mundo, y creó un problema político para la simple división del mundo entre potencias dominantes.

Pero con el final de la Guerra Fría, el Consejo de Seguridad mostró sus limitaciones: la ausencia de Alemania y Japón daba a esa institución un carácter obsoleto. Con la no representación de nuevas potencias del Tercer Mundo, como India, Brasil, Irán, y otras futuras posibles potencias (Corea unificada, Indochina, Medio Oriente, etcétera), el Consejo de Seguridad se volvió cada vez más irrelevante y objeto de posibles

reformas que no serán definitivas ni concluyentes. Esos límites quedaron en evidencia durante la Segunda Guerra del Golfo, que se llevó a cabo sin el aval del Consejo de Seguridad de la ONU.

Las otras instituciones importantes del período de la postguerra son las instancias económicas del Banco Mundial, el FMI y el GATT, hoy sustituido por la OMC (Organización Mundial del Comercio). Todas presentan actualmente importantes limitaciones:

1. El perfil de los componentes de la Guerra Fría marcó esas instituciones y llevó a la exclusión de la Unión Soviética (una de las fundadoras del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial) y de otros países socialistas (excepto Yugoslavia, debido a su conflicto con la Unión Soviética). El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional se presentaban como expresiones extremas de la economía liberal, cuando en realidad eran todo lo contrario. La economía liberal excluye, por principio, la intervención y la planificación nacionales —y, más aún, internacionales— de los mercados financieros y monetarios. La importancia de una tasa fija de conversión del dólar en oro entró en conflicto con los principios liberales, y eso fue el inicio de una economía mundial planificada y gerenciada. La intervención del FMI para garantizar la liquidez internacional y asegurar el equilibrio económico a escala mundial, no fue una política liberal (ni siquiera cuando propuso e impuso medidas liberales o de “libre negociación” en países del Tercer Mundo). Es absurdo considerar que esas negociaciones tenían que excluir a los países socialistas. La exclusión formaba parte de la política de la Guerra Fría y no de una doctrina económica. Esta situación tenía que ser y está siendo corregida, con alguna resistencia por parte de Estados Unidos, y alcanzó su efectividad en el período de post Guerra Fría. La oposición más dura contra las instituciones económicas multilaterales se origina precisamente en la derecha norteamericana que hoy está en el gobierno, con la presidencia de George W. Bush. Esta considera absurdo financiar con los recursos del Tesoro norteamericano las economías “mal administradas” que generan déficits fiscales y cambiarios debido a la “incompetencia y corrupción de sus líderes”.
2. Otra limitación de esas instituciones económicas es la hegemonía de Estados Unidos. La mayor parte de los votos manejados todavía por

Estados Unidos en el seno del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial van en contra de la realidad: la participación alemana y japonesa habrá de modificarse (la unión de los votos europeos y japoneses sería suficiente para instaurar una nueva mayoría dentro del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial). En la medida en que Estados Unidos despliegue su perfil de actor unilateral, las contradicciones podrán llegar hasta el enfrentamiento por el control de estas instituciones.

Como consecuencia de la incorporación de Rusia y China al Fondo Monetario Internacional (FMI), al Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD) y a la Organización Mundial del Comercio (OMC), habrá que replantear la participación hegemónica de Estados Unidos. Desde 1971, Estados Unidos ha abandonado unilateralmente la conversión oficial del dólar, y ahora hay otra moneda convertible en el mundo: el euro. O, para mayor precisión: hay una competencia entre el dólar aún dominante y el euro y el yen ascendentes; la libra sigue teniendo cierto peso, pero es una moneda regionalizada; el rublo también será una importante moneda regional.

Por ende, actualmente vemos, y seguiremos viendo en las dos próximas décadas, una lucha interna en esas instituciones para reformar sus doctrinas y políticas económicas, para extender sus influencias, y para hacer que sean instituciones realmente globales, revirtiendo su correlación interna de fuerzas.

El GATT y su sucesora, la OMC, representan otro contexto

Aunque aparenta ser el marco del mercado liberal, la OMC es en realidad una estructura de relaciones negociadas de mercado, algo así como unos mercados estatales y oligopólicos conformados por la práctica.

La necesidad de una organización como la OMC viene a ser la más completa demostración de que el libre comercio es una idea totalmente obsoleta. Los negocios mundiales se basan cada vez más en operaciones interempresas y en acuerdos interestatales bilaterales o multilaterales (con “cuotas” y otros mecanismos “liberales” de comercio oligopólico, y repartición o cartelización oficial de los mercados).

La OMC está convirtiéndose en un mecanismo unilateral necesario para ajustar y racionalizar las enormes operaciones oligopólicas estatales. Esto significa planificar las relaciones del mercado mundial, construir el mercado a nivel internacional. Esto es absolutamente lo contrario de lo que sustenta la ideología oficial.

El nuevo período de un ciclo de Kondratiev (que se inició en la segunda mitad de los años noventa) dará origen a un largo período de oscilación principalmente ascendente (y sólo localizadamente descendente), y se necesitará una suerte de equilibrio monetario y financiero que permita una estabilidad de las monedas nacionales, con algún sistema de moneda mundial de referencia. También se necesitará una regulación mundial de la vida económica (relaciones de trabajo, de capitales, y otros mercados) y habrá que proporcionar ayuda y cooperación económica, como mecanismos de “corrección” o “compensación” del creciente desequilibrio sectorial, social, regional, local y mundial. Como el “libre” mercado no es tal, esos mecanismos deben basarse cada vez más en negociaciones y consensos explícitos, en intervención subjetiva planificada por el hombre, aun pagando el costo de nuevas burocracias, de la institucionalización e imposición de las economías poderosas sobre las endeblas, y de las potencias monopólicas sobre las no monopólicas. Así pues, esta nueva institucionalidad será un campo de debate y confrontación de las varias concepciones ideológicas sobre el futuro de la humanidad.

Es evidente que estas regulaciones económicas deben complementarse con una estructura jurídica. La Corte de La Haya no fue una institución importante en el período de la postguerra. Los reglamentos establecidos por la ONU para un gran número de actividades sectoriales y regionales sólo están siendo parcialmente respetados. Hay ejemplos de integración que han sabido establecer una ruptura de las reglas a nivel nacional para crear nuevas reglas a nivel regional, sobre todo en Europa. Es muy posible que en las próximas décadas se registren fuertes tensiones entre los mecanismos reguladores y los instrumentos para aplicarlos.

En este sentido, el problema del ejercicio y el monopolio de la violencia, que es un corolario natural de la soberanía, la ley y la justicia, será objeto de vigorosos debates y escenario de fuertes tensiones.

El sistema de alianzas militares de la postguerra y la post Guerra Fría se ha quedado completamente obsoleto, Se construyó con la intención de frenar la expansión de la Unión Soviética y la instalación de bases militares norteamericanas por todo el mundo. Las bases fueron parcialmente financiadas por las economías locales; y, en particular, la defensa norteamericana de Europa y el Sur de Asia excluyó a Japón y Alemania como potencias militares.

La evolución que se describe en este trabajo destruyó todos los cálculos de los sistemas de seguridad. Primero, la Unión Soviética incrementó intensivamente su poder: de una potencia del Este europeo, sin armas atómica ni tecnología, después de la Guerra Mundial se convirtió en una avanzada potencia nuclear, con influencia y presencia militar en toda Europa (riesgo de finlandización europea), en el Mediterráneo, el Medio Oriente, la península y el océano Índicos el Este y el Oeste de África, el área del Caribe, el Atlántico norte y el Pacífico. Ante el hecho de que su tecnología espacial pudiera darle supremacía militar en el espacio y que sus armas de largo alcance le permitieran alcanzar el territorio norteamericano, se generó una situación de “aniquilación recíproca” o “destrucción mutua asegurada” (MAD), lo cual llevó al desistimiento, al desarme y a la conclusión de aquella competencia nuclear capaz de destruir el mundo.

La política de la Guerra Fría, que colocó a Estados Unidos como el encargado de la defensa europea y asiática, constituía un grave problema.

De Gaulle fue el primero que puso de manifiesto la oposición europea a esa situación. Y la inconformidad de Alemania por la contención de su poder militar fue siempre una realidad más o menos sabida.

A medida que Estados Unidos iba perdiendo la capacidad económica de financiar su ocupación militar mundial, y que Europa recuperaba la suya, quedó claro que la política de la OTAN llegaría a su término y que prevalecería el concepto que tenía De Gaulle con respecto a una Europa unificada desde el Atlántico hasta los Urales. Esto fue aceptado como una determinación geopolítica. La ambición de una Europa unificada se había iniciado con los planes napoleónicos, fue frenada por una pujante Gran Bretaña y por una Rusia feudal, pero revivió con las dos Guerras Mundiales, con la intención reaccionaria nazi de lograr esa unificación

por las armas y con bases anticomunistas y antiliberales. Los nazis fueron repelidos por una Inglaterra decadente, por unos Estados Unidos en auge, y por una Rusia revolucionaria. ¿Quién podría, actualmente, detener la tendencia unificadora de Europa? No será la Rusia postsocialista, que está a favor del “Hogar europeo”. Ni la Gran Bretaña como fuerza completamente decadente, que se opone sin mayor convicción.

Ni Estados Unidos, que ya no tiene el poder hegemónico y sólo puede imponer su participación en ese proceso. Así, el Consejo de Seguridad Europeo consolidará su nueva realidad estratégica, con la permanencia de la OTAN como una alianza decadente.

Entonces, una nueva estrategia militar global, todavía bajo el liderazgo norteamericano, tendrá que integrar al antiguo poder global soviético con un perfil moderado, representado por la CEI con liderazgo de Rusia; a Alemania y Japón que, aunque reprimidas, son potencias regionales ya suficientemente importantes; a los otros centros regionales estratégicos con poder militar, como Inglaterra, Francia, China, India y el Medio Oriente. La actual aspiración de la alianza comercial-burocrática, científica y tecnológica que gobierna en Estados Unidos, a ser una potencia militar universal es un sueño totalmente delirante, ¡una pesadilla! Entre 1990 y 1991, durante la Guerra del Golfo, aparecieron fuerzas internacionales e internas muy poderosas que impidieron tal pretensión.

Aunque no significó el inicio de una nueva era, fue uno de los actos finales de una era superada. El único consenso de la Primera Guerra del Golfo que sobrevivió fue la necesidad de frenar las potencias militares en el Tercer Mundo, representadas por el ejército iraquí y la estrategia de Saddam Hussein. La estrategia de no proliferación de potencias militares nucleares, científicas y tecnológicas puede unificar la “instalación” de la nueva “hegemonía compartida” y, ciertamente, será una fuente de conflicto entre el Norte y el Sur en las próximas décadas. En la Segunda Guerra del Golfo, la unión entre Estados Unidos y la llamada “vieja Europa”, así como con Rusia, no fue posible ni siquiera para lograr el objetivo unitario de frenar la “amenaza” militar de Saddam Hussein, cuando no había pruebas de dicha amenaza. La verdad es que la administración de George W. Bush trató de utilizar ese consenso para justificar sus ambiciones geopolíticas y económicas, sin lograr los resultados esperados.

C. Las Instituciones postcoloniales y la nueva fase del conflicto Norte/Sur

Estados Unidos tuvo un papel muy importante en el proceso de descolonización, dando un fuerte apoyo a los movimientos más moderados de África y Asia, a los nuevos movimientos reformistas y liberales latinoamericanos como la Democracia Cristiana en Chile, el partido Acción Democrática en Venezuela, y muchos otros similares, la estructura institucional que emergió de ese proceso no pudo excluir totalmente a las fuerzas proimperialistas. Pero como Estados Unidos no podía ser presentados como una nación no imperialista, pues habían asumido totalmente el legado de las potencias imperialistas, el movimiento sociopolítico que unificó a las fuerzas postcoloniales terminó excluyendo a esta potencia.

La estructura institucional postcolonial puede dividirse en tres niveles:

1. El nivel estatal económico, político y diplomático, donde encontramos al Movimiento de los No Alineados como la mayor expresión de los intereses del Tercer Mundo, aunque los países de Latinoamérica nos tengan en él una participación muy limitada. El Movimiento de los No Alineados vaciló entre una política más moderada, inspirada en el punto de vista yugoslavo y una versión más radical y prosocialista, inspirada en la concepción cubana. Ciertamente, un socialismo no alineado correspondía a cierta tendencia de los años setenta, a raíz del surgimiento de los regímenes prosocialistas africanos, pero no representaba a la mayoría de los movimientos postcoloniales, en los cuales había una presencia activa de las corrientes nacional democráticas, que se mezclaban con los regímenes reaccionarios en auge durante los años sesenta y setenta.

La radicalización del Movimiento de los No Alineados, en los años setenta, fue de alguna manera responsable de su marginación por parte del poder imperialista y de los medios de comunicación del mundo. El cambio de la política internacional soviética, su extinción, su substitución por la CEI, y la reorientación política del Este europeo, todo esto afectó al movimiento de forma muy negativa.

Pero su coherencia también se vio afectada por la diversidad de intereses entre las nuevas economías industriales asiáticas y los países

acreedores, por la confrontación entre productores y no productores de petróleo, por los intereses de las integraciones regionales, y por las divisiones internas y regionales incentivadas por las guerras de baja intensidad. Y también por las divisiones provocadas por la invasión soviética en Afganistán, por los conflictos locales entre diversos países participantes, por las diferentes orientaciones políticas, y muchas otras cuestiones que sólo podrían ser resueltas en el contexto de una orientación ideológica y estratégica amplia y abierta. El hecho de que el Movimiento de los No Alineados esté menos activo actualmente no significa que esté acabado. Hay suficientes problemas comunes para revitalizar el movimiento en las próximas décadas.

2. La UNCTAD es la expresión más sofisticada de la coordinación estatal entre los países del llamado Tercer Mundo. Esta organización, que forma parte de las Naciones Unidas, es el foro privilegiado para las negociaciones entre el Norte y el Sur. Pero en los últimos años, la UNCTAD también se ha visto afectada por la marginación de las exigencias del Tercer Mundo, a nivel mundial: el hecho de que los países del Tercer Mundo quedaran marginados de la Asamblea General de la ONU fue una de las razones para la creación de este organismo. Y la consolidación de organismos en los que el Tercer Mundo no estaba representado, como el Grupo de los Siete y la Comunidad Europea, generó esta misma reacción. Pero las diferencias internas entre los países del Tercer Mundo fueron un factor importante en el debilitamiento del organismo. Es también muy importante considerar el efecto de los cambios en la economía internacional, desde los problemas del comercio (asumidos casi completamente por la Ronda Uruguay dentro del GATT, hoy OMC) hasta el creciente papel de los servicios (especialmente con la aceleración de la internacionalización financiera en los años ochenta), lo cual obligó a la UNCTAD a renovar su estrategia y su agenda. La UNCTAD fue reactivada por el Grupo de los Setenta y siete, que congrega a 114 países del Tercer Mundo. Ese proceso no ha sido aún completamente controlado por las estrategias diplomáticas nacionales. Es evidente que las actuales alteraciones en la economía mundial forzarán los cambios en el programa de la UNCTAD, en los objetivos y las estrategias del Tercer Mundo, ya anunciadas en el Consenso de Bangkok.

3. Entre esas nuevas tendencias, la más importante es el fortalecimiento de las organizaciones regionales. Esto es consecuencia de la tendencia general hacia el reforzamiento de la integración regional como estrategia principal de transición para la globalización de la economía mundial. Los límites de los mercados nacionales, como escala para los nuevos patrones de producción, llevan a la integración regional, como ampliación más inmediata de los mercados primarios para nuevos productos, o a la reestructuración de los antiguos. Esta tendencia —que se inició formalmente en Europa— fue también puesta en práctica (con bases informales) en las relaciones entre los dragones asiáticos y Japón, y en la integración entre Estados Unidos, Canadá y México, que completan ese movimiento de integración con el esbozo un sistema, el NAFTA. Los países asiáticos tratan de seguir esa tendencia con el refuerzo de la ASEAN (Asociación de las Naciones del Sureste Asiático) en el Extremo Oriente, y con el surgimiento de intentos de coordinación económica en el Asia Central y el Oriente Medio. En América Latina, la integración regional revivió a través de iniciativas regionales y subregionales, entre las que se destaca el MERCOSUR, completada por una integración sudamericana que aspira a la formación de una alianza suramericana encabezada por Brasil. Al mismo tiempo, la diplomacia latinoamericana, siempre tímida y pendiente de las indicaciones norteamericanas, empezó a dar muestras de cierta coordinación política regional, que culminó con la realización de la primera Cumbre Presidencial Latinoamericana en México, en 1991, y la creación de la Cumbre Presidencial Iberoamericana que se reúne anualmente bajo el patrocinio de los países ibéricos y de la Unión Europea. Esta llegó a promover una reunión conjunta con el MERCOSUR y los gobiernos de toda la región, incluyendo el Caribe.

Ante la ofensiva norteamericana para constituir un libre comercio de las Américas (ALCA), la Unión Europea se vio obligada a hacer una propuesta algo más avanzada pero que no estimulara las burocracias diplomáticas latinoamericanas: la integración, y no solamente una unión latinoamericana. Así, se van dando pasos rápidos. En África, los países del Maghreb y la Liga Árabe buscan integrarse bajo la égida de la Unión Soviética, y es de esperar que se produzcan otras iniciativas regionales, especialmente en torno a una Sudáfrica democrática, lo que vendría a cambiar las perspectivas de la región subsahariana.

Mientras los países africanos tratan de agregar una dimensión económica a su coordinación diplomática y política, América Latina tendrá que agregar una dimensión política a las existentes iniciativas de integración económica. La aparición del gobierno de Lula en Brasil es la consagración de este cambio: la unidad latinoamericana se vuelve un objetivo estratégico políticamente asumido. Lo más importante de todo esto es la posición aún confusa de Estados Unidos ante esas iniciativas latinoamericanas: históricamente, estas se han topado con una radical oposición diplomática y militar norteamericana.

El conjunto de estas iniciativas ha creado redes regionales que será difícil destruir y serán parte de una futura red global que reforzará los objetivos teóricos, doctrinarios y prácticos del Tercer Mundo, como expresión del mundo postcolonial y, ahora, asumiendo nuevas formas ante la nueva fase de la post Guerra Fría.

D. Las instituciones del futuro próximo

Ese proceso de cambios globales que hemos señalado en forma muy general, determina la necesidad de nuevos organismos internacionales y la reorganización de otros.

El Grupo de los Siete fue un producto de la respuesta trilateral a las confrontaciones entre Norte y Sur, y entre los países capitalistas y socialistas. Fue creado para unificar intereses comunes de Estados Unidos, Europa y Japón, permitiendo que formularan políticas comunes a todos los países desarrollados. La administración Reagan ejerció la mayor influencia en el papel del Grupo de los Siete, convirtiéndolo en un encuentro entre el poder hegemónico de Estados Unidos y “los otros”. Bush padre y, sobre todo, Clinton se vieron obligados a restablecer la importancia de esa instancia de coordinación, por ser la única organización internacional en la que Alemania y Japón cumplen un papel acorde con su poder. Pero el Grupo de los Siete no había incluido a la Unión Soviética, lo cual significó definitivamente una limitación a su nuevo papel de coordinación de las fuerzas hegemónicas que se han repartido el dominio del mundo en las últimas décadas. Posteriormente, esta situación se corrigió parcialmente con la incorporación de Rusia en

el ahora llamado Grupo de los Ocho. Pero el grupo sigue excluyendo a China, India y Brasil. En su última reunión en 2003, se trató de enmendar parcialmente esta falla, invitando a algunos gobernantes del Sur para participar en una sesión específica del Grupo de los Ocho. Fue una tímida iniciativa que, no obstante, apuntaba hacia una dirección realista, cuando los PIB de China e India, medidos por *purchase power*, están entre los cinco más altos del mundo.

Sin mencionar su peso demográfico, civilizatorio y de seguridad. La OCDE es la coordinación técnica de los países industrializados, y juega un papel importante en la articulación de sus políticas económicas y sociales.

Pero hay una gran laguna en su seno: la no participación de las nuevas economías industriales, de los países semiindustrializados, del Este europeo, y de Rusia. Ciertamente, será necesario integrar en un nivel más técnico a esas naciones industrializadas, para convertir la OCDE en una expresión más efectiva de la correlación de fuerzas del mundo nuevo.

El surgimiento del Banco Europeo de Desarrollo para reconstruir la economía del Este europeo, una estructura internacional más favorable para integrar sus economías a Europa y al mundo, fue el inicio de una revaloración de los instrumentos regionales de desarrollo e integración, como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en la región americana. La idea de crear un instrumento similar para el Oriente Medio surgió al final de la Guerra del Golfo, y sería viable como instrumento de canalización del superávit creado por la industria petrolera. No hay que olvidar la manera criminal en que los establecimientos financieros occidentales disiparon el gran volumen de petrodólares en un momento muy crítico del ciclo Kondratiev. Se puede constatar un comportamiento parecido en la fase de expansión que se registró después de 1994. En las fases de crecimiento económico, el capital productivo es más activo y tiende a asumir el liderazgo del sistema capitalista mundial, como ocurrió en el auge posterior a la Segunda Guerra Mundial. Por ello, la resistencia del sistema financiero internacional contra los bancos regionales no podrá mantenerse a largo plazo. Ya se ha visto, por ejemplo, el desastre provocado por la negativa del Fondo Monetario Internacional de permitir que el Banco Asiático de Desarrollo auxiliara y gerenciara la

crisis asiática de 1997. En un nuevo contexto de crecimiento económico, los bancos regionales tendrán que revitalizarse, fortaleciendo las integraciones regionales.

El Consejo de Seguridad Europeo, creado en los años setenta, ha sido un modelo de los nuevos conceptos de seguridad en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial y a la Guerra Fría. Ese concepto de seguridad apuntaba a la idea del Hogar europeo, núcleo de un extenso espacio territorial euroasiático, que deberá integrar los océanos Atlántico y Pacífico, el Mar Mediterráneo, el Golfo Pérsico y el océano Índico. Al lado de esta gran integración territorial, está la Cuenca del Pacífico como otra poderosa fuerza integradora. Esos dos grandes centros de integración disminuirán seriamente el papel de coordinación del Atlántico Norte en la seguridad mundial, y permitirán la integración natural de algunos regímenes, que estaba bloqueada por la hegemonía del Atlántico Norte. Los países mediterráneos están redescubriendo sus intereses comunes. El Golfo Pérsico tendrá que incorporarse a su espacio regional original, junto al Medio Oriente en el Oeste, con su circulación al Norte a través de la CEI, y al Este a través del océano Índico. Y la región del Atlántico Sur será finalmente ocupada por la integración de Brasil y África, sobre todo Sudáfrica, en un destino histórico común que también unirá a América Latina con África y el océano Índico. La unidad balcánica también reaparecerá, y el antiguo imperio Turco-Otomano podrá ser reconstruido. La gran alianza Sur-Asiática y del Pacífico, intentada por Japón en los años treinta y cuarenta del siglo XX, puede resurgir.

Al lado de estas grandes tendencias de integración regional, hay nuevos espacios geoeconómicos, con crecimiento fuerte y energético, como el Norte de Europa, la Corea siberiana, el anillo industrial chino, el complejo mediterráneo, etcétera.

Todo esto implica una revisión completa del cuadro geopolítico mundial. Este proceso no será inmediato; operará durante los próximos veinte años. Si a esto agregamos nuestro análisis de las contradicciones internas en el seno de la "hegemonía compartida" y la creciente complejidad del equilibrio de fuerzas mundiales, resulta evidente que, al final de ese período, la humanidad se verá obligada a crear alguna especie de mecanismo global de gobierno.

Tal vez la Organización de las Naciones Unidas pueda ser el centro de ese mecanismo, pero tendrá que ser profundamente reformulada para desempeñar ese nuevo papel. El Consejo de Seguridad tendrá que ser ampliado con la incorporación de Alemania y Japón como miembros permanentes, y la presencia actual de países miembros no permanentes tendrá que basarse en una participación bien distribuida de potencias regionales, con derecho a un asiento permanente, por lo menos para Brasil e India.

La Asamblea General tiene que recuperar su poder y su prestigio, aunque su papel sea más legislativo e instrumental, para crear principios básicos. La ONU necesitará también mayores recursos y más poder militar, y tendrá que ser respetada como mediadora en los conflictos.

Habrà que respetar las Cumbres Mundiales establecidas en los años noventa, desde la de Río hasta la Conferencia del Milenio. Fijarán una agenda para el siglo XXI.

Es evidente también que la Corte de Justicia de La Haya tendrá que estar más integrada a los contextos diplomáticos y políticos mundiales.

Tendrá que sancionar las guerras y los actos de fuerzas. La creación del Tribunal Internacional de los Derechos Humanos apunta hacia la dirección correcta, aunque Estados Unidos se niegue a integrarlo.

Por último, pero no por ello menos importante, hay que fortalecer el papel de las ONG en la definición de políticas mundiales. Ciertamente, el poder de los medios controló la opinión pública y bloqueó el papel de la sociedad civil durante las dos Guerras del Golfo, la crisis de la antigua Yugoslavia, y otras crisis mundiales. Es ésa la razón básica por la cual la sociedad tiene que fortalecer su capacidad de intervenir en la orientación de las políticas mundiales. Movimientos pacifistas, movimientos ambientalistas, antirracistas, por los derechos civiles, por los derechos humanos, por la participación de la mujer, y muchos otros movimientos sociales, están creando un mundo nuevo, sensible ante tales temas, que inciden cada vez más en la formulación de políticas. La coordinación entre los partidos políticos, posicionados actualmente en tres grupos internacionales (socialista y socialdemócrata, liberal, conservador), anuncia un encuadramiento ideológico mundial que excluye, sin embargo, el aspecto nacional-democrático, que sigue presente en la realidad política.

Es importante entender que la Internacional Comunista se disolvió en los años sesenta —anticipando la autodisolución de los partidos comunistas soviéticos en 1991—, y que los partidos ecologistas aún no han creado su internacional partidista. Pero son factores importantes en la mediación entre los movimientos sociales y los poderes políticos a nivel mundial, ya que los partidos comunistas eran —y, de alguna manera, siguen siéndolo— mediadores de las clásicas “uniones sindicales, profesionales, y organizaciones de jóvenes y de trabajadores rurales” con los Estados nacionales. Al mismo tiempo, los ecologistas y los movimientos no parlamentarios abren el camino para una integración de las ONG y de los nuevos movimientos sociales (ambientalistas, étnicos, de género, libertarios) con las instancias de decisión política. Ciertamente, las organizaciones clásicas desarrollaron una fuerte burocracia, y fueron en parte dominadas por tendencias ideológicas y doctrinarias que afectaron su representatividad. Sin embargo, es una tendencia natural de todas las organizaciones, y tienen que ser constantemente corregidas, presionando por las bases. Pero esto sólo ocurre en circunstancias excepcionales, cuando están en juego temas importantes. No existe una política que garantice una representación correcta de las fuerzas sociales en ninguna institución.

Históricamente, ésa es un área de permanente conflicto. En todo caso, lo cierto es que un número cada vez mayor de personas encuentran instrumentos de organización para garantizar sus conquistas históricas. La creación del Foro Social Mundial de Porto Alegre ha sido un momento privilegiado de ese proceso de articulación de un gran abanico de fuerzas ideológicas, sociales y políticas, que todavía no encuentran sus canales dentro de la institucionalidad actual. Apuntan hacia cambios radicales, cuya chispa se prendió en los movimientos de 1968. Son la semilla de una civilización planetaria que se apoyará en el pluralismo y la democracia, a fin de crear el ambiente institucional para una transición de la humanidad hacia una etapa superior de la civilización, basada en los valores de la justicia social, la democracia y la tolerancia de la diversidad.

Perspectivas de la integración latinoamericana

La integración latinoamericana debe ser el objetivo prioritario de nuestra política, como hemos visto en este capítulo, que concluimos con un balance sintético de este tema tan importante.

El límite principal es político

El primer y fundamental límite a la integración latinoamericana es la dificultad política de establecerla. Una política latinoamericana abierta y consciente ha tenido como costo la ruptura con el panamericanismo y, por ende, un choque con la hegemonía norteamericana sobre la región. El miedo a un enfrentamiento indeseado con la potencia norteamericana tiene sus razones objetivas.

Para casi todos los países de la región, Estados Unidos es el principal cliente comercial, inversor, acreedor, asesor militar, etcétera. Cualquier amenaza y retaliación por parte del Tío Sam causa escalofríos, terror y pánico en las clases dominantes de todo el continente.

Al mismo tiempo, Estados Unidos es considerado como el polo que irradia la modernidad en todos los campos, sobre todo con respecto a los adelantos científico-tecnológicos. Y aunque estos nunca se transfieren a la región, siempre existe la promesa y la esperanza de que ello se cumpla.

Apartarse de Estados Unidos se percibe entonces como un retroceso hacia la barbarie. Pero la historia muestra que los aliados latinoamericanos de Estados Unidos no son los sectores más avanzados, más progresistas, más democráticos. Al contrario, los intereses norteamericanos en la región están vinculados a los sectores más conservadores de las clases dominantes, ligados con la producción y la exportación de productos mineros y agrícolas. Cuando el capital norteamericano se interesó por las inversiones en los sectores industriales de la región, empezó a preferir los gerentes de sus filiales a la burguesía industrial local. Hoy en día, se opone al pleno desarrollo de la estructura industrial de la región, a fin de limitarla a la producción de piezas y complementos para sus industrias en los centros económicos mundiales.

Así, se da una correlación directa entre el panamericanismo y la hegemonía oligárquica, y entre el latinoamericanismo y la democracia de

masas. Mientras más popular es el gobierno, mayor es su búsqueda de las raíces latinoamericanas, y mayor el enfrentamiento con la hegemonía norteamericana. Existe, pues, un contenido de clase implícito en el tema del panamericanismo versus el latinoamericanismo.

Autonomía y capacidad de negociación

La integración latinoamericana depende no sólo de una unidad de acción política y diplomática entre los Estados de la región sino, sobre todo, de la capacidad de generar instancias autónomas de decisiones, instituciones, estructuras sociales y políticas aptas para garantizar la soberanía de cada país.

En primer lugar, depende evidentemente de la definición del papel norteamericano en la región como una potencia amiga o enemiga, o como un poder incuestionable, con funciones rectoras de la vida de cada país.

En segundo lugar, está la definición de las otras potencias del mundo capitalista. En otras épocas, la relación de América Latina con Europa estuvo signada por la herencia colonial. Hoy en día, Europa aparece como una contrapotencia, como una fuerza capaz de neutralizar en parte el dominio norteamericano.

Desde el punto de vista económico, Europa y Japón tienen también mucho que dar y tomar en la región, donde sus capitales han entrado fuertemente, a la zaga de las inversiones norteamericanas, a partir de la segunda mitad de los años cincuenta, pasando a cumplir un papel similar en las economías nacionales aunque con mayor capacidad de aceptar arreglos con los capitales locales y los Estados nacionales. Disposición a menudo derivada de su mayor debilidad estratégica en la región.

Durante cierto tiempo, Europa y Japón fueron vistos por las élites políticas latinoamericanas como aliados para un nuevo orden económico internacional. No obstante, los pasos que dieron Europa y Japón en esa dirección fueron pocos, incluyendo Portugal y España, países históricamente ligados a la región.

Todo esto revela que una América Latina integrada tendrá que tratar a Europa y Japón como iguales, y no como tutores, o sustitutos de las anteriores tutorías.

El otro grupo de países con el que la América Latina integrada tendrá que definir sus relaciones es el de las naciones del Este europeo y de la antigua URSS. Esta región suscitó por mucho tiempo una serie de mitos, y hasta formulaciones teóricas supuestamente científicas. Poco a poco, el crecimiento económico, político y militar de la antigua Unión Soviética está rompiendo las barreras para relacionarse con la región latinoamericana; anteriormente, estas relaciones se limitaban a los partidos comunistas, únicos voceros de un mundo socialista también mítico.

Nada mejor que las relaciones económicas y humanas en general para borrar estas imágenes e imponer las realidades de un mundo práctico y real. Ya en los años setenta, la Unión Soviética y los países de Europa oriental no sólo mantenían un estrecho contacto con las naciones entonces aliadas (como Cuba y, posteriormente, Nicaragua), sino que tenían fuertes relaciones económicas con países como México, Argentina (incluso en el período de las dictaduras militares) y Perú. Poco a poco, la literatura científico-social soviética y de Europa oriental empezó a interesarse por los temas del Tercer Mundo, y en particular de América Latina, y por las teorías generadas en la región. Sus posiciones diplomáticas, antes distantes, basadas en la no intervención en los problemas creados por las potencias coloniales —de los cuales la URSS no era responsable— fue evolucionando a lo largo de los años setenta y mediados de los ochenta hacia una posición cada vez más activa en pro de un nuevo orden económico, político e informativo internacional.

Un nuevo orden mundial y la integración latinoamericana

El interés de estos países del Este europeo por una diplomacia más cercana al Tercer Mundo fue el resultado de su acción creciente en el mundo, y también de un papel más activo y audaz en las naciones del Tercer Mundo, sobre todo en torno a organizaciones como la UNCTAD, el Grupo de los 77, el Movimiento de los No Alineados. Actualmente, muchos observadores perciben que este acercamiento ha retrocedido, a consecuencia de la extinción de la Unión Soviética, de su profunda crisis económica y del renovado diálogo entre la ex URSS y Estados Unidos. Pero se trata de una visión limitada, pues la creciente presencia de la

antigua URSS en la política internacional, junto a las perspectivas de paz en el mundo, no pueden sino favorecer una acción progresista en el Tercer Mundo, a largo plazo. Incluso en Estados Unidos, la distensión y el acercamiento con la URSS son cada vez mayores y fortalecen los sectores norteamericanos más liberales.

Con estas afirmaciones, entramos en un tema fundamental para el movimiento de integración latinoamericana y de otras regiones del Tercer Mundo. La posibilidad de fortalecimiento de esas iniciativas locales, subregionales y regionales, depende de la presión del Tercer Mundo para imponer un nuevo orden internacional en todos los planos, abandonando así la posición defensiva de naciones sometidas, para insertarse en la dimensión de pueblos creadores de ideas, políticas y acciones internacionales.

Desde la Conferencia de Bandung en 1955, el Tercer Mundo viene aumentando sus posibilidades de influir en la reestructuración del mundo contemporáneo.

El anatema contra el colonialismo históricamente superado, contra el racismo, el etnocentrismo, y otras herencias coloniales, fue introduciéndose en las organizaciones internacionales y en la conciencia de la humanidad.

La resistencia de las potencias capitalistas a las tesis de la no alineación (resistencia que contagió a veces el campo socialista, sobre todo con el estalinismo y algunas corrientes socialdemócratas) terminó oponiendo más nítidamente el imperialismo norteamericano a la lucha de liberación nacional del Tercer Mundo.

Paulatinamente, como resultado de las condiciones históricas, el frente anticolonialista y antiimperialista fue asumiendo un matiz socialista cada vez más marcado. Pero, en los años ochenta, el retroceso del Movimiento de los No Alineados frenó el avance de sus ideales y concepciones, que volverán en un futuro no tan lejano, adaptándose a las condiciones de un mundo post Guerra Fría.

Con el respaldo de un número mayor de Estados nacionales progresistas, populares, democráticos y soberanos, la idea de la no alineación ha ido convirtiéndose en una fuerza ofensiva, en un elemento central ético, estratégico y diplomático de articulación de una nueva sociedad planetaria.

Esta nueva sociedad planetaria se apoya en la revolución científico-técnica que, a través de la conquista del espacio, convierte el planeta Tierra en una sola entidad, limitada y restringida en un Universo que se conoce cada vez mejor y ya forma parte de la experiencia práctica del hombre contemporáneo. Pero también se apoya en la idea del pluralismo, rompiendo con los límites simplistas del racionalismo del siglo XVIII, que encontraba la unidad y la universalidad a través de la abstracción formal, en la cual lo universal era concebido como la negación de lo particular.

En un mundo que parece estar en vísperas de crear una nueva sociedad planetaria, la diversidad de civilizaciones y culturas, de razas y etnias, de historias y naciones, es lo que fundamenta el universo.

Así pues, esta es la vocación universal de la no alineación. Y en el seno de este universal-concreto e histórico, el pensamiento y la acción del Tercer Mundo ganan fuerza y cohesión para redimensionar el planeta.

En esta perspectiva histórica, hasta las tareas más limitadas adquieren otra dimensión, haciendo que las fuerzas sociales y políticas locales encuentren energías para llevarlas a cabo, aun cuando parezcan imposibles en el contexto de la relación de fuerzas en el mundo actual.

Posibilidades de integración regional

Encontramos así los términos generales de la ecuación integracionista latinoamericana y de otras regiones del Tercer Mundo.

Sus bases están en la capacidad de hegemonía de las fuerzas populares, democráticas y nacionalmente soberanas sobre los Estados nacionales.

Su viabilidad está en la capacidad de esos Estados para articular con otros Estados soberanos y democráticos una estrategia de relaciones económicas, diplomáticas y políticas, basadas en los intereses comunes de las partes, y no en la dominación política, ni en la explotación y la expropiación de la riqueza socialmente producida. Esta estrategia de relaciones Sur-Sur, de alianza entre las nuevas economías industriales, de colaboración entre tecnologías, de penetración en los trópicos,

de preservación y utilización de sus grandes reservas de biodiversidad y del poder energético de la biomasa, configuran un ámbito infinito de colaboración, que debe ser explorado.

Por último, la viabilidad de esa estrategia requiere la capacidad de esas fuerzas para producir las acciones, las políticas, las propuestas de rearticulación de las relaciones económicas, políticas, diplomáticas y culturales internacionales en busca de un mundo más justo, equilibrado y pacífico.

Dentro de estos términos globales, se encuentran las políticas concretas de integración, con sus formas de intercambio bilateral y multilateral, más o menos libres o planificadas, con sus mecanismos de compensación comercial relativamente independiente del control ejercido por el dólar sobre el sistema financiero internacional y, sobre todo, con la creación de una capacidad de preservar en cada nación los excedentes generados en ellas. Excedentes que son enviados al exterior en cantidades crecientes, sobre todo con el agravamiento de la deuda del Tercer Mundo, generada por mecanismos financieros artificiales, basados en la relación de fuerzas, la corrupción y el dominio de las élites locales.

En esta nueva fase, el Tercer Mundo viene comprimiendo severamente su capacidad de inversión para atender el envío de recursos al exterior en forma de pago de intereses.

Hay que descartar, de una vez por todas, la idea de que el Tercer Mundo no se ha desarrollado por falta de capitales. Estos países son grandes exportadores de sus excedentes nacionales en forma de precios relativos desfavorables, pagos de servicios técnicos (¡ficticios!), beneficios de las empresas multinacionales, pagos del servicio de una deuda externa montada de manera contable, envíos de ingresos de las oligarquías locales hacia los centros económicos.

Lo que le falta al Tercer Mundo para defender y preservar sus recursos, y producir con libertad los productos necesarios para sus pueblos, es la soberanía nacional. No será ajustándose pasivamente a las nuevas exigencias de una economía mundial -donde la división internacional del trabajo profundizará el papel subalterno y dependiente del Tercer Mundo— como esos países lograrán encontrar el camino de la riqueza y de la atención a sus necesidades sociales.

Las políticas de integración tienen que formar parte de estas luchas, y como tales deben ser estudiadas. En estos apuntes generales, creemos haber esbozado un análisis capaz de justificar esta afirmación. Así como la conquista de la soberanía nacional, al enfrentarse a los poderes hegemónicos del sistema económico mundial, exige una lucha y tiene altos costos históricos, asimismo una efectiva política de integración de las naciones aun dependientes o colonizadas encontrará siempre resistencias frontales o intentos de cooptarla, desviándola de su objetivo inicial.

Sin embargo, la economía mundial evoluciona en el sentido de imitar la supervivencia de un imperialismo económico fundado en un incontestable poder central y hegemónico. La crisis de la hegemonía en el mundo contemporáneo favorece la acción negociadora de las partes subyugadas y dependientes. América Latina tiene así una oportunidad única de afirmar su unidad sin chocar abiertamente con la hegemonía de Estados Unidos. Este país tendrá que reconocer por fin su necesidad de negociar con una América Latina fuerte e integrada. Este reconocimiento podría incluso asumir la forma de un libre comercio de todas las Américas, como lo propone el ALCA. Pero sería un error brutal de la región renunciar a su unidad más profunda a cambio de ese libre comercio que no existirá sin su fuerza subregional. Deberá tener la fuerza de imponer la combinación de ambas realidades: la unidad bolivariana del continente tendrá que ser respetada por Estados Unidos. Y sobre esa base podrá haber un nuevo panamericanismo en el que una América Latina fortalecida podrá negociar el destino común del continente americano. Esto parece un sueño, pero se hará realidad. Llegó la hora de atreverse.

Pero hay que considerar tres factores fundamentales:

En primer lugar, la oposición en Argentina había defendido la convertibilidad del peso como piedra angular de su política económica. El programa del PT descalificaba la política económica en vigencia y se proponía cambiarla totalmente. Hay que tomar en cuenta que Anthony Garotinho también proponía cambios radicales en el modelo económico. Sólo *Ciro Gomes* tenía un compromiso con el Plan Real, al haber sido ministro de Hacienda cuando se inició su aplicación.

En segundo lugar, hay que considerar que la dictadura militar estaba

definitivamente superada en Brasil, mientras que en Chile, Pinochet mantenía aún cierto poder militar, y las sombras de la dictadura gravitaban todavía en la vida política del país. Algo parecido ocurría en Argentina, donde Menem aseguró la amnistía a los verdugos que habían instaurado la dictadura militar.

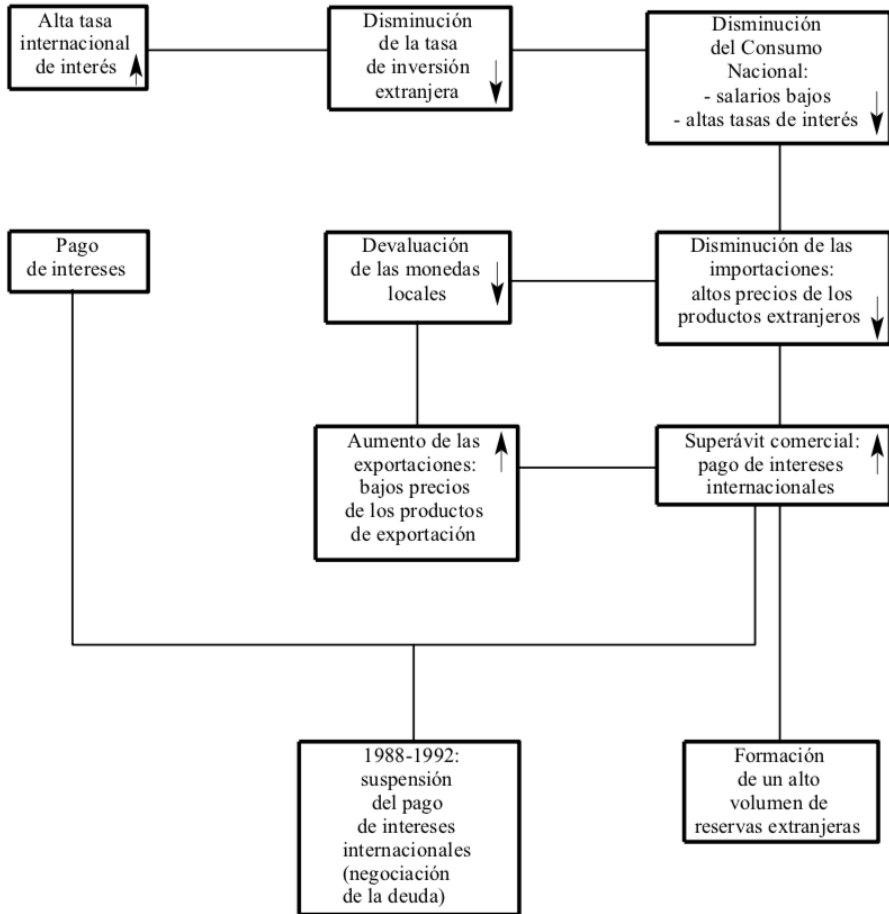
En tercer lugar, hay que considerar que las fuerzas de la oposición brasileña habían estado tres veces a punto de ganar las elecciones presidenciales, y que era imposible apartar la oposición de la hegemonía política lograda por las fuerzas de la izquierda, principalmente el PT.

En este contexto, el debate del programa de gobierno tenía que atenerse a la correlación de fuerzas que se perfilaba en el país. Hay que considerar que muchos miembros del partido de Fernando Henrique Cardoso (PSDB) no se encontraban satisfechos con el rumbo derechista de su gobierno. Así pues, el frente de fuerzas dispuestas a intentar una experiencia política más avanzada era enorme.

¿Qué se podía esperar de esa situación? El programa del PT sugería que había que iniciar un debate con las fuerzas de oposición marcado por una gran madurez. Lo que estaba planteado era la creación de un bloque de poder en Brasil que iba a afectar fuertemente toda América Latina. Veremos más detalladamente la composición de este bloque histórico.

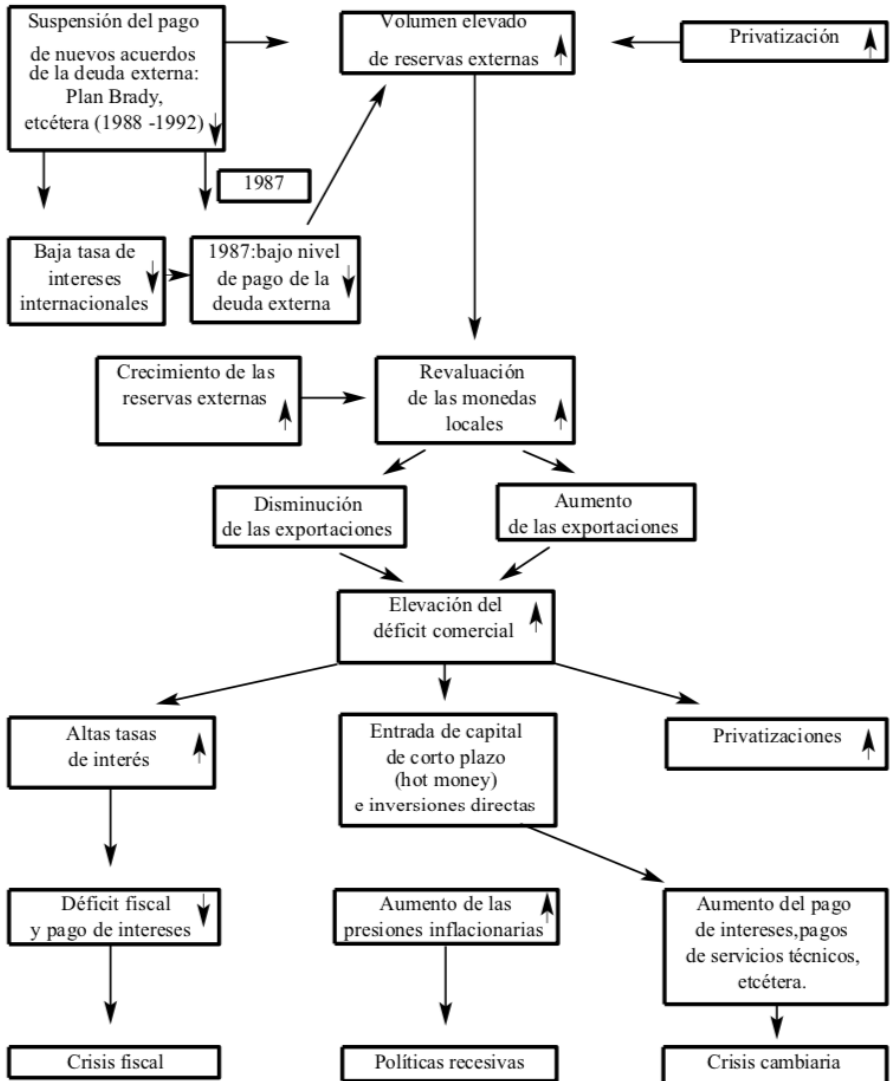
Esquemas del ajuste estructural al Consenso de Washington y su crisis Esquema I. Ajuste estructural durante la crisis de la deuda (1982-1990)

Política de superávit para el pago de intereses



Esquema II. Consenso de Washington postcrisis de la deuda

La política de déficit en la balanza comercial norteamericana
(de 1990 a nuestros días)



Bibliografía

Arrighi, G. (1996). *O longo século XX, dinheiro, poder e as origens de nosso tempo*. Río de Janeiro: Contraponto; UNESP.

Bocco, A. (1982). *La guerra total*. Quito: El Conejo; ALDHU.

Bujarin, N. (1985). *Imperialismo y economía mundial*. San Pablo: Nova Cultura.

Carneiro, F. (1989). Ascensão e Queda da Economia de Oferta. En *Conjuntura Econômica*. Río de Janeiro. N° 4(7).

Dos Santos, T. (1970). *La crisis norteamericana y América Latina*. Santiago: PLA.

Dos Santos, T. (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.

Dos Santos, T. (1983). *Revolução científico-técnica e capitalismo contemporâneo*. Petrópolis: Vozes.

Dos Santos, T. (1983). *Teorias do capitalismo contemporâneo*. Belo Horizonte: Vega; Novo Espaço.

Dos Santos, T. (1984). *La crisis del capitalismo: teoría y práctica*. México: Siglo XXI.

Dos Santos, T. (1987). *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*. Buenos Aires: Controversia.

Dos Santos, T. (1990). *Latinoamérica y el Caribe en la economía mundial*. SELA.

Dos Santos, T. (1991). *Socialismo e democracia no capitalismo dependente*. Petrópolis: Vozes.

Dos Santos, T. (1993). As Ilusões do neoliberalismo. En *Carta*. Brasília. N° 8.

Dos Santos, T. (1994). *Economía mundial, integración regional e desenvolvimento sustentável*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1994). *Revolução científico-técnica, nova divisão internacional do trabalho e sistema mundial*. Vitória: ANGE.

Dos Santos, T. (1997). *Economía mundial, integración regional e desenvolvimento sustentável*. Petrópolis: Vozes. Cuarta edición.

Dos Santos, T. (1998). El papel del Estado en un mundo en proceso de globalización. En *Anais do 2º Encontro Nacional da Sociedade Brasileira de Economia Política*. Brasil. N° 2.

Dos Santos, T. (1998). La cuestión de las Ondas Largas. En *Ensayos de economía*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Julio.

Dos Santos, T. (2000). *A teoria da dependência: balanços e perspectivas*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.

Franco, G. (1999). Schacht, aspectos económicos. En Schacht, H. *Setenta e seis anos de minha vida: a autobiografia do mago da economia alemã da República de Weimar ao III Reich*. São Paulo: Editora.

Hilferding, R. *O capital financeiro*. Sao Paulo: Abril.

Kondratiev, N. D. (1979). The Long Waves in Economics Life. En *Review*. California: Sage. N° 2(4), pp. 19-62.

Kondratiev, N. D. (1992). *Les grands cycles de la conjoncture*. París: Economica.

McCrae, N. (1990). Banks in Trouble. En *The Economist*. Londres. 8 de septiembre.

O'Connor, J. (1973). *A crise fiscal do estado*. Nueva York: St. Martin.

Ramsey, S. W. (1981). Interview with M. Peter McPherson. En *Economic Impact*. Washington. N° 35.

Schumpeter, J. A. (1964). *Business Cycle*. McGraw-Hill.

SEDOC (1989). Documentos de Santa Fé II: uma Estrategia para a América Latina nos anos 90. En SEDOC. Petrópolis: Vozes. N° 22(216), septiembre-octubre.

Shimizu, K. (1988). La dynamique du capitalisme: le cycle des affaires, l'innovation et la crise chez J. Schumpeter et K. Marx. En *The Doshida University Economic Review*. Keizaigaku-Rouso. N° XXXX(2), noviembre.

Stiglitz, J. E. (1998). Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el Consenso post Washington. En *Instituciones y desarrollo*. Barcelona. N° 1, octubre.

Williamson, J. (1998). Revisión del Consenso de Washington. En Emmerij, L.; Nuñez del Arco, J. (comps.) *El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI*. Washington: BID.

Sobre los colaboradores

Mónica Bruckmann es socióloga y Doctora en Ciencia Política por la Universidad Federal Fluminense (Brasil); Profesora del Departamento de Ciencia Política y del Programa de Posgrado en Historia Comparada de la Universidad Federal de Río de Janeiro; Vicepresidente de la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI). Coordina el Grupo de Trabajo Geopolítica, Integración Regional y Sistema Mundial (CLACSO) y el Núcleo de Geopolítica, Integración Regional y Sistema Mundial de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Es miembro del consejo deliberativo del Instituto de Investigación Social Tricontinental (Brasil); del Consejo Directivo del Centro Internacional Celso Furtado para el Desarrollo (Brasil); de la Red de Estudios de Economía Mundial - REDEM, con sede en la Benemérita Universidad de Puebla (México) e investigadora asociada del Centro Tricontinental – CETRI (Bélgica). Fue asesora de la Secretaría General de la Unión de Naciones Suramericanas – UNASUR (2011-2014); Directora de Investigación de la Cátedra y Red de la UNESCO sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable - REGGEN (2000–2018). Entre sus publicaciones se destaca *Recursos Naturales y la Geopolítica de la Integración Sudamericana* editado en Perú, Ecuador, Venezuela, Argentina y Bolivia, y *Mi sangre en mis ideas: Dialéctica y prensa revolucionaria en José Carlos Mariátegui*, traducido al mandarín y publicado por la Editorial de la Academia China de Ciencias Sociales.

Francisco López Segrera es Doctor en Estudios Latinoamericanos (Sorbonne). Vicerrector del Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI), Cuba (1974-1988), donde imparte periódicamente cursos sobre “Prospectiva y Globalización”. Funcionario de UNESCO entre 1994 y 2002, donde se desempeñó, entre otros cargos, como Consejero Regional de Ciencias Sociales para América Latina y el Caribe y Director del Instituto de Educación Superior para América Latina y el Caribe (IESALC).

Theotônio Dos Santos

Construir soberanía.

Una interpretación económica de y para América Latina

Theotônio Dos Santos es autor de una de las obras más importantes de nuestro tiempo, tanto por su originalidad y alcances como por el modo en que ejerció el pensamiento crítico con agudeza y creatividad. El gran pensador brasileño desarrolló a lo largo de su vida un análisis centrado en la comprensión del mundo contemporáneo, combinando una mirada sobre la historia reciente de la humanidad y del pensamiento científico adecuado para interpretarla y actuar sobre ella.

La permanente relación entre teoría y práctica le imprimió a la obra de Dos Santos una de sus marcas distintivas: la del cientista social comprometido con las grandes causas de la humanidad. Dos Santos fue uno de los precursores de la teoría de la dependencia y un militante abocado a desplegar una lectura de la economía política del mundo contemporáneo pensada desde nuestra región y en clave emancipatoria. Con más de 40 libros publicados y traducidos a más de 16 idiomas, Dos Santos hizo inteligibles los diferentes rostros y fases de la dependencia de América Latina, al tiempo que colaboró en la construcción de una perspectiva político-académica para transformarla.

CLACSO presenta una antología en dos volúmenes que invita a continuar indagando los aportes y reflexiones de uno de nuestros intelectuales más prolíficos y comprometidos.

"La obra de Theotonio dos Santos, uno de los referentes más creativos del pensamiento marxista contemporáneo, expresa la densidad del pensamiento social latinoamericano".

Del estudio preliminar de Mónica Bruckmann